

ARISTÓFANES

LAS ONCE COMEDIAS



VERSIÓN DIRECTA DEL GRIEGO
CON INTRODUCCIÓN

ÁNGEL MA. GARIBAY K.

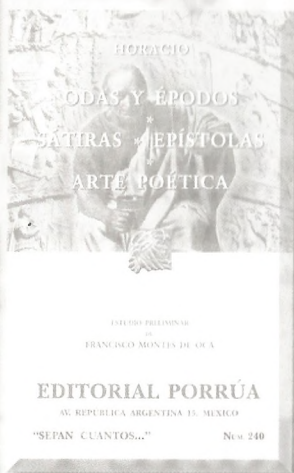
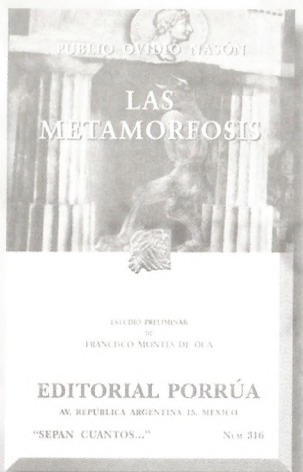
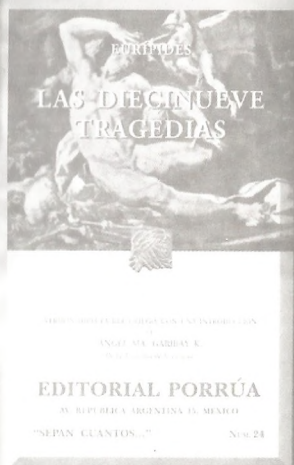
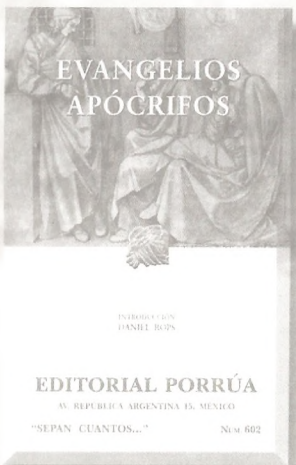
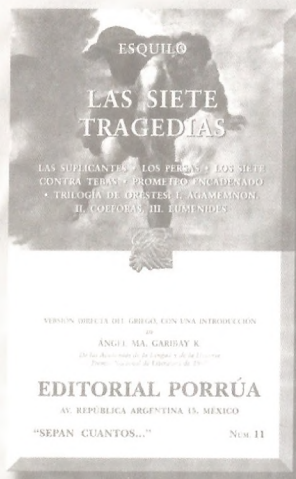
*De las Academias de la Lengua y de la Historia
Premio Nacional de Literatura de 1965*

EDITORIAL PORRÚA

AV. REPÚBLICA ARGENTINA 15. MÉXICO

“SEPAN CUANTOS...”

NÚM. 67



ARISTOFANES
LAS ONCE COMEDIAS

ARISTÓFANES

LAS ONCE COMEDIAS

LOS ACARNIOS • LOS CABALLEROS • LAS NUBES
LAS AVISPAS • LA PAZ • LAS AVES • LISISTRATA
TESMOFORIAS • LAS RANAS • LA ASAMBLEA DE
LAS MUJERES • PLUTO

VERSIÓN DIRECTA DEL GRIEGO
CON INTRODUCCIÓN

DE

ÁNGEL MA. GARIBAY K.

DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA DE 1965

20a. edición



EDITORIAL PORRÚA

AV. REPÚBLICA ARGENTINA 15

MÉXICO, 2008

Primera edición en la colección “Sepan cuantos...”, 1967

Copyright © 2008

Todas las características de esta edición son propiedad de
EDITORIAL PORRÚA, SA de CV 2
Av. República Argentina 15 altos, col. Centro, 06020, México DF
www.porrúa.com

Los derechos de reproducción, adaptación y representación
teatral quedan reservados

Queda hecho el depósito que marca la ley

ISBN 970-07-6723-X (Rústica)
ISBN 970-07-6724-8 (Tela)

IMPRESO EN MÉXICO
PRINTED IN MEXICO

INTRODUCCION

Presento ahora a los lectores de esta ya famosa biblioteca popular un intento de versión de la comedia de Aristófanes. Intento digo, porque eso son todas las versiones, de los textos que fuere, por similares que las lenguas sean. Jamás acaba el traductor de dar el contenido del original. Y leer a éste en su lengua nativa es aun problema de comprensión, por las sutilezas que los extraños no podemos captar como las entienden los que tienen por propia esa lengua.

Di la versión de toda la tragedia griega. Con fortuna nunca soñada. Al momento en que escribo se han hecho cuatro ediciones de Esquilo, cuatro de Sófocles y dos de Eurípides. Sumamos los ejemplares de todas y tenemos que se han dado a luz cincuenta mil libros accesibles al estudiante y al hombre sin mucho tiempo ni grandes estudios. No por vanidad, sino por alabanza del lector doy esta noticia. Dijo un crítico que no hay nadie casi que se interese por la literatura griega. Posiblemente él no, pero el hecho de agotarse estas ediciones, con todo y la imperfección del trabajo de quien las prepara, es dato revelador. Las compren los estudiantes y los de cultura media. Ya sabemos que los sabios, o leen los originales, o no leen nada.

Para presentar Aristófanes debemos tener antes varios temas que trato en esta introducción.

1. LA COMEDIA GRIEGA

Nos dice Aristóteles en su *Poética* (3-5), que no halló el indicio de la existencia de la Comedia antes de 400 a 388 a. C. Debemos creerle, como tan bien enterado en las cosas de su patria.

Han pensado algunos historiadores de la cultura griega que fue una importación cultural de Megara. No imposible es, si tenemos en cuenta que entre las dos culturas hubo íntimo enlace.

El nombre proviene, a lo más seguro, del término *Koomos*. Este significa: regocijo popular, algazara, festejo ruidoso, y aun diríamos en México, relajo. De allí pasa al mismo grupo de los que hacen esta clase de celebraciones, y es perfectamente sinónimo el vocablo de los grupillos que llamamos hoy de rebeldes. Se da en especial este nombre al desfile que se hacía para celebrar a un triunfador en los certámenes deportivos. Y pasó a significar el canto con que se acompañaba todo este género de esparcimientos populares. *Comedia* no es más que canto del *Koomos*. Un canto popular de juerga, para decirlo en una palabra.

Como era natural, predomina el tono satírico en el sentido de nuestra palabra, o sea de censura, de burla, de mofa literaria, con sus residuos de salacidad, como en todos los pueblos acontece, para zaherir y para divertir. Parece que el origen fálico de la comedia tenemos que hacerlo a un lado. Sedujo a algunos críticos el hecho de que en las comedias, en especial de Aristófanes, abundan alusiones a temas enlazados con el sexo, como fácilmente verá el que las lea. Entraba ciertamente en el plan de la primitiva creación, esta base de procacidad. En las comedias en que resalta dará una nota, pero he sido fiel a la sentencia contenida, aunque tratando de darle un sentido comprensible y cuanto posible es menos vivo, sin restar exactitud al tenor del original.

Podemos quedarnos con este origen. Se hacen cuadros y mimos y se llega a la magistral elevación a que llevó este género Aristófanes, dando un émulo de la tragedia, aunque en orden divergente.

Claro es que Aristófanes no fue el primer comediógrafo griego. Doy un breve esquema de la evolución de la comedia.

Un poco artificialmente los historiadores de la literatura helénica señalan tres etapas: La comedia antigua, la media y la moderna, o nueva.

La Comedia Antigua tendría dos formas: una con modalidades de Sicilia y la otra con modalidades de Atica. La comedia siciliana apenas dejó fragmentos. Por ello se conjetura que no tenía coros, que se desarrollaba en críticas de orden político o social. De esta etapa se mencionan un borroso Formis, un Epicarmes (c. 530-440 a. C.), que da sátiras contra todo el mundo y que en su modo y estilo no es sino una variante de los mimos de Herondas y sus similares.

De la forma ática se mencionan como autores primeros a Quiónides y Magneto, pero Aristóteles mismo declara que sus fechas son nebulosas. Suidas da la fecha de 486 para el primer triunfo de Quiónides. Mucho más oscura es la memoria de Evetes, Euxénides, Milo y algún otro.

Entre 440-431 competían cinco comedias para alcanzar el premio. Ya cuando la guerra del Peloponeso se redujo el número a tres. En las grandes fiestas de Atenas, principalmente las dedicadas a Díóniso, siempre se estrenaba una pieza nueva y pocos datos hay que den fundamento a afirmar la reposición de alguna antigua ya representada.

El tema fundamental en las obras de esta etapa era la crítica, viva y aun sangrienta muchas veces, de los males públicos, en el orden político, social y aun ideológico y religioso. En Aristófanes hallaremos mucho que nos ilustre a este respecto. Aun en comedias que diríamos predomina la fantasía, hallaremos la sátira, la invectiva y la mordaz censura. Ejemplo puede ser *Las Aves*.

La contextura íntima de la pieza guarda bastante regularidad. En una edición popular como es ésta, no he querido agravar el texto con

las divisiones de la pieza notándolas al margen. Las partes casi normalmente eran:

Un prólogo introductorio, en que se indica al espectador casi siempre el intento del poeta, en términos más o menos precisos.

Sigue la entrada del Coro, que a veces varía el tiempo de hacerlo. Es lo que se llama *parodos*.

Viene la discusión o contraste, en donde se da lugar a discutir y alegar razones en pro y en contra, dado el caso, y que es puesta en diálogos a veces de lo más dramático del teatro. Esta parte que llaman *ágon*, lucha, se daba en versos yámbicos, aunque no siempre. Falta algunas veces y en otras se duplica, como sucede en *Tesmoforias*, *Caballeros* y *Nubes*, de nuestro poeta.

Importante era la *parábasis*. Era parte en que el poeta mismo exponía al auditorio sus intenciones, sus sentimientos y aun se recomendaba para el premio. Hacía todo esto mediante el Coro y el que dirigía el Coro, corifeo o corego. Las más de las veces está desligada del tema de la comedia y es como un intermedio en que al autor procura su interés, sea intelectual y social, sea aun económico. Hay comedias en que se halla muy enlazada con el tema general. Como las *Tesmoforias* y *Las Aves*.

En la mayoría de las comedias había una tercera parte. Es la serie de episodios, con muy variados personajes que irrumpen en la escena y que generalmente vienen a hacer el oficio de chocarreros. Buen ejemplo tenemos en *Las Aves* en que hay todo un desfile de figuras realmente grotescas. La habilidad del poeta salva estas interrupciones que para el gran público deben haber sido una delicia, como suele ser en todo tiempo.

Por lo general estas escenas están escritas en versos yámbicos y llevan interrupciones del Coro. Es una rareza que se intercale en esta serie de escenas una nueva discusión, como sucede en *Las Ranas*.

Termina el drama con el *éxodo*, o sea la salida de los actores, que es una escena regocijada, con cantos y exclamaciones.

Los personajes fueron al principio tres, pero más tarde se dejó en libertad al autor para hacer obrar a los que él quisiera. Lo vemos en la comedia de Aristófanes en que hay a veces casi en número excesivo.

A esta primera etapa sigue la que llaman Comedia Media.

Le asignan el período de 400-320 a. C. Y hay autores que totalmente la suprimen. Ya se señala como pieza de transición *El Pluto* de Aristófanes. Los demás poetas de este período artificial que se recuerdan son numerosos. Ateneo, cuya vida llega a su medio por el año 200 de Cristo, dice que en esta etapa hubo unos cincuenta y siete comediógrafos, que dejaron un acervo de unas ochocientas piezas. Es acaso exagerada la cifra, pero muestra la fecundidad de esos días.

Sobre el carácter de esta comedia tenemos el testimonio de Aristóteles que dice que había reformado su modo. Había dejado a un lado la constante tendencia sexual y buscaba la elevación por el canto calorado. (*Etic. a Nic. lib. IV*). Los fragmentos que quedan no hacen muy segura la afirmación del filósofo. Hallamos aun rasgos obscenos en varios de ellos. Y los personajes siguen siendo los mismos: mujerzuelas, delatores, parásitos, glotones, cocineros aparecen, con su oficio de comer y beber sin cesar, al mismo tiempo que charlan. La irreverencia que hacia los dioses se ve en las comedias de la primera etapa se recrudece aquí. Y los mitos lo mismo que los númenes, son tomados como objeto de mofa.

Parece que hay mucho mayor cuidado para pintar la vida real y ordinaria del ambiente en que el poeta escribe. Pero la poca materia que nos queda impide hacer un juicio total y absoluto.

Llegamos a la tercera etapa que han llamado Comedia Nueva. Es naturalmente el efecto de la evolución de la Media. Tenemos su principal representante en Menandro, del cual nos llegaron grandes fragmentos, al grado de poder reconstruirse tres de sus comedias.

Su curso de vida (342-291 a. C.), lo acerca a nosotros. Presenta su primera obra en 321 y se le atribuyen unas cien comedias. Tuvo tal aceptación que aun en 167 eran representadas algunas. Llegaron a ser representadas en Roma misma. Plauto y Terencio fueron tributarios de su genio, adaptando, imitando o aprovechando muchos de sus pensamientos y aun expresiones en forma literal, naturalmente ya en lengua latina.

Notamos ya en él un sentido mucho más filosófico y parece ser uno de los que mejor estudiaron a Eurípides, en el arte de hacer comedias, pasando a la vida cómica lo que el gran trágico había hecho en su modo y estilo. Un sentido de comprensión y lo que llamaríamos hoy día universalismo satura su obra y deja un resabio de dulzura y paz que vendrá a dar al arte moderno sus resonancias.

Las características de esta tercera etapa en la obra cómica se pueden resumir así:

El Coro casi se desliga del resto de la acción. Más bien va formado por un grupo de muchachos alborotadores que irrumpen varias veces la representación.

Sigue la sátira tradicional contra los personajes de la política y los filósofos, pero en un grado mucho menor que antes. Los blancos de esta sátira son más bien los personajes vividores, parásitos y acomodaticios. Y aunque se usan nombres de dioses y se hace referencia a mitos, lo que de esas piezas conocemos hace ver que se refieren mucho más a la vida ordinaria que a la compleja calidad y modos de los dioses. Estos se van alejando cada vez más de la escena.

Se mencionan hasta setenta autores de esta etapa, pero los nombres que predominan son Menandro, Filemón y Difilo.

De Menandro se ha dicho lo suficiente.

Difilo nace por el 340 a. C. Sus comedias se acercan al centenar. Resta de ellas el nombre de unas sesenta. También este cómico influye en el teatro latino.

Filemón va del 361 al 262 a. C. Contendió con Menandro y a veces le arrebató la palma. Mucha parte de su larga vida pasó en Alejandría y se le atribuyen noventa y siete comedias, de las cuales sabemos siquiera el título de unas sesenta. Los fragmentos que de estas sobreviven, en unos dos centenares, no dan base para un juicio pleno de su obra. Naturalmente Plauto y Terencio aprovecharon sus creaciones.

Una palabra para cerrar este aparte. La influencia de Eurípides como dramaturgo se advierte en estos últimos creadores de la comedia griega. Y es doloroso comprobar cuan poco nos ha llegado de la grandeza literaria de la Hélade, a través del naufragio de los siglos y la obra destructora de los hombres.

2. ARISTOFANES Y SU OBRA

Quedan en la sombra las fechas exactas de su nacimiento y de su muerte. Para el primero se dan estas: 445, 450 y aun 455 a. C. Y para la muerte la más probable es 585. Su última obra fue representada en 388, pero se sabe que aún escribió otras dos, *Kókalos* y *Diolosico*, que su hijo cuidó de llevar a la escena.

Era ateniense, de la tribu de Pandión, pero vivió tiempo en Egina o acaso poseía allí casa y estaba por temporadas en ella. Los adversarios lo tildaron de extranjero.

El número de las comedias que escribió es también discutido, lo mismo que los nombres de ellas y su autenticidad. Para este estudio sumario me atengo a los datos de Maurice Platnauer, que enumera las siguientes, con la indicación del año en que se piensa haber sido compuestas.

427 a. C. *Daitales*, que ganó segundo premio. No hay nada de ella.

426. *Babilonios*. No se conserva.

El mismo año, *Georgoi*, o sea, *Labradores*. No se conserva.

425. *Acarnios*, primer premio. Se conserva.

424. *Caballeros*, primer premio. Se conserva.

423. *Las Nubes*, tercer premio. Se conserva.

El mismo año, *Olkades*, que no se tiene.

422. *Las Avispas*, segundo premio. Se conserva.

421. *Eirene*, o sea *La Paz*, segundo premio. La tenemos.
 En este período se habla de algunas dudosas, que serían:
Dédalo, *Danaides*, *Niobe* y otra versión del *Centauro*. De ellas hay
 mención, algún fragmento acaso o nada.
420. Una segunda versión de *La Paz*, que no se conoce.
 Del mismo año es *Geras*, que no deja huella.
- 419 a 412. *Anagiros*, que no se conserva.
- 415 a ? *Tangenistai*, o sea los que asan, o figuradamente, los que
 queman a la gente con sus modales. No se tiene.
414. *Las Aves*, segundo premio. La tenemos.
 Del mismo año es el *Anfiareo*, que no se conserva.
413. *Héroes*. No se conserva.
412. *Mujeres de Lemnos*. No se conserva.
411. *Lisistrata*, que se tiene.
 El mismo año, *Tesmoforias*, que se conserva.
410. *Trifales*. No existe.
408. *Geritades*, prob. *Alegradores*. No se conserva.
 El mismo año la primera versión de *Pluto*, según algunos.
407. Segunda versión de las *Tesmoforias*. No conocida.
405. *Las Ranas*, primer premio. Se conserva.
- 405-400. *Los Telemeses*. No existe.
391. *Asamblea de las Mujeres*. Se conserva.
- 399-? *Pelargoi*, o sea *Cigüeñas*, no está.
388. *Pluto*, segunda versión, que es el que se conserva.
387. *Diolosico* y *Kókalos*, que no existen.

Tenemos en esta forma, para cuarenta años de actividad dramática, unas treinta piezas que se le pueden atribuir, fuera de las dudosas, o dadas en doble versión. De éstas nos han llegado solamente once. Como quien dice, la tercera parte. Suerte mejor que la que tuvieron los trágicos. Como si el mundo mostrara que le agrada más reír y burlarse que pensar y filosofar. Las once que tenemos a nuestra disposición son las que van en esta edición nuestra.

La aceptación que tuvo entre sus contemporáneos queda clara con los premios que se le asignaron. Cuatro veces ganó el primer premio, tres el segundo y uno el tercero. O sea ocho veces fue galardonado por su obra. Esta fama sigue a través de los siglos.

El hecho de que Platón introduzca en uno de sus más notables diálogos un discurso suyo, revela que era un personaje que tomaban en cuenta los más altos valores de su época. Puede ver este discurso el lector, si le place en el *Simposion*, 189 c. y ss. (Ed. Porrúa, S. A. Colec. "Sepan cuantos..." Núm. 13, pp. 323 y ss.)

De los cristianos bastará citar a Juan Crisóstomo. Acérrimo enemigo de las representaciones teatrales, que como nadie pudo pintar en sus maravillosos discursos, y que, en el juicio sano, eran nocivas, en

modo especial a la juventud, tenía en las cercanías de su humilde lecho un ejemplar de Aristófanes que leía con agrado, acaso para contrarrestar su ira en la cátedra de la predicación. Hombre austero y recto, no creyó que la lectura de este comediógrafo fuera medio disolvente. Lo era el degenerado teatro del siglo en que él vivió. Esta noticia dan sus biógrafos antiguos.

Juzgar el conjunto de las comedias de Aristófanes es hacer un mal juego: o sea va parte por parte, con innumerables notas y consideraciones, o se deja en el silencio tanto y tanto como el poeta ofrece. Ninguno de los extremos es aceptable. Cabe guardar un medio. Para edición crítica, sin límites editoriales, podrían llenarse veinte volúmenes de notas y consideraciones que sugiere el teatro del gran comediógrafo de Atenas. Para una edición popular, que ponga en manos del estudiante y del lector de poco tiempo al autor griego, bastan consideraciones generales.

El poeta es de una fecundidad asombrosa. Los argumentos que pone en fundamento de sus obras son variadísimos. Con sólo analizarlos tendríamos un cuadro de las tendencias que iban obrando en su tiempo. En lo político, en lo social, en lo filosófico y aun en lo religioso, de aquella religión que se burla de sus númenes, tenemos material para mucho.

Y la vida sencilla del pueblo queda igualmente ilustrada a través de lo que vemos en estas comedias de su gran amigo. Eso fue Aristófanes, un gran amigo del pueblo humilde. El que busca, como hoy día se afirma, la visión de la vida ambiente, tiene en las obras de nuestro poeta datos para reconstruir usos y costumbres. Desde la venta de objetos en el mercado, y la forma en que eran transformados los que servían de alimento, hasta la misma ciencia de las aves y los peces, los árboles y las plantas, hallamos datos para reconstruir a Atenas en el siglo de Aristófanes. Los juegos y las fiestas, las contiendas deportivas, están tan bien dibujadas, como los chismorreos de las viejas. La vida nocturna, tan atractiva en todo tiempo y lugar para el hombre común, está perfectamente documentada en estas comedias. Ese desfile de viejos y muchachos, de pobres y ricos, de farsantes y embaucadores, u opresores del pueblo y de sus ilusos benefactores, es algo no igualado sino acaso en Shakespeare. Y es, como documento humano, de los más valiosos. Hay tipos que vencen a las posteriores creaciones de bufones que intentan hacer reír al espectador.

La misma ciencia en sus alturas halla campo en que distraer sus ocios. En *Las Aves*, en unos cuantos versos nos menciona dieciocho especies de ellas, que han sido cruz de los traductores para su identificación. Y algo semejante debe decirse de otras regiones del conocimiento científico.

El estilo y lenguaje por su parte pide un libro. Y no breve, si se hace con la debida discreción. Varía el estilo, de acuerdo con el carácter de los personajes que se van introduciendo. Y hay toda una gama de tonos. Desde el inflado filósofo hasta el más ruin farsante. Y habla cada uno en su propio modo. Es una de las dificultades de la versión. Dar el tenor del dicho y darlo en forma comprensiva sin atenuar el texto. Cosa no fácil y a veces imposible, más si entra en juego el doble sentido de las palabras. Ejercicio grato, pero arduo es el hallar la equivalencia entre el giro griego y el castellano, no de épocas remotas, sino del mismo día de hoy. Si lo intenté, no confío en haber acertado.

La lengua es otro mar. El poeta acorde con las normas del buen sentido da a cada personaje el modo de hablar que le corresponde. En todos los pueblos hay diferencia de expresión entre el funcionario que da su voto en las asambleas y el pobre vendedor de higos, aceitunas o nueces. Trasladar a la escena esta forma de diferenciación del lenguaje es un acierto para el poeta y los primeros que vieron y oyeron su drama. Para los de tierras extrañas y lejanas épocas es un venero de dificultades, que si logran ser superadas, dan mayor comprensión de la lengua y de los usos del pueblo que la habla. Esta es una de las minas más ricas de Aristófanes.

En suma, es dignísimo de estudio en estos diversos aspectos. Y para el que no quiere hacer estudio, fuente de grata deleitación.

Esta misma consideración de su diversidad hace que la traducción se haga más difícil. La parte que suele suprimirse por escabrosa es a veces la más representativa. Tratando de darla con fidelidad, ya lo dije, he procurado atenuarla en la expresión.

Toca al lector dar su juicio.

ANGEL MA. GARIBAY K.

BIBLIOGRAFIA

Breve y sumaria, como suelo, doy nota de las obras que pueden ayudar a un estudio más profundo de Aristófanes.

TEXTOS

Colección de Loeb, con versión inglesa. Varias veces impresa.

Edición de la Colección de las Universidades de Francia, Asociación de G. Budé. Texto y versión francesa de diversos autores. París, 1948 y ss.

ESTUDIOS

- 1902. *Aristophane et l'ancienne comédie antique*, A. Couat.
- 1904. *Essai sur la composition des comédies d'Aristophane*, Paul Mazon.
- 1906. *Aristophane et les partis á Athenes*, M. Croiset (ed. inglesa en Loeb, 1909).
- 1931. *Greek Comedy*, G. Norwood.
- 1933. *Aristophanes*, G. Murray.
- 1943. *The People of Aristophanes*, V. Ehrenberg.
- 1964. *Estudios sobre el Teatro de la Antigüedad Clásica*. Varios. En Rev. de la Univ. de Madrid. V. XIII. N. 51.

LOS ACARNIOS

INTRODUCCION

Es la comedia más antigua de Aristófanes que conservamos. Probablemente antes escribió y presentó al público otras. Dos se mencionan que no dejaron sino restos breves. *Los Banqueteantes*, era la primera, que se dio a concurso en 427 a. C. Al siguiente año da la que llama *Babilonios*.

Esta tercera se representó en 425 y obtuvo el primer premio. La entregó a concurso bajo el seudónimo de Calistrato y obtuvo gran aceptación.

Es una comedia pacifista, como la *Paz* y *Lisistrata*. Tiene su propia temperatura e historia. Comenzaré por el nombre. Sabido es que los nombres de estas piezas se deben a los colectores y no a los autores mismos. Aquellos se fundan en circunstancias de la misma comedia para designarlos. Llamam generalmente los traductores Acarnianos, Acarnienses, o sea, en cada caso, moradores de Acarnio, o Acarnias. He preferido dejar para título en esta versión el nombre de Acarnios. Por breve y suficiente, si se toma en cuenta que se da el nombre por el coro formado por trabajadores de esa región.

Fue Acarnia, o Acarnias el *demos* más bien poblado de Atica. Discuten el dato de Tucídides (II, 20, 4), que le asigna nada menos de tres mil habitantes capaces de servir en el ejército. Es probable que exagera. Hay mucho en favor. Era región bien nutrida, por bien cultivada. Se daban allí trigo, vides, olivos, elementos esenciales en la vida de Grecia por esos días. Y eran los proveedores de carbón, a causa de sus buenos bosques, que iban acabando sin intervención de nadie, a no ser la guerra infausta. La cercanía del Monte Parnaso les daba buena mina. Y la belleza poética de esta montaña legendaria no debe faltar en su provechosa ayuda el orden económico: daba leña, daba madera, daba carbón, al menos.

Nada más en regla que fueran éstos los que más se descontentaban en las guerras. No querían ir. Perdían su buen pasar y estaban sometidos a los rigores del combate. Estos temas aprovecha Aristófanes para la elaboración y desarrollo de su comedia.

La situación en Grecia era así, al tiempo de representarse esta pieza. Llevaba seis años la guerra con el Peloponeso. Y en la capital, Atenas, había desmanes y dos partidos contendían. Uno en favor de la paz, que es, como siempre, el de los hombres maduros que buscan la tranquilidad para su trabajo. El partido contrario quería la

guerra. De jóvenes alocados las más de las veces. La causa de la contienda era de orden económico. Se prohibía a los de Megara venir a vender sus efectos en Atenas. Hubo un hecho privado que agravó las cosas. Unos muchachos, después de jugar al cótabo y de beber a conciencia, fueron a Megara y robaron a una famosa cortesana, llamada Simeta. No se quedaron cortos en la vindicta los de Megara y vinieron a Atenas a robarla a Aspasia dos de sus mejores socias. Fue cuando Pericles, para apoyar a su amiga y para dar una muestra de su poder, mandó que se diera el decreto que penaba con la muerte al que viniera de Megara a vender en Atenas.

En esta situación el poeta cómico urde una bella trama. Exhibe la tremenda situación de guerra ante la tranquila de paz. Y va tejiendo episodios en que se dan a conocer las dos tendencias. El siempre ridiculiza al partido bélico y, a veces en forma grotesca, hace ver lo que vale la paz para un pueblo.

Hace situaciones sumamente risibles. Y nos va dando cuadros, con su tinte salaz y obsceno, como acostumbra, pero de gran efecto teatral. Hay que ver y leer con atención el desfile de aquellos que llevan a vender a sus niñas disfrazadas de cerdas, y de los que andan buscando medios de satisfacer sus instintos en forma cómoda. Hay cuadros en que lo ridículo llega al extremo. Y en el texto original hallamos diálogos que son una delicia por su elaboración. Por ejemplo, el de casi el fin entre Diceópolis y Lámaco. Este se dispone a la guerra; aquél, al buen vivir en una cena en donde regresará bien acompañado, en tanto que su contrario va a ir a la frontera entre nieves y huracanes, a defender a la patria. La vuelta de uno y de otro, que cierra el poema, es de dramática emoción. Uno vuelve herido, desalentado y triste; el otro vuelve, semiebrio, bien acompañado y con la oportunidad de una noche de delicias. El contraste es emotivo en lo que entraña: la paz da la alegría de vivir; la guerra mata el bien del individuo y del grupo social. Esta es la tenaz insistencia del coro, que formado de carboneros de Acarnia, sirve para dar al espectador la voz del pueblo.

De tiempo en tiempo el poeta hace burla de los trágicos y la escena en que nos da a Eurípides en la elaboración de sus tragedias es de un efecto fuera de ponderación.

Los rasgos sumamente salaces he tratado de dejar en su sentido, aunque con alguna atenuante para oídos modernos. El que puede llegar a segundos sentidos los capta y el inocente pasa sin riesgo. Sería necio agregar que no es apta para menores, ahora que los menores nos enseñan a los viejos. El mensaje de Aristófanes sobre la real valencia de la paz es para todos los siglos.

LOS ACARNIOS

ESCENARIO:

La colina más baja de Atenas, al poniente de la Acrópolis, donde se hacía la reunión popular. Se llamaba el PNIX. Alrededor, tres casas de vecinos, Diceópolis, Eurípides y Lámaco. Aparece Diceópolis solitario viendo el contorno.

PERSONAJES:

DICEÓPOLIS.

HERALDO.

ANFITEO.

EMBAJADORES QUE REGRESAN DE PERSIA.

PSEUDARTABAS.

TEORO.

UNA HIJA DE DICEÓPOLIS.

CORO DE ACARNIOS.

LA MUJER DE DICEÓPOLIS.

UN ESCLAVO DE EURÍPIDES.

EURÍPIDES.

LÁMACO.

UN HOMBRE DE MEGARA CON DOS HIJAS.

UN INFORMANTE.

UNO DE BEOCIA.

NICARCO.

UN ESCLAVO DE LÁMACO.

UN LABRADOR.

UN PARANINFO.

LOS ACARNIOS

DICEÓPOLIS. (*Contempla el campo vacío y dice:*)—¡Cuántas veces mi corazón ha sido remordido por mí mismo...! ¡Cosas gratas, lo grato, cuán bien poco. Serán cuatro quizá. Pero mis grandes penas, ay cuántas... como arenas que se remueven en la playa. Vamos a ver, ¿cuáles son los momentos de dicha de que he podido gozar? ¡Ah, sí la vez primera, cuando Cleonte echó fuera los cinco talentos que se había tragado! Yo me deshacía en gozo y desde entonces tengo un gran afecto a los caballeros por haberlo logrado. ¡Qué dicha para Grecia!

Pero todo se paga. Otra ocasión que con ansia esperaba yo nombrar a Esquilo en una contienda dramática, va saliendo un heraldo y dice a voz en cuello: Teognis mete a su coro... ¿Se dan cuenta del dolor que me causó esto?

Tuve otro gozo un día. Fue cuando después de haber cantado Mosco, llegó Dexiteo para cantar una tonada al estilo de los de Beocia.

Y ese mismo año me puse a la muerte, y mis ojos se hacían rueda de angustia con sólo ver que asomaba la cabeza de Queris que iba a cantar con el estilo ortio.

Y eso que entonces aun no acudía a los baños públicos y sufrí como si usara la potasa. Eso estoy sufriendo cuando miro que está desierta esta región de Pnix, con todo y haberse convocado la asamblea del pueblo al despuntar la aurora. Y están los señores allá en el Ágora, de arriba abajo, charloteando y tratan de escapar como pueden a la cuerda teñida de grana. Y ni siquiera los pritáneos, que rigen y dirigen la asamblea, se han presentado.

Ya llegarán atrasados empujándose unos a otros, con el afán de lograr los asientos de madera, como si fueran un torrente. Y, ¿qué de la paz? ¡Nada, ni de los medios para lograrla! ¡Es lo último que les importa! ¡Ay ciudad, ay ciudad!

Y yo siempre soy el primero para asistir a la asamblea y me siento repleto de nostalgias. Y allí en mi soledad bostezo, me esperezo, me ventoseo, y ya no sé qué hacer. Me pongo a hacer monitos en el suelo, me estoy arrancando los vellos y me pongo a hacer mil razonamientos.

¡Cómo echo mi mirada de retrospectión a mis campos, yo que tanto amo la paz! Me hostiga la ciudad, ansío mi pueblo. Nadie me decía allí nunca: "compra tu carbón"; ni tu aceite, tu vinagre. Allí no se usa compra, sino que todo lo hallaba en mi pueblo. ¡Ese compra, compra, que me comprime el alma!

Pero vengo resuelto ahora a gritar, a hacer ruido, a interrumpir a los oradores que se pongan a hablar de cosas que no se refieran a la paz.

¡Chitón! ¡Ya van llegando los pritáneos aunque sea a medio día! ¿No lo dije? Todos se abalanzan a los asientos delanteros, ¿no es así? ¡Qué tumulto!

Entra el heraldo dirigiendo a los concurrentes y tratando de acomodarlos.

HERALDO.—¡Pasen adelante, pasen adelante, lleguen al lugar purificado!

ANFITEO.—¿Tomó ya la palabra alguno?

HERALDO.—¿Quién quiere hablar?

ANFITEO.—¡Yo!

HERALDO.—¿Quién eres tú?

ANFITEO.—Anfiteo.

HERALDO.—¿Semidiós? ¿qué no eres hombre?

ANFITEO.—No. Yo soy un inmortal. Aquel Anfiteo fue hijo de Démeter y Triptolemo. De éste nació Celeo, el cual casó con Fenerates, mi abuela, y tuvo esta por hijo a Licino y por este último yo resulto inmortal. A mí me dan los dioses el cargo de ir a tratar de la paz con los lacedemonios y solamente a mí. Pero, señores míos aunque soy inmortal necesito víveres para mi viaje... y los pritáneos no me dan nada.

HERALDO.—¡Vamos, arqueros!

Intervienen arqueros que hacen de policía y tratan de asir a Anfiteo.

ANFITEO.—¡Ah, Triptolemo y Celeo, ¿me vais a abandonar?

DICEÓPOLIS. (*Se pone en pie.*)—Señores pritáneos: estáis cometiendo una injusticia contra la asamblea al hacer que aprisionen a este hombre que nos quiere hacer la paz mediante sus deliberaciones y darnos la posibilidad de que colguemos los escudos.

HERALDO.—¡Siéntate y calla!

DICEÓPOLIS.—¡Nada de eso, por Apolo, si no me deliberan tocante a la paz!

HERALDO.—Los embajadores ante el rey...

DICEÓPOLIS.—¡El rey a mí, ¿qué? ¡Ya estoy hasta el tope de los embajadores con sus modos de pavos reales y sus payasadas!

HERALDO.—¡Cállate!

Entran los embajadores vestidos al modo de los persas.

DICEÓPOLIS.—¡Malhaya! ¡Por Ecbatana, qué trapitos, eh!

Un embajador llega ante el grupo y contoneándose, dice:

EMBAJADOR.—Nos habéis enviado ante el gran rey, llevando por gastos de viaje dos dracmas por día, cuando era arconte Eutimenes.

DICEÓPOLIS.—¡Pobres de nuestras dracmas...!

EMBAJADOR.—¡Y ay, qué duro fue viajar por las llanuras del Caistro!

Bajo las blancas tiendas y en cómodos vehículos en que íbamos tendidos caminando, todos deshechos de cansancio...

DICEÓPOLIS.—¡Eso hubiera querido para mí! Yo me pasaba el tiempo guardando la muralla en la cocina paja.

EMBAJADOR.—Los que nos hospedaban nos obligaban a beber en copas de cristal o de oro un dulcísimo vino.

DICEÓPOLIS.—¡Ay, ciudad de Cramao, se están mofando de ti los dichosos embajadores!

EMBAJADOR.—Es porque los bárbaros no tienen por hombre sino al que come y bebe mucho.

DICEÓPOLIS.—¡Qué novedad... eso pensamos de las prostitutas y de los... otros!

EMBAJADOR.—A los cuatro años llegamos a la corte real. El rey no estaba allí. Había salido a hacer sus necesidades con todo su ejército. Se pasó cuatro meses en el Monte Dorado.

DICEÓPOLIS.—¡Largo es el tiempo, ¿se le habrá cerrado el trasero ya? Y todo a luna llena.

EMBAJADOR.—Cuando menos se pensaba, regresó a casa. Nos recibió con fausto. Hizo que nos sirvieran bueyes cocidos en su misma piel.

DICEÓPOLIS.—¿Cuándo se ha visto eso? ¿Bueyes cocidos en su mismo jugo? ¡Qué jactancias, qué embustes!

EMBAJADOR.—Eso sí, por Zeus, que un día mandó a la mesa un pájaro bien preparado, y era tres veces más grande que Cleónimo. Lo llamaban el engañador.

DICEÓPOLIS.—El engañado eres tú, cuando te dan tus dos dracmas.

EMBAJADOR.—Pero ahora estamos aquí. Y traemos a Pseudartabas, el ojo del rey, nos dicen.

DICEÓPOLIS.—¡Un cuervo se lo quitara y lo mismo que el tuyo, oh embajador!

HERALDO.—¡El ojo del Rey llega!

DICEÓPOLIS.—¡Que se lo saquen al rey y también al embajador! De eso se encargue un cuervo.

HERALDO. (*Anunciando.*)—¡El Ojo del Rey!

Entra un personaje vestido de persa, con dos eunucos que lo escoltan. Lleva un gran ojo en la mitad de la frente.

DICEÓPOLIS. — ¡Heraclés poderoso! ¡Hombre, por los dioses, ese ojo tuyo es todo un ojo de navío! ¿Estás viendo de salvar un cabo, o buscas dónde detener la nave? Y esa tira de agujeros que tienes en torno del ojo no es sino la que sostiene los remos...

EMBAJADOR.—Vamos pues, favor de dar a conocer tu comisión ante los atenienses, tal como te la confió el rey.

PSEUDARTABAS.—I artamane xarxus apiaona satra.

EMBAJADOR. (*A Diceópolis.*) — ¿Entiendes lo que dice?

DICEÓPOLIS.—¡Por Apolo, que no! EMBAJADOR. (*Al cuerpo de la asamblea.*)—Dice que el rey va a enviar oro para ustedes. (*A Pseudartabas:*) Di con claridad y con cuidado eso de oro.

PSEUDARTABAS.—No recibirás oro, jonio trasero ansioso...

DICEÓPOLIS. — ¡Ay, demonio... qué claro habla ahora!

EMBAJADOR.—¿Qué dijo, pues?

DICEÓPOLIS.—¿Qué? Que los jonios son punta de gente ávida de que la trabajen por detrás. Muy tontos, si tienen esperanzas de recibir oro de los bárbaros...

EMBAJADOR.—¡No, señor, no dijo eso! Dijo que son fanegas de oro.

DICEÓPOLIS.—¿Fanegas? ¿Cuáles? ¡Tú sí que estás chiflado! Pero, sá-

cate. Yo solo le voy a hacer su interrogatorio.

(*A Pseudartabas.*) Andale, a mí háblame discreto delante de éste, (*señala su miembro*), que si no, te pongo como púrpura de Sardes. ¿Manda o no manda el rey su oro? ¿No, eh? Entonces nos engañaron de medio a medio los embajadores. ¡Huhum! Me da mala espina: estos hombres están haciendo las mismas señas que hacemos en Grecia! ¡A poco son de aquí! ¡Claro, ya reconozco a uno de los eunucos... es el famoso Clisenes, el hijo de Sibercio... Oh descarado intento de un trasero rasurado... Y trae su barba. ¡Vaya! ¡Mono infeliz a donde llegas, a parecer un eunuco, con la cadera roma! ¿Quién es el otro? ¡Ah, ya...! ¿no será Estratón?

HERALDO.—Calla y séntate. El Ojo del Rey va a ir a la invitación de la asamblea del Pritáneo.

DICEÓPOLIS. — ¿No basta para ahorcarse uno? ¿Qué pito toco aquí? Eso es el Pritáneo, albergue de sujetos como éstos. ... Pero, ya estoy pensando ejecutar un hecho grande y temeroso. ¿Dónde estará mi Anfiteo?

ANFITEO.—Aquí estoy presente.

DICEÓPOLIS.—Para mí solo y con estas ocho dracmas arrégrame una tregua con los lacedemonios. Y eso para mi persona, para mis hijitos y para mi mujercita. Y ustedes (*a los del Pritáneo*), sigan, sigan mandando sus legaciones sin resultado.

HERALDO.—Que entre Teoro el enviado a Sitalco.

TEORO.—Estoy aquí.

DICEÓPOLIS.—¡Otro farsante jactancioso ahora!

TEORO.—No hubiéramos durado tanto en Tracia...

DICEÓPOLIS.—Si no hubieras cobrado tanto sueldo...

TEORO.—...pero cayó tanta nieve que Tracia entera quedó cubierta y además los ríos se helaron.

DICEÓPOLIS.—Era el tiempo preciso en que Teognis entró al concurso de comedias.

TEORO.—Ese largo tiempo nos pusimos a beber con Sitalco. Y de veras que se mostraba muy amigo de los atenienses y era tan amante nuestro que escribía en las paredes: “lindos atenienses”. Y su hijo, al cual dimos ciudadanía en Atenas, estaba ansioso de comer salchichas de las que se usan en la fiesta de la Apaturias. Y estaba siempre rogando a su padre que ayudara a su patria. Este, mientras bebía, hacía su juramento de venir a socorrernos con un ejército tan numeroso que los atenienses al verlo tendrían que exclamar: ¡Ay, que número de langostas aparece hacia acá!

DICEÓPOLIS.—¡Me lleve la desgracia si comprendo algo. De eso que dices, sólo admito lo de las langostas.

TEORO.—Al que os envía ahora es al pueblo más guerrero de Tracia.

DICEÓPOLIS.—Esto ya me suena discreto.

HERALDO.—Vengan acá los tracios que trajo Teoro.

DICEÓPOLIS.—¿Qué desgracia es esta?

TEORO.—Es el ejército de los odomantes.

DICEÓPOLIS.—¿De cuáles odomantes? Dímelos. ¿Quiénes son éstos? ¿Quién les ha recortado su capotito?

TEORO.—Si se les pagan dos dracmas de sueldo son capaces de hacer trizas con sus escudos a la Beocia entera.

DICEÓPOLIS. — ¿Dos dracmas a éstos? ¿a esos circuncidados? No les quedará a los habitantes de Treno sino llamarlos salvadores de la ciudad. ¡Ah, pero me han robado mi costal de ajos estos odomantes... me lleva la trampa! ¡Mis ajos, por favor... luego, luego!

TEORO.—No te acerques a ellos. ¿No ves que han comido ajos?

DICEÓPOLIS.—¡Esto sufren, prítaneos, que me suceda en mi propia tierra, y de parte de bárbaros! Yo me opongo a que siga la sesión para tratar de la paga de los tracios. Yo

les digo que hay un mal presagio: me cayó una gota de agua.

HERALDO.—Se ruega a los tracios que se retiren y que comparezcan mañana. Los señores prítaneos declaran que se levanta la sesión.

Van saliendo lentamente los tracios y los miembros de la asamblea. Queda solo Diceópolis.

DICEÓPOLIS. — ¡Ay infeliz de mí... de qué pastelito de ajos me he perdido! ¡Ah, pero calle! Ya regresa Anfiteo de los lacedemonios. ¡Salve, Anfiteo!

ANFITEO. (Entrando.) — Nada de salve, salve... deja que me refocile de esta carrera. Tuve que echar a toda pierna para escabullirme de los de Acarnia.

DICEÓPOLIS.—¿Qué pasó?

ANFITEO.—Venía yo para acá trayendo las treguas, y a toda marcha. Pero me la olieron unos viejos de Acarnia, de esa gente sin entrañas, un roble por pecho, de dura corteza, vaya, gente que estuvo en Maratón y que no se dobla, y muy suspicaces. Y, que me ven y comienzan a gritar:

¡Ay, maldito ya vienes con alguna tregua cuando acaban de destruir nuestros viñedos! Y comienzan a echar piedras en sus mantos para perseguirme. Y yo que corro huyendo, y ellos que corren tras de mí apedreando, dando grandes gritos.

DICEÓPOLIS.—Deja que sigan gritando. Bueno, ¿qué tregua me traes?

ANFITEO.—¡Claro que sí! Tienes tres propuestas, para escoger a gusto. Esta es para cinco años. Andale, saboréala.

DICEÓPOLIS.—¡Fuchi!

ANFITEO.—¿Qué fue?

DICEÓPOLIS. — ¡No me cae bien... me huele a brea para los navíos!

ANFITEO. — Vaya, saborea esta otra, que es para diez años. Tómala.

DICEÓPOLIS.—Tampoco ésta. Me huele a embajadores que van y vienen por las ciudades, de muy mal

amor por cierto, y se quejan a la continua de que los aliados son lentos y morosos.

ANFITEO.—Aquí tienes esta otra para treinta años. De paz total sobre mar y tierra.

DICEÓPOLIS.—¡Esa sí, por Diónimo, esta sí que me huele a néctar a ambrosía! ¡Qué gusto no tener que estar pensando en los bastimentos de vitualla y munición para cada tres días.

(*Bebe un poco de la botija.*) Ya en la boca me dice: Vete a donde quieras. ¡Claro, le tomo el falso y me la bebo toda, a la salud de los de Acarnia! Y para darme gusto, ya sin temor de guerra, me voy a celebrar las fiestas dionisiacas a los campos.

ANFITEO.—Pues yo me voy a esconder de los de Acarnia. (*Sale.*)

Llega el coro formado de carboneros de Acarnia.

CORIFEO. ESTROFA. — ¡Todo el mundo por aquí, hay que perseguir a ese hombre! Pregunta por dónde va a todos los pasajeros. La ciudad tiene interés en localizar al hombre. Ese que viene trayendo sus trataditos. Díganmelo, por favor... por qué rumbo tomó ése.

CORO.—¡Se escapó, se escabulló, no hay huella de ese sujeto! ¡Ay infeliz, por mis años! Ya no es el tiempo pasado, cuando yo joven a Paulo emulaba en su carrera... y ahora pudo este portatreguas escaparse de mi mano. Entonces sí no pudiera, con toda su agilidad.

CORIFEO: ANTISTROFA.—Hoy ya no: mis piernas fallan y se escapa el facineroso. Pero vamos a seguirlo. Lacreitides está viejo, pero puede aun obrar. ¡A seguirlo: que no huya! ¡Por Zeus, por todos los dioses, éste no puede escapar del poder de los de Acarnia!

CORO.—Pactó con los enemigos una tregua. Esos, que no puedo ver, con mis campos destabados. Los vinieron a arruinar.

Voy a ir en pos de ellos y les clavaré en el costado una flecha de duro junco, que se meta hasta la base, y así no vendrán a hacer destrozos en mis viñedos.

CORIFEO.—Habrà que buscar a ese hombre y llevarlo hasta Palena. No importa andar mar y tierra, con tal que lo descubramos. Eso sí, yo no me aguanto: si lo veo, lo apedreo.

DICEÓPOLIS. (*Dentro.*) — ¡Calladitos, calladitos!

CORIFEO.—¡Todos callen! ¿Señores, no lo oyeron? Es una invitación al silencio. Ése es el que vamos buscando. Aquí todo, a un lado y otro y hay que estar en espera. Va a salir ese hombre a ofrecer su sacrificio.

DICEÓPOLIS. (*Sale con una olla y su mujer y sus hijas. Por delante van dos esclavos, uno de los cuales porta un gran falo de cuero.*)—Silencio, silencio. Pase adelante la canéfora. Que Xantias ponga muy bien erguido el falo. Deja aquí tú, hija, el cestillo y vamos a ofrecer las primicias del sacrificio.

La Niña, que pone delante la canastilla:

Mamá, déjame la cuchara, que voy a ver si está bien el pastel.

DICEÓPOLIS.—Va todo en regla. ¡Señor Diónimo: que sea a tus ojos grato el cortejo y el sacrificio. Los ordeno para ti, unido a todos los míos. Concédeme, oh señor, que pueda yo celebrar las dionisiacas, allá en los campos. Ya sin cargos militares, ya en muy sabrosa paz. Esa paz que he pactado por una tregua de treinta años.

¡Anda, hija mía, pon allí tu canastilla y vamos a seguir el ritual.

La Niña deja la canastilla y dice:

NIÑA.—Dame, madre, la cuchara para que yo derrame la salsa sobre la torta.

DICEÓPOLIS.—Bien está ya todo. ¡Oh Diónimo soberano: séate grata

Doncella que lleva en la cabeza una canastilla con flores

esta comitiva que yo voy guiando y el sacrificio que voy a ofrecer con todos los de mi casa. Concede que pueda yo, sin cuidados militares, celebrar las fiestas tuyas en los campos y que esta tregua de treinta años me traiga felicidad!

Vamos, hija mía, lleva la canastilla en forma graciosa, pues graciosa eres. Ve con los ojos bajos, como si estuvieras comiendo algo agrio.

Feliz sea quien contigo case y te haga dueña de gatitos. . . y ellos podrán contigo captar al viento al nacer el día. Camina y ve con cuidado, no haya alguno que te robe tus joyas de oro.

Y tú, Xantias, con esmero unido al otro, lleven el falo en pos de la canéfora. Yo seguiré detrás cantando el himno fálico. Y en cuanto a ti, mujer mía, contempla desde la terraza. ¡Adelante!

¡Oh, Falo consocio de Baco, el más alegre invitado, el que ronda por las noches, y aun le gustan los muchachos! Han pasado cinco años y al fin retorno a mi hogar, con el alma llena de gozo, porque vi ya realizada una tregua para mí, libre de penas y de Lámaco!

¡Ayay, qué sabroso sabe, oh dulce y potente Falo, sorprender en la carrera a una linda leñadora, esclava de Estrimodoro, Tatra, que regresa de Feleo, y echarle el brazo debajo y gozar de sus encantos!

Y si tú quieres, oh Falo, beber en nuestra compañía, mañana podrías comer un buen platillo de cruda y festejarías la paz, y yo colgaría mi escudo.

Va llegando el cortejo de la anterior escena. El coro se esconde.

CORIFE0.—¡Ese, ése es, ése! ¡Dale dale, dale, dale! ¡Hiere, hiere al infeliz! ¡Pegas o no pegas, qué?

DICEÓPOLIS. (*Se va escudando con su olla.*)—¡Heraclés, quién es ése? ¡No me vayan a quebrar mi olla!

Entran la canéfora y dos esclavos.

CORO: ESTROFA.—¡Es a ti a quien quebramos, con mil golpes en la cabeza, pelado infeliz!

DICEÓPOLIS.—¿Pero a mí, por qué razón, oh señores venerables de Acarnia?

CORO.—¡Todavía nos lo preguntas, desvergonzado, patán, que haces traición a la patria. . . Con que tú pactaste tregua y ahora te me quedas viendo!

DICEÓPOLIS.—¿Saben por qué lo hice yo? Háganme favor de oír.

CORO.—¡Nada de oírte! Vas a morir. Te mataremos a pedradas.

DICEÓPOLIS.—No obren antes de oír. Les voy a exponer el hecho, mis respetables señores.

CORO.—¡No lo voy a tolerar: no me digas más palabras! Te aborrezco más que a Cleonte, a quien quiero desollar para hacer unas sandalias cual usan los caballeros.

CORIFE0.—Yo por mi parte, tampoco habré de oír tus alegatos. Te has atrevido a ir a tratar con lacedemonios y ahora verás tu castigo.

DICEÓPOLIS.—Señores venerables, dejemos en paz a los lacedemonios. Yo voy a dar la razón de la tregua que pacté y las razones que tuve.

CORIFE0.—Aún puedes hablar así después de haber pactado con gente que en nada tiene altares, buena fe y juramentos, y para la que no hay cosa sagrada en el mundo.

DICEÓPOLIS.—Sé yo bien que los lacedemonios, a los cuales no podemos ver, no son la causa primaria de vuestras desgracias.

CORIFE0.—¿No de todas, desdichado? ¿Eso te atreves a decir, al frente de nosotros? Basta para que acabe yo contigo.

DICEÓPOLIS.—No de todas, no de todas, y ahora les voy a decir. En muchos casos ellos han tenido que tolerar muchas injusticias.

CORIFE0.—Eso que dices es sin medida y terrible de oír. Tengo el corazón deshecho. Y es que tú te atreves, malvado, a defender a los enemigos.

DICEÓPOLIS.—Y, ¿si digo la verdad? Y, ¿si el pueblo me la aprueba? Dejen que hable, que prometo hacerlo como si tuviera la cabeza en la orilla del tajón.

CORIFE.—¡Señores míos, qué esperamos para acabarlo a pedradas? Y luego habrá que rasparlo hasta tenerlo de púrpura.

DICEÓPOLIS.—¿Qué furor los ha invadido? ¿Qué negro tizón los quemó? ¿No me oyen? ¿Es digno de gente de Acarnia no oírme?

CORIFE.—¡No queremos oír eso!

DICEÓPOLIS.—Están obrando muy mal conmigo.

CORIFE.—¡Reviente yo si te oigo!

DICEÓPOLIS.—De ningún modo, acarnios.

CORIFE.—Tú vas a morir al punto.

DICEÓPOLIS.—También les daré mi mordida. En pago de esa muerte, han de morir seres amados de ustedes. Y en verdad los más amados.

Tengo yo mis rehenes dentro de parte de ustedes y los voy a desgollar. *(Se va.)*

CORIFE.—Señores de mi barriada. ¿qué les parece este aviso? ¡A nosotros los acarnios! ¿Tiene acaso un niño de nosotros en su casa reservado? Y, si no, ¿por qué tanta seguridad?

DICEÓPOLIS. *(Regresa con un saco de carbón y un machete.)*—¡Hora, piedras acá! Luego acabo yo contigo. Ya veré en breves momentos qué cariño tienen ustedes al carbón.

CORIFE.—¡Ay, perdidos estamos! Ese costal es de mi barrio. ¡No le des, no, por favor, lo vas a desbaratar!

DICEÓPOLIS. ANTISTROFA. — Que lo mato, sépanlo. Y nada le hace que griten. Yo tampoco quiero oír.

CORO.—¿Matarás al compañero de nuestra vida? ¿A ese amante del carbonero?

DICEÓPOLIS.—Yo no soy ahora, con ustedes. No me quieren escuchar.

CORO. — Habla ahora, hablemos claro. Dinos luego lo que piensas, pero que sea pronto. Estás vendido a los lacedemonios... pero ese costal yo nunca, nunca lo he de abandonar.

DICEÓPOLIS. — Por principio de cuentas, echen sus piedras al suelo.

CORIFE.—Ya te obedecen y tú deja a un lado ese machete.

DICEÓPOLIS.—Vamos a ver si es cierto. No hayan quedado escondidas en hueco de los mantos.

CORIFE.—Todas cayeron en tierra. ¿Ves cómo sacudo el manto?

Vamos ahora, sin reticencias. Deja el machete también. Ya ves que doy vuelta y vuelta y sacudo mi manto.

DICEÓPOLIS. — Todos alzarán la voz y poco faltará para que se acaben los carbones del Parneto y eso sucederá tan solo por el descuido de sus habitantes. Lleno de miedo, el costal me deja un sello de polvo negro. Cual si fuera un calamar al que van persiguiendo.

Cosa tremenda es tener que tratar con gente que tiene poco dominio de sí misma. Sólo piensa en apedrear y lanzar gritos furiosos. Nada quiere oír de lo que se le dice, si es contra de sus prejuicios. Y yo ya les prometí, que hablo con la cabeza en el filo del tajón, y sigo con toda mi vida, porque le tengo cariño.

CORO: ESTROFA.—Ya que estás hablando siempre de tu dichoso tajo, ¿por qué no lo traes y pones en él la cabeza? Anda, atrevido, declara qué es eso grande que aportas. Me está comiendo el deseo de saber qué traes en el alma. Pero tú pusiste la norma: que se traiga luego el tajo y ya, en él, podrás hablar.

DICEÓPOLIS. *(Entra y vuelve con un tajo que coloca en el centro del escenario.)*—Aquí está, véanlo bien. Y el que va a hablar es un hombre tan chiquito como él. No crean que tome yo escudo, por Zeus que no, para hablar en favor de los lacedemonios. Yo diré lo que a mí me parece.

Y no crean que no tengo miedo. Es que conozco a los campesinos. Basta que venga alguno y eche alabanzas a su ciudad y a ellos mismos, aunque sea un farsante adulator que dice tontería y media, y ya los campesinos quedan embobados, sin darse cuenta de que éste les está haciendo mil chapucerías.

También conozco el modo de los viejos. No tienen más mira que dar fallos de condenación contra quien sea.

Sé muy bien a qué atenerme, cuando recuerdo lo que me hizo Cleonte, por mi comedia del año anterior. Me llevó ante el consejo y me llenó de diceríos. Lleno de mentiras, me cubrió de calumnias. Era todo un río Ciclóboro, por su boca maldiciente, y poco faltó para que me arrastrara con sus deyecciones posteriores...

Pero, ahora, favor de dejar que me vista de un traje que excite y mueva la compasión.

CORO: ANTISTROFA.—¿Qué trama estarás urdiendo y qué en esta dilación? Dame el casco que te presta Jerónimo, con su negra pelambre, cual si fuera en sus marañas un casco traído del Hades. Puedes abrir en seguida las patrañas de Sísifo: cuando comience el debate no hay medio de demorarlo.

DICEÓPOLIS.—Estamos a tiempo. Voy a buscar un atrevido, voy a procurar a Eurípides.

(Llega a la puerta de Eurípides y se pone a tocar.)

¡Paje, paje!

CRIADO.—¿Quién es?

DICEÓPOLIS.—¿Está Eurípides en casa?

CRIADO.—Está y no está. Si es que puedes entenderlo.

DICEÓPOLIS.—¿Puede y no puede estar dentro?

CRIADO.—Muy bien, mi señor anciano. Su mente anda vagando en busca de versitos. Y no está porque sus pies están dando patadas al aire. Está componiendo una tragedia.

DICEÓPOLIS. — ¡Tres veces feliz Eurípides, que criados tan sabios tiene! Dile que venga.

CRIADO.—Eso no se va a poder.

DICEÓPOLIS.—Sea lo que fuere, tú llámalo, que si no, yo toco la puerta.

Llega a la puerta y toca:

Eurípides, Eurípiditos, óyeme... si eres capaz de oír a alguien alguna vez. Yo te busco, yo soy Diceópolis, el de Colides, ése soy yo.

EURÍPIDES. *(Dentro.)*—No estoy de vago.

DICEÓPOLIS.—Toma una maquinita de ésas que usas en el teatro.

EURÍPIDES. — Es imposible del todo.

DICEÓPOLIS.—Pues, de todos modos, ven.

EURÍPIDES.—Bueno, tomaré la máquina, pero no estoy ocioso para bajar.

DICEÓPOLIS.—¡Eurípides!

EURÍPIDES.—¿Para qué tanto gritar?

DICEÓPOLIS.—Es que tu compones tus tragedias con los pies en el aire... y bien podías componerlas poniendo los pies en el suelo. ¡No me llama la atención que tus personajes anden cojos...! Y, ¿esas hilachas que llevas puestas? ¡No me llama la atención que tus personajes sean mendigos! Yo hincado en tierra te ruego: Préstame unas hilachitas de esas de un drama pasado de moda. Voy a decir en el coro un discurso largo, y si no sé declamar me matan.

EURÍPIDES.—¿Qué ropa te daré? ¿La que llevaba Eneo, viejo sin fortuna, cuando se lanzó al combate?

DICEÓPOLIS.—¡Esas no, otras más deshechas.

EURÍPIDES.—¿Las de Fénix el ciego?

DICEÓPOLIS.—¡No, las de Fénix no: hay otro más infeliz!

EURÍPIDES.—¿Qué hilachas me pide éste? ¿Quisieras las del mendigo Filoctetes?

DICEÓPOLIS.—Ni ésas, sino las de otro más infeliz, más infeliz.

EURÍPIDES.—Tal vez el manto rasgado que llevaba el cojo Belerofonte, que tienes a tu presencia...

DICEÓPOLIS.—No las de Belerofonte. Son las del que era más cojo, más terco, charlatán insufrible.

EURÍPIDES.—¡Ya caigo en cuenta: Télefo el de Misia!

DICEÓPOLIS.—Ese mismo. Daca el manto andrajoso de Télefo. Por allí están sobre las hilachas de Tiestes o las de Ino.

EURÍPIDES.—Muchacho, dale los harapos de Télefo. Esos son. Tómalos ya.

DICEÓPOLIS. (*Abre el manto y hace que se vean los muchos agujeros que tiene.*)—¡Ah, Zeus, que todo miras con penetrante mirada y desde las alturas todas las cosas adviertes, deja que yo me vista esta ropa que mueve a compasión! Eurípides, por favor. Ya que me diste esta capa, dame también para cubrir mi cabeza aquella mitrita misia. Es que yo quiero siempre parecer un mendigo: que sea yo lo que soy y no que me parezca.

Los espectadores me van a conocer, pero el coro que va a oír mis alegatos... va a ser tan estúpido que se trague mis palabritas necias.

EURÍPIDES.—Te doy todo, que eres de sutil genio y de aladas ideas.

DICEÓPOLIS. (*Se acomoda la mitrita.*)—¡Sea dichoso yo. —Télefo tenga la fortuna que yo estoy pensando! Y ahora, yo, ¿cómo llenarme de bellas expresiones? ... Ah, me faltó algo: un bastón de mendigo!

EURÍPIDES.—Tómalo ya y deja esos pórticos de piedra.

DICEÓPOLIS.—¡Ah, corazón, me miras alejado de esta mansión, cuando aún me hacen falta mil accesorios más! No tengo que cansarme. A pedir, a rogar y a conseguir lo que yo quiero... Eurípides, dame un armazoncito quemado por las lámparas.

EURÍPIDES.—¿Para qué, miserable? ¿de qué te sirve eso?

DICEÓPOLIS.—¡Claro que para nada, pero quiero tenerlo!

EURÍPIDES.—¡Ya estoy bien fastidiado... aléjate de aquí!

DICEÓPOLIS.—¡Ay que seas tan feliz como lo fue tu madre!

EURÍPIDES.—¡Lárgate, por favor!

DICEÓPOLIS.—¡Eso no! Una sola cosa más... una ollita desportillada!

EURÍPIDES.—¡Que el diablo te lleve...! Ten y vete. Ya estás aquí de más.

DICEÓPOLIS.—No me voy, ve tú mismo, por Zeus, que mal estás haciendo... Ay, dulcísimo Eurípides, una cosita más... dame un calderito bien tapado con una esponja.

EURÍPIDES.—¡Me estás robando mi tragedia entera! Toma y lárgate.

DICEÓPOLIS.—Ya me voy. Pero, ¿qué haré? Me faltó algo y sin ello perezo. Oyeme, dulce Eurípides, y dame lo que te pido: ya no volveré más: Dame unas hojas de verdura para el fondo de mi cesta.

EURÍPIDES.—Tú me quieres matar. Ahí tienes. ¡Adiós mis dramas!

DICEÓPOLIS.—Ya no pido más; me voy. Veo que soy inoportuno y no me acabo de dar cuenta de que soy odioso a los reyes. ¡Ah, pero... he olvidado lo más importante, lo que más necesito, de lo que depende mi vida...!

Oyeme, Euripiditos dulcísimo y queridísimo, ¡muérame yo si te sigo importunando! Pero una sola cosa: dame unas hojitas de aquella colecita que te dejó en herencia tu madre.

EURÍPIDES. — ¡Malvado! Muchacho, cierra la puerta.

DICEÓPOLIS. (*Solo.*)—¡Ay de mí que me voy, y no llevo las hojas de la col!

Y, ¿no sabes, alma mía, qué lucha tan tremenda vas a tener que afrontar, ahora que intentes hablar en favor de los lacedemonios? ¡Animo, hay que ir resuelto, alma mía! Esta es la línea de combate. ¿Por qué te detienes? ¿No te has llenado del espíritu de Eurípides? ¡Vamos, corazón mío, animosamente, ponte al trabajo. Deja que te corten la cabeza, con tal de que digas todo lo

que intentas decir. ¡Valiente y atrevido, adelante! Se regocija mi corazón.

Llega al tajón y hace ademán de poner la cabeza.

CORO. — ¿Qué estás haciendo? ¿Qué vas a decir? Eres un hombre necio y sin entrañas, ya que pones tu cabeza como garantía para hablar con la ciudad. Tú solo contra todos. ¡Atrevido es el hombre! Vaya, habla y di lo que tengas en tu pecho.

DICEÓPOLIS.—Señores espectadores, si no se me disgustan, de que ante los atenienses hable un pobre mendigo... voy a hablar a la ciudad en una comedia, porque la comedia es también vehículo de verdades. Nada diré que ofenda, sólo cosas muy justas. Y no tengo temor de las calumnias de Cleonte, que dice que hablo ante extraños. No hay extraños ahora. Es ahora el concurso en el Leneo y todos los extranjeros andan por allá. No han venido siquiera los que traen el tributo. No han llegado a la ciudad los aliados de fuera, estamos solos pues, libres de polvo y paja, porque la paja son los advenedizos.

Pues bien, yo aborrezco con toda mi alma a los lacedemonios. ¡Que Poseidón, dueño del Tenares, haga que se vuelvan polvo sus ciudades, porque también a mí me arrasaron mis viñedos!

Y con todo eso, ¿sólo hay amigos aquí, o no?

¿Hay motivo para acusar a los lacedemonios de nuestras desgracias?

Algunos sujetos de nosotros —no digo de la ciudad entera; nótenlo bien, no hablo de toda la ciudad— unos infelicillos, gente sin tino ni gracia y más bien perversitas, gente de advenedizos y acaso de extranjeros, comenzaron a denunciar contrabando de los de Megara. Apenas veían una mantilla de lana de aquella región, o un melón, una liebrequita, o

un lechoncito tierno, o una ristra de ajos, o panecillos de sal, y comenzaban a gritar: Eso viene de Megara. Y lo arrebatában y lo vendían por su cuenta. Mal como es, era menor. No salía de casa. Viene lo grave. Unos muchachos, después de haber estado jugando el cótabo y haber bebido hasta embriagarse, se lanzaron a Megara y se robaron a la ramera Simeta. Y a su vez los de Megara, irritados y llenos de encono, vinieron a robarle a Aspasia dos mujercillas. ¡Y comenzó la guerra por tres mujeres de la vida airada! ¡Toda Grecia en llamas por tres daifas! → *moncebas*

Vino después lo otro: Pericles, que se sentía como un dios del Olimpo, echó rayos y centellas y dejó que resonara su trueno. Echó a perder en un turbión a toda Grecia, dando leyes que, como canta la canción:

“Fuera Megarenses todos de esta [tierra y su mercado, de la mar y el mundo entero.”

Los de Megara qué habían de hacer. Comenzaron a sufrir hambre, y luego fueron a rogar a los de Lacedemonia que intervinieran para que se levantara el decreto de no venir a Atenas por causa de las mujercillas aquellas.

¿Qué respondimos nosotros? Que no y que no, aunque rogaron mucho.

Y allí comenzó el resonar de los escudos. No faltará quien diga:

“¿No convenía? — Entonces, ¿qué es lo que convenía?”

Vamos al caso. Supongan que un lacedemonio se va en una nave y se encuentra un perrito en la isla de Serifos y lo quiere vender. ¿Estarían ustedes “tranquilos en su cuarto: lo que nunca conviene”?

No lo creo así. Hubieran ustedes equipado para travesía por los mares unas trescientas naves, y toda la ciudad se hubiera llenado de gritos de soldados en tumulto, de electores de los trierarcas, de los que pagan los impuestos. Y se hubiera do-

rado todas las estatuas de Palas. Allí en el pórtico donde se vende el grano haría un escándalo tremendo la multitud mientras se mide el trigo, y por todas partes veríamos odres en venta y correas para amarrar los remos y multitud de compradores de jarras, lo mismo que de ristras de ajos, aceitunas, racimos de cebollas, coronas, sardinas, y tocadoras de flauta, de negros ojos. Y allá en el arsenal, otro tanto. Un enjambre ruidoso de tablas que se ajustan, de clavijas que se aprietan, de correas que se amarran a los remos, de flautas y pitos, y de grandes gritos y chiflidos de los marinos y su comandante...

"Eso lo sé muy bien, porque eso [hubieran hecho, tanto que Télefo mismo hubiera hecho mofa de nosotros. ¿No lo piensan así?"
Lo que nos falta es sensatez!

SEMICORO I.—¿Eso es verdad? Hipocritón farsante, tres veces execrable, ¿siendo infeliz mendigo así te atreves a hablar de nosotros, y aunque hay muchos parlanchines sin base, tú eras la afrenta de todos?

SEMICORO II.—¡Por Poseidón que así: diga lo que dijere, todo eso es justo y ni sombra de mentira hay en todo eso!

SEMICORO I.—¡Supongas que sea justo, ¿habría por qué decirlo? Pero no le durará el gusto de haber tenido la osadía de decir estas cosas! (*hace intento de acometer a Diceópolis*).

SEMICORO II.—¡Ora tú, ¿dónde vas? ¿No te quedarás quieto? ¡No más tócame a este hombre, en un momento quedarás fuera de este mundo!

SEMICORO I.—¡Lámaco, tú que al mirar irradias resplandores, preséntate ante mí, tú que llevas el penacho de Gorgona!

¡Io, Lámaco, mi amigo y mi colega de tribu, si aquí hay algún taxiarca, o un defensor de las murallas, venga a ayudar sin tardanza: ya me tienen cogido por el medio!

Aparece Lámaco con la figura que se ha dicho.

LÁMACO.—¿De dónde esta ruidosa algarabía guerrera que llegó a mis oídos? ¿A quién hay que auxiliar? ¿Dónde he de armar camorras? ¿Quién me ha obligado a despertar a la Gorgona y a sacarla de su cofre?

DICEÓPOLIS.—¡Oh, Lámaco, héroe de penachos y pandillas!

CORIFE0.—¿No has percibido que hace tiempo este hombre está vituperando a nuestra ciudad?

LÁMACO.—¡Este, sí que te atreves a decir tales cosas siendo un infeliz mendigo!

DICEÓPOLIS.—¡Oh, Lámaco, oh héroe, ten indulgencia conmigo... un pobre mendigo pudo haber trasabillado al hablar!

LÁMACO.—¿Qué dijiste de nosotros? ¿No quieres repetirlo?

DICEÓPOLIS.—¡Ya no recuerdo: cuando te miro armado pierdo la cabeza. Pero, yo te suplico, haz a un lado ese espantajo!

LÁMACO.—¡Ya está!

DICEÓPOLIS.—Ponlo por allí al revés contra mí.

LÁMACO.—Ya está en el suelo.

DICEÓPOLIS.—Ahora quita del morrión esa pluma y dámela.

LÁMACO.—Esta pluma para ti.

DICEÓPOLIS.—¡Agárrame ahora la cabeza que quiero echar las tripas... me causan náuseas tus plumas del morrión...!

Toma la pluma y se la mete a la boca para provocar el vómito.

LÁMACO.—¿Y éste? ¿Qué haces? ¿Con esa pluma quieres vomitar? ¡Esa pluma es...!

DICEÓPOLIS.—Dime, ¿de qué pajaraco puede ser? ¿No será del echador?

LÁMACO.—¡Ay, malvado... tú te mueres!

DICEÓPOLIS.—¡Nada de amenazas, Lámaco! Aquí nada vale la fuerza. Ahora, si eres tan fuerte, ¿por qué

no me bajas el capote? Para eso sí que eres bueno.

LÁMACO.—Mendigo insufrible, ¿de esta manera hablas de tu jefe?

DICEÓPOLIS.—¿Con que mendigo yo?

LÁMACO.—¿Entonces qué eres?

DICEÓPOLIS.—¿Qué soy? Un ciudadano útil, no de esos que andan en busca de carguitos. Y desde que comenzó la guerra se llama alivia de soldado. Y tú desde el primer día de guerra eres un soldadito bien pagado.

LÁMACO.—Es que fui elegido...

DICEÓPOLIS.—Por tres hombres de paja. Eso es lo que me revienta. Por esta razón he pactado una tregua. Es que veo a los hombres ya canos en pie en el ejército, y a los jovencitos, como tú, sacando el hombro al servicio para irse de embajadores. ¡Huhum! Que unos se van a Tracia, con sus tres dracmas. Ahí están los hijos de Tisemano, y los Fenipo y los de las mil trampas. Buenos para la estafa.

Que unos se van a Cares, otros a la Caonia. Como los hijos de Teodoro, calvos pero fregones. Y los mañosos de Diomedes. Y hay quien vaya a Camarina, a Gela y a las tierras de la ilusión perversa.

LÁMACO.—Es que a éstos los eligieron.

DICEÓPOLIS.—Y, ¿cómo se explica que todos ustedes sacan su buena lana y estos, por ejemplo (*señala al Coro*), no sacan nada? Vamos a ver.

Tú, Matilades, con esa cabeza blanca, dime, ¿has ido alguna vez de embajador? Hace seña con la cabeza de que no. Y es un prudente y cuerdo y un gran trabajador. Y, ustedes, ¿qué me dicen? Tú, Carbone-ro; tú Buen Cargador; tú, Alma de encino, ¿han ido alguna vez a conocer Ecbatana o Caonia? Ya ves, dicen que no.

Pero eso sí... los hijos de Cesira, y los de Lámaco, que nunca pudieron pagar sus partes en las comidas a escote, y son como los que

echan agua por la ventana, después de haberse lavado los pies en ella y, cuando ya lo hicieron, dicen sus amigos: ¡Ahí va el agua!

LÁMACO. — ¡Ay, democracia, ay, ¿puede tolerarse esto?

DICEÓPOLIS.—¡Claro que no, si no le pagan su buen sueldo a Lámaco!

LÁMACO.—Pues por mi parte yo tengo por fuerza que hacer la guerra a todos los peloponesios, y eso sin fin, con mis armas por tierra y por mar.

Sale de la escena.

DICEÓPOLIS.—Y ante tal proclama petulante yo declaro que todos los peloponesios, los megarenses y los beocios pueden hacer su comercio conmigo. Menos Lámaco, claro.

Sale también.

CORO.—Este hombre vence con sus palabras y hace cambiar al pueblo de parecer. Está por la tregua. Pero vamos dejando nuestros vestidos para que entonemos los anapestos.*

Ha tiempo que el poeta dirige los coros de la comedia, pero no se ha presentado él mismo para defender su obra. Ha sido bien calumniado ante los atenienses, tan fáciles de dar fallos. Es acusado de que se burla de la ciudad. De que hace ofensa a los ciudadanos, por haber intentado mudar sus costumbres.

Pero el poeta se defiende: Ha hecho mucho para que sean cuerdos los que lo oyen. El está impidiendo que pongan oído a los discursos de los de fuera. Que no se muestren presa de los aduladores, y que no se queden en ciudadanos de la categoría de los pájaros bobos.

En otros tiempos los que venían de las ciudades circunvecinas, para embaucarlos con facilidad les decían a ustedes: "Oh, pueblo coronado de violetas." Y después de haberlos entontecido con la alabanza, se quedaban sentados en las puritas nalgas.

* Pie compuesto de tres sílabas: dos breves y una larga.

Otros para adular su vanidad, los llamaban hijos de la resplandeciente Atenas. Con eso alcanzaban todo: las sardinas también resplandecen, cuando las han asado.

Eso deben al poeta: ha abierto los ojos a muchos y ha dado a conocer entre los pueblos aliados lo que es verdadero régimen democrático.

Y han de venir ahora los delegados de aquellas ciudades encargados de entregar el tributo, con vehemente anhelo de conocer al excelente poeta que no ha temblado ante el pueblo de Atenas para decirle las verdades.

Y tal fue su fama de osadía que el gran rey pregunta a los lacedemonios cuál era el ejército más poderoso y el más potente en los mares, y a cuál daba el poeta los mayores elogios, y dijo el rey: Ese tendrá que vencer, el que siga los consejos de su poeta.

¿Ven por qué los lacedemonios están clamando por la paz y por qué piden que se les devuelva Egina? Egina nada les importa: lo que quieren es quitarles al poeta.

Pero ustedes tienen que entender lo justo que las comedias entrañan. El estará enseñando que hay que aprender lo bueno para que sean felices. Y eso sin adulaciones, sin halagos, sin buscar quien lo aplauda a costa de dinero, sin engañar con chicanerías, sin prodigar alabanzas, sino con la verdad desnuda que les está enseñando.

(*Muda el ritmo*).—¡Ahora bien puede Cleonte urdir contra mí sus trampas! ¡Todo está en favor mío! Me dan auxilio lo justo y lo muy bien ordenado. Nunca me han de titular de ser para la ciudad un traidor y un prostituto.

SEMICORO I. ESTROFA. — ¡Ven aquí, musa de Acarnia, vivaz y ardiente, como la llama: vibre aquí tu viril voz! ¡Eres cual chispa que salta de los carbones en que están asando pececillos, cuando les da un leve viento. Unos son de la ribera del Tasos en que se remece el agua

haciendo visos; otros preparan la salsa, o amasan la blanca harina.

¡Ven aquí, musa de Acarnia, llena de vigor y fuerza: ya que eres mi compañera de barrio, haz que resuene tu voz!

CORIFE0 DEL SEMICORO I.— Los viejos y los de antaño argüimos a la ciudad. No somos alimentados por esta ciudad como lo merecíamos después de haber afrontado las proezas en el mar. Ya tan viejos y caducos, seguimos siendo infelices. Entramos en malas lides y se burlan de nosotros los oradores imberbes, y somos como las flautas que ya no suenan por viejas. Nada tenemos ahora, si no es este bordón, que mejor se llamaría nuestro Poseidón.

Con palabras incoherentes, como son las de un anciano, ante la mesa de piedra donde se hacen los debates, vamos a estar en espera de la justicia y de ella no vemos sino espesa bruma que la rodea.

Y está allí el joven acusador que ha hecho sus tretas para llegar a oficial que representa a la ciudad, nos aporrea de lo lindo y con su vana elocuencia nos acosa y nos contunde y con sus largos discursos. Luego nos lleva a la sala de fallos y nos hace tales preguntas embrolladas y falaces que al mismo Titón lo hace trizas, desmenuza y pulveriza.

¡Y un pobre anciano qué puede, sino balbucir palabras entre dientes y salir con una multa que le echaron encima! Y allá va sollozando, y derramando sus lágrimas y diciéndolo a sus amigos: Con lo que había de comprar yo mi féretro se ha de pagar esta multa que ahora me llevo al partir.

SEMICORO II. ANTISTROFA.—¿Es justo que así se obligue a un anciano a consumir su tiempo junto al reloj de agua, cuando tiene cana la cabeza? ¿A él que luchó con afán y se enjugó la frente bañada en su sudor? ¿A él que fue a Maratón y acosó al enemigo para defender a la ciudad? ¡Allá en Maratón hicimos

huir a los enemigos: ahora nos hallamos perseguidos por hombres malvados a toda carrera y al fin totalmente anulados! ¿Qué responde a esto Marpsias?

CORIFEO DEL SEMICORO II.—¿No es bochornoso que un viejo, rendido ya por los años, de la edad del mismo Tucídides, haya dado fin a su vida por obra de ese engendro del desierto de Escitia, el hijo de Cefisodemo, magistrado parlachín?

¡No dejé de derramar lágrimas y de sentir gran dolor cuando vi a este Tucídides así tratado por un infeliz arquero! ¡Por Démeter, lo que fue él en sus tiempos es para que no le resistieran ni siquiera diez Evatlos y ni la Acaya entera! El hubiera hecho huir de miedo a tres mil arqueros y hubiera hecho pavesas a este solo arquero, ya que era él un arquero como nadie en su progenie.

Y si al fin de cuentas no queréis que queden en paz los viejos, ni los dejáis que duerman tranquilos, hágase siquiera el designio de que al viejo lo juzgue el viejo ya desdentado y al joven un jottillo bien probado y un charlatán y un hijo de Clinias.

Es fuerza punir al delito, pero que sea un viejo para el viejo y un joven para otro joven.

Sale Diceópolis y hace un cuadrado ante su casa con un cordel.

Estos son los límites de mi mercado. En esta parte podrán hacer su venta los de Megara y Beocia, con los del Peloponeso... ¡eso sí, sólo conmigo, pero con Lámaco, nunca! Y pongo mis inspectores de mercado: estos tres talabarteros de la región de Desuella-pueblos.

No entran aquí parlachines chismosos ni gente nacida en Fasios.

Pero, vamos a buscar ahora la estela en que está grabado este decreto. La voy a poner aquí a la vista de todos en el mercado.

Se va. En seguida aparece un hombre de Megara, que trae un costal a cuestas y seguido de dos chiquillas.

EL DE MEGARA. — Mercado de Atenas tan grato a los de Megara: te deseaba como a mi madre — ¡sea testigo el Zeus amigo! — Ahora, sí, niñitas mías, hijas de un padre infeliz, vengan acá y acomódense: a ver si ganan su pan. Pero ahora óiganme: que sea el que aconseje un estómago vacío... ¿qué prefieren? ¿qué las venda yo, o que se mueran de hambre?

NIÑAS.—¡Ser vendidas, ser vendidas!

EL DE MEGARA.—Eso mismo digo yo. Pero, ¿habrá uno tan zoquete que las compre, viendo que son una carga y que pierde su dinero? ¡Ah, qué luminosa idea, como de gente de mi tierra! Las voy a disfrazar de puerquitas y diré que las traigo en venta. ¡Vaya: pónganse estas pezuñas y hagan ademán de que son puercas, nacidas de puerca vieja! Que si me vuelvo a casa sin haberlas vendido, ya verán lo que es sabroso: ¡por Hermes, que se morirán de hambre! Ahora pónganse estos costales y acomódense las trompas de puerco. Vayan ensayando el gruñido y hagan *cui, cui*, como los puercos que van a sacrificar a la diosa de los misterios. Ahora me voy a llamar a Diceópolis, a ver por dónde anda. ¿No me compras unos puerquitos?

DICEÓPOLIS. (*Sale.*)—¿Qué pasa? ¡Ah, uno de Megara!

EL DE MEGARA.—Hemos venido al mercado.

DICEÓPOLIS.—¿Qué tal les va?

EL DE MEGARA.—Estamos muy bien tostados, junto al fuego y muertos de hambre.

DICEÓPOLIS.—Nada malo es estar bebiendo, si se tiene al lado una tocadora de flauta y... ¿qué más hacen en Megara?

EL DE MEGARA.—¡Se hace lo que se puede! Al salir yo para acá, ya en camino, supe que los consejeros

de la ciudad están deliberando, a ver si nos hacen que nos lleve la trampa lo más pronto posible, a la ciudad y a sus habitantes.

DICEÓPOLIS.—Con eso se acaba todo.

EL DE MEGARA.—¡Por supuesto!

DICEÓPOLIS.—Y, ¿qué más hay de Megara? ¿a cómo se vende el trigo?

EL DE MEGARA.—El trigo vale tan alto como si fuera un dios.

DICEÓPOLIS.—¿Traes siquiera sal?

EL DE MEGARA.—¡Sal, si han ocupado la isla ustedes!

DICEÓPOLIS.—¿Tampoco ajos?

EL DE MEGARA.—¿Cuáles ajos? ¡Si cada vez que invaden nuestra tierra van descuajando las matas con su pica, como si fueran ratones del campo!

DICEÓPOLIS.—¿Qué traes pues?

EL DE MEGARA.—Puercas para el sacrificio.

DICEÓPOLIS.—Bien dicho, déjales ver.

EL DE MEGARA.—¡Pero muy buenas! Anda, sopesa, si quieres. ¡Qué gordita y qué preciosa!

DICEÓPOLIS. (*Levanta una y se da cuenta de que son niñas.*)—¡Ah, qué es esto? ¿qué trampa es?

EL DE MEGARA.—¡Una puerquita, por Zeus!

DICEÓPOLIS.—¿Qué dices? ¿de qué tierra es?

EL DE MEGARA.—De Megara... ¿es puerca o no?

DICEÓPOLIS.—Pues a mí no me parece.

EL DE MEGARA.—¡No lo cree... qué receloso para admitir las cosas! ¡Dice que no es una puerca! Vamos apostando un puñado de sal y un ramo de tomillo a que todos los griegos la tendrán por puerca.

DICEÓPOLIS. — Puede ser, mas puerca humana...

EL DE MEGARA.—¡Por Diocles, si que lo es, pues es una puerca mía... ¿de quién quisieras que fuera? ¿Quieres oír la gruñir?

DICEÓPOLIS.—Por los dioses que sí.

EL DE MEGARA.—Andale, puerquita, gruñe... ¿no se te antoja? Te quedas callada, maldita condenada... Por Hermes que te llevo de nuevo para la casa.

LA NIÑA.—¡Cui, cui!

EL DE MEGARA.—¿Es puerca o no?

DICEÓPOLIS. — Ahora sí parece puerca. Es una puerquita joven y cuando haya madurado será una señora puerca.

EL DE MEGARA.—Sólo cinco años y verás que resulta tan puerca como su madre.

DICEÓPOLIS.—Pero no sirve para el sacrificio.

EL DE MEGARA.—¿Cómo que no? ¿por qué no se ha de sacrificar?

DICEÓPOLIS.—Porque le falta la cola.

EL DE MEGARA.—¡Es aún chiquita... deja que llegue a su madurez y tendrá una cola grande, gorda y rubicunda! Pero si quieres criarla, aquí tienes la otra... esta sí que es linda puerca.

DICEÓPOLIS.—¡Iguales en el trasero!

EL DE MEGARA.—Como hijas de la misma madre y del mismo padre. Deja que crezca y engorde y qué buen sacrificio será para Afrodita.

DICEÓPOLIS. — No se sacrifican puercas a Afrodita.

EL DE MEGARA.—¿Cómo que no puercas a Afrodita? Si a ella sola se le ofrecen. Va a ser sabrosísima esta carne, con tal que le metan el asador.

DICEÓPOLIS.—¿Comen ya sin la madre?

EL DE MEGARA.—Y sin el padre también. Lo juro por Poseidón.

DICEÓPOLIS.—¿Qué come ésta, por ejemplo?

EL DE MEGARA.—Lo que les des tú. Pero pregúntalo a ella.

DICEÓPOLIS.—Chin, chin, chin.

LA NIÑA.—Cui, cui, cui.

DICEÓPOLIS.—¿Te gusta el nabo?

LA NIÑA.—Cui, cui, cui.

DICEÓPOLIS.—Y ¿te gustan higos colgando? Los que se dan en Fibalís...

LA NIÑA.—Cui, cui, oui.

DICEÓPOLIS.—Luego que oyen higos se ponen ansiosas... Tráiganme higos... Mírenlas cómo se los traigan con avidez. Hasta suenan los dientes... Estoy seguro de que son de Tragonia... ¡Por Heracles que sí!

EL DE MEGARA.—No se los traigan todos. Queda uno para mí.

DICEÓPOLIS.—¡Por Zeus, buena pareja de animales! ¿En cuánto me las das? Dilo.

EL DE MEGARA.—Te daré una por ristra de ajos y la otra por una medida de sal.

DICEÓPOLIS. — Hago la compra. Espera un momento.

Se mete.

EL DE MEGARA.—Hecho el negocio. ¡Ay Hermes, dios de los comerciantes: si así pudiera yo vender a mi mujer y a mi misma madre!

Llega el informante espía.

INFORMANTE.—¿Buen hombre, de dónde eres?

EL DE MEGARA.—Soy un vendedor de puercos, de Megara.

INFORMANTE.—Pues estas puerquitas son espías y tú también, y enemigos de la ciudad.

EL DE MEGARA.—¡Ved cómo resucita la causa de mis males!

INFORMANTE.—¡Te va a costar caro el andar megarizando! Deja ese costal.

EL DE MEGARA.—¡Diceópolis, Diceópolis! me están denunciando!

Sale Diceópolis.

DICEÓPOLIS. — ¿Quién es pues? ¿Dónde está? ¡Ay, Agoránomos, que hay que no echas fuera estos espías? ¿Están pretendiendo alumbrarnos sin linternas?

INFORMANTE.—¿No tengo derecho de dar a conocer a mis enemigos?

DICEÓPOLIS.—Ten cuidado, si no te largas, al estar denunciando a

otros. Tienes cola más grande para que te la pisen.

Se va el denunciante.

EL DE MEGARA.—¡Qué gentecita esta en Atenas!

DICEÓPOLIS. — ¡Paciencia, megarense! Aquí tienes el precio de tus puercas: toma los ajos y la sal y que la pases buena.

EL DE MEGARA.—¡Ay, eso no es el uso entre nosotros!

DICEÓPOLIS.—Fue distracción, dispensa; que venga sobre mi cabeza.

EL DE MEGARA.—¡Ay, mis puerquitas, vayan lejos de su padre y pongan sal al pan, si a dársela llegan!

Se va el de Megara y se mete Diceópolis con sus dos puerquitas.

CORO.—¡Listo el hombre es! ¿No oíste que bien llevó a fin su programa? El hombre quitó sus efectos de venta, sentadito en su lugar. Era lo mismo que viniera Ctesias, u otro delator: en vano vendrían aquí y se quedarían sentados.

Y hagas tú lo que dispongas, a un buen mercader no le causarás molestias. Ni Prepis, el libertino, te manchará con su inmundicia, ni tendrás que defenderte de los empujones de Cleónimo. Podrás ir y venir por el mercado con tu manto, sin manchar: no toparás con Hipérbolo, que al dar contra ti te ensucie con sus procesos. Ni tampoco a Crátino vagabundo que te asedie, con sus cabellos bien cortados, con la nuca de fuera, como buen libertino. O con Artemón, el más perdido, que va echando de cada sobaco un chivo: tal como fue su padre.

No te harán burla cuando vayas por el mercado ni Pausón, el patarato y payaso, ni Lisistrato, que es vergüenza de Colargos. Ese sí que está embutido en los vicios todos y que siempre está muriendo de hambre y frío por espacio de treinta días al mes.

Llega un hombre de Tebas, con su esclavo, cada uno con un gran fardo de comestibles y una compañía de tocadores de flauta junto con ellos.

EL DE BEOCIA.—¡Ay, por Heraclés, cuánto me duele el hombro! Ve tú bajando el poleo, pero con mucho cuidado. Y ustedes, señores flautistas, que desde Tebas nos han venido siguiendo con sus flautas, por favor den ahora la nota estridente en esta nalga de perro.

DICEÓPOLIS.—Basta, basta... ¡que se lo coman los cuervos! ¡Que avispones! ¿no me hacen favor de desalojar la puerta? ¿De dónde habrá salido este maldito enjambre de la casta de Queris? ¡Ahí se plantan a mi puerta dando ruido infernal... dízque de flautas!

EL DE BEOCIA.—¡Señor extranjero, por Yolao, favor de hacerme gracia! Estos han venido siguiendo tras de mí con grande estrépito y a su música se han caído por el suelo las flores de mi poleo. Ya está. ¿No me compras tú lo que yo vengo a vender? ¡Son pollos y langostitas!

DICEÓPOLIS.—¡Buen día, mi beocico, comedor de galletas redondas! ¿Qué traes?

EL DE BEOCIA.—Todo y cuanto hay de bueno en Beocia. Orégano, poleo; esteritas, mechas para la lámpara, patos, gallaretas, faisancitos, gallinas de agua, colibríes, cuervos marinos...

DICEÓPOLIS.—¡Alto!, ¿eres comerciante o tromba que empujó acá tanto pájaro?

EL DE BEOCIA.—Y todavía tengo más... tengo gansos, liebres, zorras, topos, erizos y gatos, armiños y martas, nutrias y hasta anguilas del Copais.

DICEÓPOLIS.—¡Ah, feliz que traes a los hombres lo que ellos con ansia quieren... ¿de veras anguilas? ¡Deja que yo las salute!

EL DE BEOCIA. (*Abre un cestón.*)—¡Tú, la mayor de las hijas de Copais: sal y haz los honores al extranjero!

DICEÓPOLIS.—¡Oh, bien amada niña, por tanto te he deseado... llena ahora las ansias de coros de comedia, tan grata como eres a Morico...!

(*A los esclavos*): Domésticos, traed acá el brasero y el aventador. Esta, esta es la anguila que llega al fin a nosotros, al cabo de seis años de haberla estado esperando.

"Muchachos, salúdenla. También sé qué debo hacer: voy a pagar el carbón para festejar a este extranjero."

Métela dentro.

"Ni la potente muerte de ti me separa..."

Con tal que seas cocida con hojas de acelga.

EL DE BEOCIA.—Y yo, ¿qué voy ganando?

DICEÓPOLIS.—Esta se me da a mí por derechos de entrada. Pero si tienes más que vender, dílo.

EL DE BEOCIA.—¡Claro, lo vendo todo!

DICEÓPOLIS.—Anda, di, ¿a cómo pides? ¿O prefieres trastrueque?

EL DE BEOCIA.—Sí, lo que hay en Atenas dame, lo que no hay en Beocia.

DICEÓPOLIS. — ¡Ah, anchoas de Falero y muy buena cerámica!

EL DE BEOCIA.—¿Anchoas o cerámica? ¡Allá nos sobran! Quiero algo que haya aquí y no haya allá.

DICEÓPOLIS. — Bueno. Llévate a uno de estos delatores. Lo empaquetas como si fuera ollas o jarros.

EL DE BEOCIA.—¡Por los Díoscuros, no me disgusta el negocio! Sacaría yo buena ganancia con llevarme un mono de estos parlachines y tracaleros.

DICEÓPOLIS. — Puntualmente... ahí viene Nicarco, el que anda buscando a quien delatar.

EL DE BEOCIA.—¡Qué chiquito, qué flaquito es el hombrecito!

DICEÓPOLIS.—¿Sí? Pero qué maldito.

Llega Nicarco.

NICARCO.—¿De quién son estos efectos comerciales?

EL DE TEBAS.—Son míos. Yo vengo de Tebas, pongo a Zeus por testigo.

NICARCO. — Yo declaro que son enemigos.

EL DE TEBAS.—¿Enemigos? Qué pueden hacer las pobres aves para que tú, les declares la guerra y las pongas al combate?

NICARCO.—También a ti te denuncio.

EL DE BEOCIA.—¿En qué he de linquido yo?

NICARCO.—Aha, ahora te lo digo... mira aquí está una mecha... y esa mecha es de enemigos...

DICEÓPOLIS.—¿De veras que eres muy listo: todo lo sacas de una mecha...!

NICARCO.—¿Es que con esta pudiera arder todo el arsenal...!

DICEÓPOLIS.—¿Todo el arsenal, una sola mecha?

NICARCO.—¿Cierto que sí!

DICEÓPOLIS.—¿Y cómo?

NICARCO.—Un beocio toma una mecha, se la pone a una langosta, y espera que sople el viento. Y llega hasta el arsenal. Llega, suelta y arde todo y se acabó la flota y el arsenal...

DICEÓPOLIS. — ¡Malvado, necio, perdido... de modo que basta una flecha y un miserable insecto para que arda todo? (*le da golpes*).

NICARCO.—Tengo quien lo atestigüe.

DICEÓPOLIS.—Tú (*al de Beocia*), cállate la boquita. Ahora, unas pajas, unas mantas que la voy a empaquetar como si fuera jarros y ollas. Que no se me rompan en el camino.

Toman a Nicarco y lo atan y tratan de empaquetarlo entre pajas.

CORIFE0: ESTROFA. — Haz buen paquete, extranjero amigo, y llévalo allá lejos; no lo quiebres al llevarlo.

DICEÓPOLIS.—¡De eso me encargaré yo! (*Da coscorrones a Nicarco.*) ¡Da sus gritos... ¿a mí qué? Chillante y lamentoso es: odio para todos los dioses!

CORIFE0.—¿Para qué puede servir?

DICEÓPOLIS.—Vasija para todo es: copa de calamidades, mortero de los procesos, linterna para dar luz a los mordeiones y vasija donde... se juntan todas las cosas mezcladas.

CORIFE0: ANTISTROFA. — ¿Habrá quien quiera aprovechar una vasija así, que está continuamente haciendo ruidos impertinentes?

DICEÓPOLIS.—¡Buen amigo, es resistente: si lo cuelgas por las patas, ten por cierto que no se rompe!

CORIFE0 AL DE BEOCIA. — Está arreglado tu asunto.

EL DE BEOCIA.—Bien, me voy y llevo mis mercancías.

CORIFE0.—Lleva, lleva, oh extranjero, y con ellas al delator y échalo donde se pueda, como ribete de todo.

DICEÓPOLIS.—Trabajito me costó empaquetar al malvado. ¡Aquí, beocio: carga ya con tu cerámica!

EL DE BEOCIA.—¡Dobla el lomo, buen Ismenias! (*le sube la carga*).

DICEÓPOLIS.—Llévalo con cuidado. Claro que no vale nada, pero de todas maneras. Si logras salir de esa mercancía, tendrás la dicha de haber rematado a los delatores.

Sale el de Beocia con su esclavo.

Llega un criado de Lámaco.

CRiado.—¡Diceópolis!

DICEÓPOLIS. — ¿Qué pasa? ¿por qué me gritas?

CRiado.—¿Por qué? Porque manda Lámaco. Quiere celebrar la fiesta de las Copas y te dice que le des unos tordos. Aquí está el dracma. Y también una anguila de Copais, por la cual te dará tres dracmas.

DICEÓPOLIS.—¿Quién es ese Lámaco que pide la anguila?

CRiado.—¡El terrible, el invicto!

"el que lleva en su rodela la Gorgona

y remueve en su cabeza el morrión
[de tres plumas
negras y sombrías...]

DICEÓPOLIS.—Por Zeus que no. No le daré nada, aunque me diera su escudo. Para pescado salado está moviendo sus plumas del morrión. Y que no grite tan fuerte, porque llamo a los policías. Y ahora me voy. Ya recojo mis pobres mercancías y me meto a casa.

“al dulce ruido de alas de tordos y
[de mirlos.”]

PRIMER SEMICORO: ESTROFA. — ¡Lo ves ya, ciudad entera: a este hombre de gran valía, que a los sabios sobrepasa! Hizo treguas y ahora compra toda clase de mercancías. Lo que sirve para la casa y lo que sirve para comer. Todo viene en pos de él.

¡No entrará en mi hogar el dios de la guerra ni vendrá a cantar sus armodias en mis lares, como invitado a mi mesa!

Es un ebrio sin medida. Llegaba a la mesa de uno, disfrazado de festejador, a una casa en que todo era paz y dicha. Y bebiendo una sola copa, en que se le brindaba afecto, de esa misma copa sacaba todo género de males. Todo lo revolvió, todo lo hacía caer abajo, y aunque yo le suplicaba: “Esta es la copa de amigos, bébela con gran afecto”, más el infame se emperaba y mayores desastres urdía. Iba incendiando las viñas y hacía que se perdiera el jugo de sus frutos.

SEMICORO II: ANTISTROFA.—Ya echó por ahí sus plumas, ya se fue a preparar su comida, pero con qué frenesí... para que vean qué vida lleva, nos arrojó allí las plumas, en el umbral de su puerta.

*Se presenta una mujer con
los atavíos de la Paz.*

¡Amiga dulce de Cipris y de las amables Gracias!... ¡Dulce, dulcísima Paz!, ¿es posible que en tanto tiempo no haya yo contemplado tus rasgos amables? ¡Si Eros a ti me

uniera, un Eros con cabeza ceñida de flores! ¡Tal vez que soy muy viejo estás creyendo tú! ¡Podría yo hasta tres veces darte a ti, si te poseo! Y podría yo plantar una hilera de plantas de vid, y junto a ellas acodos de higuera, y aun hacer que medrara la viña cultivada... y eso que estoy muy viejo. Y aun pudiera plantar en la cerca los olivos que dieran el aceite con que habríamos de ungirnos en las fiestas principio de mes.

Entra un heraldo proclamando.

HERALDO. — ¡Pueblo, oye... de acuerdo con la tradición de nuestros padres, celebren la fiesta de las copas! Y el primero que vacíe la suya al resonar las trompetas, recibirá un odre del tamaño de Ctesifonte.

Sale.

DICEÓPOLIS. (*Grita hacia adentro.*) ¡Oh, muchachos, oh mujeres...! ¿no lo acaban de oír? ¿Qué hacen? ¿no oyen al heraldo? ¡Bien cocida ya la carne, bien asada ya la caza, y saquen la liebre luego! ¿Ya tejieron las coronas? ¡Vengan acá las tenazas para asar los tordos!

SEMICORO I: ESTROFA.—¡Me da envidia tu prudencia, pero más tu buena panza, que ahora manifiestas, hombre!

DICEÓPOLIS. — ¿Qué será cuando ya vean muy bien asados los tordos?

SEMICORO. — Creo que tienes la razón.

DICEÓPOLIS.—¡Atiza muy bien el fuego!

SEMICORO. (*Al otro semicoro.*) — ¿Ya oíste cómo prepara con buen arte de cocina y que sabe lo que es comer y se sirve muy bien a sí mismo?

Llega un labrador harapiento.

LABRADOR.—¡Ay, infeliz de mí!
DICEÓPOLIS.—¡Por Heraclés!, ¿qué te ocurre?

LABRADOR.—Soy un hombre desgraciado.

DICEÓPOLIS.—¡Ahora sigue tu camino tú solo!

LABRADOR.—¡Carísimo, si la tregua a ti solo se debe, no es para ti, es para todos: dame a mí parte de paz, aunque sea por cinco años!

DICEÓPOLIS.—¿Qué te aflige?

LABRADOR.—¡Me amolé, porque he perdido una yuntita de bueyes!

DICEÓPOLIS.—¿Cómo? ¿por qué?

LABRADOR.—En Fila se los llevaron los habitantes de Beocia.

DICEÓPOLIS.—¡Tres veces desgraciado...! ¿y todavía vienes vestido de blanco?

LABRADOR.—... ¡Ay, ellos hasta con su abono me daban bien de comer!

DICEÓPOLIS.—Y ahora, ¿qué?

LABRADOR.—Con sólo llorar mis bueyes he perdido hasta los ojos. Pero si tú tienes alguna esperanza de Derceto de Fila, úntame tantito bálsamo de la paz en los ojos...

DICEÓPOLIS.—¡Ah, malvado...! ¿qué yo soy médico público?

LABRADOR.—¡Te lo ruego, ve por favor... a ver si recobro mis bueyes!

DICEÓPOLIS.—¡No señor, váyase a llorar a los que siguen a Pítalo!

LABRADOR.—Una gotita siquiera, una gotita de paz en esta mi cañita.

DICEÓPOLIS.—Ni una gota, ni una gota... vete a llorar a otra parte.

LABRADOR.—¡Infeliz de mí... y mis bueyes, ay, mis bueyes...! ¿con qué voy a laborar?

Sale.

SEMICORO II: ANTISTROFA.—¡En su tregua halló fortuna este hombre y a nadie quiere dar parte!

DICEÓPOLIS. (*A su esclavo.*) — Echale miel al chorizo y ve asando calamares.

SEMICORO II.—¿Ya oíste qué fuerte grita?

DICEÓPOLIS. (*Hacia adentro.*) — ¡Ora, asen las anguilas!

SEMICORO. — ¿Nos quieres matar de hambre, al olor de tus fritangas? ¡Ese ruido y ese aroma!

DICEÓPOLIS.—Ásenla muy bien, que quede dorada.

Se va. Llega un paraninfo con un bulto.

PARANINFO.—¡Diceópolis, Diceópolis!

DICEÓPOLIS.—¿Qué pasa?

PARANINFO.—Un recién casado te manda estas carnicas del banquete de sus bodas.

DICEÓPOLIS.—Sea quien fuere, es muy generoso.

PARANINFO.—Pero te ruega también, en cambio de su obsequio, que en esta copa le pongas unas gotitas de paz. No quiere ir a la guerra, sino que la quiere hacer en los campos de Afrodita.

DICEÓPOLIS.—¡Fuera, fuera con su carne! No doy nada. No, señor. Aunque me paguen mil dracmas...

Llega una mujer tras él.

DICEÓPOLIS.—Y esa mujer, ¿quién es?

PARANINFO.—Una dama de la novia. Trae para ti un mensaje de la misma desposada.

DICEÓPOLIS.—¡Vamos, qué me dices tú? (*La mujer le habla al oído.*) ¡Oh dioses... qué aberración! ¡Lo que esta casada pide es que pueda conservar muy bien guardado en la casa el miembro de su marido! Venga para acá mi tratado de tregua y a ésta le concederé lo que pide, que siendo mujer como es, no ha de sufrir las consecuencias de la guerra. Ven para acá.

Un esclavo le trae el tratado de tregua y hace que derrama en un frasco gotas de él.

Pon derecho el frasco; espera. Mira, mujer, ten en cuenta la forma en que debe usarse. Se lo dirás a la casada. Cuando llegue la hora de

reclutar soldados para la guerra, le untará al marido esta solución en la parte que quiere guardar. Infalible. (*Se va la mujer.*)

AL ESCLAVO.—Vete a guardar el tratado y tráeme el garrafón para llenar las copas.

Llega un heraldo.

CORO.—Vean a uno que ahora llega con las cejas bien fruncidas, como quien anuncia males.

HERALDO.—¡Qué penas, qué batallas, qué Lámacos todos juntos!

Llama a la casa de Lámaco.

LÁMACO. — ¿Quién contunde las puertas de las férreas aldabas?

HERALDO.—Mandan decir los jefes del ejército que lo más pronto posible tomes tus escuadrones y también penachos y vayas, con todo y la nieve, a guardar los desfíladeros de la frontera. Saben que los de Beocia se aprovecharán de las fiestas de la copa y las ollas para hacer una incursión en nuestro suelo. (*Sale.*)

LÁMACO.—¡Ah, jefes del ejército, más en número que en valentía!

DICEÓPOLIS.—¿No se puede celebrar con calma esta fiesta? ¡Ay, infeliz ejército que va a hacer guerras del estilo de Lámaco!

LÁMACO.—¡Ay, infeliz de mí... y todavía te mofas!

DICEÓPOLIS.—Anda, ve a combatir con ese Gerión de cuatro penachos.

LÁMACO.—¡Ay, ay, qué nueva me ha traído el heraldo!

UN MENSAJERO.—Diceópolis...

DICEÓPOLIS.—¿Qué pasa?

MENSAJERO.—¡Pronto, al banquete! Lleva tu cesto y tu copa. Te invita el sacerdote de Dióniso. Pero, volando, no hagas que se retarde el festín. Ya todo se halla a punto: mesas, cojines, tapetes, coronas, perfumes y frituras... ¡también hay mujercitas! ... galletas y pasteles, panecitos de ajonjolí, tortas ... ¡y bai-

larinas de las que gusta Harmodio...! Pero, por favor, luego de prisa, ya.

LÁMACO.—¡Ay infeliz de mí!

DICEÓPOLIS.—¿Por qué? ¿no te has puesto esta Gorgona?

A SU ESCLAVO.—Cierra y pon mi cena en la cestecita.

LÁMACO.—¡Muchacho, muchacho, tráeme mi mochila!

DICEÓPOLIS.—¡Muchacho, muchacho, tráeme mi cestecita!

LÁMACO.—Muchacho, trae sal con tomillo y cebollitas.

DICEÓPOLIS. — A mí, trozos de pescado; me chocan las cebollas.

LÁMACO.—Muchacho, trae un guiso en hojas de higuera, de esos que tienen tiempo.

DICEÓPOLIS.—A mí en hojas de higuera tráeme una buena pasta recién preparada, allá la haré cocer.

LÁMACO.—Tráeme las dos plumas de mi casco.

DICEÓPOLIS.—A mí tráeme los pichones y los tordos.

LÁMACO.—¡Oh qué hermosa y qué blanca la pluma de avestruz!

DICEÓPOLIS.—¡Oh qué bella y dorada la carne del pichón!

LÁMACO.—¡Hombre, ya deja de burlar mi armadura!

DICEÓPOLIS. — ¡Hombre, ya deja de codiciar mis tordos!

LÁMACO. (*A su esclavo.*)—Dame la caja para mi penacho triple.

DICEÓPOLIS.—Dame a mí, tú, mi cocido de liebre.

LÁMACO.—¡Ay... la polilla se comió mis penachos...!

DICEÓPOLIS.—¿Qué, me como la liebre encebollada, antes de ir a cenar?

LÁMACO.—¡Hombre, que me estás hablando siempre...!

DICEÓPOLIS.—No hablo contigo. Es con mi muchacho con el que estoy alegando rato ha. (*A su esclavo.*): Oye, ¿hacemos una apuesta? El árbitro será Lámaco. ¿Qué es más sabroso, tordos o langostas?

LÁMACO.—¡Vaya un insolente!

DICEÓPOLIS. — Las langostas son mucho más excelentes...

LÁMACO.—Muchacho, muchacho: saca mi lanza y tráemela.

DICEÓPOLIS.—Muchacho, muchacho, saca el salchichón de la lumbré y tráemelo.

LÁMACO.—Voy a sacar la lanza de su vaina. Aferra bien y no la sueltes.

DICEÓPOLIS.—Voy a sacar la salchicha del asador, aférrala y no la sueltes.

LÁMACO.—Tráeme acá el sostén de este escudo que tiene la Gorgona.

DICEÓPOLIS. — Y a mí tráeme aquel platón con su pastel de queso.

LÁMACO.—¡Insulso eres en este chiste tuyo!

DICEÓPOLIS.—Y qué sabrosa es esta torta a los hombres.

LÁMACO.—Echale aceite al escudo. Veo en él la imagen de un viejo que ninguna gana de combatir tiene. Ya lo obligarán.

DICEÓPOLIS.—Echale miel al pastel. También yo estoy viendo un viejo que está deseando mil males a Lámaco... Es el hijo de Gorga...so.

LÁMACO.—Muchacho, mi coraza de guerra...

DICEÓPOLIS.—Y tú también, mi coraza retírala del fuego y dame mi copa.

LÁMACO.—Con esto y me voy seguro contra todo enemigo.

DICEÓPOLIS.—Con esto y me voy seguro contra todos los bebedores.

LÁMACO.—Ata bien las correas, muchacho, al escudo.

DICEÓPOLIS.—Y tú a mis platillos échales un buen nudo.

LÁMACO.—Ya tomo mi mochila y me la voy llevando.

DICEÓPOLIS. — Ya tomo yo mi manto y me voy caminando.

LÁMACO.—Anda, muchacho, carga el escudo y camina. ¡Está nevando! ¡Desgracia, en pleno huracán vamos a la obra!

DICEÓPOLIS.—¡Toma la cena, vamos en buen tiempo a la obra!

Salen cada uno por su lado con sus esclavos.

CORIFEO. — ¡Vayan muy alegres cada uno a su lucha! ¡Qué caminos toman tan contrapuestos! Este va a beber, con su guirnalda de flores, pero tú tiritando de frío estarás en los ribazos atisbando al enemigo. Este dormirá muy a gusto con una muchachona, que le estará dando masaje en cierta parte.

CORO: ESTROFA.—¡Venga la ira de Zeus contra Antímago el hijo de la miseria! ¡Poeta y director de coro? ¡Uf, qué miseria! Cuando le tocó ser corega en los Leneos me mandó sin cenar.

¡Ojalá lo viera un día hambriento pidiendo un calamar y cuando se lo den frito, bien grasoso y muy al gusto, venga un perro y se lo quite, cuando lo tiene en la mesa!

ANTISTROFA.—Esa será la primera desdicha que yo le auguro. Pero le vendrá en la noche otra peor que le deseo. Cuando a su casa ya vuelva, cansado de cabalgar, mientras camina poco a poco, reciba en su cabeza un golpe de algún borracho que se siente Orestes loco. Y cuando quiera alzar una piedra para defenderse, tome un mojón fresquecito y al lanzarlo, yerre el golpe y le de a Cratino.

Llega un mensajero de Lámaco y toca a su puerta.

MENSAJERO.—Oh, los que estáis cautivos en la casa de Lámaco... ¡agua, agua caliente en una ollita... vendas, unturas, copos de lana con su dulce blandura...! ¡hay que atarle el tobillo! Herido viene un hombre. Cuando iba a saltar en una zanja, se le fue el pie, se lastimó con una estaca y su cabeza fue a dar contra la peña. Se le luxó el tobillo y tiene una descalabradura. Por allá fue a dar el escudo de la Gorgona y cuando vio volar al viento sus plumas, aun tuvo el humor de decir estos versos: "Será la última

vez en que te miro, oh reluciente
 antro. Me voy, me voy y ya no
 existo ahora.”

Y dijo estas palabras y se levantó
 airado y fue en pos de los enemi-
 gos, pero falló su lanza.

¡Ya io tienen aquí!

*Llega Lámaco cargado por dos
 soldados.*

LÁMACO.—¡Ay, ay, ay... ay, ay,
 ay! ¡Cómo duelen estas heridas! ¡Me
 hirió una lanza enemiga y me estoy
 acabando! Lo peor fuera que Di-
 ceópolis me viera así herido y se
 mofara de mí!

DICEÓPOLIS. (*Entra con dos muje-
 res, una en cada brazo.*)—¡Oh, oh,
 oh...! ¡qué pechitos tan duros! Bue-
 na estás. Si hasta parecen copas. ¡Bé-
 name, bésame con ganas! Qué pre-
 ciosa: así, así, con toda la boca y
 con los labios bien parados... Yo
 vacié la copa antes que nadie.

LÁMACO. — ¡Suerte infausta...
 qué dolores! ¡Mal me fue... ay,
 mis heridas me están atormentando!

DICEÓPOLIS.—¡Salud, salud, La-
 maquito!

LÁMACO.—¡Estoy fregado!

DICEÓPOLIS. (*A una de las mucha-
 chas.*)—¿Por qué me besas?

LÁMACO.—¡Estoy atormentado!

DICEÓPOLIS. (*A la otra.*) — ¿Por
 qué me muerdes?

LÁMACO.—¡Ay en esta batalla que
 cuota tan pesada he pagado!

DICEÓPOLIS.—En fiesta de las co-
 pas, ¿se paga acaso cuota?

LÁMACO.—Ay, ay, Péan Péan...

DICEÓPOLIS.—¡Ahora no es fies-
 ta de Péan, mi amigo!

LÁMACO.—¡Sosténganme, sostén-
 ganme... Ay, mi pierna, mi pier-
 na!...

DICEÓPOLIS. — Sosténganme, sos-
 ténganme que se me van los... hi-
 gos. Tomen al que los guía por el
 merito en medio.

LÁMACO.—¡Ah, mi cabeza gira, el
 golpe contra la peña... y ya no
 veo... me aturdo!

DICEÓPOLIS.—Pues yo quiero dor-
 mir. Ya estoy muy bien en plan de
 combate... Ya no veo, ya me
 abrumo.

LÁMACO.—Llévenme, por favor, a
 casa de Pítalo. Estaré en manos de
 confianza.

DICEÓPOLIS.—Y a mí, ante el re-
 gente. Denme la ley que tiene un
 sello de premio. Pero... ¡llévenme
 mi odre de vino!

LÁMACO.—La lanza hirió mis
 miembros, oh funesta suerte.

DICEÓPOLIS.—Ven, mi copa está
 vacía... ¡Buen día al vencedor!

CORO.—Viva, viva, pues me lo di-
 ces tú, anciano venerable. Viva el
 glorioso vencedor.

DICEÓPOLIS.—La llené de vino ri-
 co y la bebí de un trago.

CORO.—¡Viva, héroe de la estir-
 pe, toma el odre, y adelante!

DICEÓPOLIS.—Vénganse detrás de
 mí y sigan cantando así: Viva, viva
 el vencedor.

CORO.—Por darte gusto, seguimos
 y cantaremos todo: ¡Vivá, oh ven-
 cedor glorioso, tú y tu odre de vino!

Sale el Coro cantando.

LOS CABALLEROS

INTRODUCCION

Fue representada esta comedia en 424 en las fiestas Leneas y es la primera que va con el nombre de su autor. Ganó el primer lugar, venciendo a Cratino y Aristomeno.

Es, como otras del poeta, un ataque político. Va contra Cleonte y su camarilla de demagogos, que con el pretexto de ayudar al pueblo, lo explotaban a su sabor. Eterno problema de las democracias que hace de una actualidad sin fin esta comedia.

El tuvo la habilidad de hacer aparecer un hecho de familia. Un viejo, Demos, que es personificación del pueblo, es asediado por dos esclavos, cada uno peor que otro. Uno, Paflagonio, que encarna a Cleonte, hace lo posible por retener los favores del viejo. Otro, Agaróerlto, que viene de la más baja estofa, pues es un vendedor de chorizos, formado en el mundo de ínfima clase, se pone a disputar los favores del viejo. Y logra vencerlo, haciendo a un lado al antiguo explotador.

Esta época era la de las contiendas por la unificación de Grecia. Hay dos criados que representan al pueblo sencillo y que esperan con ansia el desenlace de esta larga contienda. Aristófanes supo darles personalidad simpática y que hacen que veamos con pena su menor intervención.

Esta sencilla trama va contra los que pretenden redimir al pueblo, pero solamente se aprovechan de las ventajas que el pueblo les ofrece. La sátira llega a su altura cuando se pone como triunfador a un hombre que se cría en la más baja esfera, pero escala las cumbres. Un pobre vendedor de chorizos, con sus taras y sus miserias, es el que alcanza la mayor altura. Vemos en esta trama una vigencia que se puede aplicar a muchas situaciones, aún hoy día.

Hay quien se queje entre los críticos de poca contextura dramática. Bien puede ser que la haya. Pero el conjunto es de muy variado interés. Su gracejo, a veces muy grueso, rayano en procaz, no es el menor de sus méritos. La pintura de los modos de vida de aquella remota sociedad es un regalo, al grado de que podemos reconstruir la venta de los mercados y la manera de comer de esos griegos que vemos en pedestales, pero que eran tan humanos como nosotros. Para el que estudia la marcha de los pueblos es sin precio esta pintura que nos da de lo que se vende, de lo que se come, de lo que se hace en el mercado. Allá, como acá, era el centro de muchas convivencias. En este

campo hay un tesoro que debe aprovechar el amante de la ciencia de las costumbres. Por mala fortuna no es posible hacer en esta edición un comentario minucioso de los datos que nos va dando el poeta al correr de su estro. Una que otra nota se dará acaso y al que se interese por el tema, hay que recomendarle que vea y aquilate cada noticia, que son en todo muy dignas de aprecio.

Lo mismo hay que decir de su influjo en las literaturas que vinieron más tarde. En la romana, por ejemplo, en que no deja de influir en Plauto, o en las de las letras europeas, hallaríamos resonancias de esta comedia. La dejo a los que quieran establecerlas.

En esta versión procuro ser fiel, aun en pasajes escabrosos, que atenúo en lo posible, sin traicionar al sentido. Es preferible darlos en su tenor que omitirlos, o dejar que el lector vaya a buscar la versión del latín en que pudibundamente los ponen algunos traductores. Fuera mejor dejarlos de lado, pero eso es contra la fidelidad al autor.

LOS CABALLEROS

ESCENARIO:

Al fondo la casa de Demos en la explanada del Pnix en Atenas.

PERSONAJES:

UN CRIADO DE DEMOS CON DISFRAZ DEL GENERAL DEMÓSTENES.

OIRO CRIADO DEL MISMO CON DISFRAZ DEL GENERAL NICIAS.

Se mencionan con el nombre del que representan.

OIRO MÁS AL QUE LLAMAN PAFLAGONIO Y QUE ES LA PERSONIFICACIÓN DE
CLEONTE.

AUORÁCrito, VENDEDOR DE CHORIZOS.

DEMOS, PERSONIFICACIÓN DEL PUEBLO.

CORO DE CABALLEROS.

LOS CABALLEROS

DEMÓSTENES. — ¡Ay, ay, ay... qué desgracia... ay, ay, ay!

*Se va sobando las espaldas
y las nalgas.*

¡Mal haya el Paflagonio en mala hora comprado hace poco!

"Que los dioses los exterminen con sus malos intentos." Desde que por desdicha se coló en esta casa no deja de apalea a los esclavos.

NICIAS. (*Sale en la misma forma que el anterior.*)—¡Maldito sea este el más malvado de los Paflagonios... él y todas sus diabluras!

DEMÓSTENES.—¿Qué te traes, infeliz?

NICIAS.—Males, igual que tú.

DEMÓSTENES.—Ven para acá, vamos a cantar juntos una melodía de tono lamentoso, como las del Olimpo.

AMBOS. (*Cantando.*)—¡Mumú mumú mumú! ¡Mumú, mumú mumú!

DEMÓSTENES. — ¿Qué ganamos con lamentos? ¿No es mejor que busquemos un medio de salir de estos estropicios y dejemos a un lado el llanto?

NICIAS.—¿Qué podría haber para ello?

DEMÓSTENES.—A ver, di.

NICIAS.—Mejor tú. No quiero discutir contigo.

DEMÓSTENES.—¡Por Apolo, no! Habla con confianza; yo a mi tiempo diré mi pensamiento.

NICIAS.—Está bien que lo concedas, pero no hallo qué decir. ¿Es que yo podría hablar al estilo de Eurípides?: "¿Qué tienes que decirme, para que yo lo diga?"

DEMÓSTENES. — ¡No por favor, no! No me saques las verdolagas de

la madre de ése. Busca mejor algunos cantos de la huida de esta casa.

NICIAS.—Basta que digas: ¡Vámonos!

DEMÓSTENES. — Ya dije Vámonos...

NICIAS.—Pues ahora, después de Vámonos, di: Con él.

DEMÓSTENES.—Con él.

NICIAS.—Muy bien. Ahora como frotándote di: Vámonos, y luego acelera el movimiento y di: Con él, con él.

DEMÓSTENES.—Nos vamos, nos vamos con él.

NICIAS.—¿Eso no se te hace gustoso?

DEMÓSTENES.—Claro, por Zeus, pero mi pellejo lo está presagando...

NICIAS.—¿Por qué?

DEMÓSTENES.—Es que cuando se rasca el pellejo se va perdiendo la piel.

NICIAS.—Estando así las cosas, lo mejor es que vayamos a postrarnos ante el simulacro de algún dios.

DEMÓSTENES.—¡Vaya, una estatua de dioses... ¿en qué estás pensando? ¡A poco todavía crees que hay dioses!

NICIAS.—Pues yo sí.

DEMÓSTENES.—¿En qué te apoyas?

NICIAS.—En que soy odioso a los dioses... ¿no es buen juicio?

DEMÓSTENES.—Me convences de todo en todo. Pero hay que dar razón. ¿Quieres que le hable al auditorio?

NICIAS.—No está mal. Pero hay que pedirles que con signos den a conocer si les gusta o no les gusta lo que estamos haciendo en su versión.

DEMÓSTENES. (*Al público*).—Voy a comenzar. Nuestro amo es un tirano, sumamente irritable, tragador de habas y fácil al enojo. Es Demos el de Pnix. Un vejarruco muy tardío y sordo. Ese amo compró ahora en el novilunio, un esclavo, un talabartero de Paflagonia. Listo para la trampa y para el enredo.

Mira lo que hizo: estuvo calando el pensamiento del viejo, este maldito curtidor paflagonio, listo en tretas y artimañas. Comenzó a insinuarse con artificio, a adular y halagar al amo, a hacerle la barba —con sus correas de talabartero, claro— y le hablaba así: —Demos, patroncito, vete al baño. Una sola causa sentencia. Echate tu bocadito, llénate bien la pancita, atrácate bien y vete a que te paguen tus tres óbolos. ¿Te sirvo tu comidita?

Y venía y arrebatava uno de los platillos que nosotros habíamos preparado y se lo iba a presentar. Era un regalo suyo. Mira, el otro día yo preparé un pastel al estilo de Pilos, un pastel lacaónico, como quien dice. Bien hecho y bien preparado... ¿Lo vas a creer? Llega este infame y lo arrebatava y se lo presenta al amo como cosa suya...!

Y nos hace estar a distancia del viejo Demos. No deja por nada que alguno de nosotros dé atenciones al amo. Y allí está con su espantamoscas, cuando cena aquél, para evitar que lo molesten. Y tiene su correa en la mano para ahuyentar a chicotazos al que se atreva a acercarse... ¡y más si son oradores! Y como el viejo está caduco, cuando ve que se ha pasado del vino, le comienza a recitar oráculos sibilinos. Y si lo ve bien bebido, al estilo de Maco, es cuando hace sus alardes de poder y fuerza. Es cuando comienza a dar contra todos los de casa y a golpearlos de lo lindo. Lueven los azotes sobre nosotros y lo oímos que va diciendo:

“¿Ven a Hilas? Yo lo azoto. Y si a mí no me hacen caso, morirán del mismo modo.”

Entonces nos rendimos nosotros. Y hacemos lo que él exige. Y entonces nos... zurrarnos, no una sino ocho veces.

(*A su compañero*).—¿Andas en sueño? Ve y piensa cómo nos libertaremos, a dónde, a quién nos largamos.

NICIAS.—¡Te lo dije ya antes. Lo mejor es huir!

DEMÓSTENES.—No se puede. Este maldito está en vigilancia perpetua. ¡Paflagonio infeliz! Tiene una pata en Pilos y la otra en la asamblea de los nobles. Y tiene tal postura que las nalgas se le ven en Caonia, y sus manos piden en Etolia, y su pensamiento roba en Clopidia.

NICIAS. — Es mejor escaparnos. Luego y vámonos, ¿o no mi amigo?

DEMÓSTENES.—Pero si lo hacemos, moriremos como machos.

NICIAS.—Y, ¿cómo? Lo mejor fuera beber sangre de toro. La muerte de Temístocles fue de lo más valiente.

DEMÓSTENES.—¡Por Zeus que no! Beberemos mejor vino no mezclado, a la honra del gran Genio. A ver si hallamos un buen procedimiento para nuestra intención.

NICIAS.—¡Vino puro... se te va todo al pensamiento...! ¿puede un hombre ya ebrio hallar un buen proyecto?

DEMÓSTENES.—Verdad es, compañero..., bebe pura agua y verás que te viene a la mente..., ¿no es el vino el autor de todos los grandes proyectos?, ¿te atreves a decir que frustra el pensamiento? Un hombre que ha bebido se siente rico, se siente vencedor en sus negocios, que gana todos los procesos, se siente feliz y comparte su dicha con sus amigos... ¡Anda, una copa para regar mi mente y podré decirte algo digno de aplauso!

NICIAS.—¡Ay!, qué podrás decirnos después de haber bebido?

DEMÓSTENES. — Lo mejor, pero tráeme. (*Se va Nicias al interior*.) Yo sé lo que hago. Si me pico un poco, aquí en este lugar habré de

deir un haz de conceptitos, de afirmaciones graves, y unas cuantas invenciones del pensamiento mío.

Regresa Nicias con un frasco y una copa.

NICIAS.—¡Dicha fue que no me vieran cuando yo me hurtaba el vino!

DEMÓSTENES.—Dime: ¿qué hace el paflagonio?

NICIAS.—¿Qué? Mira, se tragó muchas galletas saladas —claro, de las que había quitado en la plaza— y ahora bien borracho está roncando echado sobre sus cueros y echado hucabajo.

DEMÓSTENES. — Anda ahora. Y muchito, que es libación.

NICIAS.—Toma y haz al buen Genio esta libación.

DEMÓSTENES.—Bebe, degusta, a tragos el licor de Pramnio. ¡Genio favorable, no a mí sino a ti se debe esta idea!

NICIAS.—Habla ya, te lo ruego, ¿qué es lo que estás pensando?

DEMÓSTENES.—Métete a casa y roba sus pronósticos al paflagonio. Está dormido. Anda y tráelos acá luego.

NICIAS.—Eso. Pero me temo que en vez de un buen genio me voy a encontrar con un demonio. (*Entra.*)

DEMÓSTENES. — Trae ahora, yo mismo me daré de beber... a ver si con este riego se me alumbró el pensamiento.

Sale Nicias con los oráculos que sustrajo a Paflagonio.

NICIAS.—¡Qué grandes ronquidos da el paflagonio y qué ventosos se echa... meramente una trompeta! Por eso pude quitarle estos oráculos que guardaba con tanto cuidado.

DEMÓSTENES.—¡Listo, listo! ¡Dámelo que yo lo lea! Pero dame una copita pronto. Trae, veré qué dice esto... ¡Oh oráculos! ¡Pronto mi copa!

NICIAS. — Vamos, ¿qué dice el oráculo?

DEMÓSTENES.—Echame otra.

NICIAS.—¿En ese escrito está eso: "échame otra?"

DEMÓSTENES.—¡Bacis, oh!

NICIAS.—¿Qué hay?

DEMÓSTENES. — ¡Otra más, y pronto!

NICIAS.—Ese Bacis gustaba mucho de la copa.

DEMÓSTENES.—¡Ah, maldito paflagonio! ¿tanto tiempo has guardado esto que habla de ti para tu ruina?

NICIAS.—¿Por qué pues?

DEMÓSTENES.—En esto dice cómo ha de acabar.

NICIAS.—Y, ¿cómo?

DEMÓSTENES.—¿Cómo? Dice claramente el oráculo que ha de venir primero un vendedor de estopas a regir esta ciudad.

NICIAS.—Uno es este vendedor. Dime, ¿luego qué anuncia?

DEMÓSTENES.—Y ahora, un vendedor de borregos. Y van dos.

NICIAS.—Dos comerciantes van. Y a éste, ¿qué le va a pasar?

DEMÓSTENES. — Gobernar, hasta que llegue otro peor que él, si es que existe. Tras esto se irá a la ruina. Vendrá un vendedor de cueros, paflagonio, por más señas. Rapaz y parlachín, con voz ronca como el torrente Clíboro.

NICIAS.—¿Entonces el vendedor de borregos será sustituido por el vendedor de cueros?

DEMÓSTENES.—¡Sí, por Zeus!

NICIAS. — ¡Ay infeliz de mí...! ¿No hay otro comerciante que venga, siquiera uno?

DEMÓSTENES.—Aún hay otro que ejerce una profesión sobrehumana.

NICIAS.—Te lo ruego: di, ¿quién es?

DEMÓSTENES.—¿Lo digo?

NICIAS.—¡Por Zeus, que sí!

DEMÓSTENES. — Un vendedor de chorizos es quien acabará con él.

NICIAS.—¿Un vendedor de chorizos? ¡Ah, Poseidón, qué negocio! Pero, ¿dónde hallar a ese hombre?

DEMÓSTENES.—Lo buscaremos. Y

mira... acá viene como mandado del cielo! ...Entra, choricero amado, ven acá, ven buen amigo. Sube y llega, que tú eres el salvador de esta ciudad...!

Llega el choricero con su mercancía.

AGORÁCrito, CHORICERO. — ¿Qué hay? ¿quién me llama? ¿para qué?

DEMÓSTENES.—Llega acá y date cuenta de tu dichoso destino, cuán grandiosa es tu fortuna.

NICIAS.—Anda, quítale el tablado que lleva a cuentas y dale cuenta de lo que dicen los dioses en su oráculo. Mientras tanto, entraré a ver qué hace este Paflagonio. (*Entra.*)

DEMÓSTENES.—Vaya, deja allí tu carga y da adoración a la tierra y a los dioses.

AGORÁCrito.—Ya está, y ahora, ¿qué?

DEMÓSTENES.—¡Oh dichoso, oh poderoso... ahora nada y muy grande para mañana!

Tú, de la Atenas feliz serás el gran soberano.

AGORÁCrito.—¿Por qué no me dejas, buen hombre, lavar mis tripas y vender mis chorizos, antes de estarte burlando de mí?

DEMÓSTENES.—¡Tonto! ¿Tus tripas? Mira hacia este lado: “¿No ves las largas filas de todos estos pueblos?”

AGORÁCrito.—Las veo.

DEMÓSTENES.—De todos esos tú serás gobernante. Mandarás en el mercado, en las puertas, en la llanura de las asambleas. Pisotearás al senado, harás añicos a los generales, los pondrás en cadenas, o en la cárcel y el mismo Pritáneo harás tus liviandades.

AGORÁCrito.—¿Yo?

DEMÓSTENES.—¡Cierto que sí! Y no es eso todo lo que estás viendo. Tréplate en tu tablero y verás todas las islas que rodean en círculo.

Se sube sobre su armazón y ve.

AGORÁCrito.—Ya veo bien.

DEMÓSTENES.—¿Qué más? Mira los sitios de mercader, mira los barcos de tráfico.

AGORÁCrito.—Sí que los veo.

DEMÓSTENES.—¿Luego no vas a ser grandemente feliz? Ahora mira a Caria con el ojo derecho y con el otro mira hacia Cartago.

AGORÁCrito.—¿Tendré que ser feliz convirtiéndome en bizco?

DEMÓSTENES.—No, pero todo eso será objeto de comercio. Todo va a suceder como este oráculo pregona: un gran hombre.

AGORÁCrito. — Dime, ¿cómo es que yo, vendedor de chorizos, voy a convertirme en un gran hombre?

DEMÓSTENES.—Precisamente por eso vas a llegar a grande. Porque eres un infeliz, un bajo mercader sinvergüenza, pero atrevido.

AGORÁCrito.—No me creo yo digno de llegar a tanto.

DEMÓSTENES.—¡Malhaya yo! ¿habrá alguno que diga que no eres tú digno? Me está pareciendo que aún abrigas algún buen principio. ¿Eres de padres honrados, de gente de buena conducta?

AGORÁCrito.—¡Por los dioses, no! ¡Soy de los muy abajo!

DEMÓSTENES. — ¡Hombre feliz, qué suerte tienes... qué grandes dotes has alcanzado para este cargo!

AGORÁCrito.—Pero, buen hombre, ni pizca tengo de instrucción, apenas conozco las letras y eso bien que mal.

DEMÓSTENES.—Es tu única falla, que sepas bien que mal. Pues gobernar al pueblo no es de hombres bien instruidos, ni de buenas costumbres... ¡se quiere un ignorante, se quiere un malvado! Por eso no desprecies lo que te brindan los dioses en sus oráculos.

AGORÁCrito.—¿Qué dice el tal oráculo?

DEMÓSTENES.—Bien, por los dioses. En términos un tanto enigmáticos y gariboleados, con alusiones sabihondas, dice: (*Lee.*)

“Cuando el águila que rasga cuecos con garras bien afiladas lleve al

dragón que chupa sangre bien afe-
rrada en su pico, entonces, de pa-
flagonios se acabará la salsita.

A los que venden chorizos gran-
de gloria anuncia el cielo, sólo que
ellos no la quieren, para seguirlos
vendiéndolo."

AGORÁCrito. — Y, ¿eso qué me
añade a mí? Explícalo, por favor.

DEMÓSTENES.—El águila rasga-
cueros es el paflagonio que está allá
dentro.

AGORÁCrito.—Y, lo de garras
bien afiladas, ¿por qué?

DEMÓSTENES.—Bien las palabras
lo dicen: viene, agarra y arrebatla
y se larga con su presa.

AGORÁCrito.—Y, ahora, ¿lo del
dragón?

DEMÓSTENES.—Es lo más claro
que hay. El dragón o serpiente es
largo. También es largo el chorizo.
Lleno de sangre el dragón, como
también el chorizo. Yo te lo digo
ahora la serpiente draconina va a
vencer al águila de garras afiladas.
¡A no ser que sea engatuzada con
palabras!

AGORÁCrito.—Me queda bien el
oráculo. Pero estoy admirado de
cómo pudiera yo gobernar a un
pueblo.

DEMÓSTENES. — Ninguna dificul-
tad. Lo que antes has hecho, sigue
haciendo. Alborota, haz rueda las
tripas y revuelve todos los asuntos.
¿Al pueblo? ¡Ese se gana con pala-
britas azucaradas y con antojitos de
cocina! Y tienes todas las dotes que
se requieren para ser un guía de pue-
blos. Una voz estridente y retum-
bante, un nacimiento bajo y moda-
les de callejero: tienes todo lo que
se necesita para ser un regente de la
ciudad. Y el oráculo está de acuer-
do con lo mismo que dice el Pitia.
¡Anda pues, ponte tu corona... y
haz tu libación al dios de las nece-
sidades! Ahora, enfréntate al con-
trario.

AGORÁCrito.—Y, ¿quién luchará
conmigo? Los ricos le tienen miedo
y ante él tiemblan los pobres.

DEMÓSTENES.—¡Allí están los ca-

balleros, unos mil de honrada vi-
da: lo odian...ellos, te ayudan!
Y de todos los ciudadanos, los hon-
rados y honestos. Y de estos espec-
tadores, todo el que tenga dignidad,
y yo voy con todos ellos, y hay un
dios que nos asiste!

Por otra parte, no temas: no es
el león como lo pintan. Tan horro-
roso es a todos que no ha habido
un solo artista que le quisiera hacer
máscara. Pronto será conocido: na-
da tonto es el pueblo que está lle-
nando este teatro.

NICIAS. (*Dentro.*)—¡Ay, infeliz de
mí... ya sale el Paflagonio!

*Llega Cleonte en farsa de
Paflagonio.*

PAFLAGONIO.—¡Estos... no ten-
drán que alegrarse, por los doce dio-
ses, de lo que ha tiempo contra
Demos conspiran. Y... ¿esta copa
de Calcis, qué hace aquí? Están tra-
mando hacer que con ellos vayan a
la rebeldía los de Calcis... ¡Pareja
de malvados... lo pagarán con la
muerte!

DEMÓSTENES. (*Al choricero.*)—No
te vayas, espera, vendedor de choriz-
os: no traiciones la causa.

¡Ea, ea caballeros, ahora es tiem-
po, acá, acá! Simón y Panecio, así.
Pónganse al lado derecho. ¿Ves? ¡ya
llegan, choricero, y vienen en con-
tra de él! Mira su nube de pol-
vo... es que ya muy cerca están.
Fuerte y duro contra él, haz que
huya.

Entra el coro de Caballeros.

CORIFE0.—¡Dale, dale a este bri-
bón, borrón de los caballeros, el
traficante, voraz de todos los bienes,
hondura inagotable de los latroci-
nios, bribón y bribón mil veces. Y lo
diré sin cesar, pues es bribón mu-
chas veces al día!

¡Anda, pues, dale y acósalo; haz
revolución, alborota y haz ímpetu
contra él, como nosotros lo hacemos
y échale grandes gritazos!

¡Cuidado, no se te escape... bien conoce los caminos por donde se fugó Eucrates envuelto en el salvado!

PAFLAGONIO.—¡Oh, ancianos del tribunal heliástico, cofrades míos en el pago de tribulo. Yo os doy el medio de vivir, por la buena o por la mala, ¡vengan ahora en mi auxilio...! ¡me están asediando los que conspiran!

CORIFE0.—¡Y a fe, que lo hacen bien...! ¿no eres tú el que se engulle los bienes de la ciudad aun antes que se te haya hecho la distribución? Como quien está tentando los higos para ver si están maduros, así tú estás atendiendo a los que tienen que rendir cuentas. Ves si están aún verdes, o si ya están maduros, o están a punto de madurar. Entre los ciudadanos estás viendo cuál es el que tiene carácter de cordero, que es rico y no un malvado, que teme andar en tráfigos de negocios. Un ser inofensivo y sin malicia. Lo haces que venga desde el Quersoneso y le abrazas la cintura y le metes zancadilla, y le das vuelta luego y te lo zampas por detrás...

PAFLAGONIO. — ¿También ustedes me atacan? ¿A mí que por su causa soy mal visto por querer erigir un monumento a su valor en la Acrópolis misma?

CORIFE0.—¡Ah qué hablador, ah qué chillón! (*Al coro*): ¿No ven qué rastrero es? Piensa que somos viejos caducos de los que se puede burlar.

PAFLAGONIO. — ¡Ah ciudad, ah pueblo... qué fieras me tunden la panza!

DEMÓSTENES. — ¿Ahora levantas tus quejas, cuando tú haces de la ciudad una catástrofe?

AGORÁCRITO.—Si así es como vencer quiere, en mi puño halla su frente. Y si para escapar se agacha, yo le meto la rodilla.

PAFLAGONIO.—Si a gritos vamos, a gritos te gano.

CORIFE0.—Si a gritos de veras vences, gloria a ti. Pero si él es más

desfachatado, para nosotros el premio.

PAFLAGONIO. (*Indicando al choricero*).—A ese hombre yo denuncio. Y aun afirmo que él ha llevado a vender sus sancochos a las naves del Peloponeso.

CORIFE0.—Pero yo, por Zeus, lo acuso: llegó con panza vacía al Pritáneo y salió con panza llena.

DEMÓSTENES.—¡Por Zeus que sí, que exportaba efectos prohibidos, como pan, pescado, carne...! ¡a eso ni Pericles llegó!

PAFLAGONIO.—Los dos morirán al punto.

AGORÁCRITO.—Tres veces te venceré en gritos.

PAFLAGONIO.—Yo te venceré gritando.

AGORÁCRITO.—Y yo gritaré más fuerte.

PAFLAGONIO.—Si llegas a general, yo te buscaré infamias.

AGORÁCRITO.—Y yo te rasparé el lomo a golpes, como si fueras un perro.

PAFLAGONIO.—Yo te meteré a la cárcel por medio de mis chismitos.

AGORÁCRITO.—Yo te cerraré el camino.

PAFLAGONIO. — Mírame cara a cara.

AGORÁCRITO.—Yo también me crié en el mercado.

PAFLAGONIO.—¿Te callas, o te hago cuartos?

AGORÁCRITO.—Te callas o te cubro de mierda.

PAFLAGONIO. — Confieso que he hecho mis robos... pero tú ¿no?

AGORÁCRITO.—¡Con Hermes de los mercados, claro que sí!

PAFLAGONIO.—Si hay quien me vea, hago mis votos.

AGORÁCRITO.—Artero y mañoso eres.

PAFLAGONIO.—Yo te acusaré al Pritáneo como ladrón y sacrilego... andas vendiendo allí tripas de que nos has pagado el diezmo... ¡tripas que eran de los dioses!

CORO: ESTROFA I.—¡Bribón y más que bribón, canalla pérfido!

¡Llena está de tu osadía la tierra toda y la asamblea y los puestos de recaudación, los procesos y los tribunales!

¡Oh tú que revuelves el fango y elaboras en esta nuestra ciudad alborotos sin fin! Tú has aturcido a Atenas a gritos y eres como el pesador que atisba la roca cuando llegan los atunes. Eso haces tú en espera y ansia de los impuestos.

PAFLAGONIO. — Bien sé que ha tiempo estaban curtiéndome esta revuelta.

AGORÁCrito. — Si tú no supieras hacer curtido, ni yo supiera hacer chorizos. Tú, cortabas cuero de un buey viejo y lo vendías a los pobres campesinos como si fuera piel de novillo. Parecía muy apretado, pero con dos días de uso, se volvía flojo, flojo, hasta llegar a dos cuartas.

DEMÓSTENES. — ¡Eso me sucedió a mí, por Zeus que sí, y ya me acababan mis amigos. Le compré unos zapatos y antes de llegar a Pergaso, ya me nadaban en ellos los pies!

CORO: ESTROFA II. — ¿Qué has hecho desde el principio? ¿No mostrar tu ineptia de buen orador desvergonzado? En tu oratoria te basas para explotar extranjeros. Claro, está arriba ahora, al frente de la ciudad. Y allá está el hijo de Hipodamo retorciéndose de angustia cuando ve esto.

Pero ya apareció otro hombre que es más pícaro que tú; ¡cómo me estoy alegrando! El te va a pasar con mucho, ni duda cabe, en ser bribón y atrevido en todas las artimañas.

(Al choricero.) — Anda, demuéstrole tú de qué sirve una educación decente.

AGORÁCrito. — Oigan bien quién es este hombre y qué clase de ciudadano.

PAFLAGONIO. — ¿No me permites la palabra?

AGORÁCrito. — ¡No por Zeus, también yo soy bribón!

DEMÓSTENES. — Si con esto no se rinde, dile que también tus padres eran unos bribones.

PAFLAGONIO. — ¿No me permites la palabra?

AGORÁCrito. — ¡Por Zeus, que no!

PAFLAGONIO. — ¡Por Zeus, que sí!

AGORÁCrito. — ¡No por Poseidón, y si de hablar se trata, yo voy a hablar primero... y con qué dientes...!

PAFLAGONIO. — ¡Infeliz, que yo reviento!

AGORÁCrito. — Pero yo no te dejo.

DEMÓSTENES. — Déjalo que reviente, por los dioses te lo pido.

PAFLAGONIO. — ¿De dónde te nace el ansia de contradecirme a mí?

AGORÁCrito. — También yo sé hablar, y aun más, sé hacer buenos chorizos.

PAFLAGONIO. — ¡Eso es hablar! Si te cae un asuntito crudo, luego eres capaz de hacerlo tasajo y de guisarlo al gusto... ¿Sabes que pienso qué te ha sucedido? Lo mismo que a otros pelados. Puede ser que hayas ganado el pleito a un infeliz refugiado, y para eso te estuviste la noche entera quemando las pestañas, y te fuiste hablando solo por esas calles, eso sí, con pura agua en la barriga. Luego fuiste a moler a tus amigos... ¡y ya te crees orador! ¡Qué tarugo, qué zoquete!

DEMÓSTENES. — Pero, tú, ¿qué bebes para hacer que la ciudad se quede aletargada y tonta como se halla hoy? ¡Tú la mataste con el silencio!

PAFLAGONIO. — Y, ¿hallas entre los hombres uno solo que me haga frente? Yo que me comí tres lonjas de buen atún y tras una buena copa de vino puro, me echo al plato a los generalitos del Pilos.

AGORÁCrito. — Yo también, yo también... ¡Denme un filete de buey y una pancita de puerco... cuando la haya yo tragado, y de pilón salsa y caldo, me trago también a los oradores y al mismo Nicias me lo embuto!

DEMÓSTENES. — Todo eso está bueno, y me gusta tu lenguaje, pero lo que no me gusta es que te bebas toda la salsa.

PAFLAGONIO. — Si eres capaz de

tragarte lobos de mar, serás también capaz de perseguir a los Milesios.

AGORÁCrito.—Cuando me haya hecho digestión el buen cocido de buey, ya estaré en capacidad de recobrar los dineros.

PAFLAGONIO.—Pero yo echo un brinco de aquí al Consejo y lo hago un desbarajuste.

AGORÁCrito.—Pero yo te doy en las nalgas como quien tunde cuero para curtir.

PAFLAGONIO. — Pero yo te iré arrastrando de cabeza, para que las vayas enseñando.

DEMÓSTENES.—¡Me dejo que hagan conmigo lo mismo, si echas afuera a este hombre! ¡Lo juro por Poseidón!

PAFLAGONIO.—¡Te voy a echar en el cepo!

AGORÁCrito.—Yo te acuso de cobarde.

PAFLAGONIO.—Tu piel servirá de forro.

AGORÁCrito.—Con tu cuero haré un morral.

PAFLAGONIO. — Después de descuartizarte, quedarás tendido en tierra.

AGORÁCrito. — Y yo con tus miembros rotos voy a hacer un picadillo.

PAFLAGONIO.—Te voy a arrancar las cejas.

AGORÁCrito.—Y yo te reviento el buche.

DEMÓSTENES.—¡Por Zeus, vamos a ponerle una horquilla en el pescuezo como hacen los cocineros y le sacamos la lengua para estar examinando por arriba y por el ano, a ver si no está roñoso!

CORO: ANTISTROFA. I. — ¡Cosas más ardientes que el fuego hay por cierto en la ciudad y oye uno tales palabras que se salen de los límites en materia de desvergüenza! No era fácil el asunto ni tan al gusto arreglarlo.

(Al choricero.)—¡Ahora, dale de plano, revuélcalo muy al caso. No hagas a medias las cosas. Ya lo tienes por la cintura, ahora sigue...

al primer golpe verás bien que es un cobarde... ¡ya le conozco sus mañas!

DEMÓSTENES.—¡Y así meramente fue todo el tiempo de su vida, y mostraba ser un hombre tomando lo de los otros... Ahora mismo esas espigas que se trajo de allá lejos, después de hacerlas manojos, ya está pensando en venderlas!

PAFLAGONIO.—Y yo no les tengo miedo, mientras tenga vida el senado y el pueblo se ponga máscara de tarugo, a la hora en que ha de juzgar.

CORO: ANTISTROFA II.—¡En todo es desvergonzado y nunca muda de conducta! (Al Paflagonio): Y no creas que te aborrezco, ojalá fuera yo la zalea que mea Cratino y aprendiera yo a cantar en la tragedia de Morsino. Tú que vas y vienes por todas las flores, al modo de la abeja, para ver qué dones sacas, ojalá que así fueras para desembucharlos.

Con qué ganas cantaría yo entonces: "¡Bebe, bebe a la buena fortuna!"

Y aun el hijo de Ulio, según yo pienso, de ese acaparador de trigo, cantaría a toda voz entonces: Io, Io, péan péan y haría sus bailes a Baco.

PAFLAGONIO.—Por Poseidón yo les juro que a tunante no me ganan. Y, si no, que jamás vaya yo al lugar de las tripas de Zeus el del mercado.

AGORÁCrito.—Pues yo prometo vencerte, por los golpes sin número que desde chico he recibido y por los piquetes de chaveta desensebadora. No en vano he comido migajones bien untados de grasa al limpiarme las manos. No importa que te muestres tan valiente.

PAFLAGONIO.—¡Bolitas de migajón engrasado, como un perro... Ah, tonto, tres veces tonto... si has comido lo que comen los perros te vas a poner con uno que tiene cabeza de perro!

AGORÁCrito.—Tengo, por Zeus, muchos títulos desde que era yo un rapaz. Iba yo a los cocineros y les

decía para marearlos: “¡Miren muchachos, ¿no ven? ¡Primavera... tiempo de golondrinas...! Y ellos alzaban la cara y yo me volaba un buen tajo de carne.

DEMÓSTENES. — ¡Qué excelente cuerpo, qué astuta cabeza... eras como el que come ortigas, que no aguarda golondrinas para poder arrancarlas!

AGORÁCRITO. — Y eso lo hacía sin que me vieran, pero si alguno llegaba a verme, me echaba la carne en la entrepierna y juraba por todos los dioses que yo no tenía nada. Y un orador que me vio dijo estas palabras:

“¡Ni modo: este muchacho tiene que llegar a ser regente de la ciudad!”

DEMÓSTENES. — Y muy bien que adivinó. Pero tenía en qué fundarse. Tú robabas a ojos vistos, pero te metías la carne por la trasera.

PAFLAGONIO. — Voy a aplacar tu osadía. Y diré más: la de los dos. Voy a hacer mi impulso, como huracán furioso, y te azotaré en el suelo y la tierra y el mar se revolверán contra ti.

AGORÁCRITO. — Yo me subo en mis chorizos hechos a modo de barca y que me lleve la corriente y cuando vaya a hundirme te mandaré... mil miludos.

DEMÓSTENES. — Y yo en tal caso estaré espionando el drenaje, a ver por dónde apareces.

PAFLAGONIO. — Yo te lo juro por Démeter... no habrás de quedar impune después de haber robado a los atenienses tantos talentos.

DEMÓSTENES. — ¡Listo... ya sopla el viento de la delación y la calumnía...!

AGORÁCRITO. — Y tú de solo de Potides te sacaste diez talentos. Yo lo tengo bien sabido.

PAFLAGONIO. — Y eso, ¿qué? (*Baja la voz y dice confidencial.*) ¿Quiéres uno, y te me callas?

DEMÓSTENES. — Yo creo que lo acepta... ¡Vamos, ya el viento va descansando... suelta los amarres!

PAFLAGONIO. — Pero tendrás tus procesos... cuatro de a cien talentos cada uno...

AGORÁCRITO. — Pero tú, veinte por no dar el servicio militar y por la drón, ... más de mil.

PAFLAGONIO. — Yo estoy pensando que eres de la raza de los que profanaron el altar de la diosa.

AGORÁCRITO. — Y yo pienso que tu abuelo fue un guarda-espaldas.

PAFLAGONIO. — ¿Y de quién? ¡Dilo!

AGORÁCRITO. — ¡De Cuer... ina la de Hipias!

PAFLAGONIO. — ¡Payaso!

AGORÁCRITO. — ¡Bribón!

DEMÓSTENES. — ¡A lo macho, dale, dale!

PAFLAGONIO. — ¡Ay, ay, que me están golpeando estos conspiradores!

DEMÓSTENES. — ¡Dale, dale con tus tripas en las propias tripas de él, y con esos tus chorizos dale una buena sobada!

El choricero comienza a dar a Paflagonio y éste se hace arco.

CORIFE0. — ¡Oh, qué hombre de gran raza y qué alma tan varonil más que todos sus iguales! ¡Este salva la ciudad, me parece a mí y a los demás ciudadanos! ¡Con qué arte, con qué sentido respondiste a sus tonteras! ¡Cómo darte la alabanza que pidiera nuestra alegría?

PAFLAGONIO. — ¡Nada de eso me era oculto... ya sabía que estaban tramando este hecho, por Démeter, sí! todo era un armazón, de mil piezas mal forjado.

AGORÁCRITO. — ¿Y estás creyendo que para mí era un secreto lo que andabas tú tramando en Argos...? Señores, con el pretexto de que nos iba a ayudar conciliando a los argivos, lo que ha hecho el muy bribón es trataditos secretos con los de Lacedemonia.

DEMÓSTENES. — ¡Pero no le dices nada al estilo carretero!

AGORÁCRITO. — ¡Ah! ¿no estás bajando a la continua los sopletes?

¡Esperan los prisioneros que han de moverles la fragua!

DEMÓSTENES. — ¡Bueno, bueno, herreros contra carpinteros!

AGORÁCrito.—Por allí hay también otros que le hacen a la herre-ría, al unísono contigo. Tú, aunque me des oro y plata por medio de tus amigos, no lograrás persuadirme a que calle las verdades antes de los atenienses.

PAFLAGONIO.—Pero voy al momento a denunciarlos a todos como conspiradores y esas juntitas nocturnas en la ciudad y la inteligencia que tienen con los medas y el gran rey y las intriguillas con los de Beocia... ¡Ese es el queso que están fabricando!

AGORÁCrito.—¿Y cuánto pagan en Beocia por el queso, eh?

PAFLAGONIO.—¡Por Heraclés, yo te hago papilla!

Se va.

DEMÓSTENES.—¡Ahora tú que tienes algo de cacumen, tú que tienes inteligencia, tú que en viejos tiempos te escondías la carne entre las piernas, como lo dijiste hace rato... échate una carrerita, vete luego al tribunal... éste va desalado y nos va a fundir a todos, con sus grandes algaradas!

AGORÁCrito.—¡Voy allá, pero antes tengo que guardar mis tripas y mis cuchillos en un lugar seguro!

DEMÓSTENES.—Ten ahora y échate al cuello esta grasa para que te la escurras, si te quiere aferrar con sus calumnias.

AGORÁCrito.—Pues dices bien, eso hacen en las contiendas deportivas.

DEMÓSTENES.—Y ahora, cómete esto.

AGORÁCrito. — ¿Dientes de ajo? ¿Para qué?

DEMÓSTENES.—Porque comiendo ajo podrás luchar con más brío... ¡Pero ya, apresúrate... de prisa!

AGORÁCrito.—Eso haré.

Sale.

DEMÓSTENES.—¡Muérdelo bien y apabúllalo, hazle pedazos la cresta, y no regreses aquí sin haberte comido su papada!

Se va.

CORIFE0.—¡Vete en dicha y con fortuna y puedas volver acá! ¡Que Zeus guardián del mercado te tienda su protección!

(Al teatro espectador): Y ahora, señores míos, favor de poner atención a nuestra parte coral. Ya que están tan avezados a toda clase de versos.

Si algún antiguo autor de comedias nos hubiera pedido recitar estos versos en el coro de la representación, no hubiera sido tan fácil que lo hubiera conseguido.

Este poeta de hoy lo merece, y aborrece lo mismo que aborrecemos nosotros. Y habla con toda justicia y con generoso afán se lanza contra Tifón y contra el huracán que destruye.

Dice el poeta que muchos llegaron y le dijeron en confianza, por qué no usaba del coro en su nombre. El nos recomienda ahora que les digamos la causa. Dice que no le faltó advertencia para ver que el coro es indispensable, pero que pensaba él que entre todos los oficios es el más arduo el de componer comedias. Muchos intentan hacerlas, pero lo logran muy pocos.

Y dice más: Que son ustedes amantes de lo que nace. Gustan de los anteriores, pero si acaso envejecen, quedan en perpetuo olvido.

Vio lo que pasó con Magnes: cuando blanqueó su cabello; nada importa que ganara antes tantos triunfos, contra sus contendientes y que fuera guardando sus trofeos. El hizo que resonaran los tonos de los flautistas, y el pájaro que aletea, y los cantos de la Lidia y el rezumar del moscardón, y aun que se pintara la cara de verde, para aparecer como rana. Pero nada le valió: apenas llegó a viejo, lo echaron fuera

del teatro —lo que no le hicieron cuando era joven— y es que dicen que ya no tenía vena para hacer feir.

Tiene presente a Cratino, que fue tanto celebrado. El era como un torrente que corre por la llanura y va descuajando árboles, aun encinas y altos plátanos. Nada cantaba en los festines sino aquellos versos suyos: Doró, sandalias de higuera... quiso decir de delator. Y el otro: Ahorrajadores de nuevos cantos... Y, ahora ¿qué ha sido de él? Está enduco ya... se aflojaron las clavijas de su lira, se desprendieron las cuerdas y está toda ella tremulante. Y un viejo, ambula sediento por los caminos... ¡y sus antiguas victorias le merecían que bebiera en el Pritáneo y que estuviera en su sitio en el teatro presenciando las fiestas de Dioniso!

¡Crates, qué de iras de su parte cosechó y qué suma de desdenes! El que había hecho con gusto pensamientos de los más finos para halagarles el paladar... ¿qué le dieron un premio? Y eso que los había nutrido. Y se sostuvo cayendo y levantando.

Todo eso daba temores a nuestro poeta. Y estaba remiso de ofrecer su obra. Y tiene además su doctrina: Hay que saber primero hacer uso del remo, antes de aspirar a ser el que rige el timón, o el que está atisbando los vientos. Ya puede llegar el día en que él imponga su mando.

Por todos estos motivos no se lanzó al teatro con osadía para dar fáciles temas que arrancaran aplausos.

Y ahora en estas fiestas leas dudle el aplauso de veras. No diez, sino once golpes con el remo y un clamor de gozo general, para que vaya a su casa jubilante de victoria y con la frente altiva y radiante de dicha.

SEMICORO I: ESTROFA. — ¡Poseidón, dios de los corceles, tú queientes grande gozo cuando oyes mis galopes, sonoros como el ace-

ro, y su relincho estrepitoso! ¡Tú que sientes júbilo al ver rápidas trirremes que traen dones a la tierra, cuando las ves que van surcando los azules tumbos del mar!

¡Tú que te sientes feliz cuando ves a los mancebos airosos en sus carrozas desafiando la desdicha de la muerte y el desdén de la victoria!

Ven y asiste a nuestro coro, tú el de dorado tridente, que reinas en los delfines y a quien invocan en Sunio, venerado en Geresta, hijo de Cronos y amado a todos mucho más a Formión, y a los hijos de Atenas en el momento presente.

Queremos enaltecer a nuestros padres, dignos de su país y del honor del peplo. Lo mismo en sus combates en la tierra que en sus luchas por mar. Y vencedores siempre, de gloria han adornado la ciudad.

Nunca uno de ellos, al ver al enemigo, se puso a contar... era que su valor lo guardaba como un dios defensor. Y si alguno luchando caía en tierra, con la espada hacia abajo, se levantaba luego y sacudía el polvo. Y sin pensar en su caída, reanudaba la lucha.

Nunca hubo un general que pidiera a Cleneto un subsidio por cuenta de la ciudad, exigiendo como si fuera su derecho. Y ahora si no les dan su paga y su subsidio, no van a la lucha.

Nosotros intentamos defender la ciudad, sin intereses ni ganancias, y también a los dioses de la patria. Y fuera de esto, nada pedimos, sino un pequeñito favor. Si la paz llega, si cesan las penas, no vean como extravagante nuestro pelo crecido y nuestro cuerpo bien frotado por el estrigilo.

SEMICORO II: ANTISTROFA. — ¡Custodio de la ciudad, oh Palas, tú que imperas sobre esta región sagrada! ¡Esta región que a todos vence en la guerra y en la poesía, y en el poder!

¡Ven y trae a tu lado a la Victoria, esa dulce compañera en la lucha y en el ejército... haz que se

asocie a nuestros cantos y nos sea propicia en la contienda contra nuestros enemigos!

¡Ven ahora, ven ahora... muéstrate a nosotros, benigna para ayudar a los tuyos en el combate! ¡Si hay una vez, es ésta!

Y de nuestros caballos tenemos que dar alabanzas. Dignos de alabanza son, que sostuvieron su fuerza en medio de los combates.

Pero no admiramos sus proezas de cuando estaban en tierra. Los vimos como saltaron a las naves como hombres y llenos de ardiente brío se aferraron a los remos. Y eso que iban bien cargados con chácharas del servicio y líos de ajos y cebollas. Cuando tomaron los remos gritaban como marinos: Hipapai... adentro, adentro! ¿Quién rema? ¿Quién es más fuerte? ¿Qué los detiene? Rememos. ¡Sámfora, rema con fuerza! Pero al llegar a Corinto... ¡qué saltos daban en tierra! Después con sus herraduras se fabricaron la cama los potros y andaban buscando víveres. Y en lugar de alfalfa, comían cangrejos que abordaban a la playa, y aun iban a buscarlos a lo profundo del mar. Por eso el adulador Teoro ha dicho que dijo un cangrejo: "¡Qué tremendo, Poseidón, ni en el suelo firme, ni en el mar, y aun ni en sus honduras podemos tener escape de los caballeros!"

Regresa el choricero

CORIFEO.—¡El más amado de todos y el más dotado de seso, regresas al fin, cuando tanto hemos sufrido por tu ausencia! Pero ahora que estás aquí, sano y salvo, ve contando qué tal te fue en el asunto.

AGORÁCrito. — ¿Qué puedo decir...? ¡que fui todo un destroza-senados!

CORO: ESTROFA.—¡Ahora es tiempo de alegría, tiempo de dar alaridos de gozo! Tú que al hablar eres listo, pero más cuando obras, venos diciendo poco a poco y con toda

exactitud todo lo que te pasó. Yo creo que haría hasta un viaje sólo para oírte a tí. Por tanto, mi buen amigo habla confiado: todos estamos ansiosos de oírte.

AGORÁCrito.—Y digno de que se oiga es el hilo de estos hechos. Luego de aquí salimos, yo me fui pegado a él. Y cuando llegó al Senado comenzó a vociferar con retumbantes palabras, en que iba acumulando quejas contra los caballeros. Y el Senado escuchaba con atención, y estaba alhelado como quien comió la hierba que aletarga. Todos, la frente enhiesta y la ira en los rostros.

Fue entonces, cuando yo, al ver sus mentiras, me adelanté y dije con voces retumbantes: Dioses de la desvergüenza, del fraude y la malicia, de la tontería y de la avilantez. Tú, augusta ágora en donde yo me crié, ahora tenéis que darme una voz sin temores y lengua bien hablada.

Mientras así yo hablaba, a mi derecha se pedoró un jotillo. Yo vi un buen agüero. Di un empujón a la puerta con mi espada y ya dentro me puse a decir: "Senado, yo traigo buenas nuevas, un anuncio bueno que seré el primero en dar. Desde que comenzó la guerra nunca habían estado más baratas las anchoas."

Las caras se llenaron de alegría y había quien pensara que me habían de dar una corona por recompensa. Fue cuando les dije:

¿Quiéren comer anchoas baratas? Muchas por un óbolo. Hay un medio: ir a los que las venden y quitarles los platos.

Todo se volvió aplausos y ellos me veían riéndose a carcajadas.

Pero allí estaba el Paflagonio. Y vio con sospecha lo que estaba yo diciendo. Y con labiosas palabras dijo al Senado: Es bueno, señores míos, que con ocasión de esta buena noticia que se nos ha dado, inmolemos cien bueyes a la diosa.

Todos aprobaron su proposición. Pero yo no me di por vencido. Por

mi parte propuse que se inmolaran a Artemis Cazadora aun mil cabras y a Atenea doscientos bueyes, si amanece las sardinas vendiéndose a un óbolo el ciento. Todo el Senado me hizo una reverencia.

Y cuando aquel oyó esto, comenzó a decir mil tonteras. Pero los jueces del tribunal y los arqueros hicieron de él buena cuenta. Lo iban sacando, mientras ellos discutían el asunto de las anchoas.

E insistía él suplicante: Oiganme—decía— el mensaje de un enviado de los de Lacedemonia que viene a pactar la paz.

Los senadores gritaron: —¿Otra paz? —¡Que tonto eres! ¿No ves que están ahora tan baratas las anchoas? ¡Nada de tregua, que la guerra siga!

Y los pritáneos decidieron levantar la sesión. Entonces se lanzaron muchos brincando las barreras. Pero yo les gané en velocidad. Corrí con todas mis fuerzas al mercado para comprar cuanto culantro y porro hubiera y lo repartí gratis para que sazonaran sus anchoas.

Ellos me daban vítores, me colmaban de alabanzas... ¡y me gané al Senado por un óbolo de culantro! Aquí estoy ya.

CORO: ANTISTROFA.—¡El favorito de la fortuna todo has logrado! Ese bribón se ha hallado con la horma de su zapato. Eres más listo que él, más lleno de marrullerías y más astuto. ¡Sigue, sigue en la contienda, no decaigas en la lucha, que somos todos auxiliares tuyos!

Llega Paflagonio bufando de coraje.

AGORÁCrito.—¡Véanlo allí: viene echando rayos y centellas, como oleaje enfurecido que intenta tragarme a mí! ¡Fuy y fuy, qué atrevimiento!

PAFLAGONIO.—Si yo no acabo contigo, por pocas mañas que me quedan, yo mismo me haré pedazos.

AGORÁCrito.—Mucho me alegran tus amenazas, y me río de tus echaditas. Me pongo a bailar un tango y

grito con toda boca: ¡Upa y upa y upa y upa!

PAFLAGONIO.—¡Si no te trago... maldito, por Démeter que no vivo!

AGORÁCrito.—¿Y yo? Si de un trago no te engullo, reviente de medio a medio. ¡Tú quieres tragarme a mí!

PAFLAGONIO.—Te mato y bien te lo digo por el premio que en Pilos recibí.

AGORÁCrito.—¡Este ya me saca el premio! Primer asiento en el teatro. Ya te veré cuando bajes al nivel de los mirones.

PAFLAGONIO.—Te lo juro por los cielos: al cepo vas a dar tú.

AGORÁCrito.—¡De veras que eres muy listo! ¿Qué te sirvo de comer? ¿Qué te gustaría comer? ¿Una bolsa de dinero?

PAFLAGONIO.—Con mis mismísimas uñas voy a arrancarte las tripas.

AGORÁCrito.—Y yo te saco también con mis uñas todo lo que te has tragado en el Pritáneo.

PAFLAGONIO.—Te llevaré al tribunal para que des la debida reparación.

AGORÁCrito. — Yo también... ¿por qué no? Y te echaré en cara tus grandes fraudes.

PAFLAGONIO. — ¡Malvado! ¿quién te ha de creer? Me burlo de ellos cuando quiero.

AGORÁCrito. — ¡Mucho piensas que el pueblo es tuyo!

PAFLAGONIO.—Lo tengo, bien conocido y sé cómo lo atraganta uno.

AGORÁCrito.—¡Sí, claro, cual las nodrizas, y luego lo alimentas mal. Masticas el alimento y les das una bicoca en la boca y todo lo demás te lo engulles, nada más tres veces el tanto!

PAFLAGONIO.—¡Por Zeus, como yo soy listo, puedo hacer largo o corto al pueblo!

AGORÁCrito.—¡Eso mis nalgas lo hacen!

PAFLAGONIO.—No, amiguito, no te jactes de haberme vencido en el Senado, usando de tus dicterios. Vamos al pueblo reunido.

AGORÁCrito.—Nada lo impide, mira. Vamos y ve caminando. Nadie detenernos puede.

Se dirigen a la casa de Demos

PAFLAGONIO. (*Tocando*)—Demos, Demos, ven acá.

AGORÁCrito. — ¡Anda, papacito, ven... Demos, por Zeus, mi querido!

PAFLAGONIO.—¡Sal, para que veas en qué forma me están llenando de injurias!

Demos aparece en su puerta.

DEMOS.—¿Quiénes son esos gritones? ¡Lárguense de mi puerta! ¡Hasta mi rama de olivo han echado por tierra! ¿Qué te pasa, Paflagonio, quién te molesta ahora?

PAFLAGONIO.—Por tu culpa me apalean... este hombre y esos muchachos.

DEMOS.—¿Eso por qué?

PAFLAGONIO.—Porque yo te quiero, Demos, y soy tu amante yo.

DEMOS. (*A Agorácrito.*) — ¿Tú quién eres? ¡Por favor!

AGORÁCrito. — Soy su rival en amores. Hace tanto tiempo te amo y otros como yo también y todos queremos hacerte beneficios. Esos son buenos y honrados. Pero éste nos lo impide. Y tú pareces un joto a quien buscan sus amantes: desdena al que vale algo y tiene alta posición, y se va con el vende linternas, o zapatos, o correas, o con un simple curtidor.

PAFLAGONIO.—¡Bien sirvo a Demos yo!

AGORÁCrito.—¿Y qué haces para servirlo? Ve diciendo.

PAFLAGONIO.—¿Qué? Vas a ver. Los generales andaban desconcertados en Pilos y yo fui y me traje a todos los prisioneros lacedemonios.

AGORÁCrito.—Pues yo lo hice mejor. Al salir de mi puesto andaba dando la vuelta y me arrebaté una olla que otro había puesto a cocer.

PAFLAGONIO.—Vamos, Demos, lla-

ma a junta y en ella verás a quién quiere más de los dos, para que tú decidas. Ese tu amante será.

AGORÁCrito.—¡Sí, sí, da tu fallo... pero que no sea en el Pnix!

DEMOS.—Yo no puedo sentarme en otro sitio. Pero vamos. Adelante, al Pnix todos.

AGORÁCrito.—Malhaya, infeliz de mí... Este viejo es muy sensato, cuando se encuentra en su casa... pero si se sienta en esa piedra de la plaza de asambleas, se queda con tamaña boca, como el que secando higos, se queda con los palitos.

SEMICORO I: ESTROFA.—Ahora es tiempo, choricero, de que sueltes a tu nave los amarres que ahora tenga y te lances a la lucha y con palabras que vencen hagas papilla a éste. Es fantasioso y falaz, este hombre del diablo, y halla siempre fácil modo de salir de sus aprietos.

Por lo mismo, ponte en guardia y cuando él atacarte quiera, dale en forma que domines.

CORIFE0.—Pero bien listo, antes que él te ataque, toma la delantera, alza en tu barca los delfines y lánzate con valor.

PAFLAGONIO.—A la gran señora Atena que rige nuestra ciudad yo elevo esta plegaria: Si para el pueblo de Atenas he sido yo el más abnegado, después de Lisicla y Cina y Salabaco, que pueda sin hacer nada vivir a costa del pueblo comiendo allí en el Pritáneo. Pero, si te he mal mirado, si por ti no he combatido, que perezca yo aserrado y hagan correas mi pellejo.

AGORÁCrito.—Y yo por mi parte, Demos, si no te he mostrado mi amor, y por ti no me he afanado, que me hagan trizas y me guisen en salpicón. Y si no crees mis palabras, que en esta mesa me rayen y me rocíen con queso y me lleven a vender en los puestos del Cerámico.

PAFLAGONIO. — ¡Ay, Demos... ¿cómo ha de haber quien te quiera más que yo? ¿Hay un ciudadano así? Cuando fui de tu senado te pro-

duje grandes sumas, atormentando a éstos y ahorcando a los otros. Era una obsesión la mía y no miraba personas, con tal de darte a ti gusto.

AGORÁCrito.—Eso nada significa, Demos, eso mismo lo haré yo. Me habré de robar los panes a otros para dártelos a ti. Ese no te quiere a ti ni te está adherido amante, y lo voy a demostrar, pues sólo quiere el calor de tu cariño. ¿Qué cuidado tiene éste de ti, que contra los Medos blandiste la espada y en Maratón y lograste una victoria que todos están celebrando, pues nada hace para evitar que en estas duras piedras te sientes? Mírame a mí: te mandé hacer este cojín y te lo traigo aquí para que en él reposen suavemente tus nalgas que fueron a llevar el remo empujando a Salamina.

DEMOS. (*Se sienta en su cojín.*)—¿Quién eres tú, hombre? ¿No serás de la casa de aquellos Harmodios? De veras qué gran regalo, y sí eres amigo de Demos.

PAFLAGONIO. — ¡Como con tan mezquinas zalamerías te estás mostrando con él benévolo!

AGORÁCrito.—¡Más mezquino será el cebo con que tú lo atrapaste!

PAFLAGONIO. — Si hubo hombre acaso más dedicado al pueblo y más amante de ti, como lo he sido yo, me corto la cabeza.

AGORÁCrito.—¿Cómo es que lo amas... cuando lo has visto que habitaba en míseros tugurios, nido de vampiros, o en casas derruidas, por espacio de siete años y nunca le tuviste lástima? Lo metiste allí y luego lo abandonaste. Y cuando vino Arquptolemo a proponer la paz, la echaste por la ventana y a los embajadores lo echaste fuera a puntapiés en el trasero, a la hora en que venían a pactarla.

PAFLAGONIO. — Es porque debe mandar a todos los griegos. Está en los oráculos que un día ha de llegar a ser heliasta en Arcadia, con sus cinco óbolos en mano, si permanece en el puesto. De todos modos, yo lo alimentaré y tendré cui-

dado de él y procuraré, por la buena o por la mala, que tenga sus tres óbolos.

AGORÁCrito.—¡Por Zeus, que no es para que gobierne en Arcadia! Nada te importa eso. Lo que tú quieres es tener modo de que te robes a la gente y recibas tus regalitos de las ciudades y que Demos, con la guerra encima, y su ira ante tus trampas de malvado, se vea obligado a consecuentar por la necesidad de su salario y a estar contigo en todo.

Pero si llega un día en que, al regresar del campo, pase en paz la aldea, comiendo su cebada tierna y hablando bien de sus aceitunas, se dará cuenta de los bienes de que le privabas tú, con el pretexto del salario de guerra. Entonces verás cómo viene contra ti todo él un salvaje a echarte piedras encima. Y bien sabido lo tienes, por eso lo estás embaucando y mareando con ilusiones.

PAFLAGONIO.—¡Con que eso hablas, eso dices! Con eso me estás difamando, ante los atenienses y ante Demos. Por Démeter, que he hecho yo más bien a Atenas que Temístocles. ¡A esta ciudad hasta hoy día!

AGORÁCrito. — “Ciudadanos de Argos, oíd lo que él os dice.”

Tú te estás igualando a Temístocles. Ese repletó la ciudad de bienes. Y eso que estaba en la miseria. Y le agregó para desayunarse nada menos que el Pireo, y sin quitarles sus pescados de uso, les agregó otros nuevos.

¿Tú qué has hecho? Has hecho de Atenas una villa de los campos. Murallas por aquí y murallas por allá. Y un montón de oráculos que nos estás inventando. ¡Tu parecido a Temístocles! ¡A él lo echaron de esta tierra, tú comes tortas de aquellas que comía Aquiles!

PAFLAGONIO.—¡Oh, Demos, ya no lo aguanto... estar oyendo estas ofensas y sólo porque te quiero?

DEMOS. — ¡Calle, éste, y nada de dicterios, ni majaderías! ¡Ha tiempo que me di cuenta de que me

estás embaucando y haciéndome tu juguete!

AGORÁCrito.—Es un picarón de marca, Demitos mío, es el que hace mil trampas.

Mientras tú te alejas y das la vuelta, él se aprovecha y hace negocio. Busca a los que pagan al fisco y los traga como se traga el tronco de una col. Y mete sus manos a puño abierto en las cajas mismas del tesoro público.

PAFLAGONIO.—No te alegrarás más tarde, pues te voy a demostrar que tú robaste treinta mil dracmas al fisco.

AGORÁCrito.—¡Tú das patadas de ahogado y abrazas el ancho del remo, siendo como eres el más refinado bribón en los bienes de los atenienses! Y, por Démeter lo juro, yo te sacaré a la cara o que me muera yo luego — que de Mitiline has recibido... unas cuarenta minas, o pudiera ser que más...

SEMICORO I: ANTISTROFA.—¡Entre todos los mortales te muestras como un gran bienhechor! Me da envidia tu facilidad de hablar.

Si sigues hablando así serás el más grande de los griegos y tú solo mandarás en esta ciudad y también en los aliados llevando en la mano el tridente y sacarás buen dinero, si todo revuelves y trastornas.

CORIFEo.—Mas no dejes a este hombre, pues ha quedado rendido. Tú darás cuenta de él, con esos lomos que tienes.

PAFLAGONIO.—No, mis amigos, por Poseidón que no ha llegado la hora. Tengo a mi favor un hecho con que tapo la boca a todos mis enemigos. Mientras duren los escudos que se tomaron en Pilos, otra cosa quedará.

AGORÁCrito.—Quédate allí en los escudos. Muy buena prenda me diste para poder aferrarte. Porque, si amas a Demos, nunca debiste por precaución permitir que fueran colgados con sus embrazaderas.

Esto es, Demos, una treta, para que en caso de intentar tú darle

castigo a este hombre, te lo estorbaría él. Mira, mira qué parvada de curtidores jóvenes lo vienen siguiendo, y junto a ellos, los que venden miel y los que venden queso... ¡Basta que uno dé el grito de rebeldía y todos lo secundan, de modo que tú te pones a gruñir o te lanzan al destierro con el voto de la conchita. Y ellos en una sola noche se harían dueños del almacén y se apoderarían de nuestros graneros.

DEMOS.—¡Ay infeliz de mí!... ¿de modo que aun tienen los escudos sus embrazaderas? (*Volviéndose a Paflagonio*).—¡Maldito, que tanto tiempo ha que vienes dándome treguas a mi fortuna!

PAFLAGONIO.—¡Malvado no digas eso... no hables sólo por hablar! ¿Crees tú que podrás hallar amigo mejor que yo? Yo sólo he sofocado todas las conspiraciones y estoy con oreja atenta a cuanto pasa en la ciudad y si veo conatos de rebelión, al momento los sofoco, aunque sea a puros gritos.

AGORÁCrito.—¡Tú sí que te pareces a los que pescan anguilas! Si el remanso del mar está en calma, nada pueden pescar, pero si hacen que se revuelva de arriba a abajo, entonces sí que hacen buena pesca! Tú sacas tu buen provecho cuando la ciudad revuelves.

Pero, respóndeme ahora a esta sola pregunta: Tú te dedicas a vender cueros y ¿le has dado a Demos una mala media suela para remendar sus zapatos? ¡Y eso que lo quieres tanto!

DEMOS.—¡Por Apolo, nunca lo hizo!

AGORÁCrito.—¿Lo vas conociendo al fin? ¿De modo que te das cuenta? Mira, yo sí te compré este par de zapatitos que ahora te pongo delante.

DEMOS.—Tú sí que mereces ser visto como el mejor amigo de Demos, y tan amigo de la ciudad como de los dedos de mis pies.

PAFLAGONIO.—¡Tremenda cosa es ésta... te basta un par de zapatos

para que quieras a éste y a mí que tantos servicios he hecho en favor tuyo, me desdeñes? Yo que he procurado sanear la ciudad de maldades reprimiendo al señor Uñas-Ne-gras y borrándolo de la lista de los ciudadanos.

AGORÁCrito.—¿Y no será cosa tremenda que andes inspeccionando traseros y te jactes de reprimir la prostitución? Y eso lo hiciste por envidia, no vaya a ser que los pervertidos resultaran oradores. Y a Demos... ¿qué? Lo viste sin túnica a sus años y nunca se te ocurrió darle una de mangas largas, con todo el rigor de invierno encima. Y mira, Demos, ahora yo te hago el regalo de ésta. (*Le entrega una túnica.*)

DEMOS.—¡En cosa igual ni Temístocles pensó! ¡Claro, el Pireo vale mucho, pero para mí es mejor esta túnica!

PAFLAGONIO.—¡Desdichado que soy yo! ¡Con qué monerías me estás abusando!

AGORÁCrito.—No, señor, soy como el que está bebiendo y de repente siente urgencia... toma los zapatos que puede... eso hago yo: tomo tus procedimientos. Es como si hiciera yo chorizos...

PAFLAGONIO.—En trampas tú no me ganas... Vas a ver: le doy mi manto. (*Se quita el manto y lo pone a Demos.*) ¡Y ahora muérete de rabia!

DEMOS.—¡Vete al diablo... huele a cuero!

AGORÁCrito.—¿Ves para qué te lo da? ¡Quiere con él asfixiarte! Ya primero lo intentó. ¿No recuerdas esa hierba que se vendía tan barata? Era el silfio que sofoca.

DEMOS.—¡Claro que me acuerdo, sí!

AGORÁCrito.—Por eso la puso tan barata, para que todos la comieran y luego en la sesión heliastas unos a otros se mataran a pedos.

DEMOS.—¡Por Poseidón, ya hubo uno de Copros que me dijo eso mismo!

AGORÁCrito.—¿Será por esta causa que están ustedes tan rojos?

DEMOS.—¡Eso es digno de Pirrandro, el rojillo de esos tiempos!

PAFLAGONIO.—¡Con esas payasadas quieres tú salir triunfante contra mí!

AGORÁCrito.—Es que una deidad me ordena vencerte con payasadas.

PAFLAGONIO.—Pero no habrás de vencer. Yo te prometo, oh Demos, que te daré tu sustento, sin que tengas que ganarlo.

AGORÁCrito.—Pero, Demos, yo te ofrezco un botecito de ungüento para que te frotes las piernas laceradas.

PAFLAGONIO.—Yo, quitándote las canas, te haré un joven reluciente.

AGORÁCrito.—Toma esta cola de liebre y limpia esos tus ojitos.

PAFLAGONIO.—Cuando te hayas sonado las narices, oh Demos, limpia tus dedos en mis cabellos.

AGORÁCrito.—¡En los míos, por favor!

PAFLAGONIO.—¡En los míos... yo haré que te designen trierarca! tendrás que ir con una nave, a cuenta de tu bolsillo, y harás gastos abundantes. Te daré una nave vieja que todo el tiempo estará pidiendo reparaciones. Y para mayor agravio, te daré una vela carcomida por el viento.

AGORÁCrito.—¡En qué vino a parar éste...! ¡Echa, echa y echa más...! ¡Que retiren los tizones, porque este pobre va a arder!

PAFLAGONIO.—¡Tú me las pagarás juntas y muy rendida la cuenta! Te pongo en el censo de los ricos y no tendrás para pagar los impuestos!

AGORÁCrito.—Yo no, no echaré amenazas; solamente un deseo expongo. Es que cuando esté la sartén sobre el fuego, con sus calamares en fritanga, si logras que hablando de los milesios te admitan tu petición, no puedas al mismo tiempo freír bien tus calamares y andar en esa asamblea alcanzando algunos triunfos. Y cuando llegas a

comer y viene un impertinente, a buscar tu decisión, por atenderlo a él, te atragantes y te ahogues con tus calamares.

CORIFEO.—¡Por Zeus, por Apolo y por Démeter!

DEMOS.—Eso mismo pienso yo. Es buen ciudadano, claro. Así me parece a mí. Un hombre muy bien educado en la moda de la ciudad, pero no se había dado a conocer. No es de los que se compran con un óbolo.

Y ahora pues, Paflagonio, ya le colmaste el plato; echa para acá mi anillo: ya no serás mi tesoro.

PAFLAGONIO.—Tenlo aquí. Pero si ya no quieres que yo administre tus bienes, sábetelo muy bien que vendrá otro peor que yo.

DEMOS. — ¡Quién sabe si este anillo será mío! Tiene marca muy diferente. O, ¿es que ya no veo yo bien?

AGORÁCrito.—¡Vaya! ¿y cuál era la marca?

DEMOS.—Una plasta de grasa bien cocida, en hoja de higuera.

AGORÁCrito.—Eso no está aquí.

DEMOS.—¿Ni la hoja? ¿Qué hay pues?

AGORÁCrito.—Marino cuervo boquiabierto, que desde una piedra pe-
rora.

DEMOS.—¡Infeliz de mí!

AGORÁCrito.—¿Qué hay?

DEMOS.—¡Lejos échalo: ese anillo no es mío... es de Cleónimo! Toma este otro; serás mi ecónomo.

PAFLAGONIO.—¡Aún no, patrón, aún no, yo te lo ruego! Oye antes mis oráculos.

AGORÁCrito.—¡Y ahora también los míos!

PAFLAGONIO.—Si le das crédito, te volverás un cuero viejo.

AGORÁCrito.—Y si le crees a él, te harás un cuero que se retuerce hasta las ingles.

PAFLAGONIO.—Mis oráculos dicen que regirás la tierra coronado de rosas.

AGORÁCrito.—¡Dicen mejor los

míos: tú vas a ir sentado en el carro que guía una cuadriga y vestido de púrpura, con tu guirnalda en la cabeza, a perseguir a Esmicita, con su dueño y señor que la sujeta... por detrás...!

DEMOS.—Anda, tú, trae los oráculos para que el Paflagonio los oiga.

AGORÁCrito.—Con mucho gusto.

DEMOS. (*A Paflagonio.*) — Y tú trae los tuyos.

PAFLAGONIO.—Aquí están.

AGORÁCrito.—Y, por Zeus, aquí estoy yo. ¿Qué se opone?

Salen los dos por diferentes lados.

CORO: ESTROFA.—¡Qué dulce será la luz para los que esta ciudad habitan y también para los que tienen esperanza de venir a visitarla, si este Cleonte se arruina!

Pero yo oí en el mercado popular de los procesos, de boca de viejos maduros, que si éste no hubiera llegado a ser tan fuerte como es ahora, hubiera hecho falta un par de implementos: un mortero que triturara y una cuchara que espuma.

ANTISTROFA.—Yo de otra cosa me admiro: tuvo educación de puerco. Me cuentan sus compañeros de escuela que nunca pudo templar la lira, si no era al modo dórico, y por nada de este mundo quiso aprender otro modo. Y el maestro se enojó y lo despachó, diciendo: Este lo que no sea dórico, nada podrá recibir: es para recibir siempre un afamado estudiante.

Llega Agorácrito con un bulto de papeles.

PAFLAGONIO.—Aquí están, y no los traje todos.

Llega Agorácrito con un bulto más grande.

AGORÁCrito. — ¡Yo no puedo más... y no los traigo todos!

DEMOS.—¿Esto qué es?

PAFLAGONIO.—Son oráculos.

DEMOS.—¿Todo?

PAFLAGONIO.—Te admira, ¿eh? Y por Zeus que aun tengo un cajón de esto.

AGORÁCrito.—Pero yo tengo un eucitril de la casa repleto de ellos.

DEMOS.—Vamos... ¿tus oráculos de quién son?

PAFLAGONIO.—De Bacis son los míos.

DEMOS.—Y los tuyos, ¿de quién?

AGORÁCrito.—Son de Glanis, hermano mayor de Bacis.

DEMOS. — ¿De qué hablan esos textos?

PAFLAGONIO.—¡Ah de Atenas, de Pilos, de ti, de mí, de las cosas todas!

DEMOS. (*A Agorácrito.*)—Y, los tuyos, ¿de qué hablan?

AGORÁCrito.—De Atenas, de pasta de lentejas, de los lacedemonios, de los boquerones fritos, de los que venden fraudulentamente la harina en el mercado, de ti, de mí...

(*Vuelve a Paflagonio.*) — ¡Y tú, ahora... chúpamela!

DEMOS.—Vaya, pues. Leánme sin dejar aparte lo que a mí me toca y que me dé placer, como eso de que seré un águila que se cierne en las nubes.

PAFLAGONIO.—Voy allá. Atención. Pon cuidado a mis palabras.

Abre un libro y comienza a leer.

Hijo de Erecteo, ten atención al oráculo.

Lo dijo Apolo en su santuario mediante oráculos, desde la trípode que todo el mundo venera, y dice esto:

Guarda bien al perro sacro, de dientes bien afilados, el que está siempre ladrando en tu defensa, y te cuida, para lograr tu salario.

Y si tú no cuidas de él, el perro sucumbirá.

Ya andan allí muchos zopilotes en busca de presa.

DEMOS.—Por Démeter, no lo entiendo... ¿Ese oráculo qué contiene? Se habla en él del Erecteo y de un perro y muchos buitres.

PAFLAGONIO.—Ese perro soy yo mismo. Estoy ladrando por ti y te dice Febo que cuides bien de tu perro.

AGORÁCrito.—¡Eso no dice el oráculo! Este es el perro. Y no falla para hacer un buen cocido. Pero se traga tu oráculo. Pero yo sé que hay que hacer acerca de este perriño.

DEMOS.—Habla ahora. Pero antes, voy a tomar una piedra, no vaya a ser que este perro me llegue a morder... la parte.

AGORÁCrito. (*Lee con gran énfasis.*)—"Hijo del gran Erecteo, ten cuidado del Cerbero, el que gusta de hacer esclavos. Mientras tú estás comiendo, no deja de mover la cola, pero siempre está esperando el momento en que te duermas, o bosteces, o te adormezcas para robarte tu plato. Está que se las pela por todo lo que tú comes y, como perrito que es, por la noche lame el plato y... también lame las islas."

DEMOS.—¡Oh, Poseidón, qué bien va esto! ¡Va por el vidente Glanis!

PAFLAGONIO.—Oh tú, por favor, ahora oye los que yo te lea.

"Habrá una mujer en Atenas, que dará a luz un cachorrillo de león.

El luchará por su pueblo como si fueran sus hijos, contra todos los moscardones. Y para poder vencer, hará una muralla de madera y con torres de metal..."

¿Entiendes lo que esto dice?

DEMOS.—Por Apolo, no y no.

PAFLAGONIO.—Dice el dios con voz muy clara, que me conserves a mí, que soy cachorro de león.

DEMOS.—¿Cómo te volviste león, sin que yo me diera cuenta?

AGORÁCrito.—Se calla un punto en este oráculo. Hay algo que el dios dice. Loxias dice que te guardes en muro de piedra y hierro.

DEMOS.—¿Eso el dios quiso decir?

AGORÁCrito.—Es que a ese que estás mirando debes ponerlo en su cepo, bien aferrado a sus cinco agujeros.

DEMOS.—Si así vamos, el oráculo está ya bien cumplido.

PAFLAGONIO.—No lo oigas: es la envidia que hace graznar las cornejas. Gusta mejor del halcón que te trajo bien cebados peces de Lacedemonia.

AGORÁCrito. — Eso afrontó el Paflagonio cuando se hallaba ebrio, hijo de Cécrope. ¿Eso crees que vale mucho? Una mujer, bien lo sabes, puede llevar una carga, si es que se la mete el hombre. ¿Ir a la guerra? ¡Eso no! Si se pone a hacer la guerra, viene dar su cuerpo al suelo.

PAFLAGONIO.—Pero esto dice ahora: Esta Pilos ante Pilos. El oráculo lo dice: Pilos ante Pilos.

DEMOS.—¿Ante Pilos? Eso, ¿qué es?

AGORÁCrito.—Pilos en que se bañan y se adueña de las pilas.

DEMOS.—¿Entonces hoy no me baño?

AGORÁCrito.—No señor, que se robaron todas las pilas... Pero ahora viene otro oráculo. Se refiere a la marina y te pide la atención.

DEMOS.—Velo diciendo, pero antes dime cómo podré pagar a los marinos.

AGORÁCrito. (*Lee.*) — “¡Hijo de Egeo, ten cuidado de que no te muerda el perro coyote. Ese de pérfidos dientes, ese de rápidos pasos; un bandido bien repleto de toda clase de mañas.”

Ya podrás saber quién es.

DEMOS.—Ese perro coyote es Filóstrato.

AGORÁCrito.—Eso no dice. Dice que las naves rápidas que éste está pidiendo siempre para ir a sacar tributo, te impide Loxias que las concedas.

DEMOS. — ¿Qué semejanza tiene un perro coyote y una trirreme?

AGORÁCrito.—¡Tanto corre el perro coyote como corre la trirreme!

DEMOS.—¿De dónde agregar al coyote con el perro?

AGORÁCrito.—Los soldados son como los coyotes perros, que se roban las uvas tiernas, entrando en tierras vedadas.

DEMOS.—Vaya. Pero, ¿cómo pagar ahora el sueldo de estos perros coyotes?

AGORÁCrito.—Eso te lo daré yo en término de tres días. Pero sigue oyendo:

“Oh, el hijo de Latona te manda que guardes bien tu persona de las trampas de Cilene...”

DEMOS.—¿De Cilene? ¿Cuál Cilene?

AGORÁCrito.—¡Bah, es la mano de este hombre que siempre la está extendiendo y dice: Aquí ciles, aquí ciles...! Espera que den dinero.

PAFLAGONIO.—Estás en un error. Esa mano de Cilene es la mano de Diopito.

Pero tengo aún un oráculo. Oye-melo por favor.

Serás glorioso y reinarás en todo el mundo.

AGORÁCrito.—Y tengo también el mío:

Serás el rey de la tierra y aun del mar, Eritreo, harás justicia en Ecbatana y comerás tus pasteles con sal.

Yo me complazco en tomar mi papilla cada día y me gusta sostener a un ladrón como intendente. Y cuando ya está gordito, me lo echo al plato.

CORO: ANTISTROFA.—Haces muy bien, si estás bien inspirado; sabia conducta es: tú los engordas, cual si fueran víctimas votivas para ofrendarlas en Pnix. Y cuando ya no hallas algo que comerte, escoges la más gorda y te haces tu comida.

DEMOS.—Mírenme a mí. Si es que en verdad me arrojo para atraparlos, a esos mismos que se creen muy listos y se jactan de hacerme tonto.

No ceso de mirarlos en todo tiem-

po cuando andan robando. Después yo los obligo a que vomiten cuanto han allegado en mala forma. Y el gancho que lo saca es que se pone al hacer el escrutinio de la urna.

Salen Agorácrito y Paflagonio, cada uno con un cesto que colocan cercanos a Demos uno al lado de otro.

PAFLAGONIO. (*A Agorácrito.*) — ¡Sácate de aquí, al demonio!

AGORÁCrito. — ¡Y tú lárgate, bribón!

PAFLAGONIO. — Demos, preparado estoy de mucho tiempo atrás, lleno de voluntad para servirte.

AGORÁCrito. — Pero yo hace diez veces más tiempo, doce veces más y mil veces más que estoy en eso, por tiempo infinito, viejo, viejo, viejo, viejo.

DEMOS. — Pues yo hace treinta mil tiempos que estoy en espera y estoy asqueado de ustedes y por tiempos, tiempos, tiempos.

AGORÁCrito. (*A Demos.*) — ¿Sabes tú qué habrás de hacer?

DEMOS. — Lo sabré, si me lo dices.

PAFLAGONIO. — Pero también yo vi un sueño. Y estaba la misma diosa que sobre Demos vertía plena salud y riquezas.

AGORÁCrito. — ¡Por Zeus, yo también vi en sueños a la diosa! Salió de la misma Acrópolis y llevaba su lechuga encima de los cabellos, y derramaba después sobre las dos cabezas: a ti de ambrosía; al otro, de salsa amarga.

DEMOS. — ¡Ah, ah, nadie más sabio que Glanis! Desde hoy me entrego a ti, para que cuides mi vejez y me reeduques.

PAFLAGONIO. — ¡Oyeme aun, por favor! Yo te daré tu cebada y tu sustento cada día.

DEMOS. — ¡Ya no soporto que me hablen de granos... muchas veces he sido engañado por ti y por Teúfano!

PAFLAGONIO. — Pero yo te daré harina ya toda bien preparada.

AGORÁCrito. — Y yo te daré galletas bien hechas ya cocidas y tus manjares dispuestos. Nada más habrá que comerlos.

DEMOS. — Pronto, a cumplir lo prometido y el que primero me trate bien, se ha de quedar al frente del Pnix.

PAFLAGONIO. — Ese primero soy yo... (*Se mete.*)

AGORÁCrito. — ¡No por cierto, yo seré! (*Se mete.*)

CORO: ESTROFA. — ¡Demos, tu poder es bueno: todo el mundo te venera como si fueras un rey! Pero es fácil manejarte, llevándote como a un niño. ¡Te gusta que te adulen y que te hagan el tonto! Cada orador con su boca suelta te embauca. Y aunque tengas alma en tu almarío, anda vagando por quién sabe dónde.

DEMOS. — ¡Debajo de esas cabellos nada de cerebro hay! Piensan que yo me hago el tonto, o que no comprendo las cosas: lo que pasa es que yo voy al par del que maneja y me hago el zorro para seguirlo.

AGORÁCrito. — Deja que apostemos una carrera éste y yo. Con eso comprobaremos quién es tu mejor partidario.

DEMOS. — Hay que hacerlo. ¡A correr!

Se colocan los dos como en el estadio para empezar la carrera.

AMBOS. — ¡Listos!

DEMOS. — ¡A correr!

AGORÁCrito. (*A Paflagonio.*) — ¡Cuidado con aventajarme!

DEMOS. — Grandemente seré feliz este día, de parte de estos amantes, si no soy tan exigente.

PAFLAGONIO. — Ves como soy el primero en ofrecerte una silla...

AGORÁCrito. — Y yo te pongo una mesa y soy antes que el primero.

PAFLAGONIO. — Mira, yo te ofrezco esta torta hecha del grano de Pilos.

AGORÁCrito. — Yo, a mi vez, te ofrezco tartaletas que preparó la marfilina mano de la diosa.

DEMOS.—¡Qué largo tienes el dedo, oh reina!

PAFLAGONIO.—Pero yo te brindo un puré de chicharo, de bello color y deleitoso aroma. Palas, la que peleó en Pilos, lo preparó con su mano.

AGORÁCrito.—Oh Demos, la diosa está vigilante por tu vida. Aquí tienes esta olla llena de consomé rico.

DEMOS.—¿Crees que siga perdiendo esta ciudad; si no se digna la diosa tender la olla sobre nosotros?

PAFLAGONIO.—Ahora bien un buen filete de pescado que te da la que ha sido llamada Espanto de los ejércitos.

AGORÁCrito.—La hija del omnipotente te ofrece ahora la carne bien recocida en su jugo, con su contorno de tripas, callos e intestinos.

DEMOS.—Eso lo hizo muy bien recordando su propio peplo.

PAFLAGONIO.—La diosa de largo morrión de Gorgona te envía esta larga torta para que alargues también los remos.

AGORÁCrito.—Y ahora recibe también esto.

DEMOS.—Y, ¿qué hago con estas tripas?

AGORÁCrito.—De intento las envía Atena para que con ellas guardaciones en su interior bien las navas. Ella, que ha velado siempre por el bienestar de la flota. Y ahora bebe esta copita, de tres por dos. (*Le da el vaso de tres partes de vino y dos de agua.*)

DEMOS. (*Después de beber.*) — ¡Qué suave, o Zeus, y que tres lleva tan buenas!

AGORÁCrito.—La gran Tritogenia fue la que fijó las tres partes.

PAFLAGONIO.—Anda, toma una cuarta parte de la torta que te ofrezco.

AGORÁCrito.—Y yo te doy toda la tartaleta, bien jugosa, como ves.

PAFLAGONIO.—Tómate ahora esta liebre. (*A Agorácrito*): Y, tú, ¿dónde tienes liebre?

AGORÁCrito.—¡Liebre..., liebre yo...! y, ¿cómo? ¡Oh, alma, mía, inspírame un remedio!

PAFLAGONIO.—Mírala bien, desgraciado.

AGORÁCrito.—Poco me importa... ¡Ah, pero mira ese grupo... vienen a buscarme a mí, y son embajadores con bolsas llenas de plata!

PAFLAGONIO.—¿Dónde están, dónde están?

AGORÁCrito.—Y a ti, ¿qué? Déjalos llegar en paz. (*Entre tanto quita la liebre de la mesa en que la puso Paflagonio y la ofrece a Demos*): Demos mío, ten aquí esta liebre que te ofrezco.

PAFLAGONIO.—¡Qué maldito, por engaño me robó mi don a mí!

AGORÁCrito.—Eso mismo es lo que hiciste con los presos allá en Pilos.

DEMOS.—Di, vendedor de chorizos, ¿de dónde te vino esa idea de hacerle este robo?

AGORÁCrito.—La idea es de la diosa, en tanto el robo, es mío. Yo me arriesgué a ganarla.

PAFLAGONIO.—Pero yo la cocí.

AGORÁCrito.—Vete ya. Este que sirve merece recompensa.

PAFLAGONIO.—¡Ay infeliz de mí, hay otro más sinvergüenza que yo!

AGORÁCrito.—Anda, decide, Demos: ¿quién te ha ayudado más de nosotros dos, y quién mejor a tu panza?

DEMOS.—¿En qué me baso ahora? ¿Quién de los dos tiene mejor apoyo, para que yo lo diga a los que están presentes?

AGORÁCrito.—Yo te lo voy a decir. Vete a ver mi canasta, calmadamente y sin hacer alarde, ve lo que tiene adentro. Y después examina la de Paflagonio. Y después de haber visto, tu fallo será justo.

DEMOS. (*Toma la canastilla de Agorácrito*).—Veré yo qué hay aquí.

AGORÁCrito.—¡No ves que está vacía: ya todo te lo di, oh papacito!

DEMOS.—¡Esa sí que es canasta popular!

AGORÁCrito.—Ven a ver ahora la cesta de Paflagonio. Mira...

DEMOS.—¡Ah misero de mí, de

cuántas cosas está llena! Ah, qué pastel tan grande y a mí... sólo me dio un pedacito. Todo se lo tragó él.

AGORÁCrito.—¿Ves cómo es? Se traga la mayor parte y a los demás les deja las sobras.

DEMOS.—¡Ah maldito! ¿y así me querías hacer guaje?

Y yo te estoy barriendo, como premio al turista.

PAFLAGONIO.—Si acaso yo he ro-
bado, fue en bien de la ciudad.

DEMOS.—¡Quítate la corona, y luego, se la pondré yo a éste!

AGORÁCrito.—¡Pronto esa corona, bribón!

PAFLAGONIO.—No por cierto, que hay un oráculo del dios Apolo que dice quién ha de ser mi vencedor.

AGORÁCrito.—Y ese oráculo dice abiertamente mi nombre y lo dice muy claro.

PAFLAGONIO.—Yo quiero alegando pruebas ver si él se refiere a ti. Veremos si corresponde a la realidad el oráculo. Ante todo te pregunto: ¿De niño, de qué maestro fuiste discípulo?

AGORÁCrito.—Me educaron a puñetes en todas las salchichonerías.

PAFLAGONIO.—¿Cómo dices? Me llega al alma ese oráculo. Pase. Y, ¿en qué palestra te formaste, con qué entrenador de niños?

AGORÁCrito.—Robando, jurando en vano y teniendo cara dura.

PAFLAGONIO.—¡Febo, numen de Licia!... ¿qué destino me has guardado? Y ahora dime, siendo hombre, ¿cuál ha sido tu oficio?

AGORÁCrito.—A vender mis chorritos y a hacerle al arroz con pote de cuando en cuando.

PAFLAGONIO.—¡Mísero y desdichado soy... nada me resta... queda leve esperanza donde vamos empujados!

Aun más, responde a esto: ¿dónde vendías los chorizos, en la plaza o en las puertas?

AGORÁCrito. — En las puertas, donde venden el pescado salado.

PAFLAGONIO.—¡Ay de mí... se ha cumplido el oráculo del dios!

“Llevad adentro al pobre infortunado.

Adiós, corona mía, te dejo sin quererlo:

vas a pasar a manos de otro dueño.

Es más ladrón que yo, pero con mayor fortuna.”

AGORÁCrito.—¡Oh helénico Zeus a ti se debe el triunfo!

DEMOS. — ¡Salve, salve vencedor... has llegado a ser un alto personaje, pero no olvides que yo te he ayudado. Un solo favor te pido. Que sea para ti yo un Fanos, que rige los procesos.

DEMOS.—Dime a mí por favor tu nombre.

AGORÁCrito.—Yo me llamo Agorácrito, porque en el ágora me nutrí en medio de los alegatos.

DEMOS.—Yo me entrego a Agorácrito y despacho al Paflagonio.

AGORÁCrito.—Y ahora, oh Demos, yo te cuidaré hermosamente, y tendrás que confesar que nadie ha habido que tanto se diera al amor de la ciudad de los badulaques.

Entran los tres a casa de Demos.

CORO: ESTROFA.—¿Qué puede haber más bello desde el principio al fin, que cantar a los que guían los rápidos corceles? Y cantar, sin herir los sentimientos de Lisitrato o de Teomantis, el hombre sin hogar. Este infeliz, hambriento siempre, oh Apolo soberano, va con fluyentes lágrimas a tu aljaba brillante que tú guardas en Pitia para huir las angustias de miseria.

Nada de odioso tiene censurar al malvado. Es un homenaje que se rinde al justo, si alguno piensa en regla. Si este hombre de quien van a oírse cosas muy duras y arduas, fuera bien conocido por sí mismo, no me atreviera yo a un amigo.

Si hay quien conozca a Arignotos, es que sabe distinguir el blanco del negro o el tono musical de los or-

tonios, de los demás modos. Y hay un hermano suyo que nada tiene de sus costumbres. Es Arifrades un pervertido en todo, como quien más pudiera serlo. Si fuera un depravado como tantos, nada dijera yo. Honradamente perverso ha ideado nuevos modos de su propia invención.

Cuando va a los burdeles, macula su lengua el infame lamiendo a todo dar y manchando su barba, dando guerra a los órganos ajenos. Y sabe hacer canciones como las hizo Polimnesto y se perece por imitar a Oinico. Y quien por este hombre no sienta horror profundo, no ha de beber jamás en mi misma copa.

ANTISTROFA.—Muchas veces en la noche me entretengo en meditar dónde y cómo hallará el tragón de Cleónimo con qué hartarse. Pues me contaron que un día fue a cenar con unos ricos: no lograban sacarlo del canastón del pan y tuvieron que decirle: Señor mío, por favor, se lo ruego ante sus rodillas abrazado, déjeme siquiera probar algo de mi mesa.

Dicen que un día se juntaron las trirremes en cabildo y que una, ya vejancona, pidió la palabra y dijo: —¿Qué saben ustedes, niñas, de lo que en la ciudad pasa? Dicen que hay un sujeto que está pidiendo cien de nosotras para ir a Cartago en una expedición. Es un tal Hipérbolo, a quien dan por sobrenombre Vino Torcido.

Eso pareció a las naves algo que no podría soportarse y entonces una joven, que ningún hombre había tocado, se puso a gritar así: ¡Ay, ay, ay... ése no me toca a mí... mejor que me coma la polilla o me hunda yo aquí mismo! ¡Ni a Nautante hija de Nauson tocó otra, por los dioses... menos a mí que estoy construida de buen pino y fina brea! Si aprueban ese intento los de Atenas, yo propongo que nos vayamos a refugiarnos al Teseo, yendo a velas desplegadas, allí o al templo de las diosas venerables. ¡Qué no vaya ese pelado a costa nuestra a dar ba-

talla a aquella ciudad! Que se vaya él solo al diablo, si ése es su gusto, y que se ponga a comer con aquellos a quienes vendía las linternas y luego los echaba al mar.

Sale Agorácrito muy bien ataviado y campanudamente habla.

¡Basta ya, silencio, señores. Boca quietas. Ya no hay audiencia de testigos, que cierran ya los tribunales, que son el gozo de esta ciudad, y ante esta nueva dicha, que canten su himno los que están en este teatro.

CORIFE0.—¡Oh fulgor de Atenas la sagrada y tutor de las islas que la atienden, ¿qué nueva grata nos aportas, ya que todas las calles humean en sacrificios?

AGORÁCRITO.—Ya volví a cocer a Demos y lo he dejado precioso.

CORIFE0.—Y ahora, ¿dónde está? Dilo, inventor de prodigios.

AGORÁCRITO.—De violetas coronado, habita en la antigua Atenas.

CORIFE0.—¿Puede verse? ¿cómo es? ¿Qué clase de hombre es ahora?

AGORÁCRITO.—Es igual al que comía con Milciades y Aristides. Viene ahora, lo veréis. Ya las puertas del Propileo suenan y van a abrirse. Ya sale Atenas antigua, llena de belleza que tanto cantaron los poetas y que es la mansión de Demos. ¡Vitores y aclamaciones!

CORIFE0.—¡Oh Atenas la grandiosa ceñida de violetas, a quien todos anhelan, muéstrate ya cual reina de toda esta región, de la Hélade unificada!

Sale Demos muy remozado y bellamente vestido.

AGORÁCRITO.—¡Es él que se deja ver con cigarras en los cabellos, con su antigua vestimenta, que se goza ya no en conchas de voto, sino en libaciones de paz. Todo él viene impregnado de mirra!

CORIFE0.—¡Salve, rey de los Griegos todos: contigo nos alegramos:

de la ciudad haces lo digno y del trofeo de Maratón.

DEMOS. (*A Agorácrito.*)—¡Oh el más amado de todos, ven acá, Agorácrito! ¡Oh qué bien tan grande hiciste poniéndome a reconocer!

AGORÁCrito.—¿Yo? Pero, mi amigo, ¿no te das cuenta de lo que hacías antes y qué eras? ¡Me vas a creer un dios!

DEMOS.—¿Qué era lo que yo hacía antes y qué clase de hombre era? ¡Dímelo por favor.

AGORÁCrito.—Primero, si en la reunión decía alguno: Demos, te amo, te quiero, tú eres mi único dueño y me encargo de tus dones, luego tú te levantabas y galleabas con tus alas y alzabas altos los cuernos, como si fueras un ciervo.

DEMOS.—¿Yo?

AGORÁCrito.—Y el otro se hacía turugo y se largaba después.

DEMOS. — ¿Qué estás diciendo? ¡Con que eso hacían conmigo y yo ni cuenta me daba?

AGORÁCrito.—Es que tus orejas eran como una sombrilla, por Zeus que sí. Se abrían muy anchas primero, pero luego se cerraban.

DEMOS.—¿Qué? ¿Estaba yo decadente o era un viejo chocho yo?

AGORÁCrito. — Mucho hay, por Zeus que sí. . . , si venían dos oradores y uno proponía equipar mejor las naves y el otro aumentar los sueldos de los que sirven al tribunal, luego triunfaba éste y el otro se iba con la cola entre las piernas. ¿Es o no? ¿Por qué te agachas? ¿Ves cómo no te aguantas?

DEMOS.—Ya lo ves, me sonrojo por mis pasados errores.

AGORÁCrito.—No es tuya la culpa, sino del que te engañaba. Y ahora, ve respondiendo: Si uno de los burlones del tribunal viene y te dice: No hay trigo para ustedes, los que están en el juicio, si no condenan a éste. . . ¿qué le dirías tú?

DEMOS.—A ése, lo alzo en el aire y lo arrojo hasta el Báratro. Pero antes le cuelgo al pescuezo al mismo Hipérbolo.

AGORÁCrito.—Muy bien va eso y hablas como gente de juicio. Y en lo demás, quiero verlo, ¿cómo va a ser tu política? Dímelo.

DEMOS.—Primero, a los que reman en las largas barcas les pagaré su salario completo, tan pronto como lleguen al puerto.

AGORÁCrito.—Muy bien va eso. Te muestras generoso con las nalgas fregadas.

DEMOS.—Después, ningún conscripto al alma podrá subir de grado, sino que en el que comenzó, allí que siga.

AGORÁCrito.—¡Qué golpe para el escudo de Cleónimo!

DEMOS.—Luego, ningún imberbe podrá hablar en el ágora.

AGORÁCrito.—¿Y Clístenes y Estratón qué harán entonces?

DEMOS.—Hablo de esos mequetrefes que van de tienda en tienda donde venden perfumes y comentan así: ¿Ah, verdad que Faíax es hombre de talento? ¡Nunca debiera morir! ¡Qué bien habla, qué bien razona, qué bien hace argumentos, y es tan fino que a todos los adormece con su palabra!

AGORÁCrito.—¡Ajá, con que te encantan esos parlachines!

DEMOS.—¡Por Zeus que no, a todos los mandaré a que se vayan a cazar liebres, y que no se entretengan en hacer decretitos.

AGORÁCrito.—Vaya, ten ahora este cómodo asiento y este lindo muchacho. Si te gusta, puedes sentarte en él. Tiene buen medio.

DEMOS.—¡Qué feliz soy en regresar a lo de antes!

AGORÁCrito. — Podrás hablar cuando hayas recibido las treguas de treinta años. ¡Pronto, treguas, aquí!

Llegan algunas jóvenes muy bien vestidas.

DEMOS.—¡Oh Zeus, digno de todo honor, ¡qué lindas son. . . ! ¡Por los dioses te ruego que me digas si se las puede uno abrochar treinta veces! ¿Dónde las conseguiste?

AGORÁCrito.—¡Vaya, pues Paflagonio las tenía bien ocultas para que no las vieras, y no se las quitaras...! Pero yo te las doy. Vete al campo con ellas y date tus gustos.

DEmos.—Y a ese Paflagonio que tan mal se ha portado conmigo, dime tú ¿qué castigo le darías?

AGORÁCrito.—Nada pesado. Que se ponga a ejercer mi oficio. Que se vaya a las puertas a vender chorizos, y que venda bien, mezclando con carne de perro o de burro. Esa es la treta. Y cuando ya esté ebrio, que pelee con las niñas de la

esquina y se vaya a beber el agua de los baños.

DEmos.—Muy bien pensado está! eso es lo que merece, que pelee con ramera y que se bañe entre los que tienen otro oficio igual y eso a gritos y trompones. Y tú vente conmigo, vamos hacia el Pritáneo. Tú ocuparás la silla que dejó este malvado. Vente conmigo, pero antes toma este vestido de color de rana. Y a ése que me lo echen fuera; que vaya a ejercer su oficio para que lo vean bien allí los extranjeros a quienes vejó tanto.

LAS NUBES

INTRODUCCION

Tenemos aquí una de las comedias más representativas del genio de Aristófanes. Y también de las que mantienen una perennidad que no tienen otras. Deja a un lado la política ahora y se va a atacar la forma de modernización, a su juicio, disolvente de los ideales tradicionales. Hay que puntualizar algunos hechos antes de la lectura atenta, que es el mejor comentario.

En las fiestas de Dióniso celebradas en marzo de 423 a. C. fue representada esta comedia. Apenas logró el tercer lugar en el fallo.

Su trama es sencilla. Un campesino, Estrepsiades, logra casarse con una mujer de la ciudad. Esta se cree de lo más fino y, si ella no aparece en escena, sí está bien representada en el hijo, Fidípides, que hereda las ambiciones y anhelos de grandeza y lujo de los que cree sus modelos. El muchacho, llegado a edad competente, se dedica a la equitación, deporte favorito de los de clase elevada. Y para mantener caballos finos, con todo lo que ello suponía, o sea carros de carrera, caballerangos, mozos de mil maneras dedicados a tal empresa, hace gastar a su padre más allá de sus recursos ordinarios. Este para mantener la pretensión del hijo, busca préstamos que lo van carcomiendo. Se pone a pensar el medio que hallará para librarse de tan molesta situación.

Ha oído hablar de unos sabios que van modificando la educación de los jóvenes. El jefe es Sócrates, su vecino, y trata de hacer que su hijo sea educado en esos nuevos principios. Entrega al muchacho y el resultado le es adverso. No aprende sino sofismas y llega a la exagerada disposición de aplicarlos contra su mismo padre. Hay el necesario desencanto ante la total contraria solución de lo que él mismo había pensado. El también se ha sometido a esta nueva enseñanza, pero los resultados han sido vanos.

Tal es en dos palabras la trama. Pero el desarrollo, lento y a los oídos modernos un tanto fastidioso, es tan bien elaborado que vemos pasar todo aquel mundo a nuestros ojos. Hay aciertos indudables en algunas escenas y en otras acaso haya de tildarse la demasiada mordacidad y disposición contra los valores modernos.

Dije arriba que es de perenne aplicación. Por esto: se plantea siempre el problema entre la educación a la antigua y la educación a la moderna y, como en todo lo humano, halla fautores de uno y de otro lado. Aquí tenemos a Sócrates como maestro de todo lo que

es disolvente. Enseña una dialéctica de sofismas, con la cual se puede llegar a todas partes, teniendo facilidad de palabra y razonamiento dúctil. Se le hace pervertidor de la masculinidad de los jóvenes haciendo ver que sólo triunfan los que han olvidado la nobleza y gallardía de su sexo viril. Se le atribuyen una serie de intereses que degradan, y al fin se declara que es contrario a la veneración de los dioses tradicionales. O en otras palabras, aparece el filósofo como charlatán en la oratoria, como inmoralista entre la juventud, como enemigo de los dioses y netamente ateo. Todo lo cual sabemos por buenos testimonios que es absolutamente falso. Pero el cómico tenía que exagerar acaso más allá de la proverbial moderación griega, que tampoco es una verdad histórica. Tenemos aquí el ejemplo bien claro.

Pero esas mismas exageraciones hacen el encanto de esta comedia. Las chocarrerías que usa son sencillamente geniales. No se podrán tomar como base de historia, pero son muestra de la expresión humana. Mordacidad, ingenio, gallardía y novedad no pueden negarse a estas diversas manifestaciones del genio cómico del poeta. No doy ejemplos porque el lector los irá descubriendo a medida que avance en la lectura.

Variada en estilo es la comedia que tenemos en la mano. Hay algunos fragmentos dignos de recitarse en un templo, como lo hizo alguna vez el Crisóstomo, y hay otros que debieron correr por algún tiempo en los labios de los populares. Tan accesibles a su modo eran.

Para el estudio de las costumbres, de las cosas, de los modos de su tiempo es de fondo inagotable. Y uno de los hechos que lamento es no poder dedicar gran espacio a un minucioso comentario, dada la índole de esta publicación hecha para el pueblo. Toda la Grecia de sus días revive a nuestros ojos y en la parte más difícil de hallar que es la de la vida del pueblo. Pero el mayor encanto, como se ha dicho ya, es la contraposición entre lo viejo y lo nuevo, lo que pretenden los jóvenes y lo defienden los viejos. Antagonismo que durará lo que la humanidad dure. Por eso es una comedia tan humana.

Tiene el lector, más si es joven, un buen filón de la vida que estudiar aquí.

En mi versión, como me empeño, he procurado ser fiel al texto, pero comprensible al lector moderno, en especial al mexicano.

LAS NUBES

ESCENARIO

En el fondo, a cada lado, dos casas. Una de Estrepsiades, la otra de Sócrates. La de éste es muy pequeña, con puerta baja y bien cerrada. En la otra se ven dos camas. En una está el personaje y su hijo, y en otra los esclavos.

PERSONAJES

ESTREPSIADES.

FIDÍPIDES, SU HIJO.

UN ESCLAVO DE ESTREPSIADES.

VARIOS DISCÍPULOS DE SÓCRATES.

SÓCRATES.

CORO DE LAS NUBES.

SABIDURÍA JUSTA.

SABIDURÍA INJUSTA. AMBOS PERSONAJES ALEGÓRICOS.

PASÍAS.

UN TESTIGO SUYO.

AMINIAS.

QUEREFONTE.

LAS NUBES

ESTREPSIADES. (*Acostado.*)—¡Ay, ay, por Zeus el rey supremo! ¡Cómo duran estas noches! ¿Nunca ha de llegar el día? Hace tiempo que oí cantar al gallo, pero mis esclavos cuántan allí ronca y ronca... Antes como no era así. Maldita guerra, por muchos capítulos... ya ni los esclavos puede uno castigar. ¡Y este muchachote que ni una vuelta da en la noche, pero eso sí... pedo y pedo! En cinco mantas envuelto está hecho un taco.

Vamos, haremos el intento. Me arropo bien y me vuelvo a dormir. Y a ver si siquiera ronco. ¿Dormir? Y, ¿cómo? Me está urgiendo el gasto, el pago de tantas deudas... ¡este hijo tiene la culpa! ¡Tiene que andar con su cabellera larga y montadito a caballo, o llevando su carroza, y sólo en caballos sueña! Y yo mirando a la luna, a ver cuándo es el día veinte.

(*Grita a un esclavo.*)—Enciende la luz, muchacho. Y vete a traer el libro de cuentas. Voy a ver qué tanto debo y qué me dan mis intereses.

(*El esclavo va y regresa.*)—Vamos a ver... ¿cuánto debo?

Doce minas a Pasías... ¿tanto por qué? ¿Le pedí prestado? ¡Ah, compré el caballo de copa! ¡Mejor me hubieran descopado un ojo!

FIDÍPIDES. (*En sueños.*)—¡Diriges mal, Filón, guarda la línea...!

ESTREPSIADES.—¡Ahí está el mal, hasta en sueños piensa en caballos!

FIDÍPIDES. (*Soñando.*) — ¿Cuántas vueltas tienen que dar los caballos de guerra?

ESTREPSIADES.—¿Carreras y vueltas? ¡Son las que das a tu padre!

Vamos a seguir: (*Toma su cuaderno*): ¿A quién más debo? Ya vi al tal Pasías. Tres minas por una silleta de carro y sus ruedas, para Aminias.

FIDÍPIDES. (*Soñando.*) — Después que lo pasees bien, mete el caballo a la cuadra.

ESTREPSIADES.—Tú sí que me has paseado y más allá de lo que tengo en mano. Ya me citan a los tribunales y ya me piden el pago de intereses.

FIDÍPIDES. (*Despierto.*)—¿Qué te ha pasado, papá, que toda la noche has estado dando vueltas en la cama?

ESTREPSIADES.—Me está picando una chinche en forma de demarca.

FIDÍPIDES.—Oh demonio, deja que aún duerma yo un poco.

ESTREPSIADES. — Duérmete pues, pero ten sabido que todas estas deudas han de caer sobre tu cabeza. Ah, y que perezca sin fortuna esa mujer que me hizo casarme con tu madre. Era yo tan feliz en mis campos, allá sin ninguna preocupación, lejos de todo, haciendo mi regalada gana, con mis ovejas y con mis abejas, con mis olivos y mis aceitunas. Y que me voy casando con la nieta de Megacles, hijo de Megacles... yo un campesino con una señora de la ciudad... una dama en todo y muy parecida a la pretenciosa Cesira. La noche aquella en que nos casamos, al tendernos a la mesa, yo oía a vino mosto, a higos y lana de mis borregos... ella oía a perfumes caros, a azafrán y a besos provocativos. Yo era la abundancia y ella era la dispensa. Era ansiosa y no tenía más ideal que el de Afrodita amante de la cosa larga y con ganas de gente nueva.

Y no se crea que era una poltrona. No. Tejía bien, y yo le enseñaba esta misma capa y le decía yo: Hija, mira que me aprietas mucho...

ESCLAVO.—¡Se apaga la lámpara: ya no hay aceite!

ESTREPSIADES.—¡Desgracia...! ¿y por qué has puesto una lámpara tan tragona de aceite? Ven que te dé yo tus golpes.

ESCLAVO.—A mí, ¿por qué?

ESTREPSIADES. — Le pusiste una mecha muy gruesa. Pues bien, cuando nació este hijo, estábamos discutiendo acerca del nombre.

Ella quería que se llamara con un nombre en que entrara el caballo: Xantipo, Caripo o Calípides. Y yo quería, por amor a mi abuelo, que se llamara Fidónides. Y tras mucho altercar, al fin quedamos en que se habría de llamar Fidípides.

¡Cómo lo mimaba ella y qué cosas le decía: Ahora que seas tú grande, tendrás que venir a la ciudad con tu túnica de púrpura, como tu abuelo Megacles!

Pero yo le respondía: ¡Cuándo te veré, hijo mío, venir con tus cabritas desde el monte Feleo como tu padre, vestido con tu pelliza!

El al crecer no me hizo caso. Se le va la cabeza en caballos y caballerías... y todo viene a caer sobre mis pobres bienes.

Ahora la noche entera me estuve meditando qué camino tomar y he hallado uno, que me salva, si es que alcanzo a persuadir a mi hijo.

Pero antes quiero despertarlo. ¿Cómo le haré para que sea dulcemente sin que él se moleste? ¿Cómo? —Fidípides, Fidípides, hijito mío...

FIDÍPIDES.—¿Qué pasa, papá?

ESTREPSIADES.—Ven acá, dame un beso y tu mano derecha.

FIDÍPIDES.—Aquí tienes... ¿qué hay?

ESTREPSIADES.—Dime, ¿me quieres?

FIDÍPIDES.—¡Claro, por Poseidón lo juro, que es el dios de los caballos!

ESTREPSIADES.—¡Ya no me hables de ese Poseidón nunca! Ese ha sido mi ruina. Si de corazón me quieres, hijo mío, dame gusto.

FIDÍPIDES.—¿En qué te he de dar gusto?

ESTREPSIADES.—Muda pronto tus modos y costumbres y vete a tomar enseñanza a donde yo te mande.

FIDÍPIDES.—Dilo pues, ¿qué dispones?

ESTREPSIADES.—¿Me obedecerás?

FIDÍPIDES.—Claro, te voy a obedecer, por Dióniso lo juro.

ESTREPSIADES.—Ve para allá entonces. ¿Ves esa puertecita y esa casita?

FIDÍPIDES.—Las veo... y ¿de allí qué saco, papá?

ESTREPSIADES.—De almas sabias ése es el pensadero. Dentro hay gente que te habla del cielo y dice que es un horno y que nosotros somos los carbones. Te enseñan también, con tal que pagues, a ganar en el juicio hasta lo más injusto. Eso con tu palabra.

FIDÍPIDES.—¿Quiénes son esos?

ESTREPSIADES. — No sé yo muy bien sus nombres: son meditadores, sabios y gente de buena clase.

FIDÍPIDES. — ¡Fuchi! Malditos... ya los conozco. ¿Esos parlachines de caras pálidas que andan con pies descalzos me estás diciendo? Allí está el perverso Sócrates y Querefonte con él.

ESTREPSIADES.—¿Qué? Cállate. No me hables como un chiquillo. Pero si algo te duelen las preocupaciones de tu padre para el sustento, déjate de caballos y vete a ser uno de éstos.

FIDÍPIDES. — ¡Por Dióniso que no... ni por que tú me dieras a comer los faisanes de Leógoras!

ESTREPSIADES.—Mira, yo te lo estoy rogando, ¡oh el más querido de mis seres humanos: vete a instruir!

FIDÍPIDES.—Y, ¿qué te aprenderé?

ESTREPSIADES. — Dicen que hay allí dos clases de discursos, el valioso, sea como fuere, y el de menos vigor. Y dicen que este segundo es poderoso para ganar causas injustas.

¡tú aprendes éste, me librarás de penas. De cuanto debo por causa tuya no pagaré ni siquiera un óbolo.

FIDÍPIDES.—Puede que no te crea yo. No me gustaría ver a los de a caballo carcaídos, todos llenos de sombra.

ESTREPSIADES.—¡Por Démeter, entonces ya no hay pan para ti, ni pautura para tu caballo de montar, ni tu famoso de lujo... yo te echaré de la casa y que te coman los cuervos!

FIDÍPIDES.—Pero mi tío Megacles no me deja sin caballo... me largo y tú no me importas.

Se va Fidípides. Estrepsiades se levanta y va a llamar a la casa de Sócrates.

ESTREPSIADES.—Con ésta me vine abajo, pero no me quedo en tierra. Voy a invocar a los dioses y yo me pongo a aprender... Pero... ¿yo, siendo tan viejo? Si ya no tengo memoria y mi entendimiento falla, ¿voy a captar los discursos llenos de sutiles pensamientos? Vamos pues. ¿Qué hago aquí titubeando y no llamo a la puerta? ¡Muchacho, muchachito...!

UN DISCÍPULO. (*Dentro.*)—¡Vete al diablo! ¿Quién toca?

ESTREPSIADES.—El hijo de Fidón, Estrepsiades, de la calle de Cicina.

DISCÍPULO.—¡Al fin hombre sin cultura! Por Zeus, tan fuerte has tocando que hiciste que yo mal pariera un pensamiento que estaba incubando.

ESTREPSIADES.—Perdóname. Como yo vivo lejos allá en el campo. Pero dime, ¿qué era ese pensamiento que mal pariste?

DISCÍPULO.—Eso no se dice a todos, solamente a los discípulos.

ESTREPSIADES.—Dímelo sin temor. Yo vengo también para ser discípulo, aquí en este pensadero.

DISCÍPULO.—Lo diré. Pero estas cosas se guardan como los secretos de los misterios. Hace rato que Sócrates preguntaba a Querefonte cuán-

tas veces salta una pulga la largura de sus patas. Es que el animalillo había picado en una ceja a Querefonte y luego saltó hasta la calva de Sócrates.

ESTREPSIADES.—Y, ¿cómo pudo medirlo?

DISCÍPULO.—Muy ingeniosamente. Derritió cera, tomó la pulga, metió sus patitas en la cera y la pulga quedó con sus borceguíes persas. Se los quitó Sócrates, los midió y con eso tuvo el medio de hallar la medida de la línea del salto de la ceja a la calva.

ESTREPSIADES.—¡Ah, Zeus, qué talento tan fino!

DISCÍPULO.—¿Qué te pareciera si yo te contara otra gran idea de Sócrates?

ESTREPSIADES.—¿Cuál? Te ruego que me la digas.

DISCÍPULO.—Ese mismo Querefonte de Esfeto le preguntaba si los moscos rezumban con la trompita o con el traser.

ESTREPSIADES.—Y, ¿qué dijo Sócrates de los moscos?

DISCÍPULO.—Dijo que el intestino del mosco es muy delgado y por eso el aire va con mucha fuerza desde el pico hasta el trasero y cuando intenta salir es cuando hace el rezumbido.

ESTREPSIADES.—Nos va resultando flauta el trasero de los moscos. Feliz y feliz mil veces el intestino. Si conoce tan bien el intestino de los moscos, con qué facilidad se librará de cualquier acusación.

DISCÍPULO.—Y hace poco una lagartija le echó a perder un gran pensamiento.

ESTREPSIADES.—Cuéntame, ¿cómo fue eso?

DISCÍPULO.—Estaba muy atento observando la luna y sus movimientos y el camino que va siguiendo, cuando de repente, estando él boquiabierto mirando al cielo, del techo en aquella noche una lagartijita le echó encima su caca.

ESTREPSIADES.—¡Qué precioso, darle a Sócrates eso y en la boca!

DISCÍPULO.—Pues ayer por la noche no había cena para nosotros.

ESTREPSIADES.—Vaya... Y, ¿cómo le hizo para que cenaran?

DISCÍPULO.—Primero extendió en la mesa una buena capa de ceniza y con un punzón de metal estuvo dibujando figuras... y nos hizo lo que hace el que se roba un manto en la palestra.

ESTREPSIADES. — ¿Quién hay que admire todavía a Tales tan famoso? Abreme ya, abre luego. Deja que yo conozca a ese Sócrates. Me quemo por ser discípulo suyo. Deja que entre yo al pensadero. Abre la puerta.

Abre el discípulo y se queda mirando Estrepsiades. Dice:

¿Qué alimañas son éstas? ¡Por Heracles de donde salen!

DISCÍPULO. — ¿Qué te asombra? ¿Qué crees, a qué se parecen?

ESTREPSIADES.—Son como los prisioneros lacedemonios que trajeron de Pilos.

¿Por qué tienen la vista clavada en la tierra?

DISCÍPULO.—Es que están buscando lo que hay debajo de ella.

ESTREPSIADES. — Están buscando cebollas. (*Se dirige a ellos*): Ahora no se apuren, yo ya sé dónde hay grandes y muy buenas.

¿Y estos otros encorvados sobre la tierra?

DISCÍPULO.—Ah, esos están investigando el Erebo hasta el fondo del Tártaro.

ESTREPSIADES.—¿Ese que mira al cielo con su trasero?

DISCÍPULO.—Se está instruyendo en la astronomía, pero tiene su propio método.

Van llegando discípulos.

Entren, entren, que no los vea el maestro.

ESTREPSIADES.—No, deja que estén aquí. Les voy a hablar de un asunto mío.

DISCÍPULO.—No pueden durar al aire libre fuera de la escuela por tanto tiempo.

Van entrando los discípulos.

ESTREPSIADES. (*Mirando hacia dentro*).—¡Por los dioses, dime qué es eso?

DISCÍPULO.—Eso es la astronomía, ESTREPSIADES.—Y esto otro, ¿qué es?

DISCÍPULO.—Es la geometría. ESTREPSIADES.—Y eso, ¿para qué sirve?

DISCÍPULO.—Para medir la tierra. ESTREPSIADES.—¿La que reparten en lotes?

DISCÍPULO.—¡No, la tierra entera! ESTREPSIADES. — ¡Bueno está eso que dices. Es una argucia muy propia de la democracia y muy útil!

DISCÍPULO. (*Le enseña un mapa*). Este es todo el circuito de la tierra, ¿ves? Aquí está Atenas.

ESTREPSIADES.—¿Qué me dices... no lo creo... no veo ningún juez sentado al tribunal!

DISCÍPULO.—Pues en verdad este es el territorio de Atica entera.

ESTREPSIADES.—¿Por qué no veo a mis paisanos del barrio de Cicina?

DISCÍPULO.—Aquí están. Y también puedes ver a la Eubea tendida a lo largo y muy extensa.

ESTREPSIADES.—Si ya sé, nosotros y Pericles la hemos estirado. Y, ¿Lacedemonia, dónde?

DISCÍPULO.—¿Dónde está? Esta es. ESTREPSIADES. — Muy cerca de nosotros. Hagan por alejarla y lo más lejos que sea.

DISCÍPULO.—No se puede eso. ESTREPSIADES. — Entonces, por Zeus que les va a ser costoso. Oye, y ¿ese hombre colgado en una canasta, quién es?

DISCÍPULO.—Es él. ESTREPSIADES.—¿Cuál él? DISCÍPULO.—Sócrates.

ESTREPSIADES.—¡Oh Sócrates!... Anda y llámame con fuerza!

DISCÍPULO.—Llámalo tú, que yo no tengo tiempo.

Se va el discípulo.

ESTREPSIADES.—¡Sócrates, Socratitos...!

SÓCRATES. (*En su canasta colgada.*)—¿Por qué me llamas efímero mortal?

ESTREPSIADES.—Primero que nada te pregunto, ¿qué haces allí? Respóndeme.

SÓCRATES.—Viajo por los aires y estoy observando al sol.

ESTREPSIADES.—Ah, tú ves a los dioses desde tu canasta, no desde la tierra.

SÓCRATES.—Nunca pudiera yo ver con claridad las cosas celestiales, si no elevara mi alma suspendida de arriba y me hallara en una atmósfera semejante a la de los astros. Si a ras de la tierra especulo el cielo, nada descubro. Es que la tierra atrae el meollo de pensamiento. Eso mismo se hace con los berros.

ESTREPSIADES.—¿Qué dices? ¿Es que el pensamiento atrae la savia de los berros? Pero ahora, Socratitos, baja, para que me enseñes lo que viene a aprender.

SÓCRATES. (*Baja del cestón.*) — ¿Con qué fin vienes acá?

ESTREPSIADES.—Yo quiero aprender a hablar. Soy llevado a un lado y otro y me traen como juguete los discursos acreedores y prestamistas vociferantes: ya mis bienes van a embarcarse.

SÓCRATES.—¿Cómo es que sin darte cuenta has quedado enredado en deudas?

ESTREPSIADES. — Me agarró una enfermedad... la de los caballos, que tremendamente traga. Pero enseñame tú el segundo de tus discursos... el de no pagar nada. Y por tus honorarios no te preocupes, por los dioses te juro que tengo que pagártelos.

SÓCRATES.—¿Por qué dioses juras tú? Primero que todo, ya los dioses no son entre nosotros moneda que corra.

ESTREPSIADES. — Pues, ¿por qué juran ustedes? ¿Tal vez por monedas

de hierro de las que hay en Bizancio?

SÓCRATES.—¿Quieres conocer sabiamente las cosas divinas y saber con rectitud lo que son?

ESTREPSIADES.—Si hay un modo, por Zeus que sí.

SÓCRATES.—¿Y tener trato con las Nubes, que ahora son nuestros númenes?

ESTREPSIADES.—Muy bien que sí.

SÓCRATES.—Siéntate ahora en el sagrado camastro.

ESTREPSIADES.—Ya estoy en él.

SÓCRATES.—Toma ahora esta corona que está allí.

ESTREPSIADES. — ¿Corona? ¿para qué? ¡Ay de mí, si querrás tú, Sócrates, hacer de mí otro Atamas para inmolarme!

SÓCRATES.—Eso no, es que a todos los que van a iniciarse tenemos que hacer eso.

ESTREPSIADES. — Y después, yo, ¿qué gano?

SÓCRATES. — Te volverás navaja bien afilada, una cascabel, una harina finísima. Pero no te estés moviendo.

ESTREPSIADES.—Por Zeus, que no me defraudes. Si echas tanto polvo me vuelvo flor de harina.

SÓCRATES.—Es preciso que el anciano se ponga en grave quietud y ponga atento oído a esta plegaria:

¡Oh, supremo señor, Aire inmensurable, que tienes a la tierra colgada en el espacio, resplandeciente Eter y dioses venerables, Nubes, portadoras del relámpago y el trueno, venid a presentarnos, decid vuestra palabra a este pensador, desde lo alto!

ESTREPSIADES.—¡No, y no, todavía no! Deja que antes cubra mi cabeza con el manto, no me vaya a mojar. ¡Pobre de mí que he salido sin traer siquiera mi gorro de piel de perro!

SÓCRATES. — ¡Llegad, venerables Nubes, venid a dejaros ver de éste, ya sea que cubráis las sacras nevadas cumbres del Olimpo, o que estéis formando el coro en los jardines de Océano vuestro padre, para que las Ninfas bailen, o bien en las

desembocaduras del Niño estéis llenando las áureas ánforas, o que estéis en el Mar Meotis, o en las rocas de la cima del Mimas... ¡oíd el llamado de mi plegaria, tened por buena mi ofrenda y que os plazcan sacros ritos!

Se oye el Coro lejano y en sus cantos hay truenos y se ven relámpagos lejanos. La primera parte es sin que se vean.

CORO: ESTROFA.—¡Oh Nubes incansables vamos ya a surgir para mostrarnos, ya que somos vapores de fácil movimiento!

¡Dejaremos a Océano nuestro padre, que sin cesar retumba en sus giros; vayamos a los montes de cumbres cabelludas y desde allí atisbemos otras lejanas cúspides y las llanuras de tierra bien regada y cubierta de mieses, y los ríos endiosados de aguas que van resonando al correr y el mar que siempre ruge en eterno gemido!

¡Sí, el ojo de Eter brilla sin cansarse jamás, emitiendo sus rayos!

Pero, disipemos ya la niebla plena de lluvias y dejemos ya a los mortales nuestras formas reales que desde lejos contemplan en la tierra.

SÓCRATES.—Nubes en sumo veneradas, bien oísteis mi invocación.

(*A Estrepsíades.*)—¡Oíste, te diste cuenta de su voz unida al mugir del trueno?

ESTREPSIADES.—Yo también os venero, augustas Nubes y quiero yo con un trueno mío corresponder al vuestro. Es que me llena de miedo su estrépito. Si es justo, o si no es justo, con la licencia suya voy a desahogar mi estómago.

SÓCRATES.—No estés con burletas, como cómicos tontos. Ya tú sabes cuales. Recátate, que llega un enjambre de diosas.

CORO. (*Aun invisible.*) ANTISTROFA.—¡Vírgenes que llevan la lluvia, vamos a la tierra bella de Palas, tierra de hombres que amó Cécropes! Allí hay augustos ritos, allí son aco-

gidos con suma reverencia a los que van a iniciarse, allí se hacen sacrificios a los dioses celestiales!

Templos hay y bellas estatuas y largas procesiones en veneración divina. Coronas de honor doquiera y festines de santa devoción. Eso dura todo tiempo, pero llega en primavera la fiesta de Bromio y en ella suenan las flautas y se oyen plácidos cantos.

ESTREPSIADES.— Sócrates, por Zeus, declara —te lo ruego yo ahora— ¿quiénes son esas que cantan un canto tan venerable? ¿No son heroínas que vuelven de la tumba?

SÓCRATES.—¡Claro que no, son las Nubes, diosas grandes para el inactivo! Ellas dan sabiduría y modo de argumentar, ellas dan mente que capta y una gran facundia, hablaría y arte de enredar al contrario y de hacerlo titubear.

ESTREPSIADES.—¡Ahora me explico! Tan pronto como oí su voz, mi alma se puso a volar y está ansiosa de hacerse sutil y ponerse a disertar agudamente acerca del humo, a contraponer sentencia a sentencia, cada vez más alambicadas, a echar un argumento contra otro. Pero ya quiero verlas en persona, si eso es posible.

SÓCRATES.—Mira ahora, fija tus ojos hacia el monte Parneto... ¡ya bajan lentamente... ya las veo...!

ESTREPSIADES.—¡Dime, dónde... muéstramelas!

SÓCRATES.—Vienen hacia acá en parvada ondulando por barrancas y boscajes.

ESTREPSIADES.— ¿Qué será? ¡Yo no las veo!

SÓCRATES.—Cerca de la entrada.

ESTREPSIADES.— ¡Ya... ahora sí... apenas!

Llegan las Nubes vestidas de tela transparente y flotante y se ponen en el proscenio.

SÓCRATES.—Ahora sí que ya las ves, a no ser que tengas lamparones en los ojos.

ESTREPSIADES. — Ahora sí, por Zeus, que sí... ¡venerables y divinas... ya llenaron todo el ancho!

SÓCRATES. — ¿Verdad que tú no habías que eran diosas y tampoco querías creerlo?

ESTREPSIADES. — ¡Por Zeus, no! Yo pensaba que eran bruma y rocío y vapor solo.

SÓCRATES. — ¡Por Zeus también... tú no sabías que ellas dan de comer a muchos necios habladores, a los adivinos de Turión, a los artistas de la medicina, esos que sólo piensan en tener cabellos largos, buenas sortijas y uñas bien recortadas en punta, y a los que están inventando estrofitas para los coros del campeónato, a los que viven en el aire urdiendo tonterías, y que nada de utilidad hacen porque ya escribieron algunos versitos.

ESTREPSIADES. — Eso es. Por eso cantan:

El húmedo aliento de las revueltas Nubes,
aquellas que se ostentan en rayos refulgentes...

Las crestas cabelludas de Tifón, el de las cien cabezas...

El viento arrebatado de negras tormentas.

Así cantan y dicen también:

El aéreo vuelo de las Nubes bellas...

Aves de pico curvo que por los aires vuelan...

Tempestades que nacen de las húmedas Nubes...

Pero, ¿sabes? por estos versitos en premio se tragan:

Buenas lonjas de peces y tordos engordados,

y aún más todavía:

La carne suculenta de los merlos.

SÓCRATES. — Dices bien. Es por ellas. ¿Acaso no es justo?

ESTREPSIADES. — Dime ahora... ¿Si son nubes por qué razón se manifiestan como mujeres? Esas nubes de arriba no están conformadas así.

SÓCRATES. — Vamos a ver... ¿qué cosa son?

ESTREPSIADES. — Bien a bien no lo sé. Ciertamente parecen como copos de lana largos, largos, pero mujeres, no. ¡Por Zeus que no: estas que vienen tienen narices y las nubes que veo no!

SÓCRATES. — Responde ahora, que voy a preguntarte.

ESTREPSIADES. — Dime desde luego qué quieres saber.

SÓCRATES. — Cuando ves para arriba, ¿no has visto una nube que parece un centauro, o un leopardo, o un lobo o un toro?

ESTREPSIADES. — Por Zeus que sí. ¿Y eso qué?

SÓCRATES. — Se mudan en lo que quieren. Si ven, por ejemplo, a uno de larga cabellera, un hijo de Jenofonte, digamos, para burlarse de su locura, toman la apariencia de centauros.

ESTREPSIADES. — Y si miran a un ladrón del dinero del pueblo, por ejemplo, un Simón, ¿qué hacen?

SÓCRATES. — Mudan su figura y se transforman en lobos, para dar a entender mañas de ése.

ESTREPSIADES. — Entiendo. Por eso, ayer que vieron a Cleónimo que arrojaba su escudo por tierra para escapar, ante tal cobardón ellas se mudaron en ciervos.

SÓCRATES. — Pero ahora, como ves, les bastó ver a Clístenes y al momento se convirtieron en mujeres.

ESTREPSIADES. — ¡Salve, salve, reinas! Y ahora, si alguno lo habéis hecho acaso, hacedlo también por mí: haced que oiga el son celestial de vuestra voz, oh reina de todos!

CORO. — ¡Salve, anciano, nacido en tiempos pasados y hecho a sus modos y formas! Tú, que tienes ambición de oír los discursos de las Musas. Y tú, Sócrates, sacerdote de las cosas vacuas, habla. Dinos, ¿qué nos quieres? A ningún otro atendemos de los sabios de hoy en día que andan hablando del cielo. Sólo a Pródico, a ése, sí. ¡Qué sabio, qué sagaz es! Y en seguida a ti también.

Vas andando por esas calles tan res- tirado y enhiesto; echando los ojos muy recatadamente de un lado al otro... y, ay, pobrecito... ¡andas descalzo y tienes confianza en las Nubes y un semblante digno de veneración!

ESTREPSIADES.—¡Tierra santa, qué voz y solemne y llena de gravedad, de verdad digna de veneración!

SÓCRATES. — Estas solas diosas son, y las únicas que hay... todo lo demás es cuento.

ESTREPSIADES. — Zeus, entonces para ustedes, ¿no es dios? ¡Por la Tierra! ¿Zeus Olímpico no es dios?

SÓCRATES. — ¿Qué estás diciendo tú? No estés burlándote... ¡No hay tal Zeus!

ESTREPSIADES. — ¿Qué me dices? ¿Quién hace llover, entonces? Antes que todas las cosas, explícame esto.

SÓCRATES.—Estas y sólo ellas. Y te lo haré ver con buenos argumentos. Dime ante todo, ¿viste alguna vez que lloviera sin haber nubes? Y tendría que llover con un cielo sereno y despejado.

ESTREPSIADES. — ¡Por Apolo, me convences. Buena razón das. Y yo que antes estuve creyendo que cuando llovía era que Zeus se orinaba en una cazuela de agujeros!

Bueno está eso. Pero, si hay truenos, ¿quién los produce? ¿Esos truenos que me echan a temblar?

SÓCRATES.—Es que cuando mueven las nalgas comienzan a tronar.

ESTREPSIADES.—¡Qué hombre tan sabio! Y eso, ¿cómo es?

SÓCRATES. — Cuando están llenas de agua, comienzan a removerse. Naturalmente, tienden hacia abajo. Llenas de lluvia están y se refriegan unas con otras y ahí está la lluvia estruendosa.

ESTREPSIADES. — ¿Y quién si no Zeus las domina hasta que se vacían?

SÓCRATES.—No. Es un etéreo torbellino.

ESTREPSIADES. — ¿Un torbellino? ¡Vaya! No me lo sabía yo. Con que ya no hay Zeus y ahora el que

manda es un torbellino. Pero nada me has dicho acerca del trueno y su estampido.

SÓCRATES.—Tú no oíste. Cuando las Nubes están bien rellenas de agua y una se echa sobre la otra, es cuando se producen estos ruidos. Es que están muy pesadas.

ESTREPSIADES. — Dime, ¿cómo creerlo puedo?

SÓCRATES.—De ti mismo voy a sacar la prueba. Supón que vas a los Juegos de Atena. Antes habrás cenado mucho con sus excitantes. Y de repente el vientre se te infla y comienzas a echar truenos... ¿Sí o no?

ESTREPSIADES. — ¡De veras, sí! ¡Por Apolo, pues siento que se revuelve y luego va dando saltos y al fin... ¡pum, pum, pum! Y luego, más fuertecito... Pum, pum, pum y retepum. Y cuando me voy al retrete, es más duro... pum, pum pum, retepumpum. Esto es como lo que hacen las Nubes.

SÓCRATES. — Piensa y considera ahora. Si tú con tan pequeño vientre haces tales estrépitos, el aire que no tiene límites ¿qué tan fuerte resonará?

ESTREPSIADES.—Es por eso ciertamente que se parezcan las palabras ventear y ventosear. Pero el rayo, con su luz reververante, ¿de dónde viene? Y por qué a unos calcina y a otros sólo los chamusca... ¡Es el rayo que envía Zeus a los que perjurán!

SÓCRATES.—¡De veras que eres tú más viejo que el mismo Cronos...! ¡Qué tonto! si Zeus hiriera a los perjuros, ¿cómo es que no ha tocado a Simón, a Cleónimo, a Teoro, que son perjuros de tomo y lomo? Pero sí que cayó un rayo en el templo de Sunio, que es de Zeus, en el promontorio de Atenas y dio sobre una encina. Supongo que las encinas no perjuran.

ESTREPSIADES.—Eso sí que yo no sé. Pero estás hablando bien. En fin de cuentas, ¿qué es un rayo?

SÓCRATES.—Mira, a veces el viento seco se alza y se entremete en

Las nubes, como en una vejiga. De repente se empeña en salir con fuerza y hace su esfuerzo. Con el ímpetu con que impele se entiende y ahí tienes al rayo.

ESTREPSIADES.—¡Uju, eso ya me pasó a mí, por Zeus que sí! Estaba yo usando la pancita de una víctima ritual para darle a mi familia, y no tuve cuidado en hacerle sus picaduritas. Se fue hinchando poco a poco y de repente... ¡pum, pum! Se reventó, en la mismísima cara me echó todo el material que contenía. Me llegó a los mismos ojos y me chamuscó todito.

SÓCRATES. — ¡Hombre feliz que buscas instruirte, que quieres recibir de nosotros la sabiduría! Serás grande en Atenas y en Grecia entera.

Pero has de tener memoria, has de tener dedicación, has de tener en tu alma fuerza de resistencia.

Que no te canses nunca de estar en pie, o de andar caminando.

Que aguantas bien el frío y la humedad resistas, aunque nada tengas para hacer el almuerzo.

Que no vayas a los gimnasios ni a lonterías semejantes.

Que tengas como ideal de un hombre honesto sobresalir en la actividad y ganar en el consejo y tener facilidad de palabra.

ESTREPSIADES.—Eso es bueno. Pero si quieres un hombre de alma dura, de poco dormir, de estómago no exigente, que se conforma a veces con una ensaladita de hierbas, nada temas ni te preocupe. Ese soy yo.

SÓCRATES.—Pero también tienes que reconocer que no hay dioses sino los nuestros. El Caos, las Nubes, la Lengua. Sólo esos tres, no hay más.

ESTREPSIADES.—Ni de sueño trataré a los otros, y eso aunque se me presenten. Ni ofreceré sacrificios o libaciones, ni menos incienso.

CORIFE0.—Dinos ahora tú, qué quieres que hagamos. Habla con confianza. Todo lograrás si sabes honrarnos y dar el honor que nos merecemos.

ESTREPSIADES.—Señoras del mun-

do, lo único que pido es algo muy corto. Que yo supere a los griegos todos en elocuencia por lo menos en cien estadios.

CORIFE0. — Eso será concedido. No habrá persona en estos días que te sobrepase en elocuencia. El mejor has de ser tú.

ESTREPSIADES.—No me digan que haga yo grandes discursos. Eso no lo deseo. Lo que quiero es que los fallos de la justicia vengan a favor mío. De este modo escaparé de las garras de mis acreedores.

CORIFE0.—Eso que pides tendrás. Eres parco en lo que anhelas. Ponte con toda confianza en manos de los funcionarios.

ESTREPSIADES.—Creyendo en vosotros lo hago. Esos caballos y mi casamiento me han dado la ruina. Y que hagan de mí lo que quieran, me entrego de todo a todo. Este es mi cuerpo todo hambriento y con sed, que lo rasguen, que lo corten, que del pellejo hagan odres, con tal de que yo no pague mis deudas. Que sea yo un hombre de arrestos, hablantín y atrevido, un morral de engaños, al que nunca faltan palabras, que se burla de los procesos, que hace trizas las leyes, un taravilla, un coyote, todo lleno de arterías, escurridizo cual anguila, voluble, fácil de huir, resbaloso y muy ágil, muy parlero y muy fugaz, duro cual nudo de palo, un vividor, un matraca, un lambiche, un torcido, y otras muchas cosas más. No me importa que al saludarme me den todos esos apodos. Eso pueden hacer mis amos y si quieren que hagan también choricitos con mis tripas. ¡Por Démeter que se los den a comer a los pensadores!

CORIFE0.—Este hombre tiene su lema. No es gente sin decisión. Es un atrevido en todo. —Ten por cierto que cuando hayas recibido estas disciplinas subirás hasta los cielos glorioso entre los mortales.

ESTREPSIADES. — Y de eso, ¿qué saco yo?

CORIFEO.—Todo el tiempo conmi-
go llevarás la mejor vida que los
mortales alcanzan.

ESTREPSIADES.—¿Y eso lo veré al-
guna vez?

CORIFEO.—Claro que sí y a tu
puerta estarán muchos sentados en
espera de consulta. Quieren discutir
contigo, hablar de sus negocios y de
sus alegatos jurídicos, y en ti verán
a un perito que sabe dar el norte.

Tú, Sócrates, ve ya dando sus le-
cciones a este viejo, echa una sonda
a su alma y ve qué tan hondo es.

SÓCRATES.—Andale, dime cuál es
tu modo para que vea yo qué nue-
vas máquinas empleo.

ESTREPSIADES.—¡A poco intentas
asaltarme como si fuera yo una mu-
ralla!

SÓCRATES.—No. Sólo quiero ha-
certe unas cuantas preguntas. ¿Qué
tal de memoria eres?

ESTREPSIADES.—Por Zeus, tengo
dos modos. Si me deben, muy bien
me acuerdo. Pero si yo debo, ay,
enteramente me olvido.

SÓCRATES.—¿Tienes dotes natura-
les para aprender?

ESTREPSIADES.—A hablar, no, pe-
ro para hacer chapuzas, sí.

SÓCRATES.—¿Cómo vas a poder
aprender?

ESTREPSIADES.—Ten calma, todo
se hará bien.

SÓCRATES.—Bueno, vamos. Cuan-
do yo te eche enfrente algo sabio
acerca de las cosas celestiales trata
de captarlo luego.

ESTREPSIADES.—¿Entonces hay
que hacer lo que el perro que arre-
bata la tajada que se le arrojó?
¿Así con la sabiduría?

SÓCRATES.—¡Qué zoquetón es es-
te hombre y qué bárbaro! Viejo, yo
creo que tú no necesitas golpes, pe-
ro, ¿qué haces si alguno te da un
palo?

ESTREPSIADES.—Me dejo apale-
ar. Después busco testigos y luego voy a
poner mi denuncia al tribunal.

SÓCRATES.—Bueno, ahora quítate
el manto.

ESTREPSIADES.—¿Hice algo malo?

SÓCRATES.—No, pero hay que en-
trar desnudo.

ESTREPSIADES.—Pero, ¿qué voy a
dar cuenta de que no he robado?

SÓCRATES.—¡Quítaselo y nada de
charlas!

ESTREPSIADES. (*Se quita el man-
to.*)—Una sola cosa dime. Si yo soy
aplicado y empeñado en tu estudio,
¿a cuál de tus discípulos me voy a
parecer?

SÓCRATES.—En lo físico te pare-
cerás a Querefonte.

ESTREPSIADES.— ¡Ay, mi ma-
dre... seré un muerto!

SÓCRATES.—Deje de charlatane-
rías. Venga por este lado. Pronto!

ESTREPSIADES.—¡Por favor, dame
antes un pastelito con miel, pues me
parece que voy a bajar a la caver-
na de Trofonio!

SÓCRATES.—Anda. No te pares en
la puerta.

Entran los dos.

CORIFEO.—Vete feliz en fuerza de
tu valentía. ¡Buena suerte a este
hombre que en su vejez anhela lle-
nar su alma de ideas nuevas y en-
trar al recinto de la sabiduría!

Oíd espectadores: Con toda liber-
tad voy a decir ante ustedes la ver-
dad. Pongo por testigo a Dioniso
que fue el que me crió.

¡Ojalá salga triunfante y sea juz-
gado perito!

Ahora a ustedes someto el fallo.
Listos y comprensivos son mis es-
pectadores. Yo presento esta pieza
como la mejor que he elaborado.
Con cuánto afán la he compuesto.
Y me iré de la contienda ante ri-
vales muy bajos. Y eso yo no lo
merezco. Eso lo echo en cara a us-
tedes que se dicen peritos. Y tanto
que me esforcé.

Pero no inculpo a los rectos. Bien
sé que hay entre mis jueces.

Algunos de ellos vieron mis co-
medias. El Virtuoso y el Disoluto.
Esos fueron y las aplaudieron. Pero
yo, como era virgen y aun no podía
parir, di mi fruto y otra dama lo

recogió y le dio sus donecitos y desde ese día estoy feliz.

Ahora ésta es mi comedia nueva. Muy parecida a cierta Electra. Esa tragedia que tanto alaban. A ver si hay quien reconozca a primera vista el rizo de su hermano.

Aquí tienen a mi hija. Ahora no trae cuero con punta de meter. Con eso se ríen los niños. No viene calva ni sabe bailar el cordax.

Y tampoco trae a un viejo que con el bastón apunta sus golpes al que se halle cerca de él. Aquí no se hacen chistes malos y tampoco se entra a la escena con la antorcha encendida gritando ¡Io, Io! Tiene confianza en sus versos y para eso viene a concurso.

Y yo que soy el poeta, no vengo con mi melena para hacerme el muy hombrón. Ni doy a los que vienen a ver dos o tres veces el mismo refrito. Siempre traigo temas nuevos; son hechura de mi ingenio. A nadie imito y yo sólo me las capoteo.

Cuando Cleonte se hallaba en su más alta situación, no tuve miedo de meterle una puñalada en la mera punza. Pero una vez que cayó, ya no fui para ofenderlo.

Y mis émulos, como Hipérbolo, aunque está ya bien caído, ni a él respetan, ni a su madre. Y luego siguieron otros. Ahí está Eupolis, que al sacar a la escena su Maricas, en la cual había plagiado mis Caballeros, agregó solamente una vieja bien borracha que iba a bailar el cordax. Y esa ya Frinico la había inventado y aun la puso a que la devorara un monstruo marino.

Hermipo contra Hipérbolo hizo sus composiciones y todos me iban imitando aquella comparación que yo hice de las anguilas.

El que ríe con sus comedias que no guste de las mías.

Ahora, si a ustedes les gustan y son gente de sentido, aprueben mis invenciones y pasarán por gente de pensamiento.

PRIMER SEMICORO: ESTROFA.—Al

más alto de los dioses, a Zeus rey, yo llamo al coro y es al grande a quien invoco. Luego al del tridente fuerte, que a tierra y mar solivianta. Y a nuestro gran padre, el Eter digno de todos honores, el que da la vida a todo, el que rige los caballos, el que con lucientes rayos abarca la tierra. Es grande entre los dioses y poder divino entre los mortales.

Señores espectadores, concédanme su atención. Nos han vilipendiado, y a su cara reclamamos. Mucho más que otros dioses damos bienes a la ciudad. Y entre todos los númenes somos las únicas a quienes no rinden honores ni ofrecen un sacrificio.

Cuando se determinó una salida, a tontas y locas, nosotras tronamos fuerte y echamos rayos. Y después cuando el curtidor pafaglonio fue elegido como jefe de guerra, él, a quien detestan los dioses, nosotras fruncimos el ceño y mostramos gran indignación.

“Y en medio de los truenos el rayo refulgió.”

Y la luna se eclipsó y también el Sol hizo mengua para no ver los horrores que iba a obrar aquí Cleonte. Ese jefe de las armas. Pero ustedes lo eligieron.

Esta la razón de que digan que esta ciudad obra a tientas y no tiene su criterio. Pero los dioses convierten en bienes los errores de ustedes. Y aquí está hoy el remedio. Tomen a ese Cleonte y convénzanlo de robo y de extorsión y pongan cepo en su cuello y denle sus golpecitos como era costumbre antigua, y todo quedará bueno para esta pobre ciudad.

SEGUNDO SEMICORO: ANTISTROFA.
¡Ven y a mi lado ponte, oh Febo soberano, dios que en Delos impera y domina en la Cintia, roca de gran altura! ¡Ven tú, la que en Efeso tienes tu templo de oro y a la que sirven siempre las doncellas de Lidia! ¡Ven tú nuestra diosa nacional, que tienes la égida como emblema y con ella la defiendes, ven Atena divina! ¡Ven tú el que vagas en las

rocas del Parnaso, entre las antorchas de las bacantes delfias, oh regocijado Díóniso!

Cuando íbamos a partir, Selene vino a nosotras y nos mandó saludar a los atenienses y a sus aliados. Dijo que estaba enojada por el modo que para ella tienen. Ella los favorece, no con palabras, sino con el hecho vivo de su luz. Por lo menos cada mes les economiza antorchas, por valor de un dracma acaso. Cuando va a cerrar la noche dicen todos: No comprenden antorchas, que está muy buena la luz de la luna. Y otros beneficios hace. Pero se queja de que han puesto en desorden sus días. Sufre quejas de los dioses, porque les mudan sus fiestas. Y el que esperaba una cena, mudado el día, queda frustrado. Ya no es el día que antes era y se queda sin cenar. Y el día que había un sacrificio se ponen a divagar en comilonas y juegos. Y cuando los dioses practican el ayuno de Memnón y Sarpedón, ustedes están bebiendo y haciendo mil festejos.

Esta fue la razón de arrebatarle a Hipérbolo su corona de representante ante los anfictiones. ¡Que aprenda a regular el curso de los días por la marcha de Selene!

SÓCRATES. (*Sale de su casa.*)—¡Por la Respiración, por el Caos y por el Aire lo juro! No he visto a ningún hombre tan salvaje, tan tonto, tan mentecato, tan olvidadizo en todo, como éste. Todo lo que se le enseña, aunque sean cosas muy finas, lo olvida antes de aprenderlo. Pero eso lo voy a demostrar ante todos. ¿Estrepsiades, dónde estás? Ven y saca tu camastro.

ESTREPSIADES. (*Sale.*)—¡No lo saco. No me dejan sacarlo las chinches!

SÓCRATES.—Sal pronto y pon atención.

ESTREPSIADES.—Veme aquí.

SÓCRATES.—Vaya, entre tantas cosas que ignoras qué quieres que te enseñe primero: dílo. ¿Medidas, ritmos, versos?

ESTREPSIADES.—Yo, medidas. Hace días un vendedor de harina me hizo chapuza con dos litros.

SÓCRATES.—Eso no es lo que pregunto. ¿Cuál es la mejor medida en tu parecer, el trímetro o el tetrametro?

ESTREPSIADES.—Por mí sobre todo el de medio almud.

SÓCRATES.—¡Nada dices, oh hombre!

ESTREPSIADES.—¿Vamos apostando? La medida de cuatro es tanto como un almud. ¿Qué hubo?

SÓCRATES.—¡Vete al diablo! ¡Qué tarugo y qué romo de mollera eres! Vamos a ver si aprendes ahora algo sobre el ritmo.

ESTREPSIADES.—Y, ¿esos ritmos sirven para ganar qué comer?

SÓCRATES.—Desde luego serás grato en una reunión si sabes cuál ritmo es enoplio y cuál es dáctilo.

ESTREPSIADES.—Pero el dáctilo yo lo conozco, por Zeus que sí. Míralo, el dáctilo es dedo, ¿no? (*Le muestra el dedo alargado.*) Y cuando yo era chiquillo me gustaba hacer así levantando el de enmedio.

SÓCRATES.—¡Qué salvaje y qué tarugo!

ESTREPSIADES.—Pero es, mi pobre señor, que yo no quiero aprender nada de esas cosas.

SÓCRATES.—¿Qué, pues?

ESTREPSIADES.—Aquéllo, aquéllo, el discurso más injusto.

SÓCRATES.—Antes hay que aprender otras cosas. Cuáles son entre los cuadrúpedos los propiamente machos.

ESTREPSIADES.—Eso bien que lo sé, a no ser que ande yo loco... el borrego, el chivo, el toro, el petro, el pípilo...

SÓCRATES.—¿Ves lo que haces? Estás llamando pípilo al macho y a la hembra. Esta es la pípila, no él.

ESTREPSIADES.—¿Cómo, dime?

SÓCRATES.—¿Cómo? Pípilo y Pípila.

ESTREPSIADES.—Vaya, por Poseidón, ¿cómo habrá de llamarse? Ella gallina, el otro gallo.

Bueno, sea, por el Aire, bien vale

dáctilo: pie compuesto de tres sílabas: una larga y dos breves

esta lección el que llene de harina la artesa.

SÓCRATES.—Otra vez... Esa artesa es femenina.

ESTREPSIADES.—No la hago yo mucho.

SÓCRATES.—Exacto, lo mismo que cuando decías Cleónimo.

ESTREPSIADES.—No es eso. No entiendo.

SÓCRATES.—Das el mismo valor a la artesa que a Cleónimo. Este tiene un mortero bien redondo donde lo están constantemente moliendo.

ESTREPSIADES.—¿Y cómo decir entonces?

SÓCRATES.—La artesa, lo mismo que dices la Sóstrata.

ESTREPSIADES.—Tendré que decir entonces la Cleónima.

SÓCRATES.—Y también tienes que aprender en el uso de los nombres cuáles son de género masculino y cuáles de femenino.

ESTREPSIADES.—Ya sé cuáles son femeninos.

SÓCRATES.—¿A ver?

ESTREPSIADES.—Lucila, Filina, Clitágora, Demetria...

SÓCRATES.—Ahora los masculinos.

ESTREPSIADES.—Miles... Filoxeno, Melesias, Aminias...

SÓCRATES.—¡Tonto, éstos no son masculinos!

ESTREPSIADES.—Entre ustedes no son masculinos, ¿verdad?

SÓCRATES.—Claro... ¿Cómo le gritarías a Aminias si lo encontraras?

ESTREPSIADES.—¿Cómo? Así: Aminias, Aminias.

SÓCRATES.—¿Ves cómo usas formas femeninas?

ESTREPSIADES.—¿No es justo llamarlo hembra, cuando no quiere dar ni servicio militar? Pero... ¿a qué debo aprender lo que ya todos sabemos?

SÓCRATES.—Nada, por Zeus... acuéstate allí.

ESTREPSIADES.—Y, ¿para qué?

SÓCRATES.—Ponte a pensar en un medio de arreglar tus asuntos.

ESTREPSIADES.—En ese camastro

no. Si tengo que meditar, déjame hacerlo en el suelo.

SÓCRATES.—No se puede hacer de otro modo.

ESTREPSIADES.—Desgraciado que soy yo. ¡Cómo me van a fregar las chinchas en este día! (*Se acuesta en el camastro.*)

Sale Sócrates.

CORO: ESTROFA. — Medita en ti mismo y vuélvete y revuélvete en toda forma. Si encuentras un tropiezo, rápidamente muda de tema en el pensamiento. Y que huya el dulce sueño de tus ojos.

ESTREPSIADES.—¡Ay, ay, ay, ay, ay, ay!

CORO.—¿Qué te pasa? ¿Qué sientes?

ESTREPSIADES.—¡Me muero de dolor, pobre de mí... De este camastro vil van saliendo las chinches de Corinto. Me muerden en los costados, me están chupando la vida... me pican en mis almendras y se me meten por detrás y se van hasta adentro... éstas me van a matar!

CORIFEÓ.—No te aflijas tanto, tanto.

ESTREPSIADES.—Y ¿cómo no? Veo mis bienes... se los llevó el río... se llevó el río mi vida y mi color... se llevó hasta mis zapatos y, para colmo de males, me voy a pasar cantando la guardia... me lleva la tristeza!

Sócrates reaparece.

SÓCRATES.—¡Epa amigo, qué haces? ¿No estás meditando?

ESTREPSIADES.—¿Yo? ¡Cómo no, por Poseidón!

SÓCRATES.—¿En qué meditaste?

ESTREPSIADES.—En que si dejarán algo de mi cuerpo estas chinchas.

SÓCRATES.—Morirás infamemente, malvado.

Se va Sócrates.

ESTREPSIADES.—¡Yo morir... si estoy deshecho, amigo!

Piel de borrego que
cubren la lana

CORIFE0.—No te revuelvas, arró-
pate. Hay que hallar alguna idea que
te libre de pagar. Un medio de de-
fenderte.

ESTREPSIADES.—¡Ay pobre de mí,
¿habrá alguno que me eche una za-
lea para protegerme haciéndome bo-
rrero?

Viene Sócrates.

SÓCRATES.—Vamos a ver qué ha-
ce este hombre. Vaya, ya te estás
durmiendo...

ESTREPSIADES.—Por Apolo, no se-
ñor: yo no estoy dormido.

SÓCRATES.—¿Qué tienes?

ESTREPSIADES.—Nada por Zeus,
tengo yo.

SÓCRATES.—¿Nada de veras?

ESTREPSIADES.—Solamente esto
que tengo aquí en mi mano de-
recha.

SÓCRATES.—Tápate pronto y me-
dita.

ESTREPSIADES.—¿Y en qué he de
meditar? Dímelo tú, Sócrates.

SÓCRATES.—Tú, ve qué te interesa
y dímelo luego.

ESTREPSIADES.—Mil veces te dije
ya: lo que quiero es hallar medio
de no pagar a ninguno.

SÓCRATES.—Vamos, envuélvete
bien y ve haciendo tu pensamiento
particular. Haz tu reflexión parte por
parte y de todo el conjunto. Divide
y examina, como mandan las reglas.

ESTREPSIADES.—¡Ay infeliz de mí!

SÓCRATES.—Está tranquilo. Te
molesta una idea, déjala y sigue. Y
después vuelve a ella y vela movien-
do y pésala bien.

ESTREPSIADES.—¡Ay Socratitos
querido!

SÓCRATES.—Viejo, ¿qué pasa?

ESTREPSIADES.—Ya hallé una idea
de no pagar.

SÓCRATES.—Echala.

ESTREPSIADES.—Dime ahora...

SÓCRATES.—¿Qué te digo?

ESTREPSIADES.—Si me compro
una maga de Tesalia y por la noche
hago bajar la luna y la encierro en
una caja, como si fuera un espejo,
¿no está muy bien guardada?

SÓCRATES.—Y eso ¿qué te aprove-
vecha?

ESTREPSIADES.—¿Cómo qué? Ya
sale la luna, ya no hay último día
del mes y ya no pago.

SÓCRATES.—Eso, ¿por qué?

ESTREPSIADES.—Es porque el pa-
go del rédito se hace al acabar el
mes.

SÓCRATES.—Va bien eso. Pero yo
te voy a proponer otra treta. Si te
hacen juicio por cinco talentos, ¿có-
mo le harías para invalidarlo? Dí-
melo.

ESTREPSIADES.—¿Cómo? ¿cómo?
Yo no sé. Hay que ponerse a bus-
car.

SÓCRATES.—No ates ahora el pen-
samiento a ti mismo. Déjalo que
vuele al aire. Haz lo que hacen los
chicos: Atan un escarabajo con un
hilo y lo dejan que vaya volando,
pero sin perder el hilo.

ESTREPSIADES.—¡He encontrado
un medio perfecto para eludir la ac-
ción de la justicia. Es tan hábil que
me darás la razón tú mismo!

SÓCRATES.—¿Cuál es ése?

ESTREPSIADES.—¿No has visto en
las farmacias una piedra, la bonita,
la transparente, con que se enciende
el fuego?

SÓCRATES.—Estás diciendo el cris-
tal.

ESTREPSIADES.—Eso mero. Dime
ahora, ¿qué te parece mi pensamien-
to? Tomo esa piedra a la hora que
el escribano está redactando la que-
ja. Me coloco en tal forma que el
sol haga que se funda la cera de las
tabletas en que escriben aquel auto.

SÓCRATES.—¡Sabidamente, por las
Gracias!

ESTREPSIADES.—¡Cuánto me gozo
de haber podido dejar anulado un
crédito de cinco talentos!

SÓCRATES.—Ahora resuélveme es-
to, pero pronto.

ESTREPSIADES.—¿Qué, pues?

SÓCRATES.—¿Cómo te las arregla-
rías, si en un proceso te hallaras y
estuvieras expuesto a perder por fal-
ta de testigos?

ESTREPSIADES.—Eso es muy fácil.

SÓCRATES.—¿A ver?

ESTREPSIADES.—Te lo digo. Si no había otra causa que fallar, sino una antes de la mía, me iba a ahorcar de carrera.

SÓCRATES.—¡Nada dices!

ESTREPSIADES.—Por los dioses, está bien... ¿quién me iba a hacer proceso después de haber muerto yo?

SÓCRATES.—Diciendo estás disparates. Lárgate, ya no te enseño.

ESTREPSIADES.—Pero ¿por qué? Por los dioses, Sócrates.

SÓCRATES.—Lo que acaso hayas aprendido, al momento lo olvidas. Vamos a ver, dime qué cosa te enseñé primero.

ESTREPSIADES.—¿Qué fue, qué fue lo primero? ¿Lo primero qué fue? ¿No era lo de la artesa en que se pone la harina?... ¡Ay de mí, qué ora?

SÓCRATES. — Que te coman los cuervos, que revientes, vejestorio desmemoriado y torpe como ninguno.

ESTREPSIADES.—¡Ay infeliz de mí! ¿en qué voy a parar yo? ¡Yo no aprendo a charlatanear...! Pero, Nubes, un consejo, un buen consejo, por favor.

CORIFEO.—Nosotras, señor anciano, te damos este consejo: Si tienes acaso un hijo en estado de educarse, mándalo en tu lugar para que aprenda.

ESTREPSIADES.—Sí, tengo un hijo precioso y muy buenote, pero no quiere aprender. ¿Qué hago yo?

CORIFEO.—Y, ¿lo toleras tú?

ESTREPSIADES.—Es de muy buen cuerpo y lleno de jugo y viene de una madre de alta alcurnia, nada menos de Cesira. Voy a buscarlo y, si él no quiere venir, lo echaré de la casa. Entra un poco, Sócrates, y espera.

Se mete a su casa.

CORIFEO. ANTISTROFA. — ¿Estás viendo que entre todos los dioses nosotras te damos muchas ventajas? Este ya queda dispuesto a hacer todo lo que mandes. Manéjalo lo me-

jor que puedas, mientras está alelado y admirando tu talento. Tú harás con él lo que quieras. Pero pronto, que las ocasiones se mudan más de lo que pensamos.

Sale Estrepsiades con su hijo.

ESTREPSIADES.—¡Por la Niebla, no me duras más en esta casa! ¡Lárgate y vete a comer las columnas de la casa de tu tío Megacles!

FIDÍPIDES.—¡Con un diablo! ¿qué te pasa, papá? ¡Ya no estás en tu juicio, por Zeus Olímpico!

ESTREPSIADES. — ¡Zeus Olímpico... mira, mira... tan crecido que estás todavía crees en Zeus!

FIDÍPIDES.—¿De qué te estás burlando?

ESTREPSIADES.—Es que tú eres un mozalbete lleno aún de vejestorios.

Ven acá y te diré cosas muy llenas de sentido. Te voy a decir algo que, si lo aprendes, resultarás todo un hombre. Pero no lo comuniqués a nadie.

FIDÍPIDES.—Vamos, ¿qué es eso?

ESTREPSIADES.—Acabas de jurar por Zeus.

FIDÍPIDES.—Lo hice así.

ESTREPSIADES.—¿Ves qué bueno es aprender, Fidípides? No hay tal Zeus.

FIDÍPIDES.—¿Quién entonces?

ESTREPSIADES. — Reina el Turbión... a Zeus lo echó fuera.

FIDÍPIDES.—¡Ay, ay...! ¿qué deliras?

ESTREPSIADES.—Sábetelo. Esto es así.

FIDÍPIDES.—¿Quién dice tal cosa?

ESTREPSIADES. — Sócrates, el de Melos, y Querefonte que sabe medir las huellas de una pulga.

FIDÍPIDES.—¿A tal grado de locura has llegado, papá, que das crédito a esos melancólicos?

ESTREPSIADES.—¡Chitón, y nada malo hables contra hombres tan dignos, que tienen entendimiento y tienen tal cuidado de los bienes domésticos, que ninguno de ellos se corta el pelo, ni usa de aceites perfuma-

dos, ni siquiera va al baño para asearse... ¡En cambio tú, como si ya hubiera yo muerto, estás dilapidando mis bienes! —Vamos, pronto entra a aprender en mi lugar.

FIDÍPIDES.—¿Qué cosa útil puedo yo aprender de éstos?

ESTREPSIADES. — ¿De veras? ¡Cuántas cosas sabias hay para los hombres! Reconocerás que tú mismo eres un ignorante y un zoquete.

Pero espera un momento.

Se mete a su casa.

FIDÍPIDES.—¡Ay, de mí, ¿qué voy a hacer? Mi padre ha perdido el juicio. Lo primero que he de hacer es ir a denunciarlo al tribunal por insania, o tal vez iré a declarar a los que fabrican ataúdes su locura... ¿qué haré?

Regresa Estrepsiades con un ave en cada mano.

ESTREPSIADES. — Vamos a ver, ¿qué nombre das a esta ave? Dímelo.

FIDÍPIDES.—Eso es un pavo.

ESTREPSIADES.—Está bien ¿y a esta otra?

FIDÍPIDES.—Es un pavo.

ESTREPSIADES.—¿Los dos igual? Eres un ridículo. De hoy en adelante tienes que llamar a uno pavo y al otro pava.

FIDÍPIDES.—¡Pavo y pava! Esas son las cosas sublimes que tú has aprendido de estos hijos de la... Tierra!

ESTREPSIADES.—También aprendí otras más, pero conforme las iba aprendiendo, también las iba olvidando. Y eso muy pronto, a causa de mis años.

FIDÍPIDES.—¿Por eso perdiste el manto?

ESTREPSIADES.—No lo perdí, está en la escuela; lo quité para pensar.

FIDÍPIDES.—Y, las sandalias, ¿dónde están? ¡Qué insensato eres!

ESTREPSIADES.—Me pasó lo de Pericles... las perdí por necesidad.

Destroza estrepitoso

Pero, ya, vamos, camina. Y haciendo caso a tu padre podrás hacer en tropicios. ¡Cómo me acuerdo de aquello: no habías cumplido solo años y apenas balbucías y yo te hacía caso a ti! Del primer óbolo que gané en el tribunal como heliasta yo te compré un carrito en las fiestas de Zeus.

FIDÍPIDES.—Bueno, sea... ya a tu tiempo te habrá de pesar.

ESTREPSIADES.—Bien está que te convenzas.

Habla a la casa de Sócrates:

¡Sal, sal, Sócrates, por favor: aquí te traigo a este hijo, que con trabajos he convencido!

Sale Sócrates.

SÓCRATES.—Este es un muchachito y no está acostumbrado a nuestros cestones colgantes.

FIDÍPIDES.—Cuélgate mejor y te acostumbraras.

ESTREPSIADES.—¡Al demonio, así insultas al maestro?

SÓCRATES. — ¡Cuélgate... qué mal pronuncia, y, la bocota que abre con esos labios tan gruesos! ¡Cuándo ha de aprender este mozalbete el arte de ganar en un proceso, de hacer una cita judicial, de hablar dulcemente para persuadir? Y esto por un solo talento lo aprendió Hipérbolo.

ESTREPSIADES. — No te sulfures, enseñalo. Es de alma industriosa por naturaleza. Cuando era un pequeñito, de este tamaño, ya en nuestra mansión fabricaba casitas, barcos, construía carritos de cuero y con cáscaras de granada hacía unas ranas muy bien imitadas. ¡Que se instruya en los dos razonamientos, el fuerte, sea como sea y el débil. Con el fuerte echará abajo al injusto. Y si no al menos enseñale este discurso.

SÓCRATES.—El mismo los aprende de la boca de las dos sabidurías. Yo me voy a otra parte.

Se mete Sócrates. De su casa salen dos personajes, el Discurso o Sabiduría Justa y el Discurso o Sabiduría Injusta. Vienen altercando.

SABER JUSTO.—Marcha y muéstrate a los espectadores con todo tu atrevimiento.

SABER INJUSTO. — Vete al lugar donde quieras. Yo te voy a anonadar hablando ante la multitud.

SABER JUSTO. — ¿Anonadarme a mí? ¡Tú quién eres!

SABER INJUSTO.—Un discurso.

SABER JUSTO.—El que no sirve.

SABER INJUSTO.—No sirvo, pero te venzo y eso que eres tú más fuerte.

SABER JUSTO.—¿Qué harás de sentido sabio?

SABER INJUSTO.—Nuevas máximas invento.

SABER JUSTO.—Es verdad, eso florece en estos tiempos por medio de estos mentecatos.

SABER INJUSTO.—Mentecatos no: ¡son sabios.

SABER JUSTO.—Malamente te destruiré.

SABER INJUSTO.—Di, para hacerlo ¿qué harás?

SABER JUSTO.—Diciendo las cosas justas.

SABER INJUSTO.—Yo a lo que digas tendré siempre algo que contraponer. Y ante todo afirmaré que la justicia no existe en absoluto.

SABER JUSTO.—¿Conque no existe?

SABER INJUSTO.—Dime luego... ¿dónde está?

SABER JUSTO.—Entre los dioses.

SABER INJUSTO.—¿Conque entre los dioses? ¿Puede haber justicia, cuando Zeus no pereció por haber encadenado a su padre?

SABER JUSTO.—¡Ay, ay... hasta dónde llega el mal! ¡Por favor, una escupidera!

SABER INJUSTO. — ¡Viejo caduco, chiflado!

SABER JUSTO.—¡Tú joto desvergonzado!

SABER INJUSTO.—Me estás echando mis flores.

SABER JUSTO.—Eres un bufón perfecto.

SABER INJUSTO.—Me das coronas de lirios.

SABER JUSTO.—Un matador de tu padre.

SABER INJUSTO. — No sabes, me echas polvo de oro.

SABER JUSTO.—¡Plomo te echara y no oro!

SABER INJUSTO.—Ese es mi adorno ahora.

SABER JUSTO.—Eres un gran socarrón.

SABER INJUSTO.—Y tú un viejo anticuado.

SABER JUSTO. — Por causa tuya ningún jovenzuelo quiere asistir a la escuela. Y un día se sabrá en Atenas lo que enseñas a los necios.

SABER INJUSTO.—¡Desvergonzado apuesto!

SABER JUSTO.—Tú ahora te sientes arriba. Y antes andabas pidiendo limosna, diciendo que eras Télefo de Misia y cargando tu morral. Pero sólo andabas royendo los pensamientos jurídicos de Pandeletto.

SABER INJUSTO.—¡Oh qué saber!

SABER JUSTO.—¡Oh qué locura!

SABER INJUSTO.—Esa que me estás recordando.

SABER JUSTO.—La tuya y con la cual corrompes a los muchachos en esta misma ciudad.

SABER INJUSTO.—Tú tan viejo como Cronos, ¿vas a instruir a este muchacho?

SABER JUSTO.—Si hay necesidad, que sí. Que no se vuelva un perdido entregado a la charlatanería.

SABER INJUSTO. (*A Fidípides.*)—Ven para acá. Déjalo que diga insensateces.

SABER JUSTO.—Cuidado si pones la mano encima.

CORIFE0. (*En medio de los dos.*) ¡Basta de pleitos y de injurias! Y tú, declara lo que antes enseñabas, como tú la nueva enseñanza. Si este joven oye las dos doctrinas, ya podrá escoger entre ellas.

SABER JUSTO.—Bien me place hacerlo.

SABER INJUSTO.—Y yo también lo quiero.

CORIFE0.—¿Quién va a hablar primero?

SABER INJUSTO.—Le dejo el lugar a éste. Y cuando él haya concluido, yo con frases bien cortadas y con nuevos pensamientos, lo haré trizas, como si fueran mis flechas. Y si todavía respira y dice alguna palabra picaré cara y ojos, como lo hacen los tábanos, y morirá a mis palabras.

CORO: ESTROFA.—Ahora hay que demostrar tanto el uno como el otro, bien fiados de su agilidad para razonar y de sus buenas razones propuestas en forma con sus sentencias incrustadas, quién es el mejor para la actividad oratoria. Ahora el momento de la prueba definitiva tocante a la sabiduría por la cual están combatiendo en gran certamen ambos.

CORIFE0. (*Al saber justo.*)—Pero, tú que a los antiguos ceñiste coronas de discreción, di el pensamiento que gustes y di cuál es tu natural.

SABER JUSTO.—Diré ahora de la vieja educación, en qué forma iba dispuesta. Entonces florecía yo hablando las cosas justas y la que imponía la ley era la discreción.

Ante todo, ningún niño iba a dejar oír su voz. Se les veía cómo iban por todos los caminos, ordenados y en silencio, hacia la casa del maestro de música. E iban todos sin abrigo, sin manto y sin túnica, aunque cayeran los copos de nieve como la harina. Iban todos los del barrio.

Ya sentados en el suelo, con las piernas separadas, se les enseñaba un canto:

“Oh Palas, de ciudades terrible

destructora...”

O este otro:

“Un grito de lejos repercute...”

Y ellos mantenían el módulo fijado por sus mayores.

Y si había alguno que hiciera payasadas, o torciera la voz con ritmos decadentes, con esos chilliditos agudos que Frinis introdujo, tan

difíciles de cantar para quien es serio, le daban sus cuartazos, por mostrarse enemigo de las Musas.

Y en casa del maestro de gimnasia los muchachos tenían que sentarse con las piernas dispuestas de tal modo, que no mostraran signos de su virilidad. Y cuando se levantaban debían alisar bien la arena, para que los que andan a caza de amantes no vieran en ella los tamaños de lo que andan buscando.

Ningún muchacho entonces se ungía aceites olorosos más abajo del ombligo. Y estaban sus bellos órganos entre un vello fino, y suave, cual peluza de membrillo.

No había un solo muchacho que con voces afeminadas provocara al amante, ni siquiera haciéndole señas con sus ojos.

No se le permitía comer rábanos, ni quitar a sus mayores algo de apio. No podía comer a hartarse, ni reír a carcajadas, ni cruzar siquiera la pierna.

SABER INJUSTO.—¡Esas son puras vejeces, del tiempo de las Dipolias, todo lleno de cigarras de Cecides y Bufonías!

SABER JUSTO.—¡Pero con esas vejeces fueron formados los héroes que triunfaron en Maratón! ¡Esa educación los hizo! Y tú ahora, ¿qué les enseñas? Muy a buena hora han de envolverse en sus mantos, y me quedo estupefacto cuando veo en las fiestas Pananteneas, que al bailar se van cubriendo con el escudo los genitales, sin tener en cuenta a Atena Tritogenia.

Se vuelve a Fidípides:

Por lo mismo, jovencito, sin desconfianza adhiérete a mi enseñanza, la del Saber justo. Mira lo que aprenderás:

Aborrecer la vagancia por el ágora. No ir a los baños públicos. Avergonzarte de los hechos que son infamantes. Cuando te vituperen, volverte una llamarada. Levantarte del asiento cuando un anciano se

acerque. A ser muy comedido y respetuoso con tus padres. A no hacer cosa alguna vergonzosa que hiera tu pudor, que es tu mejor adorno. A no ir con danzarinas y quedarte boquiabierto, no vaya a ser que te eche un membrillo una de esas mujerzuelas y así, pierdes tu honradez. A no contradecir a tu padre, llamándolo viejo Yapeto y echándole en cara su edad y el tiempo en que fuiste criado como un muchacho sin juicio.

SABER INJUSTO.—Jovencito, si lo crees, por Dióniso, que te vas a convertir en un puerquito de Hipócrates y te darán por apodo el niño de la madre, todo él afeminado.

SABER JUSTO.—Mientras brillas y floreces has de gastar el tiempo en los gimnasios. No harás tiempo perdido despedazando abrojos en el Agora. Es lo que se hace ahora. No te enardecerás en tu enojo, si hay quien algo hiriente te diga, aunque sea muy pequeño.

O irás a los jardines de Academio y te andarás paseando bajo sacros olivos, coronado con una sencilla guirnalda de blancas guías de caña, juntamente con un amigo de tu edad. Y aspirarás el suave perfume de las flores y gozarás la frescura de los blancos álamos, saboreando en sabrosa calma, sin preocupación alguna, la hermosura del día primaveral, allí donde los plátanos y los olmos al remecerse hacen dulce murmullo.

Si haces lo que yo te digo, y a eso aplicas tu alma, tendrás siempre un pecho enhiesto, un cutis resplandeciente, grandes espaldas, lengua corta, nalgas grandes, miembro bien proporcionado.

Pero si sigues las normas que se van estilando ahora, tendrás en primer lugar, una piel lánguida y pálida, unas espaldas estrechas, un pecho muy reducido, una lengua larga, larga, nalgas cortas, miembro largo, más de lo que manda el decreto. Tendrás que dar por honesto todo lo que es oprobioso, y también por oprobioso todo lo que es ahora ho-

nesto. Y para acabalar todo, te mancharás con las lacras de Antímaco.

CORO: ANTISTROFA.—¡Oh tú, que cultivas la más bella y alta sabiduría, cuán dulce es la flor en tus discursos encerrada! ¡Felices los que vivieron en esos tiempos de los antepasados!

(Al saber injusto.)—Tú ahora, que tienes un arte fino y tajante debes decir ahora algo nuevo, para abatir al adversario que es muy digno de aprecio.

CORIFE0.—Tendrás que ofrecer sutiles razones y muy fuertes para oponerlas a las que éste nos daba antes. Es un adversario poderoso.

SABER INJUSTO.—Tiempo hace que estoy ansiando echar por tierra sus argucias y me ardían las entrañas al esperar que acabara. Todo quedará destruido, ante mis máximas nuevas.

Me llaman a mí Saber débil, o saber injusto, esos que se creen muy sabios, porque yo soy el primero que he contrapuesto razones a las leyes y a la justicia.

Y sin embargo, ^{peso, balanza} mi arte vale más de mil estateras. Es tener en cuenta razones flacas y hacer que valgan.

(A Fidípides.)—Mira bien cómo voy a echar abajo toda esa argumentación que él pondera tanto.

Dice, que no has de bañarte en los baños de las termas.

(Se vuelve al Saber justo.)—¿En qué fundas tu precepto?

SABER JUSTO.—¡Eso es muy malo y hace muelle al hombre!

SABER INJUSTO.—¡Alto ahí! Ya estás atrapado y escaparte no podrás. Y dime: ¿quién fue el más fuerte y más viril entre los hijos de Zeus; el de mayores arrestos en el alma, el más valiente y el que mayores proezas hizo?

SABER JUSTO.—Por mi parte a nadie pongo sobre Heraclés.

SABER INJUSTO.—Y ¿has visto alguna vez “baños de Heraclés” que sean fríos? Y no hay hombre más hombre que él.

comida para diversión

SABER JUSTO.—¡Esta razón, ésta es la que hace que nuestros jovencitos anden todo el día charlando y repletos los baños, mientras están las pastras vacías!

SABER INJUSTO.—Otra cosa que les echas en cara es que se entretengan en el Agora. Yo lo apruebo totalmente.

Si eso fuera malo, ni Homero ni Néstor hubieran hecho tan gran caso de los oradores.

Y voy ahora con el uso de la lengua. Este dice que los jóvenes no deben ejercitarse en ella. Y yo digo lo contrario.

Dice él que han de someterse a reglas de moderación. Esos son males muy grandes. Dos errores enormes. Dime, tú, Saber justo, ¿Has visto que un moderado consiga escalar las cumbres?

Anda, habla y contradice todo lo que voy diciendo.

SABER JUSTO.—En cuántos hechos. Por esa justicia antigua y fue la manera de que Peleo recibiera galardón.

nacido en los montes

SABER INJUSTO.—¡Una daga! Y qué provecho pudo obtenerle esa daga. ¿De qué le sirve al infeliz? Hipérbolo, malvado como tú sabes, pero diestro y socarrón, ganó la contienda, siendo un vendedor de cachivaches y venía todo cubierto de planchas montaraces. ¡Y qué cantidad de dinero sacó el infeliz... No, por Zeus, una daga, no!

SABER JUSTO.—Pero se casó con Tetis, y eso lo debe a ser hombre bien formado en sus costumbres.

SABER INJUSTO.—Pero Tetis muy en breve lo dejó a media calle. Es que no era hombre de bríos ni sabía dar gusto bajo las cobijas a la mujer. ¡Lo que ellas quieren es que las dominen como una ciudad en asedio! Y tú, viejo más antiguo que Cronos, qué puedes decir a esto...

A Fídipides:

Mira bien ahora, muchacho, de lo que van a privarte con su famo-

sa templanza: ya no tendrás tus muchachos, ni mujeres, ni el cótabo, ni pescado, ni copa, ni francachelas... ¿Para qué sirve la vida, si nos falta todo eso? Quede eso así, y vamos adelante. Vamos a ver las cosas naturales. Cometes un delito, has sido enamorado, has entrado con la mujer de tu vecino. Te atrapan en el acto. Te arruinas, si no sabes defenderte. Pero si te formas a mi lado, la cosa cambia. Baila, riéte, goza, nada es malo para ti. Si te hallan con mujer ajena, le dirás al marido que tú no eres el culpable. Di que eso mismo hizo Zeus, rendido por el amor y vencido por las mujeres. ¡Tú, mortal inerme, podrías tener más fuerza que un dios!

SABER JUSTO.—¿Si sigue tus normas podrá escapar de la pena de los adúlteros, quemado y depilado con ceniza por detrás, y del mismo modo tendrá medio de probar que no es un invertido pasivo?

SABER INJUSTO.—Suponte que lo fuera, ¿qué de malo en eso hay?

SABER JUSTO.—Dirás más bien, qué cosa hay peor que eso.

SABER INJUSTO.—¿Qué dirías si en esto también te venzo?

SABER JUSTO.—Callarme, ¿qué otra cosa?

SABER INJUSTO.—Pues bien, vas a decirme, ¿de dónde se toman los agitadores públicos?

SABER JUSTO.—De los invertidos.

SABER INJUSTO.—Te lo creo. Y los trágicos, ¿de dónde?

SABER JUSTO.—También son invertidos.

SABER INJUSTO.—Dices bien. ¿Y los demagogos?

SABER JUSTO.—De invertidos proceden.

SABER INJUSTO.—Vaya, pues, ¿te das cuenta de que nada dices? Ahora ponte a mirar a los espectadores: a ver qué mayoría hallas.

SABER JUSTO.—Ya los veo.

SABER INJUSTO.—¿Qué ves, pues?

SABER JUSTO.—¡La mayoría, por los dioses, son de esta clase: invertidos! A éste bien lo conozco. Y a

¡qué! otro, y al que tiene cabellera larga.

SABER INJUSTO.—¿Qué vas a decir entonces?

SABER JUSTO. — ¡Vencidos estamos... señores invertidos, allí va mi manto: me paso a vuestras filas!

Entra a la casa de Sócrates.

SABER INJUSTO A ESTREPSIADES.—¿Qué dices? ¿Te llevas a tu hijo, o le enseño el arte de orador?

ESTREPSIADES.—Enséñalo, castígalo y afílale la lengua. De un lado para que defienda causas pequeñas, y del otro, por el lado de la quijada para grandes causas.

SABER INJUSTO.—Queda sin cuidado. Va a salir un sofista hecho y derecho.

FIDÍPIDES.—¡Poca cosa a lo que veo y sin ningún valimiento!

CORIFEO.—Vamos, desalojad ahora.

Entran a la casa de Sócrates el Saber injusto y Fidípides. El Corifeo se dirige a Estrepsíades.

—Tú vas a arrepentirte de lo que acabas de hacer.

Al público:

Lo que ganarán los jueces si se unen a este coro. Es lo que voy a decir.

En primera, cuando quieran dar al campo su labor, cuando la primavera inicia su marcha, lloveremos primero para vosotros y después para los demás.

Cuidaremos mieses y viñedos hasta que maduren, sin que tengan que sufrir ni sequía ni lluvia impertinente.

Pero si hay quien nos ofenda, diosas somos y él mortal, nos vengaremos de él. No habrá nada en sus plantíos, ni fruta ni mies alguna. Si sus olivos florecen y sus vides echan flor, serán destruidos luego, nuestras fuerzas los aniquilarán.

Cuando hagan sus ladrillos, haremos intensa lluvia, y haremos que las tejas mismas de sus tejados caigan al golpe de nuestros redondos granizos, quedando resquebrajadas.

Si alguno de ellos se casa, él, sus parientes o amigos, lloveremos toda la noche a tal grado que él querrá permanecer en Egipto antes que jugar a mal fin.

ESTREPSIADES. (*Saliendo de su casa.*)—Cinco, cuatro, tres y luego dos, y sigue el día que más temo. Me horroriza, me confunde y me hace estremecer. Es el día funesto en que se divide la luna vieja de la nueva. Cada uno de esos a quien debo algo jura que dará su acusación y me arruinará en seguida. Y eso que lo que yo pido es siempre bien moderado. Digo así: —¡No seas demonio, no me exijas este pago, dame tiempo para el otro, y perdóname el tercero! Y ellos dicen que en esa forma nunca van a recobrar lo suyo, y me injurian y me llaman sinvergüenza y me hacen amenazas de llevarme al juicio público.

Pero eso no me importa, si mi hijo Fidípides ha aprendido a hablar en juicio. Voy a saberlo luego, tocaré al pensadero.

Se acerca a la casa de Sócrates y llama.

¡Muchacho, muchacho, yo soy, muchacho!

SÓCRATES. (*Sale.*)—Muchos saludos, Estrepsíades.

ESTREPSIADES. — Igualmente. Por lo pronto, toma esto. (*Le da un costalito de harina.*) Es debido dar su paga al maestro. Dime: mi hijo ha podido aprender el buen saber famoso. Es el chico que ha poco recibiste.

SÓCRATES.—Ya aprendió.

ESTREPSIADES.—¡Salve, señor del mundo, Fraude invencible!

SÓCRATES. — Cuando tú quieras, quedarás libre de cualquier proceso.

ESTREPSIADES.—¿Y si había préstamos cuando yo pedí el préstamo?

SÓCRATES.—Cuantos más, mejor, aunque fueran mil.

ESTREPSIADES.—¡Voy a dar gritos ahora, en tono largo y agudo:

¡Hola, hola, usureros, que fijáis el día por óbolos, van a morir vuestros capitales y también vuestros réditos!

¿Qué más me podréis hacer, ahora que mi hijo se educa en esta casa de sabios y tiene ya una lengua afilada en dos sentidos, un filo en mi defensa y otro contra mis adversarios. A mí me salva la casa, a ellos los arruina. Es el gran libertador de los males de su padre.

(A Sócrates.)—Llámalo por favor. Que salga a ver a su padre.

Entra Sócrates a su casa y sale después con Fidípides.

SÓCRATES.—Este es el hombre.

ESTREPSIADES.—¡Amado, amado!

SÓCRATES.—Vete y llévate.

Se mete Sócrates.

ESTREPSIADES.—¡Hijo, hijo, hijo, hijo... qué gusto verte y ese tinte de tu rostro! Ahora sí que vas a ser el que admite y el que niega. En tu cara se conoce, que es cara de sí y de no... Si te ofenden, cara dura; si ofendes, "¿qué dice usted?" Y en los ojos tienes la mirada sin recato que tienen los atenienses.

Así como fuiste tú el autor de mi ruina, ven ahora a ser el que restaure mis bienes.

FIDÍPIDES.—¿Qué es lo que temes?

ESTREPSIADES.—La luna nueva y la vieja.

FIDÍPIDES.—Pero, ¿es que hay día de luna nueva y de luna vieja?

ESTREPSIADES.—Sí, eso dicen los que me van a consignar al tribunal de justicia.

FIDÍPIDES.—Esa causa va perdida, que un día no puede ser dos.

ESTREPSIADES.—¿Se puede eso?

FIDÍPIDES.—Y cómo se va a poder... ¿una vieja puede ser al mismo tiempo joven?

ESTREPSIADES.—Esa es la letra de la ley.

FIDÍPIDES.—Pero aunque sea la

ley, hay que entender bien su espíritu.

ESTREPSIADES. — Y ese espíritu, ¿cuál es?

FIDÍPIDES.—El viejo Solón era por su natural amigo del pueblo.

ESTREPSIADES.—¿Y eso qué tiene que ver con la luna nueva y vieja?

FIDÍPIDES.—El fijó dos días, la luna nueva y la vieja. De modo que los depósitos hubieran de hacerse en el día de novilunio.

ESTREPSIADES.—¿Por qué entonces agrega la luna final?

FIDÍPIDES.—Oye por qué, amigo mío, para que los que presentaran su exigencia y pretensión con un día más de medio, pudieran librarse del pago, o serían turbados sólo a la mañana siguiente.

ESTREPSIADES.—Entonces, ¿de qué proviene que los magistrados reciban los depósitos en el día que llaman nuevo y viejo?

FIDÍPIDES.—Les pasa eso mismo que los que tienen cargo de gustar de los manjares, para probar si están buenos. Así estos magistrados quieren un día anticipado para saborear las consignaciones de deudas.

ESTREPSIADES.—¡Muy bien!

(Al público.)—¡Ay, infelices! ¿a qué estar allí sentados como tontos en espera de ser presa de los listos? ¡Montón de piedras, en hacinamiento sin nombre, rebaño de borregos, ánforas puestas en fila!

Por eso en mi propio honor y en el honor de mi hijo, voy a cantar como triunfo un canto de victoria:

¡Feliz eres, Estrepsiades, tú para sabio naciste, y este hijo procreaste!

Ya no dirán mis amigos y gente del pueblo tonta, nada en contra mía, si ven cómo defiendes en los procesos.

Ven, hijo, quiero ahora agasajarte, y darte un gran parabién.

Se meten él y su hijo.

Llega un acreedor con su testigo.

PASÍAS. (Primer acreedor.)—¿Un hombre acaso debe sacrificar sus bie-

nes? ¡Nunca jamás! ¡Cómo no perdí el tiempo la vergüenza y me hubiera invitado líos! Para recobrar mi dinero tengo que traerte ahora como testigo y voy a echarme encima a un vecino de esta misma demarcación.

Sea lo que sea, nunca me voy a mostrar indigno de mi patria. Voy a llamar a Estrepsiades.

Llama a la puerta y sale el mencionado.

ESTREPSIADES.—¿Quién es?

PASÍAS.—Por la luna vieja y nueva.

PASÍAS. — Por la luna vieja y nueva.

ESTREPSIADES. (*Al testigo.*)—Tú me sirves de testigo. Ha mencionado dos días. Y tú, ¿qué pretendes ahora?

PASÍAS.—Tú recibiste doce minas para comprar un caballo overo.

ESTREPSIADES.—¿Un caballo yo? ¡Lo oyen! ¡Si aborrezco los caballos!

PASÍAS.—Por Zeus, que sí, tú hiciste compromiso de pagarme y juraste por los dioses.

ESTREPSIADES.—¡Por Zeus, bien pudiera ser, pero es que mi hijo Fidípides no había aprendido aún el discurso irresistible!

PASÍAS.—¿Por eso niegas la deuda?

ESTREPSIADES. — ¿Qué provecho sacaría yo entonces de sus conocimientos?

PASÍAS.—¿Te atreverías a negar la deuda aun jurando por los dioses, allí donde yo te cite?

ESTREPSIADES.—¿Por los dioses? ¿Quiénes son?

PASÍAS.—Zeus, Hermes, Poseidón.

ESTREPSIADES.—¡Por Zeus, y aun agregaré tres óbolos, si me haces prestar juramento.

PASÍAS.—Que revientes por tu desvergüenza.

ESTREPSIADES.—¡Si le salaran el cuero bien podría servir de odre!

PASÍAS.—¿Cómo te burlas de mí!

ESTREPSIADES.—Y podría contener seis congios.

PASÍAS.—¡Por Zeus, por los grandes dioses, tú me tendrás que pagar.

ESTREPSIADES.—Me diviertes con tus dioses, y ese Zeus que tomas por testigo causa risa a todo el mundo, con tal que sepa algo.

PASÍAS.—De esas palabras darás cuenta tarde o temprano. Bueno, ¿me pagas sí o no? Responde y déjame ir.

ESTREPSIADES. — No te muevas, ahora vengo. Ya te responderé muy claro.

Entra a su casa.

PASÍAS. (*A su testigo.*)—¿Qué pienso que vaya a hacer? ¿Piensas que va a pagar?

Sale Estrepsiades. Lleva una artesa en la mano.

ESTREPSIADES. — ¿Dónde está el que me reclama dinero? Dime tú, ¿qué cosa es ésta?

PASÍAS.—Es una artesa.

ESTREPSIADES.—¡Y así pides dinero... tú que llamas artesa a lo que es artesón! ¡Ni un óbolo para ti!

PASÍAS.—¿No me vas a pagar entonces?

ESTREPSIADES.—No que yo sepa. ¿Te vas o no? ¡Estás plantado en mi puerta!

PASÍAS.—Me voy, pero ten sabido que te voy a consignar al tribunal o me muero.

Se va con su testigo.

ESTREPSIADES.—Tendrás que agregar a tus pérdidas unas doce minas más y eso todo por haber sido tan torpe de llamar artesa al artesón.

Llega el segundo acreedor, Aminias.

AMINIAS.—¡Ay, ay, ay de mí!

ESTREPSIADES.—¡Bah! ¿Quién es ese que se queja? ¿No será uno de esos dioses gemebundos que pone Carquinos en sus tragedias?

medida antigua para líquidos equivalente a 3 l

AMINIAS.—¿Quién soy? ¡Quisieras saber quién soy! Un hombre dado a la trampa.

ESTREPSIADES. — Da la vuelta y vete en paz.

AMINIAS. — “Oh numen cruel, suerte que quiebra el carro llevado por mis bridones, oh Palas, tú que pierdes.”

ESTREPSIADES.—Y, ¿qué mal te ha causado Tlepolemo?

AMINIAS.—Señor, no me fastidies, antes manda a tu hijo que me pague el dinero que de mí recibió y ahora principalmente que me encuentre en la chilla.

ESTREPSIADES.—Y, ¿qué dinero es ése?

AMINIAS.—El que pidió prestado.

ESTREPSIADES.—Por lo visto sí que eres desgraciado. Eso se ve.

AMINIAS.—Al correr los caballos me caí yo del carro, por los dioses que sí.

ESTREPSIADES. — Estás delirando como quien se cae del burro.

AMINIAS.—¿Es delirar, si pido que me paguen mi dinero?

ESTREPSIADES.—De veras que tú andas fuera de tus cabales.

AMINIAS.—¿Por qué?

ESTREPSIADES.—Creo yo que tu cerebro anda torcido por un fuerte golpe.

AMINIAS.—¡Ajá!, también yo creo que voy a consignarte, por Hermes que sí, si no me pagas la deuda.

ESTREPSIADES. — Dime ahora... ¿Crees tú que el agua que hace llover Zeus es nueva? ¿No será la que el sol hace caer llevándola en sus nubes?

AMINIAS.—Ni lo sé ni me importa.

ESTREPSIADES.—¿Cómo pretendes ahora exigir tu dinero si ignoras las cosas celestiales?

AMINIAS.—Bueno, si estás en apuros, paga al menos el rédito.

ESTREPSIADES.—¿Y qué animal es ése?

AMINIAS.—¿Qué otro ha de ser sino el dinero, que crece cada mes y crece cada día más y más a medida que el tiempo va pasando?

ESTREPSIADES.—Dices bien. Pero ahora, ¿qué me dices? ¿El mar crece cada día según tú, o perdura el de antes?

AMINIAS.—Por Zeus que no, sino que permanece el mismo, y fuera contra justicia que creciera.

ESTREPSIADES.—¡Ay infeliz, si el mar no crece, aunque en él desemboquen tantos ríos, tú quieres que te crezca tu dinero! Vete largando a tu casa. ¡Por favor, tráiganme una punta de aguijar!

AMINIAS.—De eso tomo yo testigos.

ESTREPSIADES. — ¡Lárgate! ¿qué esperas? ¡Epa, corcel!

AMINIAS.—¿Pero no es esto una infame violencia?

ESTREPSIADES.—¡Pega la carrera que si no te pincho el lomo con puntón, corcel volador!

*Hace intento de atacarlo
y Aminias huye.*

¡Te me escapaste! Bien pensaba yo que te irías de estampida con tus ruedas y tus carros!

Entra Estrepsiades a su casa.

CORO: ESTROFA.—¡Lo que es aficionarse a amar los malos negocios! El viejo, enamorado de sus argucias, quiere a toda costa defraudar a sus acreedores, no pagando el dinero que recibió prestado.

Es fatal que le sobrevenga hoy mismo algo que le dé el golpe por sus malas chapuzas.

ANTISTROFA. — Estoy pensando que va a hallar ahora lo que por tanto tiempo estuvo deseando: un hijo diestro en defender principios contrarios a la justicia para poder vencer a todos aquellos con quienes tiene negocios, aun con argumentos inadmisibles. Y acaso entonces deseara que el hijo fuera mudo.

Sale Estrepsiades seguido de su hijo.

¡Ay, ay, vecinos, parientes, ciudadanos, favor de socorrerme! ¡Ay, mi

cabeza, ay, mi quijada... maldito... ¿qué no miras que golpeas a tu padre?

FIDÍPIDES.—Claro que sí, papá.

ESTREPSIADES.—¡Lo ven y lo confiesa que él me pega!

FIDÍPIDES.—Cierto que sí.

ESTREPSIADES.—¡Bribón, parricida, horador de muros!

FIDÍPIDES.—Repítame eso y eso y agrega más... ¿no sabes que me gusta oír tus vilipendios?

ESTREPSIADES.—¡Joto infeliz!

FIDÍPIDES.—Echame más flores.

ESTREPSIADES.—¡Pegarle así a tu padre!

FIDÍPIDES.—Y por Zeus que te pruebo que lo hago con razón.

ESTREPSIADES.— ¡Bribonsísimo!... ¿Cómo habría razón para golpear a tu padre?

FIDÍPIDES.—Te lo voy a probar y te darás por vencido ante mis argumentos.

ESTREPSIADES.—¿En qué vas a vencerme?

FIDÍPIDES.—Total y absolutamente. Escoge cuál de los dos razonamientos quieres, el fuerte o el débil, el justo o el injusto.

ESTREPSIADES.—¡Por Zeus que yo me afané a que supieras cómo contradecir a la justicia, a ver si me convences que es justo que un hijo golpee a su padre.

FIDÍPIDES.—Tan voy a convencerte que cuando me hayas oído, no chistarás palabra.

ESTREPSIADES.—¡Vaya, hasta curiosidad tengo de oír lo que vas a decir!

CORO: ESTROFA.—Tu empresa es ahora, anciano, hallar medio de refrenar a este hombre. Este tal si no tuviera tan bien sentada confianza, no sería tan atrevido. Algo hay que le da valor, pues se siente muy seguro.

CORIFEÓ.—Pero antes hay que decir por dónde comenzó la discusión. Eso lo dirás al Coro.

ESTREPSIADES.—Diré primero en qué modo comenzamos a disputar.

Después de haber comido el aga-

sajo que saben, yo le pedí que tomara la lira y me cantara aquella canción de Simónides, de cómo fue trasquilado el atleta Carnero.

El me respondió que eso de cantar y tocar mientras está uno bebiendo es una antigualla, como si fuera una mujer que está moliendo a la tahona. — *molino de harina*

FIDÍPIDES.—¿No era bastante para abofetearte y patearte el que me mandarás cantar y tocar, como si fuera yo una chicharra invitada a tu mesa?

ESTREPSIADES.—¿Ven sus moditos de hablar allá en el interior de casa? Y luego dijo que Simónides era un mal poeta.

Yo por mi parte refrené mi disgusto y le dije que al menos empuñara una rama de mirto y me recitara algo de Esquilo.

Y él en mofa me dijo: — ¡Vaya, Esquilo, ese sí... Yo creo que ese poeta es el más retumbante, sin liga de pensamientos, pedantón, inventor de palabrotas sin sentido!

¿Cómo me quedaría yo? Con todo me tragué mi coraje.

Bueno, le dije —recítame siquiera algún fragmento de algún poeta moderno, de esos que tú bien sabes...

Y, ¿qué hizo el infame? Al momento se puso a cantar una retahíla de versos de Eurípides, en que un hermano —¡Ay, Zeus!— viola a su propia hermana, hija de su misma madre.

Yo ya no me contuve. Le dije mil diceríos, le eché encima injurias. Y nos pusimos a altercar. El decía una tontería y la rebatía yo, pero al fin él se me echó encima y comenzó a golpearme y aun a darme patadas; casi me estrangulaba, y me estaba sofocando.

FIDÍPIDES.—¿No era con toda justicia, dado que tú menosprecias a Eurípides el más sabio de todos los poetas?

ESTREPSIADES.—¡El más sabio era aquél! ¿Voy a darte otro nombre...? Pero no, que me expongo a otra tunda.

FIDÍPIDES.—¡Por Zeus que sí, y ésa será muy justa.

ESTREPSIADES. — ¿Justa y cómo? ¡Desvergonzado, yo que de chiquito andaba adivinando tus pensamientos, a través de tus medias palabras...! Decías tú “bru”, y yo ya sabía que querías beber. Decías “mamá” y yo te traía pan. Decías tú “caca” y yo te llevaba fuera y te tenía ante mí.

Y ahora tú casi me ahorcas, y si yo pido algún auxilio seguro es que no me ayudas, ni me sacas y me dejas que aquí mismo me desahogue, y haga caca en el mismo sitio.

CORO: ANTISTROFA.—Bien pienso que el corazón va palpitando violento en espera de lo que diga éste. Porque si vence a su padre con sus razones, ya el cuero de un viejo no va a valer ni un chicharo.

CORIFEO. (*A Fidípides.*)—Anda tú, di algo nuevo, renueva tus argumentos para que puedas mostrar que has obrado con justicia.

FIDÍPIDES.—¡Oh, qué dulce es vivir con nuevas normas, y tratar con cosas ingeniosas, y poder hacer a un lado las leyes prefijadas!

Yo en aquellos tiempos en que no tenía otra afición que los caballos, apenas podía hilar tres o cuatro palabras y eso haciendo fallas, pero el maestro que allí habita (*señala la casa de Sócrates*), me ha enseñado de modo tal que ahora soy el más hábil en usar de los razonamientos que me plazcan. Y bien puedo demostrar que es justo que un hijo golpee a su padre.

ESTREPSIADES.—¡Por Zeus, mejor a tus caballos vuélvete! Preferiría yo mantener los cuatro corceles de tu cuadriga a ser molido a golpes tuyos!

FIDÍPIDES.—Me cortas la palabra y vuelvo a mi razonamiento. Sólo hago una pregunta: ¿Cuando yo era chiquito, me golpeaste, sí o no?

ESTREPSIADES.—Claro que te golpeé, pero fue por interés para ti y por amor a tu persona.

FIDÍPIDES.—¿No te parece justo

que yo ahora te dé tus golpes, por interés por ti y amor a tu persona? Pegarle a una gente es demostrar interés para ella, ¿o no?

¿Tu cuerpo está libre de golpes y el mío no? También yo nací hombre libre. Si los niños lloran, ¿por qué no ha de llorar el padre? Me vas a responder que ésa es la norma, que a los niños así hay que tratarlos. Pero yo contradigo: los viejos son dos veces niños: es más justo castigar al viejo que al joven, porque la falta del viejo tiene menos excusa.

ESTREPSIADES.—Pero no hay ley alguna que establezca que un padre deba soportar tal cosa.

FIDÍPIDES.—¿No era un hombre como tú y como yo el que propuso la ley de que los padres castiguen a sus hijos? ¡Y todos los antiguos lo han seguido! Y yo hombre como él, ¿no tengo derecho de imponer una ley conforme a la cual los hijos castiguen a sus padres? Y de buena gana perdonamos los golpes que se nos dieron antes de ser promulgada esta ley.

Y hay algo más: observa cómo los gallos y otros animales que bien conoces, cómo dan sus golpes a sus padres. ¿Qué diferencia hay entre ellos y nosotros, sino la de promulgar las leyes?

ESTREPSIADES. — Ahora quieres imitar a los gallos, ¿por qué no vas a buscar tu comida en el basurero y duermes en una estaca?

FIDÍPIDES.—No es lo mismo, querido, y eso no le parecerá bien a Sócrates.

ESTREPSIADES.—No me pegues; tú mismo te haces daño. A tu tiempo tendrás la paga.

FIDÍPIDES.—¿Eso cómo?

ESTREPSIADES.—Yo te pegué a ti y tú a su tiempo le pegarás a tu hijo, si llegas a tenerlo.

FIDÍPIDES.—Y si no lo tengo, mi llanto será en vano y te irás riendo de mí cuando te mueras.

ESTREPSIADES. — Señores de mi edad, ya voy creyendo que éste ra-

zona con toda justicia. Y creo que debe concederse a los hijos lo que es razonable. Si hacemos cosas contra lo justo, hay que llorar para pagarlas.

FIDÍPIDES.—Hay algo ahora más. Escucha otra razón.

ESTREPSIADES.—Pobre de mí, desde luego.

FIDÍPIDES.—Y pudiera ser que hasta te gustara el que yo te haya tratado así.

ESTREPSIADES. — ¿Cómo es eso? ¡Declárame qué ventaja sacaría yo de eso!

FIDÍPIDES.—A mi madre le daré unos golpes, como a ti.

ESTREPSIADES.—¿Qué dices, qué dices... ése es un crimen mayor que el otro!

FIDÍPIDES.—Y qué tal si te pruebo con el discurso injusto que es conveniente golpear a la madre.

ESTREPSIADES.—Si tal cosa haces, qué diré yo, sino que estás en camino de ir a ser arrojado al bárratro, juntamente con Sócrates y tu discurso injusto.

Medita un momento y se vuelve al coro.

Todo esto por vuestra culpa, oh Nubes, lo estoy padeciendo yo, por haberos yo confiado todos mis problemas.

CORO.—De todo culpable eres por haberte entregado a sendas de mala vida.

ESTREPSIADES.—¿Por qué no decirlo antes, cuando aún no habíais invadido la cabeza de un pobre viejo campesino?

CORO. — Eso hacemos siempre cuando hallamos a un hombre inclinado a malas prácticas hasta que le echamos encima una desdicha para que sepa respetar a los dioses.

ESTREPSIADES.—¡Ay infeliz de mí, Nubes, eso es malo, pero es justo! Nunca debí retener dinero que me prestaron.

Pero ahora tú, querido, vamos a acabar con Querefonte y con Sócrates

que nos han engañado vilmente, tanto a ti como a mí.

FIDÍPIDES.—Pero yo jamás haré mal a mis maestros.

ESTREPSIADES.—¡Sí, sí... hay que respetar a Zeus paterno!

FIDÍPIDES.—¡Conque Zeus paterno!... ¡janticuado estás!... ¿acaso hay un Zeus?

ESTREPSIADES.—Lo hay.

FIDÍPIDES.—No señor, ahora reina el Torbellino, tras haber expulsado a Zeus.

ESTREPSIADES.—No lo ha expulsado. Y yo creía que el Torbellino era este vaso fabricado en espiral... ¡Pobre de ti, y yo que te estaba confundiendo con un dios! (*Toma un vaso en la mano.*)

FIDÍPIDES.—Quédate allí diciendo tonterías y hablando disparates. (*Se va.*)

ESTREPSIADES. — ¡Qué locura la mía, a qué grado llegó mi paranoia que desdeñe a los dioses! Sócrates fue el culpable.

Se dirige a la estatua de Hermes que guarda los caminos.

¡Hermes, séme propicio, no vayas a castigarme por haber sucumbido a la palabrería! Y ¿qué hago ahora? ¿Hago un proceso? ¿Lo prosigo? ¿Qué hago? ¡Dímelo tú...! (*Finge escuchar al oído.*) — Buen consejo me has dado. Dices que ya no espere la sentencia de esos parlanchines y que vaya a quemar la casa de esos labradores. ¡Aquí Jantías, favor!

Saca una antorcha, prepara una barreta. Trépate en el pensadero y echa abajo el tejado, si es que quieres a tu amo. ¡Nada quede en pie en esa guarida de farsantes!

¿En dónde está la antorcha? ¡En ésta me la pagan todos estos sofistas, por altaneros que se muestren!

UN DISCÍPULO. (*Dentro.*) — ¡Ay, ay!

ESTREPSIADES.—¡A la obra, antorcha, más violento fuego!

DISCÍPULO.—¿Qué haces, hombre?

ESTREPSIADES.—¿Qué hago? ¿Qué otra cosa he de hacer sino dialogar sutilmente con las vigas de esta casa?

OTRO DISCÍPULO. (*Dentro.*)—¡Ay infeliz de mí, ¿quién nos quema la casa?

ESTREPSIADES.—El mismo a quien ustedes le quitaron el manto.

EL OTRO DISCÍPULO.—¡Nos matas, ay, nos matas!

ESTREPSIADES. — Es eso lo que quiero, a no ser que me falle la barreta en mi esperanza, o me rompa yo antes la nuca cayendo del techo.

SÓCRATES. (*En una ventana.*) —

¡Epa!, ¿qué haces allí tú, por favor, sobre el tejado?

ESTREPSIADES.—Yo vuelo por los aires y estoy mirando al sol.

SÓCRATES.—Ay infeliz de mí, que me sofoco espantosamente.

EL OTRO DISCÍPULO. — ¡Maldita suerte mía, ya me achicharro!

ESTREPSIADES.—¿Por qué contra los dioses se ensoberbecen y se ponen a observar el asiento de la Luna?

(*A su criado.*)—Prosigue, empuja, destroza. Mil razones hay para ello, pero la principal es que se han alzado contra los dioses.

CORO.—Sacadnos fuera; por hoy ha trabajado bien el coro.

LAS AVISPAS

INTRODUCCION

Tenemos en esta comedia un precioso ejemplo de la dramática de crítica en el campo de la administración pública. Para un estudio completo no tenemos el espacio necesario y, por otra parte, no para esta edición, destinada especialmente a la generalidad de los lectores y más concretamente, de los estudiantes. Daré los lineamientos referentes a la calidad y tenor de la comedia.

Fue representada en 422 a. C. y obtuvo el primer premio. No dio su nombre Aristófanes, un poco resentido por su fracaso de "Las Nubes". Dicen que se ofreció a la contienda literaria con el nombre de Filonides.

Es toda una sistemática censura de la administración de la justicia. Supeditada a los de arriba, se daba el fallo que convenía a los tiranos que iba sufriendo la administración. O bien, los jueces se doblegaban ante las dádivas de cohecho de parte de los litigantes. Enfermedad crónica de los hombres que al cabo de tantos siglos no ha podido ser eliminada. La forma tan suya de Aristófanes hace que la comedia sea de risa y pensamiento. Hallamos mucho que hace meditar y cosas que solamente provocan a la risa. Risa, a su vez fecunda, porque se reuelva en pensamiento y resoluciones de voluntad.

La comedia está dividida en dos partes, según los mejores críticos. La primera es directa sátira contra el ejercicio judicial en Atenas. La segunda, es una preciosa farsa entre el padre y el hijo. Dos personajes representativos de dos tendencias. La de renovación libertaria —el hijo, Bdclicleonte— la de apego al formulismo ya rendido —Filoncleonte, el padre—.

La segunda parte es la que suele agradar más, por ser la más comprensible a las masas y a los lectores ordinarios que únicamente buscan el esparcimiento. Más que comentarios, pide una lectura reposada y cuidadosa para comprender el fondo moral y social que entraña.

Para la inteligencia general es buena una nota acerca del régimen judicial de Atenas en los días del comediógrafo. Va tan breve como me es posible.

No tenía jueces profesionales la gran ciudad de la cultura. Cada ciudadano podía ser juez. Dos requisitos se pedían solamente: haber cumplido los treinta años y estar en uso de sus derechos sin mengua alguna, y dar su nombre a los registros en que se anotaba a las personas que se ofrecían para ejercer el cargo. Tenía por esos días aquella

ciudad unos veinte mil habitantes y entre éstos se alistaban unos **seis** mil. No había distinción de clase, de categoría o de bienes. Una **vez** elegidos, se distribuían en diez grupos, para sendos tribunales. Era el primario el de Heliada —región bañada de sol— y su nombre era el de heliastas. Este cuerpo era como el más importante. Cada vez que se hacía sesión judicial se elegían por suerte. Variaba el número, de acuerdo con los asuntos. Iba de doscientos a mil, aunque este número parece haber sido muy raro. El cargo era improductivo al principio. Más tarde, Pericles dispuso que se les diera como paga un óbolo en compensación del tiempo que invertían en el examen y fallo de las causas. Esta pequeña ganancia produjo doble efecto: los de buena posición desdeñaban el oficio. Era muy poco para ellos. Los de vagancia o sin oficio veían una forma de ayudarse en sus gastos. Por eso asediaban los tribunales en espera de ser elegidos y de tener un leve emolumento. El óbolo era en Atenas no despreciable. Aunque es aventurado hacer cotejos económicos, vayan estos datos que iluminan la situación:

Tres óbolos dan a los jueces por cada sesión. Si son mil los indicados resulta una cantidad de dieciocho mil. No todos sin embargo van a un mismo tiempo. La cantidad deducida, como razona Bdelicleonte (vv. 655 ss.), era mínima: ciento cincuenta talentos repartidos entre seis mil, cuando las rentas percibidas eran unos dos mil talentos. El talento puede estimarse, en forma vaga, a razón de un valor de seis mil dracmas, casi iguales en la práctica a seis mil denarios romanos. Y se tiene en cuenta que en los textos cristianos, posteriores a esta época con mucho, el denario era la paga normal de un jornalero (Mt. 20,2). De donde el valor del óbolo resulta insignificante. Era la razón de que se prestaran los jueces a dones de cohecho, como lo dice el mismo en los vv. 675 y ss. Curiosa enumeración de lo que se daba para hacer gratos a los jueces: “pescados en conserva, tarros de vino, manteles, queso, miel, ajonjolí, vasos y botellas, capitas de abrigo, manteletas, coronas, copas y algo más valioso, junto con collares.” Claro, que cada uno daba de acuerdo con sus posibilidades y del monto del negocio que intentaba hallar resuelto.

En esta forma venía a ser un esclavo el juez. Tanto del fisco, como de los particulares.

Contra tal situación expuesta muy cómicamente en la primera parte de la comedia se levanta el hijo de Filocleonte y trata de persuadirlo. Lo logra y le promete que estará feliz con otra vida más humana que él le va a proporcionar. Logra convencerlo y lo entrega a esta nueva forma. Es la segunda parte en donde vemos sus resultados. El viejo desencantado de dejar su vida anterior, se da a las alegrías, ya fuera de tiempo en su edad, y hace los ridículos que el lector verá por modo detenido en la parte final del drama.

Tal es la trama general y la marcha del desarrollo. Pero hay que ver la forma en que el poeta se aprovecha para zaherir a todo el mundo. Poetas dramáticos, en muy directa manera Eurípides, van con su tilde y su burleta en la poesía de Aristófanes. Era un tema que siempre tomaba, como se ve en otras de sus comedias. No deja de dar palos a otros dramaturgos; algunos que no dejaron nada que conozcamos ahora, por el naufragio de la literatura helénica. También a los magistrados y al pueblo mismo le da sus toques de ironía.

La parte burlesca es difícil de captar, dados los modos tan diferentes de expresión popular de los griegos y nuestra. He hecho esfuerzo, sin éxito ciertamente, por trasvasar el contenido del poeta en frases que percibe nuestro lector en esta tierra y en este tiempo. No es posible pensar en que se haya logrado. Las mismas palabras, por sí solas, son a veces todo un cuadro satírico. Doy un solo ejemplo:

Hallamos en el v. 1375 esta kilométrica palabra:

Kyminopristokardamoglyfon.

Se aplica a un avaro y podría calcarse en esta forma:

“partecominos-limpiacresones”.

Tan miserable es el pobre que un comino parte en dos y al berro le quita la pelusa para aprovecharla a su tiempo. Todo un cuadro, ya que nadie llegaría a tal extremo de partir un comino, leve como es, en dos, o limpiar la casi invisible pelusilla del berro para almacenarla.

Es un ejemplo de la forma en que aprovecha el poeta todos los recursos del lenguaje y la expresión popular de los espectadores. Difícil de captar por los que vivimos tan lejos de él en el tiempo y en el espacio, confío en la indulgencia de los lectores ante el intento que hago para dar algo de esta forma cómica en la versión.

No podía faltar el elemento de procacidad, tan cómico en todo tiempo. Aun atenuado en su posible forma, sin quitar nada de su fuerza, también se ha hecho aquí empeño para dejarlo cercano al pensamiento del poeta. Como no es posible hacer un comentario, me limito a estas reflexiones. Verá el lector de ampliarlas y hallar mucho más en la lectura, y claro, si coteja con el original, que tiene mina sin fondo para saciarse.

Veremos similares comedias a ésta, en que hallamos al coro con disfraz de Avispas que personalizan a los jueces. Bastaba este genial intento para estimar la obra de Aristófanes. Y los mismos juristas, si saben leer entre líneas, hallarán mucho que aprender.

LAS AVISPAS

ESCENARIO

Casa de Filocleonte en Atenas. Sobre la terraza está durmiendo su hijo Bdelicleonte. Frente a la casa dos esclavos sentados a un lado y otro, que hacen esfuerzo para dominar el sueño. Uno de ellos se queda dormido al abrirse el acto. El otro se esfuerza en despertarlo.

PERSONAS

DOS ESCLAVOS DE FILOCLEONTE, SOSIAS Y XANTIAS.

BDELICLEONTE, JEFE DE LA CASA.

FILOCLEONTE, SU PADRE.

CORO DE AVISPAS (FORMADO DE VIEJOS).

HIJO DEL CORIFEO.

UN PERRO.

UN CONVIDADO.

UNA MUJER.

UN HOMBRE.

LAS AVISPAS

SOSIAS. — ¡Qué pasa, amigo!... ¡Xantias infeliz! (*lo sacude*).

XANTIAS. — Es que estoy aprendiendo a hacer guardia dormido.

SOSIAS. — ¡Muy poco estimas entonces tus costillas! ¿No te das cuenta de qué clase de fiera estamos vigilando?

XANTIAS. — ¡Lo sé muy bien, pero quiero por unos momentos olvidar mis penas! (*Se vuelve a dormir*.)

SOSIAS. — ¡Con tu pan te lo comas! ¡Vamos, a mí también me va entrando un dulce sopor en las pupilas!

XANTIAS. — ¡Estás loco también... te vuelves un sacerdote de Cibeles!

SOSIAS. — No, pues, pero es un sueño que Sabazio me envía.

XANTIAS. — ¡Ajá! ¿con que también, como yo, rindes culto a Sabazio? Yo hace unos momentos sentí que me invadía un sueño tan dominante como si fuera un soldado medo... y ¡qué lindo sueño tuve!

SOSIAS. — ¡Igual yo, como nunca, de veras. Cuenta tú primero.

XANTIAS. — Me parecía que un águila, pero descomunal en tamaño, se lanzaba sobre el ágora y con sus garras aferraba un escudo de bronce y se alzaba después a las alturas y subía muy alto... y ése es el mismo escudo que vi echar a un lado por Cleónimo en el campo de batalla.

SOSIAS. — Eso sí que es enigma de sobremesa... Adivine qué significa —dirá un convidado— un mismo animal arroja el escudo en el cielo, en la tierra y en el mar. No hay diferencia entre el enigma y Cleónimo.

XANTIAS. — ¡Ay de mí!... ¿qué infortunio me va a venir a mí que tal cosa he soñado?

SOSIAS. — ¡Nada te turbe. Nada funesto pasa, si no es por fallo de los dioses!

XANTIAS. — Algo tremendo era. Un hombre que en el combate arrojaba lejos su escudo. Pero, cuenta tú el tuyo.

SOSIAS. — ¡Ese sí que es grande cosa! Se refiere a la nave entera de la ciudad.

XANTIAS. — Dímelo poco a poco y con todos sus pormenores.

SOSIAS. — Me parecía primero que en el Pnix estaban celebrando su asamblea unos carneros, con sus báculos y todo, y con sus capas cortas. Y vi luego, según pienso, que les estaba haciendo su discurso una enorme ballena tragadora de todo y que tenía una voz de trueno que a todos espantaba.

XANTIAS. — ¡Fuchi, fuchi!

SOSIAS. — ¿Qué te pasa?

XANTIAS. — ¡Basta, basta ya no hables! Tú sueño huele a cuero podrido.

SOSIAS. — Y esa malvada ballena llevaba consigo una balanza en que estaba pesando la grasa de buey.

XANTIAS. — ¡Ay, infeliz de mí, es que quiere dividir nuestra Grecia!

SOSIAS. — Y me parecía que Teoro con cabeza de cuervo, estaba junto a ella sentado en el suelo, y entonces Alcibiades me dijo tartajeando: "Mila, Teolo tiene cabeza de cuervo".

XANTIAS. — ¡Muy de verdad Alcibiades ha tartajeado así!

SOSIAS. — Es cosa rara: Teoro convertido en cuervo...

XANTIAS. — ¡Muy en su punto: es lo mejor!

SOSIAS. — ¿Cómo?

XANTIAS. — ¿Cómo? Un hombre que de repente se muda en cuervo,

claro que está destinado a que se lo coman los cuervos.

SOSIAS.—Lo haces muy bien interpretando sueños. ¿Te tendré que pagar tus dos óbolos por ello?

XANTIAS.—Espera, deja que yo les dé razón a los que nos están mirando. Dos palabras. No más. Favor de no esperar de nosotros cosa mayor. Ni siquiera algunos chistecitos robados a Megara. Ni siquiera tenemos una canasta de nueces para echarlas a los espectadores, en demanda de aplausos. Ni a un Heracles enojado porque le falló la cena. Ni acaso vamos a censurar a Eurípides. Menos a Cleonte, para darle una nueva sobada. Y eso que anda muy arriba.

Tenemos, en cambio, un tema que tiene su meollo. Muy al alcance del público y con más sal que una comedietta boba. Tenemos un amo que duerme allá muy en lo alto, y nos ha dado la encomienda de cuidar a su padre que tiene encerrado, para que no vaya a salir. Este señor está enfermo de una rara dolencia. Nadie daría en el clavo, ni aun si la decimos. Ni siquiera se la imaginan.

¿A ver? ¿La adivinan? ¡Va que no! Por allí dice Aminias, el hijo de Pronapo, que es estar muy dado al juego. No, señor, por Zeus, que no. Anda equivocado. Cada león piensa que son todos de su condición. Allá está que le está diciendo a Dercilo que es la afición a la bebida. Tampoco: ésa es enfermedad de ricos. Y dice Nocostrato que esa dolencia podrá ser su amor a los sacrificios, o a los extranjeros. ¡Por un perro que, Nocostrato, a él no le gustan los fuereños! Con oír que Filoxeno ama a los extranjeros, le dan náuseas.

No darán en qué consiste el mal. Por mucho que cavilen. Yo se lo voy a decir. Silencio, pues. Mi amo está loco por ser juez. Le gusta infinito el tribunal de Helio. Si no se sienta en el primer escaño se pone furioso. Y ni duerme siquiera. Por la noche está soñando en que va a dar el fallo y apenas pestañea, cuan-

do ve el reloj de agua que está midiendo el tiempo. Y como está acostumbrado a votar, amanece con los tres dedos agarrotados, como apretando la piedrecita con que se da el voto. Parece que está ofreciendo el incienso de la luna nueva.

A veces le pasa que ve en una puerta escrito, por ejemplo: Lindo Pírilampo, o precioso Demo. Y al momento escribe abajo: Viva la urna para votar. Una vez cantó el gallo antes de cerrar la noche y luego dijo: Está sobornado por mis enemigos para que me despertara tarde. Cena y grita para que le den sus zapatos. Se va de carrera al tribunal y allí se planta hasta que amanece, tendido en las gradas de la entrada y apenas se recuesta en alguna de las columnas.

Es de mal genio y siempre está echando la línea larga de condenación. Parece abeja o parece moscardón. Siempre que regresa trae las manos llenas de cera. Y como hay que dar el voto con piedrecillas, por si le faltan, tiene un gran repuesto de matatenas.

Y ésa es su locura, que cuanto más le impiden, más en juzgar se aferra.

Esta es la razón de que lo tengamos bajo la guarda de los cerrojos. No quiere su hijo que salga y está con gran empeño de curarlo de su dolencia. Primero trató de persuadirlo con muy buenos modos, de que no se pusiera la capita de los jueces, y no saliera de casa. Nada logró. Luego lo bañó y lo purgó y ni así.

Un día lo puso a bailar las danzas de los coribantes, pero él echó a correr con todo y su pandero y se metió al tribunal a juzgar. Como vio que todos los medios se le frustraban, se lo llevó a Egina y lo hizo dormir una noche en el templo de Asclepio. Pero el viejo apareció al despuntar el día en la ventanilla para ir a juicio.

Desde entonces no lo dejamos salir, pero se nos escapaba por los ca-

ños de agua y por los desagüaderos. Los tuvimos que tapar con trapos y tablas. Nada sirvió, porque él ponía clavijas de palo en el muro y deteniéndose como podía se dejaba ir abajo.

¡Ni remedio! Tendimos una red alrededor de la casa y aquí estamos vigilando.

Este viejo se llama Filocleonte, ¡por Zeus que sí! Y su hijo que está allí es Bdelicleonte. Y es tremendo, que intenta corregir a su padre.

BDELICLEONTE. (*Despierta y grita desde el tejado.*)—Xantias, Sosias, ¿están dormidos?

XANTIAS.—¡Ay, ay!

SOSIAS.—¿Qué pasa?

XANTIAS.—¡Despierta Bdelicleonte!

BDELICLEONTE.—¡Uno de los dos, pronto, venga para acá! Mi padre se ha metido en la cocina y allá está escondido royendo como rata no sé qué cosa! ¡Vamos, que no se escape por el tubo del baño! Y tú, firme, pegado a la puerta.

SOSIAS.—¡Muy bien, patrón!

BDELICLEONTE.—¡Oh, gran Poseidón!... ¿quién hace tanto ruido dentro de la chimenea? ¿Quién eres tú?

FILOCLEONTE. (*Dentro de la chimenea.*)—¡Yo soy, soy el humo que va saliendo!

BDELICLEONTE.—¿Conque humo? ¿De qué palo?

FILOCLEONTE.—De higuera.

BDELICLEONTE. — ¡Por Zeus que sí... es la madera que peor humo despide! ¡Vamos, abajo! ¿Dónde está la cobertura de la chimenea? ¡Abajo, dije! Sobre la tapadera pondré una viga. Y busca otro medio... Este te falló. ¡Qué infeliz soy... un día van a apodarme el hijo del ahumado!

SOSIAS. (*a su compañero.*)—¡Está empujando la puerta!

BDELICLEONTE.—¡Pronto, apriétala bien y con fuerza! Allá voy yo en persona. Mucho cuidado con los cerrojos, con la barra de cierre, no vaya a roer la tranca...

FILOCLEONTE. (*Detrás de la puer-*

ta.)—¿Qué están haciendo? ¿No me van a dejar salir para ir al juicio? ¡Malvados... va a quedar libre de culpa Dracontides!

BDELICLEONTE.—¿Y eso te va a pesar?

FILOCLEONTE.—Una vez consulté a Apolo en Delfos y me dijo que si se me escapaba un acusado, me moriría yo luego...

BDELICLEONTE. — ¡Vaya Apolo, qué oráculos tiene!

FILOCLEONTE.—¿Me dejan salir o no? Porque si no, reviento.

SOSIAS.—¡No, por Poseidón, eso si no, Filocleonte!

FILOCLEONTE.—Me voy a poner a roer los cerrojos con mis dientes.

SOSIAS.—¡Pero si ni dientes tienes!

FILOCLEONTE.—¡Ay, infeliz de mí! ¿cómo no pudiera matarte? Anda, dame una espada, o si no, dame la tablilla en que se escribe la condena-ción de un reo.

BDELICLEONTE.—Este hombre está tramando una cosa mala.

FILOCLEONTE.—¡Por Zeus que no, no más espero salir para vender mi burro con albarda y todo! Esta es la nueva luna.

BDELICLEONTE.—Y ¿yo no podría venderlo mejor que tú?

FILOCLEONTE.—Como yo, no.

BDELICLEONTE. — ¡Claro que no: mejor!

FILOCLEONTE. — Tráiganme mi burrito.

XANTIAS.—Se está viendo el pretexto que pone para que lo dejen suelto.

BDELICLEONTE. — ¿Eso crees? ¡Pues no! Ya le entendí su trampa. Por eso voy yo mismo a vender el burro en el mercado. Y él ni se da cuenta.

Entra a sacar el asno y sale con él, pero en el animal va atado por la panza Filocleonte.

¡Ah, tonto burro!, ¿de qué estás rebuznando? ¡Te venderán hoy! Camina más aprisa. ¿Qué te pasa que

te rindes? ¿Vas cargando algún Odi-seo?

XANTIAS.—¡Por Zeus! ¿qué miro? ¡Lleva atado un hombre en la panza!

BDELICLEONTE. — ¡Pero, ¿quién es?... ¡veamos!

XANTIAS.—El es, ¿quién podría ser?

BDELICLEONTE.—Yo mismo voy a verlo. ¡Sí, es un sujeto! Pero, ¿quién puede ser? ¿Oye, hombre, quién eres?

FILOCLEONTE.—¡Nadie, por Zeus!

BDELICLEONTE. — ¡Tú, nadie!... ¿de dónde eres?

FILOCLEONTE.—De Itaca, soy hijo de Espanta-yeguas.

BDELICLEONTE.—¡Nadie te llamas, dices: ya tendrás muy bien de qué arrepentirte! ¡Sácalo tú luego! Mañoso y qué bien protegido iba. Sólo le faltó rebuznar como pollino pegado a la madre.

FILOCLEONTE.—Si no me sueltan, hacemos un litigio.

BDELICLEONTE. — Litigio y, ¿por qué?

FILOCLEONTE.—Por la sombra de un burro.

BDELICLEONTE. — ¡Descarado y sinvergüenza y lleno de mañas!

FILOCLEONTE. — ¿Yo descarado? ¡No por Zeus! Lo vas a ver bien pronto, cuando tengas que comerte lo que deja el último juez.

BDELICLEONTE.—¡Llévate tú el burro, y tú, métete a casa!

FILOCLEONTE. — ¡Oh colegas de juicio y tú, Cleonte, ayudadme!

Se mete y cierran la puerta tras él.

BDELICLEONTE. — ¡Ahora grita cuanto quieras, ya con la puerta cerrada!

(Al esclavo.)—Y tú amontona piedras ante la puerta, pon el cerrojo y echa bien la tranca y ponle este rollo de hierro para mayor seguridad.

SOSIAS. — ¡Ay, un terrón me cae!... ¿quién me lo echa?

BDELICLEONTE.—Podrá ser un ratón que anda arriba.

SOSIAS.—¡Qué ratón ni qué ratón:

es el malvado viejo que trata de escaparse entre las tejas... mira... es todo un juez que usa sus mañas!

BDELICLEONTE.—¡Malhaya mi alma... se ha convertido en gorrión...! ¡Se vuela, sí se vuela!... ¿en dónde está la red? ¡Epa, epa y epa más...! ¡qué camorra, mejor sería estar cuidando a Escione que un padre como éste!

SOSIAS.—Ahora bien, ya lo espantamos y lo hicimos retroceder... Ya no puede escaparse. Fuera bueno dormir un poco.

BDELICLEONTE.—¡Tarugo! ¿no ven que en breve van a venir sus colegas de juzgado a buscarlo?

SOSIAS.—¿Qué estás diciendo? ¡Si aún no ha amanecido!

BDELICLEONTE.—¡Por Zeus que sí, ahora se levantan muy tarde! Ellos andan a media noche cantando los versos sidonios de Pirrínico, al brillo de sus linternas. Y desde afuera lo están llamando.

SOSIAS.—Si es menester, los corre-mos a pedradas.

BDELICLEONTE. — ¡Tonto!, esos viejos son malos. Cuando se enojan se parecen a las avispas: llevan sobre el trasero un aguijón picante y van picando mientras saltan y dan voces. Parecen chispas.

SOSIAS.—No te dé cuidado. Con tal de tener piedras, los echo a volar.

Se meten y sale el coro formado de viejos con sus bordones y con una larga punta atrás, como si fueran avispas.

CORIFE0.—¡Adelante, a fuerte paso! Oh Comias, no te retrases. Año no eras así, por Zeus que sí. Tenías un tenor de perro. Pero ahora Carianides te saca ventaja andando. ¡Ah, Estromoro el de Contilo, que es el mejor de los jueces! Y ¡no van allí acaso Evergides y Cebes el de Flía?

¡Esto es todo lo que resta de aquella briosa juventud cuando tú y yo hacíamos de centinelas en Bizancio...! ¡Ah, fue cuando robamos

de una panadería su mortero al panadero y nos fuimos a cocer verdolaguas después de hacer astillas el artefacto...!

Vamos, señores, entren: hoy es día de la Torre de Lakes. Dicen todos que tiene su dinerito muy bien guardado. Ayer ordenó Cleonte que viniéramos y bien provistos para tres días... aunque fuera de cólera para castigar sus malos hechos.

Vamos, mis compañeros, antes de que luzca el día. Vamos y al ir en marcha, mucho cuidado a los lados, con la lámpara en alto, no vaya a ser que una piedra nos cause tropiezo.

Sigue el Coro andando y los niños con antorchas lo van guiando.

UN NIÑO.—¡El lodo, papá! ¡Papá, cuidate del lodo!

CORIFEO.—Alza una paja del suelo y despabila tu lámpara.

NIÑO.—No, que me basta el dedo para despabilarla.

CORIFEO.—¿Cómo con el dedo? La mecha se hará más larga y está tan caro el aceite. Como que a ti no te cuesta, tú no tienes que pagarlo. *(Le da un soplamocos.)*

NIÑO.—¿Ah, sí? ¿Conque ésas tenemos? Sigán dando sus moquetes y nos largamos a casa, por Zeus que sí! ¡Apagamos las linternas y regresen como puedan, solos y a oscuras... ¡bah! Y si se quedan a oscuras chapotearán en el lodo, como si fueran patos!

CORIFEO.—¡Esta sí! Yo que he castigado a gente más grande que tú. ¡Ah, pero me voy atascando en el lodo! ¡Ay si nos mandara el cielo un buen aguacero en el término de cuatro días...! ¿Ven que ya tienen moho las cubiertas de las linternas? Si eso resulta, es que viene una buena temporada de lluvia. Andan atraídos los frutos y están pidiendo a gritos su regadita, con la ayuda del viento del norte.

Se detiene el Coro ante la casa de Filocleonte.

¿Qué pasa con nuestro colega, el que vive aquí; por qué no aparece para reunirse con la compañía? ¡Nunca había pasado eso! El siempre iba adelante cantando versos de Frinico. Como que es un hombre amante de la música. Eso quiere decir que aquí tenemos que estacionarnos y cantar, señores, hasta que la música lo llame. Tal vez al oír nuestras canciones, salga luego lleno de placer.

CORO: ESTROFA.—¿De dónde procede este hecho de que el viejo no se presenta y ni siquiera responde? ¡Si perdería las chinelas! O andando a oscuras se dio un buen tropezón y tiene torcido el tobillo. ¡Claro, como está tan viejo! ¿O le ha salido un chipote?

Antes fue el más decidido y el más terco entre nosotros. Por más que le suplicaran, él bajaba su cabeza y decía solo el proverbio: Intentas cocer una piedra.

ANTISTROFA.—¡No vaya a ser por causa de ese hombre que ayer intentaba escabullirse, engañándonos! El afirmaba que era amigo de Atenas y que él primero que nadie había dado a conocer aquello de Samos. Eso lo tendrá en ascuas y tal vez hasta fiebre tenga y esté bien acostado. Porque así es este hombre.

¡Epa, amigo: levántate y no te dejes abrumar por las cosas que trae la suerte! Acaba de caer un pollo gordo, uno de los que entregaron lo que nos pertenece en Trácia. ¡Hay que echarlo a cocer!

NIÑO.—Adelante, adelante.

NIÑO: ESTROFA.—¿Quiéres oírme un momento? ¡Algo te quiero pedir!

CORIFEO.—¡Claro que sí, mi chiquito! Di, pues, qué quieres que yo te compre. ¿Un juego de huesos para jugar a la taba, verdad, niño?

NIÑO.—No por Zeus, sino higos secos, Papacito, es lo mejor.

CORIFEO.—¡Eso sí que no, muchacho, aunque te ahorques de rabia!...

NIÑO.—¿Ah, sí? No sigo alumbrando. Por Zeus que no.

CORIFEO.—...con tan desmedrado salario tengo que hacer mi gasto: infelizo como soy de tercer grado... tengo que comprar harina, leña, carne... y ahora sales pidiendo higos.

NIÑO: ANTISTROFA.—Ahora bien, papá: ¿si al arconte se le antoja que hoy no se instale el tribunal, con qué vamos a comprar el almuerzo? ¿Tienes alguna esperanza para darnos, o nos vas a señalar el camino del precipicio de Heles?

CORIFEO.—¡Por Zeus, oh miserable de mí, no sé con qué vamos a comer hoy tú y yo!

NIÑO. (*Declamando.*) — ¡Pobre madre desdichada! ¿por qué me diste la vida?

CORIFEO.—Para que me dieras tú el trabajo de nutrirte.

NIÑO.—¡Ay morralito mío, eres un adorno inútil!

UNIDOS LOS DOS.—¡Ay, ay, ay... juntos hemos de sufrir!

Aparece Filocleonte asomándose por una claraboya.

FILOCLEONTE.—¡Amigos míos, hace tiempo que desde esta abertura estoy oyendo sus voces! Pero no puedo responder... ¿qué he de hacer? Encerrado estoy aquí porque ha tiempo estoy pidiendo que me dejen ir a revolver las urnas de votación con ustedes y hacer el mal que se pueda.

Alza la voz como en plegaria:

¡Ah, Zeus el de los retumbantes truenos, múdame en humo al momento, o en Proxénides, o en el hijo de Selos, que es estuche de trampas! ¡No resistas piadoso a concederme el favor, o bien haz que tu rayo, oh señor de las fuerzas, haz que me vuelva ceniza y luego levántame y llévame limpiándome con tu soplo y arrójame en una caliente fritura, o siquiera conviérteme en la piedra en que se cuentan los votos!

CORO: ESTROFA.—¿Quién es ése que te encierra y te atranca tan bien

la puerta? ¡Dilo, que hablas con amigos!

FILOCLEONTE. — Mi hijo mismo. Pero, por favor, no alcen la voz, que él está arriba durmiendo... ¡bajen, bajen el tono!

CORO.—¡Qué tarugo! ¿qué pretende, al tratarte de ese modo? ¿qué achaque tiene para eso?

FILOCLEONTE.—¡Señores, no consiente en que yo vaya al juicio y en que haga algún perjuicio a alguno! Está muy bien dispuesto para darme una buena vida, pero yo no quiero.

CORO. (*Con los puños vueltos hacia Bdelicleonte.*)—¡Conque a eso se atreve el infame! ¿Eso hace este merolico? Tú eres el que dice la verdad a los jóvenes. ¡Ajá, tiene que ser un conspirador, cuando se atreve a tanto!

CORIFEO.—Ahora te toca a ti mismo buscar un medio eficaz para que en manera oculta puedas bajar sin ese hombre.

FILOCLEONTE. — ¿Qué medio podría ser ése? Ayúdenme a buscarlo, que para todo estoy presto. Con estas ganas que tengo de ir por los tribunales y manejar las conchitas con que fallamos el voto.

CORIFEO.—¿No habrá por ahí un huequito por el que puedas deslizarte, para salir fuera del muro? Por ahí podrías colarte, como se coló Odisseo, bien envuelto en sus hilachas. ¡Ese sí que era mañoso!

FILOCLEONTE.—Todo, todo está tapiado, ni un resquicio queda ya, por donde se cuele un mosco. A ver si buscan otro medio para que yo me escurra.

CORIFEO.—Y, ¿no te acuerdas de aquel tiempo, en que éramos pobres conscriptos, cuando la toma de Naxos, en que pudiste escabullirte por medio de asadores robados por ti antes, que ibas clavando a la pared, como alcajatas?

FILOCLEONTE.—Me acuerdo, sí... y eso ¿qué? Me ardía la sangre de joven en las venas. Era yo aun hábil para robar. Estaba en pleno vi-

gor. Y nadie me estaba vigilando y podía escapar a la hora que me diera la gana. Sin temor ni miedo alguno. Y ahora parecen centinelas, a la puerta están dos apostados con sus armas que parecen asadores, como si fueran a atrapar a un gato ladrón de carne. Y ahí están, los pueden ver.

CORIFE0: ANTISTROFA.—Pues como sea, date prisa. Ya se avecina la aurora, ándale, abejita mía.

FILOCLEONTE.—Pienso que sea lo mejor que me ponga a roer la red y que me perdone Dictina.

CORIFE0. — Eso es pensar como hombre. Ese sí quiere salvarse. Dale fuerte a tus quijadas.

FILOCLEONTE.—Ya la ven; roída está. Por favor, no den ni un grito. No lo sepa Bdelicleonte.

CORIFE0.—¡No temas, amigo, no temas! —¡Con que suelte una palabra, lo haré que se muerda el alma y vele por su vida... que aprenda a no pisotear los decretos de las... dos diosas!

CORIFE0. — Atate la cuerda al cuerpo y déjate venir por la ventana, lleno el corazón de Diopites.

FILOCLEONTE.—¡Y si me ven esos dos que están allí vigilando y hacen para retraerme y mantenerme adentro, ¿en qué podrán ayudarme? Díganmelo desde luego.

CORO.—Tendremos que defenderle con un ánimo robusto. Y se hará imposible entonces que te tengan encerrado. Eso es lo que hacer pensamos.

FILOCLEONTE.—Lo haré fiado en ustedes... Pero oíganlo y piénsenlo bien. Si algo funesto me pasa, me levantan y me lloran y me van a sepultar a la entrada del tribunal.

CORIFE0.—Nada te pasará. Nada temas. Ora, mi fuerte y valiente, déjate caer atrevido y antes aclama a los dioses de tus antepasados.

FILOCLEONTE. — ¡Licos, dueño mío, héroe mi vecino, eres semejante a mí que se complace en el lloro de los que son acusados. Siempre benigno oyes los lamentos de los que están ante el tribunal. Ven acá para

que atiendas a este tu fiel vecino, ya que te has establecido en sitio cercano al juicio. Ahora tenme compasión, libra a tu vecino y te prometo que nunca me voy a desaguar ni menos a cosa mayor junto a la cerca de tu santuario!

Va bajando con gran lentitud y procurando que no se den cuenta los que lo vigilan.

BDELICLEONTE. (*Desde el segundo piso.*)—¡Epa, qué pasa, despierta!

SOSIAS.—¿Qué cosa?

BDELICLEONTE.—Una voz suena a mi alrededor. ¿No será el viejo que se nos larga? ¡Otra vez!

SOSIAS.—Largarse, no. Pero está atado a una cuerda.

BDELICLEONTE. — ¡Ah malvado ¿qué haces? No te bajes, por favor!

(*Al esclavo.*)—¡Dale por la espalda, dale con el ramo, ya verás qué bien se vuelve atrás!

FILOCLEONTE.—¿No me ayudan, todos los que tienen procesos para este año? ¿Tú, Esmición, Tesiades, Cremon, Peridipnos? ¡Ahora es cuando, que si no, me llevan para adentro!

CORIFE0: ESTROFA. (*Al Coro.*)—Digan mis amigos, qué estamos esperando cuando es éste el tiempo de matar la bilis contra nuestro gremio. ¿No somos avispas? ¡A obrar como ellas!

Se quitan el manto todos y disponen el aguijón.

CORO.—¡Ahora es cuando, ahora es cuando: listo el aguijón ahora!

Chiquillos, a la carrera vayan a anunciar a Cleonte, todo lo que está pasando. Que él mismo venga a refrenar a un hombre enemigo de la ciudad que está diciendo tales injurias, que no deja que haya procesos.

Se van los chicos y se llevan los mantos.

BDELICLEONTE. (*Con su padre que llevan dos esclavos.*)—Oigan primero

el asunto, pero, por favor, no griten.

CORO.—¡Por Zeus que sí y hasta el cielo!

BDELICLEONTE.—¡Sábetelo, no cejaré!

CORO.—¡No se puede tolerar: manifiesta tiranía! ¿Dónde estás? Teoros, enemigo de los dioses, y dónde los que adulan al frente de toda línea?

SOSIAS.—¡Ahora sí, son agujijones, por Heracles! ¿no los miras?

BDELICLEONTE. — ¡Bien los veo, son esos mismos que mataron a Filipo, hijo de Georgias.

CORO.—¡Ah, sí! Esos mismos te darán la muerte. Cada uno en su lado, saque su aguijón, vaya contra él. ¡Juntos, en buen orden, con furor e ira... ya se dará cuenta del enjambre que en su contra ha provocado!

XANTIAS. — ¡Las cosas se ponen mal! ¡Por Zeus, hay que combatir! Y yo que tiemblo de miedo cuando veo esos agujijones.

CORO. (*A Bdelicleonte.*)—¡Pero deja a ese hombre... Y si no, yo te lo digo, tendrás que tener envidia a las tortugas por su concha.

FILOCLEONTE.—¡Ahora es cuando, mis amigos y colegas del tribunal, como avispa irritada ataquen por su trasero; otros, píquenle en los ojos y en los dedos también!

BDELICLEONTE. (*Abre la puerta e intenta echar a su padre hacia adentro.*)—¡Ora, Midas, Frix, a ayudar aquí, y tú también Masientias! (*Van saliendo los esclavos nombrados.*)

Sujétenme bien a ese hombre y por nadie lo suelten. Que si no, ya la pagarán en el cepo bien sujetos y en ayuno de largo tiempo.

(*Al coro*): ¡Ya sé la treta, señores, muchas veces la he sufrido... ¡llamarada de petate!

Sale de la escena.

CORO. (*Al principal esclavo.*)—Si no lo sueltas luego, ya probarás mi aguijón.

FILOCLEONTE.—¡Ay, Cécrope, héroe, príncipe, por los pies eres dra-

gón...! ¿vas a dejar que estos bárbaros me retengan tan vilmente? ¡Esos que yo mismo impuse a beberse sus lágrimas en cuatro medidas!

CORO.—Al ver esto, ¿quién aún niega que la vejez está repleta de males? Manifiesto está. Y véanlo ahora. Esos retienen a su viejo amo por la fuerza. Ese que antaño le dio pieles de cabra y túnicas de abrigo para que se resguardaran del rigor del tiempo. Sus gorros de piel de perro, y sandalias para los pies que no sufrieran en el invierno. ¿Y siquiera ahora con una mirada le pagan la diligencia de antes? ¿Se acuerdan acaso de sus viejas sandalias?

FILOCLEONTE.—¿Me sueltas o no, malvado? ¿Ya no recuerdas cuando te pesqué robando las uvas y te ató a un olivo y te di tu buena vapuleada? Tan desollado quedaste que dabas envidia a otros. Ingrato eres de verdad. ¡Suéltlenme, suéltlenme ya, antes de que mi hijo llegue!

CORO.—Bien pronto van a saber lo que se llama justicia. Van a ver cómo castigan los hombres de la justicia.

Sale Bdelicleonte con un palo y una antorcha que da a dos esclavos.

BDELICLEONTE.—Dale, dale, Xantias, echa fuera esas avispa de esta casa.

XANTIAS.—Lo hago ya.

BDELICLEONTE. (*Al otro.*)—Y ahora tú, con esta antorcha hazlos huir con el humo.

SOSIAS.—¿Se largan o no? ¡Qué diablos! Ya las vamos ahuyentando.

BDELICLEONTE.—Tú con tu palo y tú con tu antorcha echa fuera a Esquines, el hijo de Selarcio.

XANTIAS.—Tienen que irse, tienen que irse y ya van retrocediendo.

BDELICLEONTE.—No, no las echarás fuera, si acaso oyeron un día y estuvieron saboreando los cantos de Filocles.

CORO.—Claro cual la luz está que para los pobres fue implantada la tiranía, lentamente, suavemente. Pero

tú el descendiente de Aminias, de larga cabellera y mañas, has anulado las leyes que regían a la ciudad y ahora sin ninguna base, sin ninguna base, sin ninguna autoridad, pretendes dominar todo.

BDELICLEONTE.—Vamos, ¿no será posible que sin estar batallando y sin gritos desaforados, nos pusiéramos en orden y entráramos en armonía?

CORIFE0.—¿Tus palabras, oh gran pícaro? Eres enemigo del pueblo, partidario de la tiranía de un hombre, nada menos que Brasidas. Llevas tus franjas de lana y hace tiempo que no te cortas la barba.

BDELICLEONTE. — ¡Sí, por Zeus, mejor sería que me separara de mi padre, para no tener tantos enojos como estos que día a día tengo que soportar!

CORIFE0.—Ni en el principio te hallas, no eres perejil o apio, y por eso dejas ir esos versos de a centavo. Nada te pasa ahora, sino cuando el sinégora te haga ver tus mil errores y acosarte con la justa acusación. Eres un conspirador.

BDELICLEONTE. — ¡Vaya, ya, por todos los dioses. . . ! ¿No se largarán de mi presencia? ¿Hay algún decreto de que me estén moliendo todo el día?

CORIFE0.—¡No y no, claro que no! Mientras tenga yo un aliento, porque tú a tirano apuntas.

BDELICLEONTE.—Eso sí, para ustedes todo es tiranía, todo es conspiración. Chica o grande, la cosa, allá le dirigen.

¿Tiranía? Hace cincuenta años que ni el nombre he oído. Pero ahora es algo vulgar. Como el pescado salado, y eso es lo que se oye ahora en las plazas y en los mercados.

Si alguno compra orfos y no quiere anchoas, luego el que vende éstas alza la voz quejándose: “Este quiere darse gusto, como en la tiranía.” Y si otro compra puerros para darle sazón a sus sardinas, la verdulera dice viéndolo de reojo: “Hum, ¿con qué me pides puerros? ¿Intentas res-

taurar la tiranía? ¿Estás pensando que Atenas te va a dar para tus condimentos?”

XANTIAS.—Eso es, y hasta la muchacha con quien entré ayer por la tardecita, porque la invitaba yo a ciertos juegos hípicas, me preguntó mañosa: ¿A poco quieres restaurar la tiranía de Hipias?, y se llenó de enojo.

BDELICLEONTE.—Eso es lo que les gusta a éstos estar oyendo ahora, y hoy mismo, a mí que me propongo que mi padre quede libre de su manía y haga a un lado delaciones y juicios y tonterías, que no salga tan temprano de su casa y se dé una vida digna de Morico, me acusan de conspirar y de que intento restablecer la tiranía.

FILOCLEONTE.—Y, por Zeus, que lo merece justamente, porque yo no quiero dejar esa vida, aunque me dieras pechugas de ángel. A mí no me llenan ni pescados finos, ni anguilas, lo que me llena es un proceso, bien cocidito con su salsa, en la estufa.

BDELICLEONTE.—Por Zeus, es que te encanta andar en esos enredos. Pero, óyeme, por favor, calladamente y te haré ver que en eso estás cometiendo muchos errores.

FILOCLEONTE.—¿Errores al ejercer el juicio?

BDELICLEONTE.—¿No te das cuenta de que eres hazmerreír de la gente ésa, ante la cual casi te postras en acatamiento? Sin darte cuenta, eres un esclavo.

FILOCLEONTE.—¿Esclavo yo? ¡Si a todo el mundo yo gobierno!

BDELICLEONTE.—¡No, señor! Tú lo sirves creyendo gobernarlo. Y venos diciendo, padre, ¿qué provecho sacas de hacer que la Hélade toda rinda sus tributos?

FILOCLEONTE.—¡Grandísimo. . . y aquí están mis colegas que lo digan! Quiero que ellos lo juzguen.

BDELICLEONTE.—Yo también. (*A los esclavos.*)—Sujétenlo ahora.

FILOCLEONTE.—Denme también una espada. Si quedo vencido en es-

te alegato, me atravesaré con la espada. (*Le dan una espada.*)

BDELICLEONTE. — Dime, tal vez, ¿no aceptarás su resolución?

FILOCLEONTE. — ¡Nunca beba el vino puro en honor del dios benigno!

CORO: ESTROFA.—¡Ahora tú, que eres de los nuestros, te toca decir lo justo no cosas nuevas al gusto...

BDELICLEONTE.—Y todo lo que diga él lo voy a poner en letras para que sea un memorial. Vamos, pronto unas tabletas...

CORO.—...de este hombre jovenzuelo. Estás viendo: es un alegato en que todo se discute. No vaya a ser que te venza y todos salimos raspados! ¡Eso que nunca suceda!

FILOCLEONTE. (*A su hijo.*)—¿Qué casta de hombre eres tú, que tan bravo te me pones?

(*Al Coro.*)—¿Qué pasará, si éste vence? ¡Díganmelo, por favor!

CORO.—¡Ya no habrá grupo de viejos, ya serán del todo inútiles y burla de los otros! Cuando vayamos por las calles nos llamarán carga-ramas, morraleros, buscapleitos.

CORIFEO.—¡Ahora, tú, que vas a defender la soberanía de nuestro cargo, hay que hacer uso completo de la lengua en esta hora!

FILOCLEONTE.—Muy bien, desde el principio, voy a probar que nuestro cargo no es menor que el de los reyes. ¿Quién más feliz y dichoso puede haber que un juez? ¿Puede haber vida más regalada? y, ¿puede haber algo más temible que él, principalmente, si es viejo?

Ya, al salir de mi cama, me asedian hombres de gran estatura, de cuatro codos al menos, que me van escoltando hasta la entrada del tribunal. Y, cuando voy llegando, viene una mano suave a sostenerme, ladrona como ha sido de las públicas rentas. Se me echan a los pies los acusados y comienzan a implorar con dolientes voces: ¡Padre, ten piedad de mi miseria! Recuerda los robos que hiciste al estar en el ejér-

cito, o cuando ibas a comprar los bastimentos para los soldados.

Y ese tal vez ni siquiera sabía de mi existencia, a no ser porque lo declaré inocente la primera vez.

BDELICLEONTE.—¡Eso por los que te rogaban. Ya queda nota aquí en mi memorial!

FILOCLEONTE.—Pues, ya entré al tribunal, ya me agobiaron con sus ruegos y ya aplacaron mis enojos. Ya dentro, de ninguna promesa me acuerdo. Sólo estoy oyendo a los acusados que ruegan y ruegan en todos los tonos. ¡Oh, qué palabritas dulces oyen allí los jueces! Unos dicen que son muy pobres, y le aumentan cuanto pueden sobre la de todos. Otros, nos cuentan historias, y hay quien se pone a recitarnos las fábulas de Esopo. Casos que hacen reír y me quitan el enojo. Y si eso no nos da lástima, llevan a sus chiquillos, lo mismo niños que niñas, todos en hilo estirando de su mano. Yo me pongo a atenderlos. Y ellos bajan la cabeza y se ponen a dar berridos. Y su padre angustiado me dice entre sollozos: ¿Te gusta la voz de los corderos? ¡Aquí tienes a mis niños. Compadécelos! Y si te gustan las puerquitas, aquí están mis chiquillas. Y con la voz chillona de sus niñas me hace doblar el brazo.

Y en su favor entonces vamos dejando que se suelten las tuercas de la ira y gravedad... ¿Vale algo tanto como esto la riqueza? Con este poder la desdeñamos toda.

BDELICLEONTE.—Ya van dos puntos que voy anotando. Ahora es el desprecio a la riqueza. Pero trae a mi memoria cuáles son los provechos que te causan el creerte dueño de la Hélade.

FILOCLEONTE. — Y cuando hacemos la revista de los jóvenes para ser inscritos en el *demos*, tenemos la ventaja de verlos desnuditos, con todo lo que tienen. Y si es acusado Eagro, nada consigue, si no nos recita una gran parte de su Niobe y escoge siempre la más hermosa. Si vence en el juicio un flautista, lue-

go se ata su correa a la cabeza y nos da todo un concierto delicioso cuando ya está para irse. Y si al morir un padre a su hija heredera única le señala un marido, hacemos a un lado el testamento y la concha que lo garantiza y le damos a la hija lo que ella pide con ruegos. Y eso todo lo hacemos sin dar cuenta a nadie, don que no tienen otros magistrados.

BDELICLEONTE. — Eso que dijiste es lo único que tiene algún privilegio. Pero me parece injusto anular el testamento y romper su sello de garantía.

FILOCLEONTE.—Y Cuando el Consejo y el pueblo no saben cómo salir del conflicto en cosa importante, hay un decreto que remite a los jueces a los acusados del hecho. Y es cuando se ve a Euatlo y al gran Cocalonimos —ese que suelta el escudo en el campo— decir a voz plena que nunca han de abandonar a su pueblo ni le harán traición, antes bien combatirán en favor nuestro.

Y nadie tiene fuerza de orador, si no dice que el juicio de los dicastas tiene que ser terminado con juzgar una sola causa.

Allí está Cleonte, ese que con sus grandes gritos cree dominarlo todo, y todo piensa morderlo, con nosotros es diferente, pues nos lleva de la mano y está espantando las moscas. ¡Nunca tal cosa has hecho tú con tu propio padre...! Pero Teoro, ¡ah, ése sí!, aunque se cree superior a Eufémides, corre a tomar una esponja que arrebata de la tinita y nos viene a limpiar el calzado,

¡Mira bien de qué ventajas tan grandes quieres defraudarme y alejarme! ¿Eso es ser esclavo? ¿eso es estar sometido a otros? Eso piensas tú probar.

BDELICLEONTE.—¡Replétate de palabras... de todos modos, tendrás que rendirte y si no te parecerás a un trasero siempre sucio, por más que lo laven siempre!

FILOCLEONTE.—Se me estaba olvidando lo más suave. Cuando llego

a casa con mi paga bien ganada, todo es festejo y alegría, ¡claro, por el dinerito! Corre mi hija y me recibe y me lava y me perfuma los pies, y se hace arco para darme un beso. Y dando voces de mimo, ¡papacito, papacito!, con su lengua, al darme el beso, me saca la monedita que yo llevaba en la boca. Y entonces mi mujercita muy halagüeña viene a sentarse junto a mí y me trae una tortita muy bien preparada y me dice muy labiosa: —Anda, pruébala, y bebe esto.

Con esto feliz me siento y ya no tengo recelo de que tú, o tus esclavos, esperen verte la cara y a mí verme de reojo, para ver cuándo disponen que se me sirva la cena. Y están refunfuñando porque tienen que preparar una torta para mí. Y en eso está el problema, remedador de los males todos. Es armadura que defiende de todos los infortunios.

Y si en la cena no me das vino, voy sacando yo mi garrafoncito, muy bien repleto, jarrito de dos orejas, como cualquier burrito. Y yo lo ladeo y me sirvo y comienza a rebuznar, tanto por la nariz como por parte trasera, y es todo un clamor de guerra.

¿No es eso tener poder? ¿No es eso igualar a Zeus? Cuando yo voy por las calles todos los que van pasando dicen en burla: ¡Ah, qué truenos da el tribunal, oh gran Zeus! Y si lanzo el rayo de mis enojos, con solo chasquear los labios, se espantan ricos y pobres, y hasta se les suelta el vientre.

Tú mismo me tienes miedo. ¡Por Demeter, sí y sí! A mí que me den la muerte, si acaso te tengo miedo.

CORO: ANTISTROFA.—Nunca a nadie hemos oído hablar tan diestra y oportunamente.

FILOCLEONTE.—¡No! Ese esperaba esquilmar una viña abandonada. ¡No se da cuenta de que yo soy el primero en estas lides!

CORO.—Y qué bien lo dijo todo, nada se pasó por alto. Al grado de que al oírlo, yo me sentía crecer y

ya pensaba ser juez en las mismísimas Islas Afortunadas... ¡qué placer causa al oírlo!

FILOCLEONTE.—Este se siente muy ancho, aunque nada tiene suyo.

(A su hijo.)—Yo te juro que el día de hoy vas a sentir los golpes que te den en la parte trasera.

CORO. (A Bdelicleonte.)—¡Ahora es cuando hay que inventar muchas tretas, para resolver el caso! Es difícil que me aplaques si hablas en contra de mí.

CORIFEYO.—Y si nada decir sabes, busca una piedra que muela para que mate mi enojo.

BDELICLEONTE. — Es pesada, es atrevida la intención de remediar esto. Más que la de los autores de comedias. Eso de curar una vieja enfermedad, que está impregnada en la ciudad entera... Vamos, pues, con todo: Papacito saturnino...

FILOCLEONTE.—¡Alto: no me llames así, ni nada de papacito. Demuestra que soy esclavo y si no nada té escapará de morir. No le hace que yo no pueda probar las viandas del sacrificio.

BDELICLEONTE. — Oyeme ahora, papacito, y un poquito desarruga esa frente. Comienza por hacer cuentas, no con piedras, sino con tus mismos dedos. ¿Qué tanto rinde el tributo de las ciudades aliadas? Enumera luego los impuestos personales, el tanto por ciento, las consignaciones y minas, lo que los puertos y los mercados pagan, las partes deducidas del salario y las confiscaciones... ¡Todo da apenas unos dos mil talentos! Y pon ahora lo que se paga a los jueces: pasa de seis mil talentos —en este país no hay mayor ventaja— y es el resultado nada menos que ciento cincuenta talentos.

FILOCLEONTE. — ¡Ah, entonces nuestra paga es sólo el diez por ciento!

BDELICLEONTE.—¡Ni más ni menos, por Zeus!

FILOCLEONTE.—¿Y con lo demás qué pasa?

BDELICLEONTE.—¿Qué? ¡Va a dar a aquellos que nunca dejan de estar diciendo: "Yo nunca voy a traicionar a Atenas; yo siempre estoy luchando por el pueblo"! Esos son, padre mío, los que dejas que en ti ejerzan dominio como si fueras su esclavo. Te llenan sus palabras. Y éstos son los que extorsionan a su pueblo, pidiendo a las ciudades hasta cincuenta talentos. Y las amenazas que les dicen son como éstas:

"O me pagan lo que pido en tributo, o entre rayos y truenos yo acabo con su ciudad."

Y tú muy complacido de estar royendo los desechos de esa soberanía.

Y los aliados... ¡Ah, como ven que la población de Atenas está viviendo de lo que el pueblo da, como salario para ejercer el juicio, hacen tanto caso de ti como del voto de Conos! Y ellos sí, ¡qué tal! donces sin número reciben: tarros de pescado en conserva, vino, manteles, queso, miel, ajonjolí, cojines para recostarse, frascos, capitas de abrigo, coronas, cadenas para el cuello, copas..., en fin, cosas todas valiosas y ricas. Y a ti ¿qué te dan...? "Después de tanto bregar por la tierra y por el mar." ¡Ni siquiera una cabeza de ajos para que les des sazón a tus pescaditos...!

FILOCLEONTE. — Es cierto, por Zeus... que ayer tuve que mandar pedir a Eucárides tres dientes de ajo. Pero nada has demostrado de la pretendida esclavitud y con eso me estás quemando la sangre.

BDELICLEONTE.—¿Quieres más esclavitud? Mira a esos hombres que tienen los altos cargos y a los que andan lambisconeándolos, con tan grandes emolumentos. Tú quedas contento con tus tres óbolos que te dan. Y tú te has matado luchando por mar y tierra para que éstos tuvieran la posición que tienen... ¡y te dan tres óbolos! Pero lo que me revienta es que te den órdenes. Viene un salaz muchacho, hijo de Kereas, un infeliz que anda con las

piernas abiertas y contoneándose, como muy bien afeminado que es, y te intima a que vayas muy temprano a juzgar, que si no, no tendrás tus tres miserables óbolos. Eso sí, él puede llegar a la hora que se le antoje, tarde y mal, y recibe su dracma. Pero él es abogado de los que han de ser juzgados. Y si éstos le dan sus regalitos, los comparte con sus colegas y allá entre ellos hacen su chanchullo y arreglan las cosas a su antojo en un dos por tres. ¡Habría que verlos, que parecen aserradores de madera: uno suelta y otro agarra, y tú vas muy humilde al pagador a que te dé la paga, sin atender a sus tretas!

FILICLEONTE.—¿Conque eso me hacen? ¡Ay de mí! ¿qué estás diciendo? Me estás atormentando con eso. Mi alma se va muy lejos a tu palabra. Ya ni cuenta me doy de lo que haces conmigo.

BDELICLEONTE.—Y vaya que tú, lo mismo que tus colegas, podrían llegar a ricos, si no estuvieran emborucados por esos perpetuos defensores del pueblo. Tú tienes mando en muchos pueblos, desde el Ponto hasta Cerdeña, y no tienes más que ese miserable sueldo... y todavía te lo están dando a pausas, como gotas que se van destilando de un mechón de lana, como el aceite que se va dando gota a gota. Apenas tienes para vivir. Ellos quieren que seas pobre y te voy a decir por qué. Para que estés atenido a tus supuestos bienhechores y para que nunca salgas a defender a sus contrarios, ni vayas a dar un salto en favor de éstos. ¡Qué fácil fuera darle vida al pueblo, si tuvieran voluntad de ello! Hay mil ciudades hoy que nos pagan tributo. Que se les imponga el deber de sustentar a veinte hombres, y veinte mil ciudadanos vivirán en la abundancia, comiendo carne de liebre y toda clase de gollerías y calostros y leche bien cuajada y estarán en sus glorias, como toca a los habitantes de esta tierra y vencedores en Maratón. Ahora andan uste-

des como recolectores de aceitunas atentos al pagador de salarios.

FILICLEONTE.—¡Ay!, ¿qué me está pasando? Un súbito sopor se adueña de mi mano y ya no soy capaz de sostener la espada. (*La deja caer.*) Me siento desfallecer.

BDELICLEONTE. — Y ellos cuando se espantan les prometen la Eubea y dar cincuenta medidas de trigo a cada uno. ¿Lo cumplen?

¡Nunca, nunca... cuando mucho dan cinco y eso con mil remilgos, exigiendo que prueben que no son extranjeros y les dan una medida, sí pero de cebada!

¿Entiendes ya por qué te he tenido encerrado? No quiero que de ti se burlen y te digan palabrotas, cuando yo puedo sustentarte. Te daré cuanto gustes, menos leche de pájaro.

CORIFE0.—A fe mía que sabio era el que dijo: Si no oyes las dos partes, no puedes dar la sentencia.

(*A Bdelicleonte.*)—Tengo ahora la convicción de que tienes tú justicia. De modo que refreno mi ira y echo por tierra estos palos. (*Arrojan sus bastones de madera.*)

(*A Filicleonte.*) — Pero a ti que eres de mi edad misma te digo ahora:

SEMICORO. I: ESTROFA.—Cede, cede a sus palabras, no te hagas el inflexible que no se doblega a ruegos.

¡Si yo tuviera un pariente que de este modo me amonestara!

Para ti, tenlo por cierto, uno de los dioses viene a darte ayuda y ser tu colaborador. No lo desdenes.

BDELICLEONTE. — ¡Claro: yo le daré todo su sustento, y cuanto un anciano necesita! Buena sopa a saborear, un blando y mullido manto para abrigarse, unas muy buenas cobijas... hasta una muchachona que le frote los lomos y también las partes delanteras. Pero ven: no suelta prenda. Eso gustarme no puede.

SEMICORO II: ANTISTROFA. — El mismo se está reprochando su pertinacia. Ya deja sus caprichitos y su tenacidad de antaño. Ya reconoce

su culpa de no ceder a tus instancias.

Ya veo que quiere rendirse a tus razonamientos y se va a volver discreto atendiendo a tus indicaciones.

FILOCLEONTE.—¡Ay, infeliz de mí!

BDELICLEONTE. — Y ahora ¿qué? ¿por qué gritas?

FILOCLEONTE.—Nada de eso prometas. Mis anhelos están allá donde el heraldo proclama y en donde se halla en fuerza. El que no haya dado su voto, póngase en pie y acérquese. Y yo ¿por qué no he de llegar a las urnas, aunque sea el último de todos, para depositar mi voto?

“Apresúrate, alma mía...” pero, ¿dónde está mi alma?

“Bosques llenos de sombra, abrid paso a mi pie.”

Por Heracles que no. ¡Hoy voy a sentarme en el tribunal y a acusar a Cleonte de robo!

BDELICLEONTE.—Mira, padre, por los dioses, tenme confianza.

FILOCLEONTE.—¿Tener confianza en ti? Dime tú cuanto quieras, menos una cosa.

BDELICLEONTE.—¿Qué cosa? ¡Que yo lo vea!

FILOCLEONTE.—Que no vaya yo a juicio. Que si eso fuere:

“Ha de decretar el Hades antes que yo obedezca.”

BDELICLEONTE.—Eso es lo que te encanta. Bien. Quédate en casa y ponte a juzgar a los que en ella habitan.

FILOCLEONTE. — Y juzgarlos, ¿de qué? Estás hablando fuera de sentido.

BDELICLEONTE.—No, señor: es lo mismo que hacen por allá. Que si una esclava abrió la puerta sin dar cuenta... le impones una multa. Es lo que hacen en los tribunales. Eso lo harás cada vez que quieras. Y con buen sentido y comodidad. Cuando sale el sol y brilla, estarás como un juez en su tribunal. Si está cayendo nieve, te sentarás cercano al fuego. Si está lloviendo, te meterás a casa. Y si te da la gana de

no levantarte sino hasta el medio día, no vendrá ningún jefe de tribu= nal a cerrarte la puerta.

FILOCLEONTE.—Eso me va gustando.

BDELICLEONTE.—Y esto más. Si un defensor de la causa habla por largo tiempo, no tendrás que esperar a que acabe su interminable discurso cuando te aflige el hambre, y estés rabiando contra ti mismo y contra el defensor.

FILOCLEONTE.—¡Ah, tendré facultad acaso, como se usaba antes, de estar moviendo las quijadas, mientras acaba de exponerse la causa?

BDELICLEONTE.—Y mucho mejor, ¿no dicen por ahí que los jueces fallan mejor en un asunto, cuando lo han masticado largamente?

FILOCLEONTE. — Pues me estás convenciendo... Pero una cosa no has dicho. En tanto que hablas, ¿quién me va a pagar mi salario?

BDELICLEONTE.—Pues yo mismo.

FILOCLEONTE.—Perfecto. Yo lo recibiré solo y no en compañía de otro. Mira lo que me pasó: Ese payaso de Lisistrato me hizo un topillo como nunca se vio. Recibió el otro día un dracma para que lo partiera conmigo. Lo fue a cambiar al mercado de los pescados. Luego me mandó tres escamas de mujil, y yo, creyendo que eran tres óbolos, me los eché a la boca. El olor me provocó náuseas y los escupí al momento. Después lo acusé en el tribunal.

BDELICLEONTE.—¿Qué dijo él?

FILOCLEONTE.—¿Qué? Dijo que yo tenía panza de gallo. Muy pronto digieres el dinero, agregó.

BDELICLEONTE.—Ya ves qué provecho sacas de todo eso.

FILOCLEONTE. — Un poquito de eso. Pero haz lo que te propones.

BDELICLEONTE. — Quédate ahora aquí. Voy a preparar todo. (*Se va.*)

FILOCLEONTE. (*Habla en monólogo.*)—Lo estás viendo. Se cumplen los oráculos. Ya había oído decir que llegaría un día en que cada ateniense fuera juez en su propia casa.

Que en el vestíbulo de ella había de construir un tribunal. Tribunal pequeño, como los nichos que le ponen a Hécate en las puertas.

BDELICLEONTE. (*Regresa.*)—¿Qué tal? ¿Ahora qué dices? Te traigo todo lo prometido y aun mucho más. Aquí está esta bacinica, por si te dan ganas de orinar. Te la van a poner cerca colgada de un clavo.

FILOCLEONTE.—¡Qué sabiamente obras... qué gran ventaja para un viejo. Eso es una gran ayuda para la retención de la orina!

BDELICLEONTE. (*Con un anafre con carbón y una marmita.*)—Y aquí tienes este braserito con una ollita de lentejas, por si tienes apetencia de comer algo.

FILOCLEONTE.—Qué bien pensado eso. Aunque yo tenga calentura podré cobrar mi salario. Y muy reposado aquí, me comeré mis lentejas. Y, ese gallo, ¿para qué es?

BDELICLEONTE.—Para que, si te duermes en la causa, te despierte cantando sobre tu cabeza.

FILOCLEONTE.—Una cosa hay que anhelo. Lo demás está bien.

BDELICLEONTE.—¿Qué pues?

FILOCLEONTE.—¡Que me trajeran la estatua de Licos!

BDELICLEONTE.—Está presente, tal cual todo un señor.

FILOCLEONTE.—Señor y héroe, qué fea catadura.

BDELICLEONTE.—Es tal cual nos parece Cleónimo.

FILOCLEONTE.—Sí, porque aun siendo héroe, no tiene armas.

BDELICLEONTE.—Siéntate ya y te traigo una causa para que la juzgues.

FILOCLEONTE. (*Se sienta.*)—Vamos, llámala luego, que tengo largo tiempo de estar sentado.

BDELICLEONTE.—Dígame ahora... ¿qué causa le traigo? ¿hay algún desliz hecho por la servidumbre? —¡Vamos, sí, Trata dejó quemar el puchero el otro día...!

FILOCLEONTE.—¡Espera, espera, tú... estoy que me muero... ¿dónde está la cerca del tribunal? ¿pue-

de haber juicio sin ella? Es lo primero y lo más sagrado que resalta a la vista.

BDELICLEONTE.—¡Por Zeus, no hay, pero corro a traerla!

FILOCLEONTE.—Mejor voy yo. La hallaré adentro.

Se levanta y se va.

BDELICLEONTE.—¡Ah lo que es la rutina!

Salen los esclavos de dentro.

XANTIAS.—¡Vete al diablo! ¿Estar dando de tragar a este perro?

BDELICLEONTE.—¿Qué pasa, por favor?

XANTIAS.—¡Nada... este perro se metió a la cocina, este Labes maldito, y allí se robó un queso de Sicilia y se lo tragó todo...!

BDELICLEONTE.—¡Vaya, el primer delito para darlo a mi padre que lo juzgue! Tú harás de acusador.

XANTIAS.—¡No, yo no, por Zeus, porque hay otro perro que dice que él será el acusador, con tal de que lo admitan a denuncia!

BDELICLEONTE.—Vengan los dos acá.

XANTIAS.—Así lo haré.

Se mete. Regresa Filocleonte. Trae el cercado de la zahurda.

BDELICLEONTE.—¿Y eso, qué es?

FILOCLEONTE.—Es un cercado para guardar los santos cerdos de Vesta.

BDELICLEONTE.—¡Y tras haberle robado, aún tienes el atrevimiento de traerlo acá!

FILOCLEONTE.—No, no es sacrilegio. Hay que comenzar con Vesta, desde luego, para darle en la mollera a alguno. (*Se sienta lentamente.*) Y ahora, a traer acusados, que yo no tengo nada que hacer sino fijar su pena.

BDELICLEONTE.—Ahora vuelvo. Voy a traer las tabletas y el estilo.

Se mete.

FILOCLEONTE. (*Removiéndose en su asiento.*)—¡Ay, cómo tarda este hombre! ¡Me vas a matar con tus tardanzas... me basta un suelo en que trazar con la uña!

BDELICLEONTE. (*Regresa con sus útiles de escribir.*)—Aquí tienes.

FILOCLEONTE.—Ahora llama.

BDELICLEONTE.—Ahí te va. (*Comienza a leer en las tabletas.*) ¿Quién es el primero que está aquí?

FILOCLEONTE. (*Se levanta de improviso.*) — ¡Qué diablo... Estoy amolado... se me olvidó traer las urnas...! (*Hace ademán de entrar.*)

BDELICLEONTE.—¡Epa, tú! ¿dónde corres?

FILOCLEONTE.—Voy a buscar las urnas.

BDELICLEONTE. — Nada de eso. Hay algo que las suple. Aquí tengo estos jarritos. (*Los coloca en la mesa.*)

FILOCLEONTE.—Muy bien ahora. Tenemos todo lo necesario... pero, el reloj...

BDELICLEONTE. (*Señala la bacinica colgada.*)—Y, qué, ¿esto no es una clepsidra?

FILOCLEONTE.—Bien sabes salir al paso de todo, al fin hombre de esta tierra.

BDELICLEONTE. — Ahora, pronto... traigan lumbre y ramas de mirto e incienso. Tenemos que invocar a los dioses, antes que todo.

Salen los esclavos a buscar lo pedido.

CORIFEO.—También nosotros ante estas libaciones y ante estas plegarias haremos votos en favor vuestro. Es que tras guerra y discusión ardiente estáis en acuerdo ya. Pero ahora, silencio y santa atención.

SEMICORO I: ESTROFA. — ¡Febo, Apolo de Pitia... que buena suerte tenga este asunto que ante su propia puerta este hombre trata... Sea para dicha universal, nos libre de nuestros errores. Peán, Peán!

BDELICLEONTE.—¡Apolo Ageo, señor y dueño, guardián de mi vestíbulo, acoge esta nueva ofrenda, ya la doy, oh señor, en favor de mi padre. Apacigua en él el genio tan acerbo y tan duro como el roble. Un poco de miel de Ancira pon en su almita: sea de hoy en adelante más amable a los otros, más inclinado a la piedad para con el acusado que con el acusador; que sepa compadecer a los dolientes y refrene su espíritu iracundo, arrancando las ortigas de su cólera!

SEMICORO II: ANTISTROFA.—Unimos con las tuyas nuestras súplicas y acordes contigo elevamos el canto en favor de cuanto has dicho.

Bien dispuestos estamos de alma, desde que oímos que hay en ti un amigo de su pueblo, cual nadie entre los jóvenes.

Entra el esclavo con dos personas disfrazadas de perros. Uno de éstos lleva la figura de Laques y el otro de Cleonte.

BDELICLEONTE.—¿Hay algún juez afuera? Entre, que después ya no habrá medio, cuando se hayan comenzado los debates.

FILOCLEONTE.—¿Quién es el acusado?

BDELICLEONTE.—Este.

FILOCLEONTE.—¡Bien que lo voy a condenar!

BDELICLEONTE.—Favor de oír primero el acta de acusación:

La escribe un perro de Cidatenas contra otro perro, Labes de Exonia y lo culpa de haberse tragado él solo un queso de Sicilia.

La pena que merece es una argolla de palo de higuera.

FILOCLEONTE.—Muerte de perro, sin duda, si queda convicto.

BDELICLEONTE.—Ahora bien, el acusador es Labes aquí presente.

FILOCLEONTE. — ¡Ah, picarón, buena cara de ladrón tiene! (*Ríe el disfrazado enseñando los dientes.*) ¿Qué, con mostrarme los dientes piensas que vas a engatuzarme? Y

el quejoso, ¿dónde está, ese perro de Cidatenas?

EL PERRO.—¡Ahua, ahua! ¡huy, huy!

BDELICLEONTE.—Está presente, lo ves.

FILOCLEONTE.—Y el otro es éste, o sea Labes.

BDELICLEONTE.—¡Bueno, pero no me ladren...!

FILOCLEONTE.—...ni se pongan a lamer las ollas.

BDELICLEONTE.—¡Silencio; sentados! (*Al acusador.*)—Trepas y haz tu acusación.

El perro sube en un banco.

FILOCLEONTE. — Adelante. Pero ahora al mismo tiempo me voy a mi olla y me como mis lentejas. (*Se pone a comer, oyendo el debate.*)

EL PERRO.—¡Señores jueces: han oído ustedes la queja que yo traigo escrita contra este acusado! Ha cometido una mala acción contra mí y contra los señores del “jala, jala”. Se colocó en un rincón y se *silició* un precioso queso... y luego se fue a meter en la parte oscura.

FILOCLEONTE.—¡Basta, por Zeus, está claro... yo mismo acabo de percibir un eructo que huele a purito queso! ¡Fuchi, fuchi!

EL PERRO.—Cuando le pedí mi parte, me la negó. Y ahora, ¿será capaz de hacerles a ustedes algún buen servicio, el que se negó a darme a mí una piltrafa, siendo el perro consentido?

FILOCLEONTE.—Cierto; tampoco a mí me dio nada, siendo como soy de la comunidad. Se lo engulló todo, tal como mis lentejas, el muy atrevido.

BDELICLEONTE.—Por los dioses, padre mío, no sentencies antes de oír a las dos partes.

El acusado comienza a aullar.

FILOCLEONTE.—Mi buen amigo, el asunto es claro: está dando gritos por sí solo.

EL PERRO.—¡Nunca lo absuelvan, por favor: es el más glotón de cuanto perro hay! Un hombre tragón es éste: navegando en torno de la que-sera, se tragó todas las ciudades de la orilla.

FILOCLEONTE.—Ni me dejó para tapar los agujeros de mi olla.

CORO.—¡Por favor, castiguenme-lo —que nunca una sola torta podrá bastar a dos... bandidos. No puedo ladrar en vano y habré de sacar ventaja. De otro modo, no vuelvo a ladrar en mi vida!

FILOCLEONTE.—¡Ay, ay, ay...! ¡qué cantidad de maldades ha acusado! Ese hombre es el robo mismo. ¿Qué te parece, mi gallo? ¡Por Zeus que dice que sí, al inclinar su cabeza! ¿Está allí el convocador? ¡Pá-seme la bacinica!

BDELICLEONTE.—Tómala tú mismo. Yo voy a llamar a los testigos. Esos son: un platón, un morterillo, el raspador del queso, las parrillas, una olla y todos los demás utensilios de la cocina.

(*Van llegando en su orden esclavos disfrazados de tales instrumentos.*)

¡Orale, tú! ¿Nunca acabas de hacer aguas? Siéntate ya en el tribunal.

FILOCLEONTE. (*Se sienta.*)—Vaya. Creo que a este hombre le va a ir muy mal hoy.

BDELICLEONTE.—¡No se te quita lo duro. Siempre en plan de represalias! ¡Te los quisieras comer! (*Al reo*): Súbete y defiéndete.

El perro Labes sube al banco y se queda callado.

¿Eres mudo? ¿por qué no hablas?

FILOCLEONTE.—Creo que no tiene nada que decir en su favor.

BDELICLEONTE.—¡Claro que tiene! Pero pienso que le ha sucedido lo que cierto día a Tucídides, que se le apretaron las quijadas. (*Al perro*): Hazte a un lado, yo voy a hacer tu defensa.

Señores, es cosa difícil defender la causa de un perro calumniado.

Sin embargo, hablaré. Es muy bueno para perseguir a los lobos.

FILOCLEONTE.—Pero éste es un ladrón y un conspirador.

BDELICLEONTE.—¡Por Zeus, que no! Este es el mejor de los perros de hoy en día, al grado de que está a la guarda de muchas ovejas.

FILOCLEONTE.—¡Eso de nada sirve: se roba el queso!

BDELICLEONTE.—¿Qué? ¡Está luchando para defender tu puerta y en todo es de lo más fino! ¡Que hizo un robito: hay que perdonarlo! No ha aprendido a tocar la cítara.

FILOCLEONTE. — ¡Ya quisiera yo que siquiera se hubiera alfabetizado, para que no me saliera con esas cosas en su defensa!

BDELICLEONTE.—Oyeme, juez, demonio, pon atención a los testigos. (*Grita con fuerza*): ¡Vamos, la raspadera del queso comparezca!

Un esclavo disfrazado de raspadera se aparece.

Dime con prudencia, ¿no es verdad que raspaste el queso que se destina a los soldados? (*El esclavo hace una señal de afirmación.*)

¿Lo ves? Dice que sí, que hizo la raspa.

FILOCLEONTE.—¡Por Zeus que está mintiendo!

BDELICLEONTE.—¡Ah hombre infernal... ten compasión del que sufre! Este pobre Labes lo que come es, a lo sumo, cabezas de pescado y acaso alguna costilla perdida. Está siempre en actividad sin descansar un punto.

El otro... ¡ese sí! Poltrón que se vive en casa y es todo. Eso sí, sin trabajar, a todo tiene acceso y de lo que se trae siempre pide su parte para clavar el diente.

FILOCLEONTE.—¡Ay, ay! ¿Qué me está pasando? Me siento reblandecer... me está dominando un mal que me deja sucumbir a tus razonamientos.

BDELICLEONTE.—Padre mío, yo te lo ruego: tenle compasión y no vayas a darle una pena condenatoria... ¡Bah, los niños! ¿dónde están?

Salen niños disfrazados de perritos llorando y aullando.

¡Ahora, arriba; súbanse y pidan compasión!

FILOCLEONTE.—No, bajen, bajen, bajen!

BDELICLEONTE.—El que baja será yo... Eso de bajar engaña a muchos... Pero con todo, yo bajo.

FILOCLEONTE. — ¡Vete al diablo! No es bueno atragantarse. Mírenme que estoy llorando, yo, por haber comido esa pasta de lentejas y haberme repletado. (*Comienza a eructar y hace ademán de vómitos.*)

BDELICLEONTE.—¿Ahora qué? ¿Se absuelve o no?

FILOCLEONTE.—Es difícil de saberlo.

BDELICLEONTE.—¡Anda, papi, un momento de dulzura! Toma el signo de voto y date una vueltecita hasta la segunda urna con los ojos bien cerrados. Con eso lo habrás absuelto.

FILOCLEONTE. (*Se levanta con gran trabajo.*)—¡No y no: no sé yo tocar la cítara!

BDELICLEONTE.—Deja que yo mismo te lleve dando la vuelta por el lugar más derecho.

Lo toma de la mano y lo va llevando hasta ponerlo frente a la urna absolutoria, que es la segunda.

FILOCLEONTE.—¿Esta es la primera?

BDELICLEONTE.—Esa.

FILOCLEONTE. (*Echa el voto.*)—Vamos, ahí va mi voto.

BDELICLEONTE.—Ya cayó, y sin quererlo, le dio voto absolutorio.

FILOCLEONTE. — Vaya... ¿cuál fue el resultado?

BDELICLEONTE. — Se va a ver abiertamente. (*Vuelca la urna y cuenta los votos.*)

Absuelto quedaste, Labes.

Filocleonte se desmaya.

¡Padre, padre, ¿qué te pasa? ¡Ay de mí! ¿No hay aquí agua?

Un esclavo viene con agua y Bdelicleonte intenta reanimar a su padre.

¡Restáurate, anda!

FILOCLEONTE. (*Abre los ojos.*)—Dime una cosa soio: ¿ése queuo abuelto?

BDELICLEONTE.—Por Zeus que sí.

FILOCLEONTE. (*Vuelve a su desmayo.*)—¡Yo me muero, yo me muero!

BDELICLEONTE.—¡Con un diablo, no te aturdas y ponte en pie otra vez!

FILOCLEONTE.—¿Cómo voy a tolerar ese cargo en mi conciencia? ¡Yo, absolver a un criminal! ¡Dioses santos, perdón! ¡Lo hice contra mi voluntad: no es ésa mi costumbre!

BDELICLEONTE.—No te angusties por eso. Yo, padre, mío, te daré espléndida comida, te llevaré conmigo por todas partes a las comidas, a los festines de la noche, a los espectáculos. Y habrás de seguir el curso de tu vida en gozo y paz, sin que se mofe de ti Hipérbolo.

Pero, vamos pasando.

Se meten y los esclavos llevan todos los objetos que se usaron.

CORIFEO.—¡Vayan gozosos a donde gusten!

Se vuelve a los espectadores.

Y ahora vosotros, multitud sin número, poned atención a lo que se os diga. No hagáis que se queden perdidas las cosas que se os dirán. Eso se queda para los que sólo están mirando, y son gente sin fondo de comprensión.

Y ahora, mis señores, los que lo recto amáis, favor de oírme.

Es el poeta mismo el que os hace cargos.

Dice que se siente bajo la ingratitud. Y eso que él dio servicios al

público que nadie le había dado. Bien es que se encubrió bajo el manto de Euriclés cuando por vez primera hizo conocer sus obras. Enizo otro tanto con algunos más poetas. Se metió en su interior para dejar a conocer muchas bellas cosas cómicas. Dejó la encubridora y se mostró en sí mismo. El llevaba el freno a su propia musa y ya no hubo de tener encubridores.

Subió de la gloria a la cumbre y nadie fue tan celebrado como él entre vosotros. Lleno de orgullo entonces, no anduvo por las palestras conquistando jovencitos. Hubo alguno que vino a pedirle que su musa dedicara sus cantos al amado y en una farsa de invertidos hiciera salir a los suyos, él se resistió constante y afirmó siempre que su musa no tiene oficio de zurcidora de voluntades.

Cuando por primera vez comenzó a enseñar en la escena no se lanzó contra gente de baja estofa, sino que con un brío digno de Hércules, atacó a los magnates. ¡Con qué furia se abalanzó contra la bestia de los dientes de acero, aunque flameaba con sus miradas propias de Cina, de verdaderos ojos de perro! Y contra las mil cabezas que en círculo estaban halagando al monstruo y lamiéndole la cabeza. Monstruo de hedor insoportable y mortífero, que hedía tanto como una foca y en sus partes bajas era tan sucio que excedía a la Lamia y llevaba el fétido olor de las del camello.

¿Ante tal monstruo, qué hizo él? No tuvo ni temor ni interés: desdenó todo don para defender a su pueblo y no se dejó corromper, sino estuvo siempre en pie de lucha.

Y tras esto lanzó su combate contra los que entre fiebres frías y fiebres ardientes por la noche matan a los padres y ahorcan a los abuelos, y se arrebuja en las mismas camas de ustedes para acumular contra los ciudadanos, por muy pacíficos que sean, procesos, citas a los tribunales y mil testimonios. Y eso

que muchos se escabullen para ir a buscar al polemarcha.

Y ustedes habían hallado un defensor de esta calidad contra sus males todos y un hombre que purifica la región de sus calamidades, el año pasado lo abandonaron y le hicieron traición al mismo tiempo que él daba a conocer invenciones novedosas que impidieron ustedes, sin haberlas entendido siquiera.

Él, con todo eso, mientras hace libaciones frecuentes a Dioniso asegura que no ha habido aun nadie que diera al público mejores versos de comedia que los suyos.

Vergüenza ha de darles a ustedes no haberlo comprendido desde luego. El poeta, por su parte, como ha sido aprobado por los inteligentes, no quiebra su esperanza, aunque lo hayan vencido sus rivales.

Y en lo que sigue del tiempo, gente procaz y sin cordura, a los poetas que buscan nuevas sendas en qué decir su pensamiento, ténganles mayor cariño y salgan en su cuidado y defensa. Y sus pensamientos conserven en sus cofres juntamente con odoríferas manzanas... Y esto hará en algún tiempo que vuestras ropas despidan perfumes de destreza y cordura.

SEMICORO I: ESTROFA.—¡Ay, en pasados tiempos nosotros éramos briosos en los bailes, briosos en las guerras, y sin decir más, hombres de todo valor y fuerza! ¡Eso antes fue, eso antes todo, pero ahora todo eso llegó al fin! Hoy nuestros cabellos vencen la blancura del cisne.

Pero fuerza es ahora rehacer aquellos bríos de juvenil entereza. Aunque pienso que mi vejez vale más que los bucles enrizados de tantos jovencuelos y que sus adornos superfluos y sus amaneradas formas de afeinados.

(*Se vuelve al público*): Y si alguno de ustedes, espectadores, está admirado de esta forma de avispa que traemos y qué contiene este aguijón que portamos, me va a ser cosa fá-

cil hacerle comprender el por qué y para qué.

Los que llevamos el aguijón por el trasero somos la verdadera gente de Atica. Los de raza pura y nativos de este suelo, gente netamente varonil, la cual en un momento de peligro, cuando el bárbaro vino y trató de arruinar la ciudad, se puso a la defensa con la lucha. Ávido venía aquél de acabar con los enjambres a fuerza de fuego y humo y, con el escudo bien embrizado y con la lanza en ristre, nosotros salvamos la ciudad en luchas valientes. Estábamos plenos de santa ira y resistimos hombre a hombre. Ardía el furor en nuestras almas y una lluvia de dardos ensombrecía el cielo. Con ayuda de los dioses, pudimos rechazarlos, cayendo ya la tarde. Una glauca lechuza había cruzado el cielo arriba de la armada, antes de que comenzáramos la batalla.

Seguimos acosándolos en su retirada, lanzando el aguijón como quien pesca atunes, a clavarlo en sus flancos. Y ellos huían, huían, con mejillas y cejas llenas de picaduras. Esa es la razón de que los bárbaros, de cualquier región que sean, hoy nada tan viril tienen como una avispa de Atica.

SEMICORO II: ANTISTROFA.—¡Qué tremendo era yo entonces, sin temor al miedo, y acababa con los invasores desde mis trirremes!

Es que entonces no pensábamos en andar de parlanchines a modo de sicofantes para halagar a otros. Nuestro pensamiento era ser sólo un buen remero a la barca de la ciudad.

Así que le quitaron al Medo muchas ciudades, y nosotros somos los que en verdad alcanzamos el derecho al tributo que se nos rinde aquí y los jóvenes despilfarran.

Si nos miran ustedes con detenimiento, podrán advertir que en mañas y en conducta somos como las avispa. Por principio, si se las irrita, no hay animal en el mundo que tanto se enoje y muestre tan agrio

genio. Y en todo obramos como ellas obran. Pues congregadas en enjambres, unas van ante el Arconte, las otras al tribunal de los once y otras van al Odeón. Y allí junto a las murallas, muy bien apeñuscadas, con la vista puesta en tierra, están como están las larvas, sin hacer movimiento alguno. Eso mismo hacemos nosotros.

Para buscarnos el pan somos también muy astutas: picándole a todo el mundo ganamos nuestro sustento. Desgraciadamente hay también entre nosotros zánganos que sin usar de sus dardos, sino muy en su reposo, se tragan todo el tributo, sin que les haya costado. Y lo que nos duele más es que cierto sujetillo que nunca entró en el combate, que no se ampolló las manos con el manejo de los remos, sin con el uso de la lanza, se trague nuestros salarios.

Y mi parecer es éste, en consecuencia: todo ciudadano que no tenga aguijón no perciba salario, no reciba sus tres óbolos.

Va saliendo Filocleonte muy fastidiado, huyendo de su hijo que lo viene siguiendo y, un esclavo que lleva la túnica y las sandalias del padre.

FILOCLEONTE.—¡Que no, en tanto yo viva! ¡No dejaré ese manto! ¡El solo me salvó estando en el frente contra el enemigo, cuando un gran viento Norte se me echó encima para destruirme!

BDELICLEONTE. (*Le ofrece la túnica de lana.*)—Pero, ¿no quieres ser tratado con buena ropa?

FILOCLEONTE. — ¡Por Zeus que no... nada cómodo es llevar eso! El otro día me llenó de manchas cuando comía mi fritura y me costó mis tres óbolos que di al que lava los trajes.

BDELICLEONTE.—Vamos a hacer la prueba: ya estás puesto en mis manos para que vea por tu bienestar.

FILOCLEONTE.—¿Y qué dispones ahora que haga yo?

BDELICLEONTE. (*Le vuelve a ofrecer la túnica.*)—Echa fuera ese manto, ponte esta túnica de lana y cubrete bien, como quien sabe usarla.

FILOCLEONTE.—¡Engendre y críe usted hijos...! ¡Me voy a asfixiar con esto...!

BDELICLEONTE.—¡Anda, tócala y pónela y no estés rezongando!

FILOCLEONTE. — ¡Por todos los dioses...! ¿qué porquería es esto?

BDELICLEONTE.—Unos la llaman pérsida, otros, la nombran pelliza.

FILOCLEONTE.—Yo pensé que era una pelliza de esas que fabrican en Timetis.

BDELICLEONTE. — ¡Es natural, si nunca has ido a Sardes! Si eso fuera, ya la hubieras reconocido. ¿Pero ya la vas conociendo, o no?

FILOCLEONTE.—Ni ahora tampoco, por Zeus. Más bien se parece a la capota de pellejo que usa Morico.

BDELICLEONTE.—No. Estas se tejen en Ecbatana.

FILOCLEONTE.—¿En Ecbatana se tejen estas tripas de lana?

BDELICLEONTE.—¡No, señor, son los bárbaros los que las hacen tejer y bien que les cuesta la obra! Esta túnica les ha de haber costado todo un talento de lana.

FILOCLEONTE.—¡Ajá!, entonces la llamaremos pierde lana, más bien que pelliza, ¿no crees?

BDELICLEONTE. — ¡Quieto ahora: voy a intentar ponerte esta túnica!

La pone con gran trabajo, ante la renuencia de su padre

FILOCLEONTE.—¡Ajá, qué calor; me está quemando esta túnica!

BDELICLEONTE.—¿Te la has de poner o no?

FILOCLEONTE. — ¡No, no por Zeus...!

BDELICLEONTE.—¡Pero, señor...!

FILOCLEONTE.—Si me la has de poner a fuerza, mejor méteme en un horno.

BDELICLEONTE.—Si tú no, yo te la pongo. (*Al esclavo*): Vete tú.

Le pone la túnica a su padre.

FILOCLEONTE.—Pon siquiera cerca un gancho.

BDELICLEONTE.—¿Y eso para qué?

FILOCLEONTE.—Para que me saques antes de que quede yo hecho caldo.

BDELICLEONTE. — Y ahora ven acá: Quítate esos horrorosos zapatos y ponte estas sandalias de Lacaonia.

FILOCLEONTE. — ¡Nunca jamás! No las pondré a mis pies. “Ay, de enemiga gente las sandalias hostiles.”

BDELICLEONTE. — Anda, papito, mete el pie y pisa suelo lacedemonio.

FILOCLEONTE.—Me estás haciendo ofensa cuando quieres que yo huelle tierra de enemigos.

BDELICLEONTE. — Una ya está, ahora la otra.

FILOCLEONTE.—Eso sí que no: uno de sus dedos tiene odio a los de esa tierra.

BDELICLEONTE.—No queda más que hacer.

FILOCLEONTE. — ¡Ay, infeliz de mí! Ya en mi vejez puede que me salgan sabañones.

BDELICLEONTE.—Déjate de cosas. Acaba de ponerte las sandalias. Y aprende a caminar como los ricos; todos en vaivén y zarandeándose como afeminados.

FILOCLEONTE. — Mírame. Pon atención a mi modo y dime a quién de los ricos me parezco

BDELICLEONTE. — ¿A quién? ¿A quién será? A un encordio cubierto vestido con dientes de ajo.

FILOCLEONTE.—Bah, ahora sí me deseo ir por esos caminos ondulando las caderas.

BDELICLEONTE.—Y ahora, a otra cosa: ¿serás capaz de decir un discurso delante de personas bien formadas y con letras en el alma?

FILOCLEONTE.—¡Claro que sí!

BDELICLEONTE.—¿Y de qué puedes hablar?

FILOCLEONTE.—¡Ay, ay, de cuántas cosas! Primeramente, de cómo Lamia sorprendida, hizo resonar un

ruido sospechoso. Y luego cómo Cardopión, cuando hablaba de su madre...

BDELICLEONTE.—¡Nada de cuentos... Cosas que toquen al hombre. Algo que toque a la vida de todos los días!

FILOCLEONTE.—Eso claro que lo sé. Lo que toca a la vida de casa. Estoy recordando aquello de que “En cierto tiempo había una rata y una comadreja...”

BDELICLEONTE.—¡Ay, qué hombre. No tienes nada de cultura! Bien lo decía ya Teógenes: ¿Quién puede hablar entre gente culta de ratones y comadrejas?

FILOCLEONTE. — Pues, entonces, ¿de qué hablo?

BDELICLEONTE.—¿Eh? De cosas grandes. De cuando fuiste como enviado con Androcles y Clisenes.

FILOCLEONTE.—¡Nunca he ido en embajadas! Sola una vez fui a Paros, y me dieron dos óbolos.

BDELICLEONTE. — Siquiera será preciso decir la forma en que Eufofión luchó en el pancracio contra Ascondas. Y ganó, aunque era muy viejo, ya con los cabellos canos, pero tenía buenos lomos, y buenos brazos y piernas y un pecho, que era coraza dada por naturaleza.

FILOCLEONTE. — ¡Calla, calla...! Dices nada. ¿Cuándo se lucha al pancracio con coraza?

BDELICLEONTE.—Pues eso solían contar los que se creen entendidos. Pero vamos a otro punto. Si alguna vez te hallas en un festín con extranjeros, ¿qué hecho de tu vida pudieras narrarles, en especial de cuando eras un joven en toda fuerza varonil?

FILOCLEONTE.—Algo, algo muy famoso... cuando le robé a Ergasión sus palos de sostén de vides.

BDELICLEONTE. — ¡Ay, me estás matando! ¿Qué palos, ni qué palos? Cuenta mejor en qué forma acosaste a un jabalí, o a una liebre, o pudiste llegar a la meta, sin que se apagara tu antorcha, con lo cual demostrarás tu vigor de joven.

FILOCLEONTE.—Ahora me estoy acordando que cuando era un jovenzuelo fui de los más atrevidos. Tuve cuentas con Faulo, un corredor de profesión, lo acusé por haberme injuriado y le gané por dos votos.

BDELICLEONTE.—Está bien. Ahora, recuéstate, y ve aprendiendo cómo se comporta uno en un banquete de sociedad.

FILOCLEONTE. — ¿En qué forma me recueste? Vémelo diciendo.

BDELICLEONTE.—Con mucha decencia.

FILOCLEONTE. (*Se acuesta en la tierra.*)—¿Así quieres que me recueste?

BDELICLEONTE.—¡No, señor!

FILOCLEONTE.—¿Cómo, pues?

BDELICLEONTE.—Alarga bien las rodillas, y como si fueras un gimnasta, échate bajo las mantas. En seguida ponte a alabar los vasos de bronce que veas por ahí, mira bien el panel de la pared, admira las tapicerías del cuarto. Ya te traerán aguamanos, te lavas y comenzamos a comer cuando pongan bien las mesas. Luego vienen las libaciones.

FILOCLEONTE.—¡Por los dioses! ¿eso es sueño o es realidad?

BDELICLEONTE.—Ya comienza la flautista su canción. Los que están en el convite son Teoro, Esquines, Fanos, Cleonte y un desconocido a la cabecera, o que yo no sé quién es. Está también el hijo del Acestor. Ahora con ellos intenta seguir el canto.

FILOCLEONTE.—Bien.

BDELICLEONTE.—¿Verdad?

FILOCLEONTE. — ¡Mejor que un ranchero, bah!

BDELICLEONTE.—Veremos. Supón que yo soy Cleonte y voy a cantar el Armodio, y tú tienes que continuar.

(*Cantando*): — “Nunca hubo un hombre en Atenas...”

FILOCLEONTE.—Tan ladrón y tan bandido...

BDELICLEONTE.—¿Eso vas a cantar? Te hará pedazos, te destruirá, te echará de la ciudad...

FILOCLEONTE.—Y a mí ¿qué? Por Zeus que le canto otra.

“Hartado el hombre de totalitarismo, hará de la ciudad un supremo abismo.

Pero su fortuna está en el contratiel.”

BDELICLEONTE. — Pero, ¿no ves que Teoro, recostado junto a los pies de Cleonte, va a cantar, mientras le aprieta la mano:

“Tú conoces muy bien la historia de Admeto, y de todos los valientes eres amigo...”?

¿Qué le respondes tú?

FILOCLEONTE.—Así como quiera yo le respondería:

“No está el tiempo para ser zorro y ser amigo de los dos partidos.”

BDELICLEONTE.—Pero después Esquines, el hijo de Selo ha de responder —como que es hombre listo y músico también— y cantará así:

“Riqueza y vida a Clitágoras como a mí con Tesalia...”

FILOCLEONTE. (*Cantando.*)—“Ah, cuánto has tú derrochado y yo lo mismo que tú...”

BDELICLEONTE.—Vaya, no lo entiendes mal, al menos en esta parte. Supón que vamos ahora a cenar con Filoctemo. (*Alza la voz*): ¡Vamos, criados, Croiso, pon en una canastita lo que tenemos que comer! Un día del año que nos enborrachemos.

FILOCLEONTE.—¡Eso sí que no: es muy malo beber mucho! El resultado es puertas que se rompen, golpes que se dan, pedradas que se arrojan y al día siguiente, cuando pasó el efecto del vino, pagar el costo de tales tropelías.

BDELICLEONTE.—Eso sí que no. Si te hallas entre gente de pro. Ellos te ayudarán a dar excusas tras los estropicios y tú mismo podrás calmar a todos con un cuentecillo, al estilo de Esopo, o de los de Sibarís, de esos que se cuentan en sobremesa y tú has aprendido bien. De esta manera todo queda en paz. Se

reirán los que reclaman y se irán por su camino.

FILOCLEONTE.—Voy a tener que aprender muchos cuentecitos para poderme librar de estas pagas, si alguna vez hago algo de mal.

BDELICLEONTE. — Andale, pues, adelante y que nadie nos detenga.

Van saliendo con un esclavo que lleva la comida en una cesta.

CORO.—Muchas veces he pensado que yo soy persona lista y que nada tengo de tonto. Pero más listo es Aminias, el hijo de Selo, y de la casta de Crobildo. Ese que yo vi una vez que iba a cenar con Leágoras, y que llevaba en las manos una manzana y una granada, y vamos que es más tragón que Antifón. Y eso que fue embajador que iba a Farsalia misma y vivía entre los penestas, siendo él también pobreton.

Y tú, feliz Automenes, cuánto envidiamos tu dicha, por haber dado esos hijos tan peritos en el arte.

— *laguna en el texto* —

Ese primero, tan diestro en el toque de la cítara, con tan graciosa manera para acompañar su canto. Y el otro, que es un actor al que todos felicitan, y al fin viene Arifrades, el que mejor tiene dones, y su padre declaraba que todo lo aprendió él solo, con usar mucho la lengua cuando andaba por los burdeles.

Y hay personas que ahora piensan que ya me reconcilié con Cleonte porque éste me daba guerra y me estaba mortificando. Pero la verdad es otra. El me estaba fregando, pero yo le daba batería con gritos, para hacerlo irritar más y de tiempo en tiempo le hacía sus versos. Ahí va uno: Se le fue la liebre de las manos. A la vid le falta un apoyo.

XANTIAS. (*Llega dando gritos y frotándose los costados.*) — Ay, ay,

quién fuera tortuga... tienen su caparazón... Listas y bien entendidas, cuando tal defensa tuvieron. Pero yo vengo molido a fuerza de bastonazos.

CORO.—¿Qué te pasó, mi chiquito? porque un hombre es un chiquito, cuando se deja pegar. Y no importa que sea viejo.

XANTIAS.—¡Vaya que el viejo éste es lo peor de lo peor! Entre los que estaban en el banquete es el que más cae bajo el peso del vino. Estaban allí Hipilo, Antifonte, Licón, Lisistrato, Teofrasto y la pandilla de Frínico. A todos estos superó en su exaltación desaforada y con mucho. Ya que se hubo repletado de muy buenas cosas, se puso a dar saltos, a bailar, a dar eructos, a burlarse de todos, a grandes carcajadas y a hacer mil tonteras, como un burro bien harto de cebada. Luego vino a darme golpes como si fuera él un joven y decía a grandes voces: "Muchacho, muchacho".

Cuando lo vio Lisistrato le dijo estas palabras: Te pareces a un frigio recién elevado a la riqueza, o a un burro que corre ansioso a la paja.

Y él por su parte dando grandes gritos le respondió: Y tú te pareces a un chapulín que tiene un manto tan ralo que se le cuentan los hilos, o bien a Estenelo, que andaba siempre en pelota.

Todos lo aplaudían, menos Teofrasto que le hacía el gesto como hombre de educación.

Pero el viejo no paró. Se encaró con Teofrasto y le dijo: Dime, ¿por qué te haces el grandioso y bien nacido, si eres un puro payaso que vives a costa de los que se elevan por su maña?

Y en esta forma siguió diciendo necedades injuriosas a todos los comensales y contando cuentecitos que no venían al caso, por lo rústicos y tontos.

Ya que estaba bien bebido se metió para la casa dando golpes a todo el mundo, si se le ponía delante.

¡Ahí les viene haciendo esos! Yo me escurro, no sea que me repita los golpes.

Entra Filocleonte con una antorcha en la mano y totalmente ebrio. Viene con él una flautista enteramente desnuda y algunas personas a quienes él golpeó.

FILOCLEONTE.—¡Alza la antorcha, deja pasar...! (*Se vuelve a los que lo siguen.*)

¡Fuera el que siga mis pasos! Si no se me largan luego, los quemo con esta antorcha, ¡ay, malditos!

UNO DE LOS CONVIDADOS.—¡Será, pero mañana nos vas a pagar todo, a pesar de tus fierezas! Ya vendremos todos juntos a consignarte al tribunal.

FILOCLEONTE.—¡Ja, ja, ja! ¡A consignarme! ¡Qué cosas viejas me dicen! Ya no tengo yo que ver con procesos... ¡Fuchi, fuchi! Miren la que ahora me gusta (*Señala a la flautista*). ¡Ya las urnas se acabaron! ¿hay alguno que tenga ganas de juicio? ¿en dónde estará el juez? ¡Vaya al diablo!

(*Se vuelve a la flautista.*)—Vente, pimpollito de oro, agarra bien esta cuerda para que puedas subir. No te vayas a caer. Ya está vieja la cuerda, pero aún le gusta que la froten. Viste bien cómo te cuidé cuando los convidados intentaban propasarse contigo en cosas sucias. Lo tienes que agradecer a esta cosita. Ya lo sé que no harás muy buen uso y me dejarás frustrado como dejaste a otros, ¡y en qué forma! Pero si ahora no eres malita como mujer, yo te prometo que, cuando muera mi hijo, pagaré tu rescate en el burdel y he de hacerte mi compañera, ¿verdad, chulita? Ahora no puedo disponer de mis bienes. Estoy muy joven y me tienen muy en guarda. Mi hijito me cuida mucho y es muy fastidioso y tan tacaño que se pone a partir un comino y a quitarle a los berros la pelusa. Siempre está con temor

de que yo me pierda, porque no tiene otro papá.

Pero ahí viene; viene acá a donde estamos los dos. Quédate allí de una pieza y toma bien tu antorcha. Yo le voy a hacer una treta como me las hacía él a mí antes de darme luces del misterio.

BDELICLEONTE.—¡Tal por cual, tal por cual, viejo verde, ya estoy viendo que te gusta comer truchas...! ¿Enamorado a tu edad? Creo que mejor te caería un féretro bien labrado. ¡Por Apolo, sí que no harás eso sin castigo!

FILOCLEONTE.—¿Qué no te gustaría comerte un proceso a la vinagreta?

BDELICLEONTE. — Ya es mucho. Después que les escamoteaste la flautista a los convidados, te me pones a hacer chistes.

FILOCLEONTE. — ¿Qué flautista? Estás chiflado, y me hablas como el que dejó de ser burro.

BDELICLEONTE. — ¿Qué flautista? ¡Por Zeus, mírala: está ante ti y es de Dárdanos!

FILOCLEONTE.—No, señor, era una antorcha que lucía en el ágora ante los dioses.

BDELICLEONTE.—¿Conque una antorcha? ¿No?

FILOCLEONTE.—Una antorcha, sí señor. ¿No ves qué bien distribuida?

BDELICLEONTE.—¿Y lo negro que tiene en medio?

FILOCLEONTE.—¡Vaya, eso sólo es la brea que se la va derritiendo!

BDELICLEONTE.—Y, ¿por qué está por detrás más gordita que por enfrente?

FILOCLEONTE.—Es un nudo de la antorcha que le sobresale.

BDELICLEONTE.—¿Conque un nudo, no? (*A la flautista*).—¿Te vienes conmigo o no?—(*La toma de la mano.*)

FILOCLEONTE. — ¡Qué hubo, qué hubo!... ¿qué dijiste? ¿Qué es lo que intentas hacer?

BDELICLEONTE.—Te la quito y me la llevo. Tú ya no sirves para eso.

Toma a la flautista para llevarla al interior.

FILOCLEONTE. (*Al público.*)—Favor de oírme ahora. En la Olimpiada yo fui uno de los que iban delante. Vi cómo Eufodión luchó contra Ascondas y con gran resultado, a pesar de ser viejo. Le bastó un puñetazo para echar por tierra al joven. Conque... cuidado de tener los ojos rotos.

BDELICLEONTE.—¡Vaya, qué bien aprendiste las lecciones de la Olimpiada.

Llega una panadera con su canastón vacío con Querefonte como testigo. Habla con éste:

PANADERA.—Ahora, haz tu oficio y ayúdame. Te lo pido por los dioses. Este es el hombre que me echó a perder mi negocio. Soltó su antorcha, la dejó caer y dejó vacío mi canastón. ¡Panes de a diez óbolos y panes de a cuatro... y todo rodó por las calles, por haber agitado su antorcha!

BDELICLEONTE. (*A su padre.*) — ¿Lo estás mirando? ¿Ves lo que has hecho? Tu vinito nos está llenando la casa de conflictos judiciales.

FILOCLEONTE.—Nada de eso. Esos conflictos se arreglan, y ella se me queda a mí.

PANADERA.—¡No por las dos diosas; te vas a reír como quiera de Mirta, hija de Anquilión y Sosastre! Es que me han echado a perder toda mi mercancía.

FILOCLEONTE.—Oyeme, mujer. Te quiero decir algo. De grato contenido es.

PANADERA. — ¡Por Zeus, no me vengas con cuentos, resbaloso!

FILOCLEONTE.—Una noche volvía Esopo de un banquete y una perra impúdica y borracha se puso a ladrarle. Lo que él le dijo fue esto:

—Perra, perra, si en vez de mover tu maldita lengua fueras capaz de comprar un poco de trigo, por Zeus que serías discreta.

PANADERA.—¿Todavía te estás bur-

lando de mí? Seas quien seas, yo te cito al tribunal para que me pagues la mercancía perdida. Aquí tienes a Querefonte que es mi testigo.

FILOCLEONTE.—Por Zeus que no. Pero oyeme lo que te voy a decir. Lasos discutía una vez con Simónides el precio de un premio. Y Lasos dijo: A mí poco me importa.

PANADERA. (*Al testigo.*)—Verdad es, amigo mío.

FILOCLEONTE. (*Al mismo testigo.*) Buena cara tienes Querefonte, ¿y te pones a ser testigo de ésta tan paliducha como un muerto; de esta Ino que se arroja a los pies de Eurípides?

Salen la panadera y su testigo. Llega un hombre bien maltratado con su testigo también.

EL HOMBRE.—¡Ay, infeliz de mí. Te acuso, oh anciano, por ofensa!

BDELICLEONTE.—Aquí tienes otro acusador. También mueve querella contra ti, y trae su testigo.

FILOCLEONTE. (*A esto queda llamado.*)

BDELICLEONTE. — ¿Conque por ofensas? No lo demandes, por los dioses. Yo te pagaré en su lugar la reparación que tú exijas y te quedaré muy agradecido.

FILOCLEONTE.—Déjame a mí. Yo arreglaré las cosas. Ciertamente di golpes y eché por allí piedras. (*Al quejoso.*) Pero, vamos a ver: ¿Fijo yo, o fijas tú la cantidad que he de darte? Si lo primero, seguiremos muy amigos. Si lo otro, tú sabes...

EL HOMBRE.—Di tu, pues. Yo de pleitos y procesos no quiero saber nada.

FILOCLEONTE.—Cierta hombre de Síbaris se cayó del carro y se rompió la cabeza. Y de modo muy grave. No sabía manejar. Vino un amigo suyo y le dijo muy cuerdo: "Cada uno obre en lo que sabe hacer." Eso te digo, vete a que te cure Pítalos.

BDELICLEONTE.—¡Eres el mismo, obras como en otros casos!

EL HOMBRE. (*A su testigo.*)—Ten presente la respuesta que me ha dado.

Se dispone a salir.

FILOCLEONTE.—¡Oyeme, no te escurras! También en Sibaris un día cierta mujer rompió una grande urna bocona...

EL HOMBRE. (*A su testigo.*)—Cuidado, guarda este testimonio...

FILOCLEONTE.—...y la olla tomó su testigo, pero aquella mujer le dijo: Nada de pruebas; mejor hubiera sido que te pusieras una venda en la herida.

EL HOMBRE. — Te estás burlando... Ya verás cuando venga el arconte por ti para que comparezcas a juicio.

Sale junto con su testigo.

BDELICLEONTE.—¡Eso sí que no, por Koré! ya no te quedas un momento más aquí; si es posible, te llevo en peso y te... (*Lo toma y quiere cargarlo.*)

FILOCLEONTE.—¿Qué es lo que haces?

BDELICLEONTE.—¿Qué es lo que hago? Te llevo por delante. Si no lo hago, muy pronto no habrá suficientes testigos para apoyar las demandas que se hacen.

FILOCLEONTE.—A Esopo un día los de Delfos...

BDELICLEONTE.—¡Poco me importa a mí...!

FILOCLEONTE.—...lo acusaron de haber robado un vaso que pertenecía al dios. Pero dijo que un día el escarabajo...

BDELICLEONTE.—¡No me revientes con tus escarabajos!

Se lo lleva para el interior.

CORO: ESTROFA.—¡Me da envidia tu ventura, oh anciano, liberado de tristes peripecias y de una agitada vida!

Vas a saborear otras cosas ahora, mudado por buen acuerdo, de dulzura y suavidad.

Tal vez no halle gusto pronto, pues es duro dejar modos que de tendencia natural proceden.

Muchos, empero, pudieron siguiendo normas de otros, y mudaron sus costumbres.

ANTISTROFA.—Según pienso yo y los cuerdos tendrá grandes alabanzas por el amor que al hijo tuvo y por la discreción de este hijo de Filocleonte. Nunca he tratado con otro de tan buena condición y de tan rectas costumbres, al grado de que me siento lleno de placer y gozo. En cuanto a su padre dijo logró vencer con razones al autor de su vida a llevar vida mejor ajustado a nuevas normas.

Sale Xantias espantado.

XANTIAS.—¡Ah, por Dióniso, favor! ¡Qué trifulca hemos tenido: es seguro que algún numen nos ha hecho bola la casa!

Cuando el viejo hubo oído por largo tiempo la flauta, se puso tan alegre, pues había bebido mucho, que se puso a bailotear las danzas de su tiempo, las que fueron más famosas, y eso sin descansar un momento. Eran las que conoció a Téspis el gran bailarín.

Y ahora viene diciendo que los trágicos de ahora son una punta de bobos y los desafía a bailar con él, aunque sea un poquito.

Salen Filocleonte y su hijo. Aquél viene disfrazado de Polifemo, para parodiar el personaje de Eurípides en El Cíclope.

FILOCLEONTE. — ¿Quién está allí sentado al frente de las puertas?

XANTIAS. (*Al público.*)—Ya está aquí esta desgracia y viene para acá!

FILOCLEONTE.—Rómpanse las barreras, va a comenzar el baile.

XANTIAS.—Hay que decir que empieza ahora la locura.

FILOCLEONTE.—Bajo el impulso de ella se elevan mis lomos. Mis narices resuellan fuertemente, y mis mismas coyunturas se estremecen.

XANTIAS.—Bebe un poco de éleboro.

FILOCLEONTE. (*Ensayo un paso de danza encorvándose.*)—Frinico se encogía, era cual si fuera un galló...

XANTIAS. — ¡Pronto habrá piedras...!

FILOCLEONTE. — ...y alzaba la pierna al cielo... (*intenta hacer lo mismo*).

XANTIAS.—¡Se te está mirando el trasero!

FILOCLEONTE.—Ten cuidado de ti mismo. Ahora sí que mis piernitas juegan con agilidad. ¿Qué, no estoy bailando bien?

XANTIAS.—¡No, por Zeus, son cosas de loco!

FILOCLEONTE.—Deja un poquito y voy a retar a mis rivales.

Vamos, señores: ¿hay alguno de bailarín de tragedia que quiera contender conmigo? Venga, vamos a probarnos. ¿Nadie hay?

Entra un chico vestido de cangrejo.

XANTIAS.—¡Este solo, ya lo ves!

FILOCLEONTE. — Y, este infeliz, ¿quién es?

XANTIAS.—Un hijo de Cangrino, es el de en medio.

FILOCLEONTE. — Pues ése habrá que tragarlo. Con un bailecito lo mato. Y eso a punta de zoquetes, que de baile, nada sabe.

Llega otro chico de igual vestido.

XANTIAS.—¡Ay señor, tienes aquí a otro de la misma prole de Cangrino!

FILOCLEONTE. — ¡Bah, tendremos cangrejos que comer hoy!

XANTIAS.—Eso, sólo eso: cangrejos. Ahora viene otro allí, otro hijo de Cangrino.

Llega el tercer danzarín con igual forma de vestido.

FILOCLEONTE.—Y, eso, ¿qué es? ¿Es araña o pinacate?

XANTIAS.—¡No, señor, es el portero de toda la descendencia! Es el xocoyote, pero sabe hacer tragedias.

FILOCLEONTE.—Ay, Cangrino, noble padre; son preciosos tus vástagos; vienen como chupamirtos a bailotear sobre mí.

Dice a su hijo que está cailado oyendo todo:

Por favor, una salsita, si es que salgo vencedor.

Sale al frente.

CORIFE0.—Ahora, señores, demos lugar por chico que sea, para que él pueda con facilidad hacer sus charradas.

El coro se coloca a dos lados en semicoros y canta: En el centro baila Filocleonte con los tres chicos.

ESTROFA.—¡Vaya, langostinos, hijos del mar, a bailar sobre la arena, al borde del mar estéril, hermanos de las langostas!

ANTISTROFA. — ¡Brincos, brincos y más brincos, torciendo las patas, que es el modo con que se baila el famoso Frenico. Cuando miren vuestras piernas al aire, los espectadores habrán de exclamar: Oh, Oh!

CORO GENERAL.—¡Vuelta y vuelta y otra vuelta, haz la ronda y alza la pierna, si puedes llegar al cielo, conviértete en remolino!

Va por delante el rey del mar, vuestro padre, lleno de orgullo por sus hijos, los tres monitos que bailan.

Si queréis seguir bailando, dejad que nos retiremos, que hasta hoy no se había visto despedir una comedia en baile de danzarines.

LA PAZ

INTRODUCCION

Esta comedia de nuestro cómico fue estrenada en 421 a. C. con ocasión de las grandes fiestas donisiacas. No pudo ganar el primer premio, acaso por mal humor de los jueces dictaminadores, que se veían aludidos en varias partes de la pieza. Esta, que tiene grande fama, es para mí de menor importancia que otras. Claro, que tiene su fuerza para el trabajo en favor de una paz estable entre las comunidades griegas. Creen algunos que la compuso muy de prisa. Es probable. No tiene el arranque de otras de su numen.

Diez años llevaban de guerrear los de Atenas con los del Peloponeso. Los lacedemonios invadían a cada rato los terrenos de Atica y no dejaban a los campesinos llenar siquiera la necesaria subsistencia para ellos y sus familias. Treguas había habido varias, pero casi todas rotas fuera de tiempo y contrato.

Aristófanes trabajó para meter en la mente de los que veían sus piezas, la noción, el ansia y la ventaja de la buena paz. Tenemos varias comedias suyas de tendencia pacifista. Además de ésta, está la llamada Acarnanios, y hubo otra Paz que no se conservó.

Esta pieza, remota para nosotros, debió ser de risa y alegría desde el principio al fin. Necesitaríamos recargar de notas su exposición. Lo cual en edición como ésta nos prohibimos. Los personajes alegóricos, como Opora (la Abundancia) y Teoría (la diosa de las fiestas), dan su buena parte de entretenimiento. Una era la diosa de los frutos y con ella se casará el protagonista principal, Trigeo, cuyo nombre significa el vendimiador, y la otra era la diosa de los grandes festejos. Pasa rápidamente por la escena.

Para el auditorio de Aristófanes las alusiones salaces y de sentido sexual eran de particular encanto. Al traducir he procurado dar el sentido, sin dar la crudeza. El entendido sabrá hallar las alusiones y su contenido.

Esta comedia tal cual la conservamos es ciertamente de las más representativas del teatro griego. Su estilo y expresión pueden ser crudos, pero su contenido era constructivo y de valor social indudable.

Para quien quiera ahondar en los problemas que suscita la breve bibliografía que va al principio. Y lo remito también a las conferencias que se dieron en la Universidad, y que ha publicado ya el Instituto de Bellas Artes. Para una edición que intenta ir a toda mano, es fuera de prudencia recargar de erudición.

LA PAZ

ESCENARIO

Campo de entrada a la casa de Trigeo. A la mitad del cuadro hay una caverna cuya entrada cierran grandes piedras. A la izquierda, la casa de Zeus.

PERSONAS

DOS CRIADOS DE TRIGEO.

TRIGEO.

DOS NIÑAS PEQUEÑAS, HIJAS SUYAS.

HERMES.

PÓLEMOS.

TUMULTO PERSONIFICADO.

CORO DE LABRADORES.

HIEROCLÉS.

UN FABRICANTE DE SEGURES.

UN VENDEDOR DE ARMADURAS.

DOS NIÑOS.

Personajes mudos:

LA PAZ.

LA ABUNDANCIA.

LA ALEGRÍA DE LAS FIESTAS.

LA PAZ

Ante el palacio de Trigeo.

PRIMER ESCLAVO.—¡Ora, ora, pero pronto: un pastel para el escarabajo!

SEGUNDO ESCLAVO.—¡Malhaya él! ¡Aquí lo tienes y nunca coma cosa mejor!

ESCLAVO I. — ¡Echa otro más, amasado de mierda de burro!

ESCLAVO II.—Anda pues, ahí te va... Pero... ¿dónde está el que acabas de darle? ¡No, ya se lo tragó!

ESCLAVO I.—¡Tal cual, vive Zeus! Le dio unas vueltas con sus patas, después de arrebatármelo y se lo engulló de un tirón. Anda, pues, y trae otros muchos bien apretados y compactos.

ESCLAVO II.—¡Ay, recogedores de inmundicias, por los dioses, dadme ayuda, si no queréis que sucumba asfixiado por la hediondez!

ESCLAVO I.—¡Otro, otro más dame, que sea de caca de un putito, eso le gusta mucho, con tal de que esté bien molida!

ESCLAVO II.—¡Miren! Nadie va a decir, señores, que yo me como la masa al amasarla.

ESCLAVO I.—¡Fuchi! Echa otro y otro y otro y no dejes de amasar otros.

ESCLAVO II.—¡Por Apolo que no más... ya no aguento este hedor de la letrina!

ESCLAVO I.—Entonces me la llevo y la meto para adentro.

ESCLAVO II.—¡Vete al diablo tú con ella! (*Se vuelve a los espectadores*):

¿Alguno de ustedes puede decirme, por favor, en dónde adquirir una nariz sin hendeduras? ¡Nada hay más pesado que el cargo de dar de comer a un escarabajo! Un puerco,

un perro, se tragan todo eso tal cual lo hallan y se lo engullen sin melindres. Pero este animalejo... Delicado, mañoso, no quiere comer las cosas, si no se las amasa y ablanda y suaviza todo un día. ¡Como si fuera una galleta para una delicada dama!

Pero... voy a ver si ha acabado o no de comer. Abriré con tiento la puerta para que no me sienta. (*Entreabre la puerta y mira*):

Traga y traga, hártate, ojalá que revientes.

¡Qué bien traga el infeliz, no hay luchador que mueva los brazos como éste mueve sus mandíbulas! Ya da vueltas para un lado, ya para el otro con sus patas todas erizadas de puntas, es como uno que intenta escalar el cable de una nave de carga. ¡Feo, repugnante, voraz y pestilente...! ¿Qué demonio de dios lo habrá echado acá? ¡Yo no sé! Pero ciertamente no fue Afrodita ni fueron los Gracias.

ESCLAVO II.—¿Quién sería, entonces?

ESCLAVO I.—¡De nadie puede provenir, si no de Zeus mierdero!

ESCLAVO II.—Pudiera ser, ya que uno de los espectadores, de esos que se creen muy sabios, ya está diciendo: —¿Qué negocio es éste? ¿Para qué demonios es el escarabajo? Y un jonio que se sienta a su lado le dice: —Yo creo que hace una alusión a Creonte el modo como este endiablado bicho come, que es pura inmundicia... Ah, pero voy a dar de beber al escarabajo. (*Sale corriendo*.)

ESCLAVO I.—Yo voy a explicar este asunto a los niños, y a los maduros varones y a los que están pa-

ra serlo, y también a los que creen haber superado a los demás. Y a estos muchos más que a otros.

Mi amo está enloquecido por extraña manía. No es la vuestra, sino otra muy rara, totalmente nueva. Porque el día entero, mirando hacia el cielo, con toda boca abierta, increpa a Zeus y dice: "Zeus, ¿qué hacer intentas? ¡Deja esa escoba, no barras la Hélade!

Ah, ah... por favor... ¡silencio! Creo que oigo una voz...

TRIGEO. (*Dentro.*) — ¡Ay Zeus, qué intentas hacer con nuestro pueblo?

¿No consideras que dejas desoladas nuestras ciudades?

ESCLAVO II.—¡Ese, ése es el mal de que yo hablaba hace poco...! Hay que oír este cúmulo de farsas y locuras. Voy a contar qué dijo cuando le vino el primer ataque de bilis. Se preguntaba él a sí mismo:

—¿Cómo le haré para ir derecho a Zeus? Luego se puso a fabricar unas escaleritas débiles y de poco sostén y por ellas intentaba subir al cielo... pero se vino abajo y se quebró la cabeza.

Y tras esto, ayer se salió sabrá él dónde y a poco regresó trayendo un enorme escarabajo del Etna. Me obligó a que yo fuera su caballerizo. Y lo está acariciando como si fuera un potrillo y le dice: —¡Tienes propapia de Pegaso y tú puedes llevarme a las alturas hasta llegar a donde está Zeus... Pero voy a ver por esta hendedura que está haciendo...

¡Ay misero de mí... Vecinos, vecinos, aquí... mi amo se va elevando para llegar al cielo, y va cabalgando sobre el escarabajo.

Aparece Trigeo montado en un gran escarabajo con sus grandes alas bien tendidas.

TRIGEO.—¡Calmado, calmado, mi escarabajito, dulcemente camina! No te abalances tan rápido, fiado de tus fuerzas; espera que se pongan a la

obra tus músculos y el batir de tus alas. Y nada de tufitos pestilentes que tú arrojes, ¡por favor te lo ruego! ¡Si eso intentas, mejor quédate en casa!

ESCLAVO II.—¡Señor amo, mi dueño, qué locura!

TRIGEO.—Calla, calla.

ESCLAVO II.—¿Y para qué sin razón te aventuras al éter?

TRIGEO.—Es que vuelo en favor de todos los griegos. Es algo nuevo y arduo lo que yo he imaginado.

ESCLAVO II.—Y por eso, ¿volar? ¡Qué locura! No estás cuerdo.

TRIGEO.—¡Hay que hablar cosas buenas, y no proferir censuras fuera de tono! ¡Hay que alzar suspiros a la altura! Di a los hombres que guarden silencio, que tapen las letrinas con ladrillos que hallen a mano y se pongan también un tapón por allá atrás.

ESCLAVO II.—¡Callar!, y ¿cómo a tú no me dices cuál es el intento de tu vuelo?

TRIGEO.—¿Cuál otro puede ser? ¡Voy al cielo de Zeus!

ESCLAVO II.—Y, ¿qué pensamiento tienes?

TRIGEO. — Para pedirle cuentas acerca de lo que pretende hacer con todos los griegos.

ESCLAVO II.—Y, ¿si él no responde...?

TRIGEO.—Lo llevo al tribunal. Está traicionando a los griegos en favor de los persas.

ESCLAVO II.—¡Por Díoniso que no, mientras yo esté vivo...!

TRIGEO.—No hay otro recurso.

ESCLAVO II.—¡Ora, ora, ora... niñitas: su padre se va y las deja solas y abandonadas y se lanza al cielo por secretos modos!

¡Ay, desdichadas, suplicad al padre!

Salen las hijas de Trigeo y una tras otra van hablando:

NIÑA.—¡Padre, padre!, "Un rumor se difunde que brota de la casa." ¡Que me abandonas tú, para irte

con los pájaros, y unirse con los cuervos, más veloz que los vientos! Y eso ¿puede ser cierto? Dímelo, padre, dílo si me amas.

TRIGEO.—“Bien puede presumirse que las cosas son ciertas.” Me voy porque las quiero. Cuando vienen a pedirme pan, dándome el nombre de papá, y en casa no hay ni una moneda de plata, ni rastro de un óbolo... Pero si logro mis fines y regreso, ya tendrán a su tiempo su tortá y su cachetada.

NIÑA.—Y, ¿qué medio tendrás para hacer este viaje? No hay nave que te lleve para ir por ese camino.

TRIGEO.—¿Nave? No, ¿para qué? Voy en un alado bridón.

NIÑA.—Papito mío, ¿qué se te metió en la cabeza de enjaezar a un escarabajo para ir a la casa de los dioses?

TRIGEO.—Lo saqué de las fábulas de Esopo: sólo seres que vuelan llegan a la casa de los dioses.

NIÑA.—¡Dices cuento increíble, oh padre, padre mío...! ¿una bestia mal oliente ir ante los dioses?

TRIGEO.—Ya fue por odio al águila y como medio de vengarse hizo caer sus huevos.

NIÑA.—Vuela mejor en un pegaso alado y ante los dioses te verás más trágico.

TRIGEO.—¡Niñita mira, ése requiere ración doble, y éste se sostiene con lo que yo he comido!

NIÑA.—¿Qué, si se hunde en el húmedo abismo? ¿Cómo saldrá, si tiene alas?

TRIGEO.—Yo llevo mi timón, echaré mano de él y mi nave será un escarabajo de Naxos.

NIÑA.—¿A qué puerto te lleva, si escapas al naufragio?

TRIGEO.—¿No hay un puerto del Escarabajo en el Pireo?

NIÑA.—Ten cuidado, no vayas a caer y quedes cojo. ¡Ya tendría Eurípides tema para nueva tragedia!

TRIGEO.—Todo lo tomo en cuenta. Y ahora... ¡adiós! Vosotros por quienes yo sufro tales penas, por favor, en tres días ni orinar, ni ir al

baño... ¡No vaya a ser que éste, si percibe el aroma, me eche de cabeza para ir a gozar de eso!

¡Vamos, Pegaso, marcha alegre. Haz que resuene tu freno de oro, con orejas enhiestas y brillantes de gozo!

¿Qué haces? ¿qué estás haciendo? ¡No bajes las narices hacia las letrinas! ¡Lánzate osado desde la tierra y bien confiado en tus rápidas alas, llega a donde está Zeus, sin volver la nariz a donde hay excrementos, o todo alimento que perece!

¿Qué haces tú, buen hombre, que estás exonerando junto al sitio donde andan las ramerías, en el mismo Pireo? ¡Tú me matas, me matas... Anda, deja eso y tápalo bien con tierra, planta arriba hierbas olorosas y riégalo con perfumes, que de otra manera, si me caigo y me lastimo, ya tendrá que pagar Quíos cinco talentos por tu desahogo.

El escarabajo baja violentamente.

—¡Ay qué miedo, qué miedo, y no lo digo riendo! ¡Cuidado, mecánico, hay un viento tenaz y violento que me rodea el ombligo! Si no tienes cuidado, tendré que dar qué coma al escarabajo.

Pero... me parece que ya estoy cerca de la casa de los dioses, y ya contemplo la mansión de Zeus...

Cuadro nuevo: Palacio de Zeus y Trigeo en pie ante él.

TRIGEO.—¿Quién está en las puertas de la casa de Zeus? ¿No me van a abrir? (*Golpea varias veces.*)

HERMES. (*Dentro.*)—¿De dónde ese olor de hombre? ¡Gran príncipe Heraclés...! ¿Qué cosa mala es ésta?

TRIGEO.—Es un hipocántaro.

HERMES.—Canalla, pícaro, desvergonzado, pícaro, repícaro, retepícaro... ¿cómo has podido llegar acá, picarón entre los pícaros? ¿Qué nombre tienes? ¡Habla... ¿por qué no hablas?

TRIGEO.—Pícaro.

HERMES.—¿De dónde tu prosapia? ¡Dímelo!

TRIGEO.—Pícaro.

HERMES.—Y tu padre, ¿quién es?

TRIGEO.—¿El mío?... ¡Pícaro!

HERMES.—Si no dices tu nombre, por Gea que te mato. A ver, ¿qué nombre tienes?

TRIGEO.—Yo soy Trigeo de Atmon, muy diestro viñador. No soy un revoltoso ni amigo de cuentos.

HERMES.—¿A qué vienes acá?

TRIGEO.—A traer estos manjares.

HERMES.—...Pobrecito... ¿y cómo has venido?

TRIGEO.—¡Ah tragón, ahora ya no te parezco un pícaro...! ¡Anda, ve a llamarme a Zeus!

HERMES.—¡Hi, hi, hi! No podrás acercarte a los dioses... Ayer mismo se fueron.

TRIGEO.—¿Qué rumbo de la tierra?

HERMES.—... ¡Mira tú, de la tierra...!

TRIGEO.—¿A dónde pues?

HERMES.—Lejos, lejos, muy lejos, al lugar más remoto de los cielos.

TRIGEO.—Y tú, ¿por qué tan solo te quedaste?

HERMES.—Para guardar lo que queda de la vajilla de los dioses, ollitas, tablitas, anforitas...

TRIGEO.—Pero, los dioses, ¿por qué se ausentaron?

HERMES.—Enojados contra los griegos. En los mismos sitios en que ellos estaban alojados han dado hospedaje a Pólemos y os han dejado para que ella haga y deshaga con vosotros.

Ellos se fueron muy alto para no veros combatir, ni estar oyendo vuestros ruegos.

TRIGEO.—¿Pero por qué se portan así con nosotros? ¡Dímelo por favor!

HERMES.—Es que buscáis la guerra antes que la paz. Ellos os dan la ocasión para la tregua. Y si los de Laconia logran alguna ventaja, exclaman luego: ¡Ah por los dioses, que nos la pagarán los Aticos! Y si ellos quedan mal y resultáis victo-

riosos ellos quieren la paz, luego le dais esta respuesta: ¡Por Atena, no están engañando, por Zeus que no seducen, no creamos. Ya estarán regresando en tanto tengamos a Pólemos en nuestro poder!

TRIGEO.—¡Ese es en verdad el modo de nuestro lenguaje!

HERMES.—Esta la razón por la que dudo lleguéis a ver la Paz en mucho tiempo.

TRIGEO.—¿Pero a dónde se ha ido?

HERMES.—Pólemos la tiene presa en una profunda cueva.

TRIGEO.—¿En cuál?

HERMES.—Aquí abajo de esto todo. Estás viendo en qué forma ha amontonado piedras encima para que nunca podáis recobrarla.

TRIGEO.—Dime ahora... ¿a nosotros qué mal se nos está urdiendo?

HERMES.—No sé más que esto: ayer tarde hizo traer un mortero de enorme tamaño.

TRIGEO.—Y ése, ¿para qué? ¿Qué uso va a hacer de él?

HERMES.—Su intención es triturar en él a las ciudades. Pero me voy... creo que está a punto de salir. Está haciendo tanto ruido allá dentro.

Sale Hermes.

TRIGEO.—¡Ay, infeliz de mí! ¡Debo correr! Por los indicios, no tarda en salir. Trae un mortero de bético brío.

Va a esconderse por un extremo. Sale Pólemos con un gran mortero.

PÓLEMOS.—¡Ay, mortales, mortales, mortales que tanto mal habéis tolerado: tendréis que sufrir pronto en vuestras mismas mandíbulas!

TRIGEO. (*Aparte.*)—¡Príncipe Apolo, qué enorme mortero... mal odioso, y Pólemos qué horroroso a la vista! Ese es del que hay que huir, tremendo, horripilante, de piernas tan largas y potentes...

PÓLEMOS.—Oh Praseis, tres y cin-

co veces y mil veces desdichada... ¡Hoy tienes que acabar!

TRIGEO.—No señores, esto no es con vosotros, esta desgracia es para Lacaonia.

PÓLEMOS.—¡Ah, Megara, Megara que te voy a hacer trizas y muy en breve serás picadillo!

TRIGEO.—¡Desdicha y malhaya! ¡Qué grandes y lamentables desdichas van a Megara!

PÓLEMOS.—También tú has de pe-recer, Sicilia.

TRIGEO.—¡Ah, mísera ciudad, tú ser raspada!

PÓLEMOS.—Mezclémosle también esta miel de Atica.

TRIGEO.—¡Oye, no... más barata... esa cuesta cuatro óbolos, ahora la miel de Atica!

PÓLEMOS.—¡Chico, chico... Tumulto!

Aparece Tumulto a la voz de Pólemos.

TUMULTO.—¿A qué me llamas?

PÓLEMOS.—Vas a chillar mucho. Estás de ocioso. Este soplamocos es para ti... (*Le da un puñete.*)

TRIGEO.—¡Golpe bien dado!

TUMULTO.—¡Ay, infeliz de mí, patrón... qué duro!

TRIGEO.—¿Se habrá untado con ajos la mano?

PÓLEMOS.—¡Pronto: tráeme un majador para el mortero!

TUMULTO.—No hay, señor, no tenemos, si ayer nos mudamos.

PÓLEMOS.—Vete a buscarlo entre los atenienses, ¡pero... volando, joven!

TUMULTO.—Ya voy, por Zeus, que si no, he de llorarlo.

Sale Tumulto.

TRIGEO.—¡Vaya, pues! ¿Qué haremos los pobres hombrecitos? Estáis viendo qué grande es el peligro para nosotros. Si regresas trayendo el majador, será para hacer añicos las ciudades. ¡Oh Díóniso, que muera y no vuelva trayendo tal instrumento!

Regresa Tumulto.

PÓLEMOS.—¡Ahora!

TUMULTO.—¿Qué hay?

PÓLEMOS.—¿No traes nada?

TUMULTO.—¡Cosa espantosa... se les perdió el majador a los Atenienses; era el curtidor aquel que traía a toda la Hélade de arriba para abajo.

TRIGEO.—¡Bueno, bueno, oh soberana reina Atene... ¡qué a tiempo murió ése y tan a su caso para la ciudad, antes de darnos su picadillo!

PÓLEMOS.—¡Entonces, pronto a Lacedemonia a que te den otro!

TUMULTO.—Eso se hará, señor.

PÓLEMOS.—¡Pero prontito vuelta!

Sale Tumulto corriendo.

TRIGEO.—¿Qué nos va a pasar, señores? Ahora es la gran prueba. Si alguno de vosotros ha logrado iniciarse en los misterios de Samotracia, ahora es cuando ha de rogar para que se le retuerzan muy bien las tripas, por partida doble, para que no regrese.

Vuelve Tumulto.

TUMULTO.—¡Ay de mí, desdichado, ay de mí y muchas veces, ay!

PÓLEMOS.—¿Qué pasó? ¿ni ahora traes nada?

TUMULTO.—También a los lacedemonios se les perdió el majador.

PÓLEMOS.—¿Cómo es eso, bribonazo?

TUMULTO.—Lo prestaron a los de Tracia y ellos lo perdieron.

TRIGEO.—¡Qué bien por los Dióscuros, puede que salgan bien las cosas! ¡Tened confianza, hombres!

PÓLEMOS.—Toma todos estos cachivaches y mételos de nuevo. Voy a fabricar un majador para el mortero.

Se van Pólemos y Tumulto.

TRIGEO.—¡Ahora es cuando hay que decir lo que cantaba Datis,

mientras se manipulaba en pleno medio día: “¡Cómo gozo y me deleito y me lleno de placer!” ¡Ahora es el tiempo a propósito, oh griegos, de dejar a un lado las querellas y las guerras y sacar a la libertad a la Paz tan amada de todos, antes que lo estorbe otro majador en el mortero!

¡Vamos, labradores, comerciantes y artesanos, y obreros, lo mismo avendados que extranjeros, los de las islas y los de lejos, el pueblo entero, en fin... pronto, pronto acá con cables, con palancas y con picos, que ahora hay que arrebatarse la ocasión para beber la copa del genio de la suerte!

Entra el Coro formado por labradores, tanto de Atenas como de Lacedemonia, de Beocia, de Argos y Megara.

CORIFE0.—¡Aquí todo el mundo en marcha con fuego en pos de la salvación! ¡Todos los griegos a una luchemos! —¡ahora o nunca!— ¡fuera campos de guerra, fuera mantos de escarlata! ¡Ha brillado el día adverso para Lámaco!

(A Trigeo): ¡Ante esta situación nuestra hay que obrar! ¡Habla y dirige la obra! ¡Creo que resuelto estoy a trabajar con ahínco, sin cejar en el empeño hoy, hasta que no venga a la luz del día, a fuerza de picas y cuerdas y demás artificios mecánicos, la más grande de las diosas y la más amante de las vides!

TRIGE0.—¿No se pueden callar? ¡Que no con sus gritos de alegría en esta obra vayan a despertar la furia de Pólemos que está allá dentro!

CORIFE0.—Pero al oír tal anuncio nos llenamos de júbilo; ella nunca nos dice: Traigan bastimentos para tres días...

TRIGE0.—¡Y mucho cuidadito con aquel can rabioso, el Cerbero que duerme allá en la hondura! ¡Sus aullidos, sus gritos, como cuando aquí en el mundo estaba, serían impedi-

mento para que libertáramos a la diosa!

CORIFE0.—¡No hay quien pueda arrebatársela de mis brazos, si una vez se los echo encima! ¡Viva, viva, viva!

TRIGE0.—¡Me aturden y enajenan esos gritos, señores... ¿No pueden refrenarlos? ¡Si se da cuenta Pólemos y viene, echa a rodar toda nuestra empresa: a puntapiés lo hace!

CORIFE0.—¡Que haga desastres, que patee y se vuelva loco haciendo revolución con todo... nunca podremos refrenar las muestras de nuestro gozo!

TRIGE0.—¡Qué desgracia! ¿Qué les está pasando, señores? ¡Con esos saltos y meneos de las piernas van a echar a la porra todo este empeño!

CORIFE0.—¡Pero es que no soy yo quien quiere bailar; de puro gusto mis piernas ellas solas se ponen en movimiento para entretejer la danza!

TRIGE0.—¡Vamos ya: pónganse en calma!

CORIFE0. — Vaya, ya. Por ahora acabamos.

TRIGE0.—Eso dices, pero sigues.

CORIFE0.—Déjame hacer solamente este paso de baile y no habrá más danza.

TRIGE0.—Vaya, pues, eso y allí que pare el baile.

CORIFE0.—Si eso te sirve de algo, ya no queremos bailar.

TRIGE0. — ¡Malhaya, miren: no acaban!

CORIFE0.—¡Por Zeus, deja que alce yo mi pierna derecha y allí parará todo!

TRIGE0.—¡Que sea, pero allí que cese!

CORIFE0.—Pero la pierna izquierda... Mira, yo no la muevo, ella por sí sola busca, ¡tiene derecho! ¡Estoy lleno de alegría y me muero de placer! ¡Salto y río, que si dejo el escudo, es como si dejara la vejez, cual culebra que se despoja del cuero!

TRIGE0.—No es tiempo aún de gozarse: aún no están seguros ustedes. Cuando la hayamos sacado, entonces den suelta al gozo, y den

gritos y carcajadas. Entonces sí que podrán navegar, o estar en casa; darse al amor y dormir, ir a ver las fiestas públicas, hacer festines o ponerse a jugar al cótabo, vivir como los de Sibarís, y estar gritando: ¡Jujuy, jujuy!

TODO EL CORO: ESTROFA.—¡Ah, si yo ver lograra alguna vez ese día!

¡Qué fatigas he pasado, qué dormir en las campañas, como le tocó a Formión! Ya no sería yo el juez duro y difícil de contentar...

TRIGEO.—Ni de esas malas maneras y ásperas como antaño...

CORO.—¡Qué manso me verás y cuán rejuvenecido, cuando quede yo libre de los pesados trabajos de la guerra! ¡Qué tiempo que nos estamos matando y nos agotamos en idas y venidas: que vamos al Liceo, que volvemos del Liceo, y siempre cargando el escudo y la lanza!

¿En qué podemos serte gratos, di-lo, ya que una buena fortuna te ha constituido nuestro jefe absoluto?

TRIGEO.—Vamos a ver en qué forma retiramos estas piedras.

HERMES.—¡Pícaro, atrevido!... ¿qué intentas hacer?

TRIGEO.—Nada malo, sino como Cilicón.

HERMES.—Te arruinaste, picarón.

TRIGEO.—¡Si me toca, qué remedio: Hermes eres y tendrás que echar las suertes!

HERMES.—Te arruinaste, estás perdido.

TRIGEO.—¿Para qué día?

HERMES.—Para luego, en este momento.

TRIGEO.—Si nada he comprado aún, ni harina ni queso, para ir yo a la muerte.

HERMES.—Será, pero estás jodido...

TRIGEO.—¿Cómo y cuándo? ¡Ni siquiera me di cuenta de esa dicha!

HERMES.—¿No sabes que Zeus ha decretado la muerte para el que sorprenda desenterrando a ésa?

TRIGEO.—¿Entonces, es fuerza que yo muera?

HERMES.—¡Ni duda cabe!

TRIGEO.—¡Ahora, préstame tres dracmas para un puerquito: tengo que iniciarme en los misterios antes de que me maten!

HERMES.—¡Ay Zeus, señor de rayo y trueno...!

TRIGEO.—¡Señor, por los dioses... no nos denuncies, yo te lo ruego!

HERMES.—No guardaré silencio.

TRIGEO.—¡Siquiera por las carnes que te traje con tanto empeño!

HERMES.—Pero, infeliz, ¿no ves que a mí me aniquila, si no doy estridentes gritos, denunciando los hechos?

TRIGEO.—¡No grites, Hermecito!

Al Coro:

¡Díganme ustedes, hombres, ¿qué les pasa? Allí están atontados, y llenos de terror... Malvados, no callen, que si no él sí dará gritos!

CORO. ANTISTROFA 1ª.—¡No por favor, señor Hermes, no lo hagas, nada hagas! Si es que guardas recuerdo de cuán a gusto devoraste el puerquito que te ofrecí; ¡no tengas por don vano mi ofrenda en esta angustia de hoy!

TRIGEO.—¿No oyes cómo te halagan, oh príncipe potente?

CORO.—¡No seas rencoroso y te vuelvas contrario a nosotros estorbando que la tomemos; antes bien haznos la gracia, oh, el más amante de los hombres y el que más generoso es entre los dioses para prodigar bienes! A no ser que tengas miedo de las furias y el entrecejo de Pisandro. Que nosotros te daremos culto con sacrificios y ostentosas procesiones en todo tiempo, oh príncipe, y para siempre.

TRIGEO.—¡Anda, yo te lo ruego, ten piedad de sus voces! Ellos habrán de honrarte mucho más desde este día. (*Aparte*): ¡Como que son más ladrones que eran antaño!

Te voy a descubrir un hecho grave y tremendo, y es que están conspirando contra todos los dioses.

HERMES.—Vamos, velo diciendo: pudiera ser que me convencieras.

TRIGEO.—Silene y Helios el mañoso, contra vosotros están, planeando muchas cosas ha tiempo y entregar a la Hélade a los bárbaros.

HERMES.—¿Por qué tal cosa hacen?

TRIGEO.—¡Por Zeus, es que nosotros os hacemos sacrificios y a ellos se los ofrecen los bárbaros. Claro está que, al desaparecer vosotros, tendrán ellos todos los homenajes!

HERMES.—¡Eso es, por lo mismo nos están defraudando, él una parte del día, y ella nos deja ver una órbita roída!

TRIGEO.—¡Por Zeus que sí! Precisamente por eso, amado Hermes, ayúdanos potente y bien dispuesto a sacar a ésta arriba. Y las grandes Panateneas, y otras fiestas de dioses, serán para honrar a Hermes: los Misterios, la Dipolías, las Adonías. Y otras ciudades también liberadas de sus desdichas, harán sacrificios a Hermes conservador en todo lugar. ¡Qué grandes bienes vendrán sobre ti! Vaya como primicias este vaso que en don te entrego para tus libaciones.

HERMES.—¡Cómo me mueven a piedad los vasos de oro!

TRIGEO.—¡A ustedes les toca obrar ahora, señores! ¡Hola, con picas y palancas quiten esas piedras lo más pronto posible!

CORIFE0.—Eso haremos. Y tú, el más discreto de los dioses, es justo que dirijas, que dispongas lo que hay que hacer, como quien tiene la experiencia de la obra. Y no hallarás que somos negligentes para ponernos al trabajo.

Comienzan los del Coro a levantar las piedras.

TRIGEO.—Anda pues, lo más pronto dame esa copa para hacer libaciones, al comenzar, a estos dioses.

HERMES. — ¡Libación, libación: recogeos devotos, recogeos! Al hacer la libación, roguemos que en este día

empiece para los griegos todos una etapa de bienes abundantes, y todo aquel que aferre con dispuesto corazón estos cables jamás tenga después que embrazar el escudo.

TRIGEO.—¡Por Zeus, que sí, y que pase la vida en paz, teniendo al lado una amiga, para remover... los carbones!

HERMES.—Y que el que quiera más bien tener la guerra, nunca acabe, oh señor Díóniso...

TRIGEO.—...de sacar de sus codas las puntas de los dardos.

HERMES.—Y que, si alguno con ansias de comando se disgusta porque te sacamos a la luz del día, oh señora, que en estas batallas...

TRIGEO.—...le acontezca lo mismo que a Cleónimo.

HERMES.—Y si algún fabricante de lanzas o vendedor de escudos, para aumentar sus ganancias desea la guerra...

TRIGEO.—...que lo cautiven forajidos y sólo coma cebada.

HERMES.—Y si alguno queriendo ser el jefe del ejército, se niega a colaborar con nosotros; o el esclavo que busca pasarse al enemigo...

TRIGEO.—...¡sea tendido en la rueda y deshecho a latigazos!

HERMES.—¡Sea todo en bien para nosotros!... ¡Io, pean, io!

TRIGEO.—Yo quito el pean y sólo digo Io!

HERMES.—¡Io, Io ahora y sólo digo Io!

TRIGEO.—¡A Hermes, a las Gracias, a las Horas, a Afrodita, al Deo...

HERMES.—¿A Ares, no?

TRIGEO.—¡No!

HERMES.—¿Tampoco a Ruyalo?

TRIGEO.—¡Tampoco!

Comienzan a levantarse las piedras atadas a los cables.

HERMES.—¡Tended bien el artificio y tirad con los cables!

CORO: ESTROFA.—¡Jala, jala!

HERMES.—¡Jala más!

CORO.—¡Jala, jala!

HERMES.—¡Jala aún más!

CORO.—¡Oh, jala, jala, jala!

TRIGEO.—¡No todos éstos jalan parejo! ¡No quieren trabajar éstos, solamente se hacen bolá! ¡Ah beocios, ya les pesará!

HERMES.—¡Jala pues!

TRIGEO.—¡Jala ya!

CORO.—¡También los dos jalen!

TRIGEO.—¿Qué hago yo si no jalar? ¿No estoy bien aferrado al cable? ¿No me agoto en mis esfuerzos?

CORIFEIO.—¿Qué pasa, entonces, que la obra no adelanta?

TRIGEO.—¡Mal haces, Lamco, con estorbar a las piernas... no necesitamos, hombre, de tu espantajo! Tampoco los de Argos jalan hace tiempo; y solamente están riendo de los que pasan trabajos y eso hacen porque reciben bastimentos de ambos lados.

HERMES.—¡Mira, amigo, los lacedemonios, sí que jalan a lo macho!

TRIGEO.—¡Sábetelo: son los que viven de labrar madera los que de veras obran, pero los herreros, sí que no!

HERMES.—¡Tampoco hacen nada los de Megara. Y eso que jalan con tamaña boca ansiosa y jadeante, como los perros que roen su hueso!

TRIGEO.—¡Por Zeus, se están muriendo de hambre!

HERMES.—¡Nada logramos hacer, hombres...! ¡vaya, todos a una y con ardor jalemos otra vez!

CORO: ANTISTROFA. — ¡Jala, jala!

HERMES.—¡Jala más!

CORO.—¡Jala, jala!

HERMES.—¡Por Zeus, jala, jala!

CORO.—¡Un poquito nos movemos!

TRIGEO.—¿No es extraño y es tremendo que entre nosotros, unos jalan para un lado y otros jalan al contrario? ¡Gente de Argos, ya tendrán sus golpes!

HERMES.—¡Jala, ahora!

TRIGEO.—¡Jala, ya!

CORO.—¡Qué malvados unos son entre nosotros!

TRIGEO.—Ustedes, atenienses, que quieren la paz, jalen con todas sus fuerzas.

CORO.—¡Hay quienes estorban!

HERMES.—¡Hombres de Megara, lárguense al demonio! Os odia la diosa que bien lo recuerda: fueron los primeros en untarla de ajos. Y, ahora, atenienses, les digo: con calma, sigan en el sitio en que se hallan... ¡no saben más que juicios y procesos! Pero, si de veras quieren sacar a la Paz, ¡échense un poco al lado del mar!

CORO. — ¡Vamos, hombres, que sólo nosotros los labradores podemos hacer obra tal!

HERMES. — ¡Ahora sí, señores míos, la cosa va en marcha!

CORO.—Dice que la cosa va en progreso: ¡a cada hombre, que ponga su esfuerzo todo!

TRIGEO.—Los labradores jalan con buen resultado, pero los otros, no.

CORO.—¡Hora pues, hora todos!

HERMES.—De veras, ahora sí, ya está a punto.

CORO.—No hay que césar; hay que acrecentar el esfuerzo.

HERMES.—¡Ahora sí que resultó!

CORO.—¡Jala ahora, jalen todos, jalen, jalen, jalen ya, jala, jala, jalen todos!

La Paz sale de su caverna y vienen con ella Opora, la diosa de los bastimentos y Teoría, la de las fiestas.

TRIGEO. (*Al verla.*)—¡Reina que das los racimos! ¿cómo dirigirme a ti? ¿Dónde hay una palabra que tenga de valor diez ánforas para decirle al saludo? ¡No tengo ninguna en casa!

Opora y tú, Teoría, ¿qué rostro tan lindo el tuyo: qué bien huele, y el perfume que de tu pecho se exhala! Huele tan grato como el hallarse exento del servicio militar.

HERMES. — ¿Ajá? ¿te recuerda acaso el olor de la mochila?

TRIGEO.—¡Fuchi, es algo que me asquea, ese olor de soldado! Eso huele a cebollas o al que las come. Ajá, pero esta... diosa del fruto en sazón, la que siempre es bien reci-

bida, la que preside las fiestas de Diónisos, las flautas y las tragedias, y hasta las melodías de Sófocles, y los versitos de Eurípides, aunque son cursilones.

HERMES.—¡Infeliz, no la calumnies! ¿Cómo quieres que le gusten los endres y argucias de ese poeta?

TRIGEO.—¡Claro; hiedras, cedazos para el vino, ovejas baladoras, gargantas de campesinas que por el campo corren, el esclavo bien ebrio, la ánfora que rodó por ahí vacía, y tantas cosas más!

HERMES.—¡Pon atención ahora, mira en qué forma están hablando unas a otras las ciudades y rién con toda gana...!

TRIGEO.—¡Sí... mírales la cara... toda llena de moretones, y el cuerpo ampuado y doliente!

HERMES.—Ve también a los que están mirando el cuadro: con sólo ver su cara, sabrás en qué trabajan...

TRIGEO.—¡Miserable de mí!

HERMES.—¿No ves cómo ese que fabrica penachos se está arrancando los cabellos?

TRIGEO.—Y el que fabrica azadas ya se peyó ante el que fabrica espadas.

HERMES.—Y el que fabrica segures, ¿no ves cómo se goza?

TRIGEO.—¡Sí, y le hace con el dedo mala seña al que fabrica lanzas!

HERMES.—¡Vamos, ya, díles a los labradores que se vayan!

TRIGEO.—¡Oiganlo, todos: Vamos al campo todos los labradores, sin lanzas, sin escudos, sin flechas, sin espadas... solamente los aperos de labranza!

¡Tenemos aquí a la Paz, aquella Paz antigua! ¡Vamos, a trabajar el campo, pero antes cantemos un himno de victoria!

CORIFE.—¡Oh, día grato para el justo y para el buen labrador! ¡Con qué gozo voy a ver mis viñedos e higueras que de joven yo planté! ¡Qué deseo tengo de saludarles tan largo tiempo después!

TRIGEO.—¡Ahora, señores míos,

vengan a honrar a la diosa que ha podido libertarnos de Gorgonas y penachos. Y vamos luego a la casa y a los campos nuestros, pero llevando buena provisión para la comida!

HERMES.—¡Ah, Poseidón, cómo es grato ver este desfile de labradores, que van tan unidos, como una torta, o los que van a un banquete!

TRIGEO.—¡Por Zeus, qué bien relucen al sol las segures bien limpias, y con ellas los bieltos tricornes! ¡Bellos surcos trazarán!

Yo también me voy al campo, y ardo en ansias de llegar, ¡hace tiempo que no voy!

¡Vamos, hombres, que se acuerden, la vieja vida que la diosa Paz nos daba... ¡canastos de higos bien secos y allí acomodados, o también los higos tiernos, que derramaban su miel, el mirto y los vinos dulces, y las sargas de violetas, dejadas junto a las fuentes, y las gratas aceitunas que todos con ansia deseamos!

Pero ahora a la diosa vamos a saludar.

CORO: ANTISTROFA 2. — ¡Salve, salve, oh cuán grata llegas amada para nosotros! Me agobiaba tu deseo, que sentía el acicate en mi interior para retornar al campo. Tú para nosotros eres la mayor de las ganancias. Tú eres único sostén de los que el campo trabajan. ¡Qué vida la nuestra era bajo el amparo tuyo! Nada de afanes, nada de fatigas, con tu ayuda teníamos el pan cotidiano!

¡Dulces alegrías, gratos placeres, que tú dabas al labrador el pastel de cebada verde y con él la salud! Por eso los viñedos, las higueras y los olivares te acogen con grande alegría!

CORIFE.—Pero tú, dios de los buenos, dínos en dónde estaba la Paz escondida.

HERMES.—Discretísimos labriegos, tienen que oír mi palabra para que se den cuenta de la forma en que se perdió la Paz. Primero comenzó Fidas y luego siguió Pericles, que temeroso de su fallo y su sentido mordelón, no quiso sufrir desdichas,

sino que prefirió poner fuego a la ciudad, con una chispa que dejó caer en el decreto acerca de Megara y tal ímpetu tomó el fuego que hizo arder a toda Hélade y ha arrancado lágrimas a los griegos de una y de otra parte. Cuando comenzó el incendio chocaba una ánfora contra otra y nadie pudo dar término al conflicto, con lo cual se fue la Paz!

TRIGEO.—¡Mira qué cosas no sabidas dices! ¡Por Apolo, que no las sabía! Nada sabía yo de Fidias en sus ligas con la Paz.

CORIFE0.—¡Ni yo tampoco, ahora me voy desayunando! Por eso será tan bella, por sus tratos con Fidias. ¡Cuántas cosas ignoramos!

HERMES.—Fue cuando las ciudades que están sometidas a ustedes vieron cómo enseñaban los dientes unos a otros e hicieron todo lo que pudieron para escapar al tributo y fueron a ganarse a los lacedemonios de primera fila a fuerza de dineros. ¡Claro, éstos, ávidos siempre de ganancias, desvergonzadamente codiciosos y poco amigos de los demás hombres, echaron a la Paz afrentándola y escogieron la Guerra!

¿Ganaron algo? ¡No, que los que hicieron lucro fueron los de arriba y los labradores, con mayor pobreza! Y aun las trirremes de esta tierra fueron a comerse sus higos como venganza.

TRIGEO.—Y con toda justicia, que ellos a mí cortaron mi higuera, aquella higuera negra que yo mismo planté y estuve cuidando de ver cómo crecía.

CORIFE0.—¡Ah querido, qué bien, por Zeus, con toda justicia, que a mí, de una pedrada me rompieron una ánfora en que llevaba nada menos que seis medimnas de trigo! (= 311 04 lits.)

HERMES.—Y vinieron después en tropel los campesinos a refugiarse en la ciudad, pero echaban menos sus uvas y sus higos, y se dejaron comprar como los otros. Eso sí, muy atentos oían a los oradores. Y éstos, que bien estaban al tanto de

la miseria de los trabajadores, con gritos destemplados echaron fuera a la Paz, y eran sus voces como horquillazos. Y eso mismo pasaba cada vez que ella venía a nuestro suelo. Y entre los aliados, a los más ricos, a los más poderosos, los hostilizaban, por pensar que eran partidarios de Brasidas. Y ustedes, como furiosos perros, se lanzaban sobre el calumniado y lo hacían mil pedazos. Hambrienta estaba la ciudad y cuantas víctimas caían en su poder, eran devoradas. Pero los extranjeros, al ver en qué forma se les daban golpes a los oradores, prefirieron taparles la boca con dinero. Y así se fueron ricos, y Grecia queda pobre. Y... ¿quién causó todo esto? ¡Un vendedor de cueros!

TRIGEO.—¡Basta, basta, señor! No menciones a ese hombre. ¡Déjalo allá en la hondura del Averno! Ya no nos toca a nosotros, es tuyo por natural ley. Todo cuanto digas de él, que fue astuto y un hablador, un falsario, todo un perro de pleito, y cuanto quieras decirle... ¡ya no nos toca a nosotros, porque ahora está en tu poder!

Pero, tú, señora, ¿por qué guardas silencio? ¡Dime por qué!

HERMES.—¿Cómo quieres que hable? ¡Esos que ahora la ven la hicieron sufrir mucho!

TRIGEO.—¡Te hablaré a ti, siquier a un poquito, en voz baja!

HERMES.—Dime, qué es lo que piensas, oh amadísima amiga. Como mujer aborreces los escudos, lo comprendo... Pero, ¿qué dices ahora?

(*En ademán de oír a la boca de la Paz*): ¡Sí, eso es: ya lo entendí. Oiganlo ustedes: Dice que está airada, porque, tras aquello de Pilos, vino a ustedes trayendo toda una cesta llena de tratados, y tres veces allí la repulsaron, por los votos que hubo en la asamblea del pueblo.

TRIGEO.—¡Muy mal hecho, ¡perdón! Es que entonces estábamos bajo el poder del cuero.

HERMES.—Oye ahora, percibe lo que acaba de decirme: ¿Quién era el mal dispuesto contra la Paz? ¿Quién había que luchara por acabar con la guerra?

TRIGEO.—¡Cleónimo fue el que mejor disposición mostraba!

HERMES.—Y ése, ¿qué tal era para la guerra?

TRIGEO.—Animo sí que tiene, pero no es hijo del padre que le atribuyen: al salir a la guerra, echó lejos las armas, como su propia natalidad. . . !

HERMES.—Oye lo que ahora dice: ¿Quién manda en la tribuna del Pinx?

TRIGEO.—¡Hipérbolo, es quien la rige ahora. . . ! (*A la Paz*): ¿Ahora qué? ¿por qué vuelves el rostro?

HERMES.—Vuelve su cara a otro lado, al ver que el pueblo ha podido soportar tal gobernante.

TRIGEO.—¡Ya no tendremos que usarlo! ¿Qué querías que hiciera el pueblo, que estaba sin dirigente? ¡Como quien alda un vaso desechado, por no tener otro a su mano!

HERMES.—Pregunta qué bien puede venir a la ciudad con la Paz.

TRIGEO.—Nos haremos más razonables.

HERMES.—¿Cómo es eso?

TRIGEO.—¡Es que él fabrica lámparas! Antes andábamos a tientas en las tinieblas para hacer nuestros negocios, pero ahora todo lo vamos a hacer a la luz de la lámpara.

HERMES. — ¡Ay, lo que ahora quiere que yo pregunte!

TRIGEO.—¿Qué, pues?

HERMES.—¡Mil cosas viejas! Lo que ella dejó al irse. Pregunta, desde luego, qué ha pasado con Sófocles. . .

TRIGEO.—Está en buen estado. Pero le ha caído algo espantoso. . .

HERMES.—¿Como qué?

TRIGEO.—Si antes era Sófocles, ya se volvió Simonides.

HERMES.—¿Cómo Simonides?

TRIGEO.—Viejo y caduco como está, es capaz de navegar en una tabla para ganarse un óbolo. . .

HERMES.—¿Cratino el sabio, vive todavía?

TRIGEO.—Murió, cuando invadieron los lacedemonios.

HERMES.—¿Qué le pasó?

TRIGEO.—¿Qué fue? Tuvo un colapso: no pudo ver que se quebrara una ánfora de vino. . . Y tanto y tanto como esto ha venido sobre la ciudad.

(*A la Paz*):—De modo que, oh señora, ya no te dejaremos ir. . .

HERMES.—Bueno, así te doy a Opora como mujer. Aquí la tienes. Váyanse al campo a producir. . . preciosas uvas.

TRIGEO. (*Acercándose a Opora*).—¡Queridísima, ven acá y dame un beso!

Oyeme, Hermes: ¿cabe algún mal si me entrego a los juegos de amor con Opora, ahora que han pasado tantos días de privación?

HERMES.—¡Claro que no, pero luego te tomas tu tisana de poleo! Y antes de todo, ve con Teoría al Senado, que era donde ella residía.

TRIGEO. — ¡Dichoso consejo con ella, Teoría! Buen caldo comerás en estos tres días, y carnes y menudos muy bien cocidos. Está bien, oh Hermes, mil veces adiós, amado mío.

HERMES.—Bien vayas tú también y acuérdate de mí.

TRIGEO.—¡Vamos, mi escarabajo, ¡a casa, a casa. . . vamos en un vuelo!

HERMES. . . ¡Si él no está aquí!

TRIGEO.—¿A dónde se largó?

HERMES.—Sujeto al carro de Zeus, ahora soporta los rayos.

TRIGEO.—¿En dónde hallar podrá sus alimentos?

HERMES.—¡Va a comer la misma ambrosía que come Ganimides.

TRIGEO.—Y ahora, ¿cómo bajo?

HERMES.—Sin miedo, vas junto a la diosa.

TRIGEO.—¡Vengan, muchachas, sigan de prisa, que hay muchos que esperan con bien preparado instrumento!

CORIFE0.—Vete en paz. Vamos a guardar los objetos de la liberación.

Que aquí junto a la escena es el lugar menos seguro. ¡Qué punta de ladrones revolotea por sus cercanías! ¡Muy a lo macho guardad estas cosas! Vamos a dar en tanto al pueblo el sentido de nuestro pensamiento y el alcance de nuestra intención.

Bien mereciera ser azotado con el palo de la defensa el poeta cómico que pretendiera hacer su propio elogio cuando habla al pueblo en el prólogo de su obra. Pero, oh hija de Zeus, que sí es muy justo dar sus parabienes al que como mejor se ha dado a conocer entre los autores de comedias.

El fue quien primero entre los hombres hizo que sus contrincantes fueran dejando el olvido sus vituperios a los andrajos y su guerra a los piojos. El hizo que se rieran y perdieran el respeto a los Heracles, panaderos siempre, hambrientos y fugitivos y malvados, que fácilmente se dejaban contundir a palos, y dejó a un lado a los esclavos que tenían que salir llorando para que otro esclavo se riera de sus heridas y le dijera con sorna: ¡Ah, desdichado! ¿qué le pasó a tu pellejo? ¿es que el azote de puntas cayó en tus lomos y te ha surcado bien el cuero?

Este autor hizo a un lado todas esas cosas vulgares y payasadas sin gracia y nos ha hecho un gran arte con destreza, edificándolo y poniéndole torres de bellas palabras y de chistes y gracejos que no son de plazuela. Sus personajes no son hombrucillos vulgares, ni mujerzuelas, sino con un brío digno de Heracles, se echaba contra los más altos, sin arredrarse con el olor pestilente de los cueros, ni con las amenazas de un asqueroso cenagal removido y efervescente.

Yo, primero que nadie, me puse a combatir a la bestia de dientes acerados, sin temer sus tremendas miradas de ojos de Cina, que lanzaba como rayos relucientes. Cien cabezas de detestables aduladores la rodeaban y le lamían la cabeza. Tenía voz de torrente destructor, olor

de foca y testículos de sucia Lamia y trasero de camello, por su fetidez. Siendo tal como era, no le tuve miedo. Todo lo contrario: salí a enfrentarme con ella, en defensa de ustedes y de todas las islas.

Ahora precisamente por eso háganme la gracia de concederme una recompensa y no se olviden de mí. Y primero, si lograba mis intentos, no anduve de aquí para allá por gimnasios y palestras para seducir a los muchachos, antes bien, recogiendo mis cachivaches, me retiraba luego, sin haber sido causa de molestia para nadie, y sí dando alegría de corazones y cumpliendo con lo que debía.

Por eso han de estar conmigo, los varones y los niños, y aun los que están bien calvos. Todos deben colaborar conmigo en la obtención de la victoria.

Y si quedo vencedor y me voy a las tabernas, todos dirán en las mesas: Llévale al calvo, por calvo, y dale sus entremeses; no le niegues nada a ese hombre que tiene la frente más amplia de todos los poetas.

PRIMER CORO: ESTROFA. — ¡Oh Musa, ahuyenta la guerra y vente a bailar conmigo, yo que soy amigo tuyo! ¡Vamos a cantar las bodas de los dioses y los banquetes de los hombres y las fiestas de los felices! ¡Eso es lo que te complace! Pero si viene Carcino y te pide que bailes con sus hijos, ni siquiera vayas con ellos y ningún caso le hagas, antes bien atente a los tuyos y date a esquivar a esos. Bailarines con un cuello como moral de soldado, enanitos, de poco tamaño, como cagarritas de cabra y al fin poetas de armazón para el teatro.

¡Y su padre que decía que su mejor pieza premiada, cuando nadie lo esperaba, se la comieron las ratas en el peso de la noche!

SEGUNDO CORO: ANTISTROFA. — ¡Esos son los cantos que inspiran las Gracias de gran cabellera y esos debe cantar un poeta si es discreto,

cuando cantan las golondrinas su canto primaveral!

¡Ni Morsino ni Melantio pudieron obtener coro! Este me rompió el oído con sus gritos estridentes, cuando logró un coro trágico, él junto con su hermano. ¡Ese par de dos tragones, dos Gorgonas bien cebadas, y Arpías comedoras de rayas, que andan en pos de las viejas, con sobacos de olor de fango, y son el azote de los peces en el mercado! ¡Musa santa, échales una escupitina potente y vente a celebrar con nosotros la fiesta!

Trigeo con Oporia y Teoría.

TRIGEO.—¡Ay qué pesado es llegar ante los dioses! ¡Mírenme a mí, señores: tengo rotas las piernas! ¡Qué pequeños me parecían desde la altura del cielo, y desde arriba vistos, se juzgaban muy malos... ¡aquí no, son mucho peores!

ESCLAVO. (*Sale de la casa de Trigeo.*)—¿Ya llegaste, mi amo?

TRIGEO.—Eso dicen de mí...

ESCLAVO.—¿Qué tal te fue?

TRIGEO.—¡Tengo dolor de pier-nas... fue muy largo el camino!

ESCLAVO.—¡Anda, cuenta...!

TRIGEO.—¿Qué, pues?

ESCLAVO.—¿Viste a otro hombre errante por la región del viento?

TRIGEO.—¡No! Sólo vi dos o tres almas de poetas autores de diti-rambos.

ESCLAVO.—¿Qué hacían ésas?

TRIGEO.—Ponían todo su empeño en cautivar algunos acordes líricos en la inmensidad azul en que nadaban.

ESCLAVO.—¿Será, entonces, cierto que nos volvemos astros cuando morimos? ¡Eso dicen!

TRIGEO.—¡Claro que sí!

ESCLAVO.—¿Qué astro será ahora Yon el de Quíos?

TRIGEO.—Ese que en un poema que hizo en viejo tiempo, lo llamaba Oriente, apenas hubo llegado allá lo llamaron Estrella de la mañana.

ESCLAVO.—¿Quiénes serán, enton-

ces, esos astros que van haciendo rayas en el espacio prodigando su luz?

TRIGEO.—Esos son los que vuelven de una cena con sus linternas en la mano y fuego encendido en ellas.

Basta: Ahora lleven a ésta lo más pronto que puedan (*señala a Oporia*). Limpia la tina, calienta el agua y prepárame un lecho nupcial. Cuando hayas terminado, aquí regresas.

Yo en tanto voy a devolver al Senado esta otra (*señala a Teoría*).

ESCLAVO.—¡Oyeme, amo, y esas dos mujeres de dónde las trajiste?

TRIGEO.—¿De dónde ha de ser? ¡Del cielo!

ESCLAVO.—¡No daré yo tres óbolos, si ellas se entregan a ser terceras como acá los somos nosotros los mortales!

TRIGEO.—¡No, no todos, pero hay quien viva de tal mal oficio! ¡Vámonos ya!

ESCLAVO.—Dime, ¿hay que darle algo para que coma?

TRIGEO.—¡Nada! Esa no come pan, ni come pastelitos. Ella está acostumbrada a comer la ambrosía de los dioses.

Se va el esclavo llevando a Oporia.

CORO: ESTROFA.—¡Qué feliz se siente el viejo: ahora sí que ha triunfado!

TRIGEO.—¿Y qué dirán cuando me vean ya dispuesto a la boda?

CORO.—¡Has de provocar envidia, oh anciano, cuando de nuevo seas joven bien untado de perfumes!

TRIGEO.—Y, ¿qué tal cuando acostado con ella yo le palpe las tetillas?

CORO.—¡Claro, serás más feliz, que en los bailoteos de Carcino!

TRIGEO.—¿No era justo eso? ¡Yo que cabalgando mi escarabajo fui a salvar a los griegos! ¡Ahora pueden ya en sus campos vivir en seguridad todos, darse al amor y dormir!

ESCLAVO, QUE REGRESA.—¡La niña ya está bañada y muy buena en

sus caderas! Ya está preparada la torta, ya está bien molido el ajonjolí, y todo está bien a punto... lo que falta es tu instrumento bien parado.

TRIGEO.—Sólo falta que se lleven a Teoría al Senado.

ESCLAVO.—¿Quién es ésa? ¿Qué me dices?

TRIGEO.—Es la misma que llevamos una vez ya bien bebidos a los campos de Brauron. No está mal, ya que en otro tiempo la hemos cogido muy bien.

ESCLAVO.—¡Ay, mi amo, qué bien ofrece ésta cada cinco años!

TRIGEO.—¡Sea, pues! ¿Quién de ustedes es hombre recto, quién, por favor? ¿Quién será el que la lleve al Senado, sin mella alguna de su entereza? (*Se vuelve a un esclavo que hace visajes.*) ¡Ora, tú, ¿qué garabatos haces en el contorno?

ESCLAVO.—¡Amo... estoy dibujando la tienda en que voy a clavar... mi aparato!

TRIGEO. (*A los espectadores.*) — ¿No me pueden decir quién es capaz de guardarla? (*A Teoría.*)—¡Vamos, ven para acá: yo mismo te llevaré y te meteré entre ellos!

Comienza a andar con ella.

ESCLAVO.—¡Qué señitas hace ése!

TRIGEO.—¿Cuál?

ESCLAVO.—¿Cuál? ¡Pues Arifrades! ¡Está pidiendo que se la echés!

TRIGEO.—¡Maldito sea! Se echa sobre ella y le agota todo el jugo!

(*A Teoría.*)—¡Vamos, ahora tú: fuera ropas, échalas abajo!

¡Señores senadores y pritaneos: vean a Teoría: la tienen a la disposición: ¡qué tesoro les doy! Pueden desde luego alzarle las piernas y consumir el sacrificio. Y abajo está la cocina...

ESCLAVO.—¡Qué chula es, con un diablo! ¡Toda negra de hollín, como antes de la guerra, allí el Senado colocaba sus... cacerolas...!

TRIGEO.—¡Ya la tienen ahí... ya pueden, si les place, empezar la lu-

cha: tierra a tierra, a cuatro patas, de ladito, o bien apoyados en la rodilla, con un poco de aceite, como en la palestra del pancracio, y darle sus empujones, con los puños... o con otra cosa mejor!

Pasaron tres días de esto, harán carreras de caballos y el jinete irá al lado del jinete y le dará sus empujones, hasta que caiga sin aliento, sin resuello... como que los carruajes han caído unos sobre otros y los aurigas vencidos, caerán a un lado, todos vaciados de vigor, a fuerza de la lucha...

Ea, pues, pritaneos, reciban a Teoría: miren con qué gusto la está recibiendo éste... ¡claro, no lo hace sin ganancia... que de otro modo, no dejaría sus empleos! ¡Sin ganancia segura, se escabullen, con el pretexto de que están en vacaciones!

CORO: ANTISTROFA. — ¡Hombre útil y político entre todos éste es!

TRIGEO. — ¡Ahora, al hacer las vendimias sabrán bien qué valgo yo!

CORO.—¡Desde ahora a la vista queda: es salvador de todos!

TRIGEO.—¡No vas a decir lo mismo cuando bebas una copa de vino nuevo!

CORO.—Pero, fuera de los dioses, siempre el primero serás tú.

TRIGEO. — ¡Sí, de mucho digno soy, yo Trigeo el atmoneo: de muchos males terribles puede librar al pueblo humilde y al pueblo de labradores, al poner fin al dominio de Hipérbolo!

ESCLAVO.—¿Qué debemos hacer ahora, amo?

TRIGEO.—¿Qué otra cosa? Ofrecer a la diosa unas ollas de legumbres.

ESCLAVO.—¡Ollas de legumbres, si a Hermes le parecen una friolera...!

TRIGEO.—¿Entonces qué? ¡A poco un buen buey cebado!

ESCLAVO.—¿Un buey? ¡No! Tendríamos que balar por otros.

TRIGEO.—¡Pues un puerco grande y gordo!

ESCLAVO.—¡No, mi señor, no!

TRIGEO.—¿Por qué no?

ESCLAVO.—¡No vaya a resultar una porquería de Teogeno!

TRIGEO.—¿Con qué víctima, entonces?

ESCLAVO.—Con una oveja.

TRIGEO.—¿Con una oveja?

ESCLAVO.—¡Sí, por Zeus!

TRIGEO.—Pero eso me suena a jonio.

ESCLAVO.—... ¡Precisamente, pues si hay en la asamblea quien quiera hablar de la guerra se le responderá: Be, be...!

TRIGEO.—¡Muy bien dicho!

ESCLAVO.—... y también para que sean mansos, de modo que unos para otros y para los aliados, resulte-mos mansos corderos.

TRIGEO.—¡Pronto, pues, tráete el cordero. Yo dispongo el altar para el sacrificio.

Se van Trigeo y el esclavo.

CORO: ESTROFA.—¡Todo cuando el dios lo quiere y la suerte, sale bien! Todo es un coro al bien pensar, uno a otro se compaginan y todo a su tiempo se logra.

TRIGEO. (*De regreso.*)—Es la verdad clara, que ya el altar está aquí colocado junto a la puerta.

CORO.—¡De prisa, vayamos, que sopla el viento airado, enviado por los dioses, para estorbar la guerra! ¡Un dios ha mudado nuestra situación en forma palpable de males a bienes!

TRIGEO.—Esta es la canastilla con la harina tostada, ésta es la guirnalda y éste el cuchillo es... también aquí está el fuego... ¡sólo el cordero falta!

CORO.—¡De prisa y, en emulación, de prisa! ¡No vaya a venir Kairis para tocar su flauta, sin que nadie lo invite...! Que si lo ven tañer y lleno de fatiga tendrán que darle algo, como es lo natural.

TRIGEO. (*Al esclavo que llega con el cordero y un vaso de agua.*)—Toma la cesta, toma el agua lus-

tral y da la vuelta al ara, por la derecha, pero con prontitud.

ESCLAVO.—Hecho está todo. ¿Qué cosa mandas más? Ya di la vuelta ritual.

TRIGEO.—Tomaré el tizón; que lo meta yo al agua. (*Al cordero.*) Tú, sacúdete. Echa para acá la cebada. Con manos limpias, ¿eh? Arrójala ahora a los que están presentes.

ESCLAVO.—¡Ya está, señor!

TRIGEO.—¿Ya se la diste?

ESCLAVO.—¡Sí, aunque cada uno tiene la suya...!

TRIGEO.—Y las mujeres, ¿qué?

ESCLAVO.—¡Esas la tendrán a la noche: ellos se la darán!

TRIGEO. — ¡Hagamos oración! ¿Quién está ahí? ¿Hay gente honrada y proba?

ESCLAVO.—¡Claro, gente de bien y de buenas costumbres, ésos son los que están! (*Los rocía con agua lustral.*)

TRIGEO. — ¿Los crees gente de bien?

ESCLAVO.—¿No los ves? ¡Los rocío y se quedan quietos!

TRIGEO.—¡Hagamos la oración!

ESCLAVO.—Oremos, pues.

TRIGEO.—¡Dígnate, reina augusta, dominadora Paz, tú que riges los bailes, tú que riges las bodas, recibir nuestra ofrenda!

ESCLAVO.—¡Sí, acógela benigna, oh reina, por Zeus que sí, y no imites a esas mujeres que están atisbando el paso de sus amantes. Entreabren la puerta y ven y si hay quien las mire, se recatan, y cuando ése pasó, vuelven a su tarea...! ¿Harás eso con nosotros?

TRIGEO.—¡No por Zeus, sé como mujer honrada y date a ver toda entera a nosotros que te amamos y buscamos hace trece años. Haz que ya cesen contiendas y turbulencias y podamos llamarte Lisimaca; la que combate las contiendas. Acaba con nuestras malas inteligencias y susceptibilidades que hacen que nos ataquemos los unos a los otros. Unenos a los griegos para siempre en un vínculo de paz como antaño y de-

rrama en nuestras almas dulce sentido de comprensión mutua. Que nuestros mercados abunden en bienes: que vengan de Megara ajos, pepinos, manzanas y túnicas cortas para los esclavos. Que vengan de Beocia los que se rinden al peso de los patos, gansos, gallaretas y alondras. Y que vengan en canastos las anguilas de Copais! Allí sí está bien la lucha: con Moricos y Teleus y Glaucetes lucharemos para adquirir todo eso, ya que tan tragones son. Ha de llegar Melantio tarde, como es su costumbre, y al ver que se ha vendido casi todo, se pondrá a cantar como Medea:

“¡Ay de mí, ay de mí que estoy perdido: me robaron las que se esconden entre las acelgas!”

Y la gente se caerá de risa.

Esto todo, oh venerable, da a los que lo suplicamos.

(*Vuelto al esclavo*): Toma la cuchilla, degüella al cordero, como hábil cocinero.

ESCLAVO.—¡Eso no puede ser!

TRIGEO.—Y, eso, ¿por qué?

ESCLAVO. — Yo creo que la Paz aborrece matanzas... ¡no debe ensangrentarse su altar!

TRIGEO.—¡Vamos, llévala dentro y allá la matarás. Quitale las dos piernas y tráemelas aquí. Ese cordero tiene que ser del que dirige el coro!

Sale el esclavo.

CORO: ANTISTROFA. — ¡Quédate, quédate tú y prepara las astillas y todo lo necesario para hacer el sacrificio!

TRIGEO.—¿No ves que todo dispongo como un diestro conocedor de los ritos?

CORO.—¿Cómo no? ¿No tienes claro que todo lo que un hombre bien formado en la tradición debe saber? ¿Hay algo que no conozcas y algo que te sea oculto?

TRIGEO.—Las astillas en arder con su humo molestan a Estilbides. ¡Vamos, dispondré una mesa y nada me importa estar sin esclavo!

Se va.

CORO.—¿Quién alabar no pudiera a un hombre tal como éste? Por medio de mil pruebas ha salvado la ciudad.

Regresa Trigeo con su mesa.

¡Nadie dejará de darte sus alabanzas!

TRIGEO.—¡Hecho está esto! (*Al esclavo*): toma esas piernas y ponlas al fuego. Voy a buscar yo las vísceras y la torta ritual.

Sale.

ESCLAVO.—Eso me toca a mí.

TRIGEO. — Hubieras hace tiempo regresado.

ESCLAVO. — Presente estoy. O, ¿crees que tardé mucho?

TRIGEO.—Asa muy bien ahora eso... ¿quién viene allá coronado de laurel?

ESCLAVO.—¿Quién puede ser?

TRIGEO.—¡Parece un farsante!

ESCLAVO.—¿No será un adivino?

TRIGEO.—¡Por Zeus que no: es Hierocles, el que dice sus oráculos en Oreos!

ESCLAVO.—¿Y qué vendrá a decir?

TRIGEO.—Claro está que pondrá trabas a la reconciliación.

ESCLAVO.—¡No, viene al olor de la carne que se asa en el sacrificio!

TRIGEO.—Hagamos como si no lo viéramos.

ESCLAVO.—Dices bien.

HIEROCLES. (*Llegando*).—¿Un sacrificio? ¿a cuál de los dioses?

TRIGEO.—Sigue asando y no hables. Cuida de los riñones.

HIEROCLES.—¿A quién sacrificáis? ¿no me lo diréis?

TRIGEO.—¡Qué buena está la cola!

ESCLAVO.—Cierto que sí, oh Paz, reina amada...

HIEROCLES.—Ya, haced el sacrificio y dadme las primicias.

TRIGEO.—Tienes que asarla más antes.

HIEROCLES.—Bien asadas que están ya estas partes.

TRIGEO. — ¡Oh qué moler, quienquiera que seas tú!

AL ESCLAVO.—Ve destasando.

HIEROCLES.—¿En dónde está la mesa?

TRIGEO. (*Al esclavo.*)—Saca las libaciones.

Sale el esclavo.

HIEROCLES.—La lengua se corta por separado.

TRIGEO.—Bien me acuerdo de ello. Pero sábetelo que debes hacer...

HIEROCLES.—Tú lo dirás.

TRIGEO.—No nos chistes ni una palabra... sábetelo que estamos sacrificando a la Paz.

HIEROCLES. (*En tono declamatorio*): — ¡Infelices mortales y cándidos...!

TRIGEO.—¡Caiga sobre tu cabeza la maldición!

HIEROCLES.—Que no penetran el divino juicio y van a hacer alianzas con esos monos de brillantes ojos...

TRIGEO.—¡Ju, ju, ju!

HIEROCLES.—¿De qué te ríes?

TRIGEO.—Me gustaron tus monos de brillantes ojos...

HIEROCLES.—¡Pichones que fiáis de las astutas zorras de falsos corazones y falsos pensamientos!

TRIGEO.—¡Ojalá que ardieran en calor tus pulmones como están estas carnes!

HIEROCLES.—Si las ninfas no se dujeron a Bacis ni Bacis a los hombres, ni las ninfas ni Bacis...

TRIGEO.—¡Tengas mal fin, no estás aquí con tu Blacis...!

HIEROCLES.—No estaba fijado por los hados el tiempo en que debiera ser libertada la Paz, pues era necesario que antes...

TRIGEO. (*Al esclavo.*)—¡Echale sal a eso!

HIEROCLES.—Pues los dioses decretan que no puede haber paz antes el lobo haga madre a una oveja.

TRIGEO.—¡Loco y fatuo, cómo quieres que un lobo se una en carnal contacto con una oveja?

HIEROCLES.—Mientras la chinche campesina hieda, y la perra angustiada dé a luz cachorros ciegos, no es tiempo aún de implantar la Paz.

TRIGEO.—¿Qué nos compete entonces? ¿Seguir la guerra o cesar las batallas? ¿Echar suertes para ver cuál de los dos pueblos ha de llorar más? ¿No podríamos hacer un tratado por el cual la Hélade toda tuviera un mando?

HIEROCLES.—¿Podrás hacer que un cangrejo ande derecho?

TRIGEO.—Nunca más cenarás en el pritáneo y nunca más, pasadas estas cosas, estarás en capacidad de dar oráculos.

HIEROCLES.—Y tú tampoco nunca harás suave la piel del erizo.

TRIGEO.—¿No cesarás por fin de engañar con oráculos a los atenienses un día?

HIEROCLES.—Y, ¿qué oráculo hubo para hacer este sacrificio a los dioses?

TRIGEO.—Bello es y el autor es Homero:

La nube odiosa de la guerra huímos. Han de elegir la Paz y un sacrificio le han de consagrar. Ya ardió la víctima y de sus piernas a medio consumir tomamos y las vísceras comimos. Con bellas copas libaciones hicimos y yo al principio iba mostrando a todos el camino. Y al que dice oráculos nadie ofreció siquiera la reluciente copa.

HIEROCLES.—De eso nada me toca... Lo dijo la Sibila.

TRIGEO.—Pero mejor lo dijo el sabio Homero: Sin padres y sin normas; sin hogar es aquel que se complace en los horrores de la guerra civil.

HIEROCLES.—Mucho cuidado, mira que no venga un milano y sin darte tú cuenta te arrebatte las partes de la víctima.

TRIGEO. (*Al esclavo.*)—Cuida la copa de las libaciones, haz la libación ya, y ten cuidado, que este autor de oráculos nos amenaza. Pon a un lado las vísceras.

HIEROCLES. — Si les parece, yo mismo me sirvo mi parte.

TRIGEO. — ¡La libación, la libación!

HIEROCLES. — También quiero mi parte de intestinos.

TRIGEO. — A los felices dioses no les place. Vamos primero a hacer las libaciones y tú márchate de aquí.

Hace la libación y dice:

Oh Paz augusta, permanece siempre entre nosotros toda la vida.

HIEROCLES. — ¡Pásame la lengua...!

TRIGEO. — ¡Dame mejor la tuya!

ESCLAVO. — Libación.

TRIGEO. *(Da al esclavo las carnes.)*

¡Toma y llévalo pronto!

HIEROCLES. — ¿No me dan parte de los intestinos?

TRIGEO. — ¡No; no te podemos dar antes que un lobo haga madre a una oveja!

HIEROCLES. — ¡Dame, por tus rodillas!

TRIGEO. — ¡Que no, dije! ¡Amigo, estás pidiendo que se suavice el erizo!

Trigeo y el esclavo que ha regresado se ponen a comer la carne de la víctima. Habla el primero a los espectadores:

¿Gustan ustedes comer intestinos?

HIEROCLES. — Pero yo, ¿qué?

TRIGEO. — ¡Cómete a la Sibila!

HIEROCLES. — Por Gea que no, no los habréis de comer solos. Yo los voy a tomar; ¡eso les toca a todos!

TRIGEO. — ¡Dale golpes, dale a ese Bacis!

HIEROCLES. — ¡Protesto!

TRIGEO. — También protesto yo. Eres un farsante, eres un charlatán. Dale, dale con fuerza, no ceses de apalea a ese impostor.

ESCLAVO. — Dale mejor tú, que yo le voy a sacar las pieles de las víctimas que se ha echado al seno...

TRIGEO. — ¡Dalas por la buena, falso adivino! ¿No estás oyendo?

— ¡Qué cuervito tan mono nos lle-

gó de Oreo! ¡Fuera, en un vuelo vete a Elimnio!

Se evade el adivino Hierocles.

CORO: ESTROFA. — ¡Alegría, alegría siento yo: se acabaron los cascos del guerrero! ¡Se acabaron las cebollas y el queso de la munición de guerra!

¡Quédense los combates para quien los anhela! ¡Esos para mí, no!

¡Lo que yo ansío es sentarme junto al fuego en donde arde la llama dulce y chisporrotea, unido a mis amigos beber a todo pasto, tras echar a las llamas la rama más resaca que se cortó al ardor del estío, y tostar mis garbanzos en las brasas ardientes y asar bien mis bellotas en medio del rescoldo y besar como a escondidas, de cuando en cuando, a Trata, mi esclava, en tanto que se lava y asea mi mujer!

CORIFE0. — ¡Bello cuadro en verdad! nada más grato al alma; ya terminó la sombra y el dios está prodigando su lluvia fecunda y dice un vecino a otro: "Dime, vecino de esta comarca, ¿qué será bueno hacer ahora?"

Vamos a echar un trago, mientras el dios refresca nuestros campos.

Anda, mujer: Pon tres quenices de frijoles con granos de trigo entremezclados y ponlos a cocer. Entre tanto, echa para acá algunos higos secos.

Que regrese Sira del campo trayendo a Manes: no es posible hacer poda de vides hoy, ni menos de estar rompiendo terrones: la tierra está empapada.

También que traigan un tordo y dos gorriónes bien asados. Y puede que haya en casa un poco de cuajada de leche y unas cuatro tajaditas de liebre... ¡quién sabe si se las haya llevado el gato, que anoche oí un ruido sospechoso por la despensa! ¡Anda, muchacho, trae para acá tres trozos y dale el otro a mi padre!

Vete a pedir a Esquinades ramas de mirto, que tengan sus bayas, y de paso le dices a Carinades que

venga a echarse unas copas con nosotros, mientras el dios benéfico está fecundando nuestros campos.

CORO. ANTISTROFA.—Cuando canta la cigarra su melodiosa canción me place ver si maduran ya las uvas de Lemnos, como que son tempraneras. Me place ver que maduran también los higos y saborearlos ya en su punto y comentar: ¡Feliz estación! En seguida bebo una pócima de tomillo bien macerado y qué gordo me pongo en estío!...

CORIFEYO.—¡Mil veces mejor que estar mirando a un odioso taxiarca, a quien los dioses confundan, con su triforme penacho y su capa militar teñida de rojo vivo y que se empeña en hacer creer que es pura púrpura de Sardes! Ah, pero a la hora de combatir, él mismo le da una mano de amarillo para que se vea que es viejo y está fuera del servicio. Y escapa como un gallo volador antes que nadie agitando su pálida cresta. Yo en tanto, yo me quedo firme en mi puesto.

Cuando llegamos a la casa se vuelven insoportables. Ya inscriben a unos, ya borran a otros en sus listas y dos o tres veces mudan la inscripción a su buen placer. "Mañana tienes que salir al combate", le dicen a un ciudadano que no ha hecho sus provisiones, porque ni idea tenía de salir y cuando fue pasando por donde está la estatua de Pandión, que va mirando su nombre en la lista. Y se llena de congoja y echa a correr con los ojos arrasados de lágrimas.

¡Ese es el trato que nos dan a los campesinos agrícolas: con los de la ciudad, se portan menos mal. Malvados y odiados de los dioses y los hombres. ¡Ya las pagarán todas, si a los dioses les place! ¡Esos son tales taxiarcas: en la batalla, zorritas; en la paz unos leonazos!

TRIGEO.—¡Vaya, vaya, qué de gente ha venido a la boda! (*Al esclavo*): Limpia las mesas con esto que ya no ha de servir nunca. Trae los pastelitos finos y muchos trozos

de liebre y también pan en abundancia.

*Entra el fabricante de hoces.
Otro de barriles.*

EL FABRICANTE.—¡Amado Trigeo, qué gran bien nos hiciste procurando la paz! ¡Antes nadie compraba una hoz siquiera, aunque la diera a un óbolo... ahora, en cambio, las estoy vendiendo a cinco dracmas! Y está aquí el vendedor de toneles, que los da a tres dracmas para gente del campo. Anda, Trigeo, tomas hoces y toneles cuantos quieras y todos sin pagarlos. Y esto que sea por regalo de bodas.

TRIGEO.—¿Qué veo allí? Tú deja lo que traes y entra a la comida. ¿Qué veo? Un vendedor de armaduras, que viene muy triste.

Llega el vendedor con otros de diversos implementos de guerra.

EL VENDEDOR DE ARMADURAS. — ¡Ah, Trigeo: me arruinaste!

TRIGEO.—¡Malhaya! ¿Qué te pasa? ¡Ya te salieron cascos en la cabeza?

EL VENDEDOR. — ¡Me arruinaste mi arte, me arruinaste mi vida, y eso mismo a este otro fabricante de lanzas!

TRIGEO.—¡Bah!, ¿cuánto quieres por esos dos capacetes?

VENDEDOR.—¿Cuánto das tú?

TRIGEO. — ¿Cuánto doy? Me da vergüenza decirlo. Vaya, el acabado es perfecto... te daré tres quenices y en higos secos. ¡Bien puede servir ese penacho para limpiar mi mesa...!

VENDEDOR.—¡Bah, tráeme esos higos...! ¡Peor es nada!

TRIGEO. (*Al que vende cascos*).— ¡Al diablo con tus morriones, y lárgate de aquí...! ¡Mira no más: se están deshinchando... no valen un comino... por eso ni un higo doy, ni uno siquiera!

VENDEDOR DE ARMADURAS.—¿Qué hago con estas corazas, tan bien he-

chas que cuestan doce minas? ¡Desdichado de mí!

TRIGEO. — ¡No perderás mucho... dadas a su precio... serán buenas para desahogar el vientre!

VENDEDOR. — ¡Ya no me ofendas, hombre, a mí y a mis productos!

TRIGEO. — ¡Está buena y tres piedras a su lado... de veras que es muy buena!

VENDEDOR. — ¡Ah, tarugo!, y, ¿cómo te lo limpias?

TRIGEO. — Mira bien, por aquí una mano y la otra por detrás...

VENDEDOR. — ¿Entonces, con dos manos?

TRIGEO. — ¡Por Zeus que sí... no vayan a decir que yo tapo los huecos de los remos!

VENDEDOR. — ¡Ah, pero en un recipiente que cuesta diez minas te harás el desahogo del cuerpo?

TRIGEO. — ¡Por Zeus que sí, o pienso que voy a vender mi trasero por mil dracmas?

VENDEDOR. — Vaya, suelta el dinero.

TRIGEO. — No, mi amigo: no lo merece. Me lastima las nalgas. Llévatela en seguida. No me quedo con ella.

VENDEDOR. — ¿Y esta trompeta que lleva en costo unas sesenta dracmas?

TRIGEO. — Echale plomo en medio, ponle en alto una tira y obtendrás una buena jeringa.

VENDEDOR. — ¡Ay, que de mí te burlas!

TRIGEO. — Otra cosa: echa plomo, como te dije antes, y ponle una balanza, colgada de cadenitas: ya tendrás con qué pesar los higos que has de dar a tus criados en el campo.

VENDEDOR. — ¡Malhaya: me arruinaste! Por esos cascos yo pagué una mira. Y, ahora ¿qué voy a hacer? ¿quién me los va a comprar?

TRIGEO. — Ve a venderlos a Egipto, ellos con eso miden su sirmea.

VENDEDOR. (*Al compañero.*) — ¿No ves qué mal nos va? ¡Qué desdichados somos!

TRIGEO. — No tanto tú. Nada has sufrido.

VENDEDOR. — ¿Y habrá aún quien se dedique a fabricar morriones?

TRIGEO. — ¡Claro, con asas como éstas y qué caros habrá de venderlos!

VENDEDOR. — Vámonos, tú, fabricante de lanzas.

TRIGEO. — Vaya, les voy a comprar esas picas.

VENDEDOR. — ¿Cuánto darás por ellas?

TRIGEO. — Las trozo a la mitad y pueden ser muy buenos apoyos para las vides. ¡A dracma el ciento!

EL VENDEDOR. — Nos estás ofendiendo. Vámonos, mi amigo.

Se va el vendedor con sus acompañantes.

TRIGEO. — ¡Por Zeus que sí! Ya se van a mear los hijos de los invitados. Van a ensayar también los fragmentos que nos van a cantar. Vámonos, chicos, ¿qué van a cantar? ¿tú, qué? Acércate y repite.

PRIMER NIÑO. — ¡Vamos a comenzar por "Los jóvenes armados..."

TRIGEO. — ¡Calla...! ¿jóvenes armados? ¡Tres veces al diablo, si ahora estamos en paz! ¡Malvado, mal aprendes!

PRIMER NIÑO. — "¡Con qué furor se embisten uno a otro y van entrechocando sus escudos de cuero y sus combas rodela..."

TRIGEO. — Y, ¿cuándo acabarás de hablarnos de escudos y rodela?

NIÑO. — "Y entonces se mezclaban gemidos y cantos de victoria de los guerreros..."

TRIGEO. — ¿Gemidos de guerreros? ¡Tú serás quien gima ahora, si sigues hablando de escudos y rodela y gemidos!

NIÑO. — ¿Qué he de cantar entonces? ¡Dímelo de una vez! ¿Qué te gusta?

TRIGEO. — Comían las carnes de los bueyes... Y cosas así. Al almorzar daban los más gustosos platillos.

NIÑO. — "Comían las carnes de los bueyes y desgarnecían los corceles sudorosos, cansados de la lucha."

TRIGEO.—¡Eso, así sí! Cansados de pelear, se ponen a comer. Eso, canta eso, y di cómo comían, aún después de bien hartos.

NIÑO.—Y cuando ya han comido, luego municionan el vientre.

TRIGEO.—Muy a su gusto, creo.

NIÑO.—“Se dispersan por las torres y un gran grito sin terminar cruza el aire.”

TRIGEO. — ¡Malhaya, chico, con esas luchas... No sabes cantar más que las batallas!

Bueno y en fin de cuentas, ¿de quién eres hijo?

NIÑO.—¿Yo?

TRIGEO.—¡Tú, por Zeus, tú!

NIÑO.—¡Hijo de Lámaco!

TRIGEO.—¡Uf! ¡Ya lo admiré al oírlo, como podrías ser hijo de Bulómaco o de Clausímaco! ¡Fuera de aquí, y váyase a cantar a los que portan lanzas!

Sale el primer niño.

¿Dónde estará el hijo de Cleómino?

Llega el segundo niño.

Antes de que entres, canta. Bien tengo en cuenta que no cantarás cosa de guerra, siendo hijo de quien eres.

SEGUNDO NIÑO. (*Cantando.*)—“Se ufana un hijo de Saís de su broquel poderoso: ese broquel que arrojó junto un zarzal al huir.”

TRIGEO. — ¡Dime, chamaco... ¿por tu padre cantas eso?

NIÑO.—Pero yo salvé mi vida...

TRIGEO.—¡Vergüenza para tus padres! Vamos, dentro. Lo que acabas de cantar acerca del escudo, bien sé que está bien, como hijo del padre que eres.

Se va el niño. Los esclavos sacan viandas y pasteles.

(*Al Coro*): ¿Qué puede quedar ahora, si no comer y beber?

Vaya, al oficio, a dos carrillos consumid lo que hay allí. Para el pobre, dientes limpios de nada pueden servirle. Los dientes son para comer ¿o no?

CORIFE0.—Buen consejo nos has dado, y lo haremos efectivo. ¡Vamos: los que tengan hambre atrassada, que se harten de esas liebres! ¿Creen ustedes que esos pastelitos de liebre se hallan al paso todos los días? ¡Ahora, a tragarlos, que si no, mañana los buscan y no los hallan!

TRIGEO. — ¡Silencio, señores, ya viene aquí la novia! Todo el pueblo a nuestro lado, todos con grande alegría. Traed las antorchas y tremoladlas. Ellas son nuncios de paz. Todos al campo, con nuestros artefactos. Bailemos y hagamos libaciones. ¡Fuera Hipérbolo! Roguemos a los dioses que concedan riqueza a los helenos, abundancia de cebada y vino en suficiencia, higos muy bien maduros, y mujeres fecundas. Todo lo que antaño estaba perdido con la guerra, lo recobre la paz. ¡Fuera por siempre el acero que mata!

Sale Opora y la van acompañando esclavos con antorchas.

¡Ven acá, amada mía, ven al campo para que des deleite en mi lecho! ¡Himen, Himen, Himen... Ah, oh!

CORIFE0.—¡Tres veces feliz eres! ¿Cómo pudiste lograr esos dones que ahora tienes! ¡Himen, Himen, Himen, Ah, oh!

CORO.—¡Himen, himen, ah, oh! TRIGEO.—¿Qué le haremos a ella, hoy?

CORO.—¿Qué le haremos a ella hoy?

TRIGEO.—¡La vamos a vendimiar!

CORO.—¡La vamos a vendimiar!

CORIFE0. — ¡Los que en primera fila están, vamos a cargar al marido: lo llevaremos alzado. ¡Himen, himen, himen!

TRIGEO.—¡En bella casa viviréis, sin penas, ni daño alguno y gustando bellos higos!

CORIFEO.—¡Grande el higo tiene él y es muy dulce y es muy grueso!

TRIGEO. (*Al Coro.*)—¡Ya hablarás

cuando hayas bebido y comido a tu placer! ¡Himen, Himen, Himen, Himen...!

Felicidades, señores, felicidades mil. Y si alguno viene conmigo, ya comerá sus pasteles.

LAS AVES

INTRODUCCION

Es la más larga de todas las comedias del poeta que ha llegado hasta nosotros. También de las mejor conservadas en el naufragio de la literatura griega. Y para muchos críticos, la mejor de Aristófanes.

Como es normal, en todo hay alguna exageración. Pero no se puede negar que es de las más imaginativas y bien dispuestas del teatro helénico.

Fue representada en 414 a. C. siendo arconte Cabrías y no logró sino el segundo lugar en el premio. La causa ha sido explicada de diversos modos. Para unos es que retrotrae mucho el cuadro y que en forma velada hace apenas alusión al presente. Para otros, que pesaba ya una norma dada por algunos gobernantes de la ciudad para que los cómicos no hicieran alusiones a los personajes vivos. En efecto, el escoliador dice que “parece que Siracosio prohibió por un decreto que se mencionaran personajes vivos en las comedias”. Probablemente, la causa fundamental es que el poeta hace burla de los poetas y el pueblo no capta en su total medida la intensa lección que da Aristófanes.

Esta, en términos breves, como conviene a esta serie de ediciones, es que la idea fundamental del poeta era suscitar un sentido de renovación general, en lo político, en lo social y aun en lo personal. Solamente en un estudio especializado se podría documentar toda la abundancia de textos de nuestro poeta cómico en que da base a esta tesis. Dejamos sólo señalado el tema aquí.

El argumento, complejo como todo drama griego, puede reducirse a estas líneas.

Dos atenienses, hastiados de la vida de su ciudad, intentan una evasión. Estos son Pistétero y Evelpides, nombres desde luego ficticios, pero cuya significación apunta ya el tema.

Uno es el “amigo leal” y el otro, “bien esperanzado”. Dos anhelos de la sociedad de entonces. Tener un apoyo en que confiar y tener una esperanza segura. Es la misma tendencia de los días que vamos viviendo.

Los dos amigos se van al desierto y buscan un modo de hacer una nueva sociedad. Los van guiando aves. Y llegan al dominio de otra ave que ha de jugar un gran papel. Es la Abubilla, ave que resultó de una transformación de Tereo. Esta recibe a los viajeros y les da medio de realizar su intento. Fundan al fin una ciudad que llamamos un

tanto infielmente Nubecuculecia, aludiendo a su colocación en las nubes y a su relación con las aves, el cuclillo, y alguna otra que no llega a ave. Esta infidelidad es intencional y pide venia.

Se funda la ciudad, se va engrandeciendo y tiene sus conflictos, que hacen ver que todo concepto imaginario da en fracaso. Una serie de gente que vive al margen del trabajo y que quiere medrar a costa de la sociedad va apareciendo. Parásitos diríamos de la vida productiva. Un delator, un vendedor de decretos oficiales, un poeta y otro más. Todo bien pintoresco y muy útil para tener la visión del mundo en que se mueve el poeta y que intenta pintar. El que dice oráculos, el inspector, el geómetra, en la brevedad de su silueta cómica, son fundamento para estudiar la serie de personas que viven a costas de otras, sin gran trabajo. Y eso mismo ha de decirse del sacerdote sacrificador. Y otros diseños como el de uno que quiere matar a su padre y el poeta que vive de hacer ditirambos, son una galería de imágenes reales de la vida ateniense en los días de Aristófanes.

Viene una legación de los dioses, que las aves intentan suplantar, y se hace un pacto de paz que termina en matrimonio de Pistétero con la Soberanía, o Regina, como la he intentado llamar mejor.

Hallamos en los coros acentos de lirismo exaltado, que pueden destacarse como espléndida poesía lírica y hallamos en los diálogos noticias y enumeraciones que son un tesoro para la reviviscencia de la sociedad de Atenas. Comidas, cosas que se venden, y, como era de esperarse, enumeración de aves, son de lo que más ayuda a formar la semblanza de aquel mundo, aunque también lo que más dificulta una leal versión.

En la de esta comedia he intentado cuanto he podido ser al mismo tiempo fiel y también dar la exacta significación de cosas y personas. Empresa difícil en breve espacio. Y en la parte final de la edición con un índice de personas y algunas cosas se tratará de subsanar el defecto.

Aunque mucho menor cantidad de frases de tendencia salaz hay en este poema, las que hay, han quedado traducidas, sin ser infiel y con la esperanza de no ser muy crudo. Es preferible a darlas en latín, como usaron otros traductores.

Aunque no la última en la serie, sí fue la última que traduje. Con ella me despido.

LAS AVES

ESCENARIO

Una región de bosques desolado. Arboles y rocas. Del lado derecho el camino de la ciudad.

PERSONAJES:

EVELPIDES.
PISTÉTERO.
UN SERVIDOR DE LA ABUBILLA.
LA ABUBILLA.
CORO DE AVES DE VARIAS ESPECIES.
SACERDOTE.
POETA.
DECLARADOR DE ORÁCULOS.
METÓN, FILÓSOFO Y CRONÓLOGO.
INSPECTOR.
VENDEDOR DE DECRETOS.
VARIOS MENSAJEROS.
IRIS.
EL PARRICIDA.
CINESIAS, POETA DE DITIRAMBOS.
DELATOR.
PROMETEO.
POSEIDÓN.
UN DIOS DE TRÍBOLO.
HERACLÉS.
REGINA, O LA SOBERANÍA (NO HABLA).

LAS AVES

Un campo solitario y desolado. Dos o tres árboles raquíticos al fondo. Zarzas y maleza por todas partes. Salen por la derecha los dos interlocutores, cada uno con un ave en la mano. Uno con un grajo y el otro con una corneja.

EVELPIDES. *(Hablando con su ave.)* ¿Me mandas ir derecho? ¿hacia ese árbol me indicas?

PISTÉTERO. *(Hablando con su ave.)* ¡Que revientes! Rezonga, que hay que volver atrás.

EVELPIDES.—Pobre amigo, ¿qué sacamos con andar errantes para arriba y para abajo? ¡Si seguimos con estas caminatas los dos vamos a quedar aniquilados!

PISTÉTERO.—¡Y yo que he hecho un camino de mil estadios por dar crédito a esta corneja maldita!

EVELPIDES.—¡Pero yo por hacer caso de este grajo ya tengo los dedos de los pies consumidos hasta las uñas!

PISTÉTERO.—Ni siquiera me doy cuenta de qué sitio del mundo es éste en que andamos.

EVELPIDES.—¡A que no serías capaz de hallar el camino de regreso a tu patria!

PISTÉTERO. — ¡Por Zeus que no... lo mismito que Execéstides: tampoco sabe cómo volver a su país!

EVELPIDES.—¡Infeliz de mí!

PISTÉTERO.—Amiguito, toma esta vereda siquiera...

EVELPIDES.—¡Ese maldito Filócrates, vendedor de aves, qué pérfidamente se portó con nosotros! Nos aseguró que estos dos pájaros nos llevarían derecho a donde está Tereo, convertido en abubilla, y por un óbolo nos vendió este grajo y por

tres esa corneja. Y lo que saben los dos no es más que morder.**(Al ave):* ¡Mira no más ahora: tamaño pico abierto...! ¿Quieres que vayamos a dar a aquellas peñas? ¡Ni camino hay por allí!

PISTÉTERO. — ¡Por Zeus, si por ninguna parte lo hay!

EVELPIDES.—¿Y esa corneja qué? ¿qué dice tocante al camino?

PISTÉTERO.—¡Ni chista ahora, por Zeus... ni lo de antes siquiera!

EVELPIDES.—¿Qué dice del camino?

PISTÉTERO.—¡Qué ha de decir... lo que hace es acabarse mis dedos a mordiscos!

EVELPIDES.—¿No es cosa de espantar? ¡Nosotros queremos irnos a los cuervos, y hacemos de nuestra parte lo posible y no es posible que hallemos el camino...!

Señores oyentes nuestros: estamos abrumados de una desdicha precisamente contraria a la de Sacas. El no es ciudadano de Atenas y está que se muere por serlo. Y nosotros, de noble alcurnia, de alta posición, ciudadanos entre los ciudadanos, sin que nadie nos haga fuerza, hemos huido de nuestra tierra con todas las dos piernas. ¡No, no es que tengamos odio a esta ciudad, como si no fuera grandiosa y por naturaleza generosa, y siempre abierta al que tenga gana de quedar arruinado por los litigios!

¡Ay, las chicharras se pasan uno o dos meses colgadas de las ramas, y canta y canta... pero los atenienses se pasan la vida entera cantando sus procesos! Por eso nos vamos, paso a paso; aquí llevamos la marmita, y los mirtos. Vamos en busca de un sitio pacífico en que

podamos fijar nuestra residencia. Vamos a buscar a Tereo, convertido en abubilla, para que él nos diga si ha llegado a ver alguna ciudad de esta clase que descubriera en sus vuelos.

PISTÉTERO.—¡Epa, tú!

EVELPIDES.—¿Qué hay?

PISTÉTERO.—¡Ha rato que la corneja me está indicando algo arriba!

EVELPIDES.—El grajo igual. Está mirando para arriba como si quisiera indicarme. Por aquí ha de haber pájaros. Vamos a hacer ruido y lo sabremos pronto.

PISTÉTERO.—¡Eso no! ¿Sabes qué? Da un rodillazo en la roca.

EVELPIDES.—Y tú una cabezada, para que el ruido sea doble.

PISTÉTERO. — Vaya, pues, toma una piedra y dale fuerte.

EVELPIDES.—¡Qué bien...! ¿no lo ves? (*Golpea con una piedra.*) ¡Muchacho, muchacho!

PISTÉTERO.—¿Qué estás diciendo? Muchacho, muchacho, ¿te va a entender la abubilla? En vez de eso di: Pu, pu, pu...!

EVELPIDES.—¡Pu, pu, pupú, pupú!

Sale un criado de la abubilla.

CRiado. — ¿Quiénes son éstos? ¿Quién está llamando a mi amo?

PISTÉTERO. — ¡Ay, Apolo defensor... qué picote!

CRiado. — ¡Dos cazadores de aves!

EVELPIDES.—¡Terrible cosa! Más vale explicarse.

CRiado.—Tienen que perecer.

EVELPIDES.—¡Pero si no somos hombres!

CRiado.—¿Entonces, qué?

EVELPIDES.—Yo soy el Miedosillo, pájaro de la Libia.

CRiado.—Como si nada dijeras.

EVELPIDES.—¡Pues mírame las patas!

CRiado.—Y este otro, ¿qué aves es? ¿No hablas tú?

PISTÉTERO.—Soy el Cagador, un faisán, nada menos.

EVELPIDES.—¡Vamos!, ¿y tú qué casta de pájaro eres?

CRiado.—Soy un pájaro esclavo.

EVELPIDES.—¿Fuiste vencido por algún gallo?

CRiado. — No, pero cuando mi amo se volvió abubilla, él me pidió que me volviera pájaro. De esta manera podría seguirlo y servirle.

EVELPIDES.—¿Conque un pájaro necesita quien le sirva?

CRiado.—Este sí, pienso yo, pues primero fue hombre en otro tiempo, dicen. A veces se le antoja comer anchoas del Falero, y tengo yo que ir a buscarle anchoas en mi cazuela. A veces se le antoja comer puré, y ahí ando buscándole una olla y una cuchara.

EVELPIDES.—¡Este pájaro es el Correcamino! Vaya: ¿sabes que te toca hacer Trotador? Ve a llamarnos a tu amo.

CRiado.—¡Ah, no, si acaba de dormirse después de comer frutillas de mirto y unos cuantos gusanillos!

EVELPIDES.—Con todo y eso, despiértalo.

CRiado.—Bien sabido lo tengo: se me va a enfadar. Pero lo quieren los dos, lo despertaré yo. (*Se mete.*)

PISTÉTERO. — ¡De mala muerte mueras: qué susto me has pegado!

EVELPIDES.—¡Ay, infeliz de mí... mi grajo se voló de miedo!

PISTÉTERO.—¡Grandísimo animal: de miedo dejaste ir al grajo!

EVELPIDES.—Dime no más, y tú, ¿no al caer dejaste escapar a la corneja?

PISTÉTERO. — ¡Que yo no por Zeus!

EVELPIDES.—¿Dónde está, pues?

PISTÉTERO.—¡Voló!

EVELPIDES.—¿Luego no lo soltaste? ¡Buen amigo, qué valiente eres!

ABUBILLA. (*Dentro.*) — ¡Abre la selva para que yo salga!

EVELPIDES.—¡Por Heraclés! ¿Qué animalejo es éste? ¿Qué clase de plumaje... y esa su triple cresta?

ABUBILLA.—¿Quiénes son los que me buscan?

EVELPIDES.—¡Los doce dioses te han abismado en males!

ABUBILLA.—¿De mis plumas os estáis burlando? Es que era yo un hombre, extranjeros.

EVELPIDES. — No nos burlamos de ti.

ABUBILLA.—¿Entonces de quién?

EVELPIDES.—Es que tu pico nos provoca a risa.

ABUBILLA.—¡Esa es la figura con que me desfiguró Sófocles en su tragedia de Tereo!

EVELPIDES.—¿Con que eres tú Tereo? ¿Eres pájaro o pavo real?

ABUBILLA.—Pájaro soy.

EVELPIDES.—¡Y en dónde están las plumas?

ABUBILLA.—¡Se me fueron cayendo!

EVELPIDES.—¿Tal vez por algún mal?

ABUBILLA.—No, que en invierno todos los pájaros quedan sin plumas: luego nos brotan de nuevo. Pero ahora, dime tú: ¿quiénes sois vosotros dos?

EVELPIDES. — Nosotros, somos hombres.

ABUBILLA.—¿De qué país?

EVELPIDES.—Del país de las hermosas naves de tres hileras de remos.

ABUBILLA.—¿Conque tal vez se- réis jefes de régimen?

EVELPIDES.—Precisamente lo contrario: somos enemigos de ellos.

ABUBILLA.—¿Se siembra por allá ese grano?

EVELPIDES.—Si lo rebuscas un poco, fácilmente habrás de hallarlo en los campos.

ABUBILLA.—¿A qué asunto llegáis ahora a esta región?

EVELPIDES.—A querer conversar contigo.

ABUBILLA.—¿De qué pues?

EVELPIDES. — Primeramente, porque tú fuiste a tu tiempo hombre como nosotros. Dinero tuviste, a tu tiempo. Tenías deudas a tu tiempo, como nosotros las tenemos. Y no te gustaba pagarlas, como a nosotros no nos gusta.

Te convertiste en ave y has recorrido mar y tierra, y has unido en una sola la experiencia del hombre y del ave.

Por esto precisamente hemos acudido a ti: para que nos digas en qué parte de la tierra podríamos hallar una ciudad tan tranquila y tan sabrosa como la lana y en la que uno pueda reposar como sobre mullos cobertores.

ABUBILLA.—¿Y, dónde hallar una ciudad más buena y grande que la de Cranao?

EVELPIDES.—Más grande, no, acaso. Pero mejor para nuestras intenciones.

ABUBILLA.—Buscando andas, entonces, una más aristocrática.

EVELPIDES. — ¿Yo? ¡De ningún modo! ¡No puedo ver al hijo de Escelias!

ABUBILLA.—¡En cuál, en tal caso, habitar desearías?

EVELPIDES.—En donde los mayores problemas sean éstos:

Apenas acaba de amanecer, cuando se presenta a mi puerta uno de mis amigos y me dice: ¡Por Zeus olímpico, yo te ruego que a muy buena hora vengas a mi casa, con tus hijitos, ya bien bañados porque voy a dar un gran banquete de bodas. Favor de no faltar, que si no, tampoco te me acerques cuando haya yo caído en infortunio.

ABUBILLA.—¡Por Zeus, tú estás obsesionado por los problemas más desdichados! Tú, ¿qué me dices?

PISTÉTERO.—¡Eso mismo me gusta a mí!

ABUBILLA.—¿Qué pues es eso?

PISTÉTERO.—Una ciudad quisiera en que un padre de precioso muchacho se encarara conmigo, como para reprenderme: ¡Malvado y vil, encontraste a mi hijo, cuando salía del gimnasio, todo él bien bañado, y no fuiste para darle un beso, ni para decirle una palabra de alabanza, no lo acariciaste por cierto lugarcillo...!, y ¿así pretendes ser amigo de su familia?

ABUBILLA.—¡El malvado eres tú que sólo miras males! ¡Claro que hay ciudad como la que andáis buscando. Se halla en las costas de Eritrea!

EVELPIDES.—¡Mísero de mí! ¿Ciudades junto al mar? ¡Cualquier día me señalas a Salamina, con su gendarme a bordo! ¿No hay alguna ciudad en Grecia que nos propongas?

ABUBILLA.—¿Por qué no ir a habitar en Leprea, en la Elida?

EVELPIDES.—¡No por los dioses, nunca la vi, pero la aborrezco a causa de Melantio!

ABUBILLA.—¡Pero hay en la Lócride las ciudades de Opuncios!, ¿por qué no ir allá?

EVELPIDES.—¡No, ni por un talento de oro consentiría yo en ser un Opuncio...! A otra cosa: ¿qué tal es la vida de las aves? ¡Claro que tú tienes que saberlo y muy bien!

ABUBILLA.—¡No sin gracia! Para irla pasando. En primer lugar, no tiene una necesidad de tener bolsa.

EVELPIDES.—¡Y cuántas trampas se han evitado con eso!

ABUBILLA.—En los huertos nos alimentamos del blanco ajonjolí, de mirto, de amapola, de menta.

EVELPIDES.—Según eso, siempre estáis como recién casados.

PISTÉTERO. (*Interrumpiendo de repente.*) — ¡Vamos, vamos... qué preciosa ocurrencia se me vino a la mente para esta raza de aves! ¡Qué fuerza tiene, con tal que me den crédito!

ABUBILLA.—¿Crédito a qué?

PISTÉTERO.—¿Crédito a qué? Primero, no volar por dondequiera con ese pico abierto. Eso no es digno de gente decente. Es que acá entre nosotros los que andamos por el suelo, si vemos esas fachas de la gente decimos: ¿Qué pajarraco es ése? Nos responde Teleas: ¡Hombre pájaro es, sin rumbo fijo al viento, volátil a la aventura, sin pie ni base, que en ningún sitio ni cosa persevera!

ABUBILLA. — Por Dióniso que sí. Bien haces de censurar eso. ¿Qué haremos pues?

PISTÉTERO.—Fundad una ciudad.
ABUBILLA. — ¡Nosotros pájaros, qué ciudad podríamos fundar?

PISTÉTERO.—“¿Ves el vano proloquio que ahora proferiste?” ¡Mira para abajo!

ABUBILLA.—Ya viendo estoy.

PISTÉTERO.—Ve ahora para arriba.

ABUBILLA.—Ya veo.

PISTÉTERO.—Da una vuelta a las cosas con tu pescuezo a un lado y otro.

ABUBILLA.—¡Por Zeus!, ¿y si me tuerzo el pescuezo?

PISTÉTERO.—¿Qué viste?

ABUBILLA.—Pues nubes y cielo, ¿qué?

PISTÉTERO. — ¿No es allí, según creo, la estancia de los pájaros?

ABUBILLA. — ¿La estancia, cómo pues?

PISTÉTERO.—Como quien dice el lugar, pero como todo da vuelta y no está en su ser, la llamamos estancia esférica. Hagan que se pueble, que se construyan casas, que en su rededor se pongan murallas y entonces la llamarán estado. Entonces podréis reinar sobre los hombres como si fueran langostas y a los dioses... ¡que se mueran de hambre canina!

ABUBILLA.—¿Cómo?

PISTÉTERO.—Entre ellos y la tierra está el aire. Y así como nosotros cuando vamos a consultar a la pitonisa a Delfos tenemos que pagar el pasaje a los de Beocia, así también, si los hombres quieren hacer sacrificios a los dioses, el humo de ellos tendrá que atravesar el aire. Que paguen ellos su contribución al fisco, si no, no hay modo de que el humo pase.

¿Te has dado cuenta?

ABUBILLA. — ¡Bien, muy bien! ¡Por las tierras, por las trampas, por las jaulas, por las redes, que yo nunca había oído un pensamiento tan lleno de sensatez! ¡Claro que fundo la ciudad, con tal que los demás pájaros estén de acuerdo!

PISTÉTERO. — ¿Y quién pudiera darles a conocer el asunto?

ABUBILLA.—Tú. Antes eran sin sentido de las palabras, bárbaros bien hechos, pero desde que yo llegué, los he enseñado a hablar. ¡Ha tanto tiempo que vivo con ellos!

PISTÉTERO.—¿Y cómo me los juntas en asamblea?

ABUBILLA. — Cosa fácil. Ahora mismo me meto al bosque. Despierto al ruiseñor y ya los estamos llamando. Cuando oigan nuestra voz ellos, vendrán acá a todo vuelo.

PISTÉTERO.—¡Oh tú el más amado de los pájaros, ni un momento demores. Entra luego al bosque y despierta al ruiseñor!

Se va la abubilla.

ABUBILLA. (*En el interior del bosque*).—¡Ea, mi compañera amada: cesa ya de dormir! ¡Suelta ya los dulces himnos sagrados de tu dolor! ¡Con boca de un dios lamentas el que tanto amamos tú y yo, nuestro Itis adorado!

Cuando tu cuello sombrío hace brotar sus endechas, subo el ritmo a las alturas entre los hojosos abetos y llega ante el solio mismo de Zeus.

Allí Febo, el aurícomo, responde a tus doloridos lamentos con los ritmos de su lira incrustada de marfil.

Y allí convoca a los dioses y, con voces de inmortales, al cielo sube confundida tu endecha de amargura para imprecicar a los dioses.

(*Se oye dentro el son de una flauta.*)

EVELPIDES.—¡Zeus, Zeus rey...! ¡qué dulce trino de ave! ¡De miel ha saturado la selva toda!

PISTÉTERO.—¡Epa!

EVELPIDES.—¿Quién es?

PISTÉTERO.—¡Calla, por favor!

EVELPIDES.—¿Callar yo? ¿por qué?

PISTÉTERO. — Oye, que otra vez canta la abubilla.

ABUBILLA.—¡Pupu, pupu, pu pu pu, pupupu! ¡Ihi, ihi, ihi, ihi!

¡Venid, venid aves mías, mis colegas en el ser, aves venid a cantar! Todos cuantos gustáis la cebada, vosotras parvadas de vuelo sin rum-

bo, vosotros de cantos dulces y variados, llegad y venid.

Vosotros que en el surco andáis captando el grano que el labriego escondió, y con dulces gorjeos entretenéis el tiempo,

¡Titi, ti, titi, ti, tiiti!

Los que en el jardín privado andáis saltando sobre las hiedras, o en la montaña captáis las olivas silvestres, y las bayas del madroño, venid, venid.

¡Trio, trio, trio trio!

Los que andáis cazando moscos en los sitios de ciénaga, esos moscos estridentes de incansable trompeta, y los que volteáis en la llanura de Maratón, célebre para siempre. Pájaros de pluma rara, franjones policromos, aves que emuláis al alción en las cumbres de las olas, cuando está furioso el mar. Venid, venid.

PISTÉTERO.—¿Has visto algún ave?

EVELPIDES.—Por Apolo, no. Ni una percibo. Y eso que tengo abierta la boca mientras al cielo miro.

PISTÉTERO. — Perdió su tiempo, creo, esa loca abubilla. Se metió al bosque y comenzó a gritar como si fuera un gorrión... parece que iba a yacer sobre el nido... o que quería hacer llover...

UN PÁJARO QUE LLEGA.—¡Tarati tarati tarati!

PISTÉTERO.—¡Ves como llega ya un ave!

EVELPIDES.—Por Zeus, sí, es un ave... ¿cuál será? ¡No ha de ser un pavo real!

PISTÉTERO.—Esta la va a decir... ¿qué ave es?

ABUBILLA. (*Llegando.*).—No es un ave de las que estáis mirando siempre: es un ave lacustre.

EVELPIDES.—Vamos, qué bella y con color de púrpura fenicia.

ABUBILLA.—Precisamente y se llama por eso el flamante.

EVELPIDES.—Mira... mira, tú.

PISTÉTERO.—¿Por qué gritas?

EVELPIDES.—¡Este otro pájaro!

PISTÉTERO.—Por Zeus, sí, es otro, "de los que moran en extraña tie-

rra". ¿Quién será este adivino de las Musas, rara ave y que a los montes tiende?

ABUBILLA.—Su nombre es Meda.

EVELPIDES. — ¿Meda? ¡Príncipe Heracles! Meda y no viene traído en un camello.

PISTÉTERO.—Aquí está otra ave guardada con gran cresta.

EVELPIDES.—¿Qué prodigio es éste? ¡Luego no eres la única Abubilla, ya tienes aquí otro crestudo!

ABUBILLA.—Este es el hijo de Filoclés y una abubilla, y yo soy padre de ésta. Es tanto como si dijeras tú: Hipónico el de Calías y Calías el de Hipónico.

ABUBILLA.—¿Entonces es Calías? ¿Es este pájaro? ¡Cómo se le van cayendo las plumas!

PISTÉTERO.—Como es de familia de alcurnia los delatores lo van desplumando y luego las mujerzuelas le acaban de desnudar las alas.

EVELPIDES. — Poseidón, otra ave de intenso color... ¿cómo se llama ésta?

ABUBILLA.—Es el glotón.

EVELPIDES. — ¡Ah, conque hay otro glotón! ¿No basta Cleónimo?

PISTÉTERO.—¿Si fuera Cleónimo no hubiera perdido ya el copete?

EVELPIDES.—Vamos a ver, ¿para qué es esa cresta que las aves traen? ¿Van a correr doblemente el estadio?

ABUBILLA.—Son como los de Caria que no dejan las crestas de los montes, amiguito, para estar en seguro.

PISTÉTERO.—Por Poseidón... ¿no ves qué tropel arman estas aves que llegan?

EVELPIDES.—¡Santo Apolo, qué nube... oh y sus alas no dejan ver ni la entrada!

PISTÉTERO.—Esta es una perdiz.

EVELPIDES. — Por Zeus, éste un faisán.

PISTÉTERO.—Este otro, es una gallareta.

EVELPIDES.—Aquí llega un alción.

PISTÉTERO.—¿Quién está tras él?

EVELPIDES.—¿Quién está? Es un barbero.

PISTÉTERO.—¿Hay un pájaro barbero?

PISTÉTERO.—¿Esporguilo, o no?

EVELPIDES.—Ahora acá una lechuza.

PISTÉTERO.—¿Una lechuza dices? Eso sí que es curioso: ¡mandar lechuzas a Atenas!

ABUBILLA.—Llegan la urraca, la tórtola, la golondrina, la alondra, el pardal y la paloma, el nerto, el buho, el halcón, la torcaz y el cuclillo, el gorrión, el pechirrojo, el gallipavo y el gavián, el pato zambullidor, el picaflor y el quebrantahuesos, y el driope.

PISTÉTERO.—¡Ay, ay qué enjambre de pájaros!

EVELPIDES.—¡Ya ya, que llegan los mirlos!

PISTÉTERO.—¿Cómo pían y qué bien corren dando gritos a cual más!

EVELPIDES. — Nos amenazan tal vez.

PISTÉTERO. — Ay, tienen picos abiertos y nos miran a ti y a mí.

EVELPIDES.—Eso mismo me parece.

CORIFE0.—Popopo popopo popopo... ¿En dónde está el que me llama? ¿En qué tierra habita él?

ABUBILLA. — Mucho tiempo que estoy aquí y no defraudo a mis amigos.

CORIFE0. — Tititi tititi... ¿qué buena palabra puedes comunicarle hoy?

ABUBILLA.—Una palabra de utilidad común, segura, justa, dulce, provechosa. Dos hombres de hábil razonamiento han venido a buscarme aquí.

CORIFE0.—¿Dónde? ¿cómo? ¿qué me dices?

ABUBILLA.—Digo que de entre los hombres han venido dos ancianos. Y ellos traen un gran proyecto que proponer a nosotras.

CORIFE0.—Tú que has cometido el máximo crimen de mi tiempo, ¿cómo dices?

ABUBILLA.—No te espantes de mis palabras.

CORIFE0.—¿Qué dijiste?

ABUBILLA. — He recibido a dos hombres que buscan nuestra convivencia.

CORIFEO. — ¿Y tú has perpetrado este hecho?

ABUBILLA. — Y de haberlo hecho me gozo.

CORIFEO. — ¿Y ellos están ya aquí entre nosotros?

ABUBILLA. — Tan cierto como estoy yo.

CORO: ESTROFA. — ¡Ea, ea, nos traicionaron, somos pobres víctimas!

Un amigo que teníamos y vivía en nuestras praderas, y entre nosotros buscaba los medios de su sustento, violó los antiguos pactos, violó el juramento de las aves.

Me ha metido en una trampa y me entrega a mala raza. Esa que desde que existe se ha declarado enemiga.

CORIFEO. — En cuanto a ese traidor, ya le ajustaremos cuentas. Y por lo que toca a esos dos viejos, que me parece muy bien, hay que hacerlos trozos con nuestros mismos picos.

PISTÉTERO. — ¡Nos arruinamos!

EVELPIDES. — Eres el culpable único... ¿para qué me trajiste acá?

PISTÉTERO. — Para que me acompañaras.

EVELPIDES. — ¡Para que me deshiciera en llanto...!

PISTÉTERO. — Estás soñando... ¿llorar cuando te hayan sacado los ojos?

CORO: ANTISTROFA. — ¡Ea, ea... Adelante, atacad al enemigo al frente, dad asalto mortal! Abre las alas y dales revuelo. Que se llenen de llanto y sean pasto de nuestros picos.

Aquí no hay un monte boscoso, ni nube celestial, ni mar cuajado de espumas que puedan libertarlos de mi persecución.

CORIFEO. — Vamos pues, sin tardar: devoremos sus carnes a picotazos, y venga aquí el taxiarca a mi lado; avancemos por el ala derecha.

EVELPIDES. — ¡Esta es la hora! ¿A dónde huir, desdichado?

PISTÉTERO. — ¿Este, qué no te quedas?

EVELPIDES. — ¿Para que me hagan tasajo éstas?

PISTÉTERO. — ¿Cómo piensas escapar?

EVELPIDES. — Ni idea tengo.

PISTÉTERO. — Pues bien, yo te digo que hay que quedarse y luchar y tomar estas ollas.

EVELPIDES. — ¿Qué provecho en una olla?

PISTÉTERO. — Desde luego la lechuga no nos atacará.

EVELPIDES. — ¿Y para éstos que traen tan filosas garras?

PISTÉTERO. — Toma el asador y pónelo delante.

EVELPIDES. — Y para mis ojos...

PISTÉTERO. — Tómate un plato, o una ánfora de vinagre.

EVELPIDES. — ¡Qué sabio eres. Todo lo hallas feliz y eres digno de dirigir un ejército! Claro que ganarías a Nicias en sus ardides de combate.

Se preparan para la batalla.

CORIFEO. — ¡Lalalá lalalá! ¡Adelante, listo el pico, nada de quedarse atrás! Rompe, arranca, despellos, y quiebra antes esa olla.

ABUBILLA. — Dime, la más malvada de las fieras, ¿por qué intentas acabar con estos dos que no te han hecho mal alguno, y hacer tasajo de ellos, que son allegados de mi mujer y de mi mismo linaje?

CORIFEO. — ¿Vamos a tener mayor compasión de éstos que de los lobos? ¿Hay otros de quien tengamos que tomar venganza mayor, que de estos adversarios sin tregua?

EVELPIDES. — Tal vez por naturaleza serán nuestros enemigos, ahora por su pensamiento son amigos. Y han venido hasta acá para enseñar algo útil.

CORIFEO. — ¿Van a aprender o a enseñar algo útil éstos que por siglos han sido enemigos de nuestros antepasados?

ABUBILLA. — Precisamente de los enemigos toman buen consejo los

sabios. De ellos aprenden mucho. La discreción todo lo salva. Con un amigo nadie aprende a ser cauto, pero un enemigo nos obliga a serlo. Son las grandes ciudades, enemigas, no amigas, las que enseñaron a edificar altas murallas, y a fabricar grandes naves. Esta enseñanza es salvación de niños, casa y bienes.

CORIFEO.—Hay que oír primero su palabra, si tal nos parece ser útil. Bien puede un sabio aprender algo de sus enemigos.

PISTÉTERO.—Parece que se aplaca su furor. Retrocede poco a poco.

ABUBILLA.—Era justo y tendrán que agradecermelo.

CORIFEO. — Hay que decir que nunca me opuse a tus intentos.

PISTÉTERO.—Más bien buscan la paz. Deja la olla y con la lanza en ristre —digo, el asador— vamos a dar una vuelta por la plaza y esa olla va a ser el límite del combate, como centinela en la orilla.

EVELPIDES.—Pero, si perecemos ¿dónde nos sepultarán?

PISTÉTERO.—Nos acogerá el Cermánico. Por cuenta de la ciudad seremos sepultados y diremos a los generales que hemos muerto en Orneas combatiendo enemigos.

CORIFEO.—Todos en línea y en su sitio y aplacad el enojo a costa de vuestra ira, como si fuerais hoplitas.

Vamos preguntando ahora quiénes son, de dónde vienen, con qué fin es su venida.

¡Abubilla, ven acá!

ABUBILLA.—¿Tú me llamas? ¿qué me quieres?

CORIFEO.—¿Quiénes son? ¿de dónde vienen?

ABUBILLA.—Extranjeros, son de la Hélade.

CORIFEO.—¿Qué clase de suerte ha sido la que los trae entre aves?

ABUBILLA.—El deseo de tu misma vida y tus modos de vivir y el ansia de habitar siempre y vivir entre vosotras.

CORIFEO. — ¿Qué estás diciendo? ¡Eso intentan!

ABUBILLA. — Algo increíble, no oído.

CORIFEO.—¿Ese ve qué bien alcanza con vivir entre nosotras?

Supongamos que ya vive, ¿será capaz de vencer al enemigo y ayudar al amigo?

ABUBILLA.—Dice que hay una gran prosperidad, que nadie ha dicho ni creído, como que todo es aquí tuyo, aquí en todas partes, y él mismo te lo va a hacer ver en sus discursos.

CORIFEO.—¿No estará loco?

ABUBILLA.—Es un listo entre los listos.

CORIFEO.—¿Tiene un poquito de cacumen?

ABUBILLA.—Tan sagaz como una zorra, es todo un rodar continuo, muy avisado, y hábil para toda cosa de los pies a la cabeza.

CORIFEO.—¡Que hable, que hable, mándale por mí! Con sólo oír lo que me dices ya estoy volando yo también.

ABUBILLA.—Y vamos ahora, tú y tú cuelguen en las columnas sus armaduras, y tengan buena suerte. Allí, en la entrada junto a la parte protegida.

Ahora tú, Pistétero, declara por qué los he convocado, y diles qué motivos hubo para reunirlos.

PISTÉTERO.—Por Apolo que no, no lo haré así. A no ser que hagan como aquel mono del vendedor de armas, que hizo promesa de no mordirme, ni de echarme a las bolas, ni fregarme por aquí. (*Señala la parte prepóstera.*)

EVELPIDES.—¿Eso quieres decir?

PISTÉTERO.—Ay, no eso, no. Lo que digo es mis ojos.

CORIFEO.—Me comprometo.

PISTÉTERO.—Júralo.

CORIFEO.—Yo lo juro con esta condición: tanto los jueces como los espectadores tienen que darme el premio, y todos a una.

PISTÉTERO.—¡Que así sea!

CORIFEO.—Y si yo falto a mi palabra, no tendré más que un voto.

ABUBILLA.—Favor de oír amigos.

Que los hoplitas recojan sus armas y al hogar regresen y tengan buen cuidado de los que vamos a poner en los grandes carteleros de la entrada.

CORO: ESTROFA.—¡Ser que engaña siempre de cuantos modos puede, es como nació el hombre! Tú al menos háblame. No sé si podrán ahora hacer extensivo mi poder dando un medio que yo en mi inteligencia aún no he podido encontrar.

Di lo que halles para bien general. Ese bien que tú descubras será para todas nosotras.

CORIFEO. — Vamos, di con toda confianza el proyecto que nos traes y ten por cierto que no seremos nosotros los que primero rompamos el pacto.

PISTÉTERO.—¡Estoy que me quedo por hablar, por Zeus! Y traigo un discurso muy bien preparado que nadie me puede impedir decir.

Dame, paje, una guirnalda y agua para lavar mis manos. Pero pronto.

EVELPIDES.—¿Es que vamos a comer? ¿qué sucede aquí?

PISTÉTERO.—No por Zeus, es que ha tiempo busco algo grave que decirles, algo que les llegue al alma.

(Al coro).—Estoy angustiado en exceso por vosotros que sois reyes.

CORIFEO.—¿Reyes nosotros? ¿de dónde?

PISTÉTERO. — Reyes de todo el mundo. Y comenzando conmigo. También de éste y aun de Zeus. Es que son todos los pájaros más antiguos que Cronos y aun que los Titanes, lo mismo que de la Tierra.

CORIFEO.—¿De la Tierra?

PISTÉTERO.—Sí, por Febo.

CORIFEO.—Nada sabía, por Zeus.

PISTÉTERO.—Es que eres un ignorante y no gustas de instruirte. Ni siquiera has leído a Esopo. Ella nace antes de todos los pájaros, la abubilla venerable, antes que naciera la tierra. Su padre murió de enfermedad. Y como no había aún tierra, estuvo expuesto cinco días, y no halló otra cosa que hacer que enterrar a su padre en su misma cabeza.

EVELPIDES. — Por eso su padre ahora está sepultado en Céfala.

PISTÉTERO.—Entonces, si fueron antes que la tierra y que los dioses, y si son los más antiguos, ¿no les toca por derecho ser los reyes del mundo?

EVELPIDES. — Claro que sí, por Apolo, y ahora importa hacerte un pico, muy fuerte y resistente. Zeus no tendrá inconveniente en dar la primacía al pico.

PISTÉTERO.—Pruebas hay muchas de que no fueron los dioses sino las aves, las que gobernaron al mundo en sus principios. Vaya una primero: el gallo, que comenzó a regir y gobernar a los Persas, a todos los Daríos y Megabazos, al grado de llamarse aún ave pérsica, por razón de tal principio.

EVELPIDES.—Esa es la causa de que ahora como el gran rey se muestra. Con sus pasos solemnes, con su cabeza erguida y coronado de cresta, ya que es el único que lleva levantada la tiara.

PISTÉTERO.—Y fue tan fuerte, tan grande y tan temido que aún ahora como resto de su antigua fuerza cuando canta al llegar el alba, todo el mundo se alza de la cama para ir a su trabajo. Herreros, alfareros, curtidores, zapateros, bañeros, fabricantes de harina, los que fabrican lirras y los que se emplean en preparar los rizos. Y otros se ponen en camino poniendo apresurados el calzado, cuando aún reina la noche.

EVELPIDES. — ¡Pregúntamelo a mí! Por su causa he perdido un bello manto rico hecho en Frigia. Fui invitado a un festín un día diez del mes, con motivo de poner nombre a un niño, y ya había yo bebido un poquitillo en la ciudad y me quedé dormido. Los demás invitados se ponen a cenar, y que comienza a cantar el gallo. Yo creí que era el alba y empecé el camino para Halimonte. No bien pasé el muro cuando un ratero me sonó en la espalda un garrotazo. Caí por tierra y co-

mencé a dar gritos. Pero él ya se había llevado mi manto.

PISTÉTERO.—Es que reinaba el milano y era el rey de los helenos.

CORIFE0.—¿De los helenos?

PISTÉTERO.—Sí, pues ei fue el que primero aprendió, siendo rey, a arrastrarse ante los milanos.

EVELPIDES.—Y por Dióniso que sí. Yo también me revolqué a la vista de un milano, y cuando me volví sobre mi espalda con toda la boca abierta, me tragué un óbolo. Pero llegué a mi casa con el morral vacío.

PISTÉTERO.—En Egipto, en Fenicia, era el rey el cuculillo. Y si él decía: Cucucú, todos los fenicios iban a segar trigo y cebada para recogerla al granero.

EVELPIDES.—Que de veras dice el dicho: ¡los que ya no tienen capote que se vayan pronto al campo!

PISTÉTERO.—Ellos mandaban como amos. Podía haber un rey en las ciudades helénicas, como Agamemnón o Menelao, pero encima de su cetro había siempre un pájaro. Y ése era participante de los dones que les hacían.

EVELPIDES.—Eso no me lo sabía yo. Y por eso me admiraba ver en las tragedias entrar a Príamo con su pájaro. Y me doy cuenta ahora por qué estaba en espera de Lisícrates, para ver qué le tocaba.

PISTÉTERO.—Lo más notable y fuerte es que Zeus el que reina ahora se muestra teniendo un águila en la cabeza, precisamente por ser rey, y su hija, tiene su lechuza, y Apolo, su gavián que utiliza de sirviente,

EVELPIDES.—¡Por Démeter, bien lo dices! Pero, ¿por qué tienen esas aves?

PISTÉTERO.—Para que al recibir la ofrenda en sus sacrificios cuando se les ofrendan las entrañas, según el uso ritual, antes que Zeus mismo reciban las aves la ofrenda. Y en tiempos pasados nadie juraba por los dioses, sino por sus aves.

EVELPIDES.—Como ahora Lampón que jura por su pato cuando va a hacer una trapecería.

PISTÉTERO.—De esta manera en tiempos pasados se tenía a las aves como seres grandes y santos.

Los tratan ahora como a esclavos, locos, vestiglos, y como a los locos les arrojan piedras, y hay aun en el templo quien pone sus jaulas de trampa para atrapar pájaros. Pone lazos, redes, tablas enlidadas, y todo artefacto que pueda servirle.

Cuando los han cultivado, los van a vender en montón y los compradores los están sopesando para ver si están gordos. Y si les agradan, no sólo los asan, sino que les ponen queso, aceite, vinagre, pimienta y mil hierbas. Y luego otra salsa bien dulce y aceitosa, que echan ardiendo sobre sus cuerpos, como si fueran carne abandonada.

CORO: ANTISTROFA. — ¡Mucho, mucho son penosas las palabras que dijiste! Cuánto me duele la negligencia de mis mayores que tales glorias antiguas dejaron caer en la sombra.

Un dios te ha traído ahora, o una suerte feliz y nos vienes a salvar. Yo te entrego mi destino, el de mis crías y mi vida.

CORIFE0.—¿Qué hacer debemos ahora? ¡Dínoslo, pues estás aquí! Nada es para nosotros la vida si no recuperamos la realeza por tu medio.

PISTÉTERO.—Primero de mis dictámenes: para las aves ha de haber solamente una ciudad. Que la alcen como Babilonia, con sus ladrillos cocidos, pero que abarque la región toda de los vientos.

ABUBILLA.—¡Ay, Cebriones, ay, Porfirio, qué ciudad tan grandiosa fuera!

PISTÉTERO.—Y ya levantado el muro, hay que pedir a Zeus que nos devuelva el imperio.

Si dice que no y no quiere, y no se arrepiente al punto de su decisión, se le declara guerra sagrada y se prohíbe a los dioses pasar por el dominio de las aves, llevando el instrumento bien parado, como lo hacían antes cuando venían a fornicar con Alcmena, con las Alopes, con

Semele. Y si insisten en pasar se les pondrá una argolla en el miembro para que no puedan maniobrar con él.

Para los hombres pregono que debe mandarse otra ave cual mensajera para que queden entendidos que las aves son ya reyes y a ellas hay que hacer sacrificios antes que hacerlos a los dioses. Y todavía, al hacer ofrendas a los dioses, se ha de tener en cuenta a sus propias aves. Si se hace sacrificio a Afrodita, antes hay que darle su cebada al pájaro de Fal...aris. Si se ofrece una oveja a Poseidón, hay que darle sus granos de trigo al... pato, Si es el sacrificio a Heracles, tendrán que dar sus pasteles de miel a la... gaviota. Y si inmolan un chivo a Zeus, el reyezuelo, que es rey antes que el mismo Zeus, tiene que sacrificarle un mosco por los testículos.

EVELPIDES.—Que sacrifiquen al mosco me gusta mucho. Y que eche sus truenos Zeus.

ABUBILLA.—¿Crees que los hombres nos tomen por dioses? Volamos y tenemos alas. Van a pensar que somos cornejas.

PISTÉTERO.— ¡Estás delirando! ¿No ves que Hermes también vuela? ¡Por Zeus! Hermes es dios y tiene alas. Y como él hay muchos dioses. Ves, Niké con alas de oro. Y, ¡por Zeus, Eros también! Y ve a Iris que Homero llamaba paloma tremebunda.

EVELPIDES.— ¡Y quién sabe si Zeus con su trueno estruendoso nos lance un rayo alado!

CORIFEIO.—Pero si los hombres nos reconocen por su propia ignorancia y sólo siguen dando culto a los del Olimpo, ¿qué hacer?

PISTÉTERO.—Entonces se despachan bandadas de gorriones para que vayan a picotear sus sementeras. Y con eso que les mida el trigo Démeter, cuando se están muriendo de hambre.

EVELPIDES.—Ella no lo hará nun-

ca y ya verías que daba muchos pretextos.

PISTÉTERO.— Vayan los cuervos luego y saquen los ojos a los que dilapidan las cosechas y a los carneros que con ellos andan. Luego los curará Apolo, el médico divino. Se le dará su paga.

EVELPIDES.—No, no aún: espera que haya yo vendido mis dos novillos.

PISTÉTERO.—Y si te reconocen como dios, que eres quien da la vida, y la tierra, y eres Cronos y eres Poseidón, todo estará a tu mando.

CORIFEIO.—Dime alguno de esos bienes.

PISTÉTERO.—Ya no habrá necesidad de que las langostas se traguen los gusanos roedores de sus viñedos, porque bastará un escuadrón de lechuzas y gavilancillos para acabar con ellos. Y luego, ni los moscardones, ni las catarinas roan sus higueras, sino que para darles fin a todos bastará un escuadrón de tor-dos.

CORIFEIO.—Y, ¿por qué medio podremos enriquecerlos, porque tener dinero es la gran pasión de los hombres?

PISTÉTERO.—Cuando ellos consulten a las aves, ellas les dirán la forma de lograrlo. Ellas darán la guía al adivino y lo que es provechoso. Ninguno que lo intente quedará sin fruto.

CORIFEIO.—¿Cómo que no queda defraudado?

PISTÉTERO.— Si alguno consulta acerca de la navegación, siempre habrá un ave que le diga: "Ahora no navegues, porque va a haber tormenta." O bien: "Navega ahora que la ganancia es cierta."

EVELPIDES.—Yo me compro un batel y me vuelvo marino. Ya no quiero durar entre ustedes.

PISTÉTERO.—También las aves serán para señalar el sitio en que se halla un tesoro escondido ha mucho tiempo. Un buen caudal en plata. Las aves lo conocen. ¿No di-

cen por ahí en el pueblo: Nadie sabe dónde lo puse, si no es acaso algún pájaro del cielo?

EVELPIDES.—En tal caso, yo vendo el batel y me compro un zapapico y voy a desenterrar las ollas.

CORIFE0.—¿Cómo dar la salud, ella que es don divino?

PISTÉTERO.—Si están bien, ¿para qué buscan la salud?

EVELPIDES.—Un hombre que ve bien sus asuntos nunca está enfermo. Como el que los ve malos, nunca tiene salud.

CORIFE0.—Y, la vejez, ésa que habita en el Olimpo, ¿cómo han de conseguirla? ¿Han de morir acaso los niños en su tierna infancia?

PISTÉTERO.—Claro que no, por Zeus. Los pájaros les darán trescientos años de vida.

CORIFE0.—¿A qué costo?

PISTÉTERO.—¿A qué costo? A su propio provecho. ¿No te has dado cuenta de que la "corneja vive cinco veces más que el hombre"?

EVELPIDES.—¡Malhaya... valen más para regir los pájaros que Zeus!

PISTÉTERO.—Mucho mejor, ¿verdad? Y no tenemos que levantarles templos de mármol con puertas de oro. Estos viven en zarzales y en bosques de buen tamaño. Habrá aves augustas y más altas: un olivo se les dará por templo. Y ya no iremos a Delfos ni Amón para hacer sacrificios. Aquí entre el bosque, en medio de arbolillos y olivos, les daremos tributo de cebada y de trigo. Con las manos en alto les pediremos dones y nos oirán luego, aunque sean pocos los granos de trigo que arrojam0s.

CORIFE0.—¡Viejo, me fuiste odioso, pero ahora eres mi mejor amigo! Nunca puedo desviarme de tus sabias indicaciones.

CORO.—Tus palabras me excitaron: hago esta amenaza y juro que si tú abres el camino del combate contra los dioses, como hombre probo y honesto, piadoso y leal, en el momento les quitamos el cetro de mando!

CORIFE0.—Lo que sea fuerza, lo que sea actividad, corre a nuestro cargo. Lo que sea pensamiento y discreción, tendrá que ser obra tuya.

ABUBILLA.—¡Por Zeus, no es éste el tiempo de estar soñando ni de intentar dilaciones al estilo de Nicías! Hay que obrar luego. Por principio de cuentas, entren a mi nido, hecho de paja y granzas, y vayan diciendo su nombre.

PISTÉTERO.—Eso es fácil. Me llamo Pistétero y éste, Evelpides, del barrio de Crioa.

ABUBILLA.—Bienvenidos los dos.

PISTÉTERO.—Gracias y adentro.

ABUBILLA.—Bueno, métanse ya.

PISTÉTERO.—Estamos, guíanos tú.

ABUBILLA.—Por aquí.

PISTÉTERO.—Una cosa me ocurre. Oyeme. ¿Cómo vamos a vivir éste y yo entre los que vuelan, si nosotros no podemos volar?

ABUBILLA.—Muy bien.

PISTÉTERO.—A ver ahora. Como en las fábulas de Esopo, qué trabajos costó a la zorra ser amiga del águila.

ABUBILLA.—No tengas recelo alguno. Hay una raicecita que basta comerla para que le nazcan a uno alas.

PISTÉTERO.—Bueno. Entraremos. Anda Xantias y Menodoro, carguen con los bultos.

CORIFE0.—¡Oyeme, Abubilla, óyeme!

ABUBILLA.—¿A qué me llamas?

CORIFE0.—Guíalos a casa y dales de comer. Y llámate al ruiseñor, el amigo de las Musas. Que venga acá y nos deleite con sus trinos.

PISTÉTERO.—¡Por Zeus, que sí... hazle caso! ¡Salga de entre los florecientes juncos esa ave grata, que llegue acá por los dioses, y que podamos ver al famoso ruiseñor!

ABUBILLA.—Pues me lo mandan los dos, justo es que yo obedezca. Procne, Procne, ruiseñor, ven y preséntate ante los huéspedes.

*Aparece Procne en forma de mu-
chacha flautista.*

PISTÉTERO.—¡Zeus mil veces venerado, qué pajarito tan lindo! ¡Qué tiernecito, qué blanco...! ¿Sabes, preciosa, que yo muy fácilmente haría mi nido entre tus piernecitas?

EVELPIDES.—¡Y mira cuánto oro carga, parece que es virgencita! Yo creo que le robo un beso.

PISTÉTERO. — Desdichado, ¿no miras que tiene un pico bicorné?

EVELPIDES.—Por Zeus, se le quita el cascarón y se besa en su boquita.

ABUBILLA.—¡Adelante!

PISTÉTERO.—Guíanos y tengamos buena suerte.

Se van. El Coro se dispone para decir la parábasis.

CORO.—Hermoso amado y moreno, el más amado de los pájaros, tú que acompañas mis cantos, ruiseñor de todo tiempo, llegaste al fin y llegaste para que yo te contemple, trayendo tu dulce voz.

Tú que con tan grata flauta sueñas voces de primavera, da el preludio a los anapestos.

CORIFE.—Vamos, hombres que aletargados por su misma naturaleza viven en la oscuridad, deleznable cual las hojas, como seres hechos de arcilla, fantasmas que van errantes como si fueran sombras. Sin alas, de poco tiempo, infelices mortales, que huís como huyen los sueños:

Ahora favor de oír a nosotros inmortales, seres que siempre perduran libres de vejez y males; seres que viven pensando siempre en las cosas eternas.

Podrán entender entonces la realidad de los cielos, la naturaleza de las aves, el mismo ser de los dioses, el origen del Erebo y del Caos, y en esta forma podrán vencer al mismo Pródico.

En el principio existían el Caos, la Noche, el Erebo todo negro y el inmenso Tártaro. No había tierra, aire ni cielo.

En el inmenso seno del Erebo la

Noche de alas negras puso un huevo sin germen. De allí nace Eros el anhelado, después de muchos siglos. El que tiene alas de oro, el que vence a los vientos en sus giros. El se une a la Noche y se une al Caos y en la tiniebla engendra nuestra raza. Es la primera que aparece a luz. Y no había entonces raza de inmortales, hasta que Eros uniera los elementos todos de la tierra. Y los que fue uniendo y nacían por sus tiempos el Cielo, el Mar, la Tierra y la raza de dioses que no sabe de muerte.

En esta forma somos nosotros mucho más antiguos que los dioses todos.

¿Quiéres ver pruebas de que nosotros descendemos de Eros? Tenemos como él alas, como él vivimos en amores. Cuántos muchachos hubo que aunque hacían alarde de ser insensibles al amor, cuando ya entraban a la edad madura, cayeron en sus redes, y por la fuerza nuestra estuvieron a merced de sus amantes. Uno recibe una codorniz, el otro, un ave roja, éste, un pato, o un gallo. Se los domina.

Damos a los mortales los bienes más preciosos. Y se los damos todos. A nosotros se debe el mostrar las horas y mudanzas del tiempo. Llega la primavera, sigue el invierno, el estío o el otoño. Les damos la señal para la siembra cuando la grulla se traslada a Libia. Es también el anuncio al navegante para que cuelgue el timón en buen sitio y se dedique al sueño. Es señal para Orestes el ladrón para que sepa que hay que tejer su manto de lana y no estar atisbando al caminante para quitarle el suyo. El frío ha comenzado.

Viene el milano y luego anuncia otra estación. Es la hora de trasquilar a las ovejas las vedijas primeras. La golondrina en tanto anuncia que es la hora de vender el manto pesado de lana y de adquirir uno mucho más ligero.

Las aves somos para vosotros Amón, Delfos, Dodona, el mismo

Febo Apolo. Para todo asunto acuden a las aves. ¿Qué significa auspicio? ¿No ver qué curso sigue el ave? Y en todas las empresas, están pidiendo augurios. El comercio, la forma de lograr el sustento, el matrimonio mismo, se somete a ellos. Y cada signo que las aves dejan es un augurio. Y es más, han dado el nombre de ave a eso mismo que nada con ellas tiene. Ave es un ruido extraño, ave es un estornudo, un encuentro en la calle es también ave. Una voz y un criado, un asno mismo, es ave. Que claro que somos para ustedes tanto como el oráculo de Apolo.

Si nos toman como dioses tendrán en nosotros Musas agoreras. Ellas habrán de anunciar dulce viento, mudanza de estaciones, invierno, estío y calor: bien templado. Y no seremos cual Zeus que se remonta a las nubes. Estaremos a su lado. Para darles a su vida y a la vida de sus hijos y de los hijos de sus hijos, salud, riqueza, vida, paz y juventud: risas, bailes, fiestas y aun leche de pájaros.

Quedarán saturados de bienes y se harán ricos todos.

CORO: ESTROFA.—Musa multísona —tío tío tío tío tinc— con la que ido por bosques y cumbres —tío tío tío tinc— posado en la cumbre de un frondoso roble —tío tío tío tinc— y soltaba al viento mis trinos sonoros en honor de Pan y de la madre que en el monte impera —toto toto toto tonc—. Allá en la alta cumbre en donde Frinico gustaba del fruto de melódicos cantos llenos de ambrosía. Y agregaba siempre el canto sonoro —tío tío tío tinc.

CORIFE0.—Si hay algún espectador que quiera convivir con las aves, con una vida que está llena de alegría, venga acá por favor.

Todo lo que acá es feo y digno de reprobación, entre las aves es bello y aun digno de alabanza. Entre los hombres es reprobable que un hijo golpee a su padre; entre las aves es algo digno de alabanza y decirle

a voz en cuello: ¡Entrale con tu espolón! Un esclavo que los hombres marcan por haber huido de la casa, entre nosotros es visto más bien con honor y lo llamamos el faisán matizado. Un extranjero de Frigia, como lo es Espintero, entre nosotros es el frígilo de la casta de Filemón. Y si es un esclavo que se siente noble, proveniente de Caria, como por ejemplo Execestides, hallará entre las aves ancestros bien calificados. Y si el hijo de Pisia quiere abrir la puerta a los malvados, forjadores de delitos, se hará perdiz, tal como lo fue su padre, ya que acá entre las aves no es vergüenza que huyan las perdices.

CORO: ANTISTROFA.—Ya los cisnes —tío tío tío tinc— unen sus voces para cantar a Apolo al mismo tiempo que batan sus alas —tío tío tío tinc— y van a posarse en las riberas del Ebro —tío tío tío tinc. Y su canto hiende las nubes pesadas.

Es cuando las fieras se mueven temerosas para oír su canto, y es cuando las olas, antes agitadas, se quedan dormidas a su dulce voz. Y agita los cielos un soplo muy suave —tío tío tío tinc.

Es cuando el Olimpo entero repercute y cuando el asombro a los dioses, y es cuando las Gracias y cuando las Musas responden a las aves con dulces acentos —tío tío tío tinc.

CORIFE0.—Nada hay más grato y más bello que tener un par de alas. Vamos a ver, si uno de los que están mirando tuviera alas, cuando se siente ya hastiado con la duración del espectáculo y con hambre bien madura, echaría un vuelo a su casa y después de haber cenado regresaría al espectáculo.

Y si Patroclides se viera en tormento por ir a descargar el intestino, en lugar de hacerlo en su manto, volaría veloz a otro lugar y regresaría contento a seguir mirando. Y si alguno de ustedes viera que aquí está el marido de la mujer que

andan asediando, muy bien sentadito en primeras filas, echaría un volido a ver a su dama y después de hacerle lo que ya se sabe, regresaría en vuelo acá.

¿Están viendo ya lo que supone tener alas? Allí está Ditreces que de vender alas llegó hasta filarco y luego trepó hasta ser hiparco. Era un cualquiera sin nombre y ahora lo ven en las alturas y está en ellas como un centauro medio amarillo.

Regresan Pistétero y Evelpides, ya con alas.

PISTÉTERO.—Mírenme.

EVELPIDES.—¡Por Zeus, qué falta... nunca vi cosa más ridícula!

PISTÉTERO.—¿De qué te ríes?

EVELPIDES.—De tus alas... ¿sabes a quién te parecen?

PISTÉTERO.—Sí, a un ganso de mala pintura.

EVELPIDES.—Y tú a un mirlo mal dibujado, que tiene forma de vaso.

PISTÉTERO.—Estamos haciendo comparaciones como decía Esquilo: "No son de otro las plumas: son de nosotros mismos."

CORIFEO.—Y ahora, ¿qué hay que hacer?

PISTÉTERO.—Primero, dar un nombre a esta nueva ciudad y después ofrecer oblación a los dioses.

EVELPIDES.—Eso mismo pensaba.

CORIFEO.—¿Qué nombre le ponemos? ¿La llamamos Esparta robando el nombre a los lacedemonios?

EVELPIDES.—No, que no... Esparta, por Heraclés, sí es mi tierra y ni siquiera consiento en que sea de esparto mi cama, sino de simple junco.

PISTÉTERO.—¿Qué nombre, pues, le damos?

EVELPIDES.—Un nombre rimbombante venido de las nubes, de la región de los meteoros.

PISTÉTERO.—¿No te gustaría Nubecuclecia?

CORIFEO.—Bonito y resonante nombre el que has hallado, ¡Io, Io!

EVELPIDES.—¿Pero no es Nubecuclecia en donde están las riquezas de Teógenes y todas las de Esquines?

PISTÉTERO.—Di más bien de Flegra, en donde los dioses se jactaban parlanchines de haber derrotado a los gigantes.

CORIFEO.—¡Gran cosa es esa ciudad! Y, ¿a qué dios se le ha de ofrecer el sacrificio? ¿Quién la custodiará? ¿Para quién se tiene que tejer el peplo?

EVELPIDES.—¿No será Atena armada?

PISTÉTERO.—¿Puede ser ciudad buena ésa en la que una diosa femenina va armada de todas armas y en la cual Clístenes está trabajando con su lanzadera?

CORIFEO.—Y, ¿quién ha de custodiar el muro de la acrópolis, el pelárgico que dicen?

PISTÉTERO.—Un pájaro.

CORIFEO.—¿De nosotros? ¿qué especie?

PISTÉTERO.—Uno de Persia, que dicen que es el más terrible, un verdadero pollo de Ares.

EVELPIDES.—¡Pollo feliz!

PISTÉTERO.—Está habituado a morar entre piedras.

Vamos, ya vuela pronto, ve a auxiliar a los albañiles que están construyendo la ciudad. Llévalos los andamios, desvístete y amasa bien la mezcla. Cáete de la escalera, haz de guardián que vigila y ten cuidado de conservar el fuego bajo la ceniza. Recorre el contorno con tu campanilla y pasada la ronda vete a dormir por allá. Envía dos mensajeros, uno a los dioses, allá arriba y otro a los hombres, acá abajo. Después vuelve a mí.

EVELPIDES.—Quédate aquí y que revientes.

Se va.

PISTÉTERO.—Vete en paz, mi buen amigo, allá a donde yo te envío. Sólo tú puedes hacer todo lo que te he mandado.

Voy a ofrecer un sacrificio a los dioses nuevos y a llamar al sacerdote que debe guiar el cortejo.

Muchacho, muchacho, trae el cestillo y el agua lustral.

CORO: ESTROFA.—¡Doy aplausos, muy de acuerdo contigo y contigo pido cantos largos y solemnes dirigidos a los dioses y para alcanzar su favor que se inmole ya la víctima!

¡Suba, suba, suba el canto de Pitia y venga Queris a acompañar mi son!

PISTÉTERO.—Deja ya de tañer. ¿Por Heraclés qué es esto? He visto mucho en mi vida, pero no había visto esto. Es un cuervo con bozal.

Entra el sacerdote.

—Anda, ofrece el sacrificio e inmola a los nuevos dioses.

SACERDOTE. — Es lo que haré. ¿Dónde está el de la cestilla?

¡Orad, orad a la Hestia de las aves, al milano que guarda el hogar y a todas las que son olímpicas, y olímpicos, a todos y a todas...!

PISTÉTERO.—Gavilán que ampara a Sunio, bien venido seas, oh señor Pelárgico.

SACERDOTE.—Al cisne de Pitias y Delio, Leto la madre de las codornices, a Artemis jilguero...

PISTÉTERO.—Ya no es Artemis colanis sino Artemis jilguero.

SACERDOTE.—A Sabacio el de Frigia, a la avestruz, madre de dioses y hombres.

PISTÉTERO.—Señora reina Cibeles, ya avestruz, madre de Cleócrito.

SACERDOTE.—Den salud y bienestar a los habitantes de Nubecuculecia, al igual que a los de Quíos.

PISTÉTERO.—Me llena de gozo ver a los de Quíos en todas partes.

SACERDOTE.—A las aves que sean héroes y a sus hijos: a la ave roja, al picoverde, al pelicano, a la fléxida, al pintado, al pavo real, a la garza, a la gallareta, al elasa, al halcón verde, al catarate, al tragahigos, y al guajolote...

PISTÉTERO.—¡Ya está! ¡Vete a los

cuervos tú mismo! Deja ya de invocaciones. ¡Ay, ay infeliz, para una comida sagrada estás invitando a los buitres y a las águilas marinas! ¡No basta con el milano para que se trague todo! Vete en paz, déjame solo, yo ofreceré el sacrificio.

Sale el sacerdote.

CORO: ANTISTROFA.—Voy a entonar un nuevo canto, lleno de piedad, de devoción a los dioses, y alzar mi voz cuanto pueda para clamar a los bienaventurados, o aunque sea a uno solo, ya que no hay suficiente manjar para darlo a su tiempo. ¿Qué víctimas ofrecieron? ¡Cuero y barbas: nada más!

PISTÉTERO.—Al hacer el sacrificio invoquemos a los dioses alados.

POETA. (*Se adelanta y comienza a cantar.*)—Musa mía, celebra ahora a la feliz Nubecuculecia: que para ella sean tus cantos, que para ella sean tus himnos.

PISTÉTERO.—¿De dónde nos vino éste? Dime, ¿quién eres tú?

POETA.—¿Yo? Soy cantor de lengua de miel, un amartelado servidor de las Musas, como cantó Homero.

PISTÉTERO.—¿Cómo es que siendo un esclavo tienes larga cabellera?

POETA.—No, no soy, y todos los poetas somos amartelados servidores de las Musas, como cantó Homero.

PISTÉTERO.—Mucho que sí habrás servido con esos andrajos que traes. Pero dime ya, poeta, ¿qué viento te empuja acá? ¡Te va a ir de la pedrada!

POETA.—Yo tengo poemas compuestos en honor de Nubecuculecia. Y qué poemas: hay rondallas, hay coros para las vírgenes, y hay odas como las hacía Simonides.

PISTÉTERO.—¿Todo eso cuándo lo hiciste? ¿Qué tiempo ha pasado de ello?

POETA.—Tanto, tanto tiempo, que estoy cantando a esta ciudad.

PISTÉTERO.—Farsante, ¿no ves que ahora estoy celebrando su nacimiento

to y dándole apenas nombre, como se les da a los niños al cumplir sus diez días?

POETA.—La voz de las Musas corre mucho más que los corceles.

¡Padre que fundaste el Etna, tú, cuyo nombre repiten los sagrados templos, dame un don, sea el que fuere, con sólo inclinar tu cabeza!

PISTÉTERO.—Nos va a fastidiar esta peste si no le damos algo para que se largue de aquí. Tú, muchacho, quítate ese capotillo y dáselo al sabio poeta. Ten, poeta, que ya veo que te estremeces de frío.

POETA.—Mi Musa se siente feliz al aceptar este obsequio. Pero pon ahora atención a estos versos del estilo de Píndaro.

PISTÉTERO.—Este hombre no nos deja en paz.

POETA.—

“Entre los escitas nómadas muy lejos de sus ejércitos, va vagabundo y no tiene telas que teje el telar.

Para él no hay sino un capote pues ni túnica le dan...”

¿Entendieron la alusión?

PISTÉTERO. — Ya entiendo que quieres que te den también la túnica. Anda, muchacho, quítate la túnica y dásela. Hay que agasajar al poeta. Ten, tú, y lárgate por fin.

POETA.—Ya me voy. Pero al partir he de componer aún otro poema sobre esta noble ciudad.

“Oh Musa de trono de oro canta loor a esta ciudad, donde se tiritó de frío y helado se queda uno.

Yo vengo de ver los campos todos de nieve cubiertos.

Y nada me empecé ya. La la la la la la.

Se va el poeta.

PISTÉTERO.—Vete al diablo, pero vas bien abrigado con la túnica contra los fríos del invierno.

Por Zeus, qué fastidio. ¿Cómo es

que este maldito poeta pudo saber la existencia de nuestra ciudad?

Anda, tú, hijo, dá la vuelta echando el agua lustral. Todos en silencio.

Entra uno que dice oráculos.

ORACULERO.—¡No comiences con el chivo!

PISTÉTERO.—Y, tú, ¿quién eres?

ORACULERO.—¿Quién soy? ¡Digo los oráculos!

PISTÉTERO. — ¡Vete al demonio ahora!

ORACULERO.—Malvado, no hagas poco caso de los divinos secretos. Ten en cuenta que hay un oráculo en Bacis en que habla de la Nube-cuculecia.

PISTÉTERO.—¿Por qué no diste a conocer ese oráculo antes de que se fundara la ciudad?

ORACULERO.—Algo divino me lo impedía.

PISTÉTERO.—Habrá que oír directamente el vaticinio.

ORACULERO. (*Leyendo.*)—“Cuando habiten los lobos con las blancas palomas / en el mismo lugar entre Corinto y Siquión...”

PISTÉTERO. — ¿Qué tenemos que ver nosotros con los de Corinto?

ORACULERO.—Bacis hablaba del aire. Sigo:

“A Pandora que inmolen un blanco corderito

y a aquel adivino que comente mis versos

que le den manto nuevo y unos buenos zapatos...”

PISTÉTERO.—¿Conque hasta zapatos, eh?

ORACULERO. (*Mostrando su pergamino a Pistétero.*)—Toma y lee. Y

“Dale una buena copa y un puñado de entrañas...”

PISTÉTERO.—¿Darle también entrañas de la víctima?

ORACULERO.—Toma y lee.

“Jovencito divino, si haces lo que te mando,

te volverás un águila en medio de las nubes;

pero si no lo haces, te cambiarás en nada:

No serás aguililla, ni tórtola, ni faisán del camino..."

PISTÉTERO.—¿Todo eso está allí?

ORACULERO.—Toma y lee.

PISTÉTERO.—Nada parecido es éste a otro que yo escribí bajo la inspiración de Apolo:

"Cuando llega un importuno a quien nadie ha invitado

a perturbar tu oblación para que les des su parte,

lo que hay que hacer con él es molerle los costados

con buenos palos dispuestos a romperle las costillas."

ORACULERO.—Creo que no hablas en serio.

PISTÉTERO.—Ten también, toma y lee:

"No le tengas compasión, aunque sea águila en las nubes,

aunque sea el mismo Lampón y aunque sea el gran Diopites."

ORACULERO.—¿También eso está allí?

PISTÉTERO.—¡Toma, lee y lárgate al diablo!

ORACULERO.—¡Ay, infeliz de mí!

PISTÉTERO.—Fuera... a echar oráculos a otra parte.

Se va el que lee oráculos y llega Metón, un planificador de ciudades. Trae sus cartapacios.

METÓN.—Los vengo a ver...

PISTÉTERO.—¡Otro mal encima! ¿Qué vienes a hacer? ¿Qué pretensiones traes? ¿Qué te propones? ¿Esos altos coturnos qué significan? ¿Dónde vas?

METÓN.—Tengo voluntad de medir sus terrenos y planificarlos en calles.

PISTÉTERO.—¡Por los dioses...! ¿tú quién eres?

METÓN.—¿Quién? Soy Metón... toda Hélade me conoce y aun en Colona.

PISTÉTERO.—¿Qué mamotretos te cargas?

METÓN.—Son las reglas para el

aire. Sábetelo, ante todo, que el aire es como una estufa, si lo toma uno en su conjunto. Poco más, poco menos. Pues bien, yo aplico esta línea curva y le pongo el compás... ¿Comprendes?

PISTÉTERO.—Nada entiendo.

METÓN.—Y hay esta regla más. Es derecha pero la hago que trabaje de modo que el círculo se vuelve cuadrado. En el centro hay una gran plaza a la cual van a converger calles derechas y como si fuera un astro redondo, desde ella partirán también calles derechas.

PISTÉTERO.—Este es un Tales... Metón.

METÓN.—¿Qué pasa?

PISTÉTERO.—Sábetelo que yo te estimo. Créeme amigo: sigue tu ruta. Vete en paz.

METÓN.—¿Hay algo peligroso?

PISTÉTERO.—Aquí, como en Lacedemonia, se echan fuera a los extraños. Y en la ciudad hay palizas como aguaceros.

METÓN.—¿Acaso andan en revolución?

PISTÉTERO.—No, por Zeus.

METÓN.—¿Entonces, qué?

PISTÉTERO.—Es que de acuerdo común determinamos echar fuera a todos los farsantes.

METÓN.—Me voy tranquilamente.

PISTÉTERO.—Por Zeus, no muy a tiempo: cerca el golpe. (*Le pega.*)

METÓN.—¡Miserable de mí!

PISTÉTERO.—¿No te lo dije antes? ¡Lárgate con tus medidas a otra parte!

Se va Metón. Llega un inspector.

INSPECTOR.—¿Dónde están los próximos?

PISTÉTERO.—¿Qué Sardanápalo será éste?

INSPECTOR.—Yo soy un inspector designado por suerte para venir a vigilar la ciudad de Nubecuculecia.

PISTÉTERO.—¿Tú inspector? ¿quién te envía?

INSPECTOR.—Este maldito papel de Teleas.

PISTÉTERO.—Vaya, tú quieres tomar tu salario y largarte sin pena ni trabajo.

INSPECTOR.—Eso mismo, por los dioses, y es que yo quería estar en Atenas para asistir a la asamblea. Tengo asuntos de Farnaces.

PISTÉTERO.—Pues toma y lárgate. Ese es tu salario. (*Le da un golpe.*)

INSPECTOR.—¿Qué es eso?

PISTÉTERO.—Es tu asamblea a que vas con asuntos de Farnaces.

INSPECTOR.—¡Séanme testigos, me pega a mí que soy un inspector!

PISTÉTERO.—¿Te largarás o no? Llévate tus urnas de juez.

¿No es intolerable esto? ¡Ya mandan inspectores a una ciudad que apenas está ofreciendo el sacrificio para su fundación!

Se va el inspector y llega un vendedor de decretos.

VENDEDOR.—“Si el habitante de Nubecuculecia hace alguna ofensa al habitante de Atenas...”

PISTÉTERO.—¡Esta es otra calamidad! ¡Con tanto papel!

VENDEDOR.—Soy vendedor de decretos y vengo acá para dar a conocer los más recientes.

PISTÉTERO.—¿Que qué?

VENDEDOR.—“Los habitantes de Nubecuculecia deben tener las mismas medidas, pesos y ordenanzas de los de Ototoxia.”

PISTÉTERO.—Pues vete al momento a usar los de Ototoxia. (*Hace ademán de pegarle.*)

VENDEDOR.—¿Este, pues qué te pasa?

PISTÉTERO.—¿No te largas con tus decretos? Ya verás que hay leyes más duras... (*Le da varios golpes.*)

Se va el vendedor y regresa el inspector.

INSPECTOR.—Yo consigno por injurias a Pistétero para el mes de Muniquión.

PISTÉTERO.—¿De veras tú? ¿Todavía estás allí?

Vendedor regresando y leyendo.

“Y si hay alguno que no reciba a los magistrados y no lo atienda como manda el decreto fijado en la columna...”

PISTÉTERO.—Desdichado de mí... ¿también tú estás aquí?

INSPECTOR.—Yo te pierdo y te obligo a una paga de diez mil dracmas.

PISTÉTERO.—Yo te arrebato esas urnas y las hago mil pedazos.

INSPECTOR.—¿No recuerdas aquella tarde en que te zurraste junto a la columna de avisos?

PISTÉTERO.—¡Vaya un diantre... atrápenmelo! ¿No te quedas, infeliz?

Vamos pronto para adentro a ofrecer el sacrificio del chivo.

Se van todos con la víctima y los instrumentos.

CORO: ESTROFA.—Desde hoy a mí tendrán que hacer sacrificios los hombres todos y me dirigirán súplicas y sus voces clamorosas. Es que yo todo lo veo y es que yo todo lo rijo.

Toda la tierra miro y salvos hago los frutos, matando las alimañas que los pueden destruir, ésas que desde la tierra, o sus ramas se refugian para roer con sus voraces dientes todo pimpollo y todo fruto tierno.

Yo acabo con los seres nocivos que en el jardín perfumado llevan ruina y son autores de la maldad. Pero yo al vuelo los atrapo y parecen para siempre.

CORIFEYO.—En este mismo día se está pregonando con insistencia:

“Todo el que mate a Diágoras el meliense, recibirá un talento de premio. Y todo el que mate a un tirano ya muerto, también recibirá su talento.”

Y hay algo más que pregonar:

“Todo el que mate a Filócrates el vendedor de pájaros, recibirá un talento y el que lo presente vivo, recibirá cuatro talentos.”

Este es aquel infeliz que hace manojo de gorriones y los vende a siete por un óbolo. El que atormenta a los tordos y los infla para que se vean más gordos, y el mismo que pone plumas en los picos de los mirlos y el que caza los pichones y los tiene en cautiverio para que le sirvan de gancho para atrapar otros más.”

Tal es el nuevo edicto. Y tiene además esta orden:

“Todo el que tenga pájaros cautivos en su patio, los suelte desde luego. Pero si no obedecen, los apresarán los mismos pájaros, y los pondremos en jaulas, bien sujetos a nosotros para que sirvan de gancho a otros hombres.”

CORO: ANTISTROFA.—¡Progenie feliz las aves! No necesitan abrigo en los rigores del invierno. No sufren en el estío el sofocante calor. Y los relucientes rayos no logran quemar nuestra piel.

Allá en florecientes prados y en el tupido bosque hallo siempre mi mansión. Y en tanto con el ardor del tiempo alza la cigarra divina su canto de adormecimiento.

Hay también para el invierno cuevas muy bien abrigadas. En ellas juego con las Ninfas y cuando llega la primavera me voy a picotear las galanas flores del mirto.

Y gusto también las dulces bayas del huerto de las Gracias.

CORIFEIO.—Esto va para los jueces. Les diremos una palabra tocante a la victoria. Si nos conceden el premio, les daremos muchos bienes, tan grandes y tan preciosos, que ni Alejandro los tuvo.

En primer lugar, las lechuzas de Laurio, que tanto gustan a los jueces, nunca se hallarán ausentes. Estarán en sus casas, pondrán nido en sus bolsillos, y poco a poco irán dando vida a moneditas pequeñas.

Y vivirán ustedes como en un templo. Levantaremos al alero algo así como alas de águila. Y cuando logren un cargo de gobierno y quieran tener uñas para sustraer algo del

erario, les prestaremos un halcón de los más avorazados.

Si van a comer a casa ajena les proporcionaremos grandes buches para que los repleten.

Pero si no dan el premio, tendrán que fabricar umbelas como las que tienen las estatuas, porque de lo contrario, si no llevan su sombrilla, quedarán del todo blancos con la caca que les echemos. Esa será nuestra venganza y todas las aves tomaremos parte en ella.

PISTÉTERO.—Aves, fue el sacrificio favorable. Nadie llega, sin embargo, a decir cómo va el trabajo de construcción... ¡Ah, ya, ahí viene uno que viene echando los hígados, como el tal Alfeo!

MENSAJERO. (*Llega sofocado.*) — ¿Dónde está, dónde está, dónde está aquí? ¿Dónde está Pistétero nuestro capitán?

PISTÉTERO.—Aquí estoy.

MENSAJERO. — Tus murallas hechas están.

PISTÉTERO.—¡Feliz noticia!

MENSAJERO.—Trabajo hermoso y perfectamente hecho. Y es tal que si en ellas se encontraran corriendo sus carros el echador de Proxénides y Teógenes, aunque llevaran caballos tan grandes como el famoso de Troya, pasarían uno junto al otro. Así de ancha quedó.

PISTÉTERO.—¡Por Heraclés!

MENSAJERO.—Su altura, ya la medí, y tiene cien brazas.

PISTÉTERO. — Válgame Poseidón. ¿Quién construyó esa enorme muralla?

MENSAJERO.—Los pájaros, nadie más. Allí no hubo albañiles, ni egipcios fabricantes de ladrillos, ni siquiera carpinteros. Todo lo hicieron las aves con admirable técnica. Llegaron de la Libia unas treinta mil grullas y soltaron su lastre de piedras. Esas bien pulidas por el pico de los pájaros rascones, fueron para los cimientos. Y hubo diez mil cigüeñas que fabricaban ladrillos. Y los chorlitos y aves acuáticas subían al aire el agua.

PISTÉTERO.—¿Quién traía la argamasa?

MENSAJERO.—Las garzas en artesas.

PISTÉTERO.—¿Para echarla a la artesa qué hacer podían?

MENSAJERO.—Ah, amigo mío, esa es una invención de las más ingeniosas. Los gansos con las patas, cual si fueran paletas, revolvían la argamasa y la iban pasando a las artesas.

PISTÉTERO.—¿Qué no se hará con los pies?

MENSAJERO.—¡Por Zeus, que era cosa digna de verse a los patos acarreado ladrillos y cómo las golondrinas desde lo alto dejaban caer sus chorros de argamasa, y llevaban la planada en sus colas como si fueran niños aprendices!

PISTÉTERO.—¿Es preciso, tras esto, pagar yo operarios? Bueno, pero la madre de la muralla, ¿quién la labró?

MENSAJERO.—Fueron buenos artífices para ello los pelícanos con sus largos picos, y con qué picotazos fueron labrando las puertas. Eso era un estruendo como el que hallamos en los arsenales que labran sus barcos.

Todo quedó acabado, la ciudad cerrada con puertas y cerrojos. Y rondas hay que van y vienen con sus campanitas, y en los torreones están apostados los centinelas, y tienen sus linternas.

Y yo voy a lavarme, tú acabarás la obra.

Sale el mensajero.

CORIFEO.—¿Ahora, tú, qué te pasa? ¿te quedaste alelado ante el hecho de una muralla tan pronto construida?

PISTÉTERO.—Por los dioses que sí, y creo que con razón. Esto parece cuento, cosa de mentira. Pero... ve, allá viene un centinela y es otro mensajero. Y viene de carrera como si fuera bailando un baile de pírrico.

MENSAJERO 2.—¡Ah, ah, ah, ah, ah, ah!

PISTÉTERO.—¿Qué cosa fue?

MENSAJERO 2.—Algo terrible. Eso nos ha pasado. Un dios de los de Zeus de pronto voló por los aires pasando por las puertas sin hacer caso de los centinelas que eran los grajos, a los que toca vigilar de día.

PISTÉTERO.—¡Mala acción, un delito! ¿Cuál de los dioses fue?

MENSAJERO 2.—El que sea no sabemos; sólo sabemos que tiene alas.

PISTÉTERO.—¿Por qué no mandaron la patrulla a perseguirlo?

MENSAJERO 2. — Como no. Se mandaron tres mil gaviilancillos de a caballo armados de arcos todos. Y va en su seguimiento toda una caterva de aves de afiladas uñas. Cernícalos, halcones, buitres, tecolotes y águilas. Gran estruendo al volar hacen sus alas y el aire está agitado mientras persiguen al dios. No está lejano el dios, sino que está por cierto en este lugar.

PISTÉTERO.—Entonces hay que tomar hondas y arcos. Aquí todos mis seguidores, hay que tirar, hay que lanzar dardos... ¡Denme una honda!

CORO: ESTROFA.—¡Se emprende una guerra, una guerra que no puede decirse entre mí y los dioses! ¡Vigile todo el que nació del Erebo el aire cubierto de nubes! ¡No haya un dios que pase por aquí sin darnos cuenta!

CORIFEO.—Vean en su rededor con vigilantes ojos, que se oye ruido de alas como de un numen que va volando.

Aparece Iris volando con grandes alas.

PISTÉTERO.—Eh tú, ¿a dónde, a dónde, a dónde vas volando? Quieta allí y sin moverte, suspende tu vuelo. ¿Quién eres? ¿de dónde vienes? ¡Es necesario que digas de dónde vienes volando!

IRIS.—Vengo de la mansión de los dioses olímpicos.

PISTÉTERO.—¿Cuál es tu nombre?
¿Eres nave o casco?

IRIS.—Soy Iris la veloz.

PISTÉTERO.—¿De Paralos o de Salamina?

IRIS.—¿Qué es eso?

PISTÉTERO.—¿No hay uno de larga cola para que se eche sobre ella y la coja?

IRIS.—¿Que se eche sobre mí?
¿Que me coja? ¿Qué sentido tiene eso?

PISTÉTERO.—Vas a gemir mucho.

IRIS.—Esto sí que es absurdo.

PISTÉTERO.—¿Por qué puerta te colaste dentro de nuestros muros, malvadísima?

IRIS.—Por Zeus, no sé qué decir por cuál puerta.

PISTÉTERO.—¿Ya oíste cómo se hace la ignorante?

Di: ¿te presentaste al capitán de los grajos? ¿No hablas? ¿Traes pa-saporte de las cigüeñas?

IRIS.—¿Qué tontera es ésa?

PISTÉTERO.—¿Lo traes o no?

IRIS.—¿Y tú estás en tus cabales?

PISTÉTERO.—¿No hubo siquiera algún jefe de aves que pusiera el sello de entrada?

IRIS.—¿Quién me lo ha de imponer? ¡Pobre de ti, por Zeus!

PISTÉTERO.—¿Tuviste la osadía de atravesar el aire muy en silencio en una ciudad extranjera?

IRIS.—¿Por qué otro lugar han de volar los dioses?

PISTÉTERO.—¡Por Zeus, no sé decir... pero por aquí, no!

Luego eres culpable de un delito. Siquiera ten sabido que, si te cautivamos, te haremos perecer y quedará destruida la más famosa de las Iris todas. Será tu merecido.

IRIS.—Es que soy inmortal.

PISTÉTERO.—De todos modos, tendrás que morir. Eso sería sin modo de tolerarse: tenemos mando en todo el mundo y dominamos en todas las cosas, no faltaba más que los dioses hicieran su antojo y no reconocieran ustedes el deber de someterse a los más poderosos.

Pero, dime, ¿a dónde dirigías tu vuelo?

IRIS.—¿Yo? Voy volando por orden de mi padre hacia los hombres para intimarlos a que hagan sacrificios a los dioses. Que en el altar de los olímpicos inmolen bueyes y ovejas y llenen las calles con el olor del sacrificio.

PISTÉTERO.—¿Qué dices? ¿a qué dioses?

IRIS.—¿A qué dioses? A nosotros los del cielo.

PISTÉTERO.—¿Luego ustedes son dioses?

IRIS.—¿Es que hay otro dios?

PISTÉTERO.—Ahora las aves son dioses para los hombres. A ellas tiene que hacerse el sacrificio y ¡por Zeus! no a Zeus.

IRIS.—Loco, loco, no provoques de los dioses la ira fuerte.

“No vaya a ser que Díké, armada de la segur que le proporciona Zeus, destruya toda tu raza y la desarraigue para siempre.

No sea que en humo se tornen tu cuerpo y tus bienes todos,

destruidos por el fuego, como le pasó a Licimnio!”

PISTÉTERO.— Oyeme, tú mujer: deja de soflamerías. Ten calma. Fíjate en esto:

Estás creyendo que soy uno de Lidia o de Frigia, que me vas a atemorizar con tus discursos que estás urdiendo. Ten presente que a mí no me espanta Zeus.

“Yo haré que en llamas arda su mansión y enviaré águilas flamígeras al palacio de Anfión.”

Y también voy a hacer que vayan a los cielos los pájaros porfirios con pieles de leopardos y serán aun seiscientos. Ya sabe lo que es ser Porfirio, con la guerra que le dio aquél.

Y tú, si en algo me enojas, aunque seas la mensajera, te abro muy bien las piernas y te hago saber quién soy; a Iris misma me la soplo y te quedarás admirada de ver que, aunque viejo soy, manejo muy bien la espuela, y no una, sino tres veces.

IRIS.—¡Revienta, infeliz, con tus palabras!

PISTÉTERO.—¿Te largas o no? ¡Y muy pronto! ¡Cuidado, hay golpes!

IRIS.—Mi padre aplacará alguna vez tu insolencia.

PISTÉTERO.—Ay de mí, perversa... Ya sé lo que quieres. Irte volando a otra parte para hallar a un jovencito mejor que yo y agotarle los... alientos!

CORO: ANTISTROFA. (*Se va Iris.*) Tenemos prohibido el paso a los hijos de los dioses. No pueden pasar siquiera sobre de nuestra ciudad, y tenemos ya prohibido que un mortal les mande ofrendas por muy pequeñas que sean para arder en sus altares.

PISTÉTERO.—Me está causando ya grima. Ese mensajero enviado a los hombres no acaba de regresar.

MENSAJERO I. (*Llega corriendo con una corona de oro.*)—Pistétero, felicísimo, sabio, famoso, sapiente, feliz entre los felices. ¡Ay, ay, ya no puedo más!

PISTÉTERO.—¿Qué estás diciendo?

MENSAJERO I.—Esta corona que ves se discierne a tu saber. Todo el mundo te la ofrece y con ella intentan honrarte.

PISTÉTERO.—La acepto. Pero... ¿por qué me honran así las gentes?

MENSAJERO I.—Tú que has edificado en los aires una ciudad gloriosa, desconoces la alta estima en que te tienen los hombres y con qué cariño miran tu obra en este país.

Antes de que tú pusieras los cimientos de esta ciudad, todos estaban locos por imitar las costumbres de los laconios. Se dejaban crecer largamente la cabellera, se sometían a dietas de hambre y andaban muy sucios, y se sentían imitadores de Sócrates, con sus bastones largos.

Ahora ya no. Ya les entró la moda de los pájaros. No tienen otro gusto de imitar a los pájaros. Apenas nace el día, saltan de la cama y van volando, como nosotros vamos, a buscar su diario sustento. Van luego a

los lugares en que ponen carteles y se atragantan de avisos y decretos.

Y tal es la moda de imitar aves que ahora se ponen nombres de pájaros. Hay un cantinero cojo que llaman Perdiz, Menipo se llama ahora golondrina, Opuncio es hoy cuervo tuerto, Filocles es alondra; Teágenes, ganso zorro, Licurgo es ibis; Querefón, es murciélago; Siracosio es urraca, Midas, como es de suponer, se llama codorniz, porque tiene el aspecto de una codorniz a la que dieron un palo en la cabeza.

Y ese gusto por cosas de aves llega al grado de andar cantando siempre tonos que usan las aves. Imitan golondrinas, patos salvajes, gansos, palomas, o por lo menos se visten con sus plumas.

Eso está pasando por allá. Y debes tener en cuenta que van a venir en breve unos diez mil individuos pidiendo uñas y garras al par que sus alas. Ten por tanto alas y plumas para los que vienen a refugiarse aquí.

PISTÉTERO. — Vamos, que, por Zeus, no podemos estar ociosos.

Anda, tú, llena de alas y plumas todos los cestos y canastos que halles. Y venga Manes y traiga alas aquí afuera. Yo me voy a disponer a recibir esa gente.

CORO: ESTROFA.—Todo hombre llamará de hoy en adelante a esta ciudad, la ciudad populosa. Todo el mundo está prendado de ella.

PISTÉTERO. (*A un esclavo que trae alas.*)—Mando que traigas más.

CORO.—¿Qué bien no hallar podrán en esta ciudad los hombres?

Hay saber, hay amor, hay gracias atractivas, y hay de la amable paz el rostro sereno.

PISTÉTERO. (*Al esclavo que trae alas.*) — ¡Flojo eres al servicio... más, mucho más...! Y aprisa.

CORO: ANTISTROFA. — ¡Un gran cestón con alas! Y tú, Pistétero, dale, en este modo dale... es un burro en lo flojo, que no un hombre.

PISTÉTERO.—Tardo sí es, este Manes mi esclavo.

Intenta golpear a Manes que corre.

CORO.—Ahora tú, estas alas ve disponiendo en orden.

Arriba, las del canto; abajo, las de la profética visión, y con ellas coloca las del mar. Y ten cuidado luego de que cada uno tome lo que a él se aviene.

PISTÉTERO. (*A Manes que regresa.*) Por los halcones juro, ya no te he de ocupar... ¡qué tardo y flojo eres!

Le da unos golpes y el esclavo huye.

*Llega un joven que mató a su padre.
Es el parricida.*

PARRICIDA. (*Canta.*)—¡Aguila fuera, volar pudiera y en el viento ale-
tear sobre las aguas de azul ra-
dian-
dante del infecundo mar!

PISTÉTERO.—No dijo mentira el mensajero. Por allí llega uno cantan-
do a las águilas.

PARRICIDA.—¡Jajay jajay... nada hay más dulce que volar! Amo el modo de vida de las aves; loco es-
toy por las aves, vuelo y ansío ha-
bitar entre ustedes. Vivo con envidia de sus modos y normas.

PISTÉTERO. — ¿Cuáles normas?
¡Hay muchas!

PARRICIDA.—Todas me agradan, pero especialmente ésa que da por bueno a su padre morder y torcerle el pescuezo.

PISTÉTERO.—Por Zeus que sí, y es señal de hombría, pensamos, que siendo aún un polluelo, golpee a su padre.

PARRICIDA.—Precisamente por eso he venido acá. Tengo un deseo ardiente de ahorcar a mi padre y que-
darme con todos sus bienes.

PISTÉTERO.—Pero hay otra ley también y está inscrita en las tablas documentales de las cigüeñas: "Cuando el cigüeño haya criado a sus hijos y los haya dejado en ca-
pacidad de poder volar, todas las ci-
güeñitas tendrán que alimentarlo."

PARRICIDA.—¿Qué gano entonces,

por Zeus, si vengo aquí, si aun me queda el deber de nutrir a mi padre?

PISTÉTERO.—Nada, pues. Y si vie-
nes, amigo mío, con buenas intencio-
nes de someterte a nuestras leyes, te voy a poner un par de alas del pá-
jaro huérfano. Y te doy, jovencito, un no mal consejo que yo también de niño aprendí. No maltrates a tu padre. Toma este escudo: es ala, y toma este espolón: es espada. Piensa que tienes una cresta de gallo. Ve a hacer tu oficio de centinela, sé sol-
dado y vive de lo que allí te pagan, que es tu sueldo y deja a tu padre que siga viviendo.

Ahora, si te gusta el combate, vete volando a Tracia y allí darás la guerra.

PARRICIDA.—Por Dióniso, bien lo dices y te voy a obedecer.

PISTÉTERO.—Y por Zeus que ha-
rás muy bien.

*Se va el parricida y llega el poeta
Cinesias.*

* CINESIAS.—

"Volando voy al Olimpo
sobre mis alas ligeras;
y vuelo en todo camino
con melódicas endechas..."

PISTÉTERO.—¡Buena carga de alas necesitará éste!

CINESIAS.—"Fuerte de espíritu y cuerpo
en busca voy de otras sendas..."

PISTÉTERO.—Yo saludó a Cine-
sias, tan magro como una caña...
¿A qué vienes, di, a estos rumbos,
dando brinco con tu pie cojo?

CINESIAS. — Quiero convertirme en ave, ruiseñor de dulces trinos...

PISTÉTERO.—Para el canto. Di qué quieres.

CINESIAS.—Quiero que me propor-
cione alas para elevar mi vuelo y
subir a las alturas, para captar de
las nubes nuevos tonos, nuevos tri-
nos,
"mientras me mecen los vientos,
mientras me azotan las nieves..."

PISTÉTERO.—¿Pero es que de las nubes puedes tú captar poemas?

CINESIAS.—De ellas depende nuestro arte... cuanto hay en los ditirambos es aéreo, es tenebroso de azul intenso, de aladas revoluciones. Oye y verás.

PISTÉTERO.—¡Yo por mí, no!

CINESIAS.—Por Heracles que sí... Voy a darte el cuadro de lo que es la inmensidad del aire...

“Imágenes con alas
surcan el rauda viento,
aves de largo cuello...”

PISTÉTERO.—¡Hop... alto!

CINESIAS.—“¡Que yo en mi errante vuelo

pueda tener el hálito
veloz que tiene el viento...!”

PISTÉTERO.—¡Por Zeus, que vas a ver en qué manera te refreno el hálito! (*Alza alas para taparle la boca.*)

CINESIAS. (*Huye cantando*):

“Tomo el camino del Noto,
la senda del Boreas tomo,
y voy dejando una estela
en la atmósfera sin fin...”

Es lindo juego el que has hallado,
oh viejo,
has sido sagaz y lo seguirás siendo.”

PISTÉTERO. (*Siempre persiguiéndolo.*)—¿No te da gusto haber adquirido tus alas?

CINESIAS.—¿Esa es la forma en que tratas a un poeta que ha enseñado a hacer ciclos poéticos y al que todos los grupos raciales se disputan?

PISTÉTERO.—¿No quieres quedarte aquí para que se los enseñes a un coro volador de Leotropidas, el hílito, una tribu de Cecropis?

CINESIAS.—¡Claro es, te burlas de mí! Pero yo tampoco me canso. Tenlo entendido. Y no lo haré hasta que no tenga mis alas para ir volando por los aires.

Llega un delator.

DELATOR.—(*A Pistétero que lleva en sus manos alas de golondrina.*) ¿Qué pájaros son esos que llevan vacío su morral?

¿De plumas voladoras, golondrinas de veloces alas?

PISTÉTERO.—Esto va mal. Otro peor mal se asoma. Mira, ya llega acá rezumbando sus alas.

DELATOR.—Y con veloces alas, lo repito.

PISTÉTERO.—¡Ya! Esta canción la dice por su manto lleno de agujeros. Quiere que llegue la primavera, en que ya no hace frío. No habrá necesidad de comprarse otro manto.

DELATOR.—¿Quién es el que da alas a los que van llegando?

PISTÉTERO.—Ese soy yo. ¿Qué quieres?

DELATOR.—¡Alas, alas es lo que quiero... Y no preguntes más!

PISTÉTERO.—¿Es que piensas volar para ir a Pelene?

DELATOR.—¡Por Zeus que no, yo soy indagador de lo que se hace en las islas, soy delator!

PISTÉTERO.—Te felicito por tu oficio.

DELATOR.—Y también investigador de procesos. Esa es la razón para buscarme alas. Ir y venir de prisa de los sitios que inspecciono y delato.

PISTÉTERO.—Y, si adquieres alas, ¿harás mejor tus delaciones y citas?

DELATOR.—Por Zeus que no, pero podré quedar a salvo de piratas, y vendré, como vienen las grullas, trayendo mi lastre, pero ése será de procesos.

PISTÉTERO.—¡Buen oficio tienes! ¡Dime no más, tan joven y soplón contra los extranjeros!

DELATOR.—¿Qué quieres tú que yo haga? No sé cavar la tierra.

PISTÉTERO.—Por Zeus, hay otros modos de ganarse la vida, y muy honradamente, sin andar enredando a las gentes en procesos. Y más siendo tú tan joven.

DELATOR. — Vamos, diablo de hombre, no me des consejos: dame alas.

PISTÉTERO.—Ahora hablando te estoy dando alas.

DELATOR.—¿Cómo con palabras puedes dar alas a un hombre?

PISTÉTERO.—Todos con palabras pueden tener alas.

DELATOR.—¿Todos?

PISTÉTERO.—¿Es que no has oído nunca en las peluquerías a los papás hablando de sus hijos jóvenes en esta forma: “Qué alas ha dado a mi hijo lo que hace y dice Ditrefes para que pueda darse al arte de la equitación.” Y el otro dice: “Mi hijo ha cobrado alas para la tragedia, volando en su misma imaginación.”

DELATOR.—¡Vaya, pues, las palabras dan alas!

PISTÉTERO.—Eso digo. Con un pensamiento que se eleva, el hombre se eleva. Por eso tú también, dándote alas, te quiero dar consejos. Y ve si te dedicas a una profesión más ajustada a la ley.

DELATOR.—Pero yo no quiero.

PISTÉTERO.—¿Qué vas a hacer entonces?

DELATOR.—No echar un borrón en mi linaje. De casta me viene ser delator. Vamos, ya. Dame alas ligeras, como de halcón o de gavilán, para que pueda ir rápidamente a inspeccionar a los extranjeros y a traer en vuelo fugaz las pruebas para su acusación.

PISTÉTERO.—Ya entiendo lo que quieres. Ya ha de estar condenado el extranjero antes de llegar acá.

DELATOR.—Entiendes muy bien.

PISTÉTERO.—Y en tanto él navega hacia acá, tú vuelas a su tierra a robarte sus bienes.

DELATOR.—Todo lo alcanzas tú. Y es preciso que yo no tenga diferencia de un trompo.

PISTÉTERO.—Ya entiendo eso del trompo. Y tengo para bailarlas lindas alas de Corcira, como tú estás desaseando.

DELATOR.—¡Ay, infeliz de mí... lo que tienes es un fuate!

PISTÉTERO.—Este fuate es un par de alas que te hará bailar como trompo y más bien de lo que piensas. *(Le da varios golpes.)*

DELATOR.—¡Ay infeliz de mí!

PISTÉTERO.—¿Te vas o no volando? ¿No te largas, delator infame?

Vas a ver entonces cómo se castiga a un malvado que pervierte la justicia.

Lo hace huir a golpes de azote. (A los esclavos):

Por lo que a nosotros toca, alcen las alas y vámonos.

Sale con los esclavos que llevan los cestos con alas.

CORO: ESTROFA. — Muchas cosas nuevas y maravillosas hemos visto en vuelo y tremendos hechos hemos contemplado.

Lejos de Cardías hay un árbol raro: el mismo Cleónimo: muy alto, muy grande, y para nada útil.

Cuando es primavera no da gemas verdes, sino delaciones. Y cuando es invierno en lugar de hojas, deja caer escudos. Los escudos suyos.

ANTISTROFA.—También hay una tierra cerca de la región de las tinieblas. Es tierra desolada en donde los hombres que no tienen lámparas, comen y comparten con los héroes, menos en la noche.

Nadie a esa hora puede convivir con ellos. Que si alguno vuelve del banquete a esa hora correrá el peligro de que Orestes el ladrón lo deje sin manto y lo deje maltrecho del costado diestro.

Llega Prometeo con un quitasol y un capuchón.

PROMETEO. — ¡Pobre de mí... que no me vaya a ver Zeus! ¿En dónde está Pistétero?

PISTÉTERO. — ¿Eh, quién es? ¿Quién es ese encubierto?

PROMETEO.—¿Estás viendo a algún dios que me sigue los pasos?

PISTÉTERO.—Por Zeus que no. Pero... ¿quién eres tú?

PROMETEO.—¿Qué hora del día es?

PISTÉTERO.—¿Qué hora? Un poco después del medio día... pero, ¿quién eres?

PROMETEO. — ¿Cuando desuncen los bueyes o más tarde?

PRISTÉTERO.—¡Me estás colmando la paciencia!

PROMETEO.—¿Qué hace Zeus? ¿Dispersa ya las nubes, o las va acumulando?

PISTÉTERO.—¡Mil veces desgraciado...!

PROMETEO.—Entonces me disculpo. (*Se quita el gorro y cierra la umbela.*)

PISTÉTERO.—¡Amado Prometeo!

PROMETEO.—¡Quieto, quieto... no grites!

PISTÉTERO.—¿Pues qué pasa?

PROMETEO.—Guarda silencio y no me des mi nombre. Si Zeus me mira aquí, perdido estoy. Y si quieres que todo lo diga, cúbreme tú mismo con este parasol. De esta manera no me verán los dioses que están en las alturas.

PISTÉTERO.—Bien, bien, pensaste bien, como cosa de Prometeo, y ponte ya debajo que ahora tengo la umbela. Habla confiadamente.

PROMETEO.—Oyeme ahora.

PISTÉTERO.—Oyendo estoy, ya habla.

PROMETEO.—Se arruinó Zeus.

PISTÉTERO.—Con que sí, y ¿desde cuándo?

PROMETEO.—Desde que ustedes urbanizaron el aire. Ya ningún hombre hace sacrificio a los dioses. Ni el humo del incienso asciende hasta nosotros. Y ahora hacemos como en las Tesmoforias. Estamos ayunando, porque faltan ofrendas. Y peor aún: los dioses de los bárbaros dan voces como si fueran ilirios, pues los acusa el hambre. Y lanzan amenazas contra Zeus, y aun de venir en plan de combate, si no se abren los mercados y se ponen a venta las entrañas de las víctimas.

PISTÉTERO.—¿Con que hay dioses bárbaros que tienen su habitación sobre nosotros?

PROMETEO.—Si no hubiera dioses bárbaros, ¿de dónde sacara Exequetides un dios para proteger su linaje?

PISTÉTERO.—¿Qué nombre llevan esos dioses bárbaros?

PROMETEO.—Uno se llama Tríbalos.

PISTÉTERO.—Ya entiendo. Por eso suelen decir: Que te trillen, que te revienten.

PROMETEO.—Ni más ni menos. Pero ten bien entendido: Van a venir en breve enviados de Zeus y de los Tríbalos. Tú no hagas pacto con él. Es necesario antes, que te entregue Zeus como esposa a Regina.

PISTÉTERO.—¿Quién es esa Regina?

PROMETEO.—Es una linda muchacha que tiene a su cargo los rayos de Zeus al igual que todas las cosas, como son discreción al pensar, buen sentido y equidad, modestia... y también los arsenales, delaciones, ser capataz, y percibir los tres óbolos.

PISTÉTERO.—¿Es su administrador general?

PROMETEO.—Te lo aseguro. Si algo le sacas, todo lo tienes. Vine a darte esta noticia porque en todo tiempo a los hombres he querido yo.

PISTÉTERO.—El único dios a quien debemos los asados.

PROMETEO.—Bien sabes: yo aborrezco a los dioses todos.

PISTÉTERO.—Por Zeus, que sí y fuiste aborrecido.

PROMETEO.—Todo un Timón. Pero me voy. Daca mi parasol, que si no, me ve Zeus desde su altura y pensará que voy en pos de una canéfora.

PISTÉTERO.—Toma y vete. Llévate esta silla plegadiza.

Se va Prometeo.

CORO: ESTROFA. — Cerca de los Esquiápodos hay una laguna. En este lugar Sócrates, que nunca suele bañarse, se pone a llamar las almas y Pisandro que perdió su alma estando él aún vivo, ansiaba tener un alma. Como víctima traía un camello que es cordero. Allí le cortó el pescuezo, como un día hizo Odiseo, y se retiró a un lado. Y vio que de lo pro-

fundo se iba elevando para chupar esa sangre Querefón el murciélago.

Llegan Poseidón, Heracles y un dios de Tríbalo.

POSEIDÓN.—La ciudad de Nubeculecia es la que está a nuestra vista. A ese lugar venimos como mensajeros.

Eh, tú, tribleta, ¿qué haces? ¿te echas el manto al lado izquierdo, cuando es regla que se alce sobre el derecho? ¿O es que tan infeliz has sido que resultas como Lespo-dias?

¡Oh democracia, a dónde nos empujas cuando los dioses eligen a uno como éste!

¿Te estás o no quieto? ¡Malhaya, bien veo que eres tú el más bárbaro de los dioses!

¿Ahora, Heracles, qué tenemos que hacer?

HERACLES.—Lo oíste ya. Mi intento es apretar el pescuezo al hombre, sea quien fuere, que ha bloqueado a los dioses con estas murallas.

POSEIDÓN.—Pero, mi amigo, hemos sido enviados para hacer un pacto entre ellos y nosotros.

HERACLES.—Dos veces tengo razón para ahorcarlo.

PISTÉTERO. (*Con esclavos. Lleva una mesa con varios instrumentos de cocina y aves preparadas para asarlas.*)

PISTÉTERO.—Uno deme el raspador del queso, otro el silfio, y ahora el queso y atiza los carbones.

POSEIDÓN.—Dan su saludo al señor tres dioses que somos nosotros.

PISTÉTERO.—Yo estoy raspando el silfio.

HERACLES.—Y, ¿esas carnes qué son?

PISTÉTERO.—Son aves que se insurreccionaron contra el partido democrático. Han quedado convictas.

HERACLES.— Y ahora les están echando silfio...

PISTÉTERO.—Salve, Heracles, ¿qué te haces?

POSEIDÓN.—Hemos venido en legación de parte de los dioses para poner fin a la guerra...

PISTÉTERO.—¡Ay, esta botella ya no tiene aceite!

HERACLES.—Y esas aves tienen que estar bien empapadas.

POSEIDÓN.—...pues nada ganamos con estar en guerra, y ustedes por su parte si hacen amistad con los dioses, tendrán agua de lluvia en sus charcos y gozarán por siempre de iluminados días. Para todo eso traemos plenos poderes de pactar.

PISTÉTERO.—No fuimos los primeros en la agresión, y aun ahora estamos en disposición de pactar la paz, si así lo quieren, pero en forma totalmente ajustada a la equidad. Lo que pretendemos es que Zeus devuelva el cetro a las aves. Si eso les place, vamos a comer, legados.

HERACLES.—Para mí es bastante y yo doy mi voto por...

POSEIDÓN.—¡Calla, infeliz... un tonto y tragón eres...! ¿Así despojas a tu padre de la realeza?

PISTÉTERO.—¿De veras? ¿No será que ustedes los dioses serán más poderosos, si reinamos los pájaros? Ahora los mortales se doblegan y a través de las nubes que los ocultan juran por ustedes, y faltan después a sus juramentos. No fuera así si reináramos las aves. Si algún hombre jurara por Zeus o por el cuervo, vendría el cuervo en secreto y le arrancaría un ojo con sólo un picotazo.

POSEIDÓN.—Por Poseidón, eso dices muy bien.

HERACLES.—Lo mismo me parece.

PISTÉTERO. (*Al de Tríbalo.*)—Y tú, ¿qué dices?

TRIBALENSE.—Nai basatreu.

HERACLES.—¿Lo ves? Dice que sí.

PISTÉTERO.— Oigan ahora otra ventaja que nosotros les daremos. Si un hombre promete a un dios inmolarse una víctima y se hace simulado después y dice: "los dioses

pueden esperar..." y por su vil avaricia no quiere después cumplir, nosotros lo obligaremos.

POSEIDÓN.—Dime ¿de qué modo eso?

PISTÉTERO.—Un día en que el hombre esté sentado en su baño contando su dinerito, vendrá de repente sin sentirlo un halcón y le arrebatará el valor de dos ovejas, para llevarlo al dios defraudado.

HERACLÉS.—Que debe dárseles el cetro, una vez más yo doy mi voto.

POSEIDÓN.—Pregunta al de Tríbalo.

HERACLÉS.—Tribalense, ¿te parece dar gritos de amargura?

TRIBALENSE.—Tú no dar golpe a mí.

HERACLÉS.—Dice que digo muy bien.

POSEIDÓN.—Si a los dos les parece, también me parece a mí.

Vaya, Pistétero, ya estamos acordados en devolver el cetro...

PISTÉTERO.—¡Ah, por Zeus, algo más se quedó sin recordarlo! Que Hera sea para Zeus, y la Regina para mí como esposa.

POSEIDÓN.—No quieres tú la paz. Nos vamos para casa.

Se va Poseidón.

PISTÉTERO. — Poco me importa. Cocinero, que la salsa esté dulce.

HERACLÉS.—Ah diablo entre los hombres Poseidón, ¿a dónde vas? ¿Hemos de hacer la guerra nosotros por una mujer?

POSEIDÓN. (*Regresando.*) — ¿Qué hacer pues?

HERACLÉS.—¿Cómo qué? Pues la paz bien pactada.

POSEIDÓN.—¡Me das lástima! ¿No adviertes, insensato, que hace tiempo se está burlando de ti? Es para ti la ruina. Porque si Zeus concede a éste la soberanía, tú serás pobre. Eres tú el que tendría que heredar todos los bienes al morir Zeus.

PISTÉTERO. — Desdichado, qué bien te está enredando con sus sofismas.

Ven acá y te diré todo lo que te hace. Tu tío te engaña. De acuerdo con la ley, tú no puedes heredar ni una uña de sus bienes, porque eres hijo bastardo, no legítimo.

HERACLÉS.—¿Bastardo yo? ¿Qué dices?

PISTÉTERO. — ¡Por Zeus, tal es! Eres hijo de extranjera. Y si no, dime, ¿cómo Atena sería heredera universal, si tuviera hermano legítimo?

HERACLÉS.—Y, ¿qué tal si mi padre cuando muera me deja sus bienes aun siendo bastardo?

PISTÉTERO.—La ley no lo permite. Oye:

Aquí está Poseidón, y él, que te ha incitado ahora, será el primero en disputarte esos bienes, alegando que es hermano legítimo de tu padre.

Y te voy a citar la ley de Solón. "No tiene derecho el bastardo a la herencia, si hay hijos legítimos, y, si no hay, el derecho se transmite a los más cercanos parientes legítimos del autor de la herencia."

HERACLÉS.—¿Nada, entonces, me toca de los bienes de mi padre?

PISTÉTERO.—¡Nada, por Zeus! ¿O es que tu padre te presentó alguna vez ante las autoridades de la tribu?

HERACLÉS.—Ciertamente que no y ha tiempo me he admirado de eso.

PISTÉTERO.—¿Por qué te quedas mirando al cielo? ¿por qué esas miradas tan airadas? Si te quedas aquí entre nosotros, te haré yo rey y te daré hasta leche de pájaro.

HERACLÉS.—Te concedo razón, y aun la doncella que pides te la doy, en cuanto está en mi mano.

PISTÉTERO. (*A Poseidón.*)—¿Qué dices tú?

POSEIDÓN.—Me opongo.

PISTÉTERO.—Y tú, dios de Tríbalo, ¿qué dices? En tu mano está el asunto.

TRIBALENSE.—Grande, linda doncella, reina se va a los pájaros. La dejo yo.

HERACLÉS.—Dice que la deja ir.

POSEIDÓN.—¡Por Zeus, no! Dice que la deja ir, si anda como las golondrinas, sin paso seguro.

PISTÉTERO.—Entonces dice que la da a las golondrinas.

POSEIDÓN.—A ustedes dos les toca hacer el pacto y convenir. Yo me callo la boca, ya que eso desean.

HERACLÉS. (*A Pistétero.*)—Todo lo que pides concedemos. Vente, por tanto tú, con nosotros al cielo y recibirás a Regina y todo lo demás.

PISTÉTERO.—¡Tan a tiempo maté estas aves para celebrar mi boda!

HERACLÉS.—¿No les parece que mientras van allá, yo me quede a asar estas aves?

POSEIDÓN.—¡Asar tú las aves, trágón de primera! Vente mejor con nosotros.

HERACLÉS.—¡Qué bien me hubiera ido si me quedo! (*Se relame los labios.*)

PISTÉTERO. — ¡Vamos, tráiganme aquí un traje de bodas!

Mientras le traen el traje de bodas y se reviste se prepara él.

CORO: ANTISTROFA.—Hay en Fanes, cerca de Clepsidra, una raza que no tiene sino lengua y estómago. Con la lengua siembran, con la lengua vendimian y con la lengua tragan los higos.

Son los extranjeros de nacimiento, como un Gorgias, como un Filipo.

De esos Filipos de lengua y estómago proviene la costumbre de cortar la lengua a las víctimas antes de inollarlas aquí en Atica.

Llega un mensajero.

MENSAJERO.—Todos vosotros que con bienes inapreciables habéis sido favorecidos, raza tres veces feliz de las aves, salid a recibir al rey en su precioso palacio.

¡Ya viene hacia acá como nunca astro hubo que irradiara rayos de oro, que ni el sol en sus fulgores ha podido aún emular! ¡Y con él viene la Reina, la Regina reluciente y en su derecha sostiene vibrante rayo de Zeus!

Perfume sin igual sube a la es-

fera de los cielos, y llevado por los vientos va en ondulante columna.

Vedlo aquí, ya está presente. Debe ponerse atención a los trinos de divina Musa.

Llega Pistétero con Regina, coronados ambos.

CORO: ESTROFA.—Cede el paso, hazte a un lado, para aquí y para allá. ¡Hay que volar en torno de este feliz llenado por la felicidad!

¡Ah, ah, cuánta es su rozagancia, cuánta su hermosura!

¡Feliz unión, feliz, para nuestra ciudad!

CORIFE0.—¡Grandes, grandes dichas la raza de aves logra gracias a este hombre!

Con el himeneo, con cantos nupciales vamos a recibirlo a él y a Regina.

En otro tiempo Hera, la del Olimpo, la que ha ascendido al trono excelso, fue unida en enlace por las sacras Moiras, y el canto era el mismo: ¡Himeneo, Himeneo!

ANTISTROFA.—Eros el que florece por todos lados, con sus olas de oro guiaba la carroza de bodas de Zeus y la regia Hera.

¡Himeneo, himeneo!

PISTÉTERO.—Me gozo en los himnos, me gozo en las odas: me hacen salir de sentido vuestras palabras.

Celebrad ahora al mismo tiempo los tremendos ruidos de la tierra inferior y los rayos lucientes y el rayo estrepitoso de Zeus.

CORO.—¡Gran luciente y dorada luz! ¡Reverberante rayo de Zeus!

¡Estrépitos rugientes de la tierra en sus entrañas! ¡Truenos que van retumbando y que presagian la lluvia!

¡Ahora nuestro rey impera, después de vencer a Zeus! ¡Tiene para siempre a Regina, la reina de todo el mundo, la émula del mismo Zeus!

¡Himeneo, himeneo!

PISTÉTERO.—Id ya en pos de los casados, todas las castas de aves, colegas y partidarios míos, al pala-

cio del gran Zeus y hasta su lecho nupcial.

Y tú, feliz compañera, tóname ya por las alas que voy a bailar contigo. Yo te haré que subas siempre y yo seré tu sostén.

Salen bailando. El Coro los sigue y canta:

¡Viva, viva, Péan Péan! ¡Este es el sumo vencedor, éste es el más alto de los dioses!

LISISTRATA

INTRODUCCION

Es una de las comedias de Aristófanes más estudiadas y discutidas y no sin razón. Netamente humana, toca zonas que la encogida forma de expresión y pensamiento moderno rehúyen, pero que son eternamente del hombre en su ordinaria existencia. Podríamos dar una larguísima exposición, pero es preferible quedar ceñidos en las líneas fijadas. Claridad, brevedad y sencillez. Es la manera real de hacer que sean comprendidos los clásicos, casi siempre remotos en la ordinaria forma en que se dan, cargados de erudición que aterra y hace rehuir su lectura.

El mismo Aristófanes no estaba muy seguro de dar la cara, y ofreció esta comedia bajo el nombre de Calistrato. Por los fines de enero de 411 a. C. Era Calais el arconte. El nombre se le da por lo que el argumento tradicional, n. 1, dice al final: "Se llama Lisistrata porque resolvió al ejército" e. d. lo licenció, dando origen a la terminación de la guerra.

Dos aspectos tiene el drama: por una parte, es un patriótico llamamiento a la paz. Nada hay tan insinuante, tan ardientemente partidario de la paz, como los alegatos que se hacen a través de la comedia por diversos interlocutores. La otra faz es la de su licenciosa expresión, rayana muchas veces en procacidad, que es la que hace mal estómago a los timoratos y da comezón a los licenciosos. Aquéllos, para repudiarla; éstos para leerla y releerla, acaso con morbosa delección. No debe el hombre sereno ir a ninguno de estos dos extremos: avaloré lo que es tan hondamente humano y aun moral, que es la busca de la paz, y tome con pinzas las regocijadas y un tanto salpicadas de fango expresiones de un modo humano, que, por más que digan, los hombres nunca repudian, aun con altas contemplaciones. Y que me valga el ejemplo de aquel famoso orador, Crisóstomo, asceta como nadie, que tenía a la cabecera un ejemplar de las comedias de Aristófanes, como ya dije arriba.

Esta era la situación de Atenas, al representarse la comedia:

En 413 el ejército había recibido un tremendo golpe. Todos habían tenido que llorar y lamentar amargas pérdidas. Soldados muertos, dineros gastados, renombre hecho añicos. Con acento dolorido, Tucídides, a pesar de su armoniosa ponderación, nos dice: "Cada ciudadano ha tenido qué lamentar y perder. Lloro la ciudad la falta de sus guerreros: su caballería, su juventud que no puede reemplazarse tan

en breve. Yermos los astilleros, agotado el tesoro público, sin navíos para el comercio... ¿qué puerta de salvación puede esperarse?"— (*Tucid. VIII, 1.*)

Y ahora, cuando la comedia va al proscenio, hay una guarnición de espartanos a 24 Km. de Atenas. El rey Agis ha salido con su capricho de mantenerla. Y en Atenas, como en todo país en que la política toma aires de papagayo, ha tratado de resolver el problema con la elección de ciertos nuevos funcionarios que llama *próbuloi*, como si dijéramos "previos ordenadores de programas y decisiones". No se renueva el mundo, hoy en que vemos en todos los pueblos a los forjadores de planes, o programas de acción para el presente y para el futuro.

Alcibiádes, ahora tan alto, andaba en acuerdos —otra calamidad de las democracias— y había hecho algunos que los sabios le han discutido. Uno era con Esparta. Ella se comprometía a dar las ciudades griegas de Asia y además las islas. Tisafernes, sátrapa de Persia, era el otro contratante. Se compromete a dar dinero y barcos. En 412 todas las ciudades de Jonia se habían aliado a Esparta. La única que había quedado fiel a Atenas era Samos.

Así estaban las cosas cuando Aristófanes se resolvió a dar su comedia. Tiene ésta muchos méritos. Indico algunos para no hacerme interminable.

Sentido de universalidad, desde luego. No ve a Atenas sola: ve su relación con los demás pueblos de la misma cepa y origen. Pueblos helénicos. Eran un pueblo mixto. Habían incorporado autóctonos en su propia índole y manera de pensamiento y vida. Pero había ideales y normas. Pelear entre sí pueblos de la misma procedencia y de la misma tónica cultural era traicionarse unos a otros. Allá apunta el poeta y da en el blanco. Es la eterna cuestión de pueblos del mismo origen y de la misma base de civilización que se combaten y que no dan nunca el sentido de la unidad. Es esta una lección para los pueblos modernos, pero en especial para los de nuestra América hispana. Un partido que busca su bien, sin pensar en el de los otros miembros de la comunidad, no hace más que comprometer su vida y ventura.

El segundo mérito es su novedad. En el marco que se propone el poeta, es algo fuera de tono. Intervienen las mujeres y en el campo en que se sienten más mujeres. Ellas son las que sufren las consecuencias de las guerras. Privadas de sus maridos, consortes del lecho, sostén del hogar, y empobrecidas por el tesoro que más aman: el hijo que va a la guerra y no regresa. El que fue objeto de cuidados y amargos desvelos. Lo vieron ir rozagante y lozano al combate. No regresa. O regresan cenizas yertas, si se pudieron recoger. ¿No es humano esto?

El poeta da un paso adelante. En el hombre la vida está regulada

por el sexo. Quieran o no los sabios, el hombre sigue siendo animal. Y en la animalidad hay esa exigencia. No tenemos necesidad de recordar la cuarteta del Arcipreste de Hita, gloria de nuestras letras, para ver que hay dos cosas que fatigan al hombre: una es la comida, la otra el despliegue de su facultad sexual. Y el poeta castellano cita a Aristóteles. Eso da la clave.

En esas ideas debemos colocarnos. Y Lisistrata que sabe de psicología mucho más que los sabios de hoy, da la solución: para obligar a hacer la paz, declaremos la guerra en el hogar. Nada de cumplimiento de deberes maritales, por parte de las mujeres. Idea atrevida, aun entonces, pero novedosa. Y toda la trama de la comedia gira en torno de esta idea y norma: no cumplir la mujer con el varón, hasta que no pacte la paz. Para ese fin hace un concierto con las mujeres de Atenas y con las mujeres de Esparta, y ese concierto resulta mejor y más eficaz que el de los políticos. Y toma la medida, con osadía sin igual, de que sus confabuladas se apoderen, con ella guía, de la misma fortaleza central de Atenas, la famosa Acrópolis. Y en esta forma obligarán a los varones a pactar la paz, o a quedarse en el ayuno acaso más doloroso. Y la enseñanza que brota de esta conducta, aparentemente frívola, es que el hogar es de dos para muchos y que la patria es una confederación de hogares. Dislocado el hogar, se hunde la patria. Y el hogar no es hogar si falta el varón y el ejercicio de sus rudimentarios derechos de macho.

Esta idea que damos en abstracto es la que se va realizando paso a paso en la comedia. Con sus acres censuras y con sus verdes esencias, ingratas a muchos paladares intelectuales, pero con un arte maravilloso y netamente humano. No podíamos pedir a un hombre del siglo IV antes de C. que viviera en las esferas de la moral cristiana. Explicar el hecho es dolerlo. No hay que pedir a la humanidad lo que ella dar no puede.

La lubricidad de Lisistrata es escollo para los frívolos.

La forma de cada época es diferente. Y la frase de Voltáire tiene vigencia: "Cuando la virtud huye de la vida, se refugia en los labios." No podemos hoy hablar de muchos hechos de la vida humana si no es con reticencias. En ese tiempo se daba a cada cosa su propio nombre. Y la época que menos debe escandalizarse es la nuestra, que ha saturado de temas sexuales todos los medios de transmisión del pensamiento. Problema es, sí, para quien intenta traducir. La manera de dar, si posible es, el pensamiento del autor, sin su crudeza. Me he esmerado en tratar de dar aquél sin ésta. Hay en castellano tal suma de frases, y más en región nuestra, que basta la sugerencia para llegar al sentido. Lo cual estimo más conveniente que dar la frase en latín, como hacen algunos, con su brutal procacidad.

No hay para qué hablar aquí de las bien trazadas fisonomías de

las mujeres, cada una con su propio distintivo. La misma principal protagonista, con su sentido humano y su natural sensatez, es ya un modelo de creación teatral. Quien lo quiera, estudie cada tipo de mujer y coteje con otras de las que creó el poeta.

Los Coros merecen atención particular. Tienen en su doble representación —mujeres y viejos— mucho que hace reír y que hace pensar. Eso precisamente se propone Aristófanes y, en esta comedia principalmente, creo que lo logra, si se lee con la debida sensatez.

A dar esa atenta lectura invito a mi lector.

LISISTRATA

ESCENARIO

Dos casas opuestas: una de Lisistrata y la otra de Cleonice. Hay una ida hacia la gruta de Pan entre ambas casas.

PERSONAS

LISISTRATA.
CLEONICE.
MIRRINA.
LAMPITO.
CORO DE ANCIANOS.
CORO DE MUJERES.
COMISARIO DEL PUEBLO.
CINESIAS.
MUJERES DEL PUEBLO.
HERALDO DE LACEDEMONIA.
HIJO DE CINESIAS.
UN ATENIENSE.
UN CURIOSO.
GENTE DEL PUEBLO.

LISISTRATA

Al abrirse la escena Lisistrata se pasea disgustada entre su casa y la otra:

LISISTRATA.—¡Huhu! A buen seguro yo las hubiera invitado a una fiestecita de Baco, o a ir a la gruta de Pan, ya me estuvieran aturdiendo con sus panderos. Ni un alma pudiera pasar con su estruendo. Y ahora... ni una siquiera... ¡mujeres.

¡Ah, sí... allí viene Cleonice! Linda vecina... ¡Buenos días Cleonice!

CLEONICE.—Muy buenos Lisistrata. ¿Qué, pues? ¿por qué tan turbada? ¿Qué traes?

¡Qué carota de mujer escita! ¿Qué hay?

LISISTRATA. — Ay, Cleonice, me hierve la sangre. Me da vergüenza de ser mujer... Y dicen los hombres que somos de lo peor, malignas, astutas... ¡bah!

CLEONICE.—¡Y muy que sí...!, pero así nos hizo Zeus... ¿qué quieres?

LISISTRATA.—Se les dijo que vinieran, que iba a tratarse un asunto de suma importancia y han de estar durmiendo muy en paz. No vienen.

CLEONICE.—¡Ya vendrán, amiguita, ya vendrán! No es tan fácil cosa que una mujer salga de casa. Una que la ocupa el marido, la otra que va a despertar al esclavo; ésta que está acostando al chico, aquélla, que lo está bañando o le está dando de comer...

LISISTRATA.—¡Es que hay para ellas cosas que urgen más!

CLEONICE.—¿Como qué? Vamos, dime en plata: ¿para qué nos jun-

tas a las mujeres? ¿Qué cosa hay? ¿Tan importante es?

LISISTRATA.—¡Y muchísimo!

CLEONICE.—¿Tanto, tanto?

LISISTRATA.—¡Por Zeus que sí!

CLEONICE.—¡Y nosotras que no acudimos!

LISISTRATA.—Si se dieran cuenta, ya hubieran venido volando. Es un programa de acción. Cuántas noches me he pasado sin dormir para elaborarlo.

CLEONICE.—¿Tan peliagudo es que tanto tiempo te ha preocupado?

LISISTRATA.—Tan peliagudo, que la vida y el porvenir de Grecia depende de las mujeres. ¡Nada menos!

CLEONICE.—¿De las mujeres? ¡Se acabó! Nada harán. ¡Mezquino fundamento!

LISISTRATA.—De nosotros depende, digo. O salvamos a la ciudad, o se acaban los peloponesios.

CLEONICE.—¡Precioso: que ni uno quede, por Zeus!

LISISTRATA.—Y los de Beocia, al nabo. ¡Todos, todos!

CLEONICE.—¡No, no... siquiera ten indulgencia de sus anguilas! ¡Son tan sabrosas!

LISISTRATA.—Con Atenas no me meto. Chitón. Pero tengo otro pensamiento. Que se junten con nosotras todas las mujeres de Beocia, todas las del Peloponeso, y con nosotras está toda Grecia y si que la salvamos.

CLEONICE.—¡Mujeres! ¿Qué quieres que hagan las mujeres de grande, de sensato? ¡En el hogar siempre, siempre con la carga encima! Nuestras túnicas de color de azafrán, bien restiradas, sin cintos, que van a dar hasta las sandalias afectadas y ceñidas. No pasan de eso.

LISISTRATA.—Ahí está la llave de la salvación. En eso mismo confío. La túnica color de azafrán, bien suelta y hasta el suelo, las sandalias ajustadas, el colorete en la cara, y aquellas camisitas transparentes... ¡eso, eso es la salvación!

CLEONICE.—Comienza por decir cómo...

LISISTRATA.—Y sí, porque de hoy en adelante no se verá hombre con lanza en contra de los otros.

CLEONICE.—¡Por las dos diosas que me hago una túnica amarilla...!

LISISTRATA.—Y tampoco han de tomar el escudo.

CLEONICE.—¡Me pondré mi ropa flotante!

LISISTRATA.—Y nada de dagas ya.

CLEONICE.—Me pongo mis sandalias ajustadas.

LISISTRATA.—Bueno... Pero, ¿no acabarán de llegar estas mujeres?

CLEONICE.—¡Por Zeus que sí: debían volar acá! ¡Y desde cuándo!

LISISTRATA.—Ay, mi amiga... al fin atenienses... ¡Todo lo han de hacer tardando! Pero tampoco viene ninguna de las de la costa, ni de Salamina.

CLEONICE. — Huhu, ésas desde muy temprano han puesto en acción las piernas. Ya tomaron su barco.

LISISTRATA.—Y las de Acarnania, que eran las primeras que esperaba yo...

CLEONICE.—Es que la mujer de Teógenes antes de venir acá, está consultando el jarrón. Pero, ya, ya vienen. Unas...

LISISTRATA.—Y otras y otras...

CLEONICE.—¿De dónde, de dónde, tú?

LISISTRATA.—Son de Anagiros.

CLEONICE. — ¡Por Zeus... todo Anagiros se nos echa encima... qué bien se mueve!

Llega Mirrina con otras mujeres.

MIRRINA.—¿Llegamos tarde, Lisis-trata? ¿qué me dices? ¿por qué callas?

LISISTRATA.—No te alabo la tardanza y más para un asunto como éste.

MIRRINA.—¡Con qué trabajo pude hallar mi brassier... Estaba tan oscuro! Y si hay que darle prisa, dílo a las presentes.

CLEONICE.—No, por Zeus... Esperemos un poco: que lleguen las de Beocia y el Peloponeso.

LISISTRATA.—¡Bien dicho! Aquí las tienes: es Lampito.

Llega acompañada de dos muchachas: una de Beocia y otra de Corinto.

—Lampito, alma mía, mi gran amiga de Lacedemonia. Salud y felicidad, hija ¡Qué preciosa estás! ¡Qué resuave! ¡Estás echando luces! ¡Qué cutis! ¡Qué robusto cuerpo! ¡Palabra que podrías estrangular a un toro!

LAMPITO.—¡Y vaya que sí! ¡Por los dos dioses! Hago mi gimnasia, no te creas, y junto las nalgas con los talones, echando mis brincos.

LISISTRATA.—¡Y qué pechitos te cargas!

LAMPITO.—¡Que me estás tentando como si fuera una víctima para el sacrificio!

LISISTRATA.—Y ¿esta otra chica?

LAMPITO.—De la flor y nata de Beocia.

LISISTRATA.—¡Por Zeus que sí... mira qué buen jardincito presenta!

LAMPITO.—¡Sí, pues, y le han quitado todo el poleo, de modo que está llanita!

LISISTRATA.—¿Y esta otra más?

LAMPITO.—¡Anchita ella, y por los dioses, bella! ¡De mero Corinto!

CLEONICE.—¡Ancha, por Zeus; no más mírala por este lado!

LAMPITO.—¿Pero quién ha convocado esta asamblea de mujeres?

LISISTRATA.—Yo misma.

LAMPITO.—Pues ve diciendo qué quieres de nosotras.

CLEONICE.—Sí, por Zeus, amiguita: dínos qué afán te intriga.

LISISTRATA.—Ya lo diré, pero an-

tes díganme a mí: una preguntita no más.

CLEONICE.—La que tú quieras.

LISISTRATA.—¿No tienen deseos de los padres de sus hijos? ¡Lejos en el ejército! Bien lo sé yo: todas tienen un marido lejos.

CLEONICE.—¡Ay, infeliz: el mío cinco meses hace... por allá por Tracia, guardándole la espalda a Eucrates!

MIRRINA.—¡Y el mío siete meses en Pilos!

LAMPITO.—Y qué me dicen del mío: viene de cuando en cuando de su regimiento y más tarda en llegar que en volver a coger el escudo y largarse.

LISISTRATA.—¡Pero tampoco queda chispa de amantes ocasionales! Y con la traición de los de Miliesia, ya ni el recurso queda de un consoladorcito de cuero, aunque sea de ocho dedos! Bueno, si hallo modo de poner fin a la guerra, ¿me ayudan o no?

MIRRINA.—Por las diosas dobles que sí. Yo aunque empeñe mi bata larga y me beba el mismo día el dinero.

CLEONICE.—Yo lo mismo, aunque me convierta en carpa y tenga que dar la mitad de mí misma.

LAMPITO.—A la cumbre misma del Taigeto me treparía con tal de ver la paz.

LISISTRATA.—Conste: lo digo. Ya no hay que andar con secretos. Las mujeres, si queremos que los varones hagan la paz tenemos que hacer una huelga...

CLEONICE.—¿De qué, de qué...?

LISISTRATA.—Pero, ¿la harán?

CLEONICE.—Cueste lo que cueste, hasta la vida.

LISISTRATA.—Pues tenemos que hacer ayuno del palito. ¡Ah, y ahora! ¿por qué me vuelven la espalda? ¿por qué se me largan? ¿Por qué me hacen muecas y mueven la cabeza? ¡Vaya, hasta pálidas se me ponen y una lágrima asoma a sus ojos! ¿Lo hacen o no lo hacen? ¿Qué están vacilando?

CLEONICE.—Yo no podría; por mí, que siga la guerra.

MIRRINA.—Por Zeus, ni yo. Siga la guerra.

LISISTRATA.—Eso estás diciendo ahora, carpa, y decías ha rato que te dejabas quitar la mitad de tu cuerpo.

CLEONICE.—... Todo lo que tú quieras, pero eso, no. ¿Que vaya entre brasas? ¡Voy! Pero... ¡mi palito! ¿Qué cosa hay como eso, linda?

LISISTRATA.—¿Y tú Mirrina?

MIRRINA.—Yo también camino entre brasas...

LISISTRATA.—¡Ah raza pérfida y disoluta la nuestra, toda, toda! ¡Qué razón tienen los trágicos en echarnos la viga constantemente! ¡No somos sino barcas para el remo! Me bastarás tú, Lampito, como buena lacedemonia: nos sobramos tú y yo para salvar la situación. Pero concuértate bien conmigo.

LAMPITO.—Duro, muy duro es, por los dioses, para las mujeres dormir solas sin su cornetita, y sin funda... Pero ¡qué le vamos a hacer, si eso es necesario para la paz de todas!

LISISTRATA.—¡Ah queridísima, tú sola eres entre todas éstas una mujer formal!

CLEONICE.—Pero si en cuanto nos sea posible ayunamos de aquello que tú dices —¡ojalá que nunca!— ¿estás segura de conseguir la paz?

LISISTRATA.—Mucho que sí. Mira: nos estamos en casita, con unas túnicas cortas de Amorgos, bien transparentes, y andamos muy bien depiladas por donde tú comprendes y entramos a donde están nuestros maridos bien a tiro y ya con ardores de echarnos abajo... si en lugar de condescender nos rehusamos, la paz es un hecho. Bien lo sé.

LAMPITO.—¡Claro que sí: Mene-lao apenas vio los senos desnudos de Helena cuando arrojó por allá lejos la espada!

CLEONICE.—Pero, amiga mía, si los maridos enojados nos abandonan, ¿qué hacemos?

LISISTRATA.—Linda, lo que dice Ferécrates: nos ponemos a pelar un perro ya pelado.

CLEONICE.—Vanas tretas: ellos nos aferran y nos arrastran a fuerza hacia la alcoba.

LISISTRATA.—Agárrate a la puerta.

CLEONICE.—Y si golpean...

LISISTRATA.—Ni modo: ¡hay que ceder y de muy mala gana: donde hay violencia no hay placer! Y además podemos hacerlos padecer de mil maneras. Se cansarán pronto: gozo que no es a dúo no es gozo para el macho.

CLEONICE.—Si a ustedes dos les gusta eso, también a mí.

LAMPITO.—Y así persuadiremos a nuestros maridos a que, en total, hagan una paz, sin dolo. Pero ¿quién podría persuadir a esa cáfila de ate-nienses belicosos?

LISISTRATA.—Vive tranquila. Ya tendremos modo de aplacarlos.

LAMPITO.—No te lo creas, mientras tengan piernas y vayan en pos del tesoro de la diosa.

LISISTRATA.—También en eso pensé. Hoy mismo nos apoderamos de la Acrópolis, defensa de esta ciudad. Esto se impuso a las más viejas como misión propia. Eso harán. En tanto que nosotras estamos aquí deliberando, ellas toman aquella fortaleza, bajo pretexto de un sacrificio.

LAMPITO.—Bien va la cosa. Bien dices todo.

LISISTRATA.—Bueno, Lampito, ¿por qué no hacemos un juramento que nos ate? Eso es inviolable.

LAMPITO.—Di qué. ¿En qué términos hemos de jurar?

LISISTRATA.—Dices bien. ¿Por dónde anda la escita? ¿dónde la miras? Pon delante un escudo de cabeza y que vayan dando las piezas de la víctima.

CLEONICE.—Oyeme, Lisistrata, ¿cuál es el juramento que nos vas a imponer?

LISISTRATA.—¿Cuál? Ese mismo que Esquilo, en que descabeza a una oveja sobre un escudo.

CLEONICE.—Pero, niña... si se

trata de paz, ¿a qué juramentos sobre un escudo?

LISISTRATA.—Entonces ¿qué? ¿Qué juramento hacemos?

CLEONICE.—Un caballito blanco, para sacarle las tripas.

LISISTRATA.—¿Caballo blanco? ¿Cuál? ¿En dónde?

CLEONICE.—¿Cómo juramos, pues?

LISISTRATA.—Lo diré ahora, por Zeus que sí. Pónganme aquí una copa negra y grandota boca arriba y en ella echamos toda un ánfora de vino. Del mero de Tasos. Y juraremos sobre esa copa nunca echarle agua al vino.

LAMPITO.—¡Pardiez que no hallo con qué palabras alabar ese juramento!

LISISTRATA.—¡Vamos, sáquenme una gran copa y una cántara de vino!

CLEONICE.—¡Amiguitas, qué copota: miren! Grandota, que con sólo tocarla ya está uno en su punto.

LISISTRATA. (*Al criado que ha traído lo que le pidió.*)—Pónmela enfrente y agárrame el cabrito. Oh diosa Persuasión, y oh copa de amistad, haced que este sacrificio sea grato y fecundo para las hembras.

Ella misma va echando el vino en la gran crátera.

CLEONICE.—¡Qué buen color de sangre y qué bien corre!

LAMPITO.—¡Pero, por Cástor, qué suave el aroma!

CLEONICE.—Señoras, déjenme jurar primero a mí.

LISISTRATA.—Que no, por Afrodita. La suerte señale. Todas: manos sobre la copa. Anda, Lampito. una sola en nombre de todas vaya diciendo lo que yo digo: Todas quedan obligadas al mismo juramento. ¿Ya? “Ningún hombre quien sea, ni amante ni marido...”

CLEONICE.—“Ningún hombre, quien sea, ni amante ni marido...”

LISISTRATA.—...se acercará a mí con su arma enhiesta...” Anda, repite.

CLEONICE. (*A media voz.*)—...se acercará a mí con su arma... ¡Ay, Lisistrata, se me doblan las rodillas...!

LISISTRATA. — “He de vivir sin amor y sin hombre.”

CLEONICE.—“He de vivir sin amor y sin hombre.”

LISISTRATA.—“Vestida con mi bata de color de azafrán y bien acicalada.”

CLEONICE.—“Vestida con mi bata color de azafrán y bien acicalada”...

LISISTRATA. — “Para que cuando mi hombre se queme de deseo...”

CLEONICE.—Para que cuando mi hombre se queme de deseo...

LISISTRATA.—“Yo nunca al marido le habré de dar su gusto...”

LISISTRATA.—...yo nunca al marido le habré de dar su gusto...

LISISTRATA.—“Pero si él por la fuerza me violenta...”

CLEONICE.—Pero si él por la fuerza me violenta...

LISISTRATA.—...me mostraré pasiva, sin moverme siquiera...

CLEONICE.—Me mostraré pasiva, sin moverme siquiera...

LISISTRATA.—No alzaré yo hacia el techo mis sandalias de Persia...

LISISTRATA.—“No alzaré yo hacia el techo mis sandalias de Persia...”

LISISTRATA.—“No me rendiré cual leona sobre el mango caliente...”

CLEONICE.—No me rendiré cual leona sobre el mango caliente...”

LISISTRATA.—“Si guardo mi juramento podré beber de este vino...”

CLEONICE.—Si guardo mi juramento podré beber de este vino...

LISISTRATA.—Si yo lo quebranto que esta copa quede llena de agua...”

CLEONICE.—Si yo lo quebranto que esta copa quede llena de agua...

LISISTRATA.—¿Todas juntas juran todo esto?

TODAS.—¡Por Zeus que sí!

LISISTRATA. (*Llenando una copa.*) Haré ya la oblación de esta copa.

La bebe,

CLEONICE. — Pero sólo tu parte, amiguita, ¿no ves que de esa copa todas somos amigas?

Mientras comienzan a beber se oyen gritos.

LAMPITO.—¿Quién vocifera?

LISISTRATA.—Es lo que acabo de decir: ya las mujeres se han adueñado de la Acrópolis de la diosa. ¡Vuela, Lampito, ve a arreglar tus asuntos en casa y déjame a éstas en rehenes!

Vamos, corramos a la Acrópolis a juntarnos con las otras y entre todas echaremos los cerrojos de la fortaleza.

CLEONICE. — ¡Pero vendrán los hombres a tratar de rescatarla! ¿O no?

LISISTRATA. — Poco me importa. Ellos, ¿qué? Ni sus amenazas, ni sus mismas llamas son suficientes para que les abramos las puertas: que se sometan a la condición que hemos propuesto.

CLEONICE. — ¡No por Afrodita, nunca! Dirían que somos las mujeres indómitas, malvadas y acaso en vano fuera eso. (*Se van todas siguiendo a Lisistrata.*)

CUADRO NUEVO

Entrada al Aerópago. Va entrando el Coro formado de viejos. Unos llevan leña y alguno de ellos un caldero con fuego.

CORIFE0. — ¡Adelante, Draque, adelante! Guíanos aunque sea con lentos pasos. No le hace que ese tronco de olivo te esté doblando el espínazo.

ESTROFA: PRIMER SEMICORO. — ¡Ay señor... lo que se ve, cuando uno vive larga vida! ¡Estremidoro mío, quién lo hubiera pensado... mujeres que estamos cebando, peste que en el hogar guardamos... se habrían de lanzar contra la santa imagen de la diosa, después de haber tomado posesión de su fortaleza y

que ellas habrían de cerrar con cerrojos, con barrotes, las puertas mismas del Propileo!

CORIFEO.—¡Rápido, pues, a la ciudad de Atena! Anda, Filurgo. ¡Leña por aquí, leña por allá: una sola hoguera enorme para esa punta de mujeres que se han metido en el asunto, a todas de un tirón, pero principalmente a la mujer de Licón!

ANTISTROFA. SEGUNDO SEMICORO. ¡Por Démeter, no, que no; no habrán de reírse de mí, en tanto vivo yo esté! Cleomeno que fue el primero que esta fortaleza tomó, tuvo que entregarla al fin, y no se fue sin sus golpes, y con todos sus humos de lacedemonio, tuvo que rendir sus armas. Y salió el infeliz con unos andrajos de túnica, todo él flaco y sucio, peludo como un oso, cual si no se hubiera bañado en seis años.

CORIFEO. — ¡Y bien que sí: yo mismo lo combatí con brío! Había diecisiete filas de hombres con sus escudos frente a la fortaleza y en ese mismo sitio dormía yo!

¡Y ahora estas mujercillas, aborrecidas de Eurípides y de todos los dioses...!, ¿no va a bastar que me les pare enfrente para que dejen el punto al momento? ¡Mejor que echen abajo mis trofeos que están suspendidos en la tetrápolis!

ÉSTROFA 1: SEMICORO.—Para acabar mi caminata sólo me falta trepar esta cuesta que lleva a la ciudadela, a donde quiero llegar presuroso. ¡A ver si puedo llevar estos leños hasta allá, sin acudir a una bestia! Tengo rotos los lomos con estos dos troncos. Y hay que subir, hay que llegar: hay que encender el fuego... ¡que no se vaya a apagar, mientras subimos la cuesta!

Se pone a soplar el fuego que lleva otro en su caldero:

¡Fuh, fuh... Ah, ah... qué humo, qué humareda!

ANTISTROFA 2: SEMICORO. — ¡Ay, Heraclés divino, amado príncipe: tremendo es el ardor que la llama

de este caldero me arroja contra el rostro: parece perro con rabia que me está mordiendo los ojos!

¡De Lemnos es este fuego: cómo tan activo obra! ¿Cómo iba a roer, si no, estos ojos míos legñosos?

Pero... ¡adelante, adelante!: vamos a la ciudadela de la diosa... ahora es cuando, si no ¿qué? Tenemos que ayudar a nuestra diosa.

¡Perezosos, aquí, aquí!

¡Fuh, fuh... Ah, ah... qué humo, qué humareda!

CORIFEO.—¡Despierto el fuego está por obra de los dioses y bien vivo! ¿No fuera bueno dejar aquí esos tercios de leña? Rastrojos de vid, virtuos, eso debemos meter al caldero y lanzar como armas de asedio contra las que están adentro. Y si no ceden, a empujar como cabros, a dar topes contra la puerta. Y si no, ¡humo y más humo, que se ahoguen esas perdidas!

Vamos, soltemos la carga... ¡Ah, qué humo, ay por los dioses!

¿No hay por ahí un luchador del ejército de Samos? ¡Venga a dar una manita para descargar esta carga!

Van descargando sus leños. Sigue el Corifeo:

Al fin dejaron de moler estos leños mi espinazo. ¡Anda, caldero, revive la llama: la necesito para mi antorcha con que voy a prender fuego a esta fortaleza!

¡Reina Victoria invencible: ven en auxilio nuestro: ven a ayudarnos a vencer a estas mujeres que audaces tienen en su poder la fortaleza de la ciudad!

Comienzan a poner fuego a las puertas. Por el lado contrario entra un Coro de mujeres que llevan vasijas con agua.

CORO FEMENINO. CORIFEO.—¿Es o no es? Creo ver un espeso humo, y acaso llamas también... ¿un incendio por aquí? ¿Quién lo sabe? Ardiente el fuego sí que es. Vamos, de prisa, de prisa.

ESTROFA 1: SEMICORO.—¡Vuela, vuela, Nicodique... no vaya a morir ahogada Calique y también Critila: obra de esos malos humos, obra de esos desdichados viejos! Ay, pero, ¿qué llevo tarde? Eso me temo. ¡No las podré socorrer!

Desde amanecer estuve llenando mi ánfora de agua allí en la fuente, y tanta gente hay en la plaza que apenas podía yo caminar. Todo era chocar calderos con calderos y ánforas con ánforas. Codazo aquí, codazo allá y alguno que otro empujón, al fin logré llenar mi cántara y vengo entre criadas y esclavos marcados a auxiliar a mis compañeras. Dicen que están para arder.

ANTISTROFA 2: SEMICORO.—Lo oí decir: que viejos locos, ya por la edad caducos, vienen acá cargados de rajas de madera, tantas como se requieren para calentar un baño. Y bien caras, sí, que dicen que valen sus tres talentos. Y van pregonando con amenazas vociferantes que hay que quemar, que hay que aniquilar a esas abominables y odiosas mujeres.

Pero, no, oh diosa: que nunca sean alimento de la llama; antes bien ellas salvan a la Hélade y a mis conciudadanos. Para eso vinieron y para eso ocupan, oh diosa del áureo casco, guardiana de esta ciudad, esta tu mansión sacra. Ven a nosotras como colega de guerra, oh Tritogenia, y si logra algún hombre poner fuego al alcázar, ven tú con nosotras a echar allí agua.

CORIFEO. — ¡Basta ya, basta...! ¿qué es eso? ¡Malvados, malvadísimos! No hay hombre honrado que tal cosa haga y menos un hombre que honra a los dioses!

CORIFEO DE LOS HOMBRES.—¡Qué es esto: no me esperaba verlo: un enjambre de mujeres llega de lejos para ayudar a éstas!

CORIFEO DE LAS MUJERES.—¿Qué recelo es ése ante nosotras? ¿Te parecemos muchas? ¡No has visto siquiera la diezmilésima parte de ellas!

CORIFEO DE HOMBRES.—¡Fedrias, que digan eso! Insolentes mujeres;

justo fuera quebrarles los bastones en la espalda, ¿o no?

CORIFEO DE MUJERES.—Pongamos en el suelo nuestras cántaras: quedarán libres las manos para la defensa, por si éstos se atreven a poner en nosotras su mano.

CORIFEO DE HOMBRES.—¡Por Zeus, si les hubieran dado dos o tres mojicones, como lo recibió Búpalo, ya no hablarían tan fino!

CORIFEO DE MUJERES.—¡Aquí estoy: pega! Pero, tenlo presente: ahora me dejo, y luego no habrá una perra inmundada que te maneje los tantes.

CORIFEO DE HOMBRES.—Calla, y si no estacará el cuero. Mi bastón lo hará todo.

CORIFEO DE MUJERES. — Quiero verlo: tócame con un dedo a Estratilis, siquiera acércate.

CORIFEO DE HOMBRES.—Y si a puñetes te hecho al polvo, ¿qué tremendo harás?

CORIFEO DE MUJERES. — Dientes me quedan. Puedo morder y te arranco pulmones y lo que tienes adentro...

CORIFEO DE HOMBRES.—¡Ay, qué razón tiene Eurípides, el más sabio de los poetas: No hay raza tan detestable como las mujeres...!

CORIFEO DE MUJERES. — Anda, Rodipe, vamos: levantemos las ánforas.

CORIFEO DE HOMBRES. — Bueno, ¿qué? Tú, enemiga de los dioses, a qué vienes aquí trayendo agua?

CORIFEO DE MUJERES.—¡Viejo caduco!, ¿y a qué vienes tú trayendo fuego? ¿Vas a quemarte a ti mismo?

CORIFEO DE HOMBRES.—No, niña mía. Voy a encender una pira y a quemarte a ti y a tus compañeras.

CORIFEO DE MUJERES.—Yo vengo a apagar la pira, y, ¿qué?

CORIFEO DE HOMBRES.—¿Tú me apagarás el fuego?

CORIFEO DE MUJERES.—¡A los hechos me remito!

CORIFEO DE HOMBRES.—Me estoy preguntando ahora por qué no la voy quemando a fuego lento.

CORIFEO DE MUJERES.—Si todavía no te bañas, ven que yo te bañaré.

CORIFEO DE HOMBRES.—¡Pero báñame a mí, hedionda!

CORIFEO DE MUJERES.—¡Vamos, y baño de bodas!

CORIFEO DE HOMBRES. (*A un colega.*)—¿Has oído, y has entendido esa tontería?

CORIFEO DE MUJERES.—Libre y muy libre soy.

CORIFEO DE HOMBRES. — Ya te pondré trabas para que no vociferes como vociferando estás.

CORIFEO DE MUJERES.—Mejor haremos que juegues con el Heliástico.

CORIFEO DE HOMBRES.—Echale el fuego a sus mechass, tea mía.

CORIFEO DE MUJERES.—Ahora es cuando, agua de Aqueloo. (*Echa agua al viejo.*)

CORIFEO DE HOMBRES.—¡Ay, infeliz de mí!

CORIFEO DE MUJERES.—¿Calientita, no?

CORIFEO DE HOMBRES.—¡Caliente, vamos! ¿Acabas o no? ¿Qué diablos haces?

CORIFEO DE MUJERES.—No más regarte para que reverdezcas.

CORIFEO DE HOMBRES.—Seco estoy y tiritando.

CORIFEO DE MUJERES. — Anda pues, ya que tienes fuego adentro, recalientate tú mismo.

Llega un comandante de la policía acompañado de gendarmes.

COMANDANTE.—¡No les bastó, no les bastó: la lata que dieron estas hembras con tambores y con gritos en su fiesta de Sabacio y en su festejo de Adonis dando voces en los terrados! Yo que estaba en la junta severa oí sus malvados gritos. Y el orador, ¿quién piensan que era? El dichoso Demóstrato. Ese que proponía navegar hacia Sicilia. Y su maldita mujer, baila y baila, vociferaba: “¡Ay, ay, Adonis, ay!”

Proponía el orador que reclutaran hombres para llevarlos a Zacinto, pero la mujer gritaba: “¡Lloren a

Adonis, llórenlo”, y se caía de borracha.

Colocigues resultó por allí y también echaba sus gritos. ¡Que los dioses los aniquilen. A ese punto hemos llegado!

CORIFEO DE HOMBRES.—¿Eso dices? ¿Qué dijeras si hubieras oído sus barbaridades? No más con echarnos injurias nos echaron también agua. ¿Qué te parece? Y mira cómo andamos con toda la ropa mojada, como si nos hubiéramos ido de las aguas.

COMANDANTE.—Me alegro y mucho. Por el dios de los mares Poseidón. ¿Quién tiene la culpa? ¿No nosotros? Nos hacemos sus cómplices de estas perdidas, les damos lecciones de maldad y libertinaje... eso florece en ellas.

Vamos al caso: Un marido llega al taller de un joyero y le dice:

—Sabe, joven, ese collar que le recompuso a mi mujer, cuando ella andaba bailando anoche, se le rompió y se salió el broche de su agujero... ¡métselo por favor! Yo me voy para Salamina ahorita mismo. ¿Hará o no el favor? ¿Verdad que sí?

Otro va a un zapatero joven y con gran instrumento, no se crea que como el de un chiquillo. Y le dice:

—Mire, señor zapatero: el dedito chiquito de mi mujer le queda a la correa muy apretado. Es fino, ¿sabe? Vaya, por favor, a medio día y le da su restridita para que se haga suave. ¿Sí o no?

Pues así anda el mundo. Oíganme: yo comandante tengo que pagar los remeros ajustados para su trabajo. Necesito dinero y vengo a buscarlo y lo están viendo; éstas me cierran sus puertas. En el mero hocico.

¿Esas tenemos? ¡A ver tú, tráeme unas palancas y verás cómo se las meto! Tendrán que abrirme paso. Les voy a apagar los humos.

Te me quedas mirando, infeliz... Y tú, el otro... ¿qué buscas? ¿Una cantina, verdad? No ves que hay

necesidad de meter palancas para que nos abran las puertas?

Al ir acabando el comandante se asoma Lisistrata y dice:

LISISTRATA.—Nada de fuerza. No palanquee nada. Yo merita salgo afuera. Palancas, ¿para qué? No palancas, sensatez, discreción: eso es lo que se necesita.

COMANDANTE.—Pues sí que eres lista tú. ¡Vamos!... ¿dónde está un gendarme? Agarrémela y amárrele las manos a la espalda.

LISISTRATA.—¡Eso... eso... anda: tóquenme con un dedo... a mí gendarmes... ya tendrá que chillar! ¡Por Artemis que sí!

El alguacil no la toca y se hace a un lado.

COMANDANTE. — ¡Hijo... tienes miedo! Tómala con un dedo... Y tú, bauzán, ayuda. Entre los dos aférrenla.

Sale Cleonice de la fortaleza:

CLEONICE.—¿Qué se traen? Por Pandrosa la hija de la noche. Tócamela no más y verás que pataditas te meto en la panza. Te zurras.

COMANDANTE. — Vaya gendarme... zurrarse ¿y qué? ¿Dónde está el otro? También a ésta: aprehéndala y amárrela.

Sale Mirrina y un tercer gendarme se enfrenta.

MIRRINA.—¿Qué qué? Póngale el dedo, no más póngaselo... luegoito se va a buscar vendas: Se lo juro por la Luna.

COMANDANTE.—¿Qué es esto? ¡El otro alguacil... ¿qué se hizo, dónde anda? De aquí nadie me sale.

LISISTRATA.—Por la diosa de Tauris: acércate, y yo te desmecho enterito de todas partes... te va a costar lamentos.

COMANDANTE. — ¡Vaya, con un diablo... me dejan solo mis gendar-

mes...! Y, ¿qué hacer con estas malvadas? Vamos, gente de Escitia... vamos juntos en banda de ataque.

LISISTRATA.—Te las vas a ver negras, por las dos diosas que sí. ¡Cuatro escuadrones hay adentro de mujeres, bien armadas y con ganas de guerra. Ponte con ellas!

COMANDANTE.—¡Atenles a las dos las manos, escitas míos!

Dos gendarmes se disponen a hacerlo.

LISISTRATA.—¡Hora, mis aliadas, mujeres mías: salgan de adentro!: vendedoras de legumbres, placeres, las que andan vendiendo ajos, y semillitas también, y vosotras las panaderas, las criadas de hospedería, ¿no es ahora tiempo? ¡Echense encima de ellos, denles su buena sobada, arránqueles los pelos, díganles mil palabrotas, nada de vergüenza, nada de pudor... a darles duro...!

La columna de mujeres va obrando de acuerdo. Entonces las detiene:

LISISTRATA.—¡Ya estuvo; a descansar... no les quiten nada de lo suyo!

Se vuelven al interior las mujeres y quedan solamente Lisistrata y otras dos.

COMANDANTE.—¡Malditas... qué desastre en mis gentes!

LISISTRATA.—¿Qué te habías pensado? Te estabas creyendo que esta era una legión de esclavas... ¿acaso pensaste que las mujeres no tienen su corajito?

COMANDANTE.—¡Vive Apolo que sí lo tienen, y grandecito... más si están junto a la cantina!

CORIFEO DE LOS ANCIANOS.—Oye-me, mi comandante, estás perdiendo muchas palabras. No hagas caso a esas bestias. ¿No estás viendo el bañito que nos acaban de dar? ¡Vestidos y sin jabón!

CORIFEO DE LAS MUJERES.—Eso no, jefe. ¡Crees tú que no más es poner la mano sobre otro! No, señor. Tóqueme y le saco un ojo. Yo no pido ni quiero nada: estarme en mi casita encerrada como virgencita y no meterme con nadie, ni una pajita consiento. Pero... ¡eso sí... que no me toquen: tóquenme el pellejo y me vuelvo avispa!

CORIFEO DE ANCIANOS. — ¡Zeus!, ¿qué haremos, Zeus, con estos animales? No es posible ya sufrir. Averigua qué pretenden, por qué han ocupado el fortín de la ciudad, esa fortaleza de Cranao, en roca sin mella, y tan inaccesible siempre, lugar sagrado además.

Pregunta, indaga, interroga y nada dejes sin aclarar. Vergonzoso fuera que nos desentendiéramos de este grave asunto.

El comandante se dirige a las tres mujeres.

COMANDANTE.—Vamos, por Zeus, como principio de cuentas estoy deseando saber y por lo mismo preguntar qué es lo que pretenden cuando han ocupado la fortaleza y aun puesto sus barricadas.

LISISTRATA.—Cuidar de la plata y estorbar que hagan ustedes la guerra.

COMANDANTE.—¿Con que por el dinero hacemos la guerra, no?

LISISTRATA.—Sí, y todos los alborotos que nos hacen. Pisandro y sus colegas no tienen otra mira cuando buscan cargos públicos. ¡Claro, a río revuelto...! Pero ahora no se va a poder: que hagan lo que se les antoje, pero de aquí no sacan ni un miserable dracma.

COMANDANTE.—¡Pero qué pretendes hacer...?

LISISTRATA.—¿Y todavía me lo preguntas? ¡Lo administramos nosotras y ya!

COMANDANTE. — ¡Administrar el dinero ustedes!

LISISTRATA.—¿Te parece extraño? ¡No somos nosotras las que adminis-

tramos los bienes de la casa en su favor?

COMANDANTE.—No es lo mismo.

LISISTRATA.—¿Por qué no va a ser lo mismo?

COMANDANTE.—¡Con ese dinero tiene que hacerse la guerra!

LISISTRATA.—Primero que todo, ¿por qué ha de haber guerra?

COMANDANTE.—¿Y cómo estaríamos seguros, si no? ¿cómo nos defendemos?

LISISTRATA.—Nosotras los defendemos.

COMANDANTE.—¡Ustedes!

LISISTRATA.—Nosotras mero.

COMANDANTE.—Eso es insoportable.

LISISTRATA. — Estarás defendido, quieras o no.

COMANDANTE. — ¡Estás diciendo barbaridades!

LISISTRATA.—¿Te da grima, no? De todos modos, lo tenemos que hacer.

COMANDANTE.—¡Por Démeter...! ¿con qué derecho?

LISISTRATA.—Salvar tu vida, mi amigo.

COMANDANTE.—¿Y si no se me antoja?

LISISTRATA.—Entonces, con más ganas.

COMANDANTE.—¿De dónde diablos les vino la mala idea de meterse en cosas de guerra y paz?

LISISTRATA.—Vamos a explicarlo.

COMANDANTE.—Pero prontito, si no tienes que chillar...

LISISTRATA.—Oigame, joven, pero con manitas quietas.

COMANDANTE.—Es que no puedo... es que me está quemando el enojo.

LISISTRATA.—Pues a ver si te cuelas, y el que chille serás tú.

COMANDANTE.—¡Vieja infeliz... sobre ti venga... pero habla, habla...!

LISISTRATA.—Es lo que voy a hacer. En la primera etapa de la guerra aguantamos como pudimos, calladitas y sufridas como somos. Ustedes los hombres habla y habla,

proyecta y proyecta, y nosotras calladas. Y tanta necedad que hacían y decían ustedes. Pero nosotras con una sonrisita nos conformábamos. Allí decía una de cuando en cuando: ¿Qué ha pasado, cuál fue la resolución sobre la guerra? —Qué te importa, nos decía el marido. Y, ¡chitón!

CLEONICE.—Eso tú: yo nunca me callaba.

COMANDANTE.—¡Cómo te hubiera ido si no hubieras callado!

LISISTRATA.—Pues yo sí que quedaba calladita. Pero al rato volvía yo a la carga: en otra ocasión habían tomado una resolución necia. Yo pregunté: Oyeme mi marido: ¿todavía siguen ustedes resolviendo desaciertos?

El me barrió con la mirada y me dijo retumbante: Tú teje tu tela y no más: de otra manera vas a llevar tus buenos dolores de cabeza. La guerra es cosa de hombres.

COMANDANTE. — ¡Cuán derechamente dijo él eso; por Zeus que sí!

LISISTRATA.—¿Cómo derechamente, demonio? ¡Si toman ustedes resoluciones perniciosas, no vamos a tener licencia de sugerirles otras soluciones? Cuando públicamente oímos por esas calles decir: ¿Ya no hay un hombre en esta tierra? y a otros responderles: ¡Por dios que no!, es cuando tomamos el acuerdo de reunirnos nosotras y salvar a Grecia. ¿Para qué más demoras? Por consiguiente, si quieren ustedes callarse la boquita y atender a nuestros consejos, como lo hacíamos nosotras antes, claro que los enderezaremos.

COMANDANTE.—¡Ustedes a nosotros! ¡Esto es el colmo: quién ha de oír lo que estás diciendo!

LISISTRATA.—Cállate...

COMANDANTE.—¿Me voy a callar no más porque tú lo quieres, maldita? ¡Tan enrebozada y mandando! ¡Me muero luego!

LISISTRATA.—¿Lo del velo te choca? ¡Anda, que lo tome éste y te lo dé y te lo rodeas bien en la cabeza. Pero te callas!

CLEONICE.—Vete a tejer la lana: aquí tienes esta canastilla. Luego arréglate bien los pliegues de tu banda y a tejer, a hilar lana, chupando habas. Hoy la guerra les toca a las mujeres.

CORIFE0 DE MUJERES.—¡Señoras, por favor, dejen a un lado sus cántaros, también nosotras queremos ayudar a nuestras amigas!

SEMICORO DE MUJERES.—¿Yo dejar mi bailecito? ¡Jamás, jamás! Por mucho que me fatigue, no me flaquean las rodillas. Aquí estoy y a eso vengo: a ayudar a mis amigas. Son valientes, son graciosas, tienen cuerpo, tienen seso, y osadas hasta el peligro y bien juiciosas en su amor a la ciudad.

CORIFE0 DE MUJERES.—¡Ya, valiente varonil entre todos los nacidos, ve delante, ve delante: somos ortigas que azotan: adelante sin flaquear! Caminamos viento en popa.

LISISTRATA.—Si el dulce Eros y Afrodita filtran en nuestros senos y en nuestras caderas un atractivo ardor y ellos, sin sus caricias, andan con bastones duros por delante, segura estoy que nos han de llamar justamente los griegos: las que acaban con la guerra.

COMANDANTE.—¿Qué harán con eso?

LISISTRATA.—Primerito que no anden por el mercado con sus armas fantaseando y que se les quite lo loco.

CLEONICE.—¡Por la Pafia Afrodita que sí!

LISISTRATA.—Que ahora los vemos entre las ollas y las verduras, con tamañas armas, como si fueran borrachines furiosos.

COMANDANTE.—¡Por Zeus, como que ese es el don de los machos!

LISISTRATA.—Y también muy cosa de risa ver a un hombre con su escudo y en él la fiera de la Gorgona, y comprando sus pescaditos.

CLEONICE. — ¡Juro que sí, por Zeus!: vo misma vi el otro día a un jefe de escuadrón, con tamaña melena, bien montado en su caballo y estaba echando en su casco de bron-

ce una masa de legumbres que le acababa de comprar a una vejezuela. Y vi a otro, que parecía un Tereo rey de su tierra Tracia blandiendo su jabalina y su broquel al brazo, que se tragaba los más maduros higos que había arrebatado a una vendedora.

COMANDANTE.—¿Pero, en qué forma podrían ustedes desatar la enmarañada madeja de problemas que abruma a esta tierra?

LISISTRATA.—Es lo más fácil.

COMANDANTE.—Pero, ¿cómo?; dímelo.

LISISTRATA.—Mira, cuando estamos hilando, si se nos enreda la madeja, la sacamos del huso, jalando para acá y para allá. Si nos dejan, eso mismo haremos aquí para arreglar esta guerra, despachando embajadores a uno y a otro lado.

COMANDANTE. — ¡Vaya tontera! ¿De modo que los problemas públicos van a desenredarse como si fueran hilos de lana en husos?

LISISTRATA.—Sí, y si fueran un poco discretos ustedes, en nuestra manera de tratar nuestras lanas aprenderían a solucionar las cosas políticas.

COMANDANTE.—Pero, ¿cómo?; ¡Házmelo ver!

LISISTRATA. — Primeramente era preciso que, así como nosotras lavamos y purificamos antes la lana para quitarle suciedades e inmundicias (y eso lo hacemos tundiendo con garrotes), así tendrían que hacer en los asuntos de la ciudad, echando de ella a los malvados y perniciosos a palos.

Y a esos que se enredan y enmarañan para llegar a los puestos públicos, hacer lo que nosotras con los hilos: con el peine y cepillo de cardar separarlos y cortarles las cabezas, uno por uno para que no lo sientan muchos. Ahora sí: en un canastillo se junta toda la gente para el bien general: no sólo los ciudadanos, sino también los refugiados residentes y los extranjeros que andan de paso, con tal de que sean

nuestros amigos, y además también a los que tienen deudas con la ciudad. Ya todos juntos, cardarlos sin compasión.

Y juro por Zeus también: a ciudades que están pobladas por gente que salió de aquí tener en cuenta que para nosotros tienen que ser como copos de lana que rodaron por tierra; se le saca un hilo a cada uno esté por el lado que esté, y se liga con el centro para formar una sola madeja. ¡Qué gran ovillo de lana resultará, y ya con ella hacerle un buen manto al pueblo!

COMANDANTE.—¡Conque usar tundidores, conque hacer un solo ovillo de todos, esos mismos que en lo más mínimo han tenido parte en la guerra!

LISISTRATA.—Pero, grandísimo pillo, ¡nosotras soportamos mayores penas y dobles! ¡Primero parimos hijos y luego los despachamos a la tropa!

COMANDANTE. — ¡Cállate, no recuerdes cosas tristes!

LISISTRATA.—¡Vaya: cuando era tiempo de saborear el placer y disfrutar de nuestra florida juventud... tenemos que dormir solitas, no más por esas expediciones militares! Bueno, siquiera nosotras, ya está bien. Y, ¿las muchachas? Se van secando de viejas solitarias en sus camitas. ¡Por ellas lo siento!

COMANDANTE.—¿Qué no también los hombres se hacen viejos?

LISISTRATA.—¡No es lo mismo, por Zeus! Regresa un hombre, aunque ya traiga la cabeza cana; en dos por tres se casa con una muchacha. Y el tiempo de la mujer es corto: si no lo aprovecha a su sazón, ¿quién quiere casarse con ella? Se consuela la infeliz con estar consultando los agüeros,

COMANDANTE.—Pero todo aquel que aún puede pararse...

LISISTRATA. — ¡Huhu...! ¿tú? ¿Qué tardas en morirte? Ya es tiempo: cómprate tu ataúd. Yo te amo tu pastel de muertos. Anda, toma: hazte tu corona fúnebre...

Le arroja unos trapos.

CLEONICE.—Y yo por mí, ahí te van esos listones.

Los arroja.

MIRRINA.—Y ahí te va tu coronita...

Le echa en la cabeza un puñado de polvo.

LISISTRATA.—¿Qué más te falta? ¿Qué quieres? Ya estás en la barca, ya te está llamando Caronte: no más por ti no emprende el viaje...

Sacudiendo el polvo y limpiándose la ropa el Comandante se acerca más, en tanto que ellas retroceden.

COMANDANTE.—¡Malhaya... por qué he de sufrir tales desvergüenzas... ahora mismo me voy a presentar a los señores del gobierno en estas mismas fachas!

LISISTRATA.—¿Te vas a quejar de que no te hemos tendido todavía? Pues el tercer día iremos tempranito a dejarte en el sepulcro tus ofrendas... no te apures.

Se van las tres mujeres.

CORIFEO DE LOS HOMBRES: ESTROFA.—Todo hombre que libre sea no conviene que se duerma. Vamos, en preparación, hombres, delante de este asunto.

CORO DE HOMBRES.—Estoy oliendo un peligro y de hechos más temerosos que la tiranía de Hipias. ¿No vendrían lacedemonios a ligarse con Clístenes? Y éstos han de ser los que con tanta maña han soliviantado a éstas: ¡que los dioses las confundan! Vienen a buscar el dinero y el salario de que vivo.

CORIFEO DE HOMBRES.—Es una ofensa espantosa para los ciudadanos que estas mujeres se pongan a tratar de escudos y de cascos de bronce y dar consejos y coligarse con

lacedemonios. ¡Fiarse uno de ellas: mejor de un lobo hambriento!

Señores, me parece que todo esto es una pura treta para implantar la tiranía de nuevo. Pero lo que es a mí, no. Ya tomaré mis medidas y con una rama de mirto en mi espada, estaré en armas en mitad de la plaza al lado de Aristogitón. Y estaré en este modo: con él en alto. Viejo estoy pero me arde la sangre para darle un buen mojicón a ese esperpento de vieja, en la mera quijada.

CORIFEO DE LAS MUJERES: ANTISTROFA.—Cuando a tu casa retournes, no te va a conocer tu madre.

Vamos, amadas viejas, dejen los mantos en el suelo.

CORO DE MUJERES.—Todos vosotros, ciudadanos, que vamos a dar principio a una perorata provechosa a la ciudad. La cosa es bien conveniente, como que ella me crió y nutrió; en fausto y placeres. A la edad de los siete años había ya sido yo escogida para bordar el peplo de Atena. Es decir, ya era yo *arréfora*. A los diez, molía yo la cebada para el altar de la diosa. Luego, muy revestida con túnica azafrañada, hice el papel de Osa en las Brauronias de Artemis. Ya muchacha bien formada y lista al matrimonio, me hicieron *canéfora* para portar los cestos de ofrendas, con mi collar de higos en la garganta.

CORIFEO DE MUJERES.—Entonces, ¿por qué no dar consejos a la ciudad? Qué importa que naciera hembra: puedo bien dar consejos a la ciudad: ¿no pago acaso mi tributo? ¡Mil tributos son los hijos varones! ¡No tenéis derecho vosotros, viejos caducos: lo que habéis hecho es gastar los fondos del tesoro que venían desde el tiempo de las guerras Médicas! Eso dais en lugar de tributos y todos estamos en la orilla de la ruina por vuestra causa.

¿Qué me responden? ¡Anden! Si llegas a agotar mi paciencia y me enfureces te estampo este coturno en la cara... y mira que es pesadito.

CORO DE LOS HOMBRES: ESTRO-

FA.—¡Hasta ese extremo! ¡Qué altanería, qué exceso! La cosa se pone mala. Peor y peor. Todo hombre que sea entero tiene que contrarrestarla. ¡Vamos, abajo las túnicas; el que es macho, que huela a macho! ¿Para qué estar hechos un fardo por lo envueltos?

¡Vamos, por delante, con pies desnudos, los que a Lipsidrio fuimos cuando éramos algo! ¡Ahora es cuando, ahora es cuando hay que rejuvenecer y adquirir alas para este viejo cuerpo y echar fuera de él esta pesada vejez!

CORIFEO DE HOMBRES.—¡Por porquito que cedamos, estas viejas revoltosas nos cogerán con tenazas! ¿Quieren naves? Harán naves, y se irán a dar la guerra por los mares, y nos darán batalla, cual si fueran Artemis. ¿Quieren caballos? ¡Fuera nuestros jinetes! ¡Ellas quedarán arriba! ¡Con lo que les gusta cabalgar, y no se caen del caballo por mucho que les respingue, aunque vayan al galope!

¡Miren a las Amazonas que Micón pintó a caballo en combate con los hombres! ¡Vamos a meterles mejor los pescuezos en el cepo!

CORO DE MUJERES: ANTISTROFA. Si me cansas la paciencia, te juro por las dos diosas, que voy a soltar las riendas de la cólera que tengo. Tal bañada te daré que habrás de pedir socorro a los hombres de tu barrio.

¡Anden pues también, mujeres: ya quítense los vestidos y que estos gallardos sepan a qué huele una mujer enojada!

Y no se me acerque nadie, que si alguno llega a mí, tenga por cierto que ya nunca podrá mascar ajos, ni mosdisquear habas negras. Y calma, que si no, hago lo que hizo el escarabajo con los huevos del águila.

CORIFEO DE MUJERES.—Aunque a mí nada me importa, si a mi lado está Lampito y más mi querida amiga la noble Ismena tebana.

¡No me hará fuerza ni aunque des siete decretos, tú, malvado, a quien ninguno de los vecinos aguan-

ta! Mira no más: ayer mismo yo celebraba una fiesta a Hécate y quise traer para mis muchachos una preciosa amigueta buena y amable, una anguila de Beocia. . . ¡pues no, señor, no se pudo por tus dichosos decretos. . .! Y así le van a seguir, hasta que haya un atrevido que los agarre de una pierna y los eche por el precipicio para que se les rompa el pescuezo.

Sale de la fortaleza Lisistrata. Sigue:

“Reina que riges acciones y planes

¿por qué esa cara de sombra y vinagre?

ahora que sales de los altos muros?” (*Cita burlesca de Eurípides.*)

LISISTRATA.—¡Es la obra, es la femenina inconsistencia de las mujeres lo que ahora me abruma!

CORIFEO.—¿Qué dices? ¿qué dices?

LISISTRATA.—¡Lo cierto, lo cierto!

CORIFEO.—Qué hay de terrible, dilo a tus amigas.

LISISTRATA.—“Vergonzoso es decirlo, y difícil callarlo.” (*Cita burlesca de Eurípides.*)

CORIFEO.—No calles, por favor, el mal que nos espera.

LISISTRATA.—En dos palabras: estamos cachondas.

CORIFEO.—¡Por Zeus!

LISISTRATA.—¿A qué invocar a Zeus? Eso es y así andan las cosas. Ya no puedo retenerlas: se me están escapando por hambre de sus maridos. Acabo de sorprender a una que horadaba el muro de cerca de la gruta de Pan para fugarse; otra, que mediante una garrucha se echaba del muro abajo; otra, que se pasaba al frente contrario; otra que apretaba un pájaro, a ver si volando la llevaba a casa del lenón Orsíloco, hasta que la agarré de las mechas. No hay pretexto que no pongan para largarse a su casa. Mira, aquí viene una. (*A ella*): ¡Epa, tú! ¿a dónde corres?

MUJER PRIMERA APARECE.—Quie-

ro ir a mi casa. Tengo allá lana de Mileto y se la está comiendo la polla...

LISISTRATA.—¿Por gusanitos? ¡No señora!, ¿no se mete de nuevo?

MUJER 1.—¡Por las dos diosas que volveré pronto: no más necesito el tiempo para tender una cama...!

LISISTRATA.—No la tienda y cuidado con volver a salir por aquí.

MUJER 1.—Pero... mi lana... se pierde...

LISISTRATA.—¡Que se pierda!

Sale la mujer segunda.

MUJER SEGUNDA. — ¡Ay, infeliz, infeliz de mí, que dejé en casa el lino sin macerar!

LISISTRATA.—¿Ves? Aquí está otra que quiere ir a macerar el lino... ¡Métase!

MUJER 2.—Por el dios que porta el día, te juro que vuelvo pronto, no más que haga yo el manojo...

LISISTRATA.—¡Que no, aunque no manojees, que si te dejas, lo mismo pedirán otras!

Sale la mujer tercera.

MUJER TERCERA.—¡Ay, Ilicia sagrada, retarda mi parto, y deja que llegue siquiera a un lugar profano!

LISISTRATA.—¿Qué tonterías dices?

MUJER 3.—¡Que estoy para dar a luz!

LISISTRATA.—Pero si ayer no estabas encinta...

MUJER 3.—Pero ahora sí que lo estoy. Déjame ir, Lisistrata, deja que vaya a mi casa a buscar a la partera, lo más pronto posible.

LISISTRATA.—¿Qué cosas estás diciendo? ¡A ver! (*Le palpa el vientre.*) ¿Qué cosa tan dura tienes?

MUJER 3.—¡Es un varoncito!

LISISTRATA.—¡Por Afrodita que no! Es tan duro como el bronce, y además suena hueco. Yo me voy a convencer. (*Le alza la capa.*) ¡Ahá, te llevas el mismo casco de la diosa y dices que estás encinta!

MUJER 3.—¡Por Zeus que sí lo estoy!

LISISTRATA. — Y entonces, ¿para qué llevas eso?

MUJER 3.—Si en esta ciudadela me acomete el dolor del parto, me meteré en el casco para dar a luz, como hacen las palomas.

LISISTRATA.—¿Qué necedad dices? ¡Estás poniendo pretextos! Vamos a esperar la hora para hacer el rito purificadorio con el casco.

MUJER 3.—Es que ni plegar los ojos puedo por la noche de puro miedo, desde que vi la serpiente que guarda este lugar.

Sale la mujer cuarta.

MUJER CUARTA. — ¡Ay, ay de mí... infeliz que me muero de insomnios, porque las lechuzas no me dejan dormir con su perpetuo craucrauh...!

LISISTRATA. — ¡Malvadas, acabad de decir necedades. Están ansiosas de sus maridos, y ¿creen que ellos no están que arden en deseo de nosotras? ¡Bien lo comprendo que están pasando unas noches insoporables!

Pero, buenas y valientes amigas, favor de aguantar un poco. Un grato oráculo nos ha prometido la victoria. Es de este modo:

MUJER 3.—Dilo, dilo, ¿qué nos dice?

LISISTRATA. — Calladitas entonces.

Se pone a leer:

“Cuando las golondrinas se refugian en un sitio y huyan de los pájaros y dejen de bombear, será cuando los males cesen y lo de abajo encima Zeus tonante pondrá.”

MUJER 3. — ¿Estaremos encima nosotras?

LISISTRATA.—“Pero si se dividen y huyen de su lugar.

del templo sacro levantado el vuelo,

entonces los pájaros en ardor no tendrán nada igual.”

MUJER 3.—¡Sapientísimo y claro es el oráculo, por Zeus y por los dioses todos!

LISISTRATA.—Vamos a sufrir mucho, pero hay que resistir. Y ahora dentro todas. ¡Qué vergüenza, mis amigas queridas, si faltamos al oráculo!

Se meten todas al fortín.

CORO DE HOMBRES: ESTROFA. — Voy a contarles un cuento, que desde niño escuché:

Hubo un joven de nombre Negrete, que adversario a toda boda, a tierra desierta huyó.

En las montañas vivía y andaba cazando liebres con las redes que él ponía.

Y jamás volvió a su casa, por el odio y el horror que a las mujeres tenía.

Si él aborrecía a las hembras, nosotros no somos menos, ni tenemos mayor discreción que aquel famoso Negrete.

UNO DE LOS VIEJOS.—¡Ay viejita, yo quisiera darte un beso...

MUJER.—¡Llorarás, y sin cebollas!

VIEJO.—Alzar la pierna y darte con el pie...

MUJER.—Peludo, cuerpo de chivo.

VIEJO.—Mirónides era como chivo, y aun las nalgas tenía negras, y saltó sobre el enemigo, lo mismo que Formión.

CORO DE MUJERES: ANTISTROFA. También yo diré mi cuento contra el mito de Negrete:

Hubo allá un tal Timón, que ni dónde vivir tenía.

Ese a nadie toleraba y con nadie hablar quería. Era un erizo por su genio, un verdadero hijo de las Erinas.

Y también Timón huyó por aborrecer a los hombres y antes de irse, los llenó de cuanto maldición pudo.

Era un perpetuo enemigo de los hombres

y amigo de las mujeres.

MUJER.—¡A que te doy un soplamocos!

VIEJO.—No, no que me das miedo...

MUJER. — ¡Que te alumbro un puntapié!

VIEJO.—Enseñarás el fundamento.

MUJER.—Nada feo verás en él, por vieja que sea yo ya, aunque me nacen los vellos, con lámpara los depilo.

Sale Lisistrata.

LISISTRATA.—¡Hola, hola, mujeres... vengan, vengan, pero aprisa...!

Se acerca y salen otras.

MUJER.—¿Qué pasa? Dime, ¿qué son esos gritos?

LISISTRATA.—Un hombre, veo venir a un hombre, que ya no se aguanta encendido en el fuego de Afrodita. ¡Reina sagrada que reinas en Chipre, en Pafos y en Citera, sigue la marcha, sigue el camino, no te desvíes!

MUJER.—¿Dónde viene? ¿Quién es? Sea quien fuere.

LISISTRATA.—Junto del templo de Cloe.

MUJER.—Sí que es un hombre, por Zeus, ¿quién diablos es?

LISISTRATA.—Vean, ¿lo conoce alguna?

MIRRINA.—Por Zeus que lo conozco: claro, si es mi marido. Es Cinesias.

LISISTRATA. — ¡Ahora es cuando: haz lo que debes! Ponle todos los excitantes posibles, dale su coba, que lo quieres, que lo desees, pero no más hasta la orilla... sin llegar al fin... ¡acuérdate de la copa... aquella sobre la cual juraste!

MIRRINA.—Queda tranquila: ya lo verás.

LISISTRATA.—Yo me quedo y yo te ayudo. Vamos a hacerlo sufrir, lo vamos a tostar un poquito. Ustedes, señoras, adentro.

Se van las otras mujeres; quedan solamente Lisistrata y Mirrina. Entra Cinesias con un esclavo que lleva un niño en brazos.

CINESIAS.—¡Ay, infeliz, qué rigidez y qué movimientos... como si me tuviera en una tortura! ¡No puedo más!

LISISTRATA.—¿Quién es ése que ha pasado las guardias?

CINESIAS.—Yo.

LISISTRATA.—¿Un hombre?

CINESIAS.—¡Un hombre, claro!

LISISTRATA.—¿Me hace favor de largarse al momento?

CINESIAS.—¿Quién eres tú para coherme?

LISISTRATA.—Soy un centinela de guardia hoy.

CINESIAS.—Por los dioses, llámame a Mirrina.

LISISTRATA.—¡Vaya, llamar a Mirrina! Pero ¿quién eres tú?

CINESIAS.—Eso soy yo, Cinesias, de la tribu de Peón.

LISISTRATA.—¡Bienvenido, precioso! No es sin gloria tu nombre entre nosotras. Nada desconocido. No se le cae de la boca a tu mujer. Si coge un huevo, si coge una manzana, al momento dice: Que sea para Cinesias.

CINESIAS.—Por los dioses...

LISISTRATA.—Sí, señor, por Afrodita... basta que se chiste una palabra acerca de hombres, al instante dice tu mujer: ¿Como Cinesias? ¡Hu-hu! ¡Nada vale quien sea!

CINESIAS.—Anda, ve a llamármela ahora.

LISISTRATA.—¿Qué pue? ¿Me vas a dar algo?

CINESIAS.—Por Zeus, si tú lo quieres. Lo que yo tengo aquí, eso te lo doy.

LISISTRATA.—Espérate, voy a bajar a llamarla.

Se va Lisistrata.

CINESIAS.—Pero prontito ahora. Ya nada grato hallo en mi vida, desde que ella salió de la casa. Siento

angustia al entrar. Todo me parece yermo y desolado. Ni sabor le hallo a lo que como. Y siempre estoy con una dura estaca enfrente.

MIRRINA. (*Hablando con Lisistrata.*)—Lo quiero, lo quiero, pero él no me corresponde. No me llesves con él.

CINESIAS. — Mirrinita, dulcísima mía... ¿por qué haces eso? Ven acá.

MIRRINA.—Por Zeus que ni lo esperes.

CINESIAS.—¿Cuando te llamo no bajarás, Mirrina?

MIRRINA.—No hay ninguna necesidad de que me llames para afuera.

CINESIAS.—¡Que no hay necesidad!... ¡si me estoy deshaciendo de ella!

MIRRINA.—Ya me voy.

CINESIAS.—¡No Mirrina, siquiera por el niño. (*Al chico*): Háblale a tu mamá.

NIÑO.—Mamá, mamá, mamá.

CINESIAS.—¿Qué te está pasando?, ¿ni del chiquito tienes compasión? ¡Hace ya seis días que no hay quien lo lave y está mugroso.

MIRRINA.—¡Claro que me da lástima, pero tiene un padre tan descuidado!

CINESIAS. — Baja, demonio, ven hacia el niño.

MIRRINA.—¡Lo que es ser madre! Bajaré, ¿qué otra cosa?

Llega Mirrina.

CINESIAS. (*A solas.*)—¡Qué preciosa está! Se ha rejuvenecido, y ¡qué mirada! ¡Esos arremuecos contra mí son sólo para calentarme más, ahora que me estoy quemando!

MIRRINA. (*Tomando al niño en brazos*):—¡Dulcísimo niño, miel para tu madre; ven que yo te bese, hijo de mal padre!

CINESIAS.—¡Malvada!, ¿por qué obras así? ¿por qué haces caso de estas perversas mujeres? ¡Sufro yo y sufres tú!

MIRRINA. — No me acerque la mano.

CINESIAS.—¿Y la casa, lo tuyo y lo mío? ¿Que se pierda?

MIRRINA.—¡Y a mí qué!

CINESIAS.—¿Ni que las gallinas desgarran tus telas?

MIRRINA.—¡Por Zeus que no!

CINESIAS.—Y los sagrados ritos de Afrodita... ha tanto tiempo que no los practicas. ¿No volverás a casa?

MIRRINA.—¿Yo? ¡No por Zeus..., a no ser que se acabe con la guerra!

CINESIAS.—¡Bueno... así lo quieren... se hará!

MIRRINA.—¡Bueno, allá iré, pero si no lo hacen, no. Así lo juré!

CINESIAS.—¡Siquiera... acuéstate conmigo... hace ya tanto tiempo...

MIRRINA.—¡Eso si que no! Y eso que te estoy deseando...

CINESIAS.—¡Lo deseas!, ¿por qué no estás ya acostada, Mirrinita?

MIRRINA.—¡Te estás burlando!, ¿delante del chiquito?

CINESIAS.—¡No, por Zeus! (*Al esclavo*): Manes, lévalo a casa. Ves, ahora ya no hay niño. Nada te estorba, ¿te acuestas o no?

MIRRINA.—Infeliz, pero, ¿en dónde?

CINESIAS.—¿Dónde? Está bueno en la cueva de Pan.

MIRRINA.—Y, ¿cómo regresar para a la ciudadela?

CINESIAS.—Muy bien, creo yo. Lávate en la Clepsidra.

MIRRINA.—¿Y mi juramento? ¿No ves que juré? ¿Voy a quebrantarlo, malvado?

CINESIAS.—¡Venga el mal contra mí. No te preocupes por eso!

MIRRINA.—Un momento. Voy por un colchoncito.

CINESIAS.—¡No: con el suelo basta!

MIRRINA.—No, por Apolo, eres un malvado, pero no te voy a acostar en el suelo.

CINESIAS.—¡Esta mujer me quiere, a la vista está claro!

MIRRINA. (*Con un tapiz para el suelo.*)—Anda, ya está aquí, acuéstate, voy a desvestirme... ¡Ah, pero hace falta una estera!

CINESIAS.—¿Estera? ¿para qué estera? ¡Para mí no!

MIRRINA.—No, por Artemis... ¡qué vergüenza, en el vivo suelo!

CINESIAS.—Déjame besarte.

MIRRINA. Vaya. (*Se va.*)

CINESIAS. — ¡Ay, ay... regresa pronto!

MIRRINA. (*Regresa con una estera.*)—Ya está aquí la estera. Acuéstate, me voy a desvestir. (*El se tiende y ella de repente*)... ¡Ah, pero si no tienes almohada!

CINESIAS.—Pero no la necesito...

MIRRINA.—No, no, por Zeus... pero yo...

CINESIAS. — ¡Ay, pero este pichón... parece que lo alimenta Heraclés!

MIRRINA. (*Con la almohada.*)—¡Párate... un brinco... ya está todo!

CINESIAS.—Todo al fin, tesoro mío, ven para acá...

MIRRINA.—Voy a quitarme el brasier... pero no se te olvide: ¡los arreglos de la paz!

CINESIAS.—¡No, por Zeus. Pero ya... que me muero!

MIRRINA.—¡Ay, qué tonta... si no tienes cobija...!

CINESIAS.—Ni me hace falta... lo que quiero es otra cosa.

MIRRINA.—¡Calma, ya la vas a tener... pero... pronto regreso! (*Se va.*)

CINESIAS.—¡Esta me mata con sus cobijas!

MIRRINA. (*De vuelta.*)—Pero párate...

CINESIAS.—¿Más? ¿No ves cómo estoy ya?

MIRRINA.—¿Quieres que te perfume?

CINESIAS.—¡Por Apolo, a mí no!

MIRRINA.—¡Por Afrodita, sí, que quieras, que no quieras!

CINESIAS.—¡Que se derrame ese perfume, poderoso Zeus!

MIRRINA. (*Con un pomo en la mano.*)—Daca la mano, ten y frótate bien.

CINESIAS.—Nada agradable es este perfume, por Apolo, tal vez sirva

para retardar y nada de noche de bodas que huela.

MIRRINA.—¡Ay, qué tonta, si traje bálsamo de Rodas... uno por otro!

CINESIAS.—Deja, deja, ya demonio... ya... ya.

MIRRINA.—Puede que otro te guste. (*Se va.*)

CINESIAS.—¡Maldito sea el primero que destiló perfumes!

MIRRINA. (*De regreso.*)—A ver este otro frasco.

CINESIAS. — Yo tengo otro mejor... ya nada traigas... acuéstate.

MIRRINA.—Es lo que voy a hacer. Me estoy quitando las sandalias. Ah, pero, amor mío, tienes que votar en favor de la paz.

Se va de la escena.

CINESIAS.—Lo voy a pensar. ¡Ay, qué tormento...! Mujer infame: me mata con sus mañas... Me ha dejado a punto, ya todo desnudo y se ha largado, y con todo ya en su punto.

Y ¿qué hago ahora? ¿Con quién me satisfago? ¡La más bella de todas las mujeres me ha defraudado...! Y ahora qué le daré a este niño para que se calme?

¿Dónde está Perro-Lobo que me facilite siquiera a la nodriza?

CORIFE0 DE LOS HOMBRES.—¡Ay, infeliz, te agotas la vida engañado como quedas! ¡Te comprendo y compadezco! No hay riñones que resistan, no hay alma que lo soporte, no hay huesitos que lo aguanten! Ningún lomo, ninguna cola de enfrente puede pasar por todo eso: le falta su masaje matinal.

CINESIAS.—¿Zeus, qué espasmos, qué contorsión!

CORIFE0. — ¡Sólo a eso vino la malvada, esa perdida, esa traidora!

CINESIAS.—¡No, por Zeus, no: es la más dulce y la más amada!

CORIFE0.—¿Dulce dijiste? ¡Pícaro, pícaro! ¡Quiera Zeus que cual paja se levante al impulso del viento y que, tras revolotear por los aires,

venga a clavarse en la estaca que la espera con ardor!

Llega un Heraldo de Lacedemonia. Viene rijoso, como se advierte a través de su manto.

HERALDO.—¿Dónde está el senado? ¿Dónde son los Pritáneos? ¡Noticias traigo!

UN PRITÁNEO.—Eres tú, hombre, ¿eres hombre o eres Príapo?

HERALDO.—Heraldo, soy, oh joven, y por los dos dioses, vengo de Esparta a brindar paz.

PRITÁNEO.—¿Pero qué traes abajo? ¿Una lanza escondida bajo el manto?

HERALDO.—No, por Zeus, no.

PRITÁNEO.—¿A dónde te revuelves? ¿Te roza la túnica? ¿tienes algún tumorcito en salva sea la parte? ¡Todo eso te causa el viaje!

HERALDO.—¡Por Cástor, chiflado, está éste!

PRITÁNEO. (*Le hace a un lado el manto.*)—¡Mira no más: está en guardia y muy dura!

HERALDO.—Por Zeus que no, y no estás diciendo necedades.

PRITÁNEO.—¿Qué tienes, pues allí?

HERALDO.—Un bastón curvo de los que usamos en Laconia.

PRITÁNEO.—Yo, sin ser lacedemonio, también tengo mi bastón: mira. Vamos, a otra cosa: Dime la verdad, que yo estoy al tanto de todo. ¿Cómo van las cosas por Lacedemonia?

HERALDO.—Estamos en vilo y no sólo nosotros, sino también nuestros aliados. Estamos necesitando dónde vaciar.

PRITÁNEO.—¿Y eso de dónde se origina? ¿Acaso es fechoría de Pan?

HERALDO.—No, la causa de todo es Lampito. Y después todas las mujeres se han confabulado: como correos que parten del mismo punto, así todas las espartanas se niegan a sus maridos.

PRITÁNEO.—¿Y vosotros, qué tal?

HERALDO. — Amolados. Andamos alicaídos y cabizbajos, como si fué-

ramos portando una linterna pesada. Las mujeres no se dejan tocar el mirto, hasta que no hayamos hecho la paz con toda Grecia.

PRITÁNEO.—Bien lo he comprendido: se han confabulado las mujeres de todas partes. Anda, pues, de prisa, ve y di que nos envíen embajadores provistos de toda clase de facultades. Ya en el Consejo hablaré yo para que se nombren otros tantos de acá. No más con que miren cómo estoy por cierto rumbo quedarán convencidos.

HERALDO.—Volando voy. No hay cosa mejor que lo que has dicho.

Salen por la izquierda el heraldo y por la derecha el magistrado o pritáneo.

CORIFEO DE HOMBRES.—¡No hay fiera más indomable que la mujer, tampoco el fuego la supera! ¡No hay un leopardo más desvergonzado que ella!

CORIFEO DE MUJERES.—Bien sabido te lo tienes, ¿por qué entonces me combates, malvado, si te es más útil tenerme siempre como amiga?

CORIFEO DE HOMBRES. — ¡Jamás cesaré de odiar a las mujeres! (*Cita burlesca de Eurípides.*)

CORIFEO DE MUJERES.—¡Como tú quieras! Pero ahora deja que te cubra: no andes ya desnudo, te ves muy ridículo. Vamos, me acercaré y te pondré la túnica.

Hace como dice.

CORIFEO DE HOMBRES.—No está mal esto, por Zeus, bien hecho. Es que en un acceso de furor me despojé de mi ropa.

CORIFEO DE MUJERES.—Ahora sí pareces hombre, como que ya no eres digno de risa. Y si no fueras tan fantasioso, yo te sacaría del ojo un animalito que tienes allí. Ahora mismo.

CORIFEO DE HOMBRES.—Es lo que me estaba molestando ha rato. Vamos, ahí tienes un anillo: sácame el animal y enséñamelo. ¡Ah, por

Zeus... largo tiempo ha que me muerde el ojo!

CORIFEO DE MUJERES.—No lo mereces por discolor y chocante. Pero lo haré. ¡Caramba, qué grandote... ¡mira no más! Ese mosco ha de ser de Tricoris.

CORIFEO DE HOMBRES.—¡Por Zeus, qué bien me has hecho! Ya tenía rato de estar horadando como quien hace un pozo. Mira, ya que lo sacaste estoy derramando lágrimas a torrentes.

CORIFEO DE MUJERES.—Deja que te limpie yo, por malvado que seas, y después te daré un besito.

CORIFEO DE HOMBRES.—¡No me beses!

CORIFEO DE MUJERES.—Quieras o no, te beso. (*Lo hace.*)

CORIFEO DE HOMBRES.—¡Malhaya...!, siempre tenéis que ser salameras y labiosas. Bien lo dice el proverbio: ¡Ni con esas malditas, ni sin esas malditas!

Bueno. Basta. Hagamos las paces tú y yo. Ni yo haré nada contra vosotras ni vosotras contra nosotros. Vamos a formar una sola compañía y vamos a cantar al unísono.

CORO GENERAL DE AMBOS GRUPOS.
ESTROFA 1.—No nos preparamos a hablar mal de ningún ciudadano, oh señores nuestros. Muy al contrario, queremos de todos hablar muy bien y hacer el bien que podamos. ¡Basta con los infortunios que estamos ahora sufriendo!

Venga a nosotros ahora, ya sea hombre, o sea mujer, quien necesite dinero: daremos dos o tres minas, que adentro hay un buen tesoro y nuestras bolsas traemos.

Y si alguna vez enseña la paz su cara, el que haya tomado en préstamo, nada habrá de devolver, de lo que haya recibido.

ESTROFA.—Tenemos de convidados a unos hombres de Caristos, buenos y bien conformados, y tenemos un buen puré y un lechoncito de leche que acabamos de matar. Lo que vais a saborear será fresco y bien guisado.

Vengan todos, vengan pronto a mi casa, después de tomar su baño, vengan todos con sus hijos. Entren sin estar preguntando a nadie, como si fuera su casa, y de buen empeño a todo... ¡que la puerta está cerrada!

CORIFEO DE HOMBRES.—¡Ah, pero llegan mensajeros! Son ancianos de Esparta. Tan largas sus barbas son que al andar las van pisando, y parece que traen una batea de puercos en las caderas.

Entran los viejos de Esparta con el mensajero.

—Señores de Laconia, ante todo, salve. Luego decid qué tal habéis llegado.

UN VIEJO ESPARTANO.—¿Hay necesidad de gastar muchas palabras? ¡Ya ven en qué estado y situación llegamos...! *(Se alza el manto.)*

CORIFEO DE HOMBRES.—¡Caramba: la cosa se ha puesto muy rígida y la inflamación va en aumento!

ESPARTANO.—¡Sin qué decir! ¿Qué quieres que uno diga? ¡Que se nos dé la paz, sea como fuere y con las condiciones que se pidan!

CORIFEO DE HOMBRES.—Precisamente veo venir a esos habitantes del país. Como si fueran luchadores han dejado las ropas, para que no les roce la barriga y lo que sigue. Este mal debe ser enfermedad atlética.

Llega el magistrado o pritáneo.

PRITÁNEO.—¿Quién puede decirme dónde está Lisistrata? ¡Hombres somos y miren en qué estado nos hallamos! *(Se alza el manto.)*

CORIFEO DE HOMBRES.—¡Enfermedad igual a la de aquellos otros! ¿Verdad que en la madrugada los acomete esa rigidez?

PRITÁNEO.—¿En la madrugada? ¡Por Zeus, estamos a la muerte con ella! ¡Pronto hay que hacer convenios, que si no tendremos que ir a buscar al maricón de Clístenes!

CORIFEO DE HOMBRES.—¡Prudencia! ¡Hay que taparse con el manto, no los vaya a ver el que mutiló las estatuas de Hermes!

PRITÁNEO.—¡Por Zeus que sí: razón te sobra!

ESPARTANO.—¡Por los dos dioses que así debe ser! Cubrámonos con los mantos.

PRITÁNEO.—¡Salve, laconios: qué cosa tan bochornosa estamos padeciendo!

ESPARTANO. *(A los suyos.)*—¡Querido mío, qué tremendo es que nos hayan visto estos hombres con las cosas tan rígidas!

PRITÁNEO.—Vaya, laconios, puntualicemos cosa por cosa: ¿a qué han venido acá?

ESPARTANO.—Venimos a hacer negociaciones de paz, como embajadores.

PRITÁNEO.—Bien dicho está y nosotros otro tanto. ¿Por qué no llamamos a Lisistrata que es la única que puede concertarnos?

ESPARTANO.—¡Por los dioses que sí y es posible también a Lisistrato!

PRITÁNEO.—Pero ya no hay necesidad de llamarla: ella por su motivo, apenas ha oído, cuando ya viene acá.

Sale Lisistrata.

CORIFEO.—¡Salve, la más varonil de las mujeres todas: es la hora en que vas a dar a conocer lo que eres: valiente tímida, buena mala, altiva amable, diestra en tretas. Los primeros de entre los griegos, cautivos de tus gracias, te toman como única autoridad y te hacen el cargo de que arregles nuestros desconciertos y contiendas!

LISISTRATA.—Pues no es difícil la obra. Eso sí, que se escoja a los que tienen toda su potencia y no se anden dando sus gusto propios. Pronto tengo que saberlo. ¿Dónde está el tratado de paz? Quiero decir la Conciliación. Tráeme acá a los lacedemonios por principio de cuentas. Pero no con mano áspera y petu-

lante, ni con zurdas maneras, como lo hacen nuestros hombres. Sino a modo de mujeres, muy suave y tiernamente. Si no te dan la mano, cógelos de lo que les cuelga.

Luego me traes a los atenienses y cógelos por donde les guste.

Llegan los de Esparta: A ellos:

Mis señores de Laconia, párense cerca de mí. Y por acá también párense ustedes. "Mujer soy, ciertamente, pero hay en mí cordura." (*Cita burlesca de Eurípides.*)

Ya por mi natural no tengo mal talento y como he oído muchos discreteos de mi padre y de otros ancianos, no soy tan poco instruida.

Ya los tengo a todos a mi mano y les voy a reprochar tontas faltas que unos y otros cometen. Están como hijos de una misma familia rociando con libaciones los altares de Olimpia, de las Termópilas y de Pito... ¡y cuántos más pudiera agregar si me alargara! Y ahora que los bárbaros están en acecho y bien armados, ¡matan griegos a griegos y arrasan sus ciudades! "Y este es el primer tema que mi discurso cierra." (*Cita burlesca de Eurípides.*)

PRITÁNEO.—¡Y yo que estoy pereciendo con aquello bien desnudo!

Y ahora, espartanos, con ustedes hablo. ¿No saben que acá vino un día Periclídes a rogar ante nuestros altares, todo él con cara de cera y vestido de púrpura, a pedir de nosotros un ejército? ¡Es que Mesenia los estaba acosando y el dios hacía temblar vuestra tierra! Entonces Címon partió con cuatro mil guerreros y salvó a toda la Lacedemonia. ¡Eso es lo que han recibido de los atenienses y ahora quieren destruir su país!

PRITÁNEO.—¡Por Zeus, sí, Lisistrata, están obrando sin justicia!

UN ESPARTANO. — Injustamente obramos, pero no hay palabras para decir qué preciosa es esta cadera...

LISISTRATA.—¿Qué se han pensado los atenienses? ¿Que yo los declare sin culpa? ¿No saben que los de La-

conia, en su turno, cuando andaban vestidos con ropa de esclavos, vinieron armados y acabaron con tantos tesalios y con los partidarios y aliados de Hipías? ¡Ellos fueron y sólo ellos los que en esa ocasión les devolvieron la libertad y le concedieron a su pueblo el poder vestir manto de lana!

ESPARTANO.—¡Nunca en mi vida vi mujer más hermosa!

PRITÁNEO.—Pues yo tampoco otra más bella.

LISISTRATA.—¡Vamos, por qué entonces, si se han debido servicios unos a otros, ahora se hacen la guerra y no acaban de matar esos rencores? ¿Por qué no hacen su acuerdo de paz? ¿Qué lo estorba? ¡Díganlo!

ESPARTANO.—Nosotros, de acuerdo, pero que nos den este torreón. (*Señala a una mujer.*)

LISISTRATA.—¿Cuál, amiguito?

ESPARTANO. — Ese Pilos que ha tanto tiempo estamos pidiendo y queremos palpar...

PRITÁNEO.—¡No, por Poseidón: eso nunca jamás!

LISISTRATA.—¡Buen hombre, dáselo...!

PRITÁNEO.—¿Y nosotros después dónde maniobramos?

LISISTRATA.—¡Cambio por cambio: que te den otro igual!

PRITÁNEO.—¡Tremendo: que nos den el Equino, el golfo Meliaco y luego también las piernas de Megara!

ESPARTANO.—¡Los dos dioses nos guarden: eso no, mi amigote!

LISISTRATA.—¡Déjalo, hombre! No hay que disputar por dos piernas...

PRITÁNEO.—¡Lo que quiero es echar lejos el mandó y ponerme a trabajar mi sementera!

ESPARTANO.—Pues yo quiero aborlarla, lo que vale más, por los dos dioses.

LISISTRATA. — Primero hagan su tratado de paz y luego harán eso otro. Pero si les parece hacer eso ahora, pónganse de acuerdo y vayan a dar la noticia a los aliados.

PRITÁNEO.—¿A qué aliados? ¡Estamos ya a punto de estallar! ¿No crees que ellos se mueren por hacer el trabajo más agradable?

ESPARTANO.—¡Los nuestros sí, por los dioses!

PRITÁNEO.—Y lo mismo, por Zeus, les pasa a los de Caristo.

LISISTRATA. — Muy bien dicen. Ahora, a purificarse, para que las mujeres los recibamos como huéspedes en este alcázar y vaciemos en su provecho cuanto hay en nuestras canastas. Pero, antes hay que formular e intercambiar los juramentos y los compromisos. En seguida, cada uno tome a su mujer y váyase a casa.

PRITÁNEO.—¡Vamos, cuanto antes!

ESPARTANO. — Llévanos a donde gustes.

PRITÁNEO.—¡Por Zeus que sí, y lo más pronto!

Entran al interior de la Acrópolis.

CORO DE MUJERES: ANTISTROFA. Polícromas alfombras, mantones de lana fina, túnicas preciosas, alhajas de oro... todo, todo lo que yo tengo no me niego a entregarlo. Llévenselo para sus hijos y para su muchacha, si llega a ser canéfora.

A todos digo esto: háganse dueños de estas propiedades; nada está bajo sello, basta romper las cerraduras de barro y arrebatar todo eso.

No van a poder verlo, si es que no tienen ojos como los míos que ven aun lo que no hay, que lo penetran todo.

ANTISTROFA. 2.—Y si carecen de bastimentos y tienen que dar de comer a una punta de hijos y de esclavos, tomen de lo que es mío trigo en grano, que bien preparado está, o una hogaza de pan de dos libras y acabadita de cocer.

El pobre que así lo quiera venga a mi casa, con morrales y con sacos, podrá recibir su grano. Mi esclavo Manes se lo dará.

¡Mas no se acerque a mi puerta: cuidadito con el perro!

PRITÁNEO. — ¡Abreme la puerta, tú! (*A las mujeres que se presentan*): ¡En orden, por favor! ¿Qué hacen sentadas allí? ¿Tengo que chamuscarlas con mi lámpara? ¡No, que barbaridad...! ¿cómo iba yo a hacer eso? Pero si es menester hacerlo, para darles gusto, claro que lo haré.

UN ATENIENSE.—Y bien que te ayudaremos.

PRITÁNEO.—¿Se van o no se van? Si no, por mucho tiempo han de lamentarse por sus cabellos... (*Hace ademán de acercar la antorcha.*)

Se alejan las mujeres y él se vuelve al coro de los viejos.

¿No se van, por favor? Así podrán salir los espartanos ya que han saciado su apetito.

Se van los viejos.

ATENIENSE.—Un banquete como éste nunca vi. ¡Y qué contentos estaban los de Esparta! Y nosotros qué discretos, después del vino.

PRITÁNEO.—Muy en razón: en ayunas no tenemos sensatez. Y si yo con mis palabras pudiera persuadir a los atenienses, a cualquier embajada que fuéramos deberíamos ir bien bebidos. Pues ahora, cuando vamos a Lacedemonia sin haber bebido, luego luego buscamos causa de discordia. Nos dicen algo y no lo oímos como es debido; no nos dicen nada y andamos perdidos en sospechas. Y nunca nos ponemos de acuerdo en cosa alguna.

Ahora no: todo nos parecía bien. De modo que si alguno se hubiera puesto a cantar el Telamón, cuando era oportuno cantar el Clitágoras, diríamos que estaba bien y aun lo juraríamos.

Se asoman los de los coros despedidos.

¿Otra vez? Miren cómo regresan. Favor de largarse, pícaros dignos de azotes.

Se van de nuevo.

ATENIENSE. — Por Zeus que sí, ahora salen los que estaban dentro.

Llegan los Coros de Laçedemonia y Atenienses con sus flautistas.

En pos de ellos, las mujeres, capitaneadas por Lisistrata.

ESPARTANOS. — ¡Anda, mi lindo, dale a la flauta: que yo me ponga a bailar sobre un pie y sobre otro y cante un dulce canto para los atenienses y también para nosotros!

PRITÁNEO.—Por los dioses que sí, toma las flautas. ¡Cómo voy a gozar mirándote que bailas!

ESPARTANO. (*Toma las flautas y se pone a cantar a intermedios.*)— ¡Envía tu musa, oh Mnemosine, a este tu joven cantor, esa musa que conoce nuestras proezas y las de los atenienses, cuando en la orilla del Artemisio se arrojaron cual jabalíes sobre los barcos y domeñaron a los Medas!

A nosotros, por otra parte, nos iba guiando Leonidas. Ibamos cual jabalíes aguzando nuestros dientes. ¡Cuánta espuma mojaba nuestras mejillas y aun bañaba nuestras piernas! Y eran tantos los guerreros como arena de la playa que los Persas nos enfrentaban.

¡Cazadora que acosas fieras, Artemis, que las selvas riges, virgen sagrada e intacta, ven y propicia nuestra alianza y que sea para largo tiempo! ¡Sea base de amistad eterna y demos ya fin a la astucia y a la fiera de las zorras! ¡Aquí, reina, ven aquí, oh virgen cazadora!

PRITÁNEO.—¡Ea, ahora, ya que todo ha parado en bien, oh espartanos, llevaos vuestras mujeres! Y vosotros, atenienses, tomad las vuestras. El varón junto a su mujer, la mujer junto a su marido. Y tras haber celebrado este hecho con jubilosas danzas, para venerar a los dioses, mucho cuidado con tornar a los mismos conflictos.

CORO DE ATENIENSES. — ¡Haced

llegar acá al coro, traed con él a las Gracias, invocad a Artemis y a su hermano gemelo, Pan, el que sabe guiar los bailes, el que da salud a todos! Y también al dios de Niso. Baco, cuyos ojos relampaguean en medio de sus ménades.

¡Aclamad a Zeus que arde en fuego; aclamad a su santa esposa favorable! Y sean testigos todos los números de que no olvidaremos esta paz lograda por la diosa de Chipre!

¡Ola, ola, péan péan! Ahora como en una victoria, ¡Viva, viva, viva, viva!

PRITÁNEO.—A ti, espartano, te toca entonar un nuevo canto.

CORO DE LOS DE ESPARTA.—¡Deja el amado Taigeto, oh Musa de Laconia, ven, ven a dar gloria al dios que mora en Amiclea, tan venerado por nosotros, y a Atena la del broncíneo templo, y a los dos hijos de Tíndaro, que se regocijan en las riberas del Eurotas!

¡Vamos, un paso, otro paso y saltos de jubilante danzar! ¡Hay que celebrar a Esparta tan amartelada de sus coros y sus danzas, que sus doncellas en rítmicos brincos ensayan junto al Eurotas! Tan ligeros y tan ágiles son sus pasos que al polvo hacen levantarse, émulas de las potrancas, con la cabellera al viento, semejantes a las vírgenes de Baco que van haciendo resonar sus tirsos. Va la casta hija de Leda en su espléndida hermosura haciendo bailar a todos.

¡Ea pues, que tu mano ate con un listón tus cabellos y tus pies salten ligeros como si fueras una cierva. Tañe, retañe y haz que se agite la danza y cante el loor de la potente, de la guerrera deidad que mora en el templo de bronce!

Van saliendo unos en pos de otros en animadísima danza.

TESMOFORIAS

INTRODUCCION

Comenzaré por explicar el nombre. Era una fiesta de las mujeres, común a todos los pueblos griegos. Se celebraba en otoño y en Atenas entre 11 y 13 del mes pianopsio (octubre y noviembre, nuestros). Es una fiesta de la fecundidad dignificada, con nuevos símbolos y con nuevas ceremonias. El primer día se hacían enramadas y lechos de plantas, en que se acostaban las mujeres. El segundo día era de ayuno. El tercer día, llamado Caligenia, estaba dedicado a la fertilidad humana y a la de los campos. Por esa época habrían de sembrarse los trigos.

Las dos diosas a que se hace alusión constante en esta comedia son Démeter y Persefone, o Persefasa. A ellas especialmente se dedicaban estas fiestas.

La comedia de Aristófanes fue representada el año 411 a. C. en el mes de marzo. Pocas alusiones hay a lo político. Y toda ella se va en ridiculizar a Eurípides, por su pretendido encono contra las mujeres. El poeta aprovecha cuanto puede en su favor. Y una de las calidades de la obra está en sus mordacidades contra el gran trágico. A vueltas de ser chistoso se convierte en chocarrero. Hay escenas en que llega a la exageración. No deja de tener sus tintes lúbricos. Bien planeada y bien dicha es de las más bellas del gran comediógrafo. Para algunos es la mejor. No pienso igual.

Leerla con empeño y con cotejo directo del original será la mejor base para juzgarla. Tiene la gran ventaja de guardarnos a veces versos de obras perdidas de Eurípides.

TESMOFORIAS

ESCENARIO

En un lado se ve la casa de Agatón y en el otro, el templo en que se celebra la fiesta de la Diosa Madre. Van entrando los personajes en la forma que se indica en su lugar.

PERSONAS

MNESILOCO, SUEGRO DE EURÍPIDES.

EURÍPIDES.

CRIADO DE AGATÓN.

UNA MUJER.

CORO DE MUJERES QUE CELEBRAN LA FIESTA.

DOS MUJERES.

CLISTENES.

UN FUNCIONARIO DEL PRITÁNEO.

UN ESCITA QUE LLEVA ARCO.

TESMOFORIAS

MNESILOCO. (*Desperezándose.*) — ¡Ay Zeus, cuándo vendrá la golondrina!

Este hombre me aniquila. Me hace correr de un lado a otro desde que el día despunta. ¿Es posible que sepa yo, Eurípides, antes que mi lomo se reviente, a dónde y a qué intentas llevarme?

EURÍPIDES.—Tú no debes saber lo que has de ver muy pronto.

MNESILOCO. — ¿Qué estás diciéndolo? ¿Qué debo entender en lo que dices? ¿No debo yo oír...?

EURÍPIDES.—No, pues lo vas a ver.

MNESILOCO.—¿Y no lo debo ver?

EURÍPIDES.—Es que lo vas a oír.

MNESILOCO.—Bueno, ¿qué hago?, dímelo, tú que tan sabiamente hablas. ¿Será que yo no debo ni ver ni oír?

EURÍPIDES. — Funciones naturales totalmente distintas.

MNESILOCO.—¿Cómo es eso?

EURÍPIDES.—Tal como fueron en los principios. Oyeme.

MNESILOCO.—¿Cómo no oír ni ver?

EURÍPIDES.—Sábelo bien.

MNESILOCO.—¿Pero cómo distintas?

EURÍPIDES.—En esta forma fueron repartidas desde el principio. El Eter al separarse del Caos hizo nacer animales que se podían mover, y para que vieran, les hizo ojos, semejantes al disco del sol, y para que oyeran, perforó algo semejante a un embudo, que fueron las orejas.

MNESILOCO.—¡Será por ese embudo que yo no oigo ni veo! ¡Qué gusto me da, por Zeus, de haber sabido esto! ¡Lo que es tratar con sabios!

EURÍPIDES.—Y mucho que habrás de ir aprendiendo de mí.

MNESILOCO.—¡Ay, si entre eso que me enseñas me dieras un medio de librarme de ser piernitorcido de ambos lados!

EURÍPIDES.—Acércate acá y pon atención.

MNESILOCO.—Me ves aquí.

EURÍPIDES.—¿Ves esta puertita?

MNESILOCO.—Por Heraclés, creo que la veo.

EURÍPIDES.—Cállate ahora.

MNESILOCO.—Ya callo la puerta.

EURÍPIDES.—Oye.

MNESILOCO. — Oigo y callo la puerta.

EURÍPIDES.—Es que sucede que allí habita el famoso compositor de tragedias Agatón.

MNESILOCO.—¿Cómo es ese Agatón? ¿Es Agatón de veras? ¿Un triguero y muy fuerte?

EURÍPIDES.—No, es otro distinto.

MNESILOCO.—Nunca jamás lo he visto... ¿Es acaso un barbudo?

EURÍPIDES.—¿De veras nunca lo has visto?

MNESILOCO. — Por Zeus que no, hasta donde me doy cuenta.

EURÍPIDES.—¡Si hasta te lo abrochaste, pero ya no recuerdas!

Pero hazte a un lado, que sale su criado. Lleva fuego y ramas de mirto. Tal vez va a hacer un sacrificio para que su poesía prospere.

Sale un criado de Agatón y los dos anteriores se esconden.

CRÍADO DE AGATÓN. — Quede en paz el pueblo todo, y cierra muy bien tu boca. Viene aquí un cortejo de las Musas en casa de mi señor y viene a entonar un canto. Calle el

viento y el éter quede en calma. Las glaucas ondas de la mar reposen.

MNESILOCO. (*Escondido.*)—¡Bum bum bum!

EURÍPIDES.—¡Calla...! ¿qué dice?

CRIADO.—Que duerma toda la raza de los volátiles, que huyan a los bosques las fieras y no cesen en su carrera...

MNESILOCO. — ¡Bum bum bum bum bum bum!

CRIADO.—Viene aquí el gran poeta, autor de los bellos versos, mi amo el grande Agatón.

MNESILOCO.—¿Qué? ¿Viene a que se lo echen?

CRIADO. — ¿Quién está hablando por ahí?

MNESILOCO.—Es el viento apacible.

CRIADO.—Llega a sentar los principios de un drama. Está laborando nuevos versos y los perfila y los une con otros, está urdiendo nuevas formas de expresión, y las contrapone y las va fundiendo en cera, las hace maleables a quien quiera usarlas.

MNESILOCO.—Y a ver a quién se prostituye.

CRIADO.—¿Quién es ese pelado que se atreve a entrar en este recinto?

MNESILOCO.—Yo soy, uno que puede con este instrumento abrir el recinto y a ti también y a tu famoso amo, el de los lindos versos, y aquí lo tienes mira, que se vuelve para todos lados.

CRIADO.—Cuando tú fuiste joven debiste ser tremendo, oh anciano.

EURÍPIDES. (*Sale del escondite.*)—¡Diablo, deja en paz a ese hombre! Y tú llámame a Agatón, sin perder un minuto.

CRIADO.—Ni pedirlo. El va a salir al momento. Ha comenzado a componer un canto lírico. Estamos en invierno y no es posible en el frío darles su perfección a los versos. Tienen que venir a tomar el sol.

MNESILOCO.—¿Qué hago yo ahora?

CRIADO.—Espérate a que salga.

EURÍPIDES.—¡Zeus! ¿qué vas a hacer conmigo hoy?

MNESILOCO.—Por los dioses, yo quiero ver a dónde va este asunto.

EURÍPIDES, ¿qué son esos gemidos? ¿qué son esos lamentos? ¿No soy yo de tu parentela para que confíes tus penas?

EURÍPIDES.—Hay para mí un gran mal que se está forjando.

MNESILOCO.—¿Qué clase de mal es?

EURÍPIDES.—En este día se resuelve si Eurípides vive o muere.

MNESILOCO.—¿Y eso cómo? No es día de tribunales, ni hay sesión del senado, como que es el día tercero de las Tesmoforias, mediando está la fiesta.

EURÍPIDES.—Eso mismo me espanta. Con eso me muero. Como que las mujeres han urdido contra mí una conspiración en el templo de las Tesmoforias y van a tener su junta para ver si me arruinan.

MNESILOCO.—Y eso, ¿por qué?

EURÍPIDES.—Porque en mis dramas hablo mal de ellas.

MNESILOCO.—¡Por Poseidón que sufrirás lo justo! Y, ¿qué intentas hacer para librarte de eso?

EURÍPIDES.—Persuadir al trágico Agatón a que vaya él a la reunión.

MNESILOCO.—¿Qué va a hacer, dímelo?

EURÍPIDES.—Para que tome parte en la asamblea de las mujeres y hable en favor mío.

MNESILOCO. — ¿Cómo ha de ir?, ¿descubierto o disfrazado?

EURÍPIDES.—Claro que disfrazado, vestido de mujer.

MNESILOCO. — Bien pensado el asunto, como que de ti viene. Si de ardid se trata, tenemos ya el triunfo.

Se abre la puerta de Agatón.

EURÍPIDES.—¡Callado!

MNESILOCO.—¿Qué es?

EURÍPIDES.—Agatón sale.

MNESILOCO.—¿Y dónde está?

EURÍPIDES. — ¿Dónde está? Velo bien, es ése que viene por el escolión.

Aparece Agatón vestido con ropa color de azafrán y tendido en la máquina de hacer llegar personajes. Lleva muchos accesorios de los que usan las mujeres.

MNESILOCO.—Yo debo estar ciego porque no veo a ningún hombre. La que veo es la meretriz Cirene.

EURÍPIDES.—Calla que va a cantar.

MNESILOCO.—Es como el camino de las hormigas, sin rumbo fijo, y ¿dónde está ése que lanza arpegios sin concierto?

Coro y una voz oculta que dialoga.

Voz.—¡Doncellas, recibid la antorcha de las diosas de inframundo, y con alma llena de libertad haced el festejo de los dioses!

CORO.—¿A qué dios es esta reunión festiva? Dime cuál. Mi alma está dispuesta siempre, si hay que venerar a los dioses.

Voz.—¡Musas invocad a Febo, el de reluciente arco de oro, a él que cimentó esta ciudad en la orrilla del Simois!

CORO.—Salve con mis bellos cantos, tú que llevas el premio en los cantos de armonía!

Voz.—¡Cantad también a Artemis, la virgen cazadora, que va por las montañas cubiertas de encinales!

CORO. — ¡A Artemis celebro yo, prole intacta de Letona, la que no ha manchado su lecho! ¡Y a Leto y al ritmo asiático de dulce cadencia que va marcando los pasos en el baile revuelto y jubiloso de las Gracias de Frigia!

Voz.—Celebro a Leto la reina y a la cítara, madre de los resonantes himnos, con ritos y sonos varoniles.

CORO.—Un fulgor brota en sus divinos ojos y viene a clavarse en nuestras pupilas. ¡Honrad por esto a Febo, el príncipe divino! ¡Salve hijo dichoso de Leto!

MNESILOCO.—¡Diosas que presidís el misterio de la generación, dulce es esta melodía! Huele a mujer y a besos lascivos con caricias colum-

binas. No bien la he oído, sentí que mi cuerpo se estremecía, de extremo a extremo.

(*Se dirige a Agatón.*)—¡Anda, jovenzuelo —si acaso eso eres— quiero preguntarte al modo de Esquilo en su Licurgia:

“¿De dónde hombre-mujer, de dónde me has salido?

¿Cuál es tu patria? ¿cuál es tu vestido?

¿Qué clase de torcimiento hay en tu vida?

¿Qué es esa cítara, qué esa túnica azafranada? ¿Una red en el pelo?

Una redoma de aceite perfumado, y ¡hasta un portabustos! ¡Qué contraste absurdo: un espejo al lado de una espada!

¿Quién eres por fin, jovenzuelo? ¿Te criaron como a un hombre? ¡A ver, dónde está tu pizarrín! Zapatos de hombre, ¿dónde?

¿Serás mujer? ¿En dónde están tus pechos bien parados?

¿Qué dices? ¿Por qué callas? ¿Nada? Entonces voy a conocer lo que eres por el son de tu voz ahora que cantes. Tú no quieres hablar.

AGATÓN.—¡Anciano, anciano ya oí los dicterios que la envidia inspira, pero no me ha llegado su aguijón! Llevo mi traje en concordancia con mi pensamiento. Preciso es que el poeta tenga en cuenta los dramas que compone y se acomode a sus maneras. Vamos, si en tu tragedia entran mujeres, como mujer ha de portarse él.

MNESILOCO.—Entonces, si compones una Fedra dejarás que te monte a caballito...

AGATÓN.—Si compone con varones su drama ya tiene en su cuerpo lo que necesita para ser varón. Pero lo que no tenemos por naturaleza, hemos de tomarlo por imitación.

MNESILOCO.—¡Vaya, cuando escribas una pieza de sátiros, me llamas luego y yo te ayudaré por detrás muy bien rigidamente preparado!

AGATÓN.—Por otra parte, nada tan repugnante como ver a un poeta rusticón y peludo. Pon atención a

esto: Aquel Ibico famoso, Anacreonte de Teos y Alceo, que refinaron la armonía del canto, llevaban sus bandas de mujer y se entregaban a una vida de gozo como en Jonia. Y Frinico, que tú ciertamente conocerás por dichos, era hermoso él y hermosamente se ataviaba. Y por eso sus dramas eran también hermosos. Es preciso crear cada uno de acuerdo con su genio natural.

MNESILOCO. — Ya entiendo por qué Filocles, que es tan feo, compone cosas feas. Por qué Xenocles, que es un malvado, compone cosas malas. Por qué Teognis, que es frío, compone cosas frías.

AGATÓN.—Todo es preciso así. Cuando yo me di cuenta de esto, comencé a tener cuidado de mi persona.

MNESILOCO.—¿Cómo fue, por los dioses?

EURÍPIDES.—¡Ya no ladres... yo era tal como éste en edad cuando comencé a componer!

MNESILOCO.—Por Zeus que no te envidio tu urbanidad.

EURÍPIDES.—A lo que vengo, déjame hablar.

AGATÓN.—Habla.

EURÍPIDES. — Agatón, “Es de hombre sabio hablar en breves términos,

Grandes discursos resumir en poco.”

Una nueva desdicha me amenaza y vengo a ti en busca de socorro.

AGATÓN.—¿Qué necesitas?

EURÍPIDES.—Intentan las mujeres acabar hoy conmigo en las fiestas de las Tesmoforias porque he hablado mal de ellas.

AGATÓN. — ¿En qué pudiéramos ayudarte?

EURÍPIDES.—En todo. Si vas y te entremetes entre las mujeres, sin que sepan otra cosa de que eres mujer y tomas mi defensa, claro está que me ayudarás. Tú eres el único digno de hablar de mí útilmente.

AGATÓN.—¿Por qué no vas tú mismo a defenderte?

EURÍPIDES.—Te lo diré. En primer lugar, soy muy conocido y luego tengo canas y barba. Tú en cambio eres de muy buena presencia, blanco, depilado, con voz de mujer, finito de piel, que gustas a quien te ve.

AGATÓN.—Eurípides...

EURÍPIDES.—¿Qué hay?

AGATÓN.—En alguna parte has dicho:

“Te gozas al mirar la luz del sol: ¿crees que no goce al mirarte tu padre?”

EURÍPIDES.—Así es.

AGATÓN.—No esperes, por lo mismo, que yo vaya a tomarme un mal que es tuyo. Tendría yo que estar loco. Anda tú mismo y carga tu desdicha. No con tretas se llevan las desgracias, sino pasivamente y con tolerancia.

MNESILOCO.—¡Esa es la forma en que tú has llegado, pervertido infeliz, si tienes tu buena nalga es por ser pasivo, no por lo que has escrito!

EURÍPIDES.—¿Qué te hace temer ir allá?

AGATÓN.—Me harían parecer más duramente que a ti.

EURÍPIDES.—¿Cómo?

AGATÓN.—¿Cómo? Creerían que yo les iba a robar sus mujeriles gozos nocturnos y llevarme a Cipris femenina.

MNESILOCO. — ¿A robarles? ¡Di mejor que a hacer el oficio que ellas hacen! ¡Por Zeus, que tiene su chiste este pretexto!

EURÍPIDES.—¿Qué pues? ¿lo haces o no?

AGATÓN.—Ni lo pienses.

EURÍPIDES.—¡Tres veces infeliz, estoy perdido!

MNESILOCO.—Eurípides, mi amado, mi buen pariente, no te entregues tú mismo.

EURÍPIDES.—¿Cómo podré hacer entonces?

MNESILOCO.—A este mándalo a que se cuelgue y de mí haz lo que quieras, estoy a tu servicio.

EURÍPIDES. — Vaya ahora, dado que te me entregas, quítate ese manto.

MNESILOCO.—Ya está por tierra. ¿Qué intentas ahora hacer conmigo?

EURÍPIDES.—Rasurarte la barba y quemarte los vellos de abajo.

MNESILOCO.—Puedes hacer lo que quieras, pues ya me entregué a ti.

EURÍPIDES.—Agatón, tú siempre andas con tu rasuradora. Favor de prestármela.

AGATÓN.—Puedes tomarla; se halla en ese estuche.

EURÍPIDES.—Eres muy bondadoso. Ahora tú, siéntate e infla la mejilla derecha.

MNESILOCO.—¡Ay, ay!

EURÍPIDES.—¿Por qué gritas? Te meto a la boca un palo si no te callas.

MNESILOCO.—¡Ay, ay, ay... ay de mí! (*Se levanta y se echa a correr.*)

EURÍPIDES. — ¡Hora éste...! ¿por qué corres y a dónde?

MNESILOCO.—Me voy al templo de las sacras diosas compasivas. Por Démeter que no me quedo, porque me haces tasajo.

EURÍPIDES.—¡Pero vas a ser objeto de mofa, cuando te vean con un lado rasurado y el otro no!

MNESILOCO.—Y qué me importa.

EURÍPIDES.—Por los dioses, no me dejes. Ven acá.

MNESILOCO. (*Regresa.*) — ¡Infeliz de mí!

EURÍPIDES.—Siéntate y no muevas la cabeza... ¿por qué la vuelves?

MNESILOCO.—Mu mu mu.

EURÍPIDES.—¿Por qué haces mu? Todo está acabado y muy bien.

MNESILOCO.—¡Infeliz voy a ir como un recluta armado a la ligera!

EURÍPIDES. — No te preocupes. ¡Te ves muy lindo, bello de veras! ¿Quieres verte al espejo?

MNESILOCO.—Tráelo, si te parece.

EURÍPIDES. (*Acercándole un espejo.*)—¿Te ves bien?

MNESILOCO.—Por Zeus que no, al que veo es a Clístenes.

EURÍPIDES.—Párate ahora, voy a quemarte el vello de abajo. Inclínate un poquito.

MNESILOCO.—¡Ay, infeliz de mí, me voy a convertir en un lechón!

EURÍPIDES.—Tráiganme aquí una antorcha, o aunque sea una lámpara.

Y tú, inclínate, y no más cuida bien la cola de adelante.

MNESILOCO.—¡Por Zeus que sí la cuido, pero... me estoy quemando! ¡Agua, agua, vecinos que ya mi trasero arde!

EURÍPIDES.—Ten ánimo.

MNESILOCO.—¿Ánimo yo? ¡Si estoy ardiendo todo!

EURÍPIDES.—Ya no te inquietes. Ya pasaste la parte más penosa.

MNESILOCO. — ¡Fuchi, qué horrible!... todo estoy quemado del trasero!

EURÍPIDES.—No te preocupes. Sá-tiro vendrá a lavarte con su esponja.

MNESILOCO.—¡Pobre de él si se atreve a lavarme por detrás!

EURÍPIDES.—Oye Agatón, ya que no quieres intervenir en esto, por lo menos préstame para vestir a éste una túnica y un portabustos. No dirás que no tienes.

AGATÓN.—Tómenlo y úsenlo, no me opongo yo.

MNESILOCO. — ¿Qué me pongo pues?

AGATÓN.—Ponte primero esta túnica de color de azafrán.

MNESILOCO.—¡Por Afrodita, huele a puro macho! Pónmela aprisa y ayúdame a ceñirla. Dame acá el portabustos.

EURÍPIDES.—Aquí lo tienes.

MNESILOCO. — Dame ahora algo con qué adornarme mis piernas.

EURÍPIDES.—Hace falta la redécilla y la gorra mujeril.

AGATÓN.—Mejor este turbante que yo uso en la noche.

EURÍPIDES.—¡Por Zeus, ni mandado hacer!

MNESILOCO.—¿Me queda a la medida?

EURÍPIDES. (*Acomodándolo.*) — ¡Por Zeus, mejor no puede estar!

(*A Agatón.*) — Dame ahora una chalina.

AGATÓN.—Tómala, allí está sobre mi cama.

EURÍPIDES.—Se requieren zapatillas.

AGATÓN.—Toma estas mías.

MNESILOCO.—¿Me vendrán bien?

¡A ti te gusta el zapato ancho!

AGATÓN.—Ajústatelas bien. Vaya, ya tienen cuanto necesitan.

¡Favor de llevarme adentro!

Se mueve la máquina de tramoya y entra a su casa.

EURÍPIDES.—¡Este hombre se ha vuelto una mujer, al menos en el aspecto!

Cuando hables procura hacer voz femenina, bien modulada y persuasiva.

MNESILOCO.—Haré lo posible.

EURÍPIDES.—Ahora vete.

MNESILOCO.—¡Por Apolo que no, si antes no me juras...!

EURÍPIDES.—¿Qué te he de jurar?

MNESILOCO.—Salvarme a toda costa, si me sucede algo funesto.

EURÍPIDES.—Yo juro por el Eter y la casa de Zeus.

MNESILOCO.—¿Por qué no juras mejor por la casa de Hipócrates?

EURÍPIDES.—Juro por los dioses todos en montón.

MNESILOCO.—Pero recuerda aquello: "Mi corazón juró, pero mi lengua no."

Yo no he atado mi lengua a juramentos.

EURÍPIDES.—Vamos, de prisa, lo más pronto... Ya se ve en el Tesmoforio la señal de la reunión. Yo me voy.

Se van cada uno por un lado.

Muda la escena. Se ve el Tesmoforio y en él las mujeres en Coro. Entra Mnesiloco tratando de hablar como mujer.

MNESILOCO. (*Hablando a una sirva que va con él.*)—Ahora, Trata, ven conmigo; ven aquí, Trata. Ve qué columnas de humo se alzan de las ardientes antorchas.

¡Oh hermosísimas Tesmóforas, recibidme en grata suerte y dadme la despedida cuando a mi casa regrese!

Trata, pon en tierra tu cesto y saca de él la torta ritual para que yo la ofrende a las dos diosas.

¡Oh reina tan venerada, amada Démeter y tú Perséfone, ojalá que escapar pueda yo, tantas veces cuantas te haga la ofrenda. Y que siquiera hoy no me reconozcan! Que pueda alcanzar mi hija un marido rico, pero también tonto y lerdo, que además de su pizarrincito tenga pensamiento y discreción.

¿Dónde, dónde me siento en buen sitio para poder oír a los oradores?

Tú, Trata, favor de irte. A las esclavas no se les permite entrar a estos lugares.

Se va a sentar entre las mujeres.

UNA MUJER.—¡Haya silencio, haya silencio! Haced oración a las Tesmóforas, lo mismo que a Plutón y Caligenia, a la que nutre a los jóvenes, a Hermes y a las Gracias, para que esta nuestra asamblea sea provechosa a Atenas, llena de dones para nosotras mismas.

Y que la que mejor hable y tenga mejor discurso sea acepta al pueblo de Atenas y a las mujeres que la siguen.

¡Alzad la oración al cielo y pedid prosperidad para nosotras! ¡Péan, péan, péan... alegría, alegría!

CORO.—¡Roguemos también a todo el linaje de los dioses, y aceptemos estos gratos augurios, y que ellos den señales de que son gratas nuestras plegarias!

¡Zeus del grandioso nombre, y tú dios de la lira que tienes tu santuario en Delos, y tú igualmente, diosa de glaucos ojos y de lanza de oro, que por sede tienes la más famosa y bella ciudad en el mundo, venid, venid acá!

¡Tú también, venerado Poseidón, que riges en las ondas de los mares, deja por un momento las honduras marinas que revuelven los peces en

sus giros, y la tormenta azota, ven propicio a nosotras!

¡Venid, Ninfas errantes por las montañas, unidas a las hijas de Nereo, el que rige los mares!

¡Atesore la flauta de oro unidas aquí nuestras preces y sea perfecto el orden en esta asamblea en nobles mujeres!

LA MUJER QUE DIRIGE.—¡Elevad oraciones a los dioses y a las diosas del Olimpo; a los dioses y diosas de Pitia, a los dioses y diosas de Delos y a todos los demás dioses!

Y si hay quien trama planes malvados contra el pueblo femenino, o anda en tratos con Eurípides o con los Medas; si hay quien intente subir a ser tirano o apoyar el intento de alguna tiranía; que lo confunda el infortunio, con su familia entera.

Y si hay quien denuncie una mujer de sustitución de infante, o una esclava que después de alcahuetear a su ama, vaya a delatarla con el marido, o un encargado de llevar mensaje que traiga falsas nuevas, que los confunda el infortunio, con su familia entera.

Y si hay un petulante que seduzca a una mujer y luego no le dé lo que le ha prometido, y si hay alguna vieja que pague a sus amantes para que con ella se acuesten, o si una meretriz comprometida deja a un amante por los dones que le da otro, que los confunda el infortunio, con su familia entera.

Y si hay un vendedor de vinos que amengüe el congio o la cotila, que los confunda el infortunio, con su familia entera.

CORO.—¡Como pides todos sentimos! ¡Sean bien cumplidos nuestros deseos para el pueblo y para la ciudad y que vengan grandes dones, los mejores que haber pueda, para quien venza en la elocuencia!

Y que todos los que defraudan, o los que violan sus juramentos, para su propio provecho y para daño de los demás, y los que echan abajo las leyes y tratan de forjar a su antojo para ganar su provecho, y los

que revelan al enemigo los secretos, los entreguistas que están confiando en los Medos y quieren que invadan nuestra tierra sean tenidos como traidores, como impíos a los dioses e infieles a su ciudad.

¡Sean propicios los dioses a nuestro ruego, aunque seamos puras mujeres!

LA MUJER QUE DIRIGE.—¡Todas oíd!:

“El Consejo de mujeres, con Timoclea como presidenta, Lisila de secretaria y Sostrata como oradora, decreta:

Mañana, día medial de las Tesmoforias, en que tenemos mayor tiempo, por la mañana ha de reunirse una asamblea en que se delibere qué pena debe imponerse a Eurípides por sus ultrajes contra nosotras.”

¿Quiénes quiere tomar la palabra?
PRIMERA ORADORA.—Yo.

MUJER DIRIGENTE.—Cíñete ahora esta corona, antes que empieces a hablar.

CORO.—Silencio, callad, poned pensamiento atento: ya se está limpiando el pecho, como acostumbran todos los oradores. Parece que va a hablar mucho.

ORADORA I.—¡Os juraré por las diosas que no es la ambición la que me mueve a hablar, oh señoras mías!

Lo que me mueve y pesa en mi alma ha tiempo es ver la forma en que os trae por los suelos ese Eurípides, el hijo de la verdulera, que está borboteando por su boca dictorios en todo tiempo. ¿Qué vilipendio hay que no nos eche encima? ¿Hay una ocasión en que no nos calumnie ante sus oyentes, ya sean pocos ya sean muchos, con sus coros y sus personajes? Nos llama las buscadoras de adulterios, deseosas de hombres, bebedoras de vino, traidoras, charlatanas, buenas para nada, azote de los maridos. Y dice que apenas llega él del teatro se pone a vernos de arriba abajo y se pone a registrar la casa, no vaya a ser que esté un amante escondido. Hacer ya no po-

demos lo que antes hacíamos, desde que este infame ha dado a conocer a nuestros hombres tantas y tan malas cosas en contra nuestra.

Si ven a una mujer que está tejiendo una corona, ya piensan que anda enamorada. Si en sus idas y venidas por la casa se le escapa de las manos una vasija, luego el marido dice: ¿En recuerdo de quién quiebras la olla, no será por el huésped de Corinto?

Si una muchacha enferma, luego su hermano dice: No me cae bien el color que esta muchacha tiene.

Sea todo esto. Y si una mujer que no ha podido tener hijos quiere aparentarlos, tomando uno ajeno, ya no puede. Los maridos están con los ojos atentos.

Y ante los ancianos que antes tenían el gusto de tomar por esposas a las jóvenes, también nos ha calumniado. Ningún viejo se casa ya porque oyó este verso del tal Eurípides: Reina es la esposa cuando el hombre es viejo.

A él se debe que los maridos no se conformen con poner cerrojos a los aposentos femeniles: ahora hasta los sellan. Y han traído perros bravos y terribles para ahuyentar a los amantes.

Esto podría tolerarse. Pero hay algo peor. Antes podíamos sacar de la despensa la harina, el aceite, el vino. Hoy ya no. Ellos llevan una llave misteriosa de tres dientes que han fabricado los lacedemonios y con ésa nos lo impiden.

Antes podíamos abrir a escondidas la puerta y mandar hacer un anillo que abre estas puertas, por unos tres óbolos. Hoy ya no. Ese maldito Eurípides, azote de las familias, dio a los maridos el modo de llevar colgado al cuello un sello de madera de complicadas volutas.

En vista de todo esto mi opinión es como sigue:

A toda costa librarnos de ese infame ya sea dándole veneno, o de cualquier otro modo. El caso está en que muera.

Y esto que digo en voz alta lo redactaré junto con la secretaria.

CORO: ESTROFA.—¡Nunca había oído mujer tan hábil en perorar!

Todo lo que dice es justo. Todo lo ve con sagaz indagación de cada cosa. Nutrida y profunda en sus argumentos, todos muy bien diversificados.

¡Jenocles junto a ella sería un cúmulo de vacuidades!

ORADORA II.—Unas cuantas palabras voy a decir ahora. Ya la que me antecede ha dicho suficiente y bien razonado. Voy a decir lo mío, lo que a mí me ha pasado.

Se me murió mi marido en Chipre y me dejó cinco niños. ¡Con qué trabajo los he criado haciendo coronas para vender en el mercado del Mirto! Me iba ganando la vida así así. Pero resultó este poeta que trabaja en la tragedia y nos viene diciendo que no hay dioses, con lo cual mi comercio ha caído.

Y ahora a todos exhorto y ruego: Hay que pensar a este hombre. Hay para ello múltiples razones. Señoras, nos ofende a la continua. Salvaje y silvestrón, como las hierbas que su madre vendía y entre las que él se ha criado, no puede más.

Pero ya me voy a la plaza, porque tengo el encargo de veinte coronas para los hombres.

CORO.—¡Otro es el estilo que esta segunda oradora exhibe: con qué gracejo y gallardía, con qué fineza y audacia nos ha declarado todo! ¿Quién no queda convencido? ¡Hay que imponer a ese hombre la justa pena de su insolencia!

MNESILOCO.—No me asombra, señoras que estéis a grado tal airadas contra Eurípides, ni que se haya derramado de ira vuestra bilis. ¡Tan malas y abundantes cosas ha dicho! Necesitaba yo estar loca para no aborrecerlo, como lo aborrezco, y lo juro por mis amados hijos.

Pero conviene hacer algunas aclaraciones. Ahora estamos solas y no va a escaparse afuera palabra alguna nuestra.

Nos enojamos contra él porque ha divulgado dos o tres deficiencias nuestras, cuando las tenemos a millares.

Yo misma, para no hablar de otras, confieso que he tenido muchas miserias, y una de ellas muy grave. Allá va:

Tenía yo tres días de casada y mi marido dormía a mi lado profundamente. Pero tenía yo un amigo que me hizo suya desde que yo tenía siete años. Ese que me seguía queriendo vino a mi puerta y la rasguñó suavemente. Yo me di cuenta luego. Me bajé de la cama con recato y me iba a bajar. “¿A dónde vas?” —me dijo mi marido. —¡Ay, —le dije— ya no aguanto este estómago: voy a buscar en dónde desahogarme! —Anda pues.

Y el pobre se puso a macerar semillas de enebro, de anís y de salvia.

Yo por mi parte, eché agua a los goznes de la puerta para que no sonaran y salí y me encontré con mi amante y nos fuimos al pórtico del templo y bien aferrada al laurel tuve el modo de darle gusto en lo que iba buscando.

Favor de notarlo. Eso Eurípides nunca lo ha dicho. Ni tampoco nuestras aventuras con los esclavos y con los arrieros, a falta de cosa mejor, y tampoco dice que después de estas noches, sin freno en la batalla de la carne, nos tragamos muchos ajos, para que al regresar el marido de hacer su guardia en la muralla, nada advierta de nuestra tarea. ¿Algo ha dicho de esto Eurípides? Sí, que habla mal de Fedra, ¿quién lo niega? ¡Qué nos importa! Y nunca ha dicho palabra de esa clase de mujeres que al marido embaucan mostrándole un gran manto labrado y diciéndole: ¡Mira qué preciosidad! Y entre tanto el amante se escabulle deslizándose en la sombra.

Otra mujer conozco que se fingió diez días con dolores de parto mientras que procuraba comprar un niño. El infeliz marido iba y venía

por la ciudad entera en busca de medicamentos que aceleraran el trance. Y al fin llega una vieja con una grande olla, en que venía metido el pobre niño, con la boca tapada con cera para que no llorara. Y entonces la mujer dijo al marido: ¡Por favor, por favor hazte a un lado que ahora sí la hora llega. Y era verdad... el niño estaba dando patadas en la olla!

El pazguato marido se fue lejos y cuando le quitaron al chico la cera, comenzó a dar berridos. Y la maldita vieja que había traído la olla, corrió al marido y le dijo: ¡Es un león, un león el que te ha nacido. Es tu vivo retrato. Tiene su pizarrincito igual al tuyo, como si lo hubieran hecho a torno...!

Ese es el modo con que engañamos a los hombres. ¿Sí o no, por Artemis? Y hay razón para que sea verdad eso de que “con Eurípides tenemos enojo por lo que él dice de nosotras”, cuando se queda a medias de lo que perpetramos.

CORO: ESTROFA.—¡Eso sí es inaudito! ¿De dónde sacó ésta sus argucias? ¿De qué tierra es esta mujer sinvergüenza? ¡Decir a la luz del día esas atrocidades contra nosotras! ¡Ya se ve... hay que tener en cuenta lo que el proverbio dice: Rebusca entre las piedras, no sea que te pique un... orador.

CORIFE0.—Para mujeres desvergonzadas no hay más que otra más sinvergüenza que ellas.

ORADORA I.—¡Estáis en la luna, por Aglaura, señoras! Ningún juicio tenéis. O estáis embrujadas, o hay un grave mal que os domina... ¡tolerar que esta infeliz nos ofenda a todas! ¡A ver si hay quien me ayude...! ¡No importa, yo y mis esclavas aunque sean chicas, vamos a buscar ceniza en donde la hallemos y vamos a depilarle a ésta cierta parte! De este modo va a aprender cómo no hay que decir ofensas contra las mujeres.

MNESILOCO.—Pero no por allí, señoras mías. ¿No hay libertad de

expresión en esta asamblea y cada mujer puede decir lo que tenga en la mente? ¿qué mal he hecho con defender a Eurípides, diciendo lo que es justo? ¿Por eso depilarme y más en esas partes?

ORADORA I.—¿No darte tu merecido? ¡Si eres la única que has tenido la desfachatez de defender a ese hombre que tiene como tema único de sus dramas una mujer de mala condición...! Ya que Melanipes, ya que Fedra... ¿cómo nunca ha puesto en ellos a Penélope? ¡Porque ésa era mujer sensata!

MNESILOCO.—Yo bien sé por qué es eso. Entre las mujeres de hoy no me hallarás una Penélope y en cambio, Fedras son todas.

ORADORA I.—Estáis oyendo, señoras, en qué modo la bribona nos vuelve a insultar a todas.

MNESILOCO.—¡Por Zeus, si no he dicho todo lo que sé...! ¿queréis más todavía?

ORADORA I.—Más no tienes que decir, ya que todo lo has vomitado.

MNESILOCO.—¡Por Zeus que no, si no he dicho ni la diezmilésima parte de nuestras fechorías! Por ejemplo, no he dicho de ese artificio de usar las cañitas de la corona para sorbernos el vino.

ORADORA I.—¡Que revientes!

MNESILOCO.—Ni he dicho que cuando traen las comidas de las fiestas de Apaturias las damos a los amantes y le echamos la culpa a la rata.

ORADORA I.—¡Desdichada de mí... estás diciendo sandeces!

MNESILOCO.—Ni que otra hubo que mató a su marido a hachazos. Eso no lo dije. Ni otra que con menajes enloqueció a su marido. Ni aquella que bajo la bañera...

ORADORA I.—¡El diablo te lleve!

MNESILOCO.—Ni la acarniana que enterró a su padre.

ORADORA I.—¿Se puede tolerar oír esto?

MNESILOCO.—Ni de ti misma que, cuando la esclava dio a luz un niño,

tú se lo quitaste y le pasaste a la niña, tu misma hijita.

ORADORA I.—Ya no puedo tolerarlo. Por todas las diosas que ahora sí te desmecho.

MNESILOCO.—¡Por Zeus, a mí no me tocas!

ORADORA I.—¿No? ¡Pues toma! (*Le da un golpe.*)

MNESILOCO.—Toma tú. (*Le corresponde.*)

ORADORA I. (*Se quita la capa para estar más expedita.*)—Toma mi capa, Filisa.

MNESILOCO.—No más acércate y verás qué te sucede, por Artemis.

ORADORA I.—¿Qué me haces?

MNESILOCO.—Tienes que echar fuera la tortita de ajonjolí que te tragaste.

CORIFEIO.—¡Basta, basta de dictorios! Allá viene una mujer corriendo y hay que callar antes que llegue para ver qué nos dice.

CLISTENES. (*Disfrazado de mujer.*)—Amadas mujeres, congéneres mías, en todo similares a mí, yo doy pruebas de mi amistad con estas mejillas imberbes. Loco soy por las mujeres y siempre las defiendiendo.

Ha poco oí en el ágora un asunto referente a vosotras en que se charlataneaba y vengo a dar cuenta y a dar también consejo para que haya vigilancia y cuidado. Es un mal grave el que os amenaza.

CORO.—¿Qué es, niño? Debo llamarte niño porque tienes mejillas tan lisas.

CLISTENES.—Dicen que Eurípides ha enviado acá a un viejo pariente suyo el día de hoy.

CORIFEIO.—¿Un pariente? Y, ¿a qué? ¿con qué fin?

CLISTENES.—Para que oiga todos los discursos, y se dé cuenta de vuestras deliberaciones.

CORIFEIO.—¿Cómo puede ocultarse siendo hombre entre las mujeres?

CLISTENES.—Lo depiló Eurípides a fuego y luego lo vistió de mujer.

MNESILOCO.—¿Podéis dar crédito a eso? ¿quién será el hombre que se

deje depilar de esa manera? ¡No lo creo, por las dos diosas!

CLISTENES.—Estás soñando. No hubiera yo venido a traer la noticia, si no tuviera buena fuente en las personas que saben el hecho.

CORIFEO.—Grave es este asunto que ahora se nos anuncia. Vamos, mujeres, nada de ociosidad, hay que sacar a luz a ese hombre, a ver dónde se halla sentado entre nosotras. Anda, Clistenes, ayúdanos a hallarlo y tendrás un motivo más para nuestro agradecimiento.

CLISTENES.—Vamos, tú, la primera, ¿quién eres?

MNESILOCO.—¿Dónde me escondo?

CLISTENES.—Las voy a examinar una por una.

MNESILOCO.—¡Desdichado de mí!

LA MUJER.—¿Preguntas quién soy yo? La mujer de Cleónimo.

CLISTENES.—¿Conocéis a esa mujer?

CORIFEO.—Bien que la conocemos. Sigue con las otras.

CLISTENES.—Y, ¿ésa que lleva al niño?

LA MUJER.—Esa es mi nodriza.

MNESILOCO.—¡Ya me amolaron! (*Intenta salir.*)

CLISTENES. — ¡Epa, tú!, ¿dónde vas? Quédate aquí, ¿qué mal te sobrecoge?

MNESILOCO.—Voy a orinar... ya déjame... eres un sinvergüenza.

CLISTENES.—Anda pues. Aquí te espero.

CORIFEO.—Espérala y vigílala. Esa es la única que no conocemos.

CLISTENES.—¿Tanto orinar? ¿Qué tienes?

MNESILOCO.—Comí berros ayer y tengo retención. Te lo juro por Zeus.

CLISTENES.—¡Qué berros ni qué berros! Ven para acá.

MNESILOCO.—¿Así me jalas cuando estoy enferma?

CLISTENES. Di, ¿quién es tu marido?

MNESILOCO.—¿Mi marido preguntas?... ¿no conoces por casualidad a un fulano de Cotóides?

CLISTENES.—Y, ¿qué fulano es ése?

MNESILOCO.—Es fulano de fulano y de zutano.

CLISTENES.—Te estás burlando... Dime, ¿has venido aquí otras veces?

MNESILOCO.—¡Por Zeus que sí, cada año!

CLISTENES.—Y, ¿cuál ha sido tu compañera de departamento?

MNESILOCO. — Mi compañera... una fulana... ¡Me arruiné!

CLISTENES.—No dices nada en regla.

ORADORA I.—Deja, Clistenes. Ahora voy yo. Le voy a hacer una investigación de cómo se hizo el año pasado. Tú hazte a un lado. No puedes oír esto, porque eres hombre. (*A Mnesiloco.*)—Vamos a ver, ¿qué fue lo primero que se hizo?

MNESILOCO.—Mira lo primero fue que bebimos.

ORADORA I.—¿Y lo segundo?

MNESILOCO.—Brindamos a nuestra salud.

ORADORA I. — Alguna te lo dijo, ¿Qué fue lo tercero?

MNESILOCO.—Xenila andaba buscando una taza porque no había dónde orinar.

ORADORA I.—Ya no hay que hablar. Ven acá, Clistenes. Este es el hombre que buscas.

CLISTENES.—¿Qué tengo que hacer?

ORADORA I.—Desnúdate luego, que a todo responde tontamente.

MNESILOCO.—¡A una madre de nueve hijos se atreven a desnudarla!

CLISTENES.—Anda, suelta el portabustos, desvergonzada.

ORADORA I.—Qué cuerpito tan robusto... pero no tiene pechitos como nosotras...

MNESILOCO.—Es porque soy estéril y nunca tuve un hijo.

ORADORA I.—¿Qué pasó? ¿No hace rato decías que eras madre de nueve hijos?

CLISTENES.—Párate bien... ¡ah qué palote estoy viendo...!

ORADORA I. (*Se pone tras él.*)—¡Ah desdichado, qué bien mueve la cabeza y qué bonito color tiene!

CLISTENES.—¿En dónde está?

ORADORA I.—Ya se fue otra vez hacia adelante.

CLISTENES.—Adelante no está.

I ORADORA.—Ya lo volteó para este lado.

CLISTENES.—¡Tienes todo un istmo, hombre: mueves tu miembro para aquí y para allá con mayor frecuencia que pasan Corinto!

ORADORA I.—¡Vaya un bribón... ésta es la causa de que defendiera a Eurípides y nos llenaras de oprobio a nosotras!

MNESILOCO.—¡Desdichado de mí, en qué enredo me he metido!

ORADORA I.—¿Qué hacemos ahora, tú?

CLISTENES.—Cuidénlo bien, y que no se escape. Yo voy a dar cuenta de todo esto a los Pritáneos.

CORIFEО.—¡Vamos ahora a encender las antorchas, y dejando los mantos y enrollando las túnicas, como si fuéramos hombres, vamos a requerir, si no hay acaso otro hombre que se haya colado en nuestra asamblea. Recorramos todo el Pnix, las tiendas y las encrucijadas.

¡Vamos con ágil pie, examinemos todo, sin chistar palabra!

No hay tiempo que perder, ninguna tardanza haya, y hagamos la ronda con suma diligencia. La que primero llegue al fin es la que triunfa.

CORO.—¡Vamos ahora, atisba como perro cazador, ve siguiendo el rastro, busca y rebusca, no sea que haya otro traidor oculto entre nuestro gremio! ¡Ojos a todos lados, a derecha e izquierda, ve y examina qué hay!

¡Si obró mal en lo secreto y si profanó este lugar, tendrá su justo castigo y en él los hombres todos un escarmiento, para que vean cómo hay que respetar lo sagrado! Que reconozcan que hay dioses, y enseñen a venerarlos, y a someterse a las leyes y a vivir con normas justas.

Si no obra así, veamos luego lo que le ha de suceder.

Aquel que viola las leyes y quebranta los preceptos, se llenará de locura, el furor lo invadirá. Y para hombres y mujeres será un ejemplar brillante de cómo los dioses castigan.

CORIFEО.—Parece que ya hemos examinado todo. No hay ningún hombre más entre nosotras.

Mnesíloco toma un niño de los brazos de la madre.

ORADORA I.—¡Dónde te vas... tú, tú!, ¿en qué andas... qué haces?... ¡Infeliz de mí, me arranca a mi hijo de los mismos pechos que mamaba!

MNESILOCO.—Da todos los gritos que puedas, pero este chiquito no vuelve a mamar, mientras a mí no me suelten. Aquí sobre sus víctimas: "Con esta daga traspasado verterá su roja sangre en la sagrada ara del dios."

ORADORA I. — ¡Qué desdichada soy... Socorro, señoras...! "¡Siquiera a vuestros gritos haced que triunfe yo."

¿Será posible que dejen robar a mi único hijo?

CORO.—¡Ay, ay, sagradas Moiras!, ¿qué nuevo portento veo?

Todo es atrevimiento y desvergüenza. ¿Qué ha hecho ahora, señoras? ¿Qué hace éste?

MNESILOCO.—Un solo medio para humillar la arrogancia.

CORIFEО.—Esto es el colmo ya... ya sobrepasa todo.

ORADORA I.—El colmo... que me roba a mi niño...

CORIFEО.— ¡Qué hay que decir ya... si no le causa pena!

MNESILOCO.—Y no he acabado aún.

CORO.—Pues tú no te irás de aquí, ya que regresas de donde pudieras huir. No te nos escaparás, tendrás condigno castigo. La vas a pasar muy mal.

MNESILOCO.—¡Eso no suceda nunca... mal presagio que desecho!

CORO.—¿Habr  alguno de los dioses inmortales que se ponga en tu favor, con tan injustas acciones?

MNESILOCO. — Est is parloteando en vano; ésta s  que no la suelto.

CORO.— Por las dos diosas, sin duda no te burlar  de nosotras ni seguirás diciendo cosas infames. Por tus hechos contra los dioses te vamos a castigar duramente, como es conveniente. Muy en breve la suerte mudar  y te mostrar  la otra cara con duros modos.

CORIFEO. (*Al coro.*)— Anda, lleva tus mujeres y trae leña para quemar a este bribón y hacerlo pavesas luego!

ORADORA I.—Vamos, Mania, a buscar rajas de leña. Y t , ya verás ahora cómo te vuelvo un tizón.

MNESILOCO.— Quemad, haced pavesas. . .! Pero, tú, ni ito mío, vete quitando el vestido de Creta y de tu muerte no acuses más que a una culpable. Tu madre misma. (*Comienza a desvestir al niño y ve con asombro que es una bota de vino envuelta en ropas de niño.*)— Ay!,  qu  es esto? La niñita se ha vuelto un odre lleno de vino con sus zapatitos de hechura persa!

 Ah ma osas, mujeres calientes, bebedoras incansables, qué buena treta hallaron para seguir bebiendo aunque sea día de ayuno!  Gloria de los taberneros, azote de los maridos. . . ruina de enseres y muebles!

Regresan con rajas de madera las mujeres.

ORADORA I.—Echa all  tus rajas, Mania, y que sean muchas.

MNESILOCO.—Echa y sigue echando. Pero, tú, mujer, respóndeme:  qu  crees haber dado a luz?

ORADORA I.—Diez meses lo llevó en mi seno.

MNESILOCO.— Lo llevaste t ?

ORADORA I.—Por Artemis que s .

MNESILOCO. (*Mostrando el odre.*)  De cuántas cotilas es?  De tres o de cuántas? D lo.

ORADORA I.— Ay infeliz!,  qu  has

hecho?  Desnudaste a mi criatura y siendo tan pequeñita!

MNESILOCO. —  Peque ita?  Por Zeus que s , pequeña!  Cu ntos años tiene?  Tres o cuatro congios?

ORADORA I.—Nació cuando las fiestas dionisi acas. Pero d mela ya.

MNESILOCO.— No por este Apolo!

ORADORA I.—Entonces te quemamos.

MNESILOCO. — Qu menme luego. Pero a éste al momento lo degüello.

Hace ademán de cortar con su cuchillo.

ORADORA I.— Ay, no, te lo suplico. . . haz en mí lo que quieras, pero al niño cons rvalo!

MNESILOCO.—Eres amante de los hijos por naturaleza. Pero de todos modos, yo lo degüello. . . (*Rompe el odre.*)

ORADORA I.— Ay, mi hijo. . .! Mania, tráeme el vaso sacro, para que siquiera yo recoja su sangre.

MNESILOCO.—Te har  gracia en esto. . . ponlo debajo.

Echa vino en el vaso y deja caer un buen chorro al suelo.

ORADORA I.— Mala suerte tenemos. . .!  qu  envidioso y qué malévolo eres!

MNESILOCO.—Este pellejo pertenece a la sacerdotisa.

II ORADORA.— Qu  es lo que pertenece a la sacerdotisa?

MNESILOCO.—Esto, t malo.

ORADORA II.— Mica de mi alma!,  qu n te desvirgin ?  qu n ha vaciado a tu hijo tan querido?

ORADORA I.—El miserable éste. Pero pues ya est s aquí, vig lalo bien, que yo voy con Clisenes al Pritáneo a dar cuenta de lo que ha pasado.

Sale la oradora.

MNESILOCO.— Ahora s . . .!  qu  treta pongo en juego para salvarme?  Qu  urdir ?  qu  fingir ?  Ese que me metí en esta aventura y es cau-

sante de todos estos líos no se aparece por aquí!

Vamos a ver, ¿a quién mandara yo como enviado para que fuera a él? ¡Ya sé un medio tomado de Palamedes! Voy a escribir sobre remos para echarlos al mar!... ¡Pero aquí no hay remos! ¿De dónde podrán venir a mí los remos? ¿De dónde, de dónde? ¡Ah, qué idea... voy a tomar estas tablas votivas a modo de remos y a escribir en sus dos lados... resulta mucho mejor! ¡Al fin todo es madera, lo mismo remos que tablas de devoción!

¡Ah, manos mías, poned ahora en obra la salvadora treta!

Toma tablillas y va escribiendo

Tablillas bien pulidas, que seréis de mis penas mensajeras, recibid ahora las marcas del cincel. ¡Ay, infeliz... que fea RO me ha salido! ¡Va bien, va bien! ¿Ahora qué ren-glón?

Va arrojando las tablillas por todos lados

¡Vayan rápidas por todos los caminos: por aquí, por allá... urge la rapidez!

Se va a sentar en espera de Eurípides.

CORO.—Vamos nosotras mismas a hacer nuestra alabanza en esta parábasis.

Un tal sujeto dijo que el grupo femenino es un cúmulo de calamidades. Que somos un mal para los hombres y de nosotras viene todo lo malo: pleitos, discusiones, tremendas revoluciones, el dolor y la guerra.

Que digan, por favor: Si somos una calamidad, ¿por qué se casan con nosotras? Si de veras somos una calamidad, ¿por qué nos prohíben salir de casa, o asomarnos siquiera por las ventanas? ¿Por qué quieren guardar con tanto cuidado a esa calamidad?

Vamos al caso. Sale la pobre mu-

jercita a alguna parte y al llegar la hallan fuera... se ponen furiosos con furia indecible. Lo que tenían que hacer era llenarse de alegría sin medida, porque se largó la calamidad, porque ya no está en casa esa plaga.

Si acaso nos quedamos dormidas en casa de alguna amiga, por haber jugado mucho, allá van a buscar cada uno a su calamidad y a revisar todas las camas.

Si nos asomamos a una ventana, allí están todos parados en la calle mirando con ansia a la calamidad. Y si ella por natural pudor se hace a un lado, se quedan todos los en espera de que vuelva a asomar.

Y queda bien probado que nosotras valemos mucho más que ustedes. Vamos a hacer un examen para ver quiénes son peores. Ustedes dicen que nosotras; nosotras decimos que ustedes. Vamos, vamos comparando y frente a un hombre pondremos una mujer.

Claros están los hechos: Nausimaca se lleva de vencida a Carminos. Y Cleofonte se queda muy abajo de Salabaca.

¿Y hay acaso quien se atreva a hacer parangón con Aristomaca, aquella de Maratón, y siquiera con Estratonice?

¿Y qué decir de Eubula, que en el consejo del año pasado se llevó de vencida a los consejeros todos? Ni Anitos quiso medirse con ella.

Luego, las mujeres tenemos la gloria de ser mejores que los hombres.

¿Se ha visto a alguna mujer que, después de haber robado cincuenta talentos al tesoro público, vaya muy oronda paseando por esas calles en una magnífica carroza? ¡Que robamos...! ¡sí, robamos... un pan de trigo al marido, y cuando llega la tarde, ya lo tenemos pagado!

Y a cuántos señaláramos entre los que están aquí que hacen eso y mucho más. Y éstos son más que nosotras, tragantones, charlatanes, payasos, y negociantes de mala manera de los infelices esclavos.

¡A ver, ahora... ¿hay quien guarde lo que le dieron sus padres? Y nosotras sí lo guardamos. Allí están nuestros cilindros de telar, allí están las lanzaderas, allí están los cesteillos, allí están los quitasoles...! Y mientras ellos, ¿qué? Nuestros hombres han hecho salir de casa la lanza con hierro y astil, y otros han sido tan viles que en plena batalla echaron lejos el escudo... quitasol de sus espaldas!

Mucho pudiéramos echar en cara las mujeres a los hombres. Uno muy grande nos basta. Era conveniente que, si alguna de nosotras da a luz para la ciudad, útil y provechoso, pongamos por caso, un jefe de batallón tribal, un general en jefe, o cosa así, recibiera su recompensa. Por ejemplo, que le dieran el primer lugar en las fiestas de Estanias, en las Esciras, o en otra fiesta que celebramos.

Y si hay una madre que diera a luz a un flojo y mal forjado, a un inútil, inservible para regir la trireme, o un mal piloto, esa mujer debiera ir con el pelo cortado, siguiendo a la que dio a luz a un gran personaje.

Vamos a ver: Digan si es justo que al lado de la madre de Hipérbolo con su vestido blanco y flotante cabellera, se sienta la madre de Lámaco y que se eternice dando dinero a usura y cuando vayan a pagarle le digan: Después de darnos a esta joya, aún estás sacando al pueblo dinero a mano falsa.

Se aleja el Coro.

MNESILOCO.—Ya me estoy quedando bizco de ver hacia ese lado, por ver si Eurípides llega. Pero ni su sombra. ¿Qué le estorba? Hallado ha a su Palamedes desvergonzado y con frialdad. ¿Con qué drama lo haré venir? ¡Ya: voy a imitar su nueva Helena... al fin estoy vestido de mujer!

ORADORA II.—¿Qué estás haciendo? ¿A qué son esas revueltas de

ojos? ¡Helena, Helena... te va a pesar imitarla! Mejor es que te estés quieto, en tanto que llegan los enviados del Pritáneo.

MNESILOCO. (*Haciendo el papel de Helena.*)

"Del Nilo son las ondas virginales, de ese río que suple al alto cielo.

Baña de blanco limo sus riberas y al pueblo egipcio brinda fértil tierra."

ORADORA II.—¡Por Hécate que eres un buen bribón que lleva la luz alta!

MNESILOCO.—Para mí fue mi tierra un pueblo ilustre.

La gran Esparta, y Tíndaro es mi padre.

ORADORA II.—¡Ay, infeliz! ¿conque tu padre es ése? ¡Fuera mejor Frinondas!

MNESILOCO. — Me llamaron Helena...

ORADORA II.—¿Aún persistes en llamarte Helena, cuando te han descubierto en el intento de tu disfraz primero?

MNESILOCO.—¡Cuántas almas hallaron su partida, allá en la orilla del Escamandro! ¿Por qué estoy con vida yo? Por mí murieron.

ORADORA II.—Ojalá que te hubieras muerto.

MNESILOCO.—¡Estoy yo aquí, mas mi infeliz esposo Menelao no está...! ¿por qué estoy yo con vida?

ORADORA II.—¡Por que no hay cuervos que te coman!

MNESILOCO.—¡Ah qué 'dicha... algo hay que viene a regocijar mi alma!

¡No defraudes, oh Zeus, la esperanza que nace!

Entra Eurípides vestido de Menelao.

EURÍPIDES.—¿Quién de esta regia mansión tiene el mando?

¿Puede acoger a pobres extranjeros que las olas lanzaron a la playa, desamparados por el gran naufragio?

MNESILOCO.—Palacio es de Proteo.

ORADORA II.—¿Pronto? ¿quién es?

¡Tres veces infeliz...! ¿cómo así mientes? Por las dos diosas, si Proteo murió ha diez años.

EURÍPIDES.—“¿A qué playas ahora mi nave llega?”

MNESILOCO.—A Egipto.

EURÍPIDES.—¡Cuánta desdicha, a donde hemos llegado!

ORADORA II.—¡Y crees las tonte-rías que este hombre te cuenta! Estamos en las fiestas Tesmoforias, de Hécate y Proserpina.

EURÍPIDES.—¿Está Proteo visible, o acaso está ausente?

ORADORA II.—¡Loco y mentecato te muestras! ¿No dijiste ha un momento que Proteo ha muerto ha diez años? ¿Y preguntas ahora si está en casa o ausente?

EURÍPIDES.—¡Muerto, ay...! ¿en dónde lo sepultaron?

MNESILOCO.—Esta es su tumba, donde estamos sentados.

ORADORA II.—¡Mala suerte tengas...! ¿cómo dices que un altar es un sepulcro?

EURÍPIDES.—¿Cómo entonces, extran-jera, estás sentada en esa tumba como un asiento y envuelta en manto fúnebre?

MNESILOCO. — Me obligan que comparta el destino del hijo de Proteo y a partir con él el lecho.

ORADORA II.—¿Seguirás tú, bribón, engañando a este extranjero? Oye tú, recién venido: Este es un hombre que se ha entremetido entre nosotras en disfraz para robar nuestras joyas.

MNESILOCO. — Puedes gritar en contra y colmarme de ofensas.

EURÍPIDES. — Dime, extran-jera, ¿quién es esta vieja que te está ofen-diendo?

MNESILOCO.—Es Teone, la hija de Proteo.

ORADORA II.—¡Por las dos diosas, que no soy! Yo soy Cratila, la hija de Antiteo, del demo de Gargeto! Y, tú, eres un bribón.

MNESILOCO. — Hablas en vano. Nunca jamás me casaré con tu her-mano ni a Menelao llegaré a ser traidora, ése mi esposo que en Troya combate.

EURÍPIDES. — Mujer, ¿qué dices? Vuelve hacia mí la luz de tus pupilas.

MNESILOCO. — Siento vergüenza: mis mejillas están rendidas a la ofensa.

EURÍPIDES.—¿Qué es esto? Mudo me quedo. ¡Dioses!, ¿qué es lo que veo? Mujer, ¿quién eres?

MNESILOCO. — Y, tú a tu vez, ¿quién eres? La misma sorpresa me domina.

EURÍPIDES.—¿Griega eres o de esta misma tierra?

MNESILOCO.—Griega soy... pero tú... ¿cuál es tu patria?

EURÍPIDES.—¡Oh mujer, eres tú vi-vo retrato de Helena!

MNESILOCO.—¡Y tú eres Mene-lao... por lo menos en las hierbas que llevas!

EURÍPIDES.—El mismo soy... ves a un desdichado.

MNESILOCO.—¡Llega al fin a brazos de tu esposa! Estréchame a tu pecho, esposo mío, y deja que te col-me yo de besos. Llévame pronto, llévame ya de estos lugares tristes.

ORADORA II.—¡Por las dos diosas, infeliz quien intente llevarte: yo lo quemaré con mi antorcha!

EURÍPIDES.—¿Tú a la que es mi esposa, la hija de Tíndaro, vas a impedir que lleve a mi mansión a Esparta?

ORADORA II. — Ya lo voy viendo... tan bribón uno como otro. Bien se entienden los dos. No es en vano que hayan usado tanto el modo de hablar egipcio. Pero ya le llega a éste la hora del castigo. Veo venir al funcionario del Pritáneo y al arquero.

EURÍPIDES.—Eso está malo. ¡Hay que escabullirse!

MNESILOCO.—Y yo, infeliz, ¿qué hago?

EURÍPIDES.—Queda tranquilo. No te he de abandonar, en tanto que yo aliente, a no ser que me dejen mis argucias.

MNESILOCO.—¡Nada en mi anzuelo cae!

Llega el funcionario del Pritáneo con un arquero que lleva un azote y esposas.

FUNCIONARIO.—¿Ese es el bribón que fue a denunciar Clisenes?

¿Ora tú, por qué clavabas la cara? Anda, arquero, acércate y ponle las esposas. Ponlo allí en medio. Mucho cuidado. Nadie se acerque a éste. Y si lo hace, haz uso de tu azote.

ORADORA II. — Por Zeus, qué bien... hace pocos minutos que estaba a punto de llevárselo otro ratero que arrebatara veloz!

MNESILOCO.—¡Señor Pritáneo, por esta tu mano que tan fácil tiendes, cuando te dan dinero, concédeme una gracia, ya que voy a morir!

FUNCIONARIO.—¿Qué te he de conceder?

MNESILOCO.—Manda al arquero que me desnude todo, antes que me pongan esas argollas. Con esta túnica de color de azafrán y con esta red del pelo y tan viejo yo ya, sería motivo de burla aun para los cuervos que han de comer mi cuerpo.

FUNCIONARIO.—Es que manda el Consejo del Pritáneo que te lleven atado en esa forma para que todos den cuenta de cuán bribón eres.

MNESILOCO.—¡Ay de mí, ay de mí! ¡Ropa azafrán qué males me has causado! ¡Nada me queda por dónde escapar!

Salen el funcionario y su arquero llevando a Mnesíloco.

CORIFEEO.—¡Vamos ahora nosotras, entreguémonos al juego como es norma en estas fiestas cuando nos toca celebrar los misterios de las dos diosas! Pausón mismo las celebra y ayuda en su ocasión. Y pide a las diosas santas que los aumente en su favor.

CORO.—¡Vamos todas, pies veloces! ¡Manos con mano en un círculo, al ritmo de sacra danza! ¡Pies ligeros y ágiles, con el ojo a todos lados y mirando cuidadosas!

ESTROFA I.—Cada grupo cante a

los dioses del Olimpo y con santa alegría baile celebrando sus grandezas.

Y se engaña aquel que piense que en este sacro lugar, por ser yo mujer, vaya a decir mal de los hombres.

ANTISTROFA I.—Pero habrá que intentar, como el hecho lo pide, una danza en ronda llena de dulce armonía.

¡Dios de la hermosa lira y Artemis reina casta: vamos a celebrarlos! ¡En marcha, bellos giros, y gratas volteretas!

¡Salve, dios de la victoria, concede que venzamos!

¡A Hera celebremos que enlaza los matrimonios, ella, que en todo tiempo rige las bellas danzas, a ella que une en amor a los que van al tálamo!

ESTROFA II.—¡Invoco a Hermes que pastores guía, y a Pan y a las Ninfas para que nos regalen su sonrisa y tomen parte en nuestras campesinas danzas!

Vamos, a paso leve y con giro veloz dando el rejuego. Demos gusto al placer, oh mujeres, como es la norma ya que en ayunas vamos.

ANTISTROFA II. — ¡Vuelve hacia acá con rítmicos pasos y da la vuelta en medio de jubilosos cantos!

¡Oh, dios que lira llevas, Baco señor, que pueda yo celebrarte en mis bailes de alegría desbordada!

Y tú Díóniso Bromio, hijo de Zeus e hijo de Semele, tú que vas por los montes regocijado al canto de las Ninfas y das fin a los bailes con el gozoso Ehue Ehue.

Eco de Citerón que te has ligado a los sombríos ribazos de los montes, a los rocosos valles, que al son del viento sin cesar rumorán y que hacen florecer la vid ornada por las hiedras hojosas.

Se va el Coro al fondo y aparece el arquero con Mnesíloco.

ARQUERO.—¡Ahora aquí puedes vociferar a tu antojo!

MNESILOCO.—Arquero, yo te ruego...

ARQUERO.—Nada me ruegues.

MNESILOCO.—Aflójame la argolla de la esposa.

ARQUERO.—Lo voy a hacer.

MNESILOCO.—¡Miserable de mí, me la estás apretando más!

ARQUERO.—¿No quieres más aún?

MNESILOCO. — ¡Ay, ay de mí! ¡Muera de mala muerte!

ARQUERO. — Calla, viejo infeliz. Voy a traer una estera para vigilarle mejor.

MNESILOCO.—¡Estos son los favores que le debo a Eurípides!

Pero... dioses, Zeus salvador... ¿qué miro? Tengo alguna esperanza. Ese hombre no parece abandonarme. Se muestra cual Perseo y quiere que yo remede a Andrómeda. Bien está eso, pues cadenas tengo. ¡Viene a salvarme entonces. No hubiera venido volando, si no fuera así!

Finge ser Andrómeda.

¡Vírgenes amadas, amadas mías, que yo pudiera huir y ocultarme al escita! ¿Me oíste tú que habitas los antros tenebrosos? Deja que yo hallar pueda a mi esposa.

Duro e impío es el que me está encadenando, a mí que soy el más infeliz de los hombres. Pude salir del poder de aquella vieja sucia, pero estoy ahora en manos de un escita que nunca se me aleja y voy a ser el pasto de los cuervos.

¿Lo estáis viendo? Yo ya no puedo ir a las danzas y a la dulce fiesta entre las jóvenes de mi edad, llevando en mis brazos el cestecillo en que se recogen los sufragios, sino que estoy atada puesta en el poder del voraz Glaucetes.

¡Cantad, mujeres, himno, no al himeneo feliz, sino a la dura esclavitud! Infeliz soy y el mal me agobia. ¡Ay infeliz mil veces yo y mis mismos parientes! Ruego llorosa que al Hades mismo conmovier pudiera. ¡Ay, ay de mí!

Ante todo a aquel hombre que me

depiló y me envió a estar entre mujeres, revestido con ropas de color de azafrán.

¡Mala fortuna fue de mi destino ante el numen de Moira inexorable!

¡Perdido en males soy! ¿quién puede dirigirme una mirada en este cúmulo de dolor y amargura? ¿Podrá el astro, acaso, que surca el cielo transportando el fuego, acabar con mi inmensa desdicha?

Ya ver la luz no quiero, la luz que nunca muere, estando como estoy así engrillado y con el cuello duramente aprisionado y ya en camino de la eterna noche, a la mansión oscura de los muertos.

EURÍPIDES.—(*Finge ser Eco.*) — ¡Salve, amada niña! ¡Que a tu padre Cefeo que en esta situación te ha colocado, los dioses lo confundan!

MNESILOCO. (*En su papel de Andrómeda.*)—¿Quién eres tú que así me compadece?

EURÍPIDES.—Eco soy yo. La ninfa que repite como en burla todo lo que oye decir. Esa misma que a Eurípides ayudó a hacer su tragedia hace un año aquí mismo. Anda, hija mía, levanta más doliente tu gemido.

MNESILOCO.—Cuando yo haya gemido tendrás que gemir tú.

EURÍPIDES.—Eso me toca a mí. Ve comenzando.

MNESILOCO.—¡Noche sacra qué larga es tu caminata cuando vas por el cielo en tu alada carroza, y recorres el éter y el venerado Olimpo!

EURÍPIDES.—Olimpo.

MNESILOCO.—¿Por qué razón a Andrómeda tantos infortunios la suerte le asigna?

EURÍPIDES.—La suerte le asigna.

MNESILOCO.—Muerte infeliz.

EURÍPIDES.—Muerte infeliz.

MNESILOCO.—Me estás matando, vieja, con tu charloteo.

EURÍPIDES.—Con tu charloteo.

MNESILOCO.—Por Zeus ya no te aguanto, estás insoportable.

EURÍPIDES.—Insoportable.

MNESILOCO.—Deja que diga yo mi endecha y damos fin.

EURÍPIDES.—Damos fin.

MNESILOCO.—Vete a los cuervos.

EURÍPIDES.—Vete a los cuervos.

MNESILOCO.—¡Qué desgracia!

EURÍPIDES.—¡Qué desgracia!

MNESILOCO.—Estás delirando.

EURÍPIDES.—Estás delirando.

MNESILOCO.—¡Ay de mí!

EURÍPIDES.—¡Ay de mí!

MNESILOCO.—Quéjate aún.

EURÍPIDES.—Quéjate aún.

ARQUERO. (*Regresa con su estera.*)

¿Quién es ése que parla?

EURÍPIDES.—¿Quién es ése que parla?

ARQUERO.—Llamaré a los pritáneos.

EURÍPIDES.—Llamaré a los pritáneos.

ARQUERO.—¿Qué mal?

EURÍPIDES.—¿Qué mal?

ARQUERO.—¿Esa voz de dónde viene?

EURÍPIDES.—¿Esa voz de dónde viene?

ARQUERO.—¿Hablas tú?

EURÍPIDES.—¿Hablas tú?

ARQUERO.—Cúdate.

EURÍPIDES.—Cúdate.

ARQUERO.—¡Te burlas de mí!

EURÍPIDES.—¡Te burlas de mí?

MNESILOCO.—No soy yo, es la mujer que está a tu lado.

EURÍPIDES.—Está a tu lado.

ARQUERO.—¿Dónde está la malvada?

MNESILOCO.—Ya va huyendo.

ARQUERO.—¿Dónde, dónde te es-
capas?

EURÍPIDES.—¿Dónde, dónde te es-
capas?

ARQUERO.—No te escabullirás.

EURÍPIDES.—No te escabullirás.

ARQUERO.—¿Aún sigues con tu charla?

EURÍPIDES.—¿Aún sigues con tu charla?

ARQUERO.—Detengan a esa infame.

EURÍPIDES.—Detengan a esa infame.

ARQUERO.—Abominable y parlera mujer...

EURÍPIDES. (*Se descubre con el alisfraz de Perseo.*)—

“Dioses, ¿a qué región de bárbaros he llegado en rauda vuelo?

Perseo soy yo, y voy por el éter abriéndome camino con alado pie.

A Argos me dirijo y llevo conmigo la cabeza de Gorgona.”

ARQUERO.—¿Qué dices? ¿Llevas la cabeza de Gorgo el escribano?

EURÍPIDES.—De la Gorgona dije.

ARQUERO.—Entonces es de Gorgo.

EURÍPIDES.—¿Qué veo? ¿qué es esta roca y quién es esta virgen similar a los dioses que miro encadenada, cual una nave al puerto?

MNESILOCO.—¡Extranjero, tenme piedad, estoy toda abrumada de penas: rompe mis ataduras!

ARQUERO.—¿Aun estás parloteando, cuando vas a morir? ¡Malvada y aún te atreves a chistar!

EURÍPIDES.—“Virgen, cuando te miro atada me conmuevo.”

ARQUERO.—¿Qué virgen, ni qué virgen... es un viejo perverso, ladrón y buen canalla!

EURÍPIDES.—¡Te equivocas, escita, es Andrómeda la hija de Cefeo!

ARQUERO. (*Levanta la ropa de Mnesíloco.*)—Mírale el palo duro, ¿te parece pequeño?

EURÍPIDES.—Dame tu mano, escita, que yo la toque. Todos los hombres tenemos flaquezas, y yo estoy enamorado de esta muchacha.

ARQUERO.—No te tengo envidia. Si está de lado, no tengo la culpa. Tú ponlo a tu gusto.

EURÍPIDES.—Deja que la desate. Deja que yo a sus brazos venga y lleve a mi esposa al floreciente lecho.

ARQUERO.—Tanto te gusta el viejo y quieres abrochártelo, dale a la esposa vuelta y haz tu gusto.

EURÍPIDES.—Primero le soltaré las ataduras.

ARQUERO.—Entonces habrá azotes.

EURÍPIDES.—Lo haré de todos modos.

ARQUERO.—Te rajo la cabeza con mi espada.

EURÍPIDES.—“Ah, ¿qué hago ahora? ¿a qué razones acudo?”

¡Bárbaro corazón no las admite.

Vano empeño es a necios dar dichos de nueva sabiduría

Voy a buscar un medio que se adapte a su incultura.”

Sale Eurípides.

ARQUERO.—¡Zorro maldito, intenta engatusarme!

MNESILOCO.—Ten presente, Perseo, en qué situación me dejas, sin auxilio.

ARQUERO.—¡Por lo que veo, tú quieres recibir tus azotes!

CORO: ESTROFA.—Norma y ley es invocar a Palas amante de las danzas y llamarla a tomar parte en ellas. Ella que es libre de yugo y protege esta ciudad. Ella que por sí sola mantiene el poder y lleva las llaves de la ciudad.

¡Ven, adversa a los tiranos, ven a unirte al pueblo femenino, ven y tráenos dulce paz!

ANTISTROFA. — ¡Vosotras venid también, reinas de esta región, de estos bosques que son vuestros; venid gratas y risueñas, a esta zona que los hombres no profanan con sus ojos y vosotras ante la luz de las lámparas radiantes dejáis ver el rostro inmortal!

Venid como lo rogamos. Tasmóforas venerables, y si ya alguna vez os habéis dignado venir, venid ahora de nuevo a dar oído a nuestros votos.

Entran Eurípides, ya sin disfraz, y dos personas. Uno es un flautista y otra es una bailarina.

EURÍPIDES.—Señoras, queréis hacer las paces conmigo, ¿o no? Esta es la hora precisa. Y yo me comprometo a no decir jamás mala palabra contra vosotras. Esto es lo que yo propongo.

CORIFE0.—¿A propósito de qué nos vienes a hacer ahora proposiciones?

EURÍPIDES.—Ese hombre esposado y atado a esta columna es mi suegro. Si se me entrega, nunca más diré palabra ofensiva contra vosotras. Pero si no me lo entregáis, cuando regresen de la guerra los maridos yo les iré a contar punto por punto en qué habéis estado entretenidas.

CORIFE0.—Por nosotras todo está, pero aquí está este arquero y tiene que convencerlo.

EURÍPIDES.—Eso me toca a mí. Ten presente, Ciervita, de hacer lo que te dije en el camino. Así, da un paso adelante y tres atrás, alzándote la falda. Y tú, flautista, Teredón, toca un son persa.

Se ponen a obrar como se les dice y entretanto Eurípides se disfraza de vieja.

ARQUERO.—¿Qué musiquita es ésta? ¿Es un jotillo el que me despierta?

EURÍPIDES. (*Ya de vieja.*)—Esta muchacha quiere hacer ejercicio de su arte porque va a bailar entre ciertas personas.

ARQUERO.—Que baile y que se ejercite. No se lo estorbo yo. Mal no lo hace. Ya salta como pulga en zalea.

EURÍPIDES.—¡Anda, niña, deja ese vestido, y ve a sentarte a la rodilla del arquero. Alarga el pie, que voy a descalzarte.

ARQUERO. — Aquí, aquí, sienta bien... chiquita linda... (*Comienza a descalzarla Eurípides.*) ¡Qué pechitos, qué pechitos y duritos, sí, duritos!

Se pone a bailar la danzarina enteramente desnuda.

EURÍPIDES. — Toca, flautista, toca... ¿no tienes más tonos de Escitia?

ARQUERO.—¡Qué nalgas tan hermosas tiene...! ¡No te pongas delante! ¡Ay, qué bien dispuesto estoy!

EURÍPIDES. (*A la danzarina.*)—¡Vís-tete ya, que nos vamos.

ARQUERO.—Y para mí, ¿ni un besito?

EURÍPIDES. — Bailarina, dale un beso.

ARQUERO.—¡Ay, ay, ay... qué sabrosa es su lengua, y qué miel... ni la de la Atica...! ¿No te quedas a dormir conmigo?

EURÍPIDES.—Nos vamos, arquero. Eso no puede ser.

ARQUERO. — ¡Anda, viejita linda, concédeme esa gracia!

EURÍPIDES. — Eso te cuesta un dracma.

ARQUERO.—Lo tienes, aquí está.

EURÍPIDES.—Echa la plata.

ARQUERO.—No tengo... ¿quieres mi carcaj? Te traigo luego a la china. Vente, mi vida. Y tú, cuidame bien a ese viejo. Oye, ¿cómo te llamas?

EURÍPIDES.—Yo me llamo Artemisia.

ARQUERO. — ¿Conque Artamuxia, o no?

Sale con la bailarina.

EURÍPIDES. — ¡Diestro en tretas, Hermes, todo hasta aquí has hecho bien! Vete tú, flautista, ve con la bailarina, en tanto que yo desato a éste.

Tú, ya que estés libre, corre y refúglate entre tus hijos al abrigo de tu mujer.

MNESILOCO.—Primero es verme libre. Luego yo sabré qué hago.

EURÍPIDES.—¡Ya estás... a correr luego... no vaya a venir el arquero y te atrape!

MNESILOCO.—Eso hago ya.

Salen los dos. Regresa el arquero.

ARQUERO. — ¡Viejita linda, qué preciosa hija tienes! ¡Qué amable, qué complaciente! ¡Nada de remilgos...! Pero... ¿la vieja dónde está? Y el viejo que estaba a mi guarda... ¿qué fue de él? Viejita, viejita... no está bien eso... ¡Artamuxia...! ¡Me engañó!

Eso que hay, qué es en el suelo... una vaina... vaina, vaina, bien llamada, porque me sacó todo. ¡Desdichado!, ¿qué hago ahora?

Artamuxia, ven acá. ¿Viejita, qué haré ahora?

CORO. — ¿Estás preguntando por una vieja que llevaba harpa?

ARQUERO. — Esa, ésa... ¿tú la viste?

CORIFEO.—Hace rato que se fue y la iba siguiendo un viejo.

ARQUERO.—¿El con ropa color de azafrán?

CORIFEO.—Eso. Si vas en pos de ellos, los alcanzas.

ARQUERO. — ¡Vieja infame...! ¿por dónde se habrá ido? ¿Por dónde voy? ¡Artamuxia!

CORIFEO.—Vete a la derecha... ¿a dónde corres? ¿Regresas ahora? Ven por el otro lado.

ARQUERO.—¡Infeliz...!, ya corrí y ¿Artamuxia?

CORIFEO. — Corre, sigue corriendo... que un viento benigno te lleve a donde te coman los cuervos.

Es hora ya de terminar el juego. Cada quien a su casa.

¡Ojalá las Tesmóforas se mostraran propicias en favor de lo que aquí hemos hecho!

LAS RANAS

INTRODUCCION

Otro drama de Aristófanes en que hace servir a la comedia como campo de crítica social, política y literaria. Podría pensarse en dos dramas unidos mediante la parábasis. En el primero se introduce el viaje de Dióniso al Averno en busca de un buen trágico. Es donde el poeta hace gala de su fantasía. La segunda parte, o segundo drama si se quiere, es el juicio de Esquilo y Eurípides, que alegan sus méritos para regresar al mundo superior llevados por Dióniso. Triunfa Esquilo que se va triunfante. En esta parte muestra Aristófanes su ingenio y su mordacidad indudables.

En la primera parte el coro está formado por Ranas, de donde el nombre de toda la pieza. En la segunda, son los dichosos del más allá que vienen a cortejar y celebrar a Dióniso.

La comedia fue representada en 405 a. C. Sacó el primer premio. No aparece el poeta con su nombre, sino con el de Filónides. El mundo de Atenas estaba agitado especialmente en el orden político. Un breve esquema nos dará cuenta de la situación.

La democracia de Atenas había cedido el lugar a la oligarquía de los Cuatrocientos. Este gobierno se impuso por el terror y acabó por concertar un tratado con Esparta. Dura en el poder unos cuatro meses y medio y, en septiembre de 411 a. C. es echado abajo por la constitución de los Cinco Mil, que intentaba ser una contemporización entre oligarcas y demócratas. Bien vista al principio, acabó por hacerse odiosa, entre otros motivos por el de haber suprimido los salarios de los magistrados. Dura unos cuantos meses y en 410 nos hallamos en la vieja disposición. Cleofonte, agitador de esos tiempos, que había sustituido a Cleonte e Hipérbolo, restaura los salarios y crea uno nuevo. Es la paga de dos óbolos que hace pesado el rendimiento al fisco. Por otra parte, es un régimen violento, de suspicacias y de denuncias.

Atenas va perdiendo hegemonía. Varias ciudades se separan. Entra Alcibiades en escena, con poca fortuna. Viene el desastre.

Aprovecha Aristófanes esta situación para dar a luz sus mordacidades contra el régimen.

Ve al lado de la creación artística y se halla con que Eurípides ha muerto en 407 a. C., Sófocles en 406. Nadie hay ya que pueda salvar a la musa trágica, alma de la vida de Atenas. Hay que salvar lo más bello que Atenas ha tenido. Es cuando trama su comedia. Va a ir en busca, Dióniso, de poetas de veras. Irá hasta el Hades. Dióniso baja al

Averno, con episodios, que hacen el deleite de los espectadores, aunque para nosotros son remotos y exigen grandes aclaraciones.

El juicio que se hace ante Plutón para elegir al poeta que va a subir al mundo es de los más regocijados, aunque nosotros captamos poco de sus ingeniosas alusiones. Exigiría un gran comentario que en esta forma de ediciones no es posible dar.

Esta comedia es de las más representativas del genio de Aristófanes. Y su lectura hará que se perciba mejor su estilo, al mismo tiempo chocarrero y atildado. Es una de las más difíciles de dar en otra lengua y aunque me he empeñado en no serle infiel, me temo mucho que he quedado, aquí más que en parte alguna, a mil leguas del original. Me salve el propósito de haber intentado dar algo de su bella vitalidad.

LAS RANAS

ESCENARIO

Dos casas al fondo. Una de Heracles, a la derecha; la de Plutón, a la izquierda. Llegan Dióniso y su esclavo Jantias.

Más tarde la escena es en casa de Plutón.

Dióniso lleva coturnos, vestido amarillo color de azafrán, de hechura femenina, y sobre él una piel de león. En la mano lleva la clava. Su esclavo va sobre un asno y lleva un cayado en forma de horquilla y de él cuelga el equipaje de su amo.

PERSONAS

JANTIAS ESCLAVO DE

DIÓNISO.

HERACLÉS.

UN MUERTO.

CARONTE.

CORO DE RANAS.

CORO DE INICIADOS.

EACO.

UNA CRIADA DE PROSERPINA.

DOS TABERNAS DE PLUTÓN.

EURÍPIDES.

ESQUILO.

PLUTÓN.

LAS RANAS

JANTIAS.—Amo, ¿no digo un chiste de éstos ya bien gastados, pero que aún hacen reír al público?

DIÓNISO.—Di, por Zeus, lo que quieras, con tal que no repitas lo de los poetas chirles: Ya no puedo más. El que no puede más con mi billy soy yo al oírlo.

JANTIAS.—¿Y cuál otro tampoco?

DIÓNISO.—Ese que dice “Estoy hecho trizas...”

JANTIAS.—¿Qué pues? ¿Nada digo que dé gusto?

DIÓNISO.—¡Di lo que quieras, sin temor alguno. Sólo una cosa prohíbo. Que cuando tengas que mudar de carga el hato, digas: Ya me anda de cagar...!

JANTIAS.—Y si nadie me ayuda a soportar tanto peso ¿no podré desahogarme echando un vientecito?

DIÓNISO.—No, pues, ¿no ves que si lo haces me obligas a vomitar?

JANTIAS.—¿Para qué, entonces, cargar tan gran fardo, si no me dejan hacer lo que hacen Frinicos, Lileia, Amipsias cuando van cargando algo en sus comedias?

DIÓNISO.—No lo hagas ahora. Cuando yo vengo como espectador y cuando veo esta serie de sofismas, me voy envejeciendo con un año.

JANTIAS.—Tres veces infeliz, Jantias, ya se me dobla la cerviz al peso y no me dejan que haga siquiera un chistecito.

DIÓNISO.—¡Ya ven a dónde llega su desfachatez, su flojedad y holgazanería! Yo, Dióniso, soy hijo de la eupa y voy caminando a pie con fatigosos pasos, y a éste le cedo la montura para que vaya cómodo y nada tenga que cargar.

JANTIAS.—Pues, qué, ¿no voy cargando?

DIÓNISO.—¿Cómo has de ir cargando, si te cargan a ti?

JANTIAS.—Pero cargo todo esto.

DIÓNISO.—¿En qué forma?

JANTIAS.—Con grande pena.

DIÓNISO.—¿No es la carga que cargas cargada por el burro?

JANTIAS.—No, por Zeus que no, lo que yo cargo no lo carga él.

DIÓNISO.—¿Cómo la cargas tú, si otro te va cargando?

JANTIAS.—No sé cómo será, el caso es que mi espalda está rendida.

DIÓNISO.—Puesto que dices que de nada te sirve el asno, bájate y ve cargando tú solo.

JANTIAS.—¡Pobrecito de mí que no estuve en el combate naval último: ya te hubiera mandado a la perica!

DIÓNISO.—Bájate ya, malhora, que he llegado al principio de mi intento, tras tanta caminata. Esta es aquella puerta a la que primero tengo que llamar. (*Toca a la puerta de Heraclés.*)

¡Muchacho, muchacho... te hablo!

HERACLÉS. (*Abre su puerta.*) — ¿Quién me golpea la puerta? Tiene fuerza de centauro, sea el que sea. Vamos, ¿quién es?

DIÓNISO.—El muchacho.

JANTIAS.—¿Qué fue?

DIÓNISO.—¿No te fijaste?

JANTIAS.—¿En qué?

DIÓNISO.—En que le metí miedo.

JANTIAS.—Por Zeus que no, pero, ¿no estás tú loco?

HERACLÉS.— ¡Por Démeter que no! Pero tampoco puedo aguantarme la risa. Aunque me muerda los labios sigo riendo.

DIÓNISO.—Acércate, malvado, algo he de preguntarte.

HERACLÉS.—Es que no puedo reprimir la risa... ¡Una piel de león sobre un ropaje de prostituta! ¿Qué es eso? Y la clava en la mano con coturnos en los pies. ¿De dónde vienes tú?

DIÓNISO.—Es que yo me monto en Clístenes.

HERACLÉS.—¿Y qué ha dado su entrada?

DIÓNISO.—Vencimos los bajeles enemigos unos doce o trece.

HERACLÉS.—¿Los dos?

DIÓNISO.—¡Sí, por Apolo!

JANTIAS.—¡Ahora voy despertando!

DIÓNISO.—Iba yo en la nave leyendo la Andrómeda para mí solo... y de repente me invadió un gran deseo, muy potente y brioso.

HERACLÉS.—¿Un deseo, qué deseo? Y ¿qué tan grande era?

DIÓNISO.—Chico... como Molón.

HERACLÉS.—¿Un deseo de mujer?

DIÓNISO.—No por cierto.

HERACLÉS.—¿Un deseo de un muchacho?

DIÓNISO.—Tampoco.

HERACLÉS.—¿Entonces el de un hombre?

DIÓNISO.—¡Eso, eso!

HERACLÉS.—Es que alguna vez has estado con Clístenes.

DIÓNISO.—No te burles, hermano. No, que me siento mal y muy de veras. Me vuelve loco esta pasión.

HERACLÉS.—Pues ¿cuál es, hermanito?

DIÓNISO.—No sé cómo decirlo. Hablaré con enigmas... ¿No te ha sucedido que a veces tienes grandes ganas de comer puré?

HERACLÉS.—¿De puré? ¡Fuchi, y muchas veces en mi vida!

DIÓNISO.—¿Estoy hablando claro, o habré de hacerlo más?

HERACLÉS.—Por lo que toca al puré, he comprendido bien.

DIÓNISO.—¡Esa es el ansia que tengo de Eurípides!

HERACLÉS.—¡Con que se trata de un muerto!

DIÓNISO.—Y nadie hay en el mundo que me disuada de ir a buscarlo.

HERACLÉS.—¿Hasta el fondo del Hades?

DIÓNISO.—¡Por Zeus que sí, y más abajo si es posible!

HERACLÉS.—¿Qué quieres de él?

DIÓNISO.—Tengo necesidad de un poeta capaz, que:

“Unos no son poetas; otros son detestables.”

HERACLÉS.—¿Ya no vive Yofón?

DIÓNISO.—Es lo único bueno que nos queda y... ¡sin embargo!

HERACLÉS.—Si vas a sacar un poeta de allá abajo, ¿no sería mejor a Sófocles, que sobrepasa a Eurípides?

DIÓNISO.—No. Primero quiero ver qué tanto puede Yofón sin la ayuda de Sófocles. Muy marrullero es Eurípides y hará por escabullirse de mí. El otro, pacífico acá arriba, pacífico allá abajo.

HERACLÉS.—¿Y Agatón en dónde está?

DIÓNISO.—Se fue y me dejó. Es un buen poeta que aman muchos sus amigos.

HERACLÉS.—¿A qué tierra fue el infame?

DIÓNISO.—Al banquete de los bienaventurados.

HERACLÉS.—¿Y Jenocles?

DIÓNISO.—¡Qué perezca, por Zeus!

HERACLÉS.—¿Y Pitángelos?

JANTIAS.—¡Hablan y hablan y yo... me estoy aquí de plantón!

HERACLÉS.—Pero, ¿qué no hay tantos jóvenes que componen tragedias acaso más de diez mil, que vencen a Eurípides en parlería?

DIÓNISO.—¡Charlatanería pura, no más que hablar y hablar; canto de golondrinas, corruptores del arte! Se acaban en un punto. Apenas se vaciaron una vez sobre la musa trágica y quedan extenuados. Pero aunque busques no vas a hallar un poeta potente y con savia que nos haga oír una palabra digna.

HERACLÉS.—¿Qué es eso de potente y con savia?

DIÓNISO.—Sí, señor. Como el que lanza al viento expresiones como éstas: “Oh éter, habitación de Zeus”.

“el pie del tiempo”, o “El corazón no quiere jurar por las víctimas, pero la lengua jura contra el corazón”.

HERACLÉS.—¿Y eso te gusta a ti?

DIÓNISO.—Mucho más que loco soy.

HERACLÉS.—Y son puras tonterías; acabas de reconocerlo.

DIÓNISO.—¡No mores en mi alma... ya tienes tu hospedaje!

HERACLÉS.—Es lo que me parece detestable.

JANTIAS.—Y de mí, ni una palabra.

DIÓNISO.—Enséñame cómo se va a un banquete.

Y oye ahora por qué ando vestido así como tú. Para que me digas en caso necesario quiénes fueron los huéspedes que te recibieron cuando fuiste en busca del Cerbero; dime cómo son los puertos, las panaderías, los burdeles, los sitios de estacionamiento, las encrucijadas, las fuentes, las calles, barrios, hoteles, y los hoteles donde haya menos chinches.

JANTIAS.—Y de mí, ni una palabra.

HERACLÉS.—Desdichado!, ¿insistes en ir?

DIÓNISO.—Y tú en nada te pongas contra mí, antes bien dime cuál es el mejor camino para llegar pronto a la hondura del Hades. Y no me vayas a decir de uno muy frío o muy caliente.

HERACLÉS.—¿Qué camino? ¿Cuál te diré primero? Hay uno fácil: un bordel, un banquito, te subes en éste y te cuelgas de la cuerda y das un puntapié al banco.

DIÓNISO.—Entonces hay que ahorrarse.

HERACLÉS.—Hay otro más fácil: el mortero y...

DIÓNISO.—¡La cicuta, ya sé qué quieres decir!

HERACLÉS.—¡Eso precisamente!

DIÓNISO.—Eso es frío, congelante, y luego se le hinchan a uno las plernas.

HERACLÉS.—¿Quieres que te diga un modo rápido y de caída?

DIÓNISO.—¡Por Zeus que sí, yo soy buen andarín!

HERACLÉS.—Ahora súbete al Cerámico.

DIÓNISO.—Y luego, ¿qué?

HERACLÉS.—Te trepas hasta la torre más alta.

DIÓNISO.—Y, ¿qué hago?

HERACLÉS.—Fijos los ojos en la lámpara del juego permaneces ahí y cuando griten: ¡Echala!, te arrojarás tú mismo.

DIÓNISO.—¿Yo, a dónde?

HERACLÉS.—Hacia abajo.

DIÓNISO.—Por lo menos se me rompen dos tablillas de la cabeza. Por ese camino sí que no voy.

HERACLÉS.—¿Qué pues?

DIÓNISO.—Por el mismo camino por el que tú fuiste.

HERACLÉS.—Ese camino es largo. Primero llegarás a una laguna de enorme extensión y bien honda.

DIÓNISO.—¿Cómo la paso?

HERACLÉS.—En un barquito de este tamaño un hombre viejo te pasará, pagándole tú dos óbolos.

DIÓNISO.—¡Ay, qué poder tienen los óbolos por todas partes! ¿Cómo pudieron llegar hasta allá?

HERACLÉS.—Los llevó Teseo. Más adelante verás muchísimas serpientes y monstruos horribles.

DIÓNISO.—No intentes meterme miedo. Ni creas que yo retroceda.

HERACLÉS.—Luego hallarás una enorme ciénaga de inmundicias y revolviéndose en ellas a los que acaso alguna vez faltaron a los deberes que se tienen con los huéspedes, a los que después de abusar de un muchacho le negaron el pago, a los que golpearon a su madre, o le dieron bofetadas a su padre, a los que juraron y no cumplieron su juramento.

DIÓNISO.—¡Por los dioses! Habría que agregar allí a los que aprendieron a bailar la danza pírrica de Cinesias, o a los que se pusieron a copiar alguna parte de los versos de Morsimo.

HERACLÉS.—Más adelante oirás el dulce son de flautas. Verás una luz muy bella como la de acá arriba

que ilumina bosques de mirtos. Hallarás grupos rituales de hombres y mujeres y oirás aplausos jubilosos.

DIÓNISO.—¿Y ésos quiénes son?

HERACLÉS.—Los iniciados en los misterios.

JANTIAS.—Por Zeus, yo voy cargando los misterios y ya me rindo al peso. Soy el asno bendito. No aguanto más. Voy a ir descargando.

Comienza a despojarse de sus fardos.

HERACLÉS.—Allí te darán todos los informes. Viven en el mismo camino que lleva a casa de Plutón. Vaya, hermano, buen viaje.

Se mete Heracles.

DIÓNISO.—Bien te quedes, hermano. (*A Jantias.*) —Toma luego los fardos.

JANTIAS.—¿Antes de haberlos descargado?

DIÓNISO.—¡Rápido y luego, luego!

JANTIAS.—No, por favor. Mejor búscate un muerto de los que han de ir a fuerza por ese camino.

DIÓNISO.—¿Y si no lo encuentro?

JANTIAS.—Entonces me llevas a mí.

DIÓNISO. — Bien dicho... Mira aquí mismo traen un muerto que van a sepultar... ¡Eh, muerto, a ti hablo: ¿no quieres llevarme cargando estos bultos al Hades?

EL MUERTO.—¿Qué cosa es?

DIÓNISO.—Esto.

MUERTO.—¿Me pagarás dos dracmas por eso?

DIÓNISO.—¡Por Zeus, que sea menos!

MUERTO. (*A los que lo cargan.*)—Sigan adelante.

DIÓNISO.—¡Espérate, malvado, a ver si nos arreglamos!

MUERTO.—Si no me das dos dracmas, ni hablar.

DIÓNISO.—Te daré nueve óbolos.

MUERTO.—¡Mejor resucito!

JANTIAS.—¡Qué pelado es ése! ¿No lo castigarán? ¡Iré yo mismo!

DIÓNISO.—Eres un buen muchacho. Vamos a la barca.

Muda la escena y se ve el río de Aqueronte con el barquero.

CARONTE.—¡Ora, arriba!

JANTIAS.—¿Y eso qué es?

DIÓNISO.—Eso es la laguna de que nos habló Heracles.

JANTIAS.—¡Por Poseidón, ése es Caronte mismo!

DIÓNISO.—¡Salve, Caronte, salve, Caronte, salve, Caronte!

CARONTE.—¿Quién llega de en medio de desdichas y angustias al país del reposo? ¿Quién a las llanuras de Leteo, a donde se trasquilan los burros, a tierra de cerberianos, a casa de los cuervos, al Tenaro?

DIÓNISO.—Yo.

CARONTE.—Sube ya y pronto.

DIÓNISO.—¿De veras me llevas a la región de los cuervos?

CARONTE.—Por Zeus que sí, y al momento, arriba.

DIÓNISO.—Muchacho, vente.

CARONTE.—Yo no paso al esclavo, a no ser que haya luchado en batalla naval para defender su carne.

JANTIAS.—¡Por Zeus, no estuve allí, que me dolían los ojos!

CARONTE.—¿Quiéres entonces dar una vuelta a la laguna?

JANTIAS.—Y, ¿dónde los espero?

CARONTE.—En piedra de No hay agua, junto al estacionamiento.

DIÓNISO.—¿Te diste cuenta?

JANTIAS.—Muy bien que sí, desdichado de mí, ¿qué encuentro tendría yo cuando salí?

CARONTE.—Va, siéntate cerca del remo... ¿hay alguien que quiera pasar? ¡Listo, listo! Pero ¿qué haces tú?

DIÓNISO.—¿No dices que me sienten en el remo? Eso hago.

CARONTE.—¡Echate allá, panzón!

DIÓNISO.—Mírame.

CARONTE.—¿Vas a tender los brazos, sí o no?

DIÓNISO.—Mírame.

CARONTE.—No me hagas ya chistes. Apoya bien los pies y rema con empuje.

DIÓNISO.—¿Cómo voy a poder, si soy sin práctica... nunca anduve

en el mar, nunca fui a Salamina... cómo sabré remar?

CARONTE.—Eso es fácil. Luego que empuñes bien tu remo vas a oír preciosos cantos.

DIÓNISO.—¿Cantos, de quién?

CARONTE.—De ranas, que son como cisnes... estupendos cantos.

DIÓNISO.—Vaya, da tus órdenes.

CARONTE.—¡Epa, epa, epa!

Comienza a navegar la barca y se oye el ruido de las Ranas que no se ven.

CORO DE RANAS. — Rac rac rac. Cuac cuac cuac. Hijas lacustres de las fuentes, vamos a hacer oír el delicioso armónico canto de nuestros himnos. ¡Qué bello es! Rac rac rac. Cuac cuac cuac.

¡Canto que alzamos en honor de Dióniso el de Niseo, el hijo de Zeus, y lo hacemos resonar en las fiestas de Limnes, cuando la multitud va plena de vino y lleva sus ollas y va a buscar nuestro templo! Rac rac rac. Cuac cuac cuac.

DIÓNISO.—¡Ya me comienzan a doler las nalgas, amadas ranas del cuac cuac, pero a ustedes qué les importa!

RANAS.—Rac rac cuac cuac.

DIÓNISO.—Es igual para ustedes.

RANAS.—Rac rac cuac cuac.

DIÓNISO.—¡Revienten con su cuac cuac! ¿No tienen más que cuac cuac?

RANAS.—Y claro que no. Tú andas en todo y no sabes nada. A mí me aman las Musas de bellas liras y me ama Pan cornípedo, que tanto se complace en tocar su caramillo. También somos encanto de Apolo que porta cítara, porque yo hago que crezca en las ciénagas el carrizo que forma su soporte. Y yo hago abundar en la laguna el agua floreciente. Rac rac cuac cuac.

DIÓNISO.—Y yo ya tengo ámpulas en el trasero. Y suda y suda y ya estoy pensando que muy pronto comenzaré también a cantar rac rac cuac cuac. Pero por favor, cállense.

RANAS.—¿Callar, por qué? Antes,

al contrario, vamos a dar más fuerte nuestra voz y es que en días serenos de luciente sol, vamos saltando entre juncos y tules regocijadas de nuestras melodías, cantando nuestros himnos que cada día cantamos al ir nadando. Y cuando Zeus nos envía un aguacero, allá, bien protegidas en el fondo del agua, seguimos nuestros cantos al compás de las gotas que se desploman. Rac rac cuac cuac.

DIÓNISO.—Ya no más. No haya canto.

RANAS.—Eso no. Fuerte fuera para nosotras.

DIÓNISO.—Más fuerte es para mí ir remando.

RANAS.—Rac rac rac cuac cuac cuac.

DIÓNISO. — ¡Sigán con su chillido... a mí nada me importa!

RANAS.—Pues seguiremos croando de la mañana a la noche, el día entero.

DIÓNISO.—No me van a ganar. También yo digo rac rac rac cuac cuac cuac y con todo mi brío. Y pondré mi grito sobre el vuestro. Rac rac rac cuac cuac cuac. ¿Ya ven cómo las callo?

CARONTE.—Ya pues... detén, detén, deja los remos quietos. Bájate y paga el pasaje.

DIÓNISO.—Toma, éstos son tus dos óbolos. Jantias, Jantias, ¿por dónde andas?

JANTIAS.—¿Qué?

DIÓNISO.—Ven para acá.

JANTIAS.—Mi amo, felicidades.

DIÓNISO.—¿Qué hay por allí?

JANTIAS.—Tinieblas y fango.

DIÓNISO.—¿Viste por ahí a los parricidas y a los perjuros de que nos habló éste?

JANTIAS.—¿Y tú no?

DIÓNISO.—¡Por Poseidón que sí, ya los estoy mirando. (Ve a los espectadores.) Y ahora, ¿qué hacemos?

JANTIAS.—Es mejor que avancemos porque éste es el sitio donde dijo él que estaban las fieras monstruosas.

DIÓNISO.—¡Ya me las pagará! El

fantaseaba en grande para meterme miedo. Como sabe que yo soy de guerra, se sentía envidioso.

“Nada hay tan temible como Heracles”, dicen. Pero yo quiero encontrarme con uno de esos monstruos y así mi viaje me dará fama.

JANTIAS.—¡Por Zeus, estoy oyendo ruido!

DIÓNISO.—¿Sí? ¿dónde, dónde?

JANTIAS.—Por allá atrás.

DIÓNISO.—Pásate para atrás.

JANTIAS.—No, es por allá adelante.

DIÓNISO.—Pásate para adelante.

JANTIAS. — ¡Ay Zeus, que estoy viendo un monstruo enorme!

DIÓNISO.—¿Cómo es?

JANTIAS.—Espantoso. Va tomando toda clase de formas. Ya se ve como un buey, ya se ve como una mula, y ahora como una preciosa mujer.

DIÓNISO.—¿Dónde está? Que yo corro a encontrarlo.

JANTIAS.—Pero ya no es mujer... ahora es un perro.

DIÓNISO.—Entonces es la Empusa.

JANTIAS.—Toda su cara va derramando llamas.

DIÓNISO.—¿No tiene una pata de bronce?

JANTIAS.—¡Por Poseidón que sí y la otra de bogiña! ¡Sábetelo bien!

DIÓNISO.—¿Dónde me esconderé?

JANTIAS.—¿Y dónde yo?

DIÓNISO.—Sacerdote, sálvame... si no, no estaré contigo en el festín... (*Se dirige al sacerdote de Dióniso que presidía la celebración.*)

JANTIAS.—¡Nos lleva la trampa, por Heracles!

DIÓNISO.—Ni me lo mientes, no pronuncies su nombre.

JANTIAS.—Oh Dióniso, ¿entonces?

DIÓNISO.—Mucho menos aún.

JANTIAS.—Sigue adelante, sigue... ¡Aquí, aquí, mi amo!

DIÓNISO.—¿Qué hay?

JANTIAS.—Ten confianza. Todo lo hallamos bueno. Y nos toca decir como Hegueloco:

“Tras de la tormenta estoy viendo al gato.”

Pero ya se fue la Empusa.

DIÓNISO.—Me lo juras.

JANTIAS.—¡Sí, por Zeus!

DIÓNISO.—Jura otra vez.

JANTIAS.—¡Sí, por Zeus!

DIÓNISO.—Jura una vez más.

JANTIAS.—¡Por Zeus lo juro!

DIÓNISO.—¡Ay, cómo me puse pálido al ver esta estantigua!

JANTIAS.—Y esta capa también se ruborizó de miedo. (*Mostrando la capa de Dióniso que se orinó en ella.*)

DIÓNISO.—¿De dónde provienen estos infortunios que me van cayendo encima? ¿A qué dios acusaré de quererme perder?

“El éter casa de Zeus” o “el pie del tiempo...”

Se oyen flautas en el interior.

JANTIAS.—¡Epa tú!

DIÓNISO.—¿Qué hay?

JANTIAS.—¿No oíste?

DIÓNISO.—¿A quién?

JANTIAS.—¡Un soplo de flautas!

DIÓNISO.—Yo ya oí. Y el olor de las antorchas ha llegado hasta mí. Todo eso pertenece a los misterios. Vamos a callarnos y oír con calma.

Se oye lejana la voz del Coro de iniciados.

CORO.—Iho iho. Yaco, yaco, yaco, yaco...

JANTIAS.—Eso es, amo. Son los iniciados que están dándose gusto en algún lugar cercano. De esos se nos hablaba. Y están cantando el Yaco, yaco, lo mismo que allá en Atenas.

DIÓNISO.—También a mí me parece. Hay que mantener la calma, que es lo mejor para saber qué hay aquí de seguro.

El Coro, más cerca, canta:

CORO: ESTROFA.—¡Oh Yaco venerable, que estas regiones habitas!

¡Yaco, Yaco, ven a bailar con nosotros. Ven a unírte a los que forman tu santa congregación de sacrificios. Ven con la cabeza cubierta

de mirtos ondulantes, con bayas de laurel entretejidas. Ven, para que aquí bailes golpeando el suelo con un solo pie la danza aquella frívola, a la que las Gracias dotan, esa danza tan solemne como disoluta. Danza de solemnidad y misterio, que los iniciados gustan!

JANTIAS.—¡Reina augusta, Niña Démeter, qué bien me está oliendo la carne de puerco que te ofrendan y qué grato es su perfume para mí!

DIÓNISO.—¿Te callas, o a poco quieres tu pedacito de puerco?

CORO: ANTISTROFA. (*Entra. Va vestido de blanco, con una corona en la cabeza y una antorcha en las manos.*)

¡Despierta, Yaco, despierta! ¡Ha llegado ya con su antorcha: es el luciente astro de los misterios!

¡Brilla el prado bajo las luces! Las rodillas de los viejos se agitan. Lejos van sus congojas y la amargura de los años ante la fiesta que llega.

¡Marcha adelante con tu antorcha y en la florida llanura guía la danza de los jóvenes!

CORIFEО.—Calma y silencio a todos. Vayan lejos los impuros y los que jamás participaron en las danzas del misterio de las Musas, los que usan lenguaje sórdido. También los que no han sido iniciados en la alegre música de Cratino Taurófago. El que guste de versos burlescos y de chistes sin sustancia. Lejos también los que en lugar de sofocar la funesta rebelión, y ver por la vida recta de los ciudadanos, prefirieron revolver y atizaron el fuego, para su propio provecho.

Vaya lejos el que rigiendo una ciudad que la tormenta agobia, se deja cohechar con los regalos y entrega una fortaleza, o los navíos. Lejos también el que emulando a Torición, que cobraba las vigésimas, trae desde Egina o de Epidauró, cuero, lino, pez y otras mercancías prohibidas y el que aconseja suministrar dinero al enemigo para que apreste naves, o mancha las imáge-

nes de Hécate al mismo tiempo que canta ditirambos.

Vaya lejos aquel que sintiéndose orador, amengua la paga debida a los poetas, porque lo hicieron aparecer en las fiestas de Dióniso.

A todos éstos yo les digo ahora y lo diré hasta la tercera vez, deberán alejarse y ceder el lugar al coro de los iniciados en el misterio.

Y vosotros alzad el canto y los himnos que competen a las nocturnas celebraciones de esta fiesta.

CORO.—¡Cada uno ahora marche en coro, lleno de varonil brío, ahora sobre los floridos prados de esta floreciente región!

¡Hiera el suelo con su pie y vaya cantando gracejos, burletas que hagan reír! ¡Basta ya de banqueteos!

¡Vamos, en marcha todos para celebrar a la Libertadora con dulce canto, melódico, a ella que ha prometido siempre salvaguardar esta tierra, a pesar de Torición!

CORIFEО.—Pero ahora con otro himno de diferente tono celebrad a la Reina, a Démeter la diosa, que nos rinde sus frutos. ¡Surja el divino canto con retumbante voz!

CORO: ESTROFA.—¡Oh, Démeter, reina de las orgías sagradas: danos tu protección y defiende a tu coro!

Y concede que el día entero me entregue al juego y la danza.

ANTISTROFA.—Y juntando alegres dichos de jocosa entonación unidos a graves sentencias, tras brincar y saltar leve, en celebración de tu fiesta merezca yo vencedor llevar las bandas de la victoria.

CORIFEО.—¡Epa, epa, ya... Ahora es tiempo de implorar con vuestro canto armonioso al encantador numen que guía el camino en estas danzas!

CORO.—¡Yaco, mil veces honrado, tú que hallaste el dulce ritmo que corresponde a esta fiesta, ven para que nos acompañes hasta el templo de la diosa y demuestres que sin pena puedes andar grandes jornadas. Yaco, amante de la danza, por favor mis pasos guía.

Tú, para causar risa y también para ahorrar gastos, desgarraste mis sandalias y mi pobre vestimenta, y así hallaste sin gasto alguno hacer que nosotros pudiéramos sin pena ni angustia alguna, bailar y saltar. Yaco, amante de la danza, por favor mis pasos guía.

Ahora que miré de lado he visto una linda joven, y por su túnica rasgada, pude ver, vi el botón lindo de su seno. Yaco amante de la danza, por favor mis pasos guía.

JANTIAS.—Pues gustan estos coros. Quisiera bailar yo con ellos.

DIÓNISO.—¿Crees que yo no?

CORIFEO.—¿Quieres tú que hagamos burla, unidos tú y yo, de Arquedemo?

A los siete años no era aún ciudadano y ahora se ha adueñado de la tierra. Y ahora hasta entre los muertos anda provocando rebeliones. Y es el primero en perdido.

Llega a mi oído que el hijo de Clístenes allá entre los sepulcros se depila las nalgas y las piernas y se está desgarrando las mejillas. Se tiende en los sepulcros y se pone a dar gritos llamando con amargura a Sebino, que es algo de Anaflisto.

Dicen también que Calías, ese de Hipónico, se puso vulva de leona para librar el combate.

DIÓNISO.—¿Podrían decir ustedes dónde es la casa de Plutón? Somos dos pobres extranjeros que acabamos de llegar.

CORIFEO.—No tienes que andar muy lejos ni repetir la pregunta: estás en su misma puerta.

DIÓNISO. (*A Jantias.*)—¡Anda muchacho, otra vez alza la carga!

JANTIAS.—¡Siempre el mismo tema... Corinto que es de Zeus... si uno va de cargador!

CORIFEO.—¡Vosotros que tomáis parte en la celebración de la diosa y tenéis aquí la fiesta, haced coros en torno de ella, empezad las danzas floridas en el bosque que os rodea!

Yo voy a ir con las doncellas y las señoras que velan en celebración

de Démeter. Yo llevaré la sagrada antorcha.

CORO.—Vayamos bailando el coros por los campos llenos de rosas, por la llanura florida. Sea el coros de florecientes danzas que las Moiras felices presiden.

¡Sólo para nosotros el sol y su alegre luz resplandece, para nosotros los iniciados en el misterio y que llevamos conducta piadosa lo mismo con propios que con extraños!

Coro a la derecha. Dióniso y su esclavo ante la puerta de Plutón.

DIÓNISO.—¿Cómo llamaré a esta puerta? ¿Cómo? ¿En qué forma suelen llamar a las puertas las gentes de este país?

JANTIAS.—¡No pierdas tiempo, antes bien golpea las puertas con la fuerza de Heracles: ten su carácter ya que tienes su disfraz.

DIÓNISO. (*Golpea.*) — ¡Muchacho, muchacho!

EACO.—¿Quién es?

DIÓNISO.—Heracles el esforzado.

EACO. — ¡Infame, sinvergüenza, desfachatado! Eso eres y perverso, muy perverso, perversísimo. Tú apasionaste nuestro Can Cerbero y le retorriste el pescuezo, y te largaste llevándolo contigo. Y yo que lo guardaba. Pero estás a mi alcance ahora. La roca de la Estigia, con sus negras entrañas, y el peñascal del Aqueronte cuajado de sangre, te impiden el paso. Los perros que corren en torno del Cocito, la Equidna de cien cabezas, van a desgarrar tus vísceras y la murena de Tartessos va a devorar tus riñones, y comerán hechos trizas tus pulmones las Gorgonas tritrasias...

Y ahora marchó corriendo a llamarlos yo mismo.

JANTIAS. (*Lleno de miedo.*)—¡Eh tú, qué cosa has hecho!

DIÓNISO.—¡Ya me vacié todo... invoca al dios!

JANTIAS.—¡No seas ridículo... levántate pronto antes que pueda verte alguno!

DIÓNISO.—Ya me deshago de desmayo, pero pon una esponja bajo mi c... orazón.

JANTIAS.—Mira, toma y aplícala. Pero... ¡dorados dioses! ¿qué tienes el corazón abajo?

DIÓNISO.—Pues tanto me asusté que el corazón se me fue al bajo vientre.

JANTIAS.—¡Ah, el más cobarde de dioses y hombres!

DIÓNISO.—¿Cobarde yo por pedirte una esponja? Otro en mi lugar no haría tal cosa.

JANTIAS.—Pero, ¿qué...?

DIÓNISO.—Un cobarde se queda tendido en su suciedad, pero, ves, yo ya me levanté y me limpié.

JANTIAS. — ¡Qué machismo, por Poseidón!

DIÓNISO.—Por Zeus, así lo pienso. ¿Es que tú no temblaste al oír sus amenazas y sus retumbantes palabras?

JANTIAS.—Por Zeus que no. Ni me alteré siquiera.

DIÓNISO.—Vamos a ver, si eres tan valiente y tan macho, ponte en lugar mío. Toma esta clava y la piel de león, ya que para ti nada significa el miedo de lo de abajo. Y yo en tu lugar llevaré el fardo.

JANTIAS.—Echa todo eso para acá. ¡Ni moño, hay que obedecer!

Después de cambiar de atavíos prosigue:

Mira, aquí está Jantias-Heracles... ¿a ver si es cobardón? ¿a ver si se parece a ti?

DIÓNISO.—¡Por Zeus que no! Tú sí que eres el bribón de Melito! ¡Echa para acá ese fardo!

Sale una criada de casa de Perséfone.

CRIADA. (Se dirige a Jantias.)—¡Amado Heracles, ya llegas: entra, entra para adentro! Ya la diosa lo había, pues mandó amasar buen pan, ya puso al fuego dos o tres ollas de legumbres y ya preparó purés, y hasta un buey entero ha puesto a

asar y ha mandado que se hagan mil tortitas y pasteles. Pero entra. JANTIAS.—Perfectamente. Gracias.

CRIADA.—¡Por Apolo que no, no te dejaré yo ir... si ella puso a hervir ya cantidad de aves, y ha preparado muchas golosinas y un vino sabrosísimo! Pero entra conmigo.

JANTIAS.—Todo va bien.

CRIADA.—Te estás burlando. Yo no te suelto... Adentro hay una tocadora de flauta deliciosa y dos o tres bailarinas...

JANTIAS.—¿Qué dices? ¿Bailarinas?

CRIADA.—Muy jovencitas y perfectamente depiladas. Vamos, entra que el cocinero acaba de sacar los pescados del fuego y ya los pone a la mesa.

JANTIAS.—Vete ahora. Di a esas danzarinas que entro porque yo quiero. (Se mete la criada. —A Dióniso.) —Anda, muchacho, carga.

DIÓNISO.—¡Hasta ahí no más, tú! Tomaste muy en serio el hacer el papel de Heracles que yo solamente te había dado en broma. Ya no hay chiste, Jantias, carga con tus fardos.

JANTIAS.—¿Qué pasa? ¿Estás pensando quitarme aquello que me habías dado?

DIÓNISO.—Y no es todo. Pronto y lo hago luego. Venga acá la piel de león.

JANTIAS.—Y yo pongo a los dioses por testigos.

DIÓNISO.—¿Los dioses? ¿Cuáles? ¿No viste que era una tontera que un pobre hijo de mortal pasara por hijo de Alcmena?

JANTIAS.—¡Calma, calma, pórtate bien! Ahí está todo. ¡Quién sabe si algún día, con el beneplácito de un dios, tengas necesidad de mí!

Se hace el cambio de cosas; el esclavo da la clava y el cuero de león y toma sus fardos.

CORO: ESTROFA. — Propio del hombre sensato y prudente que ha navegado es sostenerse en el lado que menos se va sumergiendo, y no como pintado en el borde que nunca

se mueve. Y hay quien como Tera-
menes cambia según le acomoda a
su propia condición.

DIÓNISO.—¿Y no fuera de dar ri-
sa ver a Jantias un esclavo, tendido
sobre tapices de Mileto, que me pe-
día la borcelana, mientras yo me
estaba rascando cierta parte mirando
su conducta? ¡Y aun con peligro de
que el muy pelado me rompiera las
narices o me echara abajo los dien-
tes con un puñetazo!

Una tabernera llega.

TABERNERA I.—Platana, Platana,
ven. Aquí está este maldito que el
otro día entró y se tragó dieciséis
panes.

TABERNERA II. — Sí, por Zeus, el
mismo es.

JANTIAS.—Aquí va a haber un ras-
pado.

TABERNERA I.—Y no sólo. . . tam-
bién se engulló veinte tajadas de car-
ne, de a medio óbolo cada una.

JANTIAS.—Alguno pagará el pato.

TABERNERA I.—¡Y ajos, cuantos
ajos, ay!

DIÓNISO.—Estás chiflada, mujer.
No sabes qué estás diciendo.

TABERNERA I.—¿Crees que no te
había de conocer porque ahora vie-
nes con coturnos? Y hay mucho
más. . . no había yo dicho palabra
de aquella cantidad de pescado. . .

TABERNERA II.—Y el queso fresco
que se tragó, ¡pobrecita de mí! con
todo el tompeate.

TABERNERA I.—Cuando le pedí la
paga comenzó a echar mugidos y a
verme con fiera mirada.

JANTIAS.—¡Ni hablar, eso hace en
todas partes!

TABERNERA II.—Y sacó su espada
muy enojado.

TABERNERA I.—Eso sí, ay dios.

TABERNERA II.—Y nosotras espan-
tadas echamos un brinco y nos tre-
pamos al tapanco. Y que se larga
el maldito llevándose las canastas.

JANTIAS.—Eso es lo que suele ha-
cer.

TABERNERA I.—Hay que obrar
ahora, voy a mi amigo Cleonte.

TABERNERA II.—A ver si encuen-
tras al mío. Es Hipérbolo.

TABERNERA I.—Así te amolamos.
Tragón desgraciado, con qué gusto
pusiera yo tus dientes en una de esas
piedras que sirven para remoler. Con
ellos te tragaste mis materiales de
venta.

JANTIAS.—Y yo te arrojaré al bá-
trato.

TABERNERA II.—Y cortarte ese
cuello en donde está ese gaznate que
se tragó mi menudo.

TABERNERA I.—Voy a buscar a
Cleonte y hoy mismo decidirá dando
a todos su justicia.

Se meten las taberneras.

DIÓNISO. — Muera yo de mala
muerte si no quiero a Jantias.

JANTIAS.—Entiendo, entiendo tu
pensamiento. Deja, deja de hablar
palabras. Ni creas tú que otra vez
haga yo el papel de Heraclés.

DIÓNISO.—No digas eso Jantitos.

JANTIAS.—¿Hijo yo de Alcmena?
Si soy esclavo y mortal.

DIÓNISO.—Ya lo sé, ya lo sé, es-
tás enojado y tienes buena razón. Y
aunque me dieras mis golpes no te
habría de contrariar. Pero si en lo
sucesivo yo te despojo de tus ves-
tidos, que me mate la peor muerte,
a mí, a mi mujer, a mis chamacos
y al mismo legañoso Arquedemo.

JANTIAS.—Recibo tu juramento y
con esa condición vuelvo a jugar
como Heraclés.

CORO: ESTROFA.—¡Ahora te toca
a ti, ya que has vuelto a tomar las
insignias que llevabas antes, rejuve-
necer tu corazón y andar fiero con
ojos de espanto, ya que personifi-
cas al terrible dios! Pero si resultas
flojo y mal actor, con tu palabrita
de humilde sonido, tendrás sin re-
medio que cargar con el fardo.

JANTIAS.—No con mal consejo me
están amaestrando, señores. Y eso
mismo estaba pensando yo antes. Lo
cierto es que si las cosas van bien,

él de nuevo intentará quitarme estas prendas. Eso ya me lo sé.

Pero voy a mostrar que tengo alma de macho y mirada de aquel que ha mascado orégano. Y ésta es la hora ya para emprender la obra. Creo que está rechinando la puerta.

Sale Eaco con dos esclavos.

EACO.—¡Amárrenme a ese roba-perros... tenemos que castigarlo... pero pronto, pronto!

DIÓNISO.—Algo malo hay por allí.

JANTIAS. (*Alzando la clava.*)—¡Al demonio... no se acerquen!

EACO.—¿Entonces quieres combatir? ¡A ver: Dítilas, Esclebias, Pardocas... vengan acá y a darle a éste!

Se lanzan los esclavos mencionados y golpean a Jantias quitándole la clava.

DIÓNISO.—¿No es feo que golpeen a las gentes y les roben sus pertenencias?

EACO.—Eso está muy por encima de lo que debe ser.

DIÓNISO. — Vergonzoso, intolerable.

JANTIAS.—¡Por Zeus que jamás he venido a estos rumbos y muérame de mala muerte si tomé algo que valiera lo que vale un cabello. Y voy a ser generoso contigo. Toma este esclavo y somételo a tormento y si alcanzas a saber que yo en algo fui culpable, bien puedes darme la muerte:

EACO.—¿Y cómo lo someto a tormento?

JANTIAS.—De todo modo posible: amárralo a una escalera, cuélgalo azótalo con un chicote de puntas, desuéllalo, tuerce sus miembros. Echale vinagre en las narices y cárgalo de tabiques... todo, todo lo que quieras, pero no lo vayas a azotar con ajos o con rabos de cebolla.

EACO.—Justa palabra. Y si te echo a perder tu esclavo ya te pagaré su precio.

JANTIAS.—Nada temas. Llévelo y dale la tortura que quieras.

EACO.—Aquí mismo lo haré, a tus ojos para que ante ti hable.

(*A Dióniso.*)—Anda, ve dejando tus bultos pronto y cuidado con decir mentiras.

DIÓNISO.—Yo prohíbo a sea quien sea que me ponga a tormento. Soy inmortal... hazlo y verás qué te pasa.

EACO.—¿Qué estás diciendo?

DIÓNISO.—Digo que soy inmortal, Dióniso, hijo de Zeus, y ése es esclavo.

EACO. (*A Jantias.*)—¿Lo oíste?

JANTIAS.—Claro que sí y por eso mismo hay que darle más fuerte, si es dios, no sentirá los golpes.

DIÓNISO. (*A Jantias.*)—Y tú también te crees dios ¿por qué no has de recibir tus golpes al igual que yo?

JANTIAS.—Justa palabra. Y el primero de los dos que veas llorar o sentir que le duelen los golpes ten por cierto que no es dios.

EACO.—¡Ni hablar, eres hombre bien nacido. Te inclinas a lo justo! Desnúdense los dos.

JANTIAS.—¿Vas a ser justo al darnos el tormento?

EACO.—Cierto que sí. Daré un golpe a uno y otro al otro.

JANTIAS.—Dices bien. Mira. Da el golpe y ve si me muevo.

EACO.—¿No te pegué ya?

JANTIAS.—Por Zeus que no. Por ningún lado, ves.

EACO.—Voy a darle ahora al otro. (*Golpea a Dióniso.*)

DIÓNISO.—¿Cuándo?

EACO.—Te acabo de pegar.

DIÓNISO.—¿Cómo fue, si ni siquiera me has hecho estornudar?

EACO.—No sé. Voy a darle otra al otro.

JANTIAS.—¡Andale, pues... ¡Ay, ay, ay ay!

EACO.—Y ese ay, ay ay, ay, ¿qué es? ¿te duele o no?

JANTIAS.—No es sino que pensaba yo en las fiestas de Heracles que se celebraban en Diomeya.

EACO.—¡Qué religioso... vamos con el otro!

DIÓNISO.—¡Ay, ay!

EACO.—¿Qué hay?

DIÓNISO.—Veo caballeros.

EACO.—¿Por eso chillas?

DIÓNISO.—Estoy oliendo cebollas.

EACO.—Y de los golpes, ¿qué? ¿nada te importan?

DIÓNISO.—Para mí nada son.

EACO.—Tendré que darle al otro una vez más.

JANTIAS.—¡Ay de mí!

EACO.—¿Qué pasa?

JANTIAS.—¡La astilla por favor... sácamela!

EACO.—¿Qué está pasando aquí? Vamos con el otro.

DIÓNISO.—¡Apolo...! "tú eres venerado en Delos y en Delfos".

JANTIAS.—Le dolió, ¿no te das cuenta?

DIÓNISO.—¿A mí? ¡No, es que me acordé de unos yambos de Hiponax!

JANTIAS.—No sacas nada adelante... dale por los costados.

EACO.—¡Nada, por Zeus... presenta la panza!

DIÓNISO.—¡Poseidón!

JANTIAS.—¿No que no hay quien sufra?

DIÓNISO.—"Aquel que reina poderoso sobre los promontorios del Egeo o impera en el mar glauco, desde el profundo abismo."

EACO.—¡Vamos, por Démeter que no puedo sacar en limpio cuál es el dios! Entren pues. El amo mismo y Perséfone, como dioses también, podrán averiguarlo.

DIÓNISO.—Has dicho bien, pero hubiera querido yo que hubieras optado por eso antes de recibir mis golpes.

Entran los dos guiados por Eaco.

CORO: ESTROFA.—¡Musa, sé guía de los sagrados coros y ven a dar encanto a mis cánticos! ¡Ven a admirar la numerosa turba en que se hallan millares de hombres discretos mucho más que Cleofonte! En los

labios de éste siempre está resonando el chirrido de la golondrina de Tracia posada sobre salvajes pétalos. ¡Ahora quiere ensayar cantos de ruiñeñor! ¡Es que va a quedar perdido, cuando los votos empaten!

CORIFE0.—Justo es que el sagrado coro dé útiles enseñanzas y consejos a la ciudad.

Lo primero que nos parece es que tengan igualdad los ciudadanos y se libren de cosas que les imponen miedo.

Pero si alguno falla llevado por Pirrínico, yo afirmo que el que dio ese mal paso puede defenderse y poner en claro su vida hasta quedar libre de sospechas.

Y en seguida yo propongo que nadie de la ciudad quede sin uso franco de sus propios derechos. Porque es cosa de dar vergüenza ver que por haber tomado parte en una campaña naval se conviertan en iguales de los de Platea, y de golpe los que eran esclavos se vuelvan señores libres. Y no es que yo censure esto, antes bien lo hallo bien hecho, y acaso es lo único en su lugar que han hecho los atenienses.

Esos que en el mar se batieron sean ellos mismos, sean sus padres, y que además están unidos con los lazos de la sangre, deben ser perdonados y debe olvidarse su falla hecha una vez y ahora satisfecha por sus ruegos.

Hagan que muera su ira, los que por natural son discretos, y que todos los hombres sean para nosotros parientes y amigos con los mismos derechos, ya que compartieron las mismas penas en los combates navales. Si ahora nos damos a conocer como soberbios y altaneros, cuando la ciudad misma anda a merced de las olas, después seremos tildados como gente sin sentido.

CORO: ANTISTROFA.—¡Si veo acertadamente la vida y conducta de cierto hombre que pronto va a dar gemidos, no va a vivir mucho entre nosotros! Hablo de ese mono infame,

el chaparro Clígenes. Ese infeliz regente de baños que más que nadie astutamente mezcla la lejía con ceniza y con tierra de Cimolia. Ya lo tiene bien previsto, por eso no vive en paz, y temeroso de que un día en que vaya ebrio, lo vayan a desnudar, anda siempre provisto de un enorme garrote.

CORIFEO.—Muchas veces me ha parecido que esta grande ciudad con su mezcla de buenos y malos ciudadanos es como un puñado de monedas de oro antiguas y modernas confundidas.

Las primeras son genuinas, sin nada de alteración. De buen cuño y sonido grato y que corren entre griegos lo mismo que entre bárbaros. Pero nosotros no las queremos usar. Preferimos esas cochinas piezas de cobre recientes en cuño y mal hechas, con su capa ligera de oro y de malísima ley.

Asimismo desdeñamos a los varones, a los ciudadanos de alcurnia, rectos, discretos, honestos, que se forjaron en el ejercicio de la palestra, en los coros, en la música, y tomamos en lugar de ellos a los advenedizos que son puro cobre, gente sin arraigo, salidos de abajo, sin formación, sin cultura, que antes nunca hubieran levantado cabeza. La ciudad no los habría admitido ni como víctimas expiatorias.

¡Vamos ahora, tontuelos, muden ya de modos y costumbres, y tomen en cuenta a los mejores que puedan mejorar!

Si logran el fruto, todos los alabarán, pero si les resulta mal, allá dirán los prudentes que fue caída de buen palo.

Jantias sale de la casa con un criado de Plutón.

CRIADO.—¡Tu amo, por Zeus que sí, es un sujeto bien nacido!

JANTIAS.—¿Bien nacido? ¡Claro: si sólo sabe beber y besar!

CRIADO.—¡Y cómo no te pegó cuando quedó demostrado que eres

un pobre esclavo que te las echabas de ser el amo!

JANTIAS.—Eso le hubiera pesado.

CRIADO.—Eso es ser buen esclavo. Es lo mismo que hago yo.

JANTIAS.—¿Eso te gusta... dime qué...?

CRIADO.—Creo que estoy en el paraíso cuando puedo decir horrores de mi amo, sin que él se dé cuenta.

JANTIAS.—Y, cuando corres a la puerta refunfuñando después de una buena paliza, ¿qué?

CRIADO.—Me siento también contento.

JANTIAS.—Y ¿si te metes en embrollos?

CRIADO.—¡Por Zeus que no hay cosa igual!

JANTIAS.—Y si acaso, por Zeus, oíste las conversaciones de los amos, ¿qué?

CRIADO.—¡Es el colmo: me enloquece!

JANTIAS.—Y si las vas a contar a los vecinos afuera...

CRIADO.—Nada hay que venza ese placer... me vengo todo en un punto.

JANTIAS.—¡Por Apolo Febo... echa para acá tu mano; vámonos dando un abrazo! Pero dime, por Zeus el que nos fustiga y comparte nuestra pena... ¿qué barullo hay allá dentro? ¿qué son esos gritos y ese discutir?

CRIADO.—Son Esquilo y Eurípides.

JANTIAS.—¡Ajá!

CRIADO.—Un asunto, grave asunto se discute entre los muertos: es toda una revolución.

JANTIAS.—¿De dónde eso?

CRIADO.—Hay una ley aquí, conforme a la cual, todos los artistas que sobresalgan tienen derecho a recibir sus alimentos del Pritáneo y a tener su asiento cerca de Plutón.

JANTIAS.—Ya entiendo.

CRIADO.—Eso hasta que llegue otro que sea más diestro en su arte. En tal caso, el primero cede su lugar al recién llegado.

JANTIAS.—¿Eso es lo que ha puesto en alboroto a Esquilo?

CRIADO.—El tenía el trono de la tragedia como el más perito en su arte.

JANTIAS.—¿Y ahora quién?

CRIADO.—Apenas bajó Eurípides se puso a declamar sus poemas a los rateros, a los cortabolsas, a los parricidas y a los que andan perforando las paredes, porque de esos hay un resto en el Hades. Y estos sujetos cuando oyeron sus discreteos bobos, sus vaciedades y sus perfilados argumentos, se pusieron como fuera de sí y lo proclamaron como el más sabio de todos. El por su cuenta y se apoderó del trono en que se hablaba Esquilo.

JANTIAS.—¿Y no lo apedrearón?

CRIADO.—Por Zeus, que no. Antes la multitud pedía vociferando que se hiciera un juicio para ver quién de los dos era más diestro en su arte.

JANTIAS.—¿Esos pelados?

CRIADO.—¡Por Zeus, sus gritos llegaban al cielo!

JANTIAS.—¿Es que Esquilo no tenía quien con él peleara?

CRIADO.—En todas partes son pocos los sensatos. Lo mismo que aquí. (*Señala a los espectadores.*)

JANTIAS.—¿Qué intenta hacer Plutón?

CRIADO.—Lo más pronto posible hacer ese certamen para dar el juicio, con que cada uno muestre su habilidad artística.

JANTIAS.—Y, ¿qué pasó con Sófocles? ¿cómo es que no reclama el trono?

CRIADO.—¡Por Zeus, ése tuvo buen cuidado de sí! Cuando llegó al Hades le fue a dar un abrazo a Esquilo y le tendió la mano. No hubo discusión alguna por la posesión del trono. Y ahora está, como dice Clídemides, a la expectativa. Si gana Esquilo, seguirá en su puesto. Si gana Eurípides, Sófocles irá a disputárselo.

JANTIAS.—¿Y eso cuándo va a ser?

CRIADO.—¡Por Zeus, dentro de un rato! En este mismo sitio se va a dar el gran combate. Van a pesar en balanza su genio poético.

JANTIAS.—¿Qué es eso? ¿se puede pesar con gramos la tragedia?

CRIADO.—No sólo. Traerán reglas, medidas de versos, escuadras para ajustarlos como si fueran ladrillos, diámetros, cuñas... ¡qué sé yo! Es que Eurípides pretende que se vayan examinando las tragedias verso por verso.

JANTIAS.—¡Creo que eso es muy pesado para que lo tolere Esquilo!

CRIADO.—Lo cierto es que agachó la cabeza y puso ojos de toro.

JANTIAS.—Bueno, y ¿quién va a ser juez?

CRIADO.—¡Ahí está el problema! Uno y otro concuerdan en admitir que no hay quien entienda de teatro. Desde luego, Esquilo no se llevaba muy bien con los de Atenas.

JANTIAS.—Es que pensaba que muchos eran perforadores de paredes.

CRIADO.—Y tenía además el concepto de que no eran muy capaces de juzgar de tragedias. Pero al fin quedaron en que tu amo resolviera el asunto, como que tiene buen conocimiento de ello.

Pero vamos entrando, porque cuando los amos están preocupados por algo, lo pagan nuestros lomos.

Se meten los dos.

CORO.—¡Qué grande y espantosa va a ser la cólera que surja en el pecho del poeta de las altisonantes voces, cuando vea a su contrario de la filosa lengua aguzando sus dientes contra él!

Y así enfurecido revolverá los ojos por la rabia y lo verá feroz.

¡Va a haber aquí penachos de discursos en medio del brillar de los morriones y ellos luchan contra las agudezas relamidas!

¡El poeta que fabrica perfiles de cincel en sus poemas tendrá que habérselas con el poeta que lleva sus palabras montadas a caballo!

¡Por sí misma se eriza su cabellera, ésa que cae sobre el velludo pecho, y enarca el ceño y frunce el

entrecejo y lleno de ira arroja sus palabras bien ensambladas con aliento titánico!

Allá abajo está el otro. El boquisuelto que fabrica versos, el de filosa lengua, y movido por el freno de la envidia se arrojará furioso a destroz ar los poemas de su émulo, todo con sutilezas y minucias que son fruto del necio.

Salen Eurípides y Esquilo juntamente con Dióniso.

EURÍPIDES. (*A Dióniso.*)—Por más que hagas, no dejaré el trono. Yo lo supero en arte.

DIÓNISO. (*A Esquilo.*)—Esquilo, ¿por qué callar? Oíste y te das cuenta de lo que éste dice.

EURÍPIDES.—Primero se pondrá muy serio dándose importancia. Eso hacía en sus tragedias para imponer su gravedad.

DIÓNISO.—¡Demonio de hombre, no hables tan ampulosamente presuntuoso!

EURÍPIDES.—Yo lo conozco bien y he pasado día a día de largo tiempo acá. Es un hombre fabricante de cosas de salvajes, de lenguaje altanero y presuntuoso, que hila e hila retazos en que no hay sustancia. ¡Pura palabrería, en que no se halla ni un pensamiento, pero eso sí, muy ampuloso, muy dado a sobrepasar los límites del orden!

ESQUILO.—¡De veras que eres hijo de una salvaje diosa!

¿En esta forma me tratas tú que te ocupas en recoger tonteras, tú que pones como creación a los mendigos, tú que introduces gente revestida de harapos? ¡No te va a dar ningún gusto hablar como has hablado!

DIÓNISO.—¡Calma, Esquilo!, “no vayas adelante de la cólera que vences.”

ESQUILO.—No he de callar. Espera que haga ver el valor de este fabricante de cojos. Por eso tan desvergonzado.

DIÓNISO.—¡Muchachos, un corde-ro negro... tráigamelo acá, que se está preparando una tormenta!

ESQUILO.—Anda, tú que reúnes monodios de los de Creta y pones en tus dramas incestos abominables...

DIÓNISO.—¡Calma, calma, mi venerado Esquilo! Y tú, Eurípides, mucho cuidado con la granizada que se te viene encima... aléjate, no sea que te caiga en la cabeza alguna de esas piedras, palabras impregnadas de enojo que haga dar saltos a tu Télefo.

Por favor, tú, Esquilo, modera tus iras. Discute y déjate discutir. ¿Van a ser los poetas como las panaderas? Y ya estás dando gritos como si fueras encina que el fuego está abrasando.

EURÍPIDES.—Dispuesto a la lucha estoy y no me voy para atrás. Me pican, primero yo pico. En el campo que prefieran: diálogo, lirismo, fondo de la tragedia... Peleo, Eolo, Meleagro, y aun el mismo Télefo. ¿Qué me dices tú, Esquilo?

ESQUILO. — No quisiera discutir aquí, porque la lucha no es igual.

DIÓNISO.—¿Por qué, pues?

ESQUILO. — He muerto yo, pero mi poesía no murió conmigo. Este muere, y su poesía con él muere también. Ya tendré qué decir. Pero lo mandas tú, y estoy a tus órdenes.

DIÓNISO. — ¡Vamos, incienso y fuego! Haré mis oraciones antes de oír vuestros discursos atildados. Así podré dar juicio de cuál es el mejor. (*Al coro.*) Un canto a las musas ahora.

CORO.—¡Oh nueve vírgenes de Zeus, castas Musas que estáis leyendo el pensamiento de los poetas que fraguan bellas sentencias y discursos sutiles! Vienen a combatir ahora en la arena de la palabra.

¡Ved a estos dos atletas y dad al uno las palabras grandilocuentes y al otro los perfiles bien limados de los versos! Ahora se inicia el gran certamen.

DIÓNISO.—Haced oración vosotros

dos antes de recitar vuestros poemas.

ESQUILO.—¡Démeter, que nutriste mi pensamiento, hazme ser digno de tus misterios!

DIÓNISO. (*A Eurípides.*)—Toma incienso y haz tu ofrenda.

EURÍPIDES.—¡Bien va! Yo venero a otros dioses.

DIÓNISO.—¿Dioses propios tuyos? ¿Nueva hechura?

EURÍPIDES.—Mucho que sí.

DIÓNISO.—Pues haz oración a esos tus dioses propios.

EURÍPIDES.—¡Eter, alimento mío! ¡Revolverse de la lengua, comprensión, narices bien olfateantes, concédeme que deshaga cuantos argumentos toque!

CORO: ESTROFA.—¡También nosotros estamos anhelantes de oír a estos dos varones sabios, a ver qué clase de discursos y qué método siguen! ¡La lengua ya se enfurece, no falta corazón atrevido a los dos, ni es su alma un ser sin movimiento!

Esperemos pues que uno dé discursos muy limados y bien pulidos, en tanto que el otro, desarraigando palabras, vaya a hacer polvo los rodeos verbosos y desordenados de su contrario.

CORIFE0.—Vamos, a empezar ahora lo más pronto y haya palabras de buen gusto y elección, no pastiches ni vulgaridades.

EURÍPIDES.—De mí mismo y de lo que soy en cuanto a mi poesía hablaré al final de mi discurso. Voy a hacer que éste quede convencido de que es un petulante y atrevido, todo él lleno de engaños, que embauca a sus pobres oyentes por medios que ha aprendido de Frinico.

Porque primero pone bien sentado a un sujeto cualquiera, su Aquiles o su Niobe que aparecen sin dar a ver su rostro y van haciendo su papel trágico sin chistar palabra.

DIÓNISO.—¡Por Zeus que no, es así!

EURÍPIDES.—El coro por su parte se echaba al hilo cuatro series de cantos y aquéllos, calladitos.

DIÓNISO.—Yo gustaba de ese silencio mucho más que de la garrulería de los parlanchines de hoy.

EURÍPIDES.—Es que eres un zoquete. Tenlo sabido.

DIÓNISO.—Yo también lo pienso, Pero, ¿por qué hacía así estas cosas?

EURÍPIDES.—Por petulante charlatanería. De este modo el espectador estaba en espera de que hablara Niobe... y la tragedia seguía su paso.

DIÓNISO.—¡Ah maldito... con que me engañaba? (*A Esquilo.*)—¿A qué te retuerces y haces visajes?

EURÍPIDES.—Es que lo estoy confundiendo.—Y después de esta cadena de tonteras, cuando el drama iba al medio, echaba una docena de palabrotas retumbantes, tan gruesas como un buey, con cejijunta y ríspida faz, con sus penachos y eran como espantajos desconocidos de los espectadores.

ESQUILO.—¡Infeliz de mí!

DIÓNISO.—¡Callado!

EURÍPIDES.—Y palabras bien dichas, ni una sola.

DIÓNISO.—¡No rechines los dientes! (*A Esquilo.*)

EURÍPIDES.—Para él todo era Escamandro, o fosos, o sobre los escudos grifos bronceos, y palabras montadas a caballo que era difícil entender.

DIÓNISO.—¡Sí, por los dioses, yo mismo “la noche entera me pasé sin sueño” cavilando qué podría ser y qué clase de ave aquel caballo gallo de moreno color!

ESQUILO.—¡Muy ignorante eres, es un gran signo grabado en los navíos!

DIÓNISO.—¡Y yo que pensaba que era Erixis, hijo de Filosino!

EURÍPIDES.—¡Y yo que pensaba que eras Erixis, hijo de Filosino!

EURÍPIDES.—¿Y qué necesidad había de meter gallos en una tragedia?

ESQUILO.—Tú, aborrecido de los dioses, ¿qué era lo que hacías representar?

EURÍPIDES.—¡Nunca caballos gallos, por Zeus que no, ni como tú,

ciervos chivos, como se ven en los tapices de los Medos! Lo primero que hice al recibir de ti el legado de la tragedia, toda ella oprimida de palabras altisonantes y de expresiones pesadas, traté de aligerarla y dejarla libre de ese peso, sirviéndome de versitos, de digresiones... de acelgas blancas, y de jugos bien exprimidos de tonteras que sacaba de los libros... Luego, la fui nutriendo con cantos de uno solo y con un poco de Cefisofonte. Nunca hablaba a ver qué salía, ni hice un *totum revolutum* en la escena. El primer personaje que salía al frente explicaba al público el género y el origen del drama.

DIÓNISO.—¡Eso era mucho mejor que hablar de tu propio origen.

EURÍPIDES.—Después, desde los primeros versos, nadie quedaba sin acción.

Hablaba la mujer, hablaba el esclavo, a su turno, hablaba el dueño, la joven y la vieja.

ESQUILO.—¡Y no mereciste ser muerto por tal atrevimiento!

EURÍPIDES.—¡No, por Apolo, que lo que hacía yo era muy democrático!

DIÓNISO. (*A Eurípides en voz baja.*)—Deja eso, amigo, que eso no te favorecería.

EURÍPIDES.—Y luego a éstos (*señala a los espectadores*), yo los enseñé a charlotear.

ESQUILO.—Eso es cierto, lo digo. Mejor antes hubieras reventado.

EURÍPIDES.—Y también cómo usar de moldecitos para las palabras, a medir los versos con escuadra, y más aún, el arte de pensar, discurrir, y ponderar las cosas una por una.

ESQUILO.—Lo mismo digo yo.

EURÍPIDES.—Introduje las cosas de hogar y vida ordinaria, y en eso me expuse a ser criticado, porque todos los hombres creen que en eso pueden opinar. Pero no espanté a los oyentes con gárrulas palabras y con espantosos hechos, sin ponerles delante Cícnos o Memnones, que

iban sobre corceles engalanados de hilos de campanillas.

Lo mejor será ver cuáles son sus discípulos y cuáles son los míos. Son los suyos Formisio y Megueneles, venidos de Magnesia y armados siempre de lanzas y cascos, de bigotes y carcajadas sarcásticas, y los míos, son Clitofonte y el atildado Teramene.

DIÓNISO.—¿Hablas de Teramene? ¡Ese sirve para todo! Cuando se ve en peligro, si le preguntan si es de Quíos, responde que es de Queos.

EURÍPIDES.—Y así pude infiltrar dentro del alma de éstos el razonamiento y la meditación. Y tal es el provecho, que ahora en sus casas pueden andar sobre medida y ver muy bien las cosas. Ya preguntan: "¿Qué es esto, cómo van los asuntos, dónde esto y lo otro, quién se tomó esta cosa?"

DIÓNISO.—¡Por los dioses, así es! Y ahora todo ateniense, cuando vuelve a casa, comienza a preguntar a sus esclavos: ¿En dónde está la olla? ¿quién se ha comido las cabezas de las anchoas? ¿Ya se acabó mi plato que adquirí hace un año? ¿Dónde andan los ajos de ayer? ¿quién estuvo royendo las aceitunas?

Antes no era así. Estaban atontados, como un chico que se acoge a su madre, con la boca abierta y hechos unos zoquetes.

CORO: ANTISTROFA.—¡Ya lo ves, reluciente Aquiles! Y tú, Esquilo, ¿qué respondes? No te vayas más allá del olivar. Este está muy furioso y trepidante.

Tú eres noble de espíritu, tienes un alma mansa y puedes replicarle sin enojo. Lleva tu nave mansamente con velas bien atadas y no te lances al mar sin una brisa suave y grata que te empuje.

Tú entre los griegos fuiste el primero que construiste como una torre tus tragedias sobre palabras llenas de energía y elevaste el lenguaje dramático. Tiempo es ya de que abras tus corrientes.

ESQUILO.—Este solo certamen me irrita y mis entrañas se ponen en ebullición con sólo tener que constatar a este hombre. ¡Dice que me ha vencido! (*A Eurípides.*)—Vamos a ver, responde: —¿Qué se debe admirar en un poeta?

EURÍPIDES.—La dignidad de pensamientos, su sensatez, porque nosotros hacemos mejores a los ciudadanos.

ESQUILO.—Tú has obrado al revés. Tú los has pervertido, y de nobles y honestos que eran has hecho unos malvados. ¿Cuál es la pena que mereces?

DIÓNISO.—Ser ajusticiado a muerte. Eso ni se pregunta.

ESQUILO.—Ponte a ver ahora de qué calidad los recibiste de mí antes. Gallardos, con altura de cuatro codos y no gente que se escabulle de las comisiones públicas, ni charlatanes que se viven en el ágora, ni payasos, como los de hoy, ni intrigantes. Antes bien éstos estaban anhelosos por la pica y por la lanza, por el casco empenachado de blancas plumas, por las grevas y las corazas y por los grandes escudos de siete pieles forjados.

EURÍPIDES.—¡Mala desgracia me viene: sólo con los cascos me oprime!

DIÓNISO.—¿Qué hiciste tú para hacerlos aprender a ser valientes? Dilo, Esquilo, y no te estés jactando de tu alto enojo.

ESQUILO.—Forjé un drama pleno de Ares.

DIÓNISO.—¿Cuál?

ESQUILO.—*Los Siete Contra Tebas*. Todo hombre que lo veía salía con ansia de ir a la batalla.

DIÓNISO.—En eso obraste mal. Porque hiciste a los tebanos mucho más aguerridos... por eso te daré golpes. (*Hace el intento de golpearlo.*)

ESQUILO.—Eso mismo habrían de haber hecho los de Atenas... Pero no les gusta darse a la obra. Después con *Los Persas*, inspiré el ardor anhelante de vencer siempre al

adversario y así confeccioné una obra excelente.

DIÓNISO.—¡Salí fuera de mí de alegría, cuando tú entonabas la endecha por la muerte de Darío. Y el coro estaba aplaudiendo y gritaba Yao yao!

ESQUILO. — Estos son los temas que deben tratar los poetas. Mira cómo desde los principios los nobles poetas se mostraron provechosos.

Orfeo enseñó los Misterios y el horror al homicidio. Museo, la curación de las enfermedades y los oráculos. Hesíodo, los trabajos de los campos y el tiempo apto para la sementera y la cosecha, y todo género de labores agrícolas.

Di, ¿de dónde vino al divino Homero la gloria y honor universal, si no es de haber enseñado lo útil, el arte de combatir y las cualidades de un guerrero y en los escuadrones de hombres?

DIÓNISO.—¡De nada aprovecharon a Pantacles tales enseñanzas, como tonto de los más finos que es, pues hace días en un desfile se ató primero el casco y notó que no se había puesto la cimera.

ESQUILO.—Otros valientes sí que aprovecharon estas enseñanzas. Ahí está el heroico Lámaco. El fue la base de mi inspiración para imaginar yo las virtudes de los Patroclos, de los Teucros de leonino corazón y para que todos los ciudadanos alcen la cabeza al tiempo que oyen el primer son de la trompeta.

¡Por Zeus, jamás yo puse en escena Fedras y Estenobeas, y no hay quien pueda decir que yo introduje en mis dramas una mujer perdida de amores!

EURÍPIDES.—¡Por Zeus que no, porque en ti nada hay de Afrodita!

ESQUILO.—Ni quiero que lo haya. Pero sobre ti y sobre los tuyos pesa tanto que a ti mismo te ha echado por tierra.

DIÓNISO.—Por Zeus, eso es la verdad. Esos crímenes que imputaste a las mujeres ajenas acabaste por sufrirlos en la mujer propia.

EURÍPIDES. — ¡Desdichado!, ¿qué perjuicio hacen a la ciudad mis Estenobeas?

ESQUILO.—Nobles esposas de nobles maridos fueron empujadas por ti a beber la cicuta, sintiéndose culpadas a causa de sus Belerofontes.

EURÍPIDES.—¿Es o no es verdadera la historia de Fedra como yo la propuse?

ESQUILO.—¡Por Zeus, verdadera es, pero el poeta tiene el deber de ocultar lo malo y no sacarlo a luz ni hacer de él enseñanza! A los niños es el maestro quien les da normas de educación, y los jóvenes se las dan los poetas. Totalmente es preciso que nosotros les digamos lo que es honesto y provechoso.

EURÍPIDES.—¿Es que tú, cuando hablas dando Licabètes y cumbres del Parnaso, estás enseñando cosas honestas y provechosas, si ni siquiera usas de un lenguaje que los hombres comprendan?

ESQUILO.—¡Infeliz, no comprendes que es preciso que para altas sentencias y sublimes pensamientos hay que hacer nacer expresiones que estén a su medida! Y está bien que los semidioses tengan un modo de hablar más elevado que el de los mortales, tal como su vestidura es también más ontentosa que la nuestra. La muestra que yo te puse la haz degradado tú.

EURÍPIDES.—¿Haciendo qué?

ESQUILO.—Principio de cuentas: vistes de harapos a los reyes, para que sean más dignos de compasión al aparecer ante los otros.

EURÍPIDES.—¿He hecho mal en eso?

ESQUILO.—Es la causa de que ningún rico quiere ya armar su galera, sino que se pone unas hilachas y dice: soy pobre, soy pobre.

DIÓNISO. — Por Démeter, eso es... aunque bajo las hilachas lleve una buena túnica de lana gruesamente tejida, y ya que engañó aparece gallardo en el mercado de los peces...

ESQUILO.—También tú enseñaste

a la locuacidad, a la charlatanería, de modo que ya no hay nadie en la palestra, pero sí quien gaste las nalguitas de los muchachos gárrulos, y llega al grado de que los marinos ya se ponen a argumentar a sus jefes... ¡Y en mis tiempos solamente recibían su ración y gritaban Ripapai, y nada más!

DIÓNISO.—¡Por Apolo, eso es...!, hoy día se echan un viento en la misma cara del capitán y les echan brea a sus colegas y, cuando bajan a tierra, arrebatan los vestidos al primero que topan... ¡En lugar de ir remando, van refunfuñando y discutiendo y dejan que el navío vaya a la deriva!

ESQUILO.—¿De qué mal no ha sido él causa? ¿No introdujo en el drama alcahuetes y mujeres que dan a luz en los templos? ¿No, a mujeres que se mezclan con sus hermanos mismos, o las que dicen que esta vida no es la vida?

De esto proviene que nuestra ciudad se ha plagado de escritorzuelos, de payasos, de monitos que divierten al pueblo y no cesan de engañarlo. Y ya nadie hay que sea capaz de llevar bien una antorcha en los desfiles, porque les falta la práctica.

DIÓNISO.—¡Por Zeus que ya nadie hay! Me caía yo de risa el otro día en las Pananteneas cuando vi a un hombrecito, todo él de cabeza encorvada, muy pálido y bien gordito, que corría muy atrás con una inmensa fatiga. Cuando llegó a las puertas del Cerámico las gentes lo acosaron a golpes en la panza, en los lomos, en las espaldas y en las nalgas. Y el pobre, ante este aguacero, comenzó a echar sus ventosos: con ellos apagó su antorcha y se largó como pudo.

CORO: ESTROFA.—¡Grande es el asunto, mucho el discutir, encarnizada la guerra que viene! Difícil será dar resolución. Uno se abalanza contra el otro. Pero éste se escabulle y le hurta el cuerpo y va a corresponderle con agilidad.

Pero no os mantengáis en el mismo punto. Hay muchos caminos y muy variados para quien sea listo. En el tema que se está disputando hay que hablar, que atacar, que destrozar las obras, sean viejas o sean nuevas, y echarse a la aventura de nuevos argumentos sutiles y afilados.

ANTISTROFA.—Y si tenéis recelo de que los espectadores, por falta de instrucción y de conocimientos no puedan captar la finura de vuestros argumentos, no lo temáis, que ellos también han hecho su trabajo y cada uno tiene un librito de donde saca cosas dignas de saberse.

Y sus modos naturales están ya refinados y ahora más bien dispuestos.

Nada hay que temer, antes bien entrad a todos los temas, que los espectadores son gente bien discreta.

EURÍPIDES. (*A Esquilo.*)—Yo voy a comenzar por los prólogos. Es la parte primera en las tragedias y eso voy a examinar en las de este hombre, el famoso.

Era oscuro en la proposición de los hechos.

DIÓNISO.—¿Con qué prólogo comienza tu examen?

EURÍPIDES.—¡Hay tantos! (*A Esquilo.*) Vamos, primero recítame el de la Orestíada.

DIÓNISO.—Callados todos. Habla tú, Esquilo.

ESQUILO. (*Recitando.*)—“¡Hermes, dominador de los abismos, guardián de mi paterno dominio. Sé para mí el salvador, sé el aliado que yo ruego. Regreso a mi patria después del destierro...”

DIÓNISO. (*A Eurípides.*)—¿Tienes algo que decir a esto?

EURÍPIDES.—Más de una docena de cosas.

DIÓNISO.—¡Si apenas son tres versos!

EURÍPIDES.—Pues cada uno contiene veinte faltas.

DIÓNISO. — Esquilo, te aconsejo que te calles. Si no lo haces, después de estos tres versos te va a hacer ver que hay muchos otros malos.

ESQUILO.—¿Callarme yo ante éste?

DIÓNISO.—Si confías en mí, sí.

EURÍPIDES. — Desde el principio hay cometido un error tan alto como el cielo.

ESQUILO.—¡Ves que estás delirando!

EURÍPIDES. — Pero me importa poco.

ESQUILO.—¿Dónde dices que yerro?

EURÍPIDES.—Repíteme el principio.

ESQUILO. — “Hermes, dominador de los abismos, guardián de mi paterno dominio.”

EURÍPIDES.—Y, ¿no dice eso Orestes en la tumba de su padre difunto?

ESQUILO.—No digo otra cosa yo.

EURÍPIDES.—¿Qué dice de Hermes entonces? ¡Que su padre cae al golpe infame de una mujer mientras Hermes estaba guardando el hogar!

ESQUILO.—No se trata de ese Hermes, sino de Hermes benefaciente, que yo llamo dominador de los reinos de la tierra inferior. Y eso se prueba cuando dice que recibió la comisión de vengar de parte de su padre.

EURÍPIDES.—Peor va la cosa. Con que de su padre recibe la misión de bajo tierra...

DIÓNISO. — ¡Su padre lo habría nombrado violador de tumbas...!

ESQUILO.—¡Ah, Dióniso, el vino que bebes no tiene perfume!

DIÓNISO.—Anda, dile otros versos y tú, Eurípides, atento a las faltas.

ESQUILO.—“Sé para mí el salvador, sé el aliado que yo ruego. Regreso a mi patria después del destierro...”

EURÍPIDES.—El docto Esquilo dice la misma cosa dos veces.

DIÓNISO.—¿Cómo dos?

EURÍPIDES.—Ten cuidado. Ya la desmenuzo. Dice regreso y llego a mi patria. Regresar y llegar es lo mismo.

DIÓNISO.—Por Zeus, que sí. Es como si dijera al vecino. Préstame tu artesa, tu arca de amasar.

ESQUILO.—No es igual, parlanchín desvergonzado. Mi verso está bien hecho.

EURÍPIDES.—¿Cómo pues? Explícalo como entiendes.

ESQUILO.—El que dice vengo a mi patria, habla de usar su derecho. Viene desde que quiere. Pero el que dice regreso del destierro, habla de la reintegración de sus derechos.

DIÓNISO.—¡Por Apolo, va bien respondido...!, ¿tú que dices, Eurípides?

EURÍPIDES.—Digo que Orestes no regresó del destierro, porque entró furtivamente, sin aprobación alguna de los que entonces ejercían el mando.

DIÓNISO.—¡Por Hermes, pero... yo no acabo de entenderte!

EURÍPIDES. (*A Esquilo.*)—Anda, sigue con otro.

DIÓNISO.—Termina, Esquilo y da el final. Eurípides, ¡mucho ojo a las faltas!

ESQUILO.—“Al borde de esta tumba yo invoco a mi padre. Oyeme, atiéndeme...”

EURÍPIDES.—Ya lo ves cómo repite: Oyeme, atiéndeme. Oír y atender son lo mismo. Eso es clarísimo.

ESQUILO.—¡Infeliz!, ¿no te das cuenta de que habla con los muertos? Tres veces hay que invocarlos para que a ellos llegue nuestra voz. ¿Cómo forjas tú tus prólogos?

EURÍPIDES.—Te lo voy a decir. Y si digo dos veces la misma cosa, o si adviertes tú una repetición, una ripiosa enlazadura, me escupes la cara.

DIÓNISO.—¡Habla, ya... mi oficio es oír tus prólogos y la perfección de tus versos...!

EURÍPIDES. (*Recitando.*)—“Edipo, fuiste antes un hombre afortunado...”

DIÓNISO.—¡Eso no, por Zeus! Era su sino la desdicha. Antes de que naciera presagió Apolo que mataría

a su padre... y aún no había nacido. ¿Pudo ser afortunado?

EURÍPIDES.—“Después fuiste el hombre de mayor infortunio.”

ESQUILO.—Tampoco, por Zeus, eso es cierto. Hay que decir que nunca dejo de serlo. Cuando nace, bajo el rigor del invierno, lo ponen en una olla para que no, al crecer, mate a su padre, conforme al oráculo. Va al palacio de Pólipo con los pies hinchados. Y siendo joven luego se casa con una vieja y era su propia madre. Al fin él mismo se saca los ojos.

DIÓNISO.—¡Feliz hubiera sido si con Erasínides hubiera ido a la expedición!

EURÍPIDES.—Estás diciendo tonturas. Mis prólogos son buenos.

ESQUILO.—¡Por Zeus que yo no intento ir haciendo anatomía de tus versos palabra por palabra, que para echar abajo tus prólogos me basta una botellita que alimenta el aceite de las lámparas!

EURÍPIDES.—¿Eso no más? ¿Y tú me arruinarás mis prólogos?

ESQUILO.—Esa sola me basta. Tú construyes de modo tal tus versos que todo puede agregárseles. Ya que un cuerito, ya que una botellita, ya que un costalito, y eso te lo pruebo ahora.

EURÍPIDES.—A verlo luego.

ESQUILO.—Te digo que sí.

DIÓNISO.—Anda Eurípides, recita.

EURÍPIDES.—Egipto con sus hijas—según narra la historia— que eran cincuenta, llega a la ribera del Argos...

ESQUILO.—¡Perdió el aceite!

DIÓNISO.—¿Qué aceite? Ten cuidado. Di, Eurípides, otro prólogo. Veremos más.

EURÍPIDES.—Dióniso, con tirso en mano y con su piel de cervato, en las fiestas del Parnaso brincando guiaba sus coros...

ESQUILO.—¡Perdió el aceite!

DIÓNISO.—¡Otra vez... desgracia... el aceite en cuestión!

EURÍPIDES.—En esto va a acabar. Al prólogo que ofrezco no po-

drá meterle su aceite. —“Ningún mortal será dichoso siempre. Hay quien nace en alta cuna y tiene que buscar sus medios de vida, y hay quien de abajo sube...”

ESQUILO.—¿Perdió el aceite!

DIÓNISO.—¿Eurípides?

EURÍPIDES.—¿Qué hay?

DIÓNISO.—Creo que hay que desbandarse, porque este aceite se va a volver huracán.

EURÍPIDES. — ¡Por Démeter que no me inquieta! Vas a ver cómo suelta las manos.

DIÓNISO.—Sigue recitando y cuidado con la alcuza de aceite...

EURÍPIDES.—Al dejar Cadmo, el hijo de Agenor, la ciudad de Sidón...

ESQUILO.—Perdió la alcuza.

DIÓNISO. — ¡Malvado entre los hombres! ¡Cómprale la dichosa alcuza, que si no nos echa a perder todos los prólogos.

EURÍPIDES.—¿Que qué? ¿comprarle yo esa alcuza?

DIÓNISO.—Si tú confías en mí.

EURÍPIDES.—No por cierto, que hay prólogos que yo puedo citarle y no saca su aceite.

“Penélope, hijo de Tántalo, vino a Pisa con rápidos corceles.”

ESQUILO.—Y perdió la alcuza.

DIÓNISO.—¿Lo ves? Otra vez con su alcuza del aceite. Anda, mi amigo, es un buen tiempo ahora, págale con buen precio. Ya por un óbolo te podrás comprar una mejor y hermosa.

EURÍPIDES.—No por Zeus, que me quedan muchos prólogos.

Eneo un día en el campo...

ESQUILO.—Perdió la alcuza.

EURÍPIDES.—¡Deja que acabe el verso. Eneo un día en el campo tras la rica cosecha y dando sus primicias a los dioses...

ESQUILO.—Perdió la alcuza.

DIÓNISO.—¿Estaba en el sacrificio? ¿quién sustraerla pudo?

EURÍPIDES.—Déjalo, amigo. A ver qué hace con esto que le digo:

Zeus, que es verdad, él mismo lo declara...

DIÓNISO.—Me matas. Va a decir en seguida: Perdió la alcuza... Esta famosa alcuza que se pega a los prólogos como el orzuelo al ojo. Mejor, y por los dioses te lo pido, pasa a ver que son sus melodías.

EURÍPIDES.—Y claro que le pruebo que sus cantos son malos y que en todo tiempo se está repitiendo.

CORO. — ¿Qué va a pasar aquí? ¿Qué podrá oponer éste al que tan bellos cantos ha forjado, tantos y tan hermosos como jamás se hicieron? ¿Cómo podrá censurar al rey del arte de Dióniso? ¡Me da temor su suerte!

ESQUILO. — ¿Conque hermosos cantos, no? Vamos a verlo pronto. En un solo fragmento juntaré todos sus atentados melódicos.

DIÓNISO.—Yo llevaré la cuenta contando con piedrecitas.

EURÍPIDES. (*Cantando al son de una flauta.*)—

“Oh Aquiles, el de Ftía, si estás oyendo el estrépito de esta batalla homicida, ¿por qué no vienes en socorro? ¡Hermes, el primer tronco de la raza es al que honramos en torno de este lago, pero tú no vienes en socorro nuestro!”

DIÓNISO. — Tienes dos trabajos, Esquilo.

EURÍPIDES.—“Hijo de Atreo, el más glorioso de los aquivos, oh rey de un pueblo innumerable, enséñame. ¡Hay dolor y no vienes en socorro nuestro!”

DIÓNISO.—Este es el tercer trabajo, oh Esquilo.

EURÍPIDES. — “Calma y quietud. Prontas están las Melisas a abrir el templo de Artemis... ¡y tú no vienes en socorro nuestro!”

Puedo con todo aplomo proclamar el presagio feliz que marca la partida de nuestros guerreros... ¡y tú no vienes en socorro nuestro!”

DIÓNISO.—¡Oh, Zeus rey, ¡qué cantidad de trabajos hay ya! Pero quiero mejor ir a bañarme, que con estos trabajos se me han inflamado los riñones!

EURÍPIDES.—¡No, hay que oír pri-

mero este otro poema que se compuso para ser cantado al son de la cítara!

DIÓNISO.—Acaba pues, pero no echéis más trabajos.

EURÍPIDES.—Cómo es que los dos reyes atridas que están en tronos gemelos, ellos que son ardiente juventud de los aqueos...

¡Toflatrotat toflatrotat!
envían a la Esfinge, trágica y funesta perra de los días malos...

¡Toflatrotat toflatrotat!
con su lanza vibrante en la garra ave de venganzas...

¡Toflatrotat toflatrotat!
y hace un certamen con los vagabundos perros que surcan los aires...

¡Toflatrotat toflatrotat!
contra los partidarios de Ayax...

¡Toflatrotat toflatrotat!
DIÓNISO.—¿Ese estribillo qué es? ¿Qué es ese toflatrotat? ¿Acaso lo recogiste en Maratón? ¿O lo aprendiste de un sacador de agua en los pozos?

ESQUILO.—¡Eso! Pero yo di solamente lo bueno y no anduve sacando florecitas del prado de Frinico. Este de todos toma. De lo que cantan las niñas de la esquina, de las acotaciones de Meleto, de los tonitos de las flautas de Cario, de los lamentos de las que lloran muertos, y de los mismos himnos de los coros. Pronto se lo demuestro. ¡Venga una lira!... ¡No, para éste no se requiere lira... venga una tocadora de castañuelas! Ven aquí, musa de Eurípides, contigo habrá que cantar esos versos.

Llega una tocadora de castañuelas enteramente desnuda.

DIÓNISO.—¿Esta musa es lesbiana o no lo es?

ESQUILO. (*Cantando y bailoteando.*)—"Alciones que voláis sobre las olas incansables en giros de los mares, y salpicáis las gotas tomadas del rocío que saturó vuestras alas! ¡Arañas que en los hondos rincones del hogar estáis torciendo esas telas

sin fin, con recia pata y fuerte lanzadera. Allí mismo donde el delfín que el son de la flauta ama y da anuncios de viaje placentero, echando saltos en la linfa clara!

Gozo de la viña en flor, encanto de la uva que pone fin al dolor, ven a rodearme con tus brazos.

¿Ves tú qué medida usa?

DIÓNISO.—La veo, sí.

ESQUILO.—Pero, ¿la ves? ¿qué ves?

DIÓNISO.—La veo.

ESQUILO. (*A Eurípides.*) — ¡Esos son tus poemas, ésas son tus cantatas... ¡y te atreves a censurar mis composiciones! Tú, Eurípides, eres como la prostituta Cirene, que tiene doce posturas diferentes.

Esos son tus cantos líricos. Voy a examinar tus monodios.

"Honda oscuridad de la noche, qué funesto sueño lanzas desde las secretas sendas del profundo Hades. Alma sin vida, hija de la noche, fantasma espantoso que hace a todos temblar, toda vestida de negros ropajes, de mirada que mata, que mata con sus largas garras...

¡Vamos, esclavas, encended mi lámpara, poned en sus urnas la linfa del río. Calentad el agua y con ella podré deshacerme de este sortilegio!

¡Dios de los mares, que todo pare en bien y los moradores de mi casa puedan ver el prodigio!

Mi gallo se robó Glice y se perdió de vista. Ninfas nacidas en las montañas y tú, Locura, atrápala.

¡Pobre de mí que estaba atenta a mi labor, torturando mis manos con el lino, y mi rueca corría y el lino se iba hilando, y pensaba que al salir el día lo iba a vender en el mercado!

¡Pero el lino se hilaba y se lanzaba al éter con aladas y rápidas volutas, y me dejó mis penas, mis negras agonías, mis lágrimas dolientes, las lágrimas amargas de mis ojos, que corrían en hilos interminables, y corrieron sin fin, ay de mí!

¡Hola, cretenses, hijos del Ida,

tomad el arco y venid en mi auxilio, y dando fatiga a vuestros cuerpos rodead mi casa! ¡Niña Dictina, Artemis bella, con tus lindas perritas, ven y registra mi casa en todos sus rincones!

¡Hécate, hija de Zeus, alza con cada mano tus antorchas lucientes y guía mis pasos a donde está Glice, que voy a hacer una revisión de lo que halle!

DIÓNISO.—¡Basta de cantos líricos!

ESQUILO. — Por mí también, ya basta. Pero voy a traer una balanza para que en ella se pesen nuestros poemas y dé el exacto peso de nuestras formas de expresión ahora.

DIÓNISO.—Acercaos entonces. ¿Se va a pesar ahora, como queso en el mercado, lo que vale el talento de los poetas?

Se saca una balanza y se colocan los dos poetas uno a cada lado.

CORO.—¡Los listos son ingeniosos! Este es un prodigio nuevo, raro y de extraños hechos. ¿A quién otro se le ocurre? Si alguno me lo contara, nunca lo hubiera creído, y pensaría que estaba delirando.

DIÓNISO.—Vamos, tomen los platillos.

EURÍPIDES y ESQUILO.—Ya está.

DIÓNISO.—Téngalos fuerte y vayan diciendo cada uno su verso, pero sin soltarlos hasta que yo diga Cu cu.

LOS DOS POETAS. — Los tenemos asidos.

DIÓNISO.—Diga cada uno un verso sobre la balanza.

EURÍPIDES.—¡Ay, si la nave de Argos no pasara volando...

ESQUILO. — “¡Oh, río Esperquio, pastizal de los toros...”

DIÓNISO.—Cu cu.

LOS DOS POETAS.—Se cansó.

DIÓNISO.—El verso del segundo baja mucho más la balanza.

EURÍPIDES.—Y la causa, ¿cuál es?

DIÓNISO.—¿No ves que ha echado un río y como hacen los que ven-

den la lana ha mojado su verso? Y el verso que tú diste es un verso que vuela.

EURÍPIDES.—Vamos, que diga otro y yo le opongo el mío.

DIÓNISO.—Otra vez.

LOS DOS POETAS.—Esta va bien.

DIÓNISO.—Di tú, Eurípides:

EURÍPIDES.—“No tiene la persuasión otro templo que la palabra.”

ESQUILO.—“Sólo la muerte no ama los obsequios.”

DIÓNISO.—Déjenlo ya.

LOS DOS POETAS.—Se cansó.

DIÓNISO.—Y otra vez baja el platillo al verso del segundo. ¡Como que puso la muerte que es el más pesado de los males todos!

EURÍPIDES.—Yo puse persuasión. Mi verso no tiene tacha.

DIÓNISO.—Pero la persuasión es cosa ligera y no pesa en el alma.

Vamos, busquen ahora un verso bien pesado que haga bajar la balanza en favor de alguno.

EURÍPIDES.—Voy a intentar hallarlo, pero... ¿dónde?

DIÓNISO.—Te voy a decir uno: “De dos jugadas hizo Aquiles, dos y cuatro.”

Digan otra que es la última prueba.

EURÍPIDES.—“Tomó en sus manos la pesada clava.”

ESQUILO.—“Cae un carro sobre otro y cadáver sobre cadáver.”

DIÓNISO.—Gana otra vez.

EURÍPIDES.—¿En qué modo?

DIÓNISO.—No ves que pone dos carros y dos cadáveres... ¡ni cien egipcios pudieran con tanto peso!

ESQUILO. — Vamos dejando esta forma de disputa... que no contienda conmigo verso por verso, sino mejor que se vaya a poner él en el platillo de la balanza, junto con su mujer y sus hijos y también Cefisofonte y, naturalmente, con todos sus libros, y por mi parte yo sólo pondré dos versos en el otro platillo.

Entra Plutón.

DIÓNISO.—Hombres amigos son,

yo no los juzgo. No quiero ganarme enemistad con ninguno de ellos. Si uno parece ser muy hábil, el otro me llena el alma con sus creaciones.

PLUTÓN.—¿No harás entonces nada de aquello a lo que vienes?

DIÓNISO.—¿Y si doy juicio en falso?

PLUTÓN.—Tendrás que llevarte a uno de estos dos, al que tú pienses que es el mejor. De otra manera, tu viaje sería vano.

DIÓNISO.—Me haces un favor. Pero oye qué te digo. Yo bajé a estos lugares en busca de un poeta.

EURÍPIDES.—¿Para qué?

DIÓNISO.—Para que la ciudad ya liberada, pueda seguir el uso de sus oros. Estoy en decisión de llevarme a cualquiera de los dos que pueda dar a la ciudad consejos útiles y provechosos. Vamos, ¿qué pensáis acerca de Alcibíades? La ciudad está de parto en esta cuestión.

EURÍPIDES.—¿Y qué opinión se forma acerca de él?

DIÓNISO.—¿Cuál? Lo ama y lo detesta y lo quiere tener.

Vayan diciendo ahora lo que sobre él piensan.

EURÍPIDES.—Aborrezco al ciudadano que es lento para servir a su patria, aunque para hacer males se muestra pronto y activo, procurando su interés. Para la ciudad es torpe, pero para sí, diligente.

DIÓNISO.—¡Bien dicho, por Poiseidón, y tú Esquilo, ¿qué me dices?

ESQUILO.—Nunca en una ciudad se cría un cachorro de león. Pero si se hace tal error, hay que sujetarse a sus antojos.

DIÓNISO.—¡Que Zeus salvador me ayude, me hallo ahora entre dos corrientes. Uno ha hablado sabiamente y con precisión!

¡Ya por favor diga cada uno el medio mejor para salvar la ciudad! ¿Cómo salvarla podremos?

EURÍPIDES.—Pon por alas a Cleócrita y a Cinesias... ya se las llevará el viento, para echarlas en las olas.

DIÓNISO.—¡Para verlo es risible! ¿Qué sentido tiene eso?

EURÍPIDES.—Se entregan a combate naval y llevan sus ampolletas de vinagre que les echan en los ojos a sus enemigos. Y tengo algo más pensado que voy a decir.

DIÓNISO.—Dilo.

EURÍPIDES.—Si tenemos confianza en quien no la tenemos, si lo tenemos por seguro, y en él que no confiamos tenemos por dudoso...

DIÓNISO.—Por favor. Nada entiendo. Di las cosas más claras.

EURÍPIDES.—Si nos ponemos a sospechar acerca de los ciudadanos que ahora tenemos en estima, y si traemos a obra a los que antes teníamos en desconfianza, es seguro que ganaremos.

DIÓNISO.—¡Muy bien! Eres todo un Palamedes, una ingeniosa cabeza... Pero, óyeme por favor... ¿esa idea será tuya o será de Cefisofonte?

EURÍPIDES.—Eso es mío. Lo del vinagre es de Cefisofonte.

DIÓNISO. (*A Esquilo.*)—Y tú, ¿qué dices?

ESQUILO.—Dime de quién se sirve la ciudad ahora: ¿es acaso de los hombres útiles?

DIÓNISO.—¿De ellos? ¡No, los aborrece con toda su alma! ¡Son los perdidos en quienes se complace!

ESQUILO.—Por ella, no. Los sufre contra su voluntad. Y, ¿cómo ha de salvarse una ciudad que no quiere ni mantos de lana fina, ni capas de pelo?

DIÓNISO. — Anda, Esquilo, por Zeus, busca algún medio si quieres dar remedio.

ESQUILO.—Allá yo lo diría; aquí no quiero.

DIÓNISO.—No mi señor, desde aquí manda el consejo.

ESQUILO.—Que miren el país enemigo como si fuera suyo, y el país suyo, cual si fuera de enemigos. Que tengan su flota como una ayuda de riqueza y sus riquezas como un estorbo.

DIÓNISO.—Bien va eso, pero el dicasta se lo traga todo.

PLUTÓN.—¡Juzga ya!

DIÓNISO.—A vosotros toque la sentencia: Yo elegiré al que mi corazón quiere.

EURÍPIDES.—Recuerda que pusiste a los dioses por testigos de que me ibas a llevar a mí y que escogerías a tus amigos.

DIÓNISO.—Juró la lengua... pero escojo a Esquilo.

EURÍPIDES.—¡Qué has hecho tú, el más malvado de los hombres?

DIÓNISO.—¿Yo? ¡Juzgué que venice Esquilo! ¿Por qué no?

EURÍPIDES.—¡Y todavía me miras cara a cara tras esta infamia!

DIÓNISO.—Nada es infame si el público no lo piensa así.

EURÍPIDES. — ¡Desdichado y me dejas que esté muerto!

DIÓNISO.—¿Sabe alguno si el vivir es ya muerte? ¿Si el respirar y el comer también? ¿No será el sueño sino un vellón blando?

PLUTÓN.—Favor de pasar ahora, entra, Dióniso.

DIÓNISO.—¿Para qué?

PLUTÓN.—Para haceros el agasajo del huésped antes de que os vayáis.

DIÓNISO.—Dices muy bien, por Zeus. No me parece mal.

Entran al palacio de Plutón.

CORO: ESTROFA.—¡Feliz el hombre que tiene atildada inteligencia! En muchas cosas se advierte. Este que supo ser discreto regresa a su patria ahora, en bien de los ciudadanos, en bien de sus parientes y amigos. ¡Todo por ser inteligente!

ANTISTROFA.—¡Qué grato es, ya sin Sócrates al lado, dejar de parlotear! ¡El que rechaza el canto de las Musas y todo lo accesorio, del arte

trágico! Pasar la vida en discusiones infladas y en vanas frivolidades propio es de un hombre que ha perdido el juicio.

Salen Plutón, Dióniso y Esquilo.

PLUTÓN.—¡Anda Esquilo gozoso y corre a salvar nuestra ciudad con tus sensatos principios y da instrucción a los tontos, que son tantos en número!

Esto le das a Cleofonte, y esto a los recaudadores del tesoro, a Mir-mex y a Nicómaco, y esto es para Arquenomo. (*Les da cuerdas o espadas para que los mencionados pongan fin a su vida.*) Diles que estoy en su espera, que no tarden en llegar, que si no, yo, ¡por Apolo!, voy y los marco con fuego y con los pies bien atados y las muñecas también, juntos Alimante, ese hijo de Leucólofo, me los traigo bajo tierra.

ESQUILO.—Eso haré. Tú en cambio pon en mi trono a Sófocles. Y que lo mantenga él, si yo no regreso ya. Yo juzgo que éste es el segundo en talento y en saber. Y ten presente de no dejar a este intrigante, farsante y engañador, chocarreo como nadie, que se siente en mi trono, aunque sea sin voluntad.

PLUTÓN. (*Al Coro.*)—¡Dad luz con vuestras antorchas sagradas y formadles el cortejo cantando en honor suyo sus himnos y sus melodías.

CORO. (*En cortejo acompaña a Esquilo que se va con Dióniso.*)

¡Oh dioses de ultratumba, conceded un buen viaje a este poeta que regresa a la luz! ¡Dad a la ciudad grandiosos pensamientos, fuente de grandes bienes! De esta manera quedaremos libres de grandes penas, de dolientes estrépitos de armas. Y Cleofonte y sus partícipes de ideales, si luchar quieren, luchan en su patria.

LA ASAMBLEA DE LAS MUJERES

INTRODUCCION

Una comedia que guarda el sentido de sus tiempos y entra en el plan de los nuestros. Tema de los más humanos que revive en la historia. Organizar un mundo bajo ideas nuevas. Las que presiden esta obra del gran comediógrafo son: Hacen mejor las mujeres gobernando a los pueblos que pueden hacerlo los varones. Y esta obra: Los bienes deben ser comunes, llegando a las mismas personas, si se consideran como bienes apropiables, aunque sea por breve tiempo. Esto, dicho en breves palabras, está hermosamente desarrollado en esta pieza de Aristófanes. Con la viveza de la realidad que lo rodea y con la ácre mordacidad que es dote suya.

Se representó probablemente en 392 a. C. Era a la sazón el arconte Demóstrato. Habían pasado trece años de la representación de Las Ranas.

Habían fracasado los hombres. El gobierno de las mujeres será mejor. Y en forma casi bufa va haciendo con suma habilidad que las mujeres instalen su gobierno para sustituir a sus maridos. Hace ver la serie de problemas que esta situación propone. ¿Qué decir de la comida? ¿Qué decir del uso de la mujer? ¿Qué decir de los mismos hijos? Problemas que el comunismo universal entraña siempre. El poeta intenta dar la respuesta en forma que llega a chocarrera, pero que en el fondo es la que la razón dicta. Son más los problemas que suscita que los que resuelve la solución propuesta.

Además de los gracejos y chistes, algunos ciertamente muy grueños, hay el provecho de la pintura de la sociedad de su tiempo. Tenemos un cuadro perfecto acerca de lo que comían y los medicamentos que usaban para diversos fines los atenienses de sus días. El curioso que los estudie sistemáticamente hallará una bella pintura de lo que era aquella edad.

Al hacer la versión traté de hacerme entender de los lectores. Las comparaciones y dichos muy fuertes se atenúan en forma que el lector mexicano capte el sentido. Tal es el fin de dar versiones y no dejar en latín lo que parece muy subido de color. Intento dar la visión de lo que fue aquella sociedad en su etapa, a través del poeta en su erención que imitaba lo que veía.

Una de las comedias que merecen mayor estudio en el teatro de Aristófanes es ciertamente ésta.

LA ASAMBLEA DE LAS MUJERES

ESCENARIO

Plaza de Atenas. Dos casas al fondo y una callejuela en medio.

PERSONAS

PRAXÁGORA.

VARIAS MUJERES.

CORO DE MUJERES.

BLÉPIRO.

CREMES.

UN HOMBRE.

LA MUJER HERALDO.

TRES VIEJAS.

UNA JOVEN.

UN JOVEN.

CRIADO DE PRAXÁGORA.

LA ASAMBLEA DE LAS MUJERES

Praxágora sale con su lámpara en la mano. Va vestida de hombre y lleva su cayado.

PRAXÁGORA.—¡Lúcido brillo de mi lámpara bien fabricada al torno, bien te hicieron los artesanos y bien has resultado!

Tu nacimiento y tu fortuna canto y el tormento de tu giro en la rueda del alfarero. Pon a obrar tus narices que iluminan y dan las señas convenidas.

A ti sola nos doblegamos. Tú eres la única que conoces nuestros secretos. Cuando en la noche ensayamos las diversas posturas de Afrodita, eras la única que se halla cerca de nosotras. Y cuando nos retorremos en nuestras batallas, está vigilante tu ojo y no se aparta un punto. Tú eres la única que conoce el secreto de nuestros vellos en aquellas partes, ya que tú los quemas. Tú también la que nos acompaña cuando nos colamos a escondidas en las bodegas, donde yacen los quesos y el dulce licor a Baco consagrado, y aunque eres cómplice de nuestras correrías, nunca vas a contarlas a las vecinas.

Por esta razón tú sola vas a tener la confidencia de lo que ahora hemos resuelto todas las amigas en las fiestas de los Esciros.

Pero ninguna llega... y el día va aclarando. Ya debieran estar aquí, que la asamblea tendrá principio en breve.

Hay que tomar los puestos. Y hay que asentar bien las nalgas, como dijo ha poco el Trabalenguas, que en lugar de hombres, llamó a los otros ramerás.

¿Qué pasará? ¿No han podido ponerse las barbas postizas, como habíamos convenido? ¿Tendrán grave dificultad de sacar a escondidas los vestidos de sus maridos?

¡Ah!, ya veo una luz que se va acercando. Vamos, me haré para atrás, no vaya a ser un hombre que llega.

Se hace a un lado, y entretanto van entrando mujeres con ropas de varón.

MUJER I. — Vamos ya, es buen tiempo. Cuando íbamos saliendo de casa ya el gallo había cantado dos veces quiquiriquí.

PRAXÁGORA.—¡Tonta de mí, que pasé la noche entera esperando! Un momento. Ya llamo a mi vecina. Rascaré su puerta suavemente, no sea que su marido se dé cuenta.

MUJER II. (*Sale de esa casa.*)—Oí bien tus rasguños, al tiempo que me ponía los zapatos. Mi marido, amiguita, es un remador de Salamina y toda la noche me estuvo maniobrando bajo las cobijas. Hasta este momento pude tomar su manto, éste que traigo.

MUJER I.—Pero ya veo a Clinarreta y a Sostrata y a Filaneta. ¡Vengan aprisa, que Glicé juró que la que llegue al último tendrá que pagar por multa tres congios de vino y un quenice de chícharos!

MUJER II.—¿No ves a Melística, mujer de Esmicición, que apenas puede andar con esos zapatos? Esa es la única que ha podido escapar del marido sin dificultades.

MUJER I.—Allá viene la mujer del tabernero, Gueusistrata, ¿la ves? Trae su lámpara en la mano.

PRAXÁGORA.—Y veo también a la mujer de Filodoreto y a la de Querétades y muchas más de lo mejor de la ciudad. Todas vienen acá.

MUJER III.—¡Huy, qué trabajo me ha costado a mí, amiga mía! Apenas pude escabullirme. Mi marido ha... tosido la noche entera porque se hartó de sardinas.

PRAXÁGORA. — Sentadas. Díganme ahora que ya están juntas si han cumplido con lo que se acordó en las fiestas de los Esciros.

MUJER I.—Pues yo sí. Primeramente, me dejé los sobacos más erizados de pelo que un matorral del monte. Luego, cuando mi marido se iba al ágora, me ungía yo de pies a cabeza y me ponía al sol para quemarme.

MUJER II.—Por mi parte, dejé la rasuradora a la puerta de la casa, para que me pusiera velluda y no tuviera aspecto de mujer.

PRAXÁGORA.—¿Trajeron las barbas que dijimos para ir a la asamblea?

MUJER I. — ¡Por Hécate, que sí... mira ésta que linda!

MUJER II.—La que traigo no es mala; mejor que la de Epicrates.

PRAXÁGORA.—¿Ustedes qué me dicen?

MUJER I.—Dicen que sí; inclinan la cabeza.

PRAXÁGORA.—Bien está. Por lo demás ya veo que han cumplido. Traen zapatos lacedemonios, traen bastones y los mantos de los maridos. Eso habíamos determinado.

MUJER I.—Yo por mi parte traigo el bastón de Lamia; se lo quité en tanto que él dormía.

PRAXÁGORA.—¡Bastón pesado es, cuando lo lleva se va peyendo!

MUJER II.—Sí, por Zeus, si ese hombre se vistiera la piel del que ve todo, sería mejor que nadie para apacentar al pueblo.

PRAXÁGORA.—Vamos ya. A resolver lo que hay que hacer. Aún relucen los astros en los cielos. Y la asamblea que estamos planeando debe comenzar cuando despunte la aurora.

MUJER I.—Por Zeus que sí. Toma tu asiento con premura delante del Prítaneo.

MUJER II.—Eso traigo yo ahora: mientras dura la asamblea, estaré cardando mi lana.

PRAXÁGORA.—¿La llenarás, infeliz?

MUJER II.—Por Artemis que sí. ¿No podré oír qué dicen en tanto yo cardo? Desnudos están mis niñitos.

PRAXÁGORA.—¡Vamos, véase, con que cardando...! Y es cuando no hay que dejar ver a los que se hallen presentes nada que sea femenino. ¡Qué bien quedaría aquella que en plena asamblea se fuera a la tribuna y dejara ver cierta parte velluda como Formisio! Pero si nos instalamos en las primeras filas, envueltas en los mantos, nadie se podrá dar cuenta. Y si además sacamos las barbas que llevamos escondidas y las colocamos bien en la cara, ¿habrá quien no reconozca que somos hombres? ¡Ahí tienen a Aguirrio, que con una barba como la de Prónomo ha engañado a todos. Mujer en su vida antes, ahora está en primera fila en los asuntos de la ciudad!

Por su causa y ya cuando el día se acerca vamos a emprender este ataque atrevido y a apoderarnos de las cosas de la ciudad para hacerle beneficio. Porque ahora vamos bogando sin vela ni remos.

MUJER I.—¿Cómo en una asamblea formada de mujeres podrá hallarse un orador que hable al pueblo?

PRAXÁGORA.—Eso es lo más fácil del mundo. Dicen que los jóvenes que se dejan sacudir mejor son también los mejores para hablar. ¿No es ése nuestro oficio, que nos sacudan en la cama?

MUJER I.—Eso yo no lo sé. Pero la falta de experiencia es algo terrible.

PRAXÁGORA. — Precisamente para eso nos hemos reunido aquí para ensayarnos. ¡Vaya, ponte la barba y lo mismo las que tienen el fácil ejercicio de hablar!

MUJER II.—¡Niña de mi alma, no hay entre nosotras quien no tenga ese ejercicio!

PRAXÁGORA.—Vaya, ponte la barba y vuélvete hombre en un momento.

Yo dejaré la corona a un lado. Me voy a poner también la barba, por si hay necesidad de que yo hable.

Se ponen las barbas las mujeres

MUJER II.—¡Aquí, dulcísima Praxágora, ven a ver a ésta que causa risa en esas fachas!

PRAXÁGORA.—¿Cómo que causa risa?

MUJER II.—Se puede pensar en que son calamares asados que se ponen por barba.

PRAXÁGORA.—¡Ea, purificador, da la vuelta llevando al gato! ¡Adelante! Calla, Arifrades, ven a sentarte adelante. ¿Hay quien quiera hablar?

MUJER II.—Aquí me tienes.

PRAXÁGORA.—Ponte la corona y buena suerte.

MUJER II.—Ya ves.

PRAXÁGORA.—Puedes hablar.

MUJER II.—¿Hablar antes de beber?

PRAXÁGORA.—¡Vamos, beber!

MUJER II.—¿Por qué, mi buena amiga, me he puesto la corona?

PRAXÁGORA.—Vete de aquí. Eso no lo haces abajo.

MUJER II.—¿Qué pasa? ¿No beben los hombres en la asamblea?

PRAXÁGORA.—¡Otra vez... para ti todo es beber!

MUJER II.—¡Por Artemis que sí y de lo más puro! Por eso sus decretos y sus resoluciones les parecen a las personas reflexivas obra de borrachos, de gente que raya en la locura. Y, por Zeus, otra cosa, ¿cómo harían las libaciones, si no tuvieran vino?

Y además se injurian como gente bebida y al que es impertinente se lo llevan los arqueros por revoltoso.

PRAXÁGORA.—Tú siéntate mejor. No sirves para nada.

MUJER II.—¡Malhaya, y para eso me puse la barba! Estoy que me quemo de sed.

PRAXÁGORA.—¿Hay otra que quiera hablar?

MUJER I.—Yo.

PRAXÁGORA.—Ponte, pues, la corona. El asunto va adelante. Vaya, ahora procura hablar con varonil empuje, apoyada como vas en ese bastón.

MUJER I.—Hubiera yo querido que otro de entre los que están ejercitados en el uso de la palabra hubiera tomado este cargo con primorosos discursos, en tanto que yo permanecía reposando en mi asiento. Pero ahora no puedo consentir en que en los sitios donde venden vino haya depósitos de agua. Por las dos diosas, eso no me place...

PRAXÁGORA.—¡Por las dos diosas... infeliz...! ¿dónde tienes la cabeza?

MUJER I.—¿Qué fue? ¡Todavía no te pido de beber!

PRAXÁGORA.—Por Zeus que no, pero, ¿si eres hombre por qué juras por las dos diosas? Lo demás está bien dicho.

MUJER I.—Entonces, por Apolo.

PRAXÁGORA.—Basta ahora. No iré a la asamblea, en tanto que no todo quede bien dispuesto. (*Quita la corona a la oradora.*)

MUJER I.—Déjame la corona. Voy a seguir hablando. Creo que ya estoy bien preparada —“A mí, señoras que están aquí sentadas...”

PRAXÁGORA.—¡Señoras, desdichada...! ¿así llamas a los hombres?

MUJER I.—Epígono tiene la culpa: como lo vi allá, creí que hablaba con mujeres.

PRAXÁGORA.—Vete a sentar. He resuelto hablar yo misma en defensa de ustedes. Primeramente me ceñiré la corona.

Ruego a los dioses que hagan prosperar y llegar a buen resultado nuestros intentos.

A mí me importa de esta junta con ustedes una gran parte. Sufro y siento dolor ante los asun-

tos de la ciudad enteramente corrompidos. Veo que siempre se sirve de jefes malos y si alguna ocasión llega a tener uno bueno, lo será por un día y por diez será nocivo. Lo mudan por otro y resulta peor.

Dura cosa es hacer que entren en juicio hombres que no tienen sentido de armonía: al que quiere amarnos, lo detestáis y andáis rogando a los que os detestan.

Hace tiempo en que no hacíamos reuniones políticas y pensábamos todos que Aguirrio era un facineroso. Ahora tenemos asambleas: el que de ellas alcanza alguna ganancia las pone por las nubes, y el que no ha sacado nada, tiene por reos de muerte a los que van a ganar su salario en la asamblea.

MUJER II.—¡Por Afrodita, sí, eso se llama hablar con buen sentido!

PRAXÁGORA.—¡Cómo por Afrodita... si por ella juras en la reunión quedarás lucida, infeliz!

MUJER II.—¡No lo habría yo dicho!

PRAXÁGORA. — No tomes la costumbre.

Vamos a ver lo de la alianza. Cuando estábamos deliberando hubo quien dijera que, si no se hacía, la ciudad quedaría perdida. Y cuando al fin se hizo fue causa de quejas y el orador que la recomendaba huyó sin que se volviera a presentar. ¿Que hay que construir naves? Al pobre le parece; a los ricos y a los labradores no les parece.

¿Os declararéis enemigos de los de Corinto? Ellos lo hacen contigo. Ahora que ellos son favorables, hazte tú igualmente favorable, oh pueblo. El argivo no comprende, pero Jerónimo es sabio. Se muestra la esperanza de salvación. Pero Trasíbulos se enfurece, porque no lo llamaron.

MUJER II.—¡Qué listo es este hombre!

PRAXÁGORA.—¡Ahora sí que me diste mi alabanza!

“Vosotros sois, oh pueblo, causa de todo esto. Porque al recibir en forma de salario el dinero del pue-

blo, cada uno sólo ve el provecho que saca. Y la comunidad, igual que Ésmo, camina dando traspies.

Pero si me dais crédito ahora, aún tendréis salvación.

Afirmo que a las mujeres es preciso entregar la ciudad. Como que a ellas en las casas se les deja la vigilancia y la administración de todo.

TODAS LAS MUJERES.—¡Muy bien, muy bien, por Zeus, sigue hablando mi amigo!

PRAXÁGORA.—Y voy a demostrar que sus modos son mejores que los nuestros.

Primeramente, como es uso antiguo, lavan la lana con agua caliente y nunca andan robando cosas nuevas. Si la ciudad de Atenas tuviera tal costumbre, tendría su salvación y no con ensayar cosas nuevas.

Ellas hacen sus frituras sentadas, como es uso antiguo. Como antes, llevan sus cargas sobre la cabeza. Como antes, celebran la fiesta de las Tesmoforias. Amasan sus tortas, como antes. Como antes, causan a su mando dolores de cabeza. Como antes, esconden a sus amantes en la casa familiar. Como antes, se preparan sus platillos especiales. Como antes, son muy amigas del vino. Como antes, tienen un gran placer en recibir besos.

A éstas, oh señores, debemos entregar la ciudad, sin meternos a ver qué hacen, sino fiando en su buen gobierno. Un solo ejemplo basta: ellas son madres y tendrán empeño en salvar lo más que puedan a los soldados. Y ¿hay quien proporcione los alimentos mejor que aquella madre que da la vida?

Para hacer dinero nadie como una mujer. Si alcanza el poder nadie la engaña. Ellas son peritas en engañar.

Dejaré lo demás. Esto me basta. Si me hacéis caso, seréis los más felices de los hombres.

MUJER I.—¡Dulcisima y habilísima Praxágora...!, ¿en dónde, desdichada, pudiste aprender cosas tan bellas?

PRAXÁGORA.—En tiempo de las

huidas vine con mi marido a habitar cerca del Pnix. Allí aprendí a hablar oyendo a los oradores.

MUJER I.—Nada me admira entonces, oh amiga mía, que seas tan diestra y sabia. Desde este punto te elegimos las mujeres como nuestra generala para que alcances a realizar tus proyectos. Pero si te oye Céfalos y se lanza a injuriarte con todas sus fuerzas, ¿qué vas a responder en la asamblea?

PRAXÁGORA.—Le diré que está loco.

MUJER I.—Pero eso ya lo sabe todo el mundo.

PRAXÁGORA.—Le diré que es un hombre de bilis negra.

MUJER I.—Eso también lo saben.

PRAXÁGORA.—Le diré que sus platos que fabrica le salen mal, aunque los asuntos referentes a la ciudad le salgan bien.

MUJER I.—¿Y si te injuria Neoclides el chinguñoso?

PRAXÁGORA.—Le diré que se vaya a ver las nalgas a un perro.

MUJER I.—¿Y si te empujan...?

PRAXÁGORA.—¡Yo también empujo, que en eso de empujadas no estoy sin gran experiencia!

MUJER I.—Un solo punto hay que prever... ¿qué harás si te aprisionan los arqueros?

PRAXÁGORA.—Me pararé con los codos así, en guardia... no me dejaré coger por medio cuerpo.

MUJER I.—Por nuestra parte, si eres cogida, los obligaremos a que te suelten.

MUJER II.—Todo lo planeado va bien. Pero algo se nos pasó: ¿cómo levantar las manos en la asamblea, si solamente estamos acostumbradas a levantar las piernas?

PRAXÁGORA.—Es algo difícil. Y con todo hay que alzar el brazo, sólo hasta descubrir el hombro.

Y ahora, álcense las tunicas y cálcense los zapatos lacedemonios, como ven que lo hace el marido cada vez que se marcha a la asamblea.

Hecho esto con gran cuidado, acomódense las barbas y una vez bien

ajustadas, tomen sus mantos de hombre que han robado en el hogar, y vamos adelante apoyadas en el bastón, cantando alguna canción de antaño, como hacen los campesinos.

MUJER I.—Bien dicho. Pero vamos por delante, que estoy pensando que otras mujeres vendrán desde el campo directamente al Pnix.

PRAXÁGORA.—¡Pero, aprisa, que el que no llega al alba al Pnix no saca ni pizca de ganancia!

Se van las dos y las restantes se disponen en coro, ya disfrazadas de hombre.

CORIFEYO.—¡Vamos, hombres, adelante!

Y hay que tener siempre presente este trato que nos damos y repetirlo sin cesar, no sea que se nos olvide. Que si eso pasara, nos iría muy mal, por andar tramando bajo la sombra estas atrevidas empresas.

CORO: ESTROFA.—¡Vamos, hombres, a la junta... hacerlo preciso es!

El que recoge los votos ha hecho esta amenaza:

Aquel que al alba no llegue, todo él lleno de polvo y con su leve provisión de ajos y con mucho menos hierbas, ése no tendrá su trióbolo.

Vamos adelante, Caritimes, Es-miquito y Draques, y mucho cuidado con olvidar lo que se tiene que hacer.

Y ya tomado el salario, nos sentaremos juntos para votar los decretos y ser favorables a todo lo que nuestras amigas propongan...

¡Qué bárbaro, dije amigas cuando había de decir amigos!

ANTISTROFA.—Hay que rechazar también a los que de la ciudad vengan, ésos que cuando solamente daban un óbolo, se estaban charla que charla donde venden las coronas. ¡Ahora qué altos están!

Cuando Mirónides fue arconte, hombre de brío como era, no hubo un hombre que intentara sacar sueldo por servir a la ciudad. Cada uno llevaba a la junta un botijoncito de

vino, su pan seco y dos cebollas con unas tres aceitunas.

Ahora vienen a recibir un trióbolo, como si fueran albañiles, cuando sirven a la ciudad.

Se aleja el Coro. Aparece Blépiro vestido con sandalias de Persia y una tuniquilla que solamente usaban las mujeres.

BLÉPIRO.—¿Qué pasa aquí? ¿Dónde se habrá largado mi mujer? Ya se acerca la aurora y ésa no parece. Yo estaba en mi cama, pero de repente me acometió una gana imperitinentemente de ir a desahogarme. Y busco mis zapatos en la oscuridad y busco mi manto... ¡nada! ¡Por más que tentaleé nada pude hallar. Como el señor Cacuncio no puede esperar, arrebaté como pude esta mantilla de mi mujer y me embutí estas sandalias pérsicas.

Y ¿dónde hallar el sitio en que yo pueda salir de mi apuro? Vaya, de noche, cualquier lugar es bueno. ¿Quién me va a ver?

¡Ay, infeliz de mí... que siendo viejo haya yo tomado mujer!

Merezco palos... ¡para nada bueno habrá salido ésta! ¡Pero hay que hacer lo que ando buscando hacer... (Se pone en cuclillas.)

UN HOMBRE.—¿Quién es? ¿No es mi vecino Blépiro?

BLÉPIRO.—Él mismo. Yo soy.

EL HOMBRE.—¿Qué significa ese vestido rojo? ¿Será Cinesias que te ha manchado?

BLÉPIRO.—¿De dónde sacas eso? Yo he salido con la tuniquilla de color de azafrán que usa mi mujer.

EL HOMBRE.—Y tu manto, ¿dónde está?

BLÉPIRO.—No sé qué decir. Lo busqué largo tiempo y no pude hallarlo entre las mantas de la cama.

EL HOMBRE.—Y tú mujer... ¿por qué no le preguntaste?

BLÉPIRO.—¡Por Zeus que no: ella no estaba en casa. Se me escapó sabe a dónde... quién diría que me está traicionando!

EL HOMBRE.—Oye, qué semejanza tiene tu historia a la mía, por Poseidón. También mi mujer desapareció y con ella el manto que uso. Y no sólo eso, sino también mis zapatos que no hallo en ninguna parte.

BLÉPIRO.—¡Por Dióniso, ni yo mis lacedemonios. Como me urgía la necesidad, yo me calcé como pude estas sandalias y corrí a ver qué hacía, pues no quería manchar la colcha que está recién lavada.

EL HOMBRE.—¿Qué será esto? ¿La invitaría a almorzar alguna amiga?

BLÉPIRO.—Es lo que pienso. Porque hasta donde yo sé, no es mala.

EL HOMBRE.—¡Pero tú, tanto duras, ¿estás haciendo cables?

Yo por mí, me voy ya a la asamblea. Tengo que buscar antes mi manto. No tengo otro.

BLÉPIRO.—Lo mismo yo. Deja que acabe. Estas peras del campo causan estreñimiento.

EL HOMBRE.—Lo mismo que a Trasíbulo y de la que hablaba a los lacedemonios.

BLÉPIRO.—¡Por Dióniso, qué duro y qué pesado es esto! Estoy cerrado enteramente. ¿Qué haré pues? Y no es esto lo único que me causa pena, sino que cuando yo coma, ¿por dónde voy a echar fuera lo comido? ¡Ese Acradusio cerró la puerta a cal y canto! ¿Quién me buscará un médico y, cuál médico? ¿Cuál de los especializados en el trasero tiene la suficiente pericia? ¡Ya sé, sí, es Aminon! ¿Querrá venir? Que Antístenes lo traiga sin tardanza. Ese por lo que juzgo, según sus suspiros, ha de ser muy práctico en eso de estreñimientos. ¡Ilicia santa, de los partos protectora, no dejes que yo reviente, ni que me quede atascado, que llegaría yo a ser el hazmerreír de los cómicos!

Llega Cremes de la asamblea y va a Blépiro en su situación.

CREMES.—¡Hola tú! ¿qué estás haciendo? ¿tal vez estás desahogando el vientre?

BLÉPIRO.—¿Yo? ¡Ya no hago nada, por Zeus, que ya me vacié!

CREMES.—¿Y traes puesta la tuniquilla de tu mujer?

BLÉPIRO.—La tomé en la oscuridad y me la puse. Pero, tú... ¿de dónde vienes?

CREMES.—De la asamblea.

BLÉPIRO.—¿Ya acabó, entonces?

CREMES.—Por Zeus, sí, ya. Cuando iba amaneciendo. Y cómo me dio risa ver a tantos que se tenían de rojo con la cuerda que les cerraba el paso.

BLÉPIRO.—¿Recibiste tu trióbolo?

CREMES.—¡Así hubiera sido! Pero, llegué tarde, y no me da vergüenza sino de mi morral, que va a regresar vacío.

BLÉPIRO.—¿A causa de qué fue?

CREMES.—Había una muchedumbre de hombres en el Pnix, como nunca se había visto. Cuando los vimos daban el aspecto de zapateros. Había que ver cuántas caras blancas había en la asamblea. Por esa razón no me llegó a mí la paga y a otros muchos, tampoco.

BLÉPIRO.—¿Si voy yo ahora tampoco me toca?

CREMES.—¿Cómo ha de ser? Aunque hubieras llegado al segundo canto del gallo.

BLÉPIRO.—¡Infeliz de mí! “Llora Antóloco, menos por el trióbolo que por mí que quedo vivo: ya todo lo perdí.”

Pero, di, ¿qué asunto hubo para reunir a tal multitud a una hora tan temprana?

CREMES.—¿Qué otra podría ser? Que a los del Pritáneo se les ocurrió poner a discusión los medios de salvar la ciudad.

Desde luego el primero que se ofreció a hablar fue el chinguinoso de Neoclides. Pero el pueblo en su totalidad se puso a gritar con gran fuerza: ¡Este quiere hablar al pueblo de la salvación de la ciudad, cuando ni siquiera ha podido salvar sus propias pestañas!

A esto él respondió echando una mirada en rededor y dijo:

“¿Qué tenía yo que hacer?”

BLÉPIRO.—Hubieras molido ajos y mezclado con ruibarbo y euforbio de Laconia y untarte cada noche los párpados con esa mezcla. Eso le hubiera yo respondido, si me hallara presente.

CREMES.—Siguió Eveon, que todos pensaban que iba desnudo, aunque él decía llevar manto. Habló bien, con sentido democrático.

“Están ustedes viendo que yo estoy más necesitado y que me hace falta tener cuatro estateras para salir del paso. Sin embargo diré en qué forma tendrán que salvar a la ciudad y a los ciudadanosos.

Vamos a ver: si los que labran lana dieran a los que están necesitados sus mantos de ella hechos, desde que el sol comienza a declinar, seguro estoy de que a nadie lo atacaría la pulmonía. Y que los que no tienen ni hogar ni cama en qué dormir se vayan a dormir a casa de algún curtidor y si en invierno éste les cierra la puerta, que pague como multa con tres pieles forradas.

BLÉPIRO. — ¡Bien, por Dióniso, bien! Y debía haber agregado, sin contradicción de nadie, que los que falsifican la harina mezclando otras sustancias tenían la obligación de dar pan a los pobres a razón de tres quénices, bajo pena de grandes castigos si no lo hacen. Eso bien le valiera a Nausíclides.

CREMES.—Luego le tocó el turno a un joven muy bien parecido, de piel muy blanca, semejante a Nicias. Y se puso a decir que lo conveniente es entregar el gobierno a las mujeres. Todos los de cara blanca, que creímos zapateros, comenzaron a aplaudir rabiosamente y a gritar que tenía mucha razón. Pero los campesinos comenzaron a rezongar.

BLÉPIRO.—¿Como que tienen juicio, por Zeus!

CREMES.— Estos eran pocos y aquél tenía buena voz y decía primores de las mujeres y de ti, horrores...

BLÉPIRO.—¿Qué fue lo que dijo?

CREMES.—Dijo primero, que eres un bribón.

BLÉPIRO.—¿De ti qué dijo?

CREMES.—Eso después... Y luego que eres un ladrón.

BLÉPIRO.—Y ¿sólo yo?

CREMES.—¡Eso, por Zeus, y luego, un chismoso delator!

BLÉPIRO.—¿Y sólo yo?

CREMES.—Tú, por Zeus, y toda esta multitud.

BLÉPIRO. — ¿Quién puede decir otra cosa?

CREMES.—Y siguió su discurso diciendo:

“La mujer es un ser pleno de buen sentido y fácil para adquirir bienes de fortuna. Y que ninguna de ellas es capaz de dar a conocer los secretos de las Tesmoforias. Y que nosotros, yo, tanto como tú, estamos descubriendo siempre los secretos del senado, si a él pertenecemos.”

BLÉPIRO.—¡Por Hermes que en ese punto no mintió!

CREMES.—Siguió diciendo:

“Ellas unas a otras se prestan ropas, joyas de oro o de plata, vasos finos, y eso a solas una con otra, sin necesidad de testigos, y todo lo devuelven a su tiempo, sin guardarse nada. Los hombres, al contrario, se guardan lo que pueden.”

BLÉPIRO.—¡Por Poseidón que sí, aunque haya habido testigos!

CREMES.—“Que no andan delatando ni persiguiendo a nadie, ni hacen intentos de echar abajo el gobierno del pueblo...”

Y así siguió con mil más cualidades y llenando de elogios a las mujeres.

BLÉPIRO.—¿Cuál fue la decisión?

CREMES.—Confiar el gobierno de la ciudad a éstas: eso en ningún tiempo se había visto.

BLÉPIRO.—¿Eso se decretó?

CREMES.—Te lo estoy diciendo.

BLÉPIRO.—¿De modo que se les da el cargo que antes tenían los ciudadanos?

CREMES.—Así están las cosas.

BLÉPIRO.—¿Ya no irá yo al tribunal, sino mi mujer?

CREMES.—Y ni tú darás de comer a los que tengas, sino la señora.

BLÉPIRO.—¿No estaré bostezando desde que amanece?

CREMES.—¡No, por Zeus, de aquí en adelante eso les toca a las mujeres! Tú te quedarás en tu casa con todo gusto.

BLÉPIRO.—Hay algo que da miedo a los de nuestra edad. Es que, si toman las riendas del mando, nos van a forzar a que...

CREMES.—¿A qué, qué?

BLÉPIRO.—A darles para adentro.

CREMES.—Y si ya no podemos...

BLÉPIRO.—Tampoco habrá almuerso.

CREMES.—Tú ponte listo, de modo que puedas almorzar y dar lo que te piden al mismo tiempo.

BLÉPIRO.—Es muy odioso lo que se hace a fuerzas.

CREMES.—Pero si eso beneficia a la ciudad, eso deben hacer todos los hombres. Hay un dicho de nuestros antepasados: Los designios sin ciencia y acaso locos, casi siempre ceden en beneficio nuestro.

¡Oh reina Palas con los demás dioses, haz que cedan así en nuestro provecho estas disposiciones!

Pero, me voy; que te quedes con bien.

BLÉPIRO.—Y tú también así vayas, oh Cremes.

Se va Cremes y Blépiro se mete a su casa. Regresa el coro.

CORO.—¡Adelante, camina! ¿No hay un hombre que nos venga siguiendo? Regresa y mira; cuídate a ti misma con diligencia. — ¡hay muchos bribones! — No vaya a ser que por detrás estén observando nuestra conducta.

ESTROFA.— ¡Camina y haz que suenen fuertemente tus pasos! ¡Qué vergonzoso fuera para nosotras si el asunto quedara descubierto por ellos!

Envuélvete muy bien y mira con reserva a todos lados; a la derecha lo mismo que a la izquierda, no vaya

a ser que quede frustrado nuestro hecho.

Vamos con diligencia: ya hemos llegado al sitio de donde nos dirigimos a la asamblea. Ya se mira la casa de nuestra generala, la que pudo alcanzar hoy el decreto de los ciudadanos.

ANTISTROFA.—¡Conviene no tardarse, no sea que nos descubran con las barbas postizas: si alguno lo viera, lo iría a denunciar luego!

Vamos, aquí al abrigo de esta pared, con los ojos muy listos, cambiaremos el traje por el que usamos siempre. Sin tardanza, que ya viene la generala de regreso de la asamblea.

¡Aprisa, y abajo estas barbas pegadas a la mejilla! Mira, ella y su séquito ya vienen vestidas como siempre!

Se mudan de ropa y se quitan las barbas. Entra Praxágora con otras mujeres.

PRAXÁGORA.—Nos resultó la cosa, señoras mías. Todo ha salido como lo pensábamos. ¡Aprisa, aprisa, antes que las vea un hombre, echen lejos los mantos, quítense las botas lacedemonias, dejen por un lado los bastones!

Tú, arréglalas bien, que yo me cuelo a mi casa, no vaya a ser que me vea mi marido, y a dejar este manto y otras prendas que allí tomé.

Se mudan de ropa las mujeres.

CORIFEO.—Todo está hecho como lo dijiste. Obra tuya será disponer lo demás. Y también qué debemos hacer para serte sumisas, ya que no he tenido noticia de una mujer tan hábil como tú.

PRAXÁGORA.—Quédense aquí, que tendrán que ser mis consejeras todas en el cargo de que fui investida. Ya lo vi allá, en el alboroto y en medio del peligro se han mostrado muy varoniles.

Intenta entrar a su casa y al mismo tiempo sale Blépiro vestido de mujer.

BLÉPIRO.—¡Esta...! ¿de dónde vienes, Praxágora?

PRAXÁGORA.—¿Qué te interesa, amigo?

BLÉPIRO.—¿Qué me interesa? ¡Vaya una pregunta!

PRAXÁGORA.—¡No vas a decir que vengo de casa de un amante!

BLÉPIRO.—Pudiera ser que no de uno solo.

PRAXÁGORA.—Te queda ver si es cierto.

BLÉPIRO.—¿Cómo?

PRAXÁGORA.—Ve si a perfume huele mi cabeza.

BLÉPIRO.—¿Eso qué? ¿No puede una mujer hacer el amor sin perfume?

PRAXÁGORA.—En cuanto a mí, no, tontuelo.

BLÉPIRO.—¿Dónde te largaste tan temprano y te llevaste mi manto, sin hacer ruido?

PRAXÁGORA.—Una mujer, mi amiga y compañera, me hizo llamar estando en los dolores del parto.

BLÉPIRO.—¡Podías haberlo dicho antes de irte!

PRAXÁGORA.—¡Ay, hombre, en tal peligro y en tal pena no iba a dejar a mi amiga!

BLÉPIRO.—Lo hubieras dicho a mí. Algo malo hay aquí oculto.

PRAXÁGORA.—Por las dos diosas, no. Me fui como estaba, porque ella urgía mi presencia.

BLÉPIRO.—En tal caso, debías haber tomado tu manto... y, no... te llevaste el mío. Dejaste encima tu tunique y te largaste, dejándome como si fuera yo un cadáver... no más te faltó ponerme las coronas y un frasco de perfume.

PRAXÁGORA.—Hacía frío y yo soy muy débil y delicada; necesitaba ir bien envuelta para sentir calor. Pero, marido mío, te dejé bien abrigado en tu cama con buenas coberturas.

BLÉPIRO.—¿Y las botas lacedemonias y el bastón, para qué?

PRAXÁGORA.—Para defensa del manto cambié mis zapatos por los tuyos y tomé tu bastón y me fui

dando pasos fuertes por las piedras y golpeándolas con él.

BLÉPIRO.—Y no te das cuenta de que perdiste un sextario de trigo que me hubieran dado en la asamblea...

PRAXÁGORA.—No te apures por eso... tuvo un niño.

BLÉPIRO.—¿Qué, la asamblea?

PRAXÁGORA.—¡Por Zeus, no, fue la mujer que me llamó! ¿Pero, hubo asamblea?

BLÉPIRO. — ¡Claro! Recuerda lo que ayer dije.

PRAXÁGORA.—Ya me acordé.

BLÉPIRO.—¿Tampoco has de saber lo determinado?

PRAXÁGORA.—¡Por Zeus que nada sé!

BLÉPIRO.—Pues de hoy en adelante te la vas a pasar comiendo jaibas, pues dicen que el gobierno se entrega a las mujeres.

PRAXÁGORA. — ¿Para hacer qué? ¿para tejer?

BLÉPIRO.—Por Zeus, que no: para regir el cargo.

PRAXÁGORA.—¿Cargo de quién?

BLÉPIRO.—De cuanto hay de los negocios de la ciudad.

PRAXÁGORA.—¡Vamos, por Afrodita: qué feliz va a ser la ciudad!

BLÉPIRO.—¿En cuanto a qué?

PRAXÁGORA.—Por muchos puntos. Porque ya no se dejará a los atrevidos obrar tan sin vergüenza en contra de ella, ni andar dando falsos testimonios, ni andar haciendo viles delaciones...

BLÉPIRO.—¡No, por los dioses, no hagas eso... me quitas mi medio de vida!

CREMES.—¡Demonio de hombre, deja hablar a tu mujer!

PRAXÁGORA.—...ni despojar, ni enviar al vecino, ni andar en cueros, o ser un pobretón, a nadie, ni andar con injurias, ni apoderarse de lo que se deja en prenda.

CREMES.—¡Por Poseidón, grandes cosas son ésas, si no fallan!

PRAXÁGORA.—Yo haré todo eso, y tú serás testigo. Y en cuanto a éste (*señala al marido*), nada tendrá que decir.

CORO.—¡Ahora es tiempo de tener en guardia tu talento y mostrar sabio pensamiento y discreción bien medida en favor de tus amigos!

Al bien común tiende tu sabia preocupación que va a llenar de ventura al pueblo de la ciudad con miles de mejoras.

¡Es tiempo de demostrar lo que puede! ¡Bien te hace ver nuestra ciudad la necesidad que tiene de sabia administración! Pero ten en cuenta de no poner en práctica lo que antes has dicho. Porque aborrecen ver lo que antaño han visto siempre.

CORIFE0.—Pero, no tardes ya. Inicia luego tu obra. Cuanto más pronto se hacen las cosas más agradable es a los que contemplan.

PRAXÁGORA.—También yo creo que voy a enseñar cosas provechosas, ¿y los espectadores aceptarán cosas nuevas, y no preferirán quedar encerrados en su vieja rutina? Eso es lo que más temo.

CREMES.—No te retengas en dar cosas nuevas. ¡Ese es nuestro flaco en dar cosas nuevas. Que de lo pasado nadie tiene cuenta!

PRAXÁGORA. (*Al auditorio.*)—Ahora nadie de vosotros se atreve a contradecirme, ni a cortar el hilo de mi arenga, antes de oír el proceso de mis propias invenciones!

Declaro, antes que todo, que los bienes deben formar un fondo común. Que ya no haya uno que es rico y otro que es pobre; que no uno tenga tierras de cultivo inmensas, en tanto que el otro no tiene un pedazo de tierra donde sepultar un cadáver; que uno no tenga innumerables esclavos, en tanto que el otro ni siquiera un sirviente. Yo estatuyo una vida común e igual para todos.

BLÉPIRO.—¿Cómo puede ser vida común para todos?

PRAXÁGORA.—Te comes la mierda antes que yo.

BLÉPIRO. — ¿Luego también la mierda va a ser común a todos?

PRAXÁGORA.—¡No, por Zeus, pero tú me interrumpes...! Esto me falta por decir: en primer lugar, haré

que la tierra sea de todos en común. Y lo mismo el dinero y cuanto cada uno tiene de propiedad privada, que ya teniendo todo a nuestra disposición y mando, nosotros les daremos de comer y atenderemos todas sus necesidades, sin descuidar ninguna.

BLÉPIRO.—¿Y el que no tenga tierras, sino sólo dinero acumulado, como son los doblones de Darío, que nadie puede ver?

PRAXÁGORA.—Los tiene que poner al fondo común.

BLÉPIRO.—Y si no los pone...

PRAXÁGORA.—Será reo de sustracción de bienes.

BLÉPIRO.—Por ese medio los ha adquirido.

PRAXÁGORA.—En todo esto no le serán útiles.

BLÉPIRO.—¿Conforme a qué?

PRAXÁGORA.—Nadie en nada trabajará por pobreza. Como que todos han de tener todo: panes, peces salados, pasteles. Mantos de lana, vino, guirnaldas y garbanzos. ¿Qué sacaría de no entregar sus bienes? Dime, pues, si acaso hallas respuesta.

BLÉPIRO.—¿No es verdad que eso tienen hoy día los que más roban?

PRAXÁGORA.—Eso era antes, amigo, cuando vivíamos bajo el viejo régimen. Pero ahora, dado el régimen de comunidad de bienes, ¿qué ganancia saca de no entregar los suyos?

BLÉPIRO.—Si alguno ve una chica que le gusta y quiere darse gusto con ella, de sus propios bienes le dará un buen regalo y seguirá gozando de los bienes comunes, después de haber gozado de ella.

PRAXÁGORA.—Pero eso podrá hacerlo sin paga: yo también hago que las mujeres sean comunes, para todos los hombres. El que quiera la toma y en ella procrea un hijo, si le parece.

BLÉPIRO.—¿Y qué si todos buscan a la hermosa, desdeñando a las feas, y todos quieren tener parte con ella?

PRAXÁGORA.—Las feas y mal conformadas estarán juntas con las her-

mosas, y si alguno quiere una hermosa, tendrá que darle antes su parte a la fea.

BLÉPIRO.—¿Cómo hacer nosotros los viejones, si primero les damos a las feas, pues al llegar a las hermosas, ya... ¡naranjas!?

PRAXÁGORA.—Ni ellas tendrán gran gana. Por tu parte, consuélate. No temas. Ellas no darán combate.

BLÉPIRO.—Pero, ¿por qué?

PRAXÁGORA.—Porque eres incapaz de estar con ellas. Y eso a ti te conviene.

BLÉPIRO.—Buena treta por lo que toca a las mujeres. Tal como está previsto, no habrá agujero vacío. Y lo de los hombres, ¿qué va a hacer? Ellas huyen de los feos y se entregan a los bonitos.

PRAXÁGORA.—Pero los feos estarán en guardia de ver a los hermosos, al salir de las cenas y los llevarán a los sitios comunes para que se duerman. Y a las mujeres no se les permitirá entregarse a los hermosos, y a los de buena estatura, si no han dado tributo antes a los feos y a los chaparros.

BLÉPIRO.—Va a valer entonces tanto la nariz de Lisistrato como la gallardía de los jóvenes bien puestos.

PRAXÁGORA.—¡Por Apolo que sí, y ¿es esto democracia o no? ¡Qué risa dará entonces, ver al que está muy orgulloso de sus muchos anillos y se cree la gran cosa, cuando un viejo de grandes zapatones le diga: Primero pasa el más viejo, y ése soy yo. Deja que acabe y te sigue tu turno. Tú vas en segunda fila.

BLÉPIRO.—Pero, ¿con ese modo de vivir, quién va a saber cuáles son sus hijos?

PRAXÁGORA.—¿Eso qué importa? Los jóvenes reconocerán como sus padres a los de mayor edad que ellos.

BLÉPIRO.—¡Bien fregarán entonces a todos los viejos, debido a su ignorancia, cuando ahora que saben quién es su padre lo hacen! ¿Qué será cuando no sepan quién entre tantos es? ¿Habrá quien lo estorbe en tal circunstancia?

PRAXÁGORA.—Eso no lo permitirán los vecinos. Antes a nadie le importaba que maltrataran a un viejo, pero ahora al menor rumor pensará que el maltratado en su propio padre, y de miedo de que un día hagan con él lo mismo.

BLÉPIRO.—Lo que dices no va sin razón. Pero si se acerca Epicuro o Leucólofo y me llama papá... eso será pesado de oír.

PRAXÁGORA.—Habría cosa peor que eso mismo.

BLÉPIRO.—¿Cuál es?

PRAXÁGORA.—Que Aristilo viniera a darte un beso y te llamara padre...

BLÉPIRO.—¡Infeliz si se atreviera!

CREMES.—Te quedarías oliendo a perfume vulgar.

PRAXÁGORA.—Como ése nació antes de la nueva ley no tendría por qué ir a besarte.

BLÉPIRO.—¡Hubiera sido algo insoportable! Bueno... ¿y la tierra quién va a cultivarla?

PRAXÁGORA.—Los esclavos. No tendrás más deber que ir a tu mesa, a la hora que el sol marque diez pies de sombra.

BLÉPIRO.—¿De los vestidos quién irá a encargarse? Eso hay que saberlo.

PRAXÁGORA.—Gasten primero los que tienen ahora, ya después les tendremos otros.

BLÉPIRO.—Una cosa más pregunto: ¿cómo va a hacer aquel que los jueces condenan...? ¿cómo va a pagar? ¿del fondo común? ¡Eso es una injusticia!

PRAXÁGORA.—Comencemos porque ya no habrá procesos.

BLÉPIRO.—Esa palabra tuya es para tu ruina.

CREMES.—Eso mismo pensaba yo.

PRAXÁGORA.—¿Y qué razón hay para que haya procesos? ¡Dilo, mi amigo!

BLÉPIRO.—¡Por mil razones, por Apolo, digo! Vaya en primer lugar... si alguno niega su deuda...

PRAXÁGORA.—Pero todos los bienes son comunes, ¿de dónde quieres

que el prestamista saque el dinero? Si tiene, entonces se denuncia por robo.

CREMES.—¡Por Démeter, dices bien!

BLÉPIRO.—Falta que me explique esto: Los que salen de un banquete bien comidos y bebidos y maltratan a un transeúnte, ¿con qué pagan la multa? ¡A que no hallas salida!

PRAXÁGORA.—Paga con su ración de cada día que le sirve de sustento. Si el estómago queda vacío ya no habrá peligro de que se desmande en otra ocasión.

BLÉPIRO.—¿Y ya no habrá ladrones?

PRAXÁGORA.—¿Por qué robar lo que es de cada uno?

BLÉPIRO.—¿Luego no habrá desvalijadores por la noche?

CREMES.—Si te duermes en casa, no.

PRAXÁGORA.—Y será lo mismo si duermes fuera, porque todo el mundo tendrá asegurada su subsistencia. Si uno le quiere quitar el manto a otro, éste se lo dará de buena gana. ¿Para qué fin estar con contiendas? Ya adquirirá otro mejor del fondo común.

BLÉPIRO.—¿Ya no se podrá jugar a los dados?

PRAXÁGORA.—¡Qué se saca de eso, dímelo por favor!

BLÉPIRO.—¿Y qué vida vas a establecer?

PRAXÁGORA.—Para todos común. La ciudad será una sola casa para los habitantes. Eso haré. De esta manera será como una sola habitación en que va uno pasando de aposento en aposento, sin límite.

BLÉPIRO.—Y para comer... ¿dónde?

PRAXÁGORA.—Lo que fue tribunales, hoy será comedores y lo mismo los pórticos.

BLÉPIRO.—¿Y la tribuna, entonces?

PRAXÁGORA.—Allí se pondrán las grandes copas y las tinas del agua. Allí estará siempre un coro de niños para celebrar los hechos de los

héroes y las derrotas de los cobardes, y de este modo algunos se irán llenos de vergüenza, sin comer siquiera.

BLÉPIRO.—¡Por Apolo, perfecto! ¿Pero las ánforas computadoras de votos, dónde vas a ponerlas?

PRAXÁGORA.—Las pondré en el Agora. Ya puestas al lado de la estatua de Armodio, las iré sacando al azar y cada uno quedará contento de saber a qué hora y dónde va a comer. Estará gritando el heraldo:

Los de la letra Beta, al pórtico de Los Reyes.

Los de la letra Theta, al más cercano.

Los de la letra Kapa, al pórtico del mercado de la harina.

BLÉPIRO.—¿Para atragantarse?

PRAXÁGORA.—No, señor, a cenar.

BLÉPIRO.—Y al que no le toque ninguna letra, claro está que lo han de rechazar todos.

PRAXÁGORA.—Eso no sucederá entre nosotros. Daremos a todos todo en abundancia y todos bien saciados irán saliendo con su corona en la cabeza y su antorcha en la mano. Y las mujeres en las bocacalles les saldrán al encuentro, cuando vayan saliendo de la cena, y les dirán:

¡Aquí hay con nosotras una linda muchacha!

Pero gritará otra desde el piso alto:

¡Aquí hay otra más bella, blanca y sin tacha. Pero antes que entrar con ella tienes que entrar conmigo!

Y a los muchachos y a los bonitos que van por delante y al rededor, les dirán los feos y viejos:

¿A qué esa prisa, tú? No puedes hacer nada. La ley manda que vayan primero los chaparros y feos, y quédense en este tiempo por allí afuerita haciéndole cariños a la higuera en su varita y en sus dos higos.

¿Eso les gusta o no?

BLÉPIRO Y CREMES, JUNTOS.—De todo en todo.

PRAXÁGORA.—Pero me voy al Agora. Tengo que recibir las cosas que

van a ir entregando y también a buscar una mujer que sirva de heraldo, de voz fuerte y tremenda. Es mi deber, ya que soy elegida como jefe, regir la comida para todos, de modo que hoy mismo puedan participar de ella.

BLÉPIRO.—¿Ya podremos ir desde hoy?

PRAXÁGORA.—Lo acabo de decir. Hay algo más: voy a quitar a las mujercuelas, todas cuantas haya.

BLÉPIRO.—¿Eso por qué?

CREMES.—Eso bien claro está. Ellas se llevan la flor de los jóvenes.

PRAXÁGORA.—Igual que las esclavas. Bien atildadas se apoderan de la vitalidad de los hombres libres y así defraudan a las mujeres. Que se queden ellas para los esclavos y se estén depilando para uno que se viste con jergón.

BLÉPIRO.—Vamos, yo voy contigo, muy juntito. Así me podrán ver y dirán de mí: Miren, admiren al marido de la generala.

CREMES.—Yo también voy a llevar mis enseres a la plaza y a ver qué bienes tengo. (*Sale.*)

En tanto que baila el Coro vuelve con sus enseres. Los va colocando.

¡Ven acá, mi zaranda, hermosa y bellamente has sido el mejor de mis bienes! Tú serás la canéfora, ya que has cernido tantas y tantas talegas de harina!

¿Quién le lleva el parasol? Esta olla hará sus veces.

¡Por Zeus, qué tiznada estás, como si en ti hubieran cocido los menjurges con que Lisícrates se tiñe el pelo!

¡Ahora tú, junto a ella: serás su camarera y le traerás el agua para que se lave!

¡Gallo que me despiertas tantas veces en la honda noche, sé el que le toque la cítara!

Venga ahora la que trae la gran vasija con los pasteles de miel y las ramas de olivo entrelazadas. Lleguen

también dos trípodes y el depósito de aceite. Los otros implementos me los que se queden por allí.

UN HOMBRE QUE LLEGA.—¡Que yo entregue mis bienes! ¡Eso fuera locura! ¡Ni que estuviera yo fuera de mí! ¡Por Poseidón que no! Voy a examinar y ver cómo van a ir las cosas y eso muchas veces, y después, ya veré. ¡No voy a desperdiciar el sudor y el afán de mi trabajo y así tan a lo loco voy a entregarlo en manos ajenas! Hay que darse uno cuenta de lo que hay en el fondo de todo esto.

HABLA A CREMES.—Oyeme, tú, ¿qué quiere decir esto? ¿Te estás mudando, o vas a empeñar tus enseres?

CREMES.—Ni una ni otra cosa.

HOMBRE. — Entonces, ¿por qué has colocado en hilera tus pertenencias? ¿A poco para que sean el principio de la venta de Yerón el pregonero?

CREMES.—Por Zeus, que no. Yo los vengo a entregar a la ciudad y los pongo en la plaza conforme a la nueva ley.

HOMBRE.—¿Conque a entregarlos?

CREMES.—Eso es.

HOMBRE.—Infeliz estás loco, por Zeus, que sí.

CREMES.—¿Cómo?

HOMBRE. — ¿Cómo? ¡Está bien claro!

CREMES.—¿Es que no tengo deber de cumplir con las leyes?

HOMBRE.—¿Cuáles, desdichado?

CREMES.—Las que se han promulgado.

HOMBRE.—¿Se han promulgado? ¡Loco estás!

CREMES.—¿Yo loco?

HOMBRE.—Loco y tonto, más tonto que ninguno.

CREMES.—¡Y eso porque obedezco lo que mandan...!

HOMBRE.—¿Un hombre sensato se somete a todo?

CREMES.—Y más que nadie.

HOMBRE.—Con tal que sea un imbecil.

CREMES.—Y tú, ¿no piensas entregar tus bienes?

HOMBRE.—Mucho me cuido de ello. Veré primero qué conducta sigue la mayoría.

CREMES.—¿Qué otra cosa quieres que haga? Tendrán que entregar sus bienes.

HOMBRE.—Hasta no ver, no creer.

CREMES.—En todos los caminos se habla de eso.

HOMBRE.—Hablan, no más.

CREMES.—Y dicen que llevan sus pertenencias.

HOMBRE.—Eso dirán, es cierto.

CREMES.—Me matas por no creer nada.

HOMBRE.—Ni ellos tampoco lo creen.

CREMES.—¡Oh Zeus, que revientes tú!

HOMBRE. — Y todos reventarán. ¿Estás tú pensando que va a entregar sus bienes el que tenga una pizca de juicio? Eso no es tradición patria. Solamente recibir es lo que nos gusta, por Zeus, y es lo mismo que hacen los dioses, ¿o no? Y velos en sus estatuas. Si les rogamos favores, los vemos con las manos encorvadas hacia arriba, pidiendo, esperando recibir, no dando, ni prodigando.

CREMES.—Vamos, déjame ya, malvado hombre, deja que me entretenga en lo que me va a ser útil... Voy a atar todo esto... Y, ¿dónde andará mi correa?

HOMBRE.—¡Y de veras llevas eso?

CREMES.—¡Por Zeus, que sí... y mira cómo ya ato este par de tripiés!

HOMBRE.—¿Qué tontera, qué locura... ¿Por qué no esperas ver qué hacen los demás? Ya entonces...

CREMES.—¿Qué hago entonces?

HOMBRE.—Dejar que el tiempo pase. Y dejar tiempo al tiempo.

CREMES.—¿Para qué?

HOMBRE.—Podrá venir un terremoto... un relámpago funesto... que pase por tu camino una comadreja... y ya verás, mi buen tonto, que nadie lleva ya nada a entregar de sus bienes.

CREMES.—Todo eso estaría muy

bueno, pues no hallo dónde estacionar mis cosas.

HOMBRE.—Más miedo te diera no saber dónde recobrarlas. Quédate tranquilo. Ya tendrás dónde pasado mañana.

CREMES.—¿Cómo, pues?

HOMBRE.—Ya conozco a éstos. (*Señala a los espectadores.*) Son muy veloces para votar leyes, pero muy tardos para cumplirlas.

CREMES.—Ya entregarán sus bienes, amigo.

HOMBRE. — Y si no lo hacen, ¿qué?

CREMES.—¡Cálmate, que los traerán!

HOMBRE.—Y si se oponen, ¿qué?

CREMES.—Lucharemos con ellos.

HOMBRE.—Y si son más fuertes, ¿qué?

CREMES.—Me voy y dejo todo.

HOMBRE.—Y si lo venden, ¿qué?

CREMES.—¡Ojalá reventaras!

HOMBRE.—Y si reviento, ¿qué?

CREMES.—Harías muy bien.

HOMBRE.—En fin, ¿estás resuelto a llevar tus bienes?

CREMES.—Claro que sí. Pues veo que mis vecinos ya traen los suyos.

HOMBRE.—¡Sobre todo Aristenes los va a traer! ¡Primero se iba a estar haciendo esfuerzo treinta días para desahogar su estómago!

CREMES.—¡Maldito seas!

HOMBRE.—¿Qué llevará Calímaco el que dirige los coros?

CREMES.—Más que Calías.

HOMBRE.—Este hombre quiere quedar en la ruina.

CREMES.—¡Terrible es lo que dices!

HOMBRE.—¿Terrible por qué? ¿No estás mirando, acaso, cómo constantemente estamos dando decretos similares? ¿No recuerdas el que se dio sobre la sal?

CREMES.—Claro que sí.

HOMBRE.—¿No recuerdas el que se dio sobre las monedas de cobre?

CREMES.—¡Y el perjuicio que me causó el tal decreto! Había vendido yo mis uvas y me repleté la boca de monedas de cobre y me fui a la

plaza a comprar harina. Cuando estaba abriendo mi costal para ponerla, oigo al heraldo que grita: “¡Que nadie reciba moneda de cobre: sólo la plata tiene curso legal!”

HOMBRE.—Esto más: ¿no ha poco juramos todos que la ciudad sacaría de ganancia quinientos talentos, a base de la contribución del impuesto del cuarenta? Eso aseguraba el otro Eurípides. Y todos a echarle oro encima. Después se estudiaron bien las cosas y fue resultando eso que era Corinto hija de Zeus. ¡Música celestial sólo! Y como no hubo nada de efectivo, todos se echaron contra el dichoso Eurípides.

CREMES.—No es lo mismo, amigo mío. Entonces gobernábamos los hombres: ahora gobiernan las mujeres.

HOMBRE.—¡Me guardaré, por Poseidón, de que ellas me meen en la cara!

CREMES.—No sé qué estás delirando... ¡Muchacho, llévate el bulto!

Sale una mujer que hace de heraldo.

HERALDO.—¡A todos los ciudadanos... —ahora la norma es ésta— corred ante la generala para que ella diga en dónde tiene que comer cada uno!

Ya están preparadas las mesas, llenas de ricos manjares, y hay sobre los lechos del triclinio buenos tapices extendidos.

Ya el vino se va mezclando en las cráteras; las perfumadoras esperan en fila y las lonjas de pescado están en las brasas, como las porciones de liebre en las tenazas del asador. En el horno están cociéndose los pasteles. Se entretejen coronas, se da el punto a las comidas y las grandes ollas de puré están siendo preparadas por las jovencitas y entre ellas anda Esmeo, que aunque porta uniforme de caballero, anda lavando platos con las mujeres.

Allá viene Gerón con su manto de lana y sandalias finas. Viene riendo

a carcajadas con otro joven. Deja caer sus pesados zapatos y se siente gallardo.

Vamos, aprisa, que el panadero ya está esperando. Bien dispuestas traerán las mandíbulas.

HOMBRE.—Bueno, yo iré también. ¿Cómo oponerse a lo que la ciudad ha dispuesto?

CREMES.—Y cómo vas a ir tú. ¿Ya entregaste tus bienes?

HOMBRE.—Voy a comer.

CREMES.—No te van a dejar. No has cumplido con los mandatos de ellas. ¿Ya entregaste tus bienes?

HOMBRE.—Ya los voy a entregar.

CREMES.—Pero, ¿cuándo?

HOMBRE.—Yo no soy, amigo, quien sirve de estorbo.

CREMES.—¿Entonces no vas a ir comer?

HOMBRE.—¿Qué quieres que haga? Si la ciudad lo manda, hay que obedecer. Eso lo hace todo hombre que piensa con la cabeza.

CREMES.—Y si te estorban, ¿qué?

HOMBRE.—Doblaré la cabeza y me haré a un lado.

CREMES.—Y si te azotan, ¿qué?

HOMBRE.—Las llevaré al juicio.

CREMES.—Si se rien de ti, ¿qué?

HOMBRE.—Me quedaré a las puertas.

CREMES.—Y allí qué harás... ¡Dímelo!

HOMBRE.—Ir quitando manjares a los que van a servir.

CREMES.—Anda pues, vente conmigo. (*A sus criados.*)—Vamos, Sicón y Parmeno, por favor, carguen con todo esto.

HOMBRE.—Deja que ahora yo te ayude...

CREMES.—¡Eso sí que no! Me temo que ante la generala vayas a decir que estos bienes son tuyos.

Se va Cremes con sus esclavos, que llevan sus bienes.

HOMBRE.—¡Por Zeus!, ¿cómo podré hallar un expediente para no entregar mis bienes y poder participar de la comida común?

¡Ah, vamos: ya lo pensé: a ver si me sale el truco!

Se va por la derecha.

El Coro baila y se ve una plaza con dos casas separadas por una callejuela.

UNA VIEJA, ASOMANDO A LA VENTANA.—¿No va a venir ningún hombre? Bien pasada está la hora. Yo, bien llena de tintura blanca y con mi ropa amarilla, hace rato que estoy aquí de ociosa a ver si llega algún hombre para echarme en sus brazos. Entre tanto, canto y hago monerías.

¡Musas, por favor, un tono que a mis labios baje para poder encantar con un canto de son jónico!

UNA MUCHACHA, EN LA VENTANA OPUESTA.—¡Vieja carcamana, sales antes que yo a la ventana! ¿Qué dijiste? Esa está ausente... voy a ver qué le saco a la viña... ¡Pues no!

Creías atraer con tu canto... ¡tampoco! Porque si tú te pones a cantar, yo cantaré más fuerte. Aunque eso fastidia a los espectadores, no deja de tener su lado cómico y agradable.

LA VIEJA.—¡Conversa con mi entrepierña, patarata! Oye, lindo flautista, amorcito mío, toma ya tu flauta y canta un son que sea digno de nosotros, tanto de ti como de mí.

(*Canta.*)—¡Si alguno quiere sentir sensaciones no conocidas, venga a dormirse conmigo! ¡Nada sabio tienen las muchachas: las maduras sabemos bien el oficio! Ninguna tiene el corazón que yo tengo para querer al que se junte conmigo. Ellas como las abejas, sólo van de flor en flor.

LA MUCHACHA. (*Cantando.*)—¡No tengas envidia a las muchachas; el placer que ellas ofrecen brota de sus nalgas frescas y en sus dos redondos senos florece a la perfección! ¡Tú vieja tan depilada, y tan bien pintarrajeada sólo das gana a la muerte!

LA VIEJA. (*Cantando.*)—¡Que se desguance tu vaina y se te hunda la

cama, cuando vayas a ser zarandeada por un hombre! ¡Que cuando otra cosa busques para manejarla, te hables con una culebra!

LA MUCHACHA.—¡Ay, ay... ¿qué haré yo? ¡No viene mi amado hoy! ¡Solita me quedo aquí: hasta mi madre se fue! De lo demás, no me importa.

(*Se dirige a la vieja cantando.*)— ¡Mamita, hazme un gran favor... Vete a llamar a Vergara para que él te dé todo gusto!

Ya sabes los modos jónicos, y eso te pido yo pobrecita niña.

¿Es que te gusta lamer, como hacen las de Lesbos?

Y tú no podrás quitarme mis deliquios de aquella hora —¡vieja infeliz y caduca! —tú no harás nada nocivo, ni me quitarás mis goces que me tocan por derecho.

VIEJA.—Canta todo lo que quieras y da gusto a tu trompa como si una gata fueras. Nadie habrá de entrar contigo, si no entró conmigo antes.

MUCHACHA.—¡Pues claro que van a entrar, para llevarte al sepulcro, vieja podrida!

VIEJA.—No y no... para una vieja nada hay nuevo. No te dé pesar mi vejez.

MUCHACHA.—¿Entonces qué? ¡Tu pintura y tus menjurjes!

VIEJA.—¿Y por qué me estás hablando?

MUCHACHA.—¿Y por qué me estás mirando?

VIEJA.—No te miro: estoy cantando a solas mi Epígenes.

MUCHACHA.—¿Tu amigo? Y, ¿entonces qué con Vejarro?

VIEJA.—El te lo hará ver... muy pronto va a venir a mí... ¡Míralo que ya está allí!

MUCHACHA.—¡Y crees que viene por ti, vieja carroña!

VIEJA.—¡Sí, por Zeus!

MUCHACHA.— ¡Peste malvada, ya te lo haré saber...! Yo me voy de la ventana. (*Sale.*)

EL JOVEN CANTANDO.—Pudiera yo yacer con la joven primero, sin te-

ner que estrechar con mis brazos a la vieja... ésa de nariz chata y de agotados miembros... ¡Dura es para hombre libre esta suerte infeliz!

VIEJA. (*Cantando.*) — ¡Por Zeus, aunque te pese, tú tendrás que cumplir! Y no son cantiquitos del año del caldo, que así la ley lo impone y hay que acatar la ley... ¿No vivimos acaso en régimen democrático?

Pero yo me retiro... veré cómo obra éste.

Se va de la ventana.

JOVEN.—¡Ay, dioses, que yo hallara a esa linda muchacha, ya que vengo bien bebido y tengo ardores por ella de hace mucho tiempo!

MUCHACHA. (*Aparece en su ventana.*)—¡Maldita vieja, ya me la llevé! Ella pensaba que iba yo a estar encerrada en mi casa y se retiró también ella! ¡Pero... mira si allí está él, ese mismo de quien hablábamos!

(*Canta.*)—¡Ven acá, ven acá, precioso mío, ven, mi amor, ven a ser mi compañero de cama toda esta noche! ¡Me vuelven loca tus bucles juveniles bien rizados! ¡Tengo sed de ti, mi vida, y me está requemando el alma!

¡Te conjuro, Eros divino: haz que entre a mi pobre casa!

EL JOVEN. (*Canta.*)—¡Ven acá, ven acá, amor mío! Ven y ábreme tu puerta, que si no me hallarás tendido en ella todo lleno de amargura!

¡Cuánto ansío estar en tu seno, con mi mano acariciando la parte de atrás!

¡Oh Ciprina, qué me haces que me inspiras tan ardiente amor!

¡Deja que yo te conjure, Eros, divino, y que pueda yo entrar hoy a gozar de su cama dulce!

¡Débiles son mis palabras para re-tratar mi urgencia!

Pero tú, amorcito mío, no tardes en abrir tu puerta. Apriétame entre tus brazos para calmar mi deseo. ¡Tú eres la que me atormentas!

¡Joya mía, alhaja de oro, brote de la misma Cipris, abeja de las Musas, alimento de las Gracias, imagen del dulce deleite... abre y apriétame entre tus brazos. La pena que me atormenta toda te la debo a ti!

VIEJA. (*Abre su ventana y grita.*) ¡Ora, tú! ¿tocas mi puerta? ¿vienes en busca de mí?

JOVEN.—¡Antes que me muera de mal muerte!

VIEJA.—Pero golpeabas mi puerta...

JOVEN.—Ni de sueño.

VIEJA.—¡Y hasta llevas tu antorcha!

JOVEN.—Iba en busca de un Marmerto.

VIEJA.—¿A quién dices buscas?

JOVEN.—¡No, no es el Lamberto que tú estás esperando...

VIEJA.—Pues, quieras que no quieras, por Afrodita, que te vas conmigo. (*Intenta tomarlo del brazo.*)

JOVEN.—Señora, no: no somos de los de sesenta años, si tenemos apenas veinte. La cuestión es más fácil. Acabamos más pronto.

VIEJA.—Eso fue antes, mi amigo. Pero la ley manda que con nosotras hay que comenzar.

JOVEN.—Si se me antoja, que eso es como juego de dados.

VIEJA.—Cuando vas a comer no te fijas en el juego de dados.

JOVEN.—No sé que estás diciéndome... Pero tócame a esta puerta.

VIEJA.—Primero a la mía toca.

JOVEN.—¡Aún no necesito hacerlo!

VIEJA. (*Saliendo a la puerta.*)—¡Ya sé que soy bien querida... y ahora te admiras de que me halles en la puerta! ¡Anda, acerca tu boquita!

JOVEN.—Me da miedo tu amante.

VIEJA.—¿Cuál?

JOVEN.—El mejor de los pintores.

VIEJA.—Y, ése, ¿quién puede ser?

JOVEN.—El que pinta los vasos de los difuntos. Pero, métete. No vaya a venir y te vea.

VIEJA.—¡Ya sé, ya sé lo que quieres!

JOVEN.—Yo también lo sé, por Zeus.

VIEJA.—Por Afrodita lo juro: hoy no te he de dejar ir.

JOVEN.—Viejita, estás delirando.

VIEJA.—Y tú también te haces guaje. Vamos a tomar la cama.

JOVEN.—¡No sé yo por qué andan comprando ganchos para sacar cubos del pozo: con esta vieja nos basta!

VIEJA.—Deja de burlarte, tonto, chico, mejor vente acá conmigo.

JOVEN.—No tengo yo por qué ir, a no ser que hayas pagado el cincuenta por ciento a la ciudad.

VIEJA.—¡Por Afrodita, vente... yo no me deleito tanto sino con jovencitos de tu edad!

JOVEN.—Pues yo con las de tu edad siento asco y por nada de este mundo me voy a meter contigo.

VIEJA.—¡Por Zeus que sí... bien estás obligado... mira lee este decreto!

JOVEN.—¿Eso qué es?

VIEJA.—Un decreto, conforme al cual tienes que entrar primero conmigo.

JOVEN.—Dilo, a ver qué cosa es.

VIEJA.—Pues ahora te lo leo:

“Pareció bien a las mujeres que si un joven quiere tener trato con una joven, no podrá hacerlo, si no da antes a una más grande la parte que le corresponde. Y si se niega a cumplir con esta ley y se dedica a la joven, las ancianas tendrán derecho de aprehenderlo y arrastrarlo por las calles bien agarrado de la parte más sensible de su cuerpo.”

JOVEN.—¡Maldita sea... no soy otro Procusto!

VIEJA.—Hay que obedecer nuestras leyes.

JOVEN.—¿Y si viene algún amigo o algún vecino a librarme?

VIEJA.—Es que no hay un solo hombre que pueda disponer de más allá de un medimno.

JOVEN.—Pero con un juramento se da excusa de aplazamiento.

VIEJA.—Eso no se va a poder.

JOVEN.—Digo que soy negociante.

VIEJA.—Te pesará.

JOVEN.—¿Entonces qué hacer?

VIEJA.—Vente para acá, mi amigo.

JOVEN.—¿Es preciso que haga yo eso?

VIEJA.—¡Ya está, señora Diomedes!

JOVEN.—Voy. Tiende una cama de orégano en el lecho en que yaceremos. Dispón también cuatro sarmientos de vid cortados por tu mano, ciñe todo con cintas de fúnebre disposición, dispón los retratos y las vasijas y el vaso de agua lustral.

VIEJA.—¿Te vas a olvidar acaso de comprarme una corona?

JOVEN.—Claro, por Zeus, pero temo que cuando entremos a casa va a ser corona de cirios. Yo que entro y tú que te acabas.

Baja la muchacha y detiene a la vieja.

MUCHACHA.—¿Dónde te lo llevas?

VIEJA.—Lo meto a mi casa.

MUCHACHA.—No estás en tu juicio, anciana. No tiene la edad debida para trabajar contigo. Más le servirías de madre, que no de mujer, y si esa ley se cumple van ustedes a llenar la tierra de Edipos.

Hace intentos de llevarse al joven.

VIEJA.—¡Loca, chiflada, es la envidia la que te hace hablar así! Pero me la has de pagar.

JOVEN.—¡Ay, Zeus salvador, qué gran beneficio me haces, oh dulcísima muchacha, que me arrancas de esta vieja! En pago de tus favores te voy a dar de tal modo que te dejaré repleta.

Cuando se disponen a entrar viene otra vieja peor que la primera

VIEJA II.—¡Ora, tú...! ¿dónde lo llevas? Estás quebrantando la ley. Dice claro la ley: tiene que estar primero conmigo.

JOVEN.—¡Desdichado de mí! ¿De dónde demonios sales, vieja maldita? ¡Resultó peor esto que lo de antes!

VIEJA II. (*Lo toma del brazo.*)—Vente para acá.

JOVEN.—¡No dejes, niña, que me lleve... por favor, yo te lo ruego!

VIEJA II.—Yo no te llevo; es la ley la que te lleva.

JOVEN.—No la ley: es una empuja toda ulcerada con sangre purulenta.

VIEJA II.—Vente, precioso y chiquito, vente por aquí y no parles.

JOVEN.—Deja que vaya al retrete, si no te pinto la casa, por el efecto del miedo. Voy a descargar el vientre.

VIEJA II.—Vamos, sigue adelante, que en casa harás lo que quieres.

JOVEN.—Daré más de lo que quiero. Yo te daré dos fiadores.

VIEJA II.—Nada de fiadores: vamos.

Llega otra vieja en peor estado físico que la anterior.

VIEJA III.—¿Dónde vas con esta anciana?

JOVEN.—Yo no voy: ella me lleva. Sea quien fueres, ven en mi ayuda. Por Hermes te lo suplico. (*Se da cuenta de la fealdad de la tercera vieja.*)

¡Ay, Heracles, ay, todos los dioses de Pan, ay Coribantes, ay, Dióscuros...! ¡Es peor que la pasada! ¿Y qué será este esperpento? ¡Es un fantoche pintado, una momia que sale del sepulcro!

VIEJA III.—¡Nada de refunfuñar: vente por aquí!

VIEJA II.—Mejor vente por acá.

VIEJA III.—No te he de dejar ahora.

VIEJA II.—Ni yo tampoco.

JOVEN.—Me van a hacer pedazos, ¡malhaya sean, viejas!

VIEJA II.—De acuerdo con la ley, tú tienes que seguirme.

VIEJA III.—Eso no, si una vieja más fea viene al frente.

JOVEN.—Y, si entre las dos me matan, ¿yo qué hago con la hermosa muchacha?

VIEJA III.—Eso es asunto tuyo. Por el momento, cúpleme.

JOVEN.—¿A cuál de las dos sigo? ¿cómo quedará libre?

VIEJA III.—¿No te das cuenta? ¡Vamos para allá!

JOVEN.—Pues que me suelte ésta.

VIEJA II.—No. Mejor ven conmigo.

JOVEN.—Pues que me suelte la otra.

VIEJA III.—Por Zeus que no te suelto.

VIEJA II.—Ni yo tampoco.

JOVEN.—¡Al fin malas barqueras!

VIEJA II.—¿Por qué, pues?

JOVEN.—¡Destrozan al pasajero tirando cada una por su lado!

VIEJA III.—Calla y vente conmigo.

VIEJA II.—¡Por Zeus que no: conmigo!

JOVEN.—Esta es la hora de aplicar el decreto de Canono. ¡Tendré que partirme en dos para cumplir con cada una! ¿Cómo podré mover el remo para uno y otro lado?

VIEJA III.—Perfectamente, si te engulles antes un buen plato de cebollas.

JOVEN.—¡Ay infeliz... ya estoy a la puerta a donde me llevan!

VIEJA II.—Eso sí que no. No me lo ganas, o yo también me meto.

JOVEN.—¡No por los dioses... no: más vale un mal que dos!

VIEJA III.—Que quieras que no quieras, por Hécate que sí entra.

JOVEN.—¡Tres veces desgraciado, qué suerte la mía! Estar con esa vieja toda una noche y un día y cuando acabe yo con ella, ir a dar con la otra que tiene mejillas como cazuelas... ¿No soy bien desdichado, cargado de infortunios, por Zeus el salvador, que tengo que ir navegando entre estos dos monstruos?

Señores, si me hundo navegando en estas dos barcas, que me sepulquen siquiera en la bifurcación del canal... y pongan a esta vieja, la

más vieja, como un monumento funerario, pero antes bien cubierta de brea y con los pies untados de plomo derretido que le llegue a los tobillos. Esa será la lámpara votiva en mi sepulcro...

Por más esfuerzos que hace la vieja segunda, la tercera lo arrastra a su aposento. El Coro hace un baile mudo. Sale una criada de Praxágora.

CRIDA.— ¡Pueblo feliz, tierra afortunada, y mucho más feliz mi ama y señora, y ustedes también, los que están en nuestras puertas, y todos los vecinos y todos los de esta ciudad! ¡Pero yo más feliz: siendo una criada que vengo ahora toda ungida de perfumes deliciosos, por Zeus, que bañan mi cabeza! Y qué grato era el perfume de las ánforas de Taso. Ese sí que me dura, que los otros se van y se evaporan. Son los más finos olores, por los dioses todos. Denme vino sin mezcla, que da un placer que dura toda la noche. Y si se sabe escoger el que mejor huele, mil veces más sabroso.

Pero, señoras, díganme, ¿dónde está mi amo, el esposo de mi ama?

CORIFE.—Creo que lo hallarás si te quedas allí.

CRIDA.—¡Verdad es... allí viene, va a cenar!

Amo mío dichoso, tres veces feliz.

BLÉPIRO.—¿Yo?

CRIDA.—¡Claro, por Zeus que sí y como ningún hombre! ¿Quién pudiera haber que entre más de treinta mil ciudadanos es el único que no ha cenado?

CORIFE.— Sabiamente dices, el más feliz de los hombres.

CRIDA.—¿A dónde caminas?

BLÉPIRO.—Yo voy a cenar.

CRIDA.—¡Ay, por Afrodita, vas a ser tú el último! Tu mujer me manda llevarte y contigo a estas muchachas. Ha quedado vino de Quíos y otras cosas buenas.

(Al coro.)—Por favor, no tardar a eso. Y si hay alguno de los es-

pectadores que sean amigos nuestros y alguno de los jueces que ven todo con serenidad, venga también con nosotras, que les daremos todo.

BLÉPIRO.—¿De modo que a todos invitas y a nadie dejas sin parte? ¡Sí, invita con generosidad a todos, al viejo, al joven, al niño! La cena es para todos... la tendrán si van a su casa.

Yo por mi parte voy a la cena. Ya tengo en mis manos la antorcha que me conduce.

CRIADA.—¿Para qué gastas el tiempo? Lleva mejor a estas muchachas. Mientras vas bajando, yo voy a entonar un canto que sea preparatorio del banquete.

CORO.—Un pequeño consejo quiero dar yo a los jueces. A los sabios que den fallo sobre mis discretas sentencias, y a los que gustan de gracejos, tengan en cuenta lo mucho que he dicho para provocar la risa. Si me juzgan como es justo, tendrán que asignarme el premio. Y no dejen de recordar el juramento que hicieron, de darlo a quien lo merece. En todo habrá que ser justos. No tengan que parecerse a las malas rameras que solamente toman

en cuenta lo último que recibieron.

CRIADA.—¡Eh, eh, ora, ah! Amadas señoras ya es el tiempo, si queremos bien obrar, de que marchemos al banquete. Pero sujétense al ritmo, y acomódense a mi canto.

Blépiro, tú al modo de Creta, ve moviendo así los pies.

BLÉPIRO.—Eso voy haciendo.

CRIADA.—Y ahora ustedes, mujeres, que tienen hueca la panza, vayan moviendo las piernas al compás, y sigan el ritmo del baile. Pronto les van a servir ostras, cecina, lampreas, sesos en salsa, cebollas con miel guisadas y recortes de queso y jamón, tordos, mirlos, palomitas, gallos, frituras de cresta y liebres bien preparadas, en su fondo de mosto fino, y jugo de alones exprimidos...

Ya lo oíste, ve y toma un plato y toma tu buen puré y vete a comer tranquilo.

BLÉPIRO.—Dondequiera están trabajando.

CORO. (*Con Blépiro por delante.*)

¡Saltemos, saltemos... Ya, ya!

¡Vamos todos al banquete...

huay, huay, huay!

¡Sobre la victoria canto... huay, huay, huay, ay, ay, ay!

PLUTO

INTRODUCCION

Esta comedia, que fue la última dada por el poeta, en 388 a. C. da ocasión a discusiones. Piensan algunos que es una refundición de una pieza muy antigua, escrita cuando el poeta iniciaba su carrera de autor cómico. Hablan otros de la poca unidad de esta comedia. Y sentencian algunos que es la mejor que escribió Aristófanes. En todo hay un poco de exageración.

Entre *Los Acarnios* y *Pluto* han pasado treinta y siete años. Suficientes para la evolución de un poeta tan vivo en sus creaciones como es el nuestro. Si es la última obra que da a conocer, se explican muchas modificaciones. Desde luego, la poca parte que tiene el coro. No hallamos los grandes recitados melopéyicos que vemos en otras obras y muchos han pensado que todo el movimiento del coro se hacía en una música casi silenciosa, con tarareo de notas y aun melodías sin palabras. He seguido esta teoría en esta versión, indicando así la parte que debían llenar los coros, tan ricos en otras de las comedias.

Tiene semejanza con la *Asamblea de las Mujeres*. No en el tema, sino en el procedimiento. Si en ésta vimos la tentativa de que la vida sea en común, bajo el mando femenino, en el *Pluto* vemos que se muestra en vivo la crítica de una vida de ricos, por obra de los dioses, sin trabajo personal. Fracasa el gobierno de las mujeres y un modo de comunismo en aquélla; fracasa la intención de ser rico, sin esfuerzo en ésta. No se resuelven los problemas humanos en ninguna de estas situaciones. Riqueza acaparada sin trabajo es ruina de su propietario. Trabajo que hace nacer el esfuerzo, crea la prosperidad de los pueblos. Tal parece ser la enseñanza que el poeta se propuso.

Como cuadro de la vida de Atenas en esos días es inmejorable. Vemos un desfile de tipos variados. Algunos de vivencia perenne y universal. Por ejemplo, el delator, o sicofante, que hace toda una pintura de lo que eran los vividores leguleyos de esos días, tan semejantes a los de todo tiempo. La vieja que ya caduca quiere retener a un jovenzuelo, a costa de erogaciones de su propio caudal, y sin gran resultado ni para su vejez ni para la perduración de aquel trato, y el mismo jovencillo que se deja querer y gasta cuanto puede de la mujer que lo ama, pero ya enriquecido, la desdén y la deja. Son personajes que han de revivir en obras como *La Celestina* de nuestras letras, acaso sin ninguna conexión entre lo nuevo y lo pasado.

Gira la trama en torno de una ficción grata. El dios Pluto que reparte las riquezas al azar por ser ciego, recobra la vista y comienza a dar sus dones en forma más prudente. Esto provoca un desequilibrio. Ya todos ricos, nadie quiere servir a otro. Y se crea el conflicto de la propiedad entre los hombres. Tanto más complejo cuanto más furtiva ha sido la propiedad elevada a riqueza. Esta es la mejor enseñanza humana que desprendemos de la comedia.

Cuadro íntimo de la vida ateniense es también en los usos domésticos. Lo que comen, con qué se divierten, en qué forma se vengán y aun la manera de ciertas prácticas íntimas que, sin salir a luz, se hallan pintadas en esta pieza cómica, una de las más bellas del teatro griego.

La intervención alegórica, como la de la Pobreza, es de los antecedentes de un teatro que ha de florecer en la Edad Media y aun pasar a la moderna.

Por estos y otros títulos, aun el de la especial forma de la lengua, tan digna de estudio aquí, es ciertamente una de las mejores obras del comediógrafo y ha dado mucho fundamento a los que en los siglos sucesivos lo han estudiado.

Aunque menos cruda que otras, tiene sus lugares escabrosos, que he intentado traducir sin traicionarlos, pero dando un matiz que no sea piedra de escándalo para el lector joven o pacato. Sin tener la pretensión de haberlo logrado, debo confesar que lo intenté.

Damos fin a la versión de este difícil poeta. Los largos siglos que de él nos separan son un baluarte para defenderse uno. Y si el hombre es el mismo en todo tiempo, sus expresiones a veces se van como aves enfurecidas que rompen la jaula. Intentar hacer una versión al menos con fidelidad y sabor moderno ha sido mi intento. No puedo ser juez de mí mismo. Juzguen otros, pero con el original enfrente.

PLUTO

ESCENARIO

Una plaza pública frente a la casa de Cremilo.

PERSONAS

CARIÓN.

CREMILO.

PLUTO.

CORO DE LABRADORES.

BLEPSIDEMO.

LA POBREZA, PERSONAJE ALEGÓRICO.

ESPOSA DE CREMILO.

UN HOMBRE JUSTO.

UN DELATOR.

UNA VIEJA.

UN JOVEN.

HERMES.

UN SACERDOTE DE ZEUS.

PLUTO

CARIÓN.—¡Ah, qué dura cosa es, oh Zeus, oh dioses todos, ser esclavo de un amo que tiene la cabeza trastornada!

Le da consejos a su amo, pero éste sigue haciendo lo que se le antoja y luego el pobre esclavo tiene que soportar las consecuencias de su mala fortuna.

Ni de su mismo cuerpo es dueño. Lo gobierna el destino. Al fin fue comprado.

Y así son estas cosas. Y yo me dirijo ahora a Loxias,

“aquel que vaticina del alto de una [trípode], y le echo en cara, que dizque, siendo médico, y sabio y perito, haya soltado a mi amo que está totalmente chiflado.

Imaginen: pretende ir en pos de un ciego. Con eso obra al revés de lo que debe ser. Porque somos los que vemos, los guías de los ciegos, no ellos de nosotros. Pero éste los quiere seguir y me obliga a que yo también vaya siguiéndolo. Ya no me callo ahora:

Vamos, amo, dime ¿por qué vamos siguiendo a este ciego? Si no me lo dices, no sigo. Y no puedes golpearme, porque llevo la corona de Delfos en mi cabeza.

CREMILO.—¡Por Zeus, si me harías la paciencia, te quito la corona y te doy tu buena tunda!

CARIÓN.—¡Tonterías! No me quedaré quieto, si no me dices antes quién es éste. Y te lo digo porque te aprovecha y mucho.

CREMILO.—Pues no te lo oculto. Creo que de todos mis domésticos eres tú el más fiel y el más ratero. Yo era antes un hombre justo y temeroso de los dioses, pero nada

aprovechaba, porque era un pobretón infeliz.

CARIÓN.—Eso ya me lo sé.

CREMILO. — Y otros eran ricos, burladores de los dioses, oradores, denunciadores, gentuza perversa.

CARIÓN.—Bien lo creo.

CREMILO.—Y me fui a consultar el oráculo de los dioses. Y eso no para mí, que estaba a punto ya de ver que se me iban todas las flechas del carcaj de mi vida. Lo hice por mi hijo, el único que me tocó tener, a ver si mudando de costumbres y conducta se hiciera un canalla, un sin justicia ni derecho, un bueno para nada, de modo que así pudiera vivir su vida.

CARIÓN.—“Y, ¿qué te dijo Febo entre sus mil coronas?”

CREMILO.—Tú lo sabrás. De modo sabio el dios me dijo esto: Que al que al salir encontrara primero, me mandaba no dejarlo ya y llevarlo a alojar a mi propia casa.

CARIÓN.—¿Quién fue el primero con quien te encontraste al salir?

CREMILO.—Este.

CARIÓN.—¡Ay tonto... no entendiste. El oráculo decía que formarás a tu hijo al modo de este país!

CREMILO.—¿De dónde sacas eso?

CARIÓN.—Hasta los ciegos saben que para vivir en estos tiempos no hay que andar con remilgos, sino ajustarse a los tiempos que va uno viviendo.

CREMILO.—¿Cómo va el oráculo a decir tal cosa? Hay que buscar otro sentido más alto. Vamos, si este hombre nos dice a qué y por qué vino al mismo santuario que nosotros, ya tendríamos indicios de lo que el oráculo significa.

CARIÓN. (Al ciego).—Vamos, di-

nos tú, quién eres... que, si no te irá muy mal. Debes hablar luego y pronto.

PLUTO.—Te digo que te ahorques.

CARIÓN.—¿Te das cuenta de lo que dices?

CREMILO.—Eso te lo dice a ti, que a mí no. Es que le preguntas en forma grosera. (*Al ciego.*) —Si te complaces en tratar con personas de calidad, haz favor de responder.

PLUTO.—Ya lo dije... vete al diablo.

CARIÓN.—Recibe al hombre y su augurio de parte de los dioses.

CREMILO.—¡Por Démeter, no te vas a estar burlando más de mí!

CARIÓN.—Porque si no hablas, yo te hago morir de mala muerte.

PLUTO.—Por favor, déjenme los dos en paz.

CREMILO.—¡Eso sí que no!

CARIÓN.—Amo, no hay otro mejor modo. Voy a hacer que acabe en la forma más infeliz. Lo voy a llevar a la orilla de un precipicio y lo dejo allí para que marche y se desnude al caer.

CREMILO.—Llévalo lo más pronto.

PLUTO.—¡De ningún modo!

CREMILO.—¿Hablarás o no?

PLUTO.—Si supieran quién soy yo, bien sé que me maltratarían y no me dejarían libre.

CREMILO.—Por los dioses que lo hacemos, si así lo quieres tú.

PLUTO.—Primero suéltense.

CREMILO.—Ya suelto estás.

PLUTO.—Oigan ahora. Me parecía preciso ocultar quién soy. Yo soy Pluto.

CARIÓN.—¡Ay infeliz, el peor de los mortales! ¿Por qué callabas que eres Pluto?

CREMILO.—¿Tú Pluto en ese estado...? Febo, Apolo y dioses y demonios, Zeus, ¿qué decís? ¿Este puede ser Pluto en tal estado?

PLUTO.—Pues Pluto soy.

CREMILO.—¿El mismo, él en persona?

PLUTO.—El mismísimo.

CREMILO.—¿De dónde vienes así tan sucio? ¡Dí!

PLUTO.—Yo vengo de la casa de Patrocles, ése que nunca se ha bañado desde el día en que nació.

CREMILO. (*Toca los párpados del ciego.*) —¿Esa tu enfermedad de qué provino? Dímelo.

PLUTO.—Eso me lo hizo Zeus por odio a los hombres. Cuando yo era un jovencuelo hice la amenaza de que solamente visitaría a los hombres probos, rectos y bien formados. Y él me hizo ciego para que entre todos no conociera a ninguno. A tal grado odia él a los hombres de bien.

CREMILO.—Y sólo es él honrado por los hombres de bien y por los justos.

PLUTO.—De acuerdo estoy contigo.

CREMILO.—Dime ahora: Si recorbraras la vista como antes la tenías, ¿huirías de los malvados?

PLUTO.—Digo que sí.

CREMILO.—¿Irirás a casa de los justos?

PLUTO.—Cierto que sí. Hace ya mucho tiempo que no los veo.

CARIÓN.—Nada me admira esto: yo tengo ojos y no los veo.

PLUTO.—Favor de dejarme, pues ya todo lo dije.

CREMILO.—¡No por Zeus, ahora con mayor razón te retenemos!

PLUTO.—¿No dije antes que me habrían de causar molestias?

CREMILO.—Y yo a mi vez te ruego encarecidamente: déjate convenecer y no me abandones. Donde quiera que vayas y por mucho que busques no encontrarás un hombre tan de buenos modales como yo.

CARIÓN.—¡Por Zeus que no: hay otro igual que no sea yo!

PLUTO.—Es lo que dicen todos, pero cuando han logrado retenerme y se hacen ricos sin medida se enaltecen en su maldad.

CREMILO.—Así es el hecho, pero no todos son malos.

PLUTO.—No todos por Zeus, pero lo son en todo.

CARIÓN.—Te va a pesar mucho eso.

CREMILO.—Debes saber al menos los provechos que tendrás, si te quedas con nosotros. Pon atención para que los conozcas.

Tengo el pensamiento, sí que lo tengo —con la ayuda del dios, como suele decirse— de curarte de esa oftalmía, de modo que puedas ver.

PLUTO.—¡No, por favor, no lo hagas: no quiero ver de nuevo!

CREMILO.—¿Qué estás diciendo?

CARIÓN.—Este hombre es ciego desde que nació.

PLUTO.—Si lo supiera Zeus, que tal cosa en mí obrabas, y yo de eso me ufanaba, cierto estoy de que me hacía polvo.

CREMILO.—¿No es lo que hace desde ahora, ya que permite que vayas tentaleando y sin rumbo?

PLUTO.—Eso yo no lo sé, pero a él le tengo un mal miedo.

CREMILO.—Es verdad, tú, el más cobarde de todos los númenes. Estás pensando que la realza de Zeus y sus rayos tendrían siquiera el valor de un trióbolo, dado caso que recobraras la vista, aunque fuera por breve tiempo...!

PLUTO.—Eso no digas, malvado.

CREMILO.—¡Quieto, quieto! Yo te voy a probar que tú tienes mayor poder que Zeus.

PLUTO.—¿Tú a mí?

CREMILO.—Por los cielos que sí. Vamos a ver, Carión:

¿Por qué domina Zeus a todos los dioses?

CARIÓN.—Por dinero, como que tiene mucho.

CREMILO.—Di, ¿quién le proporciona eso?

CARIÓN.—Este. (*Señala a Pluto.*)

CREMILO.—¿Por qué le hacen sacrificios, no es por éste?

CARIÓN.—Por Zeus que sí... lo que piden es dinero, lo más pronto, mejor.

CREMILO.—Pues él es la causa y fácilmente puede hacer cesar, si quiere, todo eso.

PLUTO.—¿Cómo es eso?

CREMILO.—Porque ninguno de los hombres ofrecería un buey, un pas-

tel, nada, en fin, si tú no lo quisieras.

PLUTO.—¿Cómo?

CREMILO.—¿Cómo? Nadie pudiera ofrecer su sacrificio, si tú no lo auxiliaras para tener dinero. De modo que tú solo, si estás enojado, echas abajo el poder de Zeus.

PLUTO.—¿Qué estás diciendo? ¿Luego por mí ofrecen sacrificios?

CREMILO.—Ya lo dije. Y por Zeus, si algo hay brillante, si algo hay bueno, algo que alegre a los hombres, de ti se origina. Como que todo está subordinado a la riqueza.

CARIÓN.—Aquí estoy yo. Por una miseria de dinero soy esclavo. Y antes era yo libre.

CREMILO.—Es así. Y las ramera de Corinto, si acaso llega a sus puertas un pobretón que quiera entrar con ellas, ni siquiera se dignan mirarlo. Pero si es un rico, al momento le entregan las nalgas.

CARIÓN.—Y los muchachos, dicen que hacen lo mismo: no ven a quien los ama, sino a quien tiene dinero.

CREMILO.—Eso será los que viven del vicio, que los honrados no buscan el dinero.

CARIÓN.—¿Entonces qué?

CREMILO.—Uno pide un buen caballo; otro, perros para la cacería.

CARIÓN.—Parece que se avergüenzan de pedir dinero, pero disfrazan su interés y su vileza pidiendo cosas de nombre más alto, que valen dinero.

CREMILO.—Las artes todas y los artificios de los hombres, gracias a ti, Pluto, hallaron nacimiento. Por eso uno sentado en su taller está labrando cueros, el otro es un herrero; éste es un trabajador de la madera, otro es orfebre, y el oro de su labor de ti lo recibe.

CARIÓN.—Por Zeus, otro es tejedor, y aquel de allá, perforador de muros.

CREMILO.—Otro es un peletero y el otro despeluza pieles, otro más las curte.

CARIÓN.— Otro anda vendiendo cebollas.

CREMILO.—Y otro más, por andar adulterando, tiene que ser depilado públicamente.

PLUTO.—¡Ay infeliz de mí... todo estaba por mucho tiempo oculto para mí!

CREMILO.—¿No por el dinero el gran rey de Persia se siente tan poderoso? ¿No es por él la reunión de la Asamblea de los ciudadanos? ¿No a ti se debe el que se preparen las triremes? ¿no mantienes a los mercenarios en Corinto? ¿No por dinero está clamando Pánfilo?

CARIÓN.—Y tanto como Pánfilo, el vendedor de agujas.

CREMILO.—Del dinero que das nacen los humos del petulante Agirrio. Como por el dinero anda Filepsio contando sus historias. ¿No por ti, el dinero, se pactó la alianza con Egipto? Y por dinero anda perdida de amor Lais por Filonides.

CARIÓN.—La torre de Timoteo...

CREMILO.—¡Que te cayera encima! ¿Por qué se hacen negocios? Por dinero que tú proporcionas. Tú solo eres la causa de todo, lo mismo de lo bueno que de lo malo. ¡Sábetelo muy bien!

CARIÓN.—Tanto es que aun en la guerra, la victoria se inclina a donde tú pones los pesos.

PLUTO.—¿Yo solo soy capaz de hacer tantas cosas?

CREMILO. — ¡Esas y más, por Zeus... es la razón de que nadie se canse de ti, ni se sienta saciado. Todo lo demás llega a fastidiar!

CARIÓN.—El pan.

CREMILO.—La música.

CARIÓN.—Los antojitos.

CREMILO.—Los honores.

CARIÓN.—Las tortas compuestas.

CREMILO.—La fuerza viril.

CARIÓN.—Los higos pasos.

CREMILO.—Las ambiciones.

CARIÓN.—El pan de cebada hecho tartaleta.

CREMILO.—El comando en el ejército.

CARIÓN.—Las lentejas en sopa.

CREMILO. — De tu dinero nadie queda fastidiado. Hay uno que reci-

be trece talentos... quiere recibir dieciséis. Y si logra los dieciséis, ahora quiere cuarenta... y dice todavía que ya no se puede vivir en este mundo.

PLUTO.—Bien me creo que lo que dicen los dos está en lo justo, pero me queda un miedo...

CREMILO. — Habla, ¿de qué se trata?

PLUTO.—¿Cómo pudiera yo hacerme dueño de ese poder que dicen que yo tengo?

CREMILO.—¡Ah, por Zeus, con razón se dice que nada hay más perezoso que el rico!

PLUTO.—¡No es verdad... esa calumnia se la debo a un ladrón! Se coló por mi casa tras una horadación y no halló qué llevarse. Todo estaba cerrado bajo llave. De ahí divulgó el cuento y de venganza me llama perezoso.

CREMILO.—Por eso no te apures. Si te prestas a nuestros asuntos, yo te daré una vista más penetrante que la de Linceo.

PLUTO.—¿Cómo podrás dar tal cosa, si eres un simple mortal?

CREMILO.—Tengo confianza, desde el mismo

“Apolo Febo agitando el vaticinado [dor laurel”, me dijo.

PLUTO.—¿Luego él sabe ya esto?

CREMILO.—Te lo estoy diciendo.

PLUTO.—Miren...

CREMILO.—No te inquietes, amigo. Yo bien tengo sabido cuándo he de morir. En esto llego al término de todo, aunque me muera.

CARIÓN.—Y si quieres, yo también.

CREMILO.—Y tendrás en la empresa muchos auxiliares. Todos los hombres honrados que no tienen ni para pasar el día.

PLUTO.—Tristes aliados me ofresces.

CREMILO.—No lo serán, si se vuelven luego ricos. Carión, corre veloz.

CARIÓN.—Dime qué voy a hacer.

CREMILO.—Vete a llamar a nuestros campesinos. Fácil hallarlos es.

Allá en el campo trabajando con dura condición. Que vengan acá todos para que participen de los dones que nos va a hacer Pluto.

CARIÓN.—Ya voy allá... pero este tasajo de carne del sacrificio, ¿quién lo lleva a tu casa?

CREMILO. — Lo haré yo mismo. Por ahora, corre. (*Se va Carión.*)

Dime, Pluto, el mejor de los dioses ¿no entras en mi casa? Esta que ahora debes repletar de bienes, por la buena o por la mala, como sea.

PLUTO.—Pero me choca eso —los dioses son testigos— el que ande entrando yo a casas extrañas. De veras me va mal en todas.

Si entro a casa de un avaro, por desgracia, luego me toma y me entierra lo más hondo que puede y si un buen amigo suyo viene a pedirle prestado sale diciendo que ni de sombra conoce la riqueza. Pero si es de un manirroto la casa a donde entro, todo lo dilapida en muchachas del vicio, en dados, en francachelas y ahí me tienes a los cuantos días botado a media calle y desnudo.

CREMILO.—Te pasa eso porque no has llegado a entrar a casa de un varón justo. Ese soy yo en todos mis hechos. Me gusta siempre guardar buena economía, pero cuando llega el caso, me gusta gastar a mano abierta. Déjate de eso y entra. Verás a mi mujer, verás a mi hijo, el único que tengo y que, después que tú, es lo que más amo.

PLUTO.—Te lo creo.

CREMILO. — ¿Por qué ocultar la verdad?

Entran a casa de Cremilo. Llega Carión con sus dos docenas de campesinos, que forman el Coro.

CARIÓN.—¡Ustedes que con mi amo tantas veces la misma salsa han comido, señores muy estimados y vecinos del mismo barrio, enamorados del trabajo, vengan, corran, no demoren, estén para socorrernos!

CORIFELO.—Viejos estamos ya y ves, con qué prisa hemos venido y

llenos de aliento ardiente, aunque somos ya rendidos. Y para qué he de venir corriendo, si aún no has dicho qué cosa nos quiere tu amo.

CARIÓN.—¡Qué tiempo que te lo dije. El que no oyes eres tú! Mi amo les dice que van a vivir felices, sin esa vida monótona, sin amarguras ni conflictos.

CORIFELO.—Vaya eso, ¿y de dónde has sacado tal hecho?

CARIÓN. — ¡Tontos, es que llegó aquí cierto viejo sucio jorobado, hecho una desgracia, calvo, arrugado y sin dientes y, por el cielo, creo yo que ni prepucio tiene ya!

CORIFELO.—¡Estás hablando en plata! ¿Qué dijiste? Repítemelo de nuevo. Porque puede que nos digas que ha traído una carga de riquezas.

CARIÓN.—Sí, un fardo de males de vejatorio.

CORIFELO. — ¿Estás creyendo que nos has engañado y que quedarás sin el debido castigo? Mira qué buen bastón traigo en mi mano.

CARIÓN.—¿Me tienen por tan tarugo que no hable en serio en lo que digo? ¿No puedo hablar con sentido?

CORIFELO.—Qué canalla es éste... pero sus piernas están gritando: ¡Ay, ay! y ya piden su cepo y sus ligaduras.

CARIÓN.—Eso te tocará a ti, si tenemos cuenta de la letra que te tocó. Anda, que allí está Caronte esperando para darte tus insignias.

CORIFELO.—¡Mal rayo te parta! Estás fregando y no dices para qué nos llama tu amo. Tanto andar, tanto tiempo perdido, y hemos venido de prisa, pasando por tantos campos sembrados de tomillo.

CARIÓN.—¡Ya, ya... no se lo occulto... Señores, el que mi amo trajo es el mismo Pluto que los viene a hacer ricos!

CORIFELO.—¿Pero es posible que todos seamos ricos?

CARIÓN.—¡Que sí, por los dioses... y más... serán Midas (con tal que no les salgan orejas de burro)!

CORIFE0.—Si es verdad lo que estás diciendo, bailo y salto de alegría y se me desborda el gozo.

CARIÓN.—¡Eso es lo que quiero yo —tarará tarará— me voy a asemejar al Cíclope y bailar golpeando la tierra. Yo iré; por delante guiándolos.

¡Hora, hora, chiquitos míos, griten conmigo y den sus balidos, como si fueran chivos, llenos de olor penetrante, y vengan en pos de mí con los miembros bien parados y a la vista y tendremos todos un buen banquete cabrió!

CORIFE0.—También nosotros queremos imitar al Cíclope —tarará tarará— iremos dando balidos y cuando te hayamos encontrado con tu morral de legumbres del campo, todavía bien mojadas de rocío, y borracho que pastorea su rebaño, caído de sueño en el primer lugar que pueda, estaremos dispuestos a inutilizar tus ojos con ardiente tizón.

CARIÓN.—Pero yo haré lo de Circe. Esa que hizo una mixtura de drogas y alimentos y un día que fue... Filónides a Corinto le dio a comer su propia mierda como si fuera un cerdo. Eso hizo ella y eso haré yo. Conque, ¡lechones, sigan a su madre!

CORIFE0.—Vamos también a imitar la alegría del hijo de Laertes, y si tú eres Circe, de ti nos apoderamos. Tú que das venenos a nuestros compañeros, y vamos a darnos gusto como hijos de Laertes. Te vamos a colgar de los meritos agucates, y con pura mierda te untaremos las narices, como si fueras chivo, y dirás al saborearla, como dijo Aristilo: ¡lechones, sigan a su madre!

CARIÓN.—Pero ahora basta ya de tales cantos. Intentad otro género de poemas.

Yo me meto a la casa y sin que me vea el amo, voy a tomar un buen trozo de pan y otro de carne y, luego que haya acabado, volveré a la carga.

(*Se va Carión.*)

Sale Cremilo.

CREMILO.—Eso de “Buenos días” para ustedes, señores de mi barrio, es cosa ya muy vieja y muy gastada. Mejor “Yo los saludo” por haber venido tan de prisa eficazmente. Procuren ayudarme en todo lo siguiente y así seremos salvados del dios mismo.

CORIFE0.—Ten confianza que en mí verás arder el fuego de Ares.

Temible cosa fuera que los que disputamos en la asamblea por obtener tres óbolos dejáramos que, ahora que Pluto está presente, nos lo arrebatara.

CREMILO.—Y yo veo a Blepsidemmo que llega hacia acá. Viene tan aprisa que bien me imagino que ya está al tanto de lo que acontece.

Llega Blepsidemmo muy de prisa.

BLEPSIDEMMO. — ¿Qué pasa aquí? No se habla de otra cosa. ¿Dónde y cómo Cremilo de un golpe se ha hecho rico? No quiero creerlo. Por Heraclés, es la voz general en las peluquerías. ¡Que le vino de pronto la riqueza! Y algo hay para mí más de admirar. Ya está rico y hace venir a sus amigos. Eso no se usa en esta tierra.

CREMILO.—Por los dioses, no callaré lo cierto. Ay, Blepsidemmo, mis asuntos van mucho mejor que ayer. Y podrás tener parte, ya que eres uno de mis amigos.

BLEPSIDEMMO.—Pero, ¿en verdad como dicen te hiciste rico?

CREMILO.—Lo voy a ser muy pronto, si el dios lo quiere, porque aún hay su peligro en el asunto.

BLEPSIDEMMO.—Y ése, ¿cuál es?

CREMILO.—Pues es que...

BLEPSIDEMMO.—Acaba de decir lo que has comenzado.

CREMILO.—Si derecho resolvemos el asunto siempre estaremos bien, pero si lo fallamos, nos arruinamos, nos arruinamos para siempre y totalmente.

BLEPSIDEMMO.—Mal me parece el

negocio. No me gusta mucho. Eso de hacerse rico de repente y luego andar con miedos, es de gente que no tiene muy sana la conciencia.

CREMILO.—¿Cómo que no muy sana?

BLEPSIDEMO.—Tal vez de allá llegaste, por Zeus quizá, tras haber robado al dios su oro y su plata... y por eso mismo andas tan intriguado.

CREMILO.—Por Apolo el que salva y por Zeus, que no me pasa eso.

BLEPSIDEMO.—Deja de estar con embrollos, bien sé lo que son las cosas.

CREMILO.—Tú nada de eso en mi caso supongas.

BLEPSIDEMO.—¡Ay... nadie hay en este mundo que sea honrado... a la ganancia corren todos!...

CREMILO.—Por Démeter me parece que estás perdido de juicio.

BLEPSIDEMO.—¡Qué mudanza... tan diferente que era este hombre!

CREMILO.—Por el cielo que estás enloqueciendo.

BLEPSIDEMO.—Ya ni la misma cara tiene... está revelando a alguno que ha obrado mal.

CREMILO.—Bien sé lo que cavilas... que yo robé y vas a pedir tu parte.

BLEPSIDEMO. — ¿Mi parte yo? ¿De qué?

CREMILO.—No es ése el asunto. La realidad es otra.

BLEPSIDEMO.—Vamos, que no sea hurto, que sea rapiña.

CREMILO.—Estás fuera de ti y disvarías.

BLEPSIDEMO.—Pero, ¿de veras, a nadie robaste?

CREMILO.—No y no.

BLEPSIDEMO. — ¡Ay Heraclés...! dime, ¿a dónde me acojo? Éste no quiere decir la verdad.

CREMILO.—Me estás condenando antes de saber mi asunto.

BLEPSIDEMO.—Mira, amiguito, te voy a arreglar eso antes que lo sepa la ciudad: les taparé la boca con dinerito a los oradores.

CREMILO.—Por los dioses... ya

veo que tienes la intención de gastar tres minas y luego poner en tu cuenta doce.

BLEPSIDEMO.—Ya parece que veo a cierta persona sentado en el banquillo ante el tribunal con su rama de olivo en las manos y con su mujer y sus hijitos al lado. Ni más ni menos que los Heraclidas de Pánfilo.

CREMILO.—No, infeliz: solamente a los hombres probos, a los justos, a los sensatos intento hacer yo ricos.

BLEPSIDEMO.—¿Qué estás diciendo? ¿Tanto fue lo que robaste?

CREMILO.—Ay, maldito, me estás matando...

BLEPSIDEMO.—Pues el que te mata eres tú mismo. Eso me parece.

CREMILO.—No y no, señor. Sabe infeliz que soy dueño de Pluto.

BLEPSIDEMO. — ¿Pluto? ¿Cuál Pluto?

CREMILO.—El dios en persona.

BLEPSIDEMO.—Y, ¿dónde está?

CREMILO.—Allá dentro.

BLEPSIDEMO.—¿En dónde?

CREMILO.—En mi casa.

BLEPSIDEMO.—¿En tu casa?

CREMILO.—De verdad.

BLEPSIDEMO.—¡Que te coman los buitres...! ¿Pluto en tu casa?

CREMILO.—Por los dioses que sí.

BLEPSIDEMO.—¿Pero dices verdad?

CREMILO.—La digo.

BLEPSIDEMO.—¿Juras por Estia?

CREMILO.—Y aun por Poseidón.

BLEPSIDEMO.—El dueño de los mares...

CREMILO.—Y si hay otro, también por él lo juro.

BLEPSIDEMO.—¿No lo vas a mandar a casa de tus amigos?

CREMILO.—No están aún las cosas para eso.

BLEPSIDEMO.—¿Qué pues? ¿no lo compartirás con otros?

CREMILO.—Por Zeus, hay que ver antes...

BLEPSIDEMO.—¿Ver qué?

CREMILO.—Que entre los dos hagamos que vea...

BLEPSIDEMO.—¿Qué ha de ver? ¡Di!

CREMILO.—Que Pluto como antes tenga vista, por cualquier medio.

BLEPSIDEMO.—¿Es ciego entonces en verdad?

CREMILO.—Por los cielos que sí.

BLEPSIDEMO.—Ya no me admira que nunca se haya parado en mi casa.

CREMILO.—Si lo permiten los dioses, ahora tiene que venir.

BLEPSIDEMO.—¿No fuera bueno llamar a un médico?

CREMILO.— ¡Médico!, ¿cuál? ¿quién queda en la ciudad? ¡No hay paga, no hay ciencia para curar!

BLEPSIDEMO.—Vamos a ver (*fija los ojos en los espectadores*).

CREMILO.—¡Pues no hay!

BLEPSIDEMO.—Eso mismo me parece a mí.

CREMILO.—¡Por Zeus, como antes lo había yo planeado, será lo mejor llevarlo a que duerma en el templo de Asclepio!

BLEPSIDEMO.—Por los dioses que sí. Anda y no te entretengas, y a ver qué haces.

CREMILO.—Me voy pues.

BLEPSIDEMO. — Ahora despacha pronto.

CREMILO.—Eso haré.

Cuando va a salir aparece la Pobreza, en figura de una vieja escuálida y vestida de harapos. Se pone entre los dos.

POBREZA.—¡Acto loco y sin justificación, y totalmente fuera de la ley están ahora intentando, par de desdichados, perdidos... ¿a dónde, a dónde huyen? ¿no se quedan aquí?

BLEPSIDEMO.—¡Ay Heracles!

POBREZA. — Malvados como son, haré que mal fin tengan. Están urdiendo un hecho que no puede aguantarse: ni hombre ni dios alguno lo había planeado antes. ¡A morir al momento!

CREMILO.—¿Quién eres tú? ¡Qué pálida me pareces!

BLEPSIDEMO.—Debe ser una Eris sacada de una tragedia. Mira con

ojos de loco y llenos de emoción trágica.

CREMILO.—Pero no lleva antorchas.

BLEPSIDEMO. — Entonces tendrá que dar chillidos.

POBREZA.—¿Saben quién soy yo?

CREMILO.—Serás una hostelera o vendedora de comidas. De no ser eso, no hubieras estado vociferando contra quien nada te ha hecho.

POBREZA.—¿De veras? ¿No estaban haciendo planes para echarme de todas partes?

CREMILO.—Te bastará con el infierno... Pero, ¿quién eres? Dilo desde luego.

POBREZA.—Soy la que va a castigarlos a los dos hoy mismo por su pensamiento de echarme fuera de aquí.

BLEPSIDEMO.—¿No será esta la tabernera que tantas veces me defraudó con la medida del vino?

POBREZA.—Soy la Pobreza que con ustedes vive ha tantos años.

BLEPSIDEMO.— ¡Príncipe Apolo, dioses todos... a dónde escapa uno!

CREMILO.—¡Este...! ¿qué haces, fiera espantadiza? ¿no te quedas aquí?

BLEPSIDEMO.—Nunca jamás.

CREMILO.—¿No te quedas? ¿dos hombres somos y ante una mujer huimos?

BLEPSIDEMO.—¡Necio, no ves que es la Pobreza, y nunca forjó la naturaleza un animal más horripilante!

CREMILO.—Quédate, te lo ruego, quédate aquí.

BLEPSIDEMO.—No y no, por Zeus.

CREMILO.—Y digo yo: haríamos una hazaña más odiosa que todas las hazañas si dejamos al dios solitario y huimos sin hacer la lucha en cuanto podamos.

BLEPSIDEMO.—¿En qué armas, en qué valor ponemos la confianza? ¿Qué escudo y qué lorica no ha llevado al empeño esta maldita?

CREMILO.— Ten confianza: este dios por sí solo —bien lo sé— podrá evadir todas las tretas de ésta.

POBREZA.—¡Y aún están vitupe-rando, pareja de canallas, cuando yo los he atrapado en el mismo hecho de su indigna conducta!

CREMILO.—Y tú, maldita, digna de ser aniquilada, ¿por qué nos estás injuriando cuando aun no te hacemos nada malo?

POBREZA.—¿Nada malo, por los dioses? ¡y están pensando devolver la vista a Pluto!

CREMILO.—¿En qué pecamos si al hacer esto queremos distribuir bienes a los hombres todos?

POBREZA.—¿Qué cosa buena han inventado ustedes?

CREMILO. — ¿Qué? Primero que nada desterrarle de la Hélade.

POBREZA. — ¡A mí expulsarme! ¿Han pensado que no podían hacer mayor mal a los hombres?

CREMILO.—¿Cuál? Si dejamos tardar en hacerlo, se nos va a olvidar.

POBREZA.—Tocante a eso quiero, antes que todo, dar mis razones a los dos y voy a demostrar que soy la única causa de todos los bienes que les llegan, y yo les doy la vida y, si no lo pruebo, hagan su antojo.

CREMILO.—¿A tanto te atreves al hablar, malvada?

POBREZA.—Y tú ve aprendiendo. Pienso que con la mayor facilidad yo podría hacerte ver que andas muy equivocado, cuando tienes el proyecto de hacer ricos a los hombres de bien.

CREMILO.—¡Ay, palos y palmetas!, ¿por dónde andan? ¿No vienen en mi ayuda?

POBREZA.—No hay que dar lamentos ni gritar antes de que sepas.

CREMILO.—¿Quién no ha de dar lamentos y gritar cuando oye tales cosas?

POBREZA.—Todo el que esté en sus cabales.

CREMILO.—Y si pierdes, ¿qué pena te impongo?

POBREZA.—La que te parezca.

CREMILO.—Dices bien.

POBREZA.—Y esto más... si ustedes pierden, los dos quedarán sujetos a la misma pena.

CREMILO.—A poco tenemos que pagar con veinte muertes.

BLEPSIDEMO.—Esta sí. Para nosotros y no más son suficientes dos.

POBREZA.—No habrá dilación en darles gusto. ¿Qué razón justa que opondrían ahora?

Hace su evolución el Coro y al detenerse se inicia la discusión.

CORIFE0.—Hoy es cuando se requiere hallar hábiles discursos para hacer callar la boca a ésta que está aquí. Que se rebata muy bien. Y nada de concesiones y nada de retrocesos.

CREMILO.—Yo creo que es claro y para todos perceptible que el varón justo y honesto ha de ser feliz, de acuerdo con la justicia, en tanto que los malvados y los facinerosos tienen que someterse a la ley opuesta.

Con este pensamiento hemos hallado un procedimiento hermoso y noble y en todo provechoso. Este es: Si Pluto ve con toda claridad, ya no ciego, como antes, que iba y venía sin ton ni son, se irá a vivir con los honrados y no los dejará nunca, mientras que a los de mala vida y los que olvidan a los dioses, los ha de huir. Con esto podrá lograr que todo el mundo se vuelva justo y, por lo mismo rico, y venerador de los dioses. Di, Pobreza, tú ¿qué puedes hallar para hacer mejores a los hombres?

BLEPSIDEMO.—Nadie lo halla. Y soy testigo. Ya no le preguntes a ésa.

CREMILO.—Pues como corre la vida para los hombres de hoy día, ¿habrá quien juzgue nuestro proyecto como cosa hacedera? ¿No dirán que es locura o inspiración de un demonio?

Y ésa es la cosa: Hay muchos entre los hombres que aun siendo malvados y sin justicia, nadan en riquezas, acumuladas injustamente. Y otros que no tienen tacha moral ni social, están en la miseria y se mue-

ren de hambre. Esos son los tuyos, Pobreza.

Y lo digo a pecho abierto: Cuando Pluto recobre la vista, acabará con todo eso y ése será el mejor camino para procurar el mayor bienestar a los hombres.

POBREZA.—¡Par de viejos desviados juntamente del sentido recto y entre los hombres todos dispuestos al engaño! Bien se advierte igual inclinación a la locura y el delirio en que ustedes se hallan bien hermanados. Y no sacarán nada de este embuste, si logran realizarlo.

Pues si Pluto recobra la vista y va repartiendo sus dones por igual a los hombres, ya no habrá nadie entre éstos que se dedique al arte ni a la ciencia. Hechas a un lado artes y ciencias, ¿habrá quién quiera y sepa forjar el hierro, construir un barco, coser las telas, o fabricar ruedas, ser zapatero, o fabricar ladrillos, lavandero, o peletero?

¿Va a haber quien quiera

“Hendir del suelo con arado duro para allegar los dones de la Dios[sa]?”

cuando todo lo han dispuesto para vivir ociosos sin tener preocupación por todo esto?

CREMILO.—¡Con descarado delirio estás delirando! Ese catálogo de cosas que acabas de hacernos tendrán que hacerlo nuestros esclavos.

POBREZA.—¿De dónde podrán tener esclavos?

CREMILO.—Comprando con dinero, claro está.

POBREZA.—¿Quién va a ser el vendedor, en primer lugar... si él también tiene dinero?

CREMILO.—Cualquier vendedor ansioso de ganancia que llegue de Tesalia, tierra en que abundan los que venden esclavos.

POBREZA.—En primer lugar, de acuerdo con tus planes, ya no habrá vendedores de esclavos. ¿Habrá quien siendo rico se exponga hasta en la vida para hacer tal oficio? Ves entonces que tú mismo tendrás que cavar la tierra y hacer otras ta-

reas fatigosas y pasarás una vida mucho más fatigosa que la de ahora.

CREMILO.—¡Eso te caiga en la cabeza!

POBREZA.—Más aún: Ya no podrás dormir en cama —no habrá quien las fabrique— ni en tapices si quiera ¿quién ha de estar tejiendo, si abunda el oro?—. Y cuando quieran casarse con una linda joven, ya no habrá perfumes para írselos go-teando mientras van hacia el tálamo, ni telas de vistosos y ricos matices para vestirla... ¡Así para qué ser rico, si nos falta todo eso!

Y por mi obra, al contrario, tienen a su disposición todo lo que quieran. Yo como ama temible obligo al artesano a fabricar todo eso y ganarse la vida por miedo a la indigencia.

CREMILO.—¿Y tú qué puedes darnos? ¡Quemaduras en los baños, parvadas de chiquillos muertos de hambre, viejitas macilentas! Y no te diré nada de las muchas chinches y pulgas y piojos y mosquitos que van y vienen rodeando nuestras cabezas y nos despiertan y nos dicen: “Tienes hambre ya, levántate.”

Y algo más: en lugar de manto, andrajos; en lugar de cama, una armazón de tule, lleno de chinches que no dejan dormir al que lo intenta; como cobertor una estera ya deshaciéndose, como almohada, una buena piedra. ¿Y la comida? En lugar de pan, brotes de malva; como pasteles, las hojas de rábano, bien secas ya, y para sentarse una tinaja vieja, para que repose su espalda, un pedazo de tonel desvencijado. ¡Claro lo tienes ya: éstos son los provechos que tú proporcionas a los hombres!

POBREZA.—No describes mi vida, sino la de los mendigos que exageras.

CREMILO.—¿No decimos que la mendicidad y la pobreza son hermanas?

POBREZA.—Eso ustedes que confunden a Trasíbulo con Dióniso.

Mi vida es diferente, por Zeus que

sí, y nunca será igual a la miseria. Esa vida del mendigo que has pintado tú: vivir sin tener nada, no es la vida del pobre. Esta se funda en vivir con medida y gastar para su bienestar y el de los suyos. Y vivir trabajando, para obtener dinero. Nada de sobra tiene; pero tampoco le falta lo necesario.

CREMILO.—¡Por Démeter, qué vida tan feliz... ésa que tú nos pintas! ¿Economizar, eh, pero seguir al yugo del trabajo? Y cuando muere uno, ni para el entierro deja.

POBREZA.—Te estás burlando y hablas con gran ligereza, sin decir algo serio. Date cuenta: yo hago mejores a los hombres, lo mismo de cuerpo que de alma. ¿Qué hace Pluto? Hombres reumáticos, panzones, de piernas tardas para andar, gordiflones y grasosos. Pero yo los hago esbeltos, como avispas en ligereza, y tremendos para el enemigo.

CREMILO.—¡A fuerza de hambre los conviertes en avispas!

POBREZA.—Vamos a parte más alta: en cuanto a discreción y juicio, basta con que sepan ustedes que la moderación y templanza vienen conmigo, mientras que la soberbia y desorden están con Pluto.

CREMILO.—¡Tiene que ser muy honesto robar horadando muros!

BLEPSIDEMO.—¡Claro, por Zeus!, si se sabe esconder, ¿cómo no ha de ser honesto?

POBREZA.—Mira ahora en las ciudades a los oradores: cuando son pobres son justos y bien dispuestos para el bien del pueblo y la ciudad. Pero si se hacen ricos a costa de los bienes comunes, se vuelven gente sin justicia, hacen conspiración contra la mayoría y le hacen la guerra al pueblo.

CREMILO.—Aunque sea mala lengua, ahora sí que no mientes. Pero no te crezcas. No creas que vas a persuadirnos de la ventaja de ser pobres, y no ricos.

POBREZA.—Tampoco puedes tú en todo esto: hablas mucho, pero son alazos de vencido.

CREMILO.—¿Por qué todos te huyen?

POBREZA.—Porque yo los hago mejores. Eso se puede ver muy bien entre los chiquillos. Huyen de sus padres que quieren hacerlos buenos. Ni es tan fácil distinguir lo justo de lo injusto.

CREMILO.—¿De Zeus vas a decir que no sabe distinguir entre qué más vale, sólo porque es dueño de Pluto?

BLEPSIDEMO.—¡Y a ésta no la echa para acá!

POBREZA.—¡Están ciegos los dos, como en días de Cronos! Miren bien: Zeus es pobre. Y eso lo pruebo al momento, para que lo aprendas. Si fuera rico, ¿cómo está que en las Olimpiadas, cada cuatro años, cuando se reúne la gente de toda la Hélade, al premiar a los atletas vencedores les da solamente una corona de olivo? Si fuera rico, se las daría de oro.

CREMILO.—¿No ves que en eso hace alta estimación de la riqueza? La usa y la disfruta y no quiere gastarla. Da coronitas de ningún valor a los vencedores y la riqueza la guarda para sí.

POBREZA.—Cosa más vergonzosa que pobreza le estás atribuyendo. Que siendo rico, sea avaro y tacaño.

CREMILO.—Pues que Zeus te aniquile con tu corona de olivo cuando la hayas recibido!

POBREZA.—¡Qué atrevimiento afirmar que no provienen todos los bienes de la pobreza!

CREMILO.—Eso hay que preguntarlo a Hécate: ¿qué vale más, ser rico o pobre? Dicen que ella manda que los que tienen bienes y son ricos dispongan un banquete cada mes, y los pobres lo arrebatan antes que sea presentado ante ella.

Ya cállate y guarda silencio, y que el diablo te lleve! No me convencerás, aunque parece que me has convencido.

POBREZA. — “Ciudad de Argos, oyes lo que dice.”

CREMILO.—Invoca a Pausón que siempre come contigo.

POBREZA.—¿Qué haré, mísera de mí?

CREMILO.—Irte al diablo, lejos de nosotros, y de carrera.

POBREZA.—¿A qué región iré?

CREMILO.—A la picota, pero más pronto. No te detengas.

POBREZA.—Ya me llamarán un día.

CREMILO.—Ya volverás entonces. Ahora que revientes. Para mí vale más ser rico y hacer que te tundas la cabeza desesperada.

BLEPSIDEMO.—¡Por Zeus, ahora que sea rico tendré que darme una buena vida! Comer y beber a gusto con mi mujer y mis hijos. Y cuando salga del baño, todo yo limpio y luciente, hacer burla de los que trabajan con sus manos y de la misma pobreza.

Entretanto se ha ido la Pobreza.

CREMILO.—Ya nos dejó en paz la malvada, ya se largó. Vamos tú y yo lo más pronto posible a llevar al dios a que duerma en el templo de Asclepio.

BLEPSIDEMO.—Y no hay que perder un momento. No vaya a venir otro de nuevo y nos impida hacer nuestra obra.

CREMILO. (*Llama a su puerta.*)—Carión, muchacho... ya es tiempo de que saques la cobija y tú mismo llesves a Pluto, según se acostumbra, y lo vayas a dejar allá dentro del templo.

Se va Carión con un lio en la mano y lleva a Pluto con la otra. Se van todos.

Canta el Coro sin palabras, mientras baila.

CARIÓN. (*Regresa.*)—¡Ah, señores ancianos, que tantas veces en las fiestas de Teseo han tenido que tomar su salsa mojando pedazos de pan, ahora sí que fue buena... Felices son y todos los hombres de vida honesta!

CORIFEEO.—¿Qué pasa, mi buen muchacho, de todo el que te quiere? Tienes apariencia de dar una noticia feliz.

CARIÓN.—El amo está que sale de juicio de tanta alegría. Y más que él, Pluto. Era ciego y “Ahora mira la luz con sus brillantes ojos, que el arte de Asclepio le hizo obtener de nuevo.”

CORIFEEO.—¡Dices que yo me alegre, dices que yo grite!

CARIÓN.—Quieras o no quieras, tienes que alegrarte.

CORIFEEO.—Voy a aclamar al Padre de tan buen hijo, que es Asclepio la antorcha de bien a los mortales.”

Sale la esposa de Cremilo de su casa

ESPOSA.—¿Qué gritería es ésta? ¿Hay nueva de algo muy bueno? Hace tiempo que esperaba bien sentada allá dentro a que este hombre regresara.

CARIÓN.—¡Pronto, pronto, ama, saca vino... al fin tú también lo bebes —y mucho te gusta hacerlo— te traigo todos los bienes!

ESPOSA.—¿Dónde están?

CARIÓN.—Espera, ya lo oirás en mis palabras.

ESPOSA.—Acaba y desembucha por fin.

CARIÓN.—Oyeme ahora. Yo te contaré todo de pies a cabeza...

ESPOSA.—De cabeza no hables, por favor.

CARIÓN.—¿Ni los bienes que te llegan?

ESPOSA.—Con tal que no sean embrollos.

CARIÓN.—Tan pronto como lleguemos ante el dios, llevando al hombre desdichado, y que ahora es dichoso, como nunca hubo hombre alguno, lo primero que procuramos fue ir a darle un baño en el mar.

ESPOSA.—¡Por Zeus, es gracia... dichoso el hombre que se bañaba en agua salada y fría!

CARIÓN.—En seguida llegamos a

la casa del dios. Llevábamos a este hombre escualido y triste. —Después en el altar dispusimos la ofrenda: los pasteles rituales y demás dones “y allí las consumimos bajo el voraz fuego de Efesto.” Tendimos al enfermo Pluto en su forma ritual y cada uno de nosotros se recostó en un camastro de follaje.

ESPOSA.—¿Había algunos más que imploraban al dios?

CARIÓN.—Estaba allí Neoclides, el cual es ciertamente ciego, pero para robar es más diestro que los que tienen su vista; había otros muchos que tenían toda clase de enfermedades.

Después de apagar las luces, el sacerdote del dios nos mandó dormir y nos dijo que si algún ruido oíamos, nos quedáramos en silencio. Todos en buen orden nos acostamos. Pero yo no pude dormir. Era una olla que hervía haciendo borbotones cercana a la cabecera de una vieja infeliz. Y me dominaba el ansia de ir a tomar la olla.

De repente alcé los ojos y vi al sacerdote que sacaba del altar los pasteles y ofrendas, entre éstas los higos secos. Y fue visitando todos los altares del rededor y todo lo que hallaba, pasteles y otros dones, los iba consagrando en su morral. Eso me dio ánimo y me levanté para tomar la olla de la vieja.

ESPOSA.—Perverso... ¿no piensas en el temor al dios?

CARIÓN.—Sí, por los dioses, tenía miedo de que llegara él antes a la olla, con sus flámulas de rito en la cabeza. Ese su sacerdote me había sacado de dudas. La viejita despertó al ruido que yo hacía y alzó un brazo... pero yo di un silbido y la mordí como si fuera una de las serpientes que siguen a Asclepio. La vieja retiró velozmente su brazo y se arrojó en las mantas y se volvió al otro costado y me echó un viento que hedía más que el de una comadreja. Pero yo, por mi parte, me harté con el contenido de la olla y me volví a mi cama quietamente.

ESPOSA.—¿Y no se les presentó el dios?

CARIÓN.—Todavía no. Y yo hice entonces algo más gracioso. Cuando el dios llegaba, solté un gran viento, pues tenía la panza repleta.

ESPOSA.—El debió sentir asco...

CARIÓN.—¿Vieras que no? Jaso que iba tras él, se ruborizó y Panacea volvió la cara y se tapó la nariz. Y es que mis pedos no huelen a incienso.

ESPOSA.—¿Y qué hizo el dios?

CARIÓN.—Por Zeus que ni caso hizo.

ESPOSA.—Es entonces un sin educación.

CARIÓN.—No sencillamente. Le gusta comer mierda, como médico. Eso es todo.

ESPOSA.—¡Qué infeliz!

CARIÓN.—Pasado eso, me metí a mi cama lleno de miedo, y él iba dando un recorrido por toda la sala e iba examinando uno a uno a los enfermos con gran diligencia.

Vino en seguida un muchacho; le trajo un almirez de piedra con su pison de lo mismo, y junto a él una caja.

ESPOSA.—¿De piedra?

CARIÓN.—¿La caja? No era de piedra.

ESPOSA.—¿Cómo pudiste ver eso si estaban muy bien envueltos en las mantas? ¿No lo dijiste?

CARIÓN.—A través de sus agujeros. Y no son pocos, por Zeus.

Antes que todo el dios se puso a preparar el remedio para Neoclides. Hizo una cataplasma en su matraz. Echó tres dientes de ajo de Tenos y los mezcló muy bien echando antes jugo de higuera y de lentisco y todo ese compuesto lo disolvió en vinagre de Esfeto. Y lo fue aplicando a los ojos del paciente. Antes le había vuelto atrás los párpados para que el dolor fuera más fuerte. El enfermo dando alaridos y gritando a todo poder intentaba escapar. El dios riendo le dijo:

—Estate allí con tu ungüento, que ya podrás ir a hacer juramentos en

Asamblea haciéndola solidaria de ellos.

ESPOSA.—¡De veras que es listo el dios y amigo de la ciudad!

CARIÓN.—En seguida fue a sentarse en la cama de Pluto. Le estuvo sobando la cabeza. Después tomó un lienzo muy limpio y le estuvo enjugando los párpados al rededor. Panacea le envolvió la cabeza y la cara con un lienzo de púrpura. Luego Asclepio dio un silbido y salieron del santuario dos serpientes enormes y espantosas.

ESPOSA.—¡Que los dioses me protejan!

CARIÓN.—Luego se metieron bajo el velo de púrpura y le estuvieron lamando los párpados, según pienso yo, y eso en más breve tiempo que tú necesitas para beberte diez medidas de vino. Y se levanta Pluto, mi señora, y ya veía muy bien. Yo me volví loco de alegría y comencé a dar palmadas y fui a despertar a mi amo.

El dios se fue y con él sus serpientes. Los que estaban al lado de Pluto se pusieron a abrazarlo y ya no durmieron en lo que restó de la noche. Yo di gracias al dios con efusión y me alegré de que Neoclides quedara más ciego que antes.

ESPOSA.—Qué poder tienes, señor y príncipe... Pero, dime: ¿en dónde quedó Pluto?

CARIÓN.—Viene ya. Pero le viene rodeando numerosa turba. Los hombres rectos que antes no tenían sino para pasar una vida limitada, lo abrazan, lo festejan, le aprietan con placer la mano todos.

Pero los ricos que allegaron bienes y tienen gran propiedad, lo ven con mala cara, fruncen las cejas y se sienten inquietos por su injusticia en acumular dinero. Los buenos van en pos de él con sus coronas en la cabeza, risueños, hablando gozosos, y la tierra resuena a los pasos que marcan las sandalias de los viejos al ir caminando.

¡Ya, vamos, todos juntos en un solo intento, a bailar, a hacer coros,

a saltar de alegría. Ya nadie en casa habrá que al entrar lo salude con estas palabritas: No tenemos harina...!

ESPOSA.—¡Por Hécate, también yo voy a darte las albricias por tu anuncio feliz y darte una corona de sabrosos pastelillos!

CARIÓN.—No tardes, por favor, porque estos hombres ya están junto a la puerta.

ESPOSA.—Vaya ahora, ya entro y voy a preparar los dones de llegada como se dan a los esclavos acabados de adquirir, para sus ojos.

Entra a su casa.

CARIÓN.—Yo a mi vez voy a darles el encuentro.

Sal. El Coro canta sin palabras y baila en el proscenio.

Llega Pluto con Cremilo.

PLUTO.—Antes que todo al sol saludo y venero, y después al suelo de la santa Palas, a toda la región de los Cécropes, que hoy me acoge. Estoy avergonzado de mí mismo, cuando advierto que he convivido con hombres como éstos, sin darme cuenta, y he rehusado a veces a los únicos que merecían mi trato, y todo sin saberlo. ¡Era yo un desdichado y no caminaba por el recto sendero yendo de aquí para allá!

Pero ahora tomo la contraria ruta y en lo futuro demostraré a todos los hombres que al darme a los malvados lo hacía contra mi voluntad.

CREMILO.—¡Fuera, fuera y la desgracia! (*Echa a los que le venían siguiendo.*)

¡Cosa pesada son los amigos que se aparecen de repente cuando uno ha logrado bienestar! Dan codazos, dan patadas cuando quiere cada uno mostrar su complacencia. ¿Quién no me saludaba entonces? ¿Quién no se puso en el ruedo que en la plaza me formaron? ¡Eran viejos infelices!

Cuando va a entrar en su casa sale la esposa con regalos de bienvenida.

ESPOSA. (*A su marido.*)—¡El más amado de los hombres, y tú, Pluto, mis saludos! Mira ahora —ésa es la regla— te oferto estos dones de bienvenida.

PLUTO.—Eso sí no. Cuando llego a esta casa, después de recobrar la vista, no debo recibir nada, antes bien tengo que dar algo.

ESPOSA.—¿Entonces no los aceptas?

PLUTO.—Que sea dentro; ése es el uso. En esta forma evitamos que el público nos censure. ¡Vaya un poeta cómico que echara a los espectadores higos secos, golosinas, y que todos tuvieran que reír a fuerza!

ESPOSA.—Razón te sobra. Mira, Dexinico se aprestaba a atrapar los higos...

Entran a casa de Cremilo.

Coro con canto sin palabras y baile.

Sale Carión de la casa.

CARIÓN.—¡Qué grato es, señores míos, sentirse uno feliz y más si no le costó! ¡Un cúmulo de bienes ha venido a esta casa y ella no ha hecho ningún mal a nadie! Ser rico así es cosa dulce ciertamente. Tenemos bien repleta de harina la artesa y hay vino de sobra en grandes ánforas, con atractivo olor. Repletas están las arcas de oro y plata hasta causar admiración. La cisterna se desborda de aceite y las anforitas de perfumes están henchidas. Las alacenas ya no abarcan los higos secos. Todas las vasijas para el vinagre son de bronce y los viejos platos de antes para servir los peces, ya podridos con el uso, están ahora hechos de plata. Y la linterna para ir por las calles, ahora es de marfil. Y nosotros mismos los esclavos para jugar pares o nones, ahora usamos piezas de oro. Vamos, para limpiarnos, ya no usamos piedras, sino tallos de ajo bien preparados.

El amo en este momento allá dentro está inmolando un cerdo, un cordero y un cabrito, y tiene puesta en la cabeza su corona. Me salí por el humo, que me escuece los ojos.

Llega un hombre con un niño. Es el hombre justo que va a buscar a Pluto.

JUSTO.—Vente conmigo, niño, vamos a encontrar al dios.

CARIÓN.—¿Ea, quién es el que viene acá?

JUSTO.—Un hombre que era infeliz antes, pero que ahora es feliz.

CARIÓN.—Bien se ve que eres uno de los honrados, tienes todo el aspecto.

JUSTO.—Mucho que sí.

CARIÓN.—¿Y ahora qué te hace falta?

JUSTO.—Al dios me dirijo, porque me ha hecho grandes bienes.

Como que yo heredé de mi padre bastante fortuna y la compartía yo con mis amigos necesitados, pensando que es lo mejor para la vida.

CARIÓN.—Y se te fue el dinero en eso, claro está.

JUSTO.—Tal cual me pasó.

CARIÓN.—¿Y tras eso quedaste en la miseria?

JUSTO.—Tal cual me pasó. Y yo que me creía que aquellos a los que yo había ayudado en la miseria iban a serme amigos de veras cuando yo estaba en ella. Nada de eso: me veían y se hacían disimulados, como sin conocerme.

CARIÓN.—Y cierto estoy de que se reían de ti.

JUSTO.—Tal cual me pasó. Mis cajas de dinero se agotaron. Pero ahora no. Por eso vengo a ver al dios para agradecerle con justa expresión.

CARIÓN.—¿El dios? ¿Y ese manto del chico que viene contigo, y que está todo lleno de agujeros? Dime, ¿qué es?

JUSTO.—También vengo a dedicárselo al dios.

CARIÓN.—¿Acaso es ése el manto

con que te iniciaste en los misterios eleusianos?

JUSTO.—No es, pero con él van trece años que me hielo en invierno.

CARIÓN.—¿Y esos zapatos?

JUSTO.—También conmigo sufrieron los riesgos de invierno.

CARIÓN.—Y éstos también para dedicarlos a los dioses.

JUSTO.—Sí, por Zeus.

CARIÓN.—¡Vaya graciosos dones que a los dioses ofreces!

Llega el delator con un testigo.

DELATOR.—¡Malhaya mi vida, soy un infeliz! Todo lo he perdido. No una vez, sino tres, cuatro, cinco, doce, diez mil veces desdichado. ¡Ay, ay, ay de mí! ¡Tanta desdicha sólo a un dios la debo!

CARIÓN.—¡Apolo que todo preserva, dioses que amparan los lares, en qué infortunio ha caído este hombre!

DELATOR.—¿Poco mal te parece lo que me ha acontecido? Por ese dios perdí cuanto tenía en mi casa. Que vuelva a quedar ciego, o se acabó en el mundo la justicia.

JUSTO.—Pienso yo que comprendo lo que pasa. Un hombre que marcha seguro a la ruina. Pero es él moneda de mal cuño.

CARIÓN.—¡Por Zeus, entonces bien que merece la ruina!

DELATOR.—¿Dónde, dónde se halla ese dios que prometió por sí solo hacer feliz al mundo entero? Y eso la haría si recobraba la vista.

Lo que hizo ése fue arruinarnos a muchos.

CARIÓN.—¿Contra quién ha obrado así?

DELATOR.—Contra éste que está aquí. *(Se señala a sí mismo.)*

CARIÓN.—¿Eras tú del gremio de los facinerosos, o de los pícaros?

DELATOR.—Por Zeus que no, los facinerosos están entre ustedes. Tienen que tener bien guardado mi dinero.

CARIÓN.—¡Por Démeter, con qué

garbo ha entrado este delator! ¡Está que se perece de miseria, claro es!

DELATOR.—Tienes que ir al ágora sin tardanza, sin pretexto alguno: allí en la rueda del tormento acabarás por declarar tus fechorías.

CARIÓN.—¡Te va a pesar a ti!

JUSTO.—¡Zeus salvador, cuánto han de agradecer todos los griegos a este dios, si con funesto fin acaba a estos malvados delatores!

DELATOR.—¡Mal rayo! ¿Tú te pones de acuerdo con éste para reírte de mí? Y di, ¿de cuándo acá con ese manto nuevo? ¡Robo seguro! Ayer apenas andabas con uno hecho andrajos.

JUSTO.—Nada me importas tú. Mira: este anillo se lo compré a Eudemo el hechicero por un solo dracma.

CARIÓN.—¡Nada hay que valga para una mordedura de delator!

DELATOR.—Ya es mucha esa insolencia, ¿o no? Los dos se burlan y los dos no han dicho qué es lo que hacen aquí juntos. Para nada bueno ha de ser que estén aquí.

CARIÓN.—Nada bueno para ti, tengo por seguro, por Zeus.

DELATOR.—¡Por Zeus, van a comer a costas mías!

JUSTO.—¡De veras que revienten tú y tu testigo!

CARIÓN.—Con la panza vacía.

DELATOR.—¿Puede negarse? Malvados, allá dentro hay cantidad de pescados y carnes asadas... *(Aspira el olor.)*—¡Hu hu hu hu hu!

CARIÓN.—¿Qué hueles, infeliz?

JUSTO.—Será el frío —como tiene el manto tan rasgado.

DELATOR.—¡Dios y Zeus, no puede esto tolerarse! A tal grado se ensobrecen éstos. ¡Ay, pobre de mí, todo un hombre recto, todo un funcionario de la ciudad amada, verse tratado en forma tal!

JUSTO.—¿Amante tú de la ciudad? ¿Hombre recto tú?

DELATOR.—Como ningún otro hombre.

JUSTO.—Vamos; te haré preguntas. ¿Me respondes?

DELATOR.—¿Sobre qué?

JUSTO.—¿Eres tú labrador?

DELATOR.—¿Crees tú que yo estoy loco?

JUSTO.—¿Eres tú comerciante?

DELATOR.—Sí, al menos cuando me conviene.

JUSTO.—Bueno, ¿qué?, ¿sabes alguna artesanía?

DELATOR.—¡Por Zeus que no!

JUSTO.—¿De qué vivías entonces, si nada sabes hacer?

DELATOR.—Como supervisor de todos los asuntos, lo mismo públicos que privados.

JUSTO.—¿Tú eso? ¿para qué?

DELATOR.—Eso me gusta.

JUSTO.—Te dices hombre recto, infeliz hombre, cuando te andas metiendo en asuntos que nada te importan y en ese oficio todo el mundo te aborrece.

DELATOR.—¿Cómo que no me importa, pajarraco tonto, ver los asuntos de mi ciudad en cuanto tenga miedo?

JUSTO.—Para servirla, en todo has de andar fisgoneando...

DELATOR.—Más bien dar gritos para que la ciudad no sufra detrimento en sus leyes y estorbar que las quebranten.

JUSTO.—¿No la ciudad nombra sus jueces para que rijan y juzguen en ella?

DELATOR.—¿Y quién hace las acusaciones?

JUSTO.—Todo el que quiera.

DELATOR.—Precisamente, ése soy yo. De mí dependen los asuntos de la ciudad.

JUSTO.—Vaya procurador que tienen, Zeus santo, y en cuanto a ti, ¿no te gustará vivir en paz, sin tener trabajos?

DELATOR.—Pero me estás proponiendo una vida de borrego, si no hay algo que hacer en la vida.

JUSTO.—¿No podrías aprender otro oficio?

DELATOR.—No, y no. Solamente que me dieras a Pluto mismo y el silfio de Batos.

CARIÓN.—¡Fuera abajo el vestido!

JUSTO.—Te lo dice a ti.

CARIÓN.—Quitate las sandalias.

JUSTO.—Todo a ti te lo dicen.

DELATOR.—¡Que se me acerque aquel que tenga ganas!

CARIÓN.—Ese seré yo.

Va y lo desnuda y le quita las sandalias.

DELATOR.—¡Ay infeliz de mí, en pleno día me desnudan!

CARIÓN.—Te ganas eso por andar de metiche y de allí sacar para tu comida.

DELATOR.—Ya viste qué me hacen, testigo...

CARIÓN.—¿Dónde está? Ya se escapó.

Ese es el testigo que tú traías.

DELATOR.—¡Ay de mí, estoy solo y sin ayuda!

CARIÓN.—¿Y ahora chillas?

DELATOR.—Sí, una y otra vez.

CARIÓN. (*Al Justo.*)—Dame ese manto viejo y agujereado, yo se lo voy a poner a este delator.

JUSTO.—No y no, que ese manto ha tiempo que se consagró a Pluto.

CARIÓN.—¿Dónde mejor se halla que en las espaldas de este perverso y bandido? Pluto merece que lo adornen con las mejores galas. Para él hermosos mantos.

Pone la capa rasgada en los hombros del delator.

JUSTO.—¿Qué hacer con los zapatos?

CARIÓN.—Esos los voy a clavar en el frontispicio, como si fuera un acebuche viejo.

DELATOR.—Me largo. Ya verás las consecuencias. Y si encuentro un aliado, aunque sea una rama de sicomoro, ya verán cómo hago que ese dios hoy tan potente halle el castigo. ¡Eso de echar abajo toda la democracia, sin haber consultado ni a la Asamblea, ni al Senado!

JUSTO.—Ya que te vas llevando mi armadura, corre a los baños y busca allí el sitio que por años tan

largos yo ocupaba y veje a calentar en ese mismo.

CARIÓN.—El bañero lo corre y para ello le agarra las talegas y con solo verlo se da cuenta de qué alhaja es éste.

Pero, vamos entrando para que tú rindas tu homenaje al dios.

Se van todos.

Baile del Coro sin canto de palabras.

Entra una vieja con su criada que lleva un charola con regalos.

VIEJA.—Ah, mis señores grandes, mis amigos, ¿hemos llegado a casa de ese nuevo dios, o hemos ido por camino errado?

CORIFEIO.—Estás ya a la puerta, niña preciosa, por la que vienes preguntando diligente.

VIEJA.—Deja ahora, yo llamo a ver a alguno.

CREMILO. (*Saliendo.*)—Ya no hay para qué. Me tienes aquí. ¿Qué te mueve a venir? Dímelo luego.

VIEJA.—¡Ay mi amigo, qué cosas tan pesadas y terribles me están sucediendo! Desde que ese dios comenzó a ver se me ha hecho insufrible la vida.

CREMILO.—¿Qué pasa? ¿Tal vez eres tú una delatora? ¿Hay entre las mujeres?

VIEJA.—¡Por Zeus que no!

CREMILO.—¿Te falló la letra al beber en tu sorteo?

VIEJA.—Te estás mofando. Yo estoy rendida por el infortunio.

CREMILO.—¿No me dirás cuál es esa tu angustia?

VIEJA.—Oye ahora. Yo tenía un amante jovencito, pobretón él, pero de linda presencia y muy gallardo y muy honrado. Si algo necesitaba yo, me lo hacía al punto, sin remilgo alguno, con mucho comedimiento y muy bien hecho. Y yo a él en todo le servía.

CREMILO.—¿Qué era lo que te pedía principalmente?

VIEJA.—No mucho. Porque era

muy discreto y muy medido. Ya me pedía veinte dracmas para comprarse un manto, y ocho para su calzado. A veces me pedía para sus hermanas una túniquita, o para su madre un manto. Otras veces me decía que le hacían falta cuatro medidas de trigo.

CREMILO.—Poco es, por lo que dices. De veras era discreto. Por Apolo que sí.

VIEJA.—Y todo eso aún decía que no era por codicia, sino por ser muestra de mi cariño y que el manto que llevaba puesto era un durable recuerdo de mí.

CREMILO.—Hablas de ese hombre como muy enamorada.

VIEJA.—No es ya así ahora. Ya el traidor no tiene el mismo modo de pensar. Totalmente cambió. Yo le había enviado hoy este pastel y algunas golosinas que están en este platón y le mandé decir que a ver si venía esta tarde...

CREMILO.—¿Qué hizo él?, dímelo.

VIEJA.—Me devolvió el pastel y otros regalos que le había yo hecho y me mandó decir que yo no volviera más por su casa. Y agregó este versillo: "Fueron en otro tiempo los milesios hombres muy valerosos..."

CREMILO.—Claro es por los hechos que no era mal sujeto el muchacho. Ahora que se ha hecho rico ya no gusta de comer lentejas: antes comía de todo, a fuerza de ser pobre.

VIEJA.—Y antes, por las dos diosas, siempre venía a mi puerta.

CREMILO.—¿Para tu entierro?

VIEJA.—Por Zeus que no, sino por el gozo que le daba oír mi voz.

CREMILO.—Y a ver qué recibía.

VIEJA.—Y si me veía triste, ay Zeus, cómo me decía: "Mi patito, mi palomita", y con qué ternura...

CREMILO.—¡Claro, y después pedía para unas botas!

VIEJA.—Un día, ay Zeus, en los misterios eleusinos iba yo en mi carroza y alguno fijó en mí sus ojos...

Crees que él se enceló tanto que todo el día me estuvo pegando... ¡así era de celoso!

CREMILO.—Lo que quería era comer él solo.

VIEJA.—Decía que yo tenía unas manos muy hermosas...

CREMILO.—¡Claro, si le alargaban veinte dracmas...!

VIEJA.—...que era delicioso el perfume que mi piel exhalaba...

CREMILO.—Si le servías vino de Tasos, por Zeus que sí.

VIEJA.—...que yo tenía una mirada suave y bella...

CREMILO.—...¡Por cierto no era un tonto ese hombre... si se ponía a agotar la despensa de una vieja caliente!

VIEJA.—Por todo esto creo que el dios está obrando muy mal, amigo mío, y eso que ha prometido venir en favor de todos los que sufren injusticia.

CREMILO.—¿Qué quieres que haga? Dilo, y se hará.

VIEJA.—Es justo que lo obligue, por Zeus que sí, a que regrese a mí, y que me pague los bienes que de mí recibió... ¿no he de tener yo siquiera este bien?

CREMILO.—¿Qué no lo desquitaba cada noche?

VIEJA.—Pero me había prometido no irse mientras me durara la vida.

CREMILO.—Bien está, pero piensa que ya no vives ahora.

VIEJA.—¡Ay, mi amigo, el pesar me está secando!

CREMILO.—No, seca no... podría me parecés.

VIEJA.—Tal estoy de delgada que pasara por un anillo.

CREMILO.—Con tal que ese anillo fuera tan ancho como el aro del arnero.

Entra un joven con su corona y una antorcha en la mano.

VIEJA.—¡Ah, aquí lo tienes... él es... viene hacia acá... ése es el que yo estaba acusando! Creo que se va a un banquete.

CREMILO.—Tal parece: trae su corona y su antorcha en la mano.

JOVEN.—Saludo a todos.

VIEJA.—¿Qué dijo?

JOVEN.—...¡Amiga de antaño, por el cielo, que pronto has enca-necido!

VIEJA.—¡Malhaya mi suerte: con qué orgullo me trata el insolente!

CREMILO.—Hace mucho quizá que no te ha visto.

VIEJA.—¡Qué mucho tiempo, des-graciado, si ayer estuvo conmigo!

CREMILO.—Es al revés de mu-chos: bebido, éste tiene vista mas clara.

VIEJA.—No es eso. Este es un sin-vergüenza en todo tiempo: ese es su modo.

JOVEN.—¡Oh Poseidón marino, oh viejos dioses... qué de arrugas tie-ne ya en la cara! (*Acerca su antorcha para verla mejor.*)

VIEJA.—¡Ay, ay...! ¿para qué me la acercas?

CREMILO.—Tiene razón la vieja, si se la acerca más, arde como viga reseca.

JOVEN.—¿Quiéres un rato que ju-guemos los dos?

VIEJA.—¿En dónde, desgraciado?

JOVEN.—Aquí mismo. Ya toma tus nueces.

VIEJA.—¿A qué apostamos?

JOVEN.—A adivinar cuántos dien-tes te quedan.

CREMILO.—Yo también lo adivi-no. Le restan tres o cuatro.

JOVEN.—Perdiste; paga. Sólo una muela tiene.

VIEJA.—¡Pérfido entre los pérfi-fidos, estás fuera de ti, como yo pienso. Me estás sacando mis tra-pitos al sol delante de la gente!

JOVEN.—Y ganarías mucho si te lavara alguno toda entera.

CREMILO.—No por cierto, que ahora aun tiene aspecto pasadero, y si le lavaran del todo, caería el emplasto que tiene puesto y se ve-rían todas las arrugas que tiene en la cara.

VIEJA. (*A Cremilo.*)—Siendo ya un viejo pareces poco serio.

JOVEN.—Es que está buscando hacerte suyo. Ya te toca los pechos y piensa la infeliz que no la veo.

VIEJA.—Por Afrodita no, no me gustas, me repugnas.

CREMILO.—Ni yo tampoco, por Hécate, que no.

Vamos, joven, yo no te perdono que tengas mala voluntad con esta niña.

JOVEN.—¡Si la amo y la reteamo!

CREMILO.—Ella, en cambio, te acusa.

JOVEN.—Y me acusa, ¿de qué?

CREMILO.—Dice que eres un macedonio, y que cantabas: “Fueron en otro tiempo los milesios hombres muy valerosos...”

JOVEN.—Ni creas que por ella voy a luchar contigo.

CREMILO.—¿Por qué?

JOVEN.—Por diferencia de edades. A otro no se la hubiera dejado yo como quiera. Y ahora vete contento y llévate a esa niña.

CREMILO.—Entiendo, ya entiendo tu modo de pensar. Ya no quieres tú estar con ésta.

VIEJA.—¿Habrás quien aguante esto?

JOVEN.—Ya no estoy en el caso de pasar el rato con una mujer que se agotó en el libertinaje por trece mil generaciones.

CREMILO.—Si te bebiste el vino, trágate los asientos.

JOVEN.—Pero estos asientos, están viejos y fétidos.

CREMILO.—Queda arreglado todo, si los filtras muy bien.

Vamos, entremos ya.

JOVEN.—Yo quiero entrar para dedicar al dios estas coronas que llevo puestas.

VIEJA.—Yo entro también; quiero decirle algo.

JOVEN.—Pues yo no entro...

CREMILO.—Ve seguro, no temas, no te va a violar.

JOVEN.—Dices muy bien en esto. En otros tiempos qué bien la he remendado.

VIEJA.—Entra. Yo entro después.

Entran el joven y la vieja.

CREMILO.—Qué bien se pega esta vieja, parece una sanguijuela. Así se adhiere al muchacho.

Entra él también.

El Coro hace una danza sin cantar con palabras.

Sale Carión, al tiempo que toca Hermes.

CARIÓN.—¿Quién toca? ¿Quién es? ¿qué quiere? Esta puerta que hace ruido, sin que no haya quien la toque.

HERMES.—Oye, te hablo. Ve quién soy. Espera aquí, Carión.

CARIÓN.—¿Eres tú? ¿Por qué tan fuerte estás tocando la puerta?

HERMES.—No, por Zeus, si no tocaba; iba a hacerlo cuando abriste.

Pronto, llámame a tu amo, con su mujer y sus hijos, también sus criados y su perro, tú también y su puerquito.

CARIÓN.—Pero di, ¿de qué se trata?

HERMES.—Zeus, malvado, de todos ustedes quiere hacer picadillo y echarlos luego en el bátrato.

CARIÓN.—A quien da malas nuevas se le corta la lengua. ¿Qué tiene el dios contra nosotros?

HERMES.—¿Qué? Que han comido todo el mayor de los hechos todos. Apenas Pluto comenzó a ver de nuevo, ya no hay quien haga ofrendas a los dioses: ni incienso, ni laurel, ni pasteles, ni víctimas... ¡ya nada! Ni a mí ni a nadie de los dioses, dice.

CARIÓN.—Por Zeus que ya nunca se volverán a ofrecer... Muy mal nos cuidaban en tiempos pasados.

HERMES.—Los otros dioses a mí no me importan. Por mi parte, me muero, desfallezco...

CARIÓN.—Hablas con juicio.

HERMES.—Primeramente, yo tenía en las tabernas toda clase de bienes, desde la madrugada. Paste-

les con vino, miel, higos secos, y en fin todo aquello que place a Hermes. Y ahora muerto de hambre quedo tendido el día entero con los pies al aire.

CARIÓN.—Y eso es muy justo. Tú dejabas multar a esos mismos que así te halagaban con esos dones.

HERMES.—¡Ay de mí... aquel pastel con queso que me ofrendaban el día cuarto del mes!

CARIÓN.—“Lloras por el ausente y en vano lo requieres.”

HERMES.—¡Ay, mi jamón, cómo me lo comía...!

CARIÓN.—Ponte a brincar ahora pierna tras pierna en el mismo aire, saltando en cada odre.

HERMES.—... ¡y aquellas calientes vísceras que yo devoraba...!

CARIÓN.—Y tus parientes estarán con cólico.

HERMES.—¡Ay, mi copa de vino, con su mezcla de agua!

CARIÓN. (*Dejando ir un flato.*)—¡Chúpate éste y vete luego!

HERMES.—¿No me harás un favor, amigo mío?

CARIÓN.—Con que pidas algo que esté a mi alcance.

HERMES.—Dame un pan bien cocido y una lonja de carne de la que están adentro sacrificando.

CARIÓN.—No se sacan afuera.

HERMES.—Ah, pero cuando tú sacabas algún platillo de tu amo para engullirlo, yo tenía cuidado de que no te descubriera.

CARIÓN.—Es que íbamos a medias: tú tenías tu buena parte del guiso, pérfido ladrón, y a veces tu buena torta.

HERMES.—Y tú te la comías.

CARIÓN.—¿Es que tú compartías conmigo los golpes, si me sorprendían?

HERMES.—Si cautivaste a Filé, olvida ya el pasado. Recíbanme, en nombre de los dioses, para que viva en esta casa.

CARIÓN.—¿Dejarías a los dioses para venirte aquí?

HERMES.—Es que aquí la vida resulta ya mejor.

CARIÓN.—¿Te parece muy noble dejar a los tuyos?

HERMES.—“Donde estoy bien, allí es también mi patria.”

CARIÓN.—¿De qué nos servirías si aquí estuvieras?

HERMES.—Junto a la puerta para hacerla abrir.

CARIÓN.—¿Portero? No queremos estar abriendo.

HERMES.—Pero comerciante...

CARIÓN.—Si estamos ricos, ¿para qué revendedores? ¡Y luego a un Hermes!

HERMES.—Vamos, un tramposo.

CARIÓN.—¿Tramposo? ¿para qué? Ya no tenemos necesidad de esas artimañas. Somos ya gente seria.

HERMES.—Pero, guía...

CARIÓN.—Ya el dios ve muy bien, ¿para qué es el guía?

HERMES.—Bueno, árbitro en los juegos, eso seré. ¿Tú qué dices? Porque lo mejor que puede hacer Pluto es establecer certámenes de poetas y de juegos gimnásticos.

CARIÓN.—¿Qué bueno es tener muchos nombres! Este ya halló medio de ganarse su mínima vida. No es por nada que los jueces se pongan en lista en diversas secciones.

HERMES.—¿Entonces, entro a esta condición?

CARIÓN.—Sí, y vete a lavar luego estas tripas para que des la muestra de que eres buen sirviente.

Se meten los dos.

Llega un sacerdote de Zeus.

SACERDOTE.—¿Quién me dirá con seguridad en dónde está Cremilo?

CREMILO. (*Sale.*)—¿Qué pasa, mi señor?

SACERDOTE.—¿Qué ha de pasar? ¡Desgracia y mal! Desde que Pluto recobró la vista, me estoy muriendo de hambre. No tengo qué comer. Y eso que soy sacerdote de Zeus salvador.

CREMILO.—¿Y cuál es la causa, por los dioses?

SACERDOTE.—Ya no hay quien sacrifique.

CREMILO.—Y eso, ¿por qué?

SACERDOTE.—Porque todos son ricos.—Antes que nada tenían, todos hacían ofrendas. El mercader que regresaba del viaje, ofrecía un sacrificio por regresar sano y salvo; y el procesado que lograba verse absuelto, igualmente hacía su sacrificio. Otro, para pedir augurios gratos. Y en todos tenía yo mi parte, como que la tomaba de la víctima.

Ahora... ni uno solo ofrece sacrificio, ni siquiera entra al templo; pero para desahogar sus intestinos, sí que entran mil y mil.

CREMILO.—¿Por qué no tomas también tu parte en esa clase de ofrendas?

SACERDOTE.—En suma, a Zeus lo dejo abandonado yo también y me despido de él y vengo para acá para habitar aquí.

CREMILO.—¡Animo! Todo parará en bien, si el dios lo quiere, ya que Zeus salvador aquí reside. Vino con él.

SACERDOTE.—Todo lo que me dices es precioso.

CREMILO.—Vamos a entrar luego —pero espera un poco— voy a colocar antes a Pluto como guardián perpetuo del santuario de la diosa. ¡Vamos, que traigan ya antorchas encendidas! Tú irás ante el dios llevando una.

SACERDOTE.—Esto está muy bien. Así se hace.

CREMILO.—Llame alguno a Pluto para que salga ya.

Sale Pluto y con él la vieja.

VIEJA.—Y a mí, ¿qué me toca?

CREMILO.—Toma estas ollas con que vamos a instalar al dios y llévalas en la cabeza con mucha seriedad y gallardía. Y bueno que viniste con esa ropa de tantos colores.

VIEJA.—Y mi asuntito aquel para que vine, ¿qué pasó?

CREMILO.—Todo queda arreglado. El jovencito irá allá a la noche.

VIEJA.—¡Por Zeus si es verdad lo que me dices, que va a ir y me va a ver, sí que porto las ollas!

CREMILO.—¡Cosa rara! En otras ollas la cara está arrugada, pero en ésta las arrugas van dentro.

Se hace el cortejo con Pluto a la cabeza y la vieja cargando sus ollas.

CORIFEO.—Ni nosotros nos quedamos. Es menester ir de prisa y vamos siguiendo a éstos. Vamos pues, en pos de ellos y cantando los seguimos.

Dan una evolución en el proscenio y se alejan lentamente por el lado derecho.

INDICE INFORMATIVO

Se dan en éste noticias de personas y lugares que ocurren en las Comedias. Hay algunas también acerca de cosas e instituciones. Para suplir un amplio comentario que no puede hacerse en ediciones como es ésta. Con toda intención se omiten nombres de esclavos o de mujerzuelas que se hallan en alguna pieza. La carencia de importancia y la falta de noticias son la causa. La referencia que se hace con frecuencia a la Mitología Griega debe entenderse al libro de tal nombre publicado por esta Editorial en 1964.

A

ACADEMO. Dueño de un parque al SW de Atenas. Cimón lo transformó en un bello jardín con su gimnasio y buenos paseos para charlar y discutir los filósofos.

ACRADUSIO. Nombre ficticio de origen jocoso, para indicar la pera silvestre —*ajras*— que había constipado al que habla.

ADIMANTE. Amigo y colega de Alcibíades, era hijo de Leucólofo. En 406 fue colega de Conón. El año siguiente hizo una nueva batalla. Lo acusó Conón ante la justicia.

ADONIS. Deidad semítica infiltrada en la cultura griega. Hijo de Ciriias y su hija Esmirna. Fue amado por Afrodita. (*Vid. Mit. Gr.* p. 28 s.)

AFORTUNADAS, Islas. Era un sitio mítico en que se suponía habitar las almas de los muertos felices. (*Vid. Mit. Gr.* p. 30.)

AGATON. Poeta trágico de Atenas, de muy hermoso aspecto. Ganó su premio en las *Leneas* de 416 a. C. a sus treinta años. Fue probablemente discípulo de Sócrates. Se menciona en el Simposio de Platón (198). Se habla de una tragedia suya llamada Anteo. Era un modernista de sus tiempos, que explica la mala voluntad de Aristófanes. Se hallan apenas unos cuarenta versos suyos. —Tenía fama de afeminado.

AGENOR. Padre de Cadmo y rey de Tiro. (*Vid. Mit. Gr.* p. 65.)

AGLAURA, Aglauro. Hija de Cécrope y sacerdotisa de Atena.

AGUIRRIO. General ateniense que mandaba en Lesbos. Tenía costumbres torcidas, pero para darse a respetar se dejaba una gran barba.

ALCEO. Poeta lírico de fama general en Grecia.

ALCMENA. Hija de Electrion y casada con Anfitrion. En una ausencia de éste vino Zeus a poseerla. Hijo fue Heraclés. (*Vid. Mit. Gr.* p. 33.)

ALFEO. Río del Peloponeso, notable por su anchura, que comienza al S. de Arcadia. Se dice que sus aguas no se mezclan a las del mar, sino que iban a Siracusa a dar en la fuente de Aretusa.

ALOPE, Alopes. Hija de Cercion de Arcadia. La sedujo Poseidón y su hijo fue Hipotoo, rey de la misma región. (*Vid. Mit. Gr.* p. 34.)

AMICLEO. Sobrenombre dado a Apolo por un templo que le dedicó Amiclas en el borde del Eurotas en Esparta.

AMINIAS. Un hijo de Pronapo, al cual alude el poeta por haber prohibido a los comediógrafos citar a los magistrados públicos.

AMINON. Hombre disoluto que usaba forma activa asquerosa.

AMIPSIS. Poeta cómico que contendió con Aristófanes y ganó superando a *las Nubes*.

AMON. Se refiere al oráculo que había en el oasis de Siwa, conocido desde la colonización de Cirene, en 700 a. C. El numen venerado era Ammón, dios de Tebas en Egipto. (*Vid. Mit. Gr.* pp. 36 y 181.)

AMORGOS. Isla de las Cícladas, situadas entre Naxos y Cos. Era especializada en fabricar telas muy finas y transparentes.

ANACREONTE. Poeta famoso de bellos epigramas. Era de Teos.

ANAFLISTO. Un barrio de Atica. Lo trae el poeta como burla.

ANAGIRO. Barrio de Atenas, cercano a un pantano.

ANCIRA. Ciudad en Frigia, en la región ocupada por los gálatas. Su situación ha hecho que hoy día sea la capital de la nación turca.

ANDROCLES. Mendigo ratero que varios cómicos sacaron como personaje burlesco.

ANDRÓMEDA. Hija de Cefeo rey de los etíopes y de Mujer Casiopea. Escribió Eurípides una tragedia de la cual quedan pocos fragmentos.

ANFIÓN. Hijo de Zeus y Antíope. Con su hermano Zeto fue abandonado. Lo recibe un pastor y lo cría. Fue fundador de Tebas. (*Vid. Mit. Gr.* p. 38.)

ANITOS. Uno de los acusadores de Sócrates. (Cf. *Platon Apolog.* 18 b)

ANTÍMACO. Famoso afeminado de muy sucias costumbres, indicadas en el texto.

ANTÍSTENES. Hombre disoluto que gustaba de prácticas muy corrompidas.

APATURIAS. Fiesta en honor de Atena. Se originó en Jonia. Introducida en Atenas se celebraba en el mes pianopsio (octubre-noviembre). Tenía tres días y en ellos se hacía un sacrificio propio, la *dorpia*, que era ofrenda de puré o pasta, el *anárisis*, de un animal, y el *kuretis*, que era la fiesta de los jóvenes.

AQUELOO. Un riachuelo cerca de Atenas, se toma como modo de decir simplemente agua.

ARIFRADES. Hermano de Arignoto y famoso pervertido en Atenas, cuyas formas quedan en el texto aunque atenuadas.

ARIGNOTO. Músico muy famoso en Atenas en días de Aristófanes. Lo menciona a veces.

ARISTILO. Vecino de Atenas dado a prácticas sexuales en forma sucia.

ARISTOMACA. Nombre que inventa el poeta para designar a una mujer. Significa la que "combate a la gente de pro."

ARMODIO, *Harmodio*. Un libertador de Atenas cuya estatua se hallaba en el centro del ágora.

ARQUEDEMO. Extranjero que sin haber logrado la ciudadanía en forma se había constituido jefe del partido demagógico.

ARQUENOMO. Recaudador de impuestos y extorsionador. No hay mayores datos.

ARTAMUXIA. Deformación de Artemisia reina de Caria, hecha por gracejo.

ARTEMISIO. Promontorio en Eubea. Allí derrotaron a Jerjes los atenienses.

ARTEMON. Un afeminado que no andaba nunca a pie, sino llevado en litera. No confundirlo con poetas del mismo nombre.

ASCLEPIO. Es el romano Esculapio, numen de la medicina. (*Vid. Mit. Gr.* p. 54.)

ASCONDA. Toma parte en los juegos olímpicos, sin que tengamos noticia de sus actuaciones.

ASPASIA. Mujer oriunda de Mileto, que fue a Atenas en calidad de cortesana. Pericles se enamoró de ella y dejó a su propia mujer para convivir. Era inteligente al parecer. Al robo que le hicieron de dos de sus pupilas atribuye Aristófanes la guerra del Peloponeso (*Acarn.* 525 ss.). Era mujer de influjo en su tiempo. De Pericles tuvo un hijo legitimado más tarde, Pericles el menor. Fue después de la muerte de Pericles amante de Lisicles, también político de su tiempo, asesinado en 428 a. C. Mantenía su casa de citas, como supone el poeta.

ATMON. Aldea cercana a Atenas, a 9 Km. al N.

AVANO. Lugar ficticio inventado por Aristófanes. Piedra donde no hay agua, donde no hay risa. *Ran.* 194.

B

BACIS. Varios sujetos del mismo nombre reputados adivinos. El más famoso y antiguo era de Beocia. Otros dos de Arcadia y Atenas. El poeta usa el nombre en forma general.

BÁRATRO. Grieta profunda en las rocas cercanas a Atenas en donde eran precipitados los condenados a muerte.

BIZANCIO. Fundado por los de Megara por el 667 a. C. Situado en el extremo alto del promontorio dominaba por el S. la Prepóntide y al N. el Cuerno de Oro. Tras esta primera colonización hubo otra en 628. Subió en riqueza debido a la abundancia y calidad del Bósforo. Cayó bajo el dominio de Atenas contra la cual se rebeló en 440 y 411. Reconquistado por Alcibiades en 408. La conquistó Septimio Severo en 196 a. D. y en 330 volvió a ser fundada la ciudad con el nombre de Nueva Roma, más tarde Constantinopla.

BRASIDAS. General espartano m. en 422 a. C.

BRAURON. Poblado de Atica en que se celebraba cada cinco años a Artemis con fiestas propias, llamadas Brauronias. Se daba como el sitio en que la diosa iba a ser honrada con el sacrificio de Efigenia.

BUFONÍAS. *Vid.* Dipolias.

BULOMACO. Nombre ficticio de un vecino. Significa "el que quiere el combate".

BUPALO. Escultor que un día en un altercado con Hiponax fue amenazado de que lo dejaría tuerto.

C

CACALONIMOS. Apodo que el poeta pone a Cleónimo, por su mala acción.

CALCIS. Ciudad principal de Eubea. Muy famosa por las vajillas de oro y plata que producía. En 445 toda la Eubea quedó sometida a Atenas.

CADMO. Hijo de Agenor, rey de Tiro. (*Vid. Mit. Gr.* p. 65.)

CAMARINA (*Camerina*.) Colonia doria al S. de Sicilia. Fundada en 599, fue destruida en 553 a. C. por los de Siracusa. Otra vez fundada en 491. Como era débil, hubo de tener apoyo en estados más fuertes, como Atenas. Totalmente destruida en la primera guerra púnica. (258 a. C.).

CANONO. Decretó que cuando hubiera varios acusados del mismo delito se les hiciera causa separada.

CAONIA. Población de Epiro que estuvo en guerra con Atenas en 430 y s.

CARDOPION. Personaje de alguna importancia, del cual no hallo mayor noticia.

CARISTOS. Ciudad de Eubea, aliada con Atenas. Eran gentes de muy gran cuerpo y de perdidas costumbres.

CARMINOS. General ateniense que fue derrotado por los lacedemonios cerca de la isla de Sime.

CARQUINO. e. d. cangrejo. Era el nombre que daban por burla los atenienses a los de Corinto.

CATOCIDES. Barrio de Atica, en donde nació Esquines el orador.

CEBRIONES. Gigante que fue vencido por Afrodita.

CECIDES. Poeta ditirámico muy antiguo y famoso.

CEFALA, *Cefale*. Barrio de Atenas que significa "cabeza". De ahí el juego de palabras del poeta.

CEFALO. Alfarrerero de Colito; se dio a la demagogia y fue con Esimo a Quíos como embajador. Muy violento en sus arengas.

CEFISODEMO. Es el mismo Evatlo del que se habla en otro lugar. Era un orador hablantín.

CEFISIFONTE. Amigo, criado y colaborador de Eurípides en la composición de sus tragedias y aun en el lecho nupcial, según la mala fama.

CERAMICO, *Cerameo*. Era un baluarte de Atenas con torre alta. En este lugar se arrojaba la antorcha que servía para la carrera atlética hasta seis estadios (1,100 mts.), hasta llegar a Dipilon que dividía el Cerámico interior del exterior. cf. *Ranas*, 129.

CESIRA. Mujer de Alcmeon que hizo alarde de lujo y quedó como frase popular imitarla en vana ostentación.

CICLEDEMIDES. Identificación dudosa. Para unos es un hijo de Sófoles, para otros, un actor simplemente.

CICLOBORO. Riachuelo de cerca de Atenas que hacía mucho ruido en su corriente. Se toma como proverbial por el que habla mucho.

CILENE. Ciudad de Mesenia, sin gran relación con Atenas.

CIMOLIA, *Cimolo*, era una de las islas Cícladas. Se producía en ella una sustancia calcárea que se usaba como jabón, llamada cimolo.

CINA. Mujer del partido que vivía en Atenas en días de Cleonte y era muy buscada.

CINESIAS (450-390 a. C.). Poeta ditirámico de Atenas que propugnó la desaparición del Coro. Estuvo en pleito con Lisias. No queda nada de su obra. Lo menciona Aristófanes muchas veces. Plutarco dice que era un corruptor de la música. Es otro modernista de su tiempo.

CIRCE. Semidiosa famosa por sus encantos. (*Vid. Mit. Gr.* p. 75.)

CIRENE. Mujer de vida pública, por lo cual el poeta la compara con Agatón.

CLAUSIMACO. Nombre ficticio de un vecino, que significa "el que llora en el combate".

CLENETO. Padre de Cleonte, que tanto figura en el teatro de Aristófanes.

CLEOFONTE. General malo en todo pero muy amigo de la guerra. Muy mal orador. Se le acusaba de ser de Tracia. Murió en una sedición en 406 a. C.

CLEOMENE. Rey de Esparta, que en 508 a. C. se apoderó de la ciudadela de Atenas con la complicidad de Iságoras.

CLEÓNIMO. Pasaba como símbolo del cobarde. En una batalla arrojó el escudo al suelo para escapar.

CLEÓNIMO. Hijo menor de Cleomenes. Reina en Esparta de 309 a 308 a. C.

—Demagogo famoso en días del poeta. Muy alto y muy mentiroso. Un perdido en su vida.

CLEONTE, (*Cleón.*) M. en 422 a. C. Atacó a Pericles y quedó al frente del gobierno en 431. Hizo la proposición de que fueran ajusticiados los rebeldes de Mitilene en 427, pero su decreto fue anulado. En 426 acusó a Aristófanes por liberalista en su *Babilonios*. El poeta nunca le perdonó esto, pues en sus comedias lo menciona varias veces y siempre en desdoro. No era tan inferior a Pericles, pero tampoco lo igualaba. Los oradores hablan bien de él.

CLEPSIDRA 1. Reloj de agua que se ponía en los tribunales para medir el tiempo en que debían hablar los oradores y jueces.

CLEPSIDRA 2. Una fuente de Atenas que por su golpe lento e intermitente emulaba a un reloj de agua.

Estaba en una gruta consagrada a Pan.

CLIGENES, *Cligonos*. Un demagogo de Atenas que estaba también al frente de los baños públicos y falsificaba la lejía, que era el jabón de esos tiempos. No hay mayores datos.

CLINARETA, y las otras formas de nombre que siguen son de mujeres sin importancia.

CLINIAS. Famoso pervertido de Atenas al cual imitan sus hijos. De éstos habla el poeta.

CLISTENES. Famoso afeminado del tiempo de Aristófanes. Era inseparable de Estratón. (*vid.*)

CLITÁGORAS. Poetisa de Lacedemonia o de Tesalia. Sus poemas y cantos eran muy buscados por los bebedores.

COAS, (*Joas*). Fiesta del segundo día de las Antesterias. Del 11 al 13 de este mes (2 a 4 de marzo). Era en honor de Dióniso Leneo. Una de sus celebraciones era un concurso de bebedores.

CONGIO. Medida para líquidos de doce cótilas. La cótila tenía 27 centilitros de capacidad.

COPAIS. Un lago en Beocia. Eran muy famosas sus anguilas.

CORCIRA. Hoy Corfú, era la más importante de las islas de Jonia. Tiene larga historia cultural.

CORIBANTE. Sacerdote de Cibeles. Bajo el ardor místico y alcohólico se portaban como locos en danzas desordenadas.

COTABO. Era un juego de sociedad muy común en Atenas. Se mencionan varios modos. Se echaba por lo común el residuo de la copa en una continente de metal y se veían los visos para adivinar si el apostante era amado o no por la que él amaba. Si relucían mucho los visos era indicio de un gran amor. Se menciona varias veces en las Comedias.

CRANAO. Rey de Atenas en la antigüedad.

CRATINO. Se refiere Aristófanes a un poeta cómico de su época o un poco anterior. Tuvo buena obra y permaneció en vigor. Pero el poeta lo ve como un contrario.

CRÍOS. Atleta de Egina llamado por su pelambre *Carnero*. Lo celebró Simónides.

CTESIAS. Delator famoso en días de Aristófanes. No hay más noticia.

D

DARDANOS. Tribu de Iliria muy belicosa. Se hallaban en la frontera de Tracia entremezclados con los habitantes. Muchas de sus mujeres emigraron a Atenas para dedicarse a la prostitución.

DEMARCA. Nombre del magistrado que gobernaba un demos, o barrio de la unidad ática.

DEXITEO. Tocador de cítara en tiempo de Aristófanes; malo en su ejecución.

DIÁGORAS. Poeta oriundo de Melos. Cuando su patria fue vencida se estableció en Atenas. Era notable por su irreverencia a los dioses. También divulgó los misterios y fue condenado a muerte. Quedan algunos restos de su obra *Economía*. Pudo escapar a la sentencia de muerte, pero huyó y pereció en un naufragio.

DICTINA. Nombre de Artemis o de una variante suya. (*Vid. Mit. en Britomartis.*)

DIITREFES. Un cestero que fabricaba envases para botella hecho de mimbre.

DIOCLES. Héroe tribal de Megara, por el cual juraban los de esta ciudad como los de Atenas por Heracles.

DIOMEYA. Barrio de Atenas en donde se celebraba una fiesta a Heracles con gritos especiales.

DIOPITES. Un epíteto de Artemis, de sentido no fijado.

DIOPITO. Adivino amigo de Nicias. Además de orador famoso. Lo menciona varias veces Aristófanes en sus comedias.

DIPOLIAS. Fiestas a Zeus en honor de su venida al mundo en forma de toro. Celebrada con las Bufonías, en las que se le sacrificaban bueyes. Se piensa que eran dos nombres de la misma fiesta.

DITILAS y los nombres que siguen son supuestos nombres tracios de esclavos.

DRACONTIDES. Ateniese de mala reputación. Fue el autor del decreto que instituyó a los Treinta Tiranos. Había sido antes condenado muchas veces por faltas a la justicia.

E

EAGRO. Poeta trágico. Deja dos tragedias con nombre de las de otros famosos. Niobe y una de Sófocles. No hay restos.

ECBATANA. Ciudad de Persópolis en la Persia de hoy. Es la Hamadan de nuestro tiempo.

EGINA. Isla en el golfo Sarónico. Estuvo habitada desde remotos tiempos y en relación con Creta y Micenas. La conquistaron los dorios en 1000 a. C. En el siglo VII fue la primera en acuñar moneda, en las piezas llamadas tortugas, de que habla a veces Aristófanes. Por el año 506 comenzó su contienda con Atenas. En 459 quedó vencida y fue incorporada a la liga de Delos. Fomentaron los de esta isla la contienda del Peloponeso y fueron expulsados de sus tierras. Esta isla fue más tarde reconocida por los romanos. Píndaro se inspira en temas de ella en algunas de sus poesías.

ELAFION. Cervatillo. Bailarina muy disoluta.

ELEBORO. Planta que se pensaba era medicina contra la locura. Es venenosa. Varias especies de *Helleborus*. L.

ELIMNIO. Isla al S. de la Eubea.

EMPUSA. Concepción mítica de las fuerzas misteriosas no determinadas. Algo como la Llorona mexicana. (*Vid. Mit. Gr.* p. 95.)

ENEQ. Vid. Télefo.

EPICURO. No es el filósofo, sino un hombre de disolutas costumbres.

EPIDAURO. Ciudad en el Peloponeso, al O. en cercanías de Argolia. Muy famosa por su comercio.

EPIGONO. Uno de tantos afeminados que plagaban Atenas.

EQUIDNA. Monstruo, mitad mujer, mitad serpiente. Hija de Forcis y madre de Gerión, Hidra de Lerna, Quimera, Esfinge y el León de Nemea. (*Vid. Mit. Gr.* en los nombres.)

EQUINO. Población de Tesalia cercana a las Termópilas.

ERASINIDES. Uno de los seis generales que fueron condenados a muerte después de haber vencido en Arginues.

ERITREA. Región más bien mítica para los griegos. La región del rojo perdurante. Era como el Dorado de los navegantes del XV y XVI de nuestra cultura.

ERIXIS. Personaje de quien no hay más noticia que la de su fealdad proverbial en Atenas.

ERGASION. Nombre de antonomasia. Labrador. Se designa así a cualquier campesino.

ERINIS. Ser mítico que se relaciona con la funesta suerte. (*Vid. Mit. Gr.* p. 99.)

ESCAMANDRO. Río que pasaba junto a Troya. Muy mencionado en todos los poetas.

ESCELIAS. Padre de Aristócrates enemigo de la democracia y uno de los que favorecieron el movimiento de los cuatrocientos.

ESCIONE. Población en la península de Palene en Cálcede. Los atenienses la bloquearon a pesar de los rigores del clima muy frío.

ESCIRAS. Fiesta en honor de Démeter y Atena lo mismo que Helios y Poseidón. El nombre viene de "*skiron*" dosel, por ser llevadas las imágenes en el desfile bajo un dosel.

ESFETO. Barrio de Atica dedicado a la producción de vinagre muy solicitado.

ESIMO. Un cojo de malas costumbres muy mal visto en Atenas.

ESMICITA. Nombre hecho femenino de Esmicites. Por sus tendencias afeminadas.

ESMEO. Un viejo caballero que entretenía su soledad con prácticas infames en los hombres.

ESOPO. No es el famoso autor de las fábulas, sino un poeta cómico de los días de Aristófanes.

ESPENTERO. Oriundo de Frigia y avecindados en Atenas.

ESPORGUILO. Barbero de Atenas, cuyo establecimiento tenía mala fama.

ESQUIAPODES. Seres fantásticos que habitaban en tierras cálidas. Tenían tan grandes los pies que para descansar y resguardarse del sol los levantaban y hacían de sombrillas.

ESQUINES. El que menciona Aristófanes era un pobre de Atenas que hacía gala de ser muy rico.

ESQUINES. Un poeta ramplón de los días de Aristófanes.

ESTADIO 1. Medida de distancia. Uno ordinario, tenía 625 pies romanos. Equivale a 185 mts. El otro, llamado imperial, tenía 400 codos egipcios. Vale tanto como 250 mts.

2. —Campo de juego Deportivo.— Un paralelogramo de unas 200 yardas (cerca de 2 000 mts.), por 20 mts. de ancho. Se procuraba construir entre dos collados y montañas. Los restos que tenemos se hallan en Delfos, Olimpia, Epidauro, Atenas.

ESTATERÁ. Nombre general de la balanza antigua. Se halla como un símbolo en Micenas, y Homero habla de ella. La *trutina* de los romanos equivale casi a nuestra báscula.

ESTENELO. Actor de tragedia, tan en bancarrota que le vendieron su guardarropa los acreedores.

ESTENIAS. Fiestas que se hacían para celebrar el regreso de Démeter.

ESTENOBEA. Hija de Preto, rey de Argos. Se enamoró de Belerofonte y para obligarlo a unirse a ella lo acusó falsamente de estupro. Cuando se le probó su mentira, se suicidó. (*Vit. Mit. Gr. Belerofonte*, p. 59.)

ESTILBIDES. Adivino ambulante de Atenas en tiempo del poeta.

ESTRATÓN. Muchos personajes de este nombre. El que menciona aquí Aristófanes es un afeminado famoso de sus tiempos.

ESTRATONICE. Nombre supuesto para dar tema al poeta. "La que vence el ejército."

EUATLO. Orador que tenía muy mala reputación tanto por su vida como por su oratoria.

EUBULA. Nombre ficticio para zaherir a los magistrados. "La de buen juicio."

EUCARIDES. Músico muy amante de derrochar que había llegado a la mayor pobreza.

EUDEMO. Curandero y mago que vendía anillos contra sortilegios y venenos.

EUECRATES. General ateniense venal, según la fama, que sus mismos soldados lo vigilaban. Diferente de otro ya citado.

EUFEMIDES. Un adulador y delator de rastrera conducta.

EUFODION. Un vencedor mediocre en los juegos Olímpicos en la Olimpiada 79.

EURICLES. Adivino y ventrílocuo muy popular en Atenas en los días de Aristófanes.

EURÍPIDES. El que se menciona en estas comedias no siempre es el trágico, sino a veces un hijo o hermano suyo.

EUROTAS. Río que pasaba por Esparta.

EVEON. Apodo de un infeliz que casi no tenía que comer. La palabra significa "el que se da buena vida".

EXCESTIDES. Era un advenedizo, tal vez esclavo que se refugió en Atenas y era proveniente de Caria. Tenía mucho empeño en aparecer como ateniense.

F

FAILLO DE CROTONA. Era un gran corredor, que se tuvo por el más diestro en su tiempo. Quedó como proverbio: Ser más veloz que Faillo.

FALARIS. Un ave acuática, pero Aristófanes hace alusión a Fales, personificación del falo.

FALERO. Puerto de Atenas, el más cercano a su costa, hasta que se dispuso del Pireo. Dura hasta principios del siglo v.

FALES. Personificación del falo y asociado con Dióniso como compañero.

FANOS. Amigo de Cleonte que le servía de espía.

FARNACES. Sátrapa persa de los que invadieron a Grecia.

FARSALIA. Ciudad de Tesalia situada entre Larisa y la Grecia central. Famosa por la derrota de Pompeyo ante César, 48 a. C.

FEDRA. Mujer de Teseo, que pasaba por tipo de la esposa infiel y malvada. (*Vid. Mit. Gr.* p. 106 y la tragedia *Hipólito* de Eurípides.)

FELEO. Un collado pedregoso y arbolado cercano a Atenas.

FENIPO. Habitante de Atenas con hijos mal criados, que por ser él de importancia, se nombraron legados.

FÉNIX. Ver Télefo.

FERÉCRATES. Cómico de la misma época que Aristófanes.

FIDIAS. Escultor de Atenas. N. por el 490 a. C. Fue uno de los principales escultores del Partenón.

FILARCA. Jefe de la caballería de cada tribu. Llevaban cabellos largos.

FILEMÓN. Abuelo de Espintaro. Era extranjero refugiado.

FILIPESIO. Amigo y cómplice de Pánfilo en los malos manejos de los bienes públicos.

FILIPO. Hijo de Gorgias, retórico y sofista de Atenas. (*vid.*).

FILOCLES. Poeta trágico de Atenas, padre de Melantio el leproso. De ellos dos habla Aristófanes.

FILOCTEMON. Un libertino que tenía mesa puesta para quien se hiciera a visitarlo.

FILOCETES. Hijo de POEAS y jefe de las siete naves que partieron de Metone. Se quedó él en Lemnos por haberlo mordido una serpiente. Es gran personaje en la tragedia de su nombre, de Sófocles, a la cual debe acudirse para mayores datos. *La Ilíada* y la *Pequeña Ilíada* dan también mucho para su historia.

FILON. Corredor de Caballos. Era uso que los dueños dieran a un buen jinete el empleo de correrlos en las carreras.

FILOXENO. Lit. amigo de los extranjeros. El poeta lo toma en mala parte para censurar a un joven de tal nombre entregado a la inversión.

FLEGRA. Lugar imaginario que el poeta supone, en donde hubo una batalla de dioses con gigantes.

FORMION. General naval de Atenas, por el 440 a. C. En 430 bloqueó a Corinto y más tarde derrotó a la flota de los peloponesios. Cuando regresó a Atenas fue procesado por haber especulado en esas operaciones. Murió por el 427.

FORMISIO. Personaje que trataba con poetas, sin tener valía y era muy grosero en su trato. Era muy velludo y da pie a cierta comparación de Aristófanes en la Asamblea, v. 97.

FRINICO. Poeta trágico que tuvo auge en 512 a. C. Se representó su tragedia *Fenicios* en 476 a. C. Burla el poeta usando grandes palabras.

FRINIS. Citarista y cantor de Mitilene, que usaba tonos muy atiplados. Ganó un premio en tiempo de Calias arconte.

FRINONDAS. Ateniense muy mal visto por su conducta pésima.

G

GANIMEDES. Hijo de Tros. De admirable belleza fue robado por Zeus. (*Vid. Mit. Gr.* p. 109.)

GARGASO. Héroe de Tesalia, Se menciona jocosamente para relacionarlo con Gorgona.

GARGUETO. Barrio de Atenas.

GELA. Colonia fundada por cretenses y rodios, por el año 690 a. C. Estaba al S. de Sicilia en bellas tierras y bajo el dominio de sus reyes, como Cleandro e Hipócrates, llegó a tener la supremacía entre los estados de la región. Tras muchas vicisitudes, tuvo fin en 280 en que Fintias transportó a sus habitantes a la nueva ciudad de su nombre.

GERESTE. Cabo al SW. de Eubea en donde había un templo dedicado a Poseidón.

GERON. Anciano que afectaba ser joven en vestidos y en costumbres.

GLAUCETES. Ateniense famoso por su gran gula y glotonería.

GLANIS. Adivino, hermano de Baucis.

GORGAS. Famoso orador y sofista ateniense. Originario de Leontino y cuya vida va de c. 483 a 376. Dejó algunos tratados filosóficos.

GORGONA. Ser mítico procedente de una cultura prehelénica. Hija de Porcis y Ceto, deidades del mar. Se le da esta fisonomía: cara redonda, con una gran cabellera formada de serpientes, un cerco de dientes de jabalí. Tenía barba, largas alas y ojos tan penetrantes que convertía a los que la miraban en piedra. (Vid. para más datos, mi *Mitología Griega*, en esta colección, p. 112.)

H

HALIMONTE. Barrio de Atenas a 35 estadios y cerca de Falero.

HARMODIO. Siglo VI a. C. Tiranocida en Atenas que intentó matar unido a Aristogitón, que como él era de la nobleza, al tirano Hipias y a su hermano Hiparco. Fracasó el golpe y aunque murió Hiparco, Harmodio fue muerto por los guardias del tirano y su colega murió en la cárcel.

HEGELOCO. Actor famoso que en una tragedia de Eurípides mudó la entonación de una palabra provocando un equívoco. En vez de "veo la calma en el mar" dijo: "veo al gato". O sea, *galén* por *gálen*.

HELES. Un día tomó el vellocino de oro para volar y fue a dar al mar que aun lleva su nombre: Helesponto. (Vid. *Mit.* p. 116.)

HELIATA, heliástico. Miembro de la Heliaia; cosa que se relaciona con él. Era una asamblea pública para impartir justicia. El juramento que se hacía en ella se llamaba *heliastis*. Al abrirse la reunión el heraldo exclamaba: "Maldito sea el que engañe al consejo, al pueblo o a la heliaia.

HIEROCLES. Un vecino de Orea, Oreos, dedicado a la adivinación.

HIGUERA, Guiso en hojas de. Llamado en el texto *thrion*. Se mezcla manteca de cerdo diluida en leche. A ésta se agregaba queso, yemas de huevo y sesos. Se envuelve en hojas de higuera y se pone a cocer en caldo de pollo ó de cabrito. Más sencilla era otra manera: un trozo de tocino, harina, leche y un huevo. Todo envuelto en hojas de higuera. De un modo o de otro, tenía que sumergirse en una cazuela de miel hirviendo. Ya bien cuajada la mezcla se servía en las mismas hojas.

HIPÉRBOLO. Un rábula o leguleyo que hacía en Atenas de abogado.

HIPIAS. Tirano de Atenas de 527 a 510. Era el mayor de los hijos de Pisistrato y asociado con su hermano Hiparco siguió la misma táctica de su padre. Vencido, huyó a Persia a la corte de Darío.

HIPÓCRATES. No es el médico, sino un general ateniense, sobrino de Pericles. El y sus hijos tenían reputación de estúpidos. Se les llamaba los "cerdos".

HIPONAX. Poeta autor de mimos, que vivió por 540. Quedan pocos restos de su obra.

HIPODAMO. Oriundo de Mileto se avecindó en Atenas y contribuyó planificando la ciudad y edificando varios hermosos palacios. Padre de Arquptolemo que era enemigo de Cleonte, como la clase aristocrática. Este fue acusado de traición y condenado a muerte más tarde.

HIPONICO. Hijo de Calias, que fue en traje de sacerdote de Cibeles a la batalla de Maratón. Hizo prisionero a un persa que le dio un buen tesoro para rescatarse y de allí provino su fortuna.

I

IBICO. Poeta lírico del tiempo de Aristófanes.

ILITIA. Diosa que auxiliaba a las parturientas, equivalente a la Lucina romana.

IÓN, *de Quíos*. Poeta ditirámico de esa isla. Se hizo famosa una oda suya al lucero del alba. También escribió comedias y epigramas.

IRIS. Diosa del arco del cielo y madre de Eros. Lo tuvo por contacto del viento occidental. (*Vid. Mit. Gr.* p. 147.)

ITIS. Hijo de Pandión y Filomela. Lo concibe forzada y para vengarse se lo hace comer. (*Vid. Mit. Gr.* Tereo, Procne, pp. 209, 224.)

J

JENOCLES. *Vid.* Xenocles.

JENOFANTO. Padre de Jerónimo, poeta lírico y hombre de mala vida. (*Vid.* Jerónimo.)

JERÓNIMO. Poeta, Escribió tragedias y poemas líricos. Tenía un estilo ampuloso y fastidioso. Usaba una cabellera muy larga y compacta, con la cual se tapaba el rostro cuando le convenía. Por eso se decía que llevaba el casco de Hades que lo hace invisible.

L

LAERTES. Padre de Odiseo o Ulises. Ver *Iliada* y *Odisea*.

LAIS. Mujer pública que provenía de Sicilia y se estableció en Corinto.

LAJES, *Lakes*. General ateniense que mandó la flota de la unidad política enviada a Sicilia en 427 a. C. Se le inculpó de malos manejos y en 424 aun fue comisionado para ir a Delio. Era enemigo de Cleonte y fue muy perseguido por éste. Es lo que el poeta toma en cuenta.

LÁMACO. General ateniense m. en 414 a. C. Ocurrió su muerte en una batalla.

LAMIA. Hija de Belo y Libia, amante de Zeus. Monstruo borroso que el poeta acomoda a Cleonte. (*Vid. Mit. Gr.* p. 150.)

LAMPITO. Hija de Leotíquides, esposa de Arquidamo y madre de Agis. Reyes los tres de Lacedemonia.

LAMPÓN. Uno de tantos adivinos públicos que abundaban en Atenas.

LASO. De Hermione. Poeta y cantor que se dice fue maestro de Píndaro.

LAURIO. Cerca del cabo Sunio en Atica, era región de minas, en que se hallaban plata, plomo y otros metales. Descubierta en tiempos remotos, florece en el siglo v.

LEMNOS. Isla al NE. del Egeo. Sus primeros habitantes fueron pelasgos. Más tarde hubo etruscos y helenos.

LENEAS, *Leneo*. Fiesta dionisiaca celebrada en Atenas el 12 de Gamelio (enero-febrero). Se toma su nombre de *lene*, Ménade. Fue la comitiva de Baco por Lidia y otras regiones y se disfrazaban de animales feroces, como osos, lobos, etc. Poco se sabe de los ritos de esta celebración.

LEOGORAS. Padre del orador Andócides, se dedicó a criar faisanes para su mesa. Era un manjar de ricos en ese tiempo.

LEOTROFIDES. Poeta ditirámico, muy famoso por ser flaco y alto. Aristófanes se burla de él.

LEPREA. Nombre inventado por Aristófanes para burlarse de un poeta trágico que padecía de este mal.

LESPODIAS. General ateniense que para tapar las cicatrices de sus heridas en guerra dejaba caer el manto hasta más abajo de la rodilla.

LETEO. Río del Hades, en donde bebían las almas para olvidar todo

LEUCOFALO. Hombre de Atenas entregado a costumbres depravadas.

LICABETOS, *Licabetes*. Picos sobresalientes en la cumbre del Parnaso.

LICEO. Gimnasio de Atenas en que se ejercitaban principalmente los destinados a ir al ejército.

LIMNES. Barrio de Atenas entre el teatro de Dióniso y el Iliso. Tenía el dios allí un viejo templo que sólo se abría un día al año, 12 de Antesterio, que es parte de febrero.

LINCEO. Uno de los argonautas, de vista tan aguda que podía ver a través de los cuerpos y penetraba los secretos del Hades. Se le atribuía el descubrimiento de los metales.

LEONIDAS. Rey de Esparta. Sucedió a su hermano Cleomenes. Estuvo en la batalla de las Termópilas.

LICIS. Poeta cómico del tiempo de Aristófanes que se reputaba muy frío.

LIPSIDRIO. Región de Atica al S. del Parneto. Muerto Hiparco en 513, sus partidarios se fueron a refugiar allá.

LISICLA. Vendedor de carneros en Atenas.

LISÍCRATES. Estratega ateniense. Fue traidor a su oficio.

LISISTRATO. Un vividor de Colargos. Pobre y muy descarado para sacar el sustento, famoso por su desvergüenza. Es mencionado en *Caballeros y Avispas*.

LOCRIDA. Nombre fingido para herir a un poeta que era tuerto. Toma también el nombre de Opuncio.

M

MAGENETO. Un vago de Atenas que frecuentaba el trato de los poetas, sin tener mérito y era muy malcriado.

MAGNES. Poeta cómico de la primera etapa. Nació en Atenas por el 500 a. C. Quedan algunos fragmentos de sus comedias.

MARPSIAS. Orador del tiempo de Aristófanes, muy petulante y parlanchín.

MELANIO. Un cazador que por huir de las mujeres se fue al desierto. Símbolo de los misóginos.

MEGARA. Población del Istmo de Corinto, situada en una fértil ladera entre los montes Geranea, Citerón y Cerata. Entre 730 y 550 se dio a conocer como colonizadora de otros territorios. Su industria principal era la lana. Tenía muy buenos campos para pastos de carneros y en sus cercanías había muy buenas salinas. Fue asiento de una escuela socrática que lleva el nombre de la ciudad: Megarense.

MELANIPE. Hija de Eolo que fue seducida por Poseidón. De él tuvo dos hijos. Su padre, para castigarla, le sacó los ojos.

MELANTIO. Poeta leproso que finge Aristófanes nacido en Leprea.

MEMNÓN. Rey de Etiopía, hijo de Eos y Titón. Vino a Troya a ayudar a Priamo y sucumbió en la defensa, muerto por Aquiles, después de haber él matado a Antíloco.

MEOTIS. Nombre del mar llamado hoy de Azof. Hubo colonias de Mileto y otras ciudades jónicas desde el siglo VI a. C. Más tarde fundaron la ciudad de Tanais y se dieron a la explotación de la pesca. El lago comenzó a ser cada vez más salado, ahuyentando a los peces, con lo cual decayó la industria pesquera. Muy cerca está el Jardín de las Hespérides.

MICON. Pintor ateniense. Pintó a las amazonas combatiendo con troyanos, en el Pecilo de Atenas.

MIDAS. Rey de Frigia de larga leyenda que se puede ver en *Mit. Gr.* p. 161.

MIMAS. Promontorio de Jonia frente a Quíos.

MIRMEX. Un recaudador que se dedicaba a la mordida. No hay más datos.

MIRONIDES. General y embajador. Combatió en Platea, en 459 e invadió la Beocia.

MITILENE. Ciudad principal de Lesbos, al SW. de la isla. Tenía un puerto doble. Tras muchas vicisitudes, permanece fiel a Atenas. Siguen sus aventuras y al fin, en tiempo de Adriano, es reconocida como ciudad independiente.

MNEMOSINE. La memoria personificada. Unida a Zeus, dio vida a las Musas. (*Vid. Mit. Gr.* p. 172.)

MOLON. Dos atenienses de la época. Uno escritor y otro ladrón. Ambos de gran altura corporal.

MONTE DORADO. Imaginaron los griegos que era una montaña toda de oro en la región de Persia.

MORICO. Hombre famoso por su glotonería.

MORSIMO. Poeta trágico descendiente de Esquilo. No tenía fuerza su poesía, por lo cual se le hizo objeto de mofa por parte de los poetas del siglo V a. C. No dejaba de tener sus admiradores. *Vid. Ran.* 151.

MOSCO. Citarista de tiempo de Aristófanes. Era tenido por uno de los peores.

MINIQUION. Mes de la cuenta griega. Se inicia en mayo. Se celebraban en este mes fiestas llamadas Miniquias, para festejar a Artemis y en recuerdo de la batalla de Salamina.

MUSEO. Hijo de Orfeo, de quien heredó el don de la música. (*Vid. Mit. Gr.* p. 172.)

N

NAUSICIDES. Comerciante en harina que había hecho una gran fortuna con ello.

NAUSIMACA. Nombre inventado por el poeta para contrastar con el general. Significa "la que combate con naves".

NAXOS. Isla de las Cícladas. La más grande y fecunda. Tenía un gran culto a Dióniso y excelentes viñedos.

NEOCLIDES. Famoso ladrón de Atenas. Era legañoso y casi ciego, pero muy hábil en su vicio.

NICIAS. Político y general ateniense (c. 470-413 a. C.). Muy rico, pero de inclinación al pueblo. Lento en obrar, no era muy bien visto.

NICÓMACO. Recaudador que extorsionaba a los contribuyentes.

NICOSTRATO. Era un ateniense famoso por su sentido de superstición.

NISEIO. Monte de Tracia que se señala como sitio de nacimiento y educación de Dióniso. Cf. *Iliad.* VI, 133.

NISO. Lugar de un santuario dedicado a Dióniso.

O

ODOMANTES. Tribu de tracios, que habitaban entre el Nesto y el Estrimón y pasaban por ser los más malos de su raza.

ODEÓN. Teatro que construyó Pericles y era destinado a distribuciones públicas y certámenes musicales. Pasó el nombre a nuestras lenguas con el mismo sentido.

OINICO. Músico y poeta de los días del poeta. No hay mayores noticias.

OLIMPO. Un músico discípulo de Marpsias, que se dedicó a componer tonos tristes.

OLLAS, Fiesta de las. Se celebraba en Atenas el tercer día de las An-testerías. En esta fiesta se hacía ofrenda a Hermes y Dióniso de ollas bien llenas de legumbres cocidas. Era una fiesta antigua de origen agrícola.

OPORA. Personificación del otoño y sus frutos.

ORESTES. El que se nombra aquí no es el héroe famoso de la Orestíada, sino un ladrón muy hábil que había en Atenas.

ORFEO. Poeta y músico legendario oriundo de Tracia. (*Vid. Mit. Gr.* p. 187.)

ORNEAS. Nombre que da el poeta para relacionarlo con las aves (*ornites*), a Escicione, puerto al W. de Corinto.

ORSÍLOCO. Famoso tratante de blancas en los días de Aristófanes.

OSTRACÓN. Ostracismo. Concha. —Fragmento de tiesto. — Uso comenzado en Egipto fue escribir cosas breves y ligeras en esta manera de material. Se divulgó en Grecia. Se halla un ejemplo en 274 a. C. —Ostracismo era la forma de desterrar a alguno por voto popular expresado sobre esta materia del recipiente. Probablemente el poeta se refiere a concha más que a tiesto.

P

PAFLAGONIO. Bajo este nombre se encubre a Cleonte, por su tartamudeo y gritos destemplados.

PALAMEDES. Héroe de una tragedia de Eurípides, representada en 415. El héroe era el inventor de la escritura y fue condenado por una acusación de Odiseo.

PANACEA. Hija de Asclepio. Es como personificación de los medicamentos.

PANCRACIO. Forma combinada de varios juegos atléticos. Muy expuesta a accidentes. (*Vid. Mit. Gr.* p. 192.) Se jugaba enteramente desnudo el jugador.

PANDELETO. Rábula y delator que tenía muy capciosos argumentos.

PANDION. Era una de las doce estatuas en el ágora en las cuales se fijaba la lista de los designados para el servicio militar.

PANDROSA. Hija de Cécrope y la noche que servía de base a las mujeres de Atenas para jurar.

PÁNFILO. General, demagogo y usurero, que denunciado y juzgado como desfalcador del Estado fue penado con destierro, al mismo tiempo que se les confiscaron sus bienes.

PANTACLES. Hijo de Telamón, rey de Salamina, y hermano de Ajax.

PASIAS. Prestamista de Atenas. Los intereses debían pagarse cada fin de mes.

PATROCLES. Poeta trágico, muy rico, pero sumamente avaro. Comía poco, no se bañaba ni rasuraba para evitar gastos.

PAUSON. Hombre de Atenas, que después de ser rico cayó en gran miseria, de modo que pasaba sin comer los más días.

PEGASO. Caballo alado que lleva el rayo de Zeus. (*Vid. Mit. Gr.* p. 199.)

PELÁRGICO. Por Pelásgico. Juego de Aristófanés por hacer recordar la cigüeña.

PÉLOPE. Hijo de Tántalo. (*Vid. Mit. Gr.* p. 200.)

PENÉLOPE. Hija de Icaro casada con Odiseo. Famosa por su fidelidad al marido. (*Vid. Odisea y Mit. Gr.* p. 201.)

PERGASO. Demo de Atica entre Atenas y Afidna. De esta población era oriundo Demóstenes, el gobernante.

PILOS. Puerto en Mesenia a 400 estadios de Esparta. En 425 a. C. lo atacó Demóstenes y se apoderó de él y dejó allí guarnición permanente para salvaguardar la navegación de los atenienses. Los espartanos hicieron su oposición y tomaron la isla de Esfacteria, donde también pusieron guarnición bloqueando a Pilos por mar y tierra. Los atenienses se defendieron y a su vez bloquearon la isla. Es mencionada esta acción y el nombre del sitio varias veces, en especial en *Caballeros*.

PIRANDRO. Hombre rojo, que se dio a Cleonte por ser tal vez rojo su cabello.

PIREO. Promontorio a 6 Kms. de Atenas por la parte W., buen puerto con sus dos guardas, Zea y Muniquia. Fortificado por Temístocles llegó a ser un gran puerto naval. La mayor parte de sus habitantes eran atenienses.

PIRRINICO. Poeta trágico y lírico que vivió en tiempo de las guerras con los Medos.

PISANDRO. Orador popular muy fantasioso. Era tan miedoso, que si veía lanzas temblaba.

PITALO. Médico público en Atenas pagado por el Estado.

PITANGELOS. Trágico de quien no se hallan noticias.

Lo menciona Aristófanés en *Ranas*, 87.

PITO. En Delfos estaba en Beocia y los habitantes de la región pedían peaje para dar la entrada a ella.

PLATANA. Sobrenombre de una tabernera. Casi como "gordiflona, nalgona".

PLUTO. Dios de la abundancia, hijo de Démeter. (*Vid. Mit. Gr. p. 206.*)

PLUTÓN. Dominador del Hades. No confundirlo con Pluto. (*Vid. Mit. Gr. p. 207.*)

PNIX. Mencionado varias veces en las comedias. Era un cerrito bajo al oeste de la Acrópolis, que se adaptó para las reuniones de la asamblea popular. Probablemente fue Clístenes el que comenzó a hacer allí las sesiones. La multitud veía hacia el cerro, en tanto que el orador veía hacia el mar. Fue restaurado en tiempo de Adriano.

POLIMNESTOS. Poeta lírico y flautista. Es citado por Píndaro. Se especializó en cantos lúbricos.

PORFIRIO. Gigante y rey de los gigantes (*Vid. Píndaro, Pítico, 8, 15*) y también un ave que lleva el nombre.

POTIDEA. Ciudad que daba tributo a Atenas y al comenzar la guerra del Peloponeso se rebeló pero fue sometida.

PRAMNIO. Región del Asia Menor, famosa por la calidad de sus vinos.

PRASIES. Prases, puerto de Laconia, destruido por los atenienses en el año segundo de la guerra. — Otra población del mismo nombre en Atica.

PREPIS. Hombre perdido de los días de Aristófanes que se prestaba a las prácticas sexuales más sucias.

PRITÁNEO. Miembro de la tribu que formaba parte de la asamblea (*ecclesia*), y el consejo (*bulé*) de Atenas.

PROCNE. Hija de Pandión y esposa de Tereo. Se muda en ruiñón más tarde. (*Vid. Mit. Gr. p. 209.*)

PROCUSTO. Ladrón famoso en los días de Aristófanes.

PROMETEO. Uno de los Titanes. En la rebelión contra Cronos peleó al lado de Zeus. Diestro en todo arte y dador del fuego. Zeus lo castigó. (*Vit. Mit. Gr. p. 210*) y Esquilo, *Prometeo encadenado*.

PRONOMO. Flautista de gran barba.

PROXENIDES. Famoso charlatán del tiempo de Aristófanes, muy hábil en las contiendas judiciales.

Q

QUÉREAS. Personaje de Atenas, cuyos hijos eran afeminados. No hay mayor noticia.

QUERIS. Un mal flautista de la época de Aristófanes. El canto órtico relacionado con él es un canto bélico.

QUENICE. Medida de líquidos equivalente a 1.08 l.

QREFONTE. Amigo y discípulo muy estimado de Sócrates. Era de compleción enfermiza y muy pálido de rostro, que vivía en reclusión voluntaria y salía solamente por las tardes. Alguna vez Aristófanes lo llama murciélago.

S

SABAZIO. Dios de origen tracio o frigio, más tarde identificado con Dióniso. Sus santuarios principales en Frigia y Lidia. (*Vid Mit. Gr.* p. 215.)

SACAS. Advenedizo de Escitia refugiado en Atenas que se creía ateniense. Piensan algunos que es un apodo que da Aristófanes a Acestor, poeta trágico de su tiempo.

SALABACO, A. Mujer pública muy buscada en días de Cleonte.

SALAMINA. La mencionada en *Aves*, 147, no es ciudad, sino una nave que sólo se usaba en negocios graves.

SAMFORA. Nombre de un caballo cuyo nombre se debe a que llevaba como marca una sigma. Estas marcas se hacían a fuego como hoy día.

SAMOS. Isla del Asia menor occidental. Colonizada por los Jonios desde c. 1100 a. C. Por los días del poeta estaba a punto de caer totalmente bajo el poder de Atenas, como fue en 404.

SARDANÁPALO. Ultimo rey de Nínive, famoso por su exagerado lujo y molicie.

SARDES. Principal ciudad de Lidia que fue prácticamente el centro político del Asia Menor. Se tenía por lugar muy refinado.

SARPEDON. Jefe de los licios que vinieron en ayuda de Príamo. Lo mató Patroclo. (vid. *Iliada*, II, XII, XVI.)

SEBINE. Nombre ficticio del sujeto desconocido al que se hace alusión. Vecino de Anaflisto.

SELOS. *al. Selarcio.*—Padre de Esquines, un gran sofista y charlatán.

SERIFOS. Pequeña isla al SE. de Atica que era aliada de Atenas. Se tomaba como signo de lo pequeño.

SÍBARIS. Una colonia de los aqueos fundada por el 720 a. C. cerca del río de su nombre sobre el golfo de Tarento. Tuvieron fama de muelles y ociosos sus habitantes, de donde el epíteto "sibarita".

SIBARCIO. Maestro de deportes. Era de ruda educación y no toleraba flaquezas en sus alumnos.

SICOFANTA. (Delator). var. *Sicofante*. Prob. proviene el nombre de *sicos* y *faino*. Lit. descubridor de higos. Eran los higos un alimento muy consumido en Atenas. Si se exportaba podía producir crisis de alimentación. El que andaba pesquisando quién se llevaba los higos afuera era el delator de esta obra de contrabando. Queda después para designar al que andaba viendo la vida ajena para denunciarla a las autoridades.

SAMOTRACIA. Isla del Mar Egeo al NE. formada por una meseta de 160 mts. de altura sobre el mar y muy poco propicia al cultivo. Era famosa por sus misterios. En ellos se daba culto a Hécate y a los Cabiros. Iniciarse en estos misterios era precaverse de peligros y garantía para alcanzar la realización de los deseos.

SILFIO. Hierba varias veces mencionada. Es probablemente el *Ruibarbum de Luisiana*. Usada como condimento.

SIMETA. Cortesana de Megara, de la cual no hay más noticias.

SIMOIS. Río que pasaba por Troya.

SIMÓNIDES. Poeta lírico y elegíaco. N. c. 556 y m. 468 a. C. Su pa-

tria era Ceos. Fue famoso en la celebración de guerreros y atletas y nos quedan de él poemas y epigramas en relativa abundancia. Ver *Les Epigrammes de Simonide*, de A. Hauvet. s. a. Paris.

SIRMEA. Planta medicinal usada por los egipcios, especialmente para purgas.

SÍSIFO. Rey de Corinto, que se hizo tipo de la tramposidad.

SOLÓN. (c. 540-561). Estadista y legislador de Atenas. También poeta. Hizo reformas muy efectivas y provechosas a la constitución primitiva. Hizo viajes de estudio por Egipto, Chipre y el Asia Menor, en busca de orientaciones. —Su forma de expresión se conserva en verso. Ha sido estudiado en este aspecto.

SUNIO. Un promontorio acantilado al extremo S. de Atica. Tenía en su cima un templo dedicado a Poseidón, que se edificó en el siglo v. También había un templo a Atena. Fue fortificado en 413 a. C., de la cual fortificación quedan muchos restos.

T

TALES. Uno de los siete sabios, fundadores de la escuela jónica.

TÁNTALO. Hijo de Pluto y Rea, o del Océano y Tetis y aun de Zeus. (*Vid. Mit. Gr.* p. 221.)

TASOS. Isla al N. del Egeo. Fue colonizada en 680 a. C. Tenía minas de oro, que fueron la razón de su contienda con Atenas. Fue conquistada en 463. En 340 la conquistó Filipo y sólo adquirió su autonomía en 196 por obra de los romanos. —La mención que hace Aristófanes se debe a un platillo de mariscos a la Tasos. En éste se ponían en agua los peces por largo tiempo y luego se freían con mucho aceite. Eran muy buscados por los atenienses.

TARRELIDES. Vendedor de pájaros que tenía pequeña estatura y aspecto de grajo.

TARTESOS. País fabuloso ubicado en España. Tenía murenas famosas, que eran peces de veneno activo, pero muy buscados.

TAURÓFAGO. Calificativo que da el poeta a Cratino el cómico por su voracidad. Significa “el que come toro”.

TAXIARCA. Jefe de división menor en el ejército de Atenas, algo como nuestro capitán.

TELEAS. Ateniense de carácter voluble y muy alocado.

TELEO. Ateniense famoso por su gula y glotonería.

TENOS. Isla de las Cícladas, famosa por la calidad de sus ajos.

TEÓGENES. Pobretón de Atenas que hacía alarde de ser rico.

TEOGNIS. Poeta trágico contemporáneo a Aristófanes, del cual habla éste varias veces, llamándolo “helado y frío”. Hay algunos que piensan que es uno de los treinta tiranos.

TÉLEFO. Rey de Misia, fue herido en la defensa de su ciudad contra los griegos que iban hacia Troya. No podía sanar de su herida y el oráculo le dijo que solamente el que la había hecho podía sanarla. Se disfrazó de mendigo y fue a Troya para buscar a Aquiles, que era el heridor. —Con este nombre y otros de diversa procedencia se hicieron tragedias de Só-

focles y Esquilo. El poeta nos cita el nombre de varias. (*Vid. Mit. Gr.* p. 223.)

TEOMANTIS. Adivino de la más baja estofa.

TEOLO. Es el mismo Teoro (*vid.*). El poeta hace burla de Alcibíades que no podía pronunciar la R y ponía en su lugar la L.

TEORO. Uno de los íntimos de Cleonte, que le secundaba en sus malas andanzas.

TERAMENES. Uno de los treinta tiranos, muy voluble y fácil de torcer. Estaba en gran poder, pero fue acusado por Critias y ejecutado.

TEREDON. Un flautista muy desvergonzado y prostituido.

TEREO. Hijo de Ares, rey de Tracia. Queda mudado en abubilla, que es *Upupa epops. L.* (*Vid. Mit. Gr.* p. 224.)

TESALIA. Distrito al N. de Grecia. Era una región formada de dos grandes llanuras separadas por una región montañosa en medio. Tuvo su cultura propia antehelénica. Fue invadido este territorio por varias ondas de advenedizos. Tenía fama de dar los mejores magos.

TESPIS. Poeta trágico que se inicia en esta obra. (*vid. Esquilo. Introd. general.*) Hubo otro Tepsis tocador de cítara en tiempo de Aristófanes.

TETIS. Nereida madre de Aquiles —Ninfa hija de la Tierra y el Cielo. (*vid. Mitología*, p. 231.)

TIFÓN. Usado aquí como calificativo de Cleonte. Significa huracán, y se le daba este nombre al tirano.

TIMETES. *Timeta*. Una de las demarcaciones de Atenas, en que se fabricaban capas de piel que servían también para abrigo en la noche al dormir.

TIMÓN. Llamado el Misántropo. Aborrecía a todo el mundo y se dejó morir de una llaga gangrenada, antes de permitir que lo curaran.

TIMÓN. Famoso hombre raro del tiempo del poeta. Se da como tipo de los que llaman encogidos.

TIMOTEO. General de Atenas, hijo de Conón. Edificó por su mucha riqueza una torre en Atenas en honor de la Fortuna.

TÍNDARO. Padre de Helena y Clitemnestra, lo mismo que de los Dióscuros. Fue rey de Lacedemonia.

TISAMENO. Personaje de Atenas, con hijos revoltosos; por ser suyos, enviados como legados.

TITÓN. Nombre proverbial del hombre muy anciano —como nuestro Matusalén— y se atribuía a un viejo legendario que vivió mucho.

TLEPOLEMO. Matador de Licimínio. Este era hermano de Alcmena y tío de Heracles.

TRÍBALO. Pueblo de Tracia. Era de los más famosos por la rudeza y salvajismo de sus habitantes.

TORBELLINO, en gr. *ḍños*. Remolino, tromba, tifón. La voz gr. significa también vaso torneado.

TORICION. Recaudador de impuestos en Egina, que también ejercía el contrabando.

TRASÍBULO. Un general que libró a Atenas de la tiranía de Trento.

TRICORITO. Barrio de Atenas que se hallaba en una región cenagosa.

TRITOGENIA. Epíteto dado a Atena, cuyo origen y sentido no han sido determinados. Tal vez engendrada por Triton, que no se sabe quién es.

TUFANES. Adulador de Cleonte, que nunca se separaba de él. Le servía de secretario.

V

VERDOLAGA. Gr. *Skandix*. Es una hierba silvestre que menciona Aristófanes varias veces, haciendo alusión al oficio que se dice tuvo la madre de Eurípides. Especie no bien identificada.

X

XENOCLES, (*Jenocles*). Trágico, hijo de Carquino II. Escribió tragedias en el siglo IV a. C. Lo menciona Aristófanes. *Ranas*, 86. —No confundir con otro del mismo nombre anterior a él.

Y

YACO. Exclamación que elevan los iniciados en los misterios de Eleusis en celebración de Dióniso.

YAPETO, al. *Japeto*. Hijo de Urano y Gea, e. d. el Cielo y la Tierra. Unido a Climene, tuvo por hijos a Prometeo, Epimeteo, Atlas y Menecio. (Vid. *Mitología*, p. 149.)

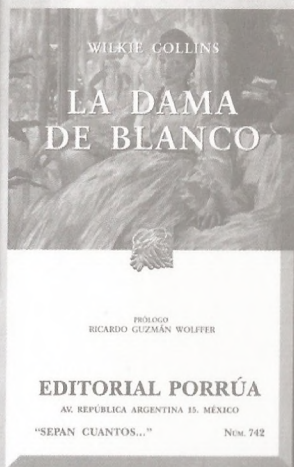
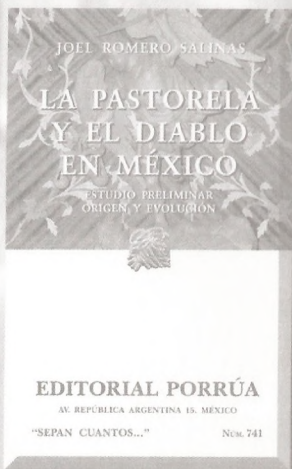
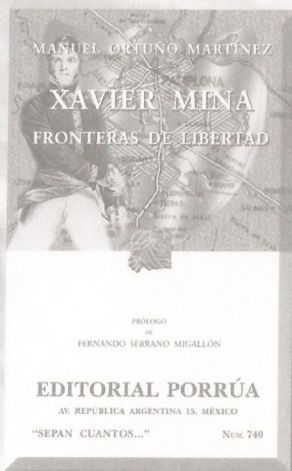
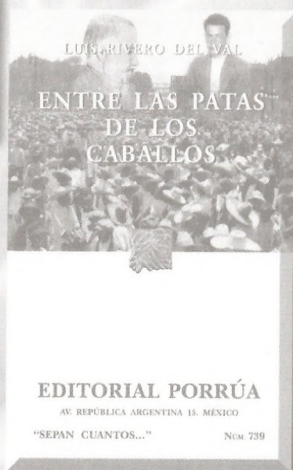
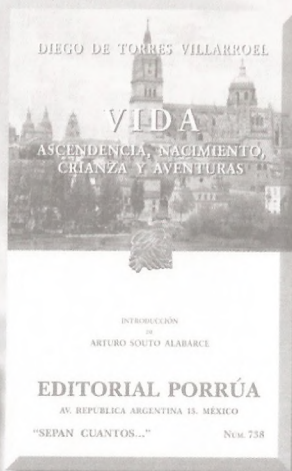
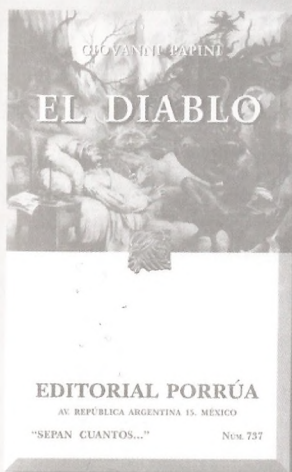
YOFON. Hijo de Sófocles. Ganó un premio con una tragedia, que todos decían que era obra de su padre.

YOLAO. Héroe tebano, muy amigo de Heraclés. (Vid. *Mit. Gr.* p. 245.)

INDICE

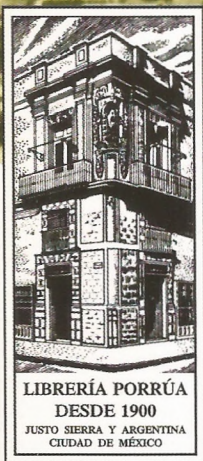
	<i>Pág.</i>
INTRODUCCIÓN GENERAL	VII
BIBLIOGRAFÍA	XVII
Los Acarnios	XIX
Los Caballeros	29
Las Nubes	61
Las Avispas	101
La Paz	131
Las Aves	161
Lisistrata	199
Tesmoforias	231
Las Ranas	259
La Asamblea de las mujeres	291
Pluto	319
INDICE INFORMATIVO	347

Esta obra se terminó de imprimir y encuadernar
el 25 de julio de 2008, en los talleres
Castellanos Impresión, SA de CV,
Ganaderos 149, col. Granjas Esmeralda,
09810, Iztapalapa, México, DF



Colección de
 setecientos cuarenta números
 y sepan cuantos más...

Cultura al alcance de todos



Los acarnios
Los caballeros
Las nubes
Las avispas
La paz
Las aves
Lisistrata
Tesmoforias
Las ranas
La asamblea de las mujeres
Pluto



9 789700 767239

ARISTÓFANES

LAS CUCULIAS
O
LA CUCULIA

67

EDITORIAL
PORRÚA
MÉXICO